Guadalupe Gómez-Ferrer
Raquel Sánchez [Eds.]

Modernizar España

Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)

BIBLIOTECA NUEVA

Colección Historia

MODERNIZAR ESPAÑA

Proyectos de reforma
y apertura internacional
[1898-1914]

digitalia
www.digitalia.us

Colección Historia Biblioteca Nueva
Dirigida por
Juan Pablo Fusi

digitalia
www.digitalia.us

Guadalupe Gómez-Ferrer
Raquel Sánchez (Eds.)

MODERNIZAR ESPAÑA

Proyectos de reforma y apertura internacional [1898-1914]

BIBLIOTECA NUEVA

digitalia
www.digitalia.us

Cubierta: A. Imbert

Electronic version
published by

© Los autores, 2007
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2007
Almagro, 38
28010 Madrid (España)
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9742-751-7
Depósito Legal: Z-4.007-2007

Impreso en Línea 2015, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Introducción, por Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez 11

El Mediterráneo, 1898-1914, por Juan Pablo Fusi 19

Las solidaridades, Nicolás Salmerón y Alonso: el combate por la Democracia, la Nación y el Pueblo en los albores del siglo xx, por Fernando Martínez López 33

Los intelectuales en la política española del primer tercio del siglo xx, por Octavio Ruiz-Manjón 61

Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración, por Luis Enrique Otero 79

Nuevas formas y espacios de sociabilidad al filo del siglo xx, por Elena Maza 119

España, Marruecos y las grandes potencias, 1898-1914, por Sebastian Balfour 143

De ultramar a la frontera meridional. Iniciativas en busca de una garantía internacional para España, 1898-1907, por Rosario de la Torre 153

La difícil entrada de los intelectuales europeos en la modernidad a partir de 1905, por Christophe Charle 177

El protagonismo de los intelectuales en los proyectos de reforma educativa y modernización cultural, por Antonio Niño 199

Maeztu y Ortega: dos intelectuales ante la crisis de la Restauración, por Pedro Carlos González Cuevas 231

Bibliografía 253

Índice onomástico 275

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Introducción

Guadalupe Gómez-Ferrer
Raquel Sánchez

«Modernizar España»: dos palabras que aluden a un proyecto de futuro; dos conceptos que remiten a iniciativas de regeneración; dos ideas que circunscriben la realidad de un país en proceso de transformación. El título de este libro apela al análisis de la situación española tras el desastre colonial del 98, símbolo de una realidad visible desde mucho antes, pero percibida como crítica a finales del XIX. «Modernizar España» abre la puerta al nuevo siglo con proyectos de reforma y con una conciencia clara de la imposibilidad de retornar a un pasado incierto e introspectivo. Partiendo de esta perspectiva, el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia (UCM) organizó un congreso internacional titulado precisamente así, *Modernizar España*, cuyo subtítulo resulta muy expresivo del objetivo que se proponía: *Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras de 1906*. Se da por hecho, desde luego, que no fue precisamente el éxito lo que acompañó a la mayoría de estos «proyectos de reforma». Sin embargo, lo que se perseguía era tanto diluir la imagen peyorativa de una España permanentemente en crisis e incapacitada para reaccionar ante los desafíos del mundo moderno, como analizar y debatir, a la luz de la más reciente bibliografía, las aportaciones de un período histórico imbuido de ideales regeneracionistas. No todo fueron fracasos, también se sembraron las semillas de un futuro que en algunas ocasiones darían excelentes frutos, como sucedió en el terreno cultural y científico.

Este congreso sigue la trayectoria iniciada por el Departamento de Historia Contemporánea de impulsar la reflexión en torno al cambio de siglo. El congreso que precedió a éste, *Antes del «Desastre»: Orígenes y antecedentes de la crisis del 98* (celebrado en noviembre de 1995), estudió el contexto finisecular en una clave constructiva tratando de identificar las cuestiones fundamentales que han preocupado a los historiadores espe-

digitalia
www.digitalia.us

cialistas en esta época[1]. *Modernizar España* ha tratado de continuar en esta línea, ocupándose, como ya se ha dicho, de analizar la situación de España en los umbrales del siglo XX a partir de un hecho ya constatado en la anterior reunión académica: no puede disociarse la trayectoria de España del rumbo seguido por los países de nuestro entorno.

De la profunda reflexión que trajo consigo el «Desastre del 98» parte el profesor Juan Pablo Fusi en la conferencia inaugural. Profunda reflexión acompañada, como se ha dicho, de planes de futuro más o menos logrados, de olvidos más o menos intencionados, y de proyectos más o menos acertados. El profesor Fusi ha querido aproximarnos a una visión de la situación española en el marco europeo, y en particular, en un contexto más próximo como es el Mediterráneo, para insertar ahí el diálogo que preside las dinámicas de modernización en las que se profundiza en las demás colaboraciones. Se trata de un ámbito geográfico especialmente conflictivo en un momento en que se dan cita una buena parte de las tensiones que darán lugar al estallido de la Primera Guerra Mundial tan sólo unos años después. El diálogo que rastrea entre el contexto internacional y el nacional se orienta hacia la búsqueda de aquellas líneas de acción que pudieran resultar más productivas para la modernización de nuestro país. Constata el autor cómo esas dinámicas de modernización no obtuvieron los mismos resultados en todos los ámbitos, si bien sirvieron al menos para movilizar el ambiente y fomentar la necesidad de entablar el camino de la regeneración.

De entre los proyectos de regeneración tal vez sean los de carácter político los que más ocuparon las mentes de los protagonistas de la época. La certeza de que el sistema político, tal y como había sido concebido por Cánovas, se estaba agotando, parecía hallarse en la agenda de todos los partidos. No es otro el sentido que tuvieron la «revolución conservadora» de Maura y la «regeneración democrática» de Canalejas, insertas en la renovación del pensamiento liberal de la Europa de la época en su intento por acomodarse a las nuevas realidades que surgían en el escenario político de la mano del sufragio universal. En el caso español, a esa nueva realidad política que era el movimiento obrero, activado políticamente a través de un partido de clase como era el PSOE, hay que añadir la fuerza creciente de las agrupaciones nacionalistas, en especial las catalanas. La visibilidad parlamentaria de la Solidaridad Catalana en 1907 es una buena muestra de esas transformaciones.

Es justamente Solidaridad Catalana el hilo conductor de la colaboración de Fernando Martínez con su trabajo acerca de Nicolás Salmerón y sus apuestas por la regeneración política de España. La labor del viejo republicano por ensamblar en un frente común a fuerzas contrarias, pero unidas en un mismo objetivo, se vio teñida de sinsabores. Resulta evidente, desde luego, el éxito del proyecto de las Solidaridades en Cataluña, pero no tanto en otras zonas del país. El sesgo marcadamente nacionalista que sus opositores creyeron observar en la agrupación catalana, en el que la Lliga era predominante, determinó la no adscripción al proyecto solidario de las fuerzas políticas republicanas tanto valencianas como andaluzas, por poner sólo dos ejemplos. Ello ofrece una muy buena prueba de las dificultades de amalgamar a la oposición política en la

[1] Los resultados de este congreso se publicaron en dos libros: Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Antes del «Desastre»: Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, UCM/Departamento de Historia Contemporánea, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

consecución de un objetivo común: la regeneración del sistema político y su apertura a otras sensibilidades sociales. El proyecto salmeroniano, como apunta el profesor Fernando Martínez, respondía a su deseo de regenerar el sistema político por medio de la movilización de la población a partir de su identidad regional, con el objetivo de «construir» ciudadanos concienciados.

La intelectualidad no quedó al margen en la discusión sobre el modo de recomponer el régimen político. La observación de la realidad, unida a las experiencias vitales de quienes iban a constituir las generaciones de pensadores y escritores más destacadas de la época contemporánea, ofrecen un enfoque distinto para observar el panorama político español. El profesor Octavio Ruiz-Manjón ha llevado a cabo la tarea de poner en comparación el pensamiento y la acción, la reflexión teórica y su contraste con los imperativos de lo útil y lo necesario. En las páginas dedicadas a los intelectuales en la vida política española del primer tercio del siglo XX señala el lugar que el pensador ocupa en el espacio público, y la medida en que su análisis trata de dar respuesta a las necesidades acuciantes de la realidad cotidiana. La forma en que intelectuales y escritores maduros como Azorín se enfrentan a la realidad política nacional difiere de la manera en que realizan la misma tarea intelectuales más jóvenes, tales como Azaña u Ortega. El interés que tiene esa aproximación intelectual a los programas de regeneración política es lo que centra el estudio que presenta en profesor Ruiz-Manjón.

Los procesos sociales requieren una amplia perspectiva de análisis, ya que los cambios que se producen en este ámbito no tienen por qué llevar, y no llevan de hecho, el mismo ritmo que las transformaciones que se visibilizan en el terreno político, económico o cultural. Así se pone de manifiesto en los trabajos aquí presentes. El primero de ellos, debido al profesor Luis Enrique Otero Carvajal, parte precisamente de finales del siglo XIX para explicarnos el camino que conduce a la sociedad española hacia su modernización en los años veinte de la siguiente centuria. Se analiza en este texto la configuración de la sociedad urbana, elemento definidor de la modernidad, entendida como proceso de reconversión de las viejas estructuras hacia esquemas que tratan de adaptarse, con mayor o menor éxito, a los desafíos y retos que trae consigo la industrialización y la irrupción de las masas en el espacio público. De este modo, se hace necesario prestar atención a las nuevas técnicas que facilitan la comunicación, como son el telégrafo y, más adelante, el teléfono. La modificación de la vida urbana trajo consigo considerables cambios en el terreno urbanístico tales como la creación de grandes avenidas que remiten a la modernidad; pero también supuso la aparición de suburbios que recogen a la población inmigrante en formas de habitabilidad que se caracterizan por el hacinamiento y la falta de higiene. Esta doble cara de la modernidad formará parte de la vida urbana desde estos momentos y de forma continuada. Además las transformaciones que acompañaron el proceso de modernización de la ciudad hay que hacer referencia obligada a las formas de ocio. El profesor Otero Carvajal desarrolla con gran interés la dinámica asociada al deporte como conducta aristocratizante hasta su generalización entre las clases populares, dando lugar a nuevas formas y nuevos usos sobre una misma práctica recreativa. En definitiva, se comprueba lo que el autor ha considerado como un cambio ambivalente, que hace convivir lo viejo y lo nuevo, las inercias del pasado y la fascinación por la modernidad. Cambio que se manifiesta, por poner un ejemplo, en las identidades compartidas que nos advierten del peligro de caer en reduccionismos simplificadores.

Uno de los ámbitos en los que se manifiesta de forma evidente este cambio ambivalente es el terreno de la sociabilidad. La profesora Elena Maza estudia en su trabajo

digitalia
www.digitalia.us

cómo se desarrollaron en España las formas de sociabilidad formal e informal desde finales del siglo XIX. Tras la implantación del derecho de asociación, proliferó en nuestro país la formación de agrupaciones de todo tipo, aunque predominando en un primer momento las de tipo «inofensivo», en palabras de la autora: casinos, asociaciones benéficas, confesionales, de caridad, etc. A medida que se hace más visible en el entorno urbano la capacidad del movimiento obrero para articular las demandas sociales de los trabajadores, el Estado verá la necesidad de institucionalizar la acción social como forma de control. De este modo, se asiste en la época a una multiplicación de las instituciones interesadas en cuestiones relativas a la previsión social o la mediación laboral. No olvida la profesora Maza las facetas informales de la sociabilidad dedicadas al ocio, que tanto se desarrollaron en este período. La nueva distribución de los horarios y la vida urbana permitieron la aparición de otros espacios de ocio y la diferenciación entre un ocio burgués y un ocio obrero. Estas circunstancias anunciaban una auténtica transformación tanto en las relaciones sociales como las formas de ocupación y uso de los espacios comunes y, en definitiva, de las ciudades.

Al principio de estas páginas se habló de la *fecha símbolo* que representó 1898. Si el 98 constituyó una llamada de atención para la adecuar la realidad política nacional a unas demandas de transformación cada vez más ineludibles, no fue menos significativa para la proyección de España como país. Al doblar el cabo de 1898, España continúa siendo lo que había sido desde la Paz de Utrecht: una potencia periférica o flanqueante, cuya intensa política europea se desarrolla fuera del perímetro costero del continente europeo. Al cerrarse el gran ciclo ultramarino abierto en 1492, la política exterior de España vuelve a proyectarse sobre el que fuera históricamente su campo predilecto de acción: la frontera meridional. Una coincidencia histórica plena de consecuencias en la política exterior de la España del tiempo de Alfonso XIII hizo que la pérdida de las últimas islas de ultramar viniera a coincidir, con muy pocos años de diferencia, con lo que en términos de la diplomacia de la época fue llamado «planteamiento de la cuestión marroquí», en la cual la estrategia británica —hegemónica en la región del Estrecho— había reservado un lugar para España. La orientación de España hacia la zona norteafricana, escenario en el que se cruzaban los intereses de las grandes potencias europeas, hará de este ámbito una zona altamente conflictiva y la colocará en una delicada situación en el ámbito internacional. Los profesores Rosario de la Torre y Sebastian Balfour se han ocupado de tratar estas cuestiones en unas páginas que se centran en lo que, con acierto, la profesora De la Torre ha denominado «el compromiso marroquí» de España, que podía responder a los «viejos sueños y nuevos intereses», pero que iba a plantear a nuestro país «unas exigencias políticas y militares de difícil cumplimiento y de gravísimas consecuencias».

Tales apreciaciones también han sido puestas de manifiesto por el profesor Balfour en su trabajo. Balfour ha mostrado cómo la posición internacional de España en este contexto de suspicacias y provocaciones acabó siendo la de un estado intermedio entre las potencias rivales, a la par que defensora de los intereses del capitalismo nacional e internacional. Por otra parte, y a causa de la escasez de recursos, España nunca pudo poner en funcionamiento una administración colonial que garantizase sólidamente su control sobre el protectorado y facilitara una explotación fructífera de los recursos minerales de la región, por lo que hubo de recurrir al ejército como principal, y a veces único, representante español en el territorio. Las implicaciones para la política interna que de ahí se derivaron son evidentes.

digitalia
www.digitalia.us

Estudiar cómo se produjo el estado de la acción exterior de España en el norte de África ha sido el objetivo de la profesora De la Torre. Para ello ha rastreado todas las negociaciones que celebró nuestro país con las demás potencias de la zona a la luz de la agresiva política exterior que Alemania diseñó desde la caída de Bismarck. El paso de la *realpolitik* a la *weltpolitik* marca la actuación, no sólo de Alemania, sino de las demás potencias europeas implicadas en la guerra, hasta el punto de que Gran Bretaña y Francia buscaron reforzar sus alianzas para frenar los deseos expansionistas de la potencia germánica. El papel que España desempeñó en este contexto prebélico es analizado por la autora a la luz de una compleja red de intereses en la que se mezclan las cuestiones comerciales, las ambiciones coloniales, el revanchismo político y el juego de presiones en el interior de la política española.

El ámbito cultural se articula alrededor de dos propuestas y de un ejemplo práctico de relación y conflicto entre dos intelectuales. La aportación del especialista francés Christophe Charle nos conduce a la Europa de entresiglos a través del análisis de las relaciones culturales entre las elites europeas. En el seno de un contexto de intercambio de ideas por medio de la proliferación de traducciones, estancias prolongadas en centros educativos extranjeros y difusión de las culturas nacionales, se observa el crecimiento de las pulsiones bélicas en el escenario en que se desenvuelven todos estos contactos de la cultura europea que muestra la fragilidad de su mestizaje cuando surge la necesidad de posicionarse ante las realidades políticas inmediatas. La presencia del discurso socialdarwinista y ultranacionalista en la mayoría de los ámbitos intelectuales y educativos es buena prueba del difícil y traumático ingreso de los intelectuales europeos en la modernidad. La posición de España, país neutral, responde a unas características propias, que proceden de su situación política interna, pero que ofrecen una auténtica vocación de modernización en la estela marcada por Europa, que se muestra ante los españoles como un camino ineludible por el que transitar hacia el progreso y de superar la posición periférica de nuestro país en el seno de la cultura europea.

Antonio Niño, autor de la vertiente española de este acercamiento al mundo cultural, nos presenta una panorámica general de los proyectos en los que se concretó dicha vocación reformadora. Su análisis revisa tanto la situación en la enseñanza primaria como en el resto de los niveles educativos hasta llegar al ámbito universitario. Especial interés le han merecido las iniciativas orientadas a la formación del profesorado y al conocimiento por parte de éste de las aportaciones europea y norteamericana más novedosas en sus respectivos campos. Estos proyectos, que se concretaron en la financiación de ayudas para viajes y estancias en el extranjero, iban a tener un destacadísimo papel en la modificación tanto del sistema educativo como en el revivir de la ciencia y la cultura en España. El papel desempeñado por la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para la Ampliación de Estudios resultó fundamental en el proceso de modernización de la cultura y la ciencia españolas. Sin embargo, el modelo extranjero, y en particular, el europeo como marco de referencia o espejo en el que mirarse, constituyó un tema de debate entre la intelectualidad y la clase política por las implicaciones subyacentes que tal elección podría suponer para España. La importancia de estas discrepancias ha sido puesta de manifiesto por el profesor Niño con gran acierto, al insertarla en un debate más amplio que va más allá del ámbito educativo e intelectual.

Precisamente en el seno de estos debates intelectuales se enmarca la aportación del profesor Pedro C. González Cuevas. La relación entre Maeztu y Ortega en un momento difícil como es el de la crisis de la Restauración ocupa las páginas de un trabajo muy

digitalia
www.digitalia.us

interesante en el que se nos ofrece el contraste de dos personalidades de distintas edades, procedencia social y formación. La relación entre Maeztu y Ortega, enlazados por una amistad tejida de encuentros y desencuentros, responde a dos formas de entender el mundo y de percibir la situación política española. La relación entre ambos proporciona una excelente pista tanto para conocer la conexión entre el intelectual y la política como para conocer los debates de la época, debates que llegaron a romper una amistad nacida bajo excelentes auspicios.

De este modo, obtenemos una triple perspectiva desde la que acercarnos al conocimiento de la realidad cultural de la época. Si el profesor Charle nos diseña el marco europeo en el que tiene lugar el cambio de siglo, los profesores Niño y González Cuevas nos trazan las líneas que definen el de la cultura española contemporánea. El primero desde una perspectiva general, orientada a las iniciativas oficiales para modificar una realidad lastrada por la inercia del inmovilismo; el segundo desde una perspectiva particular, centrada en una historia intelectual, que se halla en perpetuo diálogo con la realidad política del país.

Creemos que el Congreso ha puesto sobre el tapete una serie de reflexiones que ayudan a entender la situación de España en sus diversas facetas: la prudencia en el ámbito de la política exterior, y la modernización en el ámbito nacional. Es cierto que en este último aspecto han quedado cuestiones importantes en el tintero, debido a la necesidad de aprisionar en pocas sesiones la dinámica de un país en pleno desarrollo económico y sociocultural. Por ello, no queremos dejar de apuntar el impulso económico que se advierte en estos años, bien visible ya desde los inicios del siglo gracias a, entre otras razones, la repatriación de capitales tras la pérdida de Cuba, que tanto influyó en la modernización de los sectores bancario y empresarial. También hay que señalar el nuevo horizonte educativo que se abre para las mujeres en los umbrales del siglo XX; nueva situación que les permite ir acudiendo a la cultura y convertirse, lentamente, en un factor de modernización de la sociedad española.

Esta introducción no podría finalizar sin un apartado de agradecimientos que resulta ineludible cuando tantas y tan diversas personas e instituciones han contribuido a llevar a buen puerto el trabajo que aquí se presenta. El Vicerrectorado de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense nos proporcionó apoyo económico y material para el desarrollo del congreso que ha servido de base para este libro. El mismo reconocimiento merece la Facultad de Geografía e Historia, cuya decana, Mercedes Molina Ibáñez, dio toda clase de facilidades al Departamento de Historia Contemporánea. La Fundación Complutense siempre estuvo detrás de nuestras demandas, gracias, sobre todo, a su recientemente fallecido presidente, don Rafael Martínez Cortiña, que tanto apoyó este proyecto y al que las editoras recordamos con afecto. La Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, a través de su presidente, José García Velasco, ha sido muy generosa con nosotros, y no sólo por motivos económicos, sino por su convicción de que actos académicos como el congreso *Modernizar España* deben tener una repercusión social a la que los historiadores estamos poco acostumbrados.

Desde que iniciamos la tarea de organizar la conmemoración de la Conferencia de Algeciras hasta que ha salido publicado este libro, muchas han sido las personas que han colaborado con nosotras. Será difícil recordarlas a todas, pero no podemos dejar de mencionar una serie de compañeros del Departamento de Historia Contemporánea como Juan Pablo Fusi, Octavio Ruiz-Manjón, Antonio Niño, Rosario de la Torre, José Sánchez Jiménez, Juan Carlos Pereira, Carmen del Moral, Elena Hernández Sandoica,

digitalia
www.digitalia.us

Luis Enrique Otero Carvajal; o de becarios y alumnos como Roberto Torres Blanco y Jorge García Ocón, que con su esfuerzo han hecho posible este congreso. La ayuda de María José Sanz ha sido fundamental para algo tan necesario como la gestión económica. José Antonio Montero Jiménez merece un agradecimiento especial por el trabajo realizado en la edición del libro que ahora se presenta. No queremos dejar de mencionar a aquellas personas que, habiendo estado vinculadas al proyecto desde un primer momento no han podido, por diversas causas, ofrecernos una muestra de su reflexión sobre los proyectos de modernización de aquella España que se enfrentaba al siglo xx. Se trata de los profesores Mercedes Cabrera, Santos Juliá y Ángel Bahamonde.

Por último, las editoras de este libro quieren invitar también al lector a reflexionar acerca de este período tan determinante de la historia de nuestro país, una reflexión pausada y serena, a la luz de los análisis que aquí se presentan y que pretenden abrir la puerta a nuevas citas académicas que renueven la visión que sobre el siglo xx han ido elaborando los historiadores.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

El Mediterráneo, 1898-1914

Juan Pablo Fusi Aizpurúa
Universidad Complutense de Madrid

En 1906, año en que se celebró la Conferencia de Algeciras sobre el futuro de Marruecos, el Mediterráneo, revalorizado tras la apertura en 1869 del canal de Suez y sometido tras la ocupación francesa de Túnez (1881-83) y la extensión del poder británico a Chipre (1878) y Egipto (1883) a la doble hegemonía de Gran Bretaña y Francia, era —como había sido siempre y como continuaría siéndolo con posterioridad— un espacio geográfico-político extremadamente fragmentado y no homogéneo, esto es, un conjunto de regiones naturales y culturas históricas muy diversas y sin unidad, un conglomerado de naciones y territorios claramente diferenciados (si no enfrentados) y sólo parcialmente mediterráneos, y aun «contra-mediterráneos», y de situaciones y contextos —nacionales, coloniales, sociales, políticos— complejos y contradictorios.

El Mediterráneo en transformación

Efectivamente, el Mediterráneo era, por un lado, una región altamente inestable, un foco de creciente tensión internacional, como mostraría la misma Conferencia de Algeciras, y no sólo por la cuestión de Marruecos, sino por todo un conjunto de problemas complejos y de considerable entidad: primero, por la propia carrera colonial, puesto que la presencia de Gran Bretaña en Suez y Egipto y de Francia en Túnez alteraba el equilibrio de poder internacional en la zona en perjuicio sobre todo de Alemania, Italia y aun de España; segundo, por el interminable declive del Imperio otomano, que afectaba a todo el Mediterráneo oriental; tercero, por los conflictos nacionalistas y territoriales en los Balcanes (aspiraciones de Grecia sobre Salónica, Tracia y Creta, problemas de Macedonia, Bosnia-Herzegovina y Albania); y cuarto, por el irredentismo de Italia contra Austria en torno a Trento, Trieste y Fiume.

digitalia
www.digitalia.us

En 1906, por otro lado, los países mediterráneos europeos (Francia, Italia, España, Grecia) y en menor medida Egipto bajo mandato británico, Argelia bajo dominio francés y aun el Imperio otomano, eran sociedades en transformación, consecuencia de los mismos procesos económico-sociales de modernización en que, con mayor o menor dinamismo, estaban inmersos (industrialización, crecimiento de las ciudades, construcción de ferrocarriles y otras grandes obras de infraestructura, extensión de la educación, electrificación…) y de los problemas de ahí derivados (desequilibrios regionales, migraciones, conflictividad obrera, bolsas de pobreza y subdesarrollo…). Eran, además, países por lo general políticamente inestables, cuyos sistemas, instituciones y mecanismos de representación e integración políticas —la III República en Francia, las monarquías de Alfonso XIII en España, Víctor Manuel III en Italia y Jorge I en Grecia— parecían en momentos seriamente cuestionados, y estados cuya posición internacional estaba igualmente condicionada por dificultades y cambios sustantivos.

Los cuatro países europeos citados se vieron así conmocionados casi simultáneamente por grandes crisis nacionales (además de que, en el Imperio Otomano, militares nacionalistas turcos protagonizaron en julio de 1908 un golpe militar que obligó al sultán, Abdulhamid II, a aceptar una constitución y convocar elecciones parlamentarias; y de que, en Marruecos, un golpe palaciego depuso, en enero de ese mismo año, al sultán Abd al-Aziz, reemplazado por su hermano Abd al-Hafid). Atentados anarquistas costaron la vida al Presidente de Francia, Sadi Carnot, en 1894; al jefe del gobierno español, Cánovas del Castillo, en 1897, y al rey de Italia, Humberto I, en 1900; un perturbado asesinó algo después, en 1913, al rey de Grecia, Jorge I. Italia sufrió en marzo de 1896 en Abisinia —donde se había implicado desde 1885 en una política de expansión colonial para compensar su marginación en el Mediterráneo— la gravísima derrota de Adua ante las tropas abisinias, en la que murieron cerca de 5.000 soldados italianos, el mayor desastre del joven reino desde la unificación del país en 1861. Grecia fue derrotada por Turquía en 1897 en la guerra que estalló como consecuencia de una sublevación pro-griega en Chipre, un resultado desastroso por múltiples razones para Grecia. Francia fue humillada por Gran Bretaña en la llamada crisis de Fashoda de julio de 1898, los incidentes que se produjeron entre tropas francesas e inglesas en aquella remota localidad del Sudán tras los cuales Francia tuvo que renunciar a su pretensión a lograr derecho de presencia en el Alto Nilo, eslabón importante en la vertebración de su imperio africano. España fue derrotada ese mismo año por los Estados Unidos en la guerra surgida entre ambos países en torno a Cuba, y perdió como consecuencia los últimos restos de su viejo imperio ultramarino (la propia Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam). En Francia, grandes escándalos —escándalos de corrupción, como el *affaire Panamá* de 1892-93; escándalos judiciales, como el *affaire Dreyfus* de 1894-1907— pusieron de relieve la débil legitimidad de la III República, el régimen establecido a partir de 1871, y la profunda división del país entre una Francia republicana, progresiva y laica y una Francia reaccionaria, clerical y militarista; el sindicalismo revolucionario promovió, a su vez, una gran ofensiva huelguística en 1906 y 1907. Como reflejaban las cifras de la emigración a América desde Italia, España y Grecia[1] (y como acertó

[1] Emigración italiana a ultramar entre 1901 y 1913: 8.742.000; unos 350.000 griegos (10% de la población) emigraron a los Estados Unidos entre 1898 y 1914.

digitalia
www.digitalia.us

a plasmar en 1898, para Italia, Giuseppe Pellizza di Volpedo en su emocionante cuadro *Cuarto estado*), el malestar social era, a fines del siglo XIX y principios del XX, endémico en buena parte de la región mediterránea: Sicilia se vio sacudida en 1892-93 por una ola de revueltas y huelgas agrarias de gran magnitud, los *Fasci Siciliani*; ochenta personas murieron en choques entre manifestantes y fuerzas del ejército en los gravísimos *hechos de mayo* de Milán de 1898, desórdenes desencadenados por la carestía de los precios; el terrible terremoto de Messina de 1908 (50.000 muertos sólo en esa ciudad) volvió a recordar la enorme gravedad que la cuestión meridional, el atraso del Mezzogiorno, tenía en aquel país.

Pero contrariamente a lo que en 1898 dijera el entonces primer ministro británico Lord Salisbury —y a lo que revelara sobre sus respectivas realidades nacionales el pesimismo crítico de los intelectuales disidentes (generación del 98 y el Ortega de *Vieja y nueva política*, por ejemplo, en el caso de España)—, los países mediterráneos no eran *naciones moribundas*. Francia, el segundo imperio del mundo, con una agricultura especializada en productos agro-industriales de alta calidad (vinos, champaña, cognac), modernos complejos siderúrgicos y una rápida adaptación a los nuevos sectores industriales, era en 1914 por el volumen de su comercio y de su producción el cuarto país industrial del mundo. La producción de electricidad, por ejemplo, se multiplicó por ocho entre 1900 y 1914. En 1914, producía unos 45.000 vehículos de motor al año (Panhard, Peugeot, Renault, Citroën), algo más, por tanto, que Gran Bretaña y era uno de los países pioneros en la aviación: entre 1905 y 1914, la economía francesa creció a una tasa del 5,2 por 100 anual.

Italia, a su vez, experimentó entre 1896 y 1914 su *primer milagro económico*. El valor de su producción industrial se duplicó entre 1896 y 1911; entre 1896 y 1908, la producción de acero creció a una tasa anual del 12, 4 por 100 y la de electricidad pasó de 140.000 kilovatios-hora en 1900 a 2 millones en 1913. Metalurgia, maquinaria y sector químico desplazaron a las industrias textil y de alimentación como motores del desarrollo industrial. Antes de 1914, los automóviles italianos (FIAT, creada en 1899, y Lancia en Turín; Maserati, en Bolonia; Alfa Romeo, en Milán) rivalizaban en plano de igualdad con los automóviles franceses, británicos y alemanes; G. B. Pirelli y Camilo Olivetti entraron con éxito extraordinario en mercados nuevos, como la fabricación de neumáticos (Pirelli) y las máquinas de escribir (Olivetti), respectivamente. Hasta la pequeña Grecia (2,6 millones de habitantes en 1907; Francia, 38,5 en 1901; Italia, 35,4 en 1911; España, 19,9 en 1910), experimentó cambios notables en las dos últimas décadas del XIX: se construyeron en torno a 1.000 kilómetros de líneas ferroviarias, el número de carreteras para el tráfico se triplicó y en 1893 se terminó el canal de Corinto, una de las grandes obras de ingeniería europeas, a lo que se unió, ya a partir de 1900, el desarrollo de una moderna marina mercante y el dinamismo económico de la importante colonia griega de Alejandría (integrada por unas 100.000 personas en 1914), muy vinculada a la metrópoli.

Francia, además, superó bien la crisis del *affaire Dreyfus*. Pese a la cristalización del nacionalismo antidemocrático, neo-monárquico y católico de Acción Francesa, creada en 1899, el triunfo final del *dreyfusismo* en aquel conflicto posibilitó el éxito del republicanismo radical y democrático (gobiernos Waldeck-Rousseau y Combes, de 1899 a 1905; gobierno Clemenceau, de octubre de 1906 a julio de 1909) y contribuyó así a estabilizar la República, una de las claves de la prosperidad del país. En Italia, la *edad giolittiana*, los años 1900-1914 dominados por la personalidad de Giovanni Giolitti, el

digitalia
www.digitalia.us

equilibrado, discreto, eficaz y prudente político piamontés que gobernó en 1903-05, 1906-09 y 1911-14, fueron años —aunque Giolitti recurriese al clientelismo y a la corrupción electoral— de estabilidad y de restablecimiento del consenso liberal del país, que conllevó, además, la neutralidad del estado en los conflictos sociales y la atracción e integración en el régimen de partidos y fuerzas sociales marginales al sistema, como el Partido Socialista y las centrales sindicales. Italia, en cualquier caso, celebró en 1911 el cincuentenario de su unidad con un recobrado sentimiento de orgullo nacional por su éxito como nación unitaria, y de asombro generalizado por los cambios que el país había experimentado desde 1861: en 1911, Giolitti aprobó la ley del sufragio universal masculino y, con el apoyo de casi todo el país, declaró la guerra a Turquía y ocupó Libia. Dirigida desde 1910 por el formidable Elefterios Venizelos, el líder del partido liberal llevado al poder por el pronunciamiento militar de Goudi (Atenas) en 1909, Grecia, la Grecia derrotada en 1897 por los turcos, emergería como la principal fuerza militar y política de los Balcanes: como resultado de las guerras balcánicas de 1912 y 1913, su territorio aumentó en un 70 por 100, su población pasó de 2,8 a 4,8 millones de habitantes, y se anexionó Creta y buena parte de Tracia y Macedonia, incluida Salónica.

El Mediterráneo (España incluida, como veremos en seguida) era, en suma, evolución y cambio, un escenario geopolítico cuya realidad política y social —progreso económico y subdesarrollo, conflictos políticos y sociales, ambiciones coloniales, guerras— desmentía en buena medida la imagen del Mediterráneo como luz, equilibrio, origen de la civilización, mar azul y clasicismo que la evocación literaria y culta del mundo griego y la pasión por Italia (Goethe, el *grand tour*, Stendhal, Byron, Turner, Chateaubriand, Lamartine, Henry James…) habían creado en el imaginario de la humanidad, y muy especialmente en la imaginación anglo-sajona, y que ahora renovaba la pintura (de Courbet a Matisse, más el clasicismo mediterráneo de Maillol, De Chirico y el Picasso clásico), la literatura, la arqueología (descubrimientos de Knossos en 1900, de Ampurias en 1909…), y la emoción estética de viajeros, turistas y expatriados ingleses, americanos y alemanes, y, en España, un movimiento estético y literario como el *noucentisme* catalán.

La apertura del canal de Suez, la industrialización, la emigración en masa a América y al norte de África, la llegada del ferrocarril —en torno a, o partir de, 1860— a ciudades y regiones costeras de Italia, del sur de Francia y del Mediterráneo español (el ferrocarril griego no enlazó con las redes europeas hasta 1916) revalorizó la importancia económica y el valor geográfico y militar (caso de bases navales) de puertos, ciudades e islas mediterráneas: de Barcelona, Marsella (la puerta de África para Francia), Niza, Génova (epicentro de la emigración italiana a América), Mallorca, Nápoles, Catania, Venecia, Trieste, Dubrovnic, Corfú, Salónica, Atenas, Esmirna, Beirut, Port Said, Alejandría, Orán, Argel, Tánger… centros neurálgicos del comercio internacional y enclaves de sorprendente y fascinante cosmopolitismo. El ferrocarril y la apertura de un casino de juego en 1863 convirtieron al minúsculo principado de Mónaco en un centro de recreo lujoso para los círculos adinerados europeos. Desde finales del XIX, la Costa Azul y en seguida las Rivieras italianas —y algo después, Capri y la costa amalfitana— se convirtieron en los principales centros del turismo de elite de Europa; Venecia, a su vez, inventada y reinventada por pintores, escritores, músicos y viajeros (de Turner y Ruskin a Thomas Mann y Hemingway), cobró nueva vida con Suez —que hizo de ella el puerto principal del tráfico británico hacia Egipto y la India—, y con la

digitalia
www.digitalia.us

construcción del viaducto sobre la laguna y el enlace ferroviario con Milán (1857), y la apertura del túnel de Mont Cenis (1871), que impulsaron decisivamente el turismo (que la ciudad promovería con iniciativas de gran éxito, como el desarrollo del Lido a partir de 1880 y las Bienales de arte desde 1895).

Modernizar España

España, como ya ha quedado insinuado, participaba del complejo y contradictorio proceso de cambio que se extendía por la Europa del Mediterráneo, pese a que la visión del país de los primeros veinte años del siglo XX quedase decisivamente condicionada por la conocidísima definición que de todo el régimen de la Restauración (1876-1923) hizo Joaquín Costa, en 1902, como *Oligarquía y caciquismo*; y a que el mismo golpe de Estado del general Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923 —que liquidó de hecho la Restauración— apareciese, desde esa perspectiva, como el desenlace inevitable del fracaso de un régimen oligárquico, incapaz de modernizar y democratizar la política del país. La tesis costista tenía, con todo, mucho de cierto. De hecho, toda Europa, incluida la República francesa (basta recordar la obra de Proust), era en 1914 una Europa agraria, nobiliaria y monárquica, en la que la aristocracia conservaba aún su predominio social y una influencia y poder políticos inmensos. Pero en España, como en Europa, incluida, como acaba de quedar dicho, la Europa del Mediterráneo, operaban ya —por debajo de aquella realidad— fuerzas sociales, políticas y económicas nuevas que estaban creando un nuevo orden social.

La Restauración, el régimen de 1876, la gran obra de Cánovas del Castillo, había conseguido, en efecto, crear en España las condiciones para impulsar un nada desdeñable proceso de modernización y desarrollo industrial que, a pesar de graves crisis coyunturales y sectoriales, se prolongó hasta finales de la década de 1920, que tuvo sus principales centros en Cataluña, Vizcaya, Guipúzcoa y Asturias, y donde hubo sectores como banca, ferrocarriles, electricidad y minería que conocieron un considerable desarrollo. Incluso, aunque la agricultura siguiese teniendo un decisivo peso negativo en el desarrollo económico, se consolidó en Levante (cítricos) y en el área de Jerez (vinos de esta denominación) una nueva agricultura de exportación.

El desarrollo económico, la mejora (por tímida que fuera) en las condiciones higiénicas y sanitarias, la ausencia de crisis demográficas graves —con la excepción de la gripe de 1918 que provocó la muerte de 147.114 personas— y el cese de las guerras civiles y coloniales (pues la guerra de Marruecos que produjo unos 25.000 muertos entre 1907 y 1927 no fue en ese sentido significativa), hicieron que la población tuviera entre 1900 y 1930 un crecimiento sostenido, en contraste con la situación de estancamiento que se había producido entre 1860 y 1900. La población pasó de 18,6 millones en 1900 a 23,3 millones en 1930. Además, la estructura demográfica de este último año reflejaba que España era ya una sociedad muy distinta a la del siglo XIX. En 1900, la población que vivía en centros de más de 10.000 habitantes era el 32 por 100, sólo tres ciudades (Madrid, Barcelona y Valencia) pasaban de 200.000 habitantes y sólo dos, Madrid y Barcelona, del medio millón. En 1930, el 42 por 100 de la población vivía en núcleos de más de 10.000 habitantes, cuatro ciudades superaban los 200.000, once los 100.000, Barcelona tenía 1.005.565 habitantes y Madrid, 952.832. En dicho año, la población activa agraria representaba todavía el 45,5 por 100 de la población activa

digitalia
www.digitalia.us

española; pero el sector industrial suponía ya el 26,5 por 100 de aquélla y los servicios, el 27,9 por 100.

Madrid (medio millón de habitantes en 1900, casi un millón en 1930) se transformó radicalmente. La ampliación de barrios elegantes (Salamanca, Retiro-Recoletos, Almagro-Castellana) y la construcción de nuevos y espléndidos edificios suntuarios (Palacio de Comunicaciones, Banco Hispano-Americano, Ministerios de Educación y Marina, Banco Central, Banco de Bilbao, La Unión y el Fénix), la apertura de hoteles modernos (Ritz y Palace, ambos en 1910-14), el trazado de la Gran Vía (1910-1931), cambiaron su fisonomía: Madrid era ahora ante todo una ciudad comercial y bancaria.

Los casi 150 edificios que se habían ido construyendo en el Ensanche central de Barcelona a partir de 1870-80 (obra de Domenech i Montaner, Gaudí, Puig i Cadafalch y otros) constituían uno de los grandes conjuntos de la arquitectura modernista europea y revelaban el «gran día».

San Sebastián y Santander se convirtieron desde los últimos años del siglo XIX en los centros del veraneo elegante de esa nueva España, en modernas ciudades turísticas. Tras plantearse en 1909 la idea de celebrar una Exposición Universal (que tuvo lugar finalmente en 1929), Sevilla se remozó completamente: se abrieron grandes avenidas, se construyó un nuevo puente y nuevos edificios como la Plaza de España y el hotel Alfonso XIII, y se remodeló el barrio de Santa Cruz y parte del núcleo urbano cercano a la Catedral. En los primeros treinta años del siglo, casi todas las ciudades españolas, por lo menos las capitales de provincia, aún en general modestas, incorporaron en mayor o menor grado muchos de los servicios y adelantos de la vida moderna (electricidad, gas, tranvías eléctricos, automóviles, cuya producción empezó en Barcelona en 1904): Madrid, por ejemplo, dispuso de Metro desde 1919.

Aunque zarzuela y toros siguieran apelando a la sensibilidad y gusto colectivos, al tiempo, la cultura española vivió desde principios del siglo una segunda edad de oro, plasmada en las llamadas generaciones del 98 (Unamuno, Baroja, Azorín, Machado, Valle-Inclán, el pintor Zuloaga), de 1914 (Ortega y Gasset, Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Falla, Juan Ramón Jiménez, Madariaga, el mismo Manuel Azaña y muchos otros) y del 27 (García Lorca, Buñuel y Dalí; Alberti, Guillén, Salinas, Cernuda, Gerardo Diego; músicos como Ernesto y Rodolfo Halffter, Salvador Bacarisse y Roberto Gerhard), y en los pintores reunidos en la Exposición de Artistas Ibéricos de 1925: el citado Dalí, Benjamín Palencia, Alberto Sánchez, Francisco Bores, Cossío, Moreno Villa, José María Ucelay y otros (y por supuesto, en la obra de muchas otras individualidades creadoras de difícil clasificación). Se trató, pues, no de casos aislados y ocasionales, no de la aparición de unas pocas personalidades extemporáneas y más o menos geniales, sino de un hecho social de considerable entidad cuantitativa y cualitativa. E.R. Curtius, el historiador alemán de la literatura y las ideas, diría que aquel despertar cultural de España era uno de los pocos hechos agradables de todo el siglo XX europeo. Fue consecuencia, precisamente, de la mejora que la oferta y la demanda de cultura estaban experimentando en una sociedad en transformación. La misma cultura de masas pareció modernizarse con la irrupción del deporte —asociado en sus primeros momentos, como la gimnasia y el ejercicio físico, a regeneracionismo—, y con la interpretación que del toreo como estética —si bien, arte trágico— hicieron por entonces algunos intelectuales (Lorca, Hemingway, Bergamín, Montherlant, entre otros).

Con el avance industrial, el movimiento obrero iba a adquirir fuerza e influencia antes desconocidas. Al menos, previamente no había llegado a cristalizar en organi-

digitalia
www.digitalia.us

zaciones verdaderamente estables y eficaces. Desde principios de siglo, la clase obrera industrial constituyó ya una realidad social de creciente importancia y peso en la vida laboral y política. En Barcelona, sociedades obreras y sindicatos autónomos de inspiración anarquista y sindicalista crearon en 1907 Solidaridad Obrera, un organismo de unión que se definió como apolítico, reivindicativo y favorable a la lucha revolucionaria de los sindicatos, del que en 1910 nació, como sindical revolucionaria nacional, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Ese mismo año, la UGT cambió su organización interna sustituyendo las viejas sociedades gremiales y por oficio por sindicatos de industria, de los que el Sindicato Minero Asturiano, que dirigió Manuel Llaneza, y el Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, adquirieron en seguida considerable fuerza sindical. En 1911, el nacionalismo vasco creó Solidaridad de Obreros (luego, Trabajadores) Vascos, una organización sindical católica, moderada y estrictamente vasca. La Iglesia dio por esos mismos años nuevo impulso al asociacionismo obrero católico. Por inspiración de los padres Gerard y Gafo (y en Asturias, Arboleya), con el apoyo del cardenal-primado Guisasola, se crearon a partir de 1912 Sindicatos Libres Católicos; en 1916, los círculos agrarios católicos se unieron en una gran Confederación Nacional Católico-Agraria (CONCA).

Como resultado, la sociedad española se familiarizó desde finales del siglo XIX con los conflictos y el lenguaje de clase. Los años 1899-1903 y 1910-1913 registraron amplios movimientos huelguísticos. En Vizcaya, los socialistas protagonizaron las grandes huelgas de los mineros de la provincia de los años 1903, 1906 y 1910. La Coruña, Sevilla, Gijón y sobre todo Barcelona sufrieron huelgas generales locales —por lo general, de inspiración anarquista— en los años 1901 y 1902. En 1911 se produjo un conato de huelga general revolucionaria en muchos puntos de España. En 1912 el gobierno (que presidía Canalejas) militarizó a los ferroviarios para impedir la huelga general de los ferrocarriles que se anunciaba. En 1913, una huelga minera de Riotinto estuvo a punto de derivar en una huelga general de toda la minería española.

La legislación laboral —limitada, insuficiente, a menudo incumplida— comenzó a tomar cuerpo desde 1900. Ese año, por iniciativa del ministro conservador Eduardo Dato, se aprobaron la Ley de Accidentes del Trabajo y la Ley del Trabajo de Mujeres y Niños. En 1903 se creó, precisamente para impulsar la legislación social, un Instituto de Reformas Sociales. En 1904 se acordó el descanso dominical. En 1906 se reguló la Inspección del trabajo y en 1908 se crearon Tribunales industriales para dirimir los conflictos derivados de la aplicación de las leyes sociales. En 1909, el gobierno —que presidía Maura— aprobó una ley de huelgas y creó el Instituto Nacional de Previsión, que inició la gestión de las primeras (y durante mucho tiempo, escasas y reducidas) pensiones de vejez. En 1912 se prohibió (gobierno Canalejas) el trabajo nocturno de la mujer. En 1919 se estableció la jornada laboral de 8 horas.

Ciertamente, la España del primer tercio del siglo XX seguía siendo aún una España rural. El atraso respecto a la Europa más desarrollada no había desaparecido. Los salarios eran por lo general muy insuficientes; el empleo, irregular y precario; las condiciones de trabajo, muy duras; y el nivel de vida de las clases obreras y populares (vivienda, dieta alimenticia, esperanza de vida, atención sanitaria, educación), crítico. La emigración exterior —a América y norte de África— se cifró en torno a los dos millones de personas para los años 1900-1920, y en 600.000 entre 1920 y 1930.

Los desequilibrios regionales incluso se agravaron tras el despegue industrial de algunas provincias. Cataluña, merced a su singularidad lingüística y cultural y a su gran

digitalia
www.digitalia.us

dinamismo industrial y comercial, terminó por configurarse como una realidad social distinta. Desde principios de la década de 1890, el modernismo renovó de raíz la vida cultural de la región. No se trató, además, de una simple moda estética. El modernismo catalán fue un movimiento integral que abarcó, además de la ya citada arquitectura del Ensanche, la pintura (Rusiñol, Casas), la escultura (Llimona, Clará, Manolo Hugué), la literatura (Maragall, Brossa), las artes decorativas e industriales y hasta el gusto musical, un movimiento, por tanto, que dejó un legado cultural de extraordinaria importancia. El *noucentisme* (novecentismo), tendencia y proyecto cultural que desde 1906 en que apareció fue desplazando al modernismo y que tuvo en Eugeni D'Ors (1881-1954) su principal teorizador, incluso reforzó la visión particularista (y moderna) de Cataluña, identificada ahora, como ya se indicó más arriba, con el clasicismo y la luminosidad del Mediterráneo.

La industrialización, que conllevó la inmigración masiva de trabajadores de otras regiones de España, hizo de Vizcaya una sociedad industrial y de masas. El País Vasco se definió desde entonces por un acusado pluralismo cultural y político, donde coexistían importantes manifestaciones de la cultura española (Unamuno, Baroja, Maeztu, Meabe, J. M.ª Salaverría) y una minoritaria pero renacida cultura euskaldún (renacimiento que culminó, ya en los años 30, en la obra de tres poetas: Lizardi, Lauaxeta y Orixe). La modernización generó una nueva demanda social de cultura: el arte vasco (Regoyos, Iturrino, Zuloaga, los Zubiaurre, Arteta, Tellaeche, Ucelay, Lekuona, en pintura; Anasagasti, Zuazo, J. M. Aizpurúa, en arquitectura) tuvo papel esencial en la renovación de las artes plásticas españolas que se produjo en el primer tercio del siglo xx, como parte de aquel despertar de la cultura en España ya comentado.

En contraste, regiones como Galicia, Extremadura, Canarias, Aragón, Castilla la Vieja (sobre todo el antiguo reino de León), Castilla la Nueva —salvo Madrid— y Navarra sufrieron importantes pérdidas de población entre 1900 y 1930. En Andalucía, que en 1900 suponía el 19,1 por 100 del total de la población española, el 75 por 100 de la población activa se dedicaba, en esa fecha, a la agricultura; las tasas de natalidad y mortalidad seguían siendo altísimas y el 75 por 100 de la población era analfabeta. Escritos como el informe que el Instituto de Reformas Sociales publicó en 1903, o como los artículos que Azorín escribió en marzo de 1905 en *El Imparcial* bajo el título de «La Andalucía trágica» o como la novela *La Bodega* de Blasco Ibáñez de ese mismo año, hicieron de Andalucía —asociada a latifundios, jornaleros sin tierra, atraso rural, paro estacional y hambre— el paradigma del problema agrario español. El viaje que en 1922 hizo a Las Hurdes, al norte de Cáceres, el rey Alfonso XIII acompañado por el doctor Marañón, reveló los grados extremos, sobrecogedores, que la pobreza alcanzaba en ciertos puntos de España.

El dualismo, pues, seguía definiendo a España. Con todo, la transformación experimentada fue extraordinaria. La misma España que en 1898 aparecía agotada y sin pulso y que perdía sus últimas colonias en la guerra con los Estados Unidos, liquidaba victoriosamente poco después, en 1927, la guerra de Marruecos. La pintura de Zuloaga, Sorolla y Sert logró un excepcional reconocimiento internacional y altísimas cotizaciones en todos los mercados del arte. Sorolla retrataría al presidente de los Estados Unidos, Taft; Josep M.ª Sert decoró el hotel Waldorf Astoria y el vestíbulo del Rockefeller Center en Nueva York (1932-1940), y la Sala de Consejos de la Sociedad de Naciones de Ginebra (1935-36). Falla estrenó, con éxito extraordinario, su ballet *El sombrero de tres picos* —con decorados y trajes de Picasso— en Londres en 1919, y *El*

digitalia
www.digitalia.us

amor brujo, un éxito aún mayor, en París en 1925. Periódicos como *ABC*, fundado en 1904, y *El Sol*, de 1918, tenían calidad comparativamente notable. *La Revista de Occidente*, que Ortega y Gasset creó en 1923 fue una de las más prestigiosas revistas intelectuales europeas; su libro *La rebelión de las masas* (1930) fue un auténtico *best-seller* internacional.

Sobre todo desde los años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), España dejó de ser un país netamente agrario. En 1930, más del 50 por 100 de la población trabajaba o en sectores industriales o en servicios. Sólo el 34 por 100 vivía en núcleos de menos de 5.000 habitantes. La aristocracia había perdido incluso su presencia formal. El poder social se había desplazado —dentro de las clases altas— hacia los círculos industriales y financieros. Las formas de vida, la mentalidad dominante, las modas, el vestido, los ocios, los valores, respondían a los gustos y aspiraciones de las clases medias, «nervio y tuétano de la patria», como dijo Unamuno en 1933. No le faltaba razón: el descenso constante de la población rural, el crecimiento de la población urbana, de los sectores industrial y de servicios, la formación de una sociedad profesional (expertos y profesionales en número creciente en puestos relevantes de la burocracia del Estado, y de industrias, empresas y bancos), el crecimiento considerable de las clases medias —en las que cabría incluir en 1930 a unos 4 millones de españoles—, y el aumento de la población activa industrial (que sumaba unos 2.300.000 activos en 1930), fueron los hechos más significativos de la vida social española entre 1900 y 1930.

El 98 y sus consecuencias

Sería precisamente de la contradicción entre esa sociedad en transformación y las limitaciones del régimen de 1876 de donde nacerían en gran medida los problemas políticos de la España del siglo XX. Algunos de esos problemas —por ejemplo, la cuestión regional— ya habían hecho su aparición antes de 1898. Pero, dado que, a corto plazo, la crisis del 98 no provocó cambios políticos sustanciales, pareció que el país había interiorizado la derrota con irresponsable indiferencia y alegre pasividad, y que carecía de voluntad política y reservas morales (que venía a ser la tesis de las dos novelas más representativas del pesimismo noventayochista: *La voluntad*, de Azorín, y *Camino de perfección*, de Pío Baroja, ambas publicadas en 1902).

Pero no fue así. Primero, el 98 provocó, como es bien sabido, una profunda crisis de la conciencia nacional, una intensa reflexión sobre España y su significación en la historia, que se plasmó en la obra de Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle-Inclán, Machado, en la pintura de Zuloaga, en la producción de los «epígonos» del 98 (Ortega, Marañón, Azaña, Pérez de Ayala, Solana…). Segundo, el 98 generó exigencias de cambio, de reformas, de regeneración, por decirlo con la palabra entonces en boga, que tuvo en Joaquín Costa a su principal teorizador (en escritos como *Reconstitución y europeización de España*, 1899 y *Oligarquía y caciquismo*, 1902). Tercero, el 98 coincidió con la irrupción de los nacionalismos periféricos en la política española. Arana, el líder del nacionalismo vasco, fue elegido diputado a la Diputación de Vizcaya en septiembre de 1898. La Lliga Regionalista catalana entró en el Parlamento español, con cuatro diputados, a raíz de las elecciones de 1901. Solidaridad Catalana, bloque electoral articulado por la Lliga, logró, en las de 1907, 41 de los 44 escaños de Cataluña. El hecho fue importantísimo: la cuestión catalana cambió la política. Reveló la mala vertebración de

digitalia
www.digitalia.us

la organización territorial del Estado español (basada desde 1833 en la provincia). Hizo de la reforma de la administración local y provincial, de «la sublevación de la provincias contra Madrid», como escribiría Ortega y Gasset en 1927 en *La redención de las provincias*, de la reforma del Estado, el hecho esencial de la vida política española.

El sistema de Cánovas, pese a todo, superó bien la derrota del 98. La monarquía, por ejemplo, no se desacreditó. Con Alfonso XIII, que advino al trono el 17 de mayo de 1902, un hombre ni intelectual ni culto, a menudo imprudente y algo frívolo, pero inteligente, popular, dinámico y de indudable simpatía, la Monarquía pareció incluso renovarse. Pese a la aparición de un nuevo republicanismo (Partido Radical, de Lerroux, en 1908; Partido Reformista, de Melquíades Álvarez, en 1912), pese a la apuesta republicana del PSOE desde 1909, los españoles no parecieron hacer hasta los años 20 del cambio de régimen —sino en todo caso de la erradicación del caciquismo y de la moralización de la política— la clave de la regeneración nacional.

Por supuesto, la monarquía española, el sistema parlamentario, arrastraban un grave problema de representatividad, en razón de su naturaleza oligárquica y caciquista. La cuestión a partir del 98 fue precisamente ver si el régimen de 1876 era o no capaz de evolucionar gradualmente —como otras monarquías europeas— hacia un sistema constitucional y parlamentario verdaderamente democrático. Visto lo sucedido —golpe militar en 1923, caída de la Monarquía en 1931—, cabría concluir que la evolución no fue, ni era, posible: que, como indicaba más arriba, la oligarquía gobernante ni quiso ni pudo favorecer una sincera apertura política hacia la plena democratización del orden político; que la crisis del parlamentarismo hizo inevitables tanto el golpe de 1923 como luego, el cambio de 1931.

Pero las cosas fueron cuando menos complejas, y pudieron haber sido de otra forma. En muchos sentidos, la España de Alfonso XIII (1902-1931) supuso una ruptura radical con la España de la Restauración. Aunque los movimientos declaradamente regeneracionistas —que culminaron con la formación de la Unión Nacional encabezada por Joaquín Costa, Basilio Paraíso y Santiago Alba, como una potencial «tercera fuerza» política— habían fracasado para 1900, la política se impregnó de regeneracionismo. El Partido Liberal, que formó hasta siete gobiernos entre 1899 y 1907 (presididos por Sagasta, Montero Ríos, Moret, López Domínguez y Vega-Armijo), incorporó a su programa la bandera del anticlericalismo —control de las órdenes religiosas, matrimonio civil, medidas secularizadoras en enseñanza y cementerios…— desde la convicción de que la regeneración nacional requería un menor papel de la Iglesia y de las ideas católicas en la vida social española (lo que probablemente fue un error que sumió al partido, que padecía ya una grave crisis de liderazgo en torno a la sucesión de Sagasta, fallecido en 1903, en una crisis de identidad política —pues el anticlericalismo resultaba escasamente congruente en un partido como el liberal, al fin y al cabo tan vinculado a los círculos socialmente conservadores y católicos del país como el propio Partido Conservador—, crisis de la que los liberales no se recuperaron hasta la llegada al poder en 1910 de Canalejas). Los conservadores entendieron mejor las razones del regeneracionismo. El gobierno Silvela (marzo de 1899 a octubre de 1900), en todo caso, inició la legislación social, creó los ministerios de Instrucción Pública, como parte de un gran esfuerzo educativo para rehacer el país, y de Agricultura, Industria y Comercio, cartera que asumió Rafael Gasset, propietario de *El Imparcial* y significado regeneracionista, esbozó proyectos de descentralización administrativa y procedió a una política presupuestaria de austeridad y reajustes, que trazó el ministro de Hacienda,

digitalia
www.digitalia.us

Fernández Villaverde (luego, jefe de gobierno en 1903 y 1905), política que generó malestar y protestas, pero que resultó decisiva para la estabilidad económica que se produjo tras el 98. Bajo el liderazgo de Antonio Maura (1853-1925), que dirigió el partido desde finales de 1903 y que gobernó, primero en 1904, y luego entre enero de 1907 y octubre de 1909, el proyecto regeneracionista conservador se hizo aún más explícito y ambicioso. Maura, hombre de profundas convicciones jurídicas y religiosas, de gran autoridad moral y personal, enérgico y arrogante, de frases brillantes y contundentes, encarnó en aquella coyuntura la posibilidad de una «revolución desde arriba» que, desde su perspectiva, equivalía a la creación de un Estado fuerte y capaz de gobernar, que reformando la administración local (la misma idea de Silvela) terminase con el caciquismo y articulase la sociedad en partidos fuertes y apoyados en la opinión, que él pensaba era mayoritariamente conservadora y católica (y en Cataluña, catalanista: Maura, que sintonizó siempre bien con Cambó, el líder parlamentario de la Lliga, confiaba en que la reforma de la administración local y provincial integrara al recién aparecido regionalismo catalán en el sistema). O en otras palabras: movilización política de las clases neutras, sinceridad electoral, voto obligatorio, autonomía municipal, posibilidad de reconocimiento de la región, reactivación del parlamento, intervencionismo estatal, apoyo decidido a la producción nacional (a lo que se añadiría una concepción autoritaria del orden público y una especial sensibilidad hacia los valores e intereses de la Iglesia).

Que en su larga etapa de gobierno, 1907-09, Maura fracasase (pues dimitiría como consecuencia de los sucesos —oleada de desórdenes contra el envío de tropas a Marruecos— de la Semana Trágica que estallaron Barcelona en julio de 1909 antes de poder aprobar su proyecto más ambicioso, la reforma de la administración local), es otra cuestión. Maura cambió la política y obligó a cambiar al propio Partido Liberal. Canalejas gobernó (1910-1912) con programas, ideas, firmeza y resolución no inferiores a los de Maura: redujo el impuesto de consumos, introdujo el sistema militar obligatorio (suprimiendo la redención en metálico), reestructuró la financiación de los ayuntamientos y extendió la regulación de las condiciones de trabajo (jornada máxima en las minas, prohibición del trabajo nocturno de la mujer…). Muchos de aquellos cambios tuvieron trascendencia permanente. La creación del Ministerio de Instrucción Pública produjo al menos una realidad espléndida: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907 bajo la presidencia de Santiago Ramón y Cajal, un conjunto de institutos, centros, museos, talleres y laboratorios (más la Residencia de Estudiantes establecida en 1910) que revolucionó la investigación científica y experimental del país. La aprobación a partir de 1900 de las primeras leyes sociales —ya se han citado las más importantes—, la creciente intervención del Estado en materia social, cambió, gradualmente, la función misma del Estado.

El Mediterráneo, escenario de tensión

Los cambios internos del país afectaron igualmente a la presencia internacional de España. Un hecho fue al menos evidente: la reactivación desde 1900 de la política exterior del país —con amplio consenso al respecto entre los partidos—, desde la condición de España como potencia media y sobre la base de tres principios rectores: 1) la aproximación a Francia y Gran Bretaña (de ahí, por ejemplo, la boda del Rey Alfonso XIII

digitalia
www.digitalia.us

en 1906 con una princesa de la familia real británica, Victoria Eugenia de Battemberg); 2) el establecimiento de una relación especial con toda la América española —invirtiéndose el distanciamiento que había existido hasta el 98—; y 3) el mantenimiento del *statu quo* en la región del Estrecho. Esto último significó, como certificó precisamente la Conferencia de Algeciras de 1906, que España asumiría, junto con Francia, crecientes responsabilidades tutelares en Marruecos, responsabilidades convertidas, tras el convenio hispano-francés de 15 de noviembre de 1912, en funciones de Protectorado (sobre una zona de unos 28.000 kilómetros cuadrados en el norte del país). Todo ello se produjo, además, en una coyuntura particularmente importante: cuando la apertura del canal de Suez, el «nuevo imperialismo» británico y francés en Egipto y Túnez, la penetración de Alemania en el Imperio Otomano, y el interés de Grecia en Creta y de Italia en Trípoli y Cirenaica (esto es, Libia), devolvían al Mediterráneo, como se indicó al principio, su papel como uno de los centros decisivos de la política internacional; y cuando la irrupción de Alemania en la política mundial tras proclamar en 1899 su *Weltpolitik* —activa presencia alemana en todos los escenarios de interés para los potencias (África, Asia, Oriente Medio, Mediterráneo), desarrollo de una ambiciosa política naval—, y la aproximación desde 1898, desde Fashoda, entre Gran Bretaña y Francia, que cristalizaría en la *Entente Cordiale* que ambos países firmaron el 8 de abril de 1904 —en parte, como respuesta al creciente desafío alemán— provocaban cambios sustanciales en el equilibrio internacional entre las potencias.

Algeciras, las crisis de Marruecos de 1905 y 1911, la ocupación militar de Libia por Italia en 1911-12, el Protectorado hispano-francés sobre Marruecos en 1912, pusieron de relieve, precisamente, la renovada revalorización estratégica del Mediterráneo (revalorización obsesiva, por ejemplo, en la visión de Lord John Fisher, responsable de la Marina británica entre 1904 y 1910, cuya estrategia naval daba especial importancia al reforzamiento de las bases británicas en Gibraltar, Malta, Chipre, Alejandría y Port Said). La *Entente Cordiale* de 1904 —que no fue una alianza formal, sino un simple «entendimiento», pero que puso fin a años de fricciones coloniales entre Gran Bretaña y Francia— suponía el reparto de hecho del norte de África entre las potencias, en la medida en que Gran Bretaña daba luz verde a Francia en Marruecos —aunque reconociendo «derechos históricos» de España en la zona— y Francia aceptaba la presencia de Gran Bretaña en Egipto, acuerdo que británicos y franceses buscaron extender a Italia a cambio de reconocer sus aspiraciones sobre Trípoli y Cirenaica («derechos» que Italia haría efectivos en 1911).

El Mediterráneo volvía a ser, pues, zona de alto riesgo, escenario de tensiones. De tensiones, en primer lugar, coloniales: la penetración de Francia en Túnez provocó la rebelión de las tribus del sur, en las regiones de Kairuán y Sfax, cuyo sometimiento exigió amplias operaciones militares; España y Francia tuvieron que hacer frente desde el principio (1907) en Marruecos a acciones armadas esporádicas de algunas cabilas y líderes locales tradicionales, y España, a una resistencia guerrillera a gran escala en el Rif a partir de 1919; Italia encontró en Libia fuertes resistencias y no consiguió dominar la resistencia de *senusis* y beduinos hasta 1932, ya bajo el fascismo; en Egipto, Mustafá Kamil creó en 1907 el Partido del Pueblo, primer núcleo del nacionalismo egipcio moderno, nacionalismo que, liderado desde 1919 por el partido *Wafd* de Saad Zaghlul, escalaría la agitación antibritánica hasta imponer el fin del protectorado y el establecimiento de una monarquía constitucional (1923).

El Mediterráneo como escenario, en segundo lugar, de graves crisis diplomáticas

digitalia
www.digitalia.us

internacionales. La respuesta alemana a la *Entente* franco-británica de 1904 —que agravaba la creciente situación de aislamiento internacional en que Alemania se había ido colocando desde que proclamara la política mundial— fue la primera crisis de Marruecos, desencadenada por la visita del káiser alemán Guillermo II a Tánger en marzo de 1905 y por el amenazante discurso que pronunció, en el que, en un claro gesto de enemistad hacia Francia (y en menor escala, hacia España, los dos países directamente implicados en la zona), vino a manifestar el apoyo alemán a la independencia de Marruecos. Y lo que fue peor: Algeciras —la conferencia internacional convocada precisamente para tratar de la crisis marroquí y que se celebró entre enero y abril de 1906— ratificó las posiciones de Francia (y España) en Marruecos, fue una derrota diplomática de Alemania, que no pudo recoger más que el tibio apoyo de Austria-Hungría, confirmó el creciente deslizamiento de Italia hacia la alianza franco-británica y supuso un reforzamiento de esta última (y un triunfo evidente de la diplomacia británica, que fue la que decidió el resultado y los acuerdos finales de la conferencia). Por eso diría Churchill —en su estudio sobre la Primera Guerra Mundial, *The World Crisis 1911-1918*, que publicó en 1923— que Algeciras había sido «uno de los jalones hacia Argamedón», el nombre que se da en el Apocalipsis al lugar de la última gran batalla entre las fuerzas del bien y del mal y que muchos aplicaron metafóricamente a la Primera Guerra Mundial. No le faltaba razón. Alemania provocó una nueva crisis marroquí cuando el 1 de julio de 1911 envió a Agadir el cañonero *Panther*, para proteger los intereses alemanes ante el supuesto incumplimiento por Francia de determinados extremos acordados en Algeciras. La crisis —que volvió a crear una altísima tensión entre Francia y Alemania y que se solucionó, entre otros acuerdos, tras el reconocimiento por Alemania de los derechos de Francia en Marruecos a cambio de concesiones francesas a Alemania en el Congo— probó ante todo una cosa: que la *Entente* con Francia era uno de los pilares esenciales de la política exterior británica.

El Mediterráneo, por último, como escenario de guerra: concretamente, el Mediterráneo balcánico y turco se vio directamente implicado en la explosiva situación creada en la zona por la crisis del Imperio Otomano —recuérdese: revolución militar de los Jóvenes Turcos en 1908, tras la que, como respuesta, Bulgaria proclamó la independencia y Austria-Hungría anexionó Bosnia-Herzegovina— y la pugna entre los nacionalismos balcánicos —nacionalismos griego, serbio, búlgaro, turco, albanés— en torno a la reestructuración territorial y nacional de la península balcánica. Entre septiembre de 1911 y agosto de 1913, Turquía, donde los militares del golpe de 1908 no podrían ni estabilizar ni definir la revolución, fue tres veces a la guerra: en 1911 contra Italia, que le había reclamado Libia; en octubre-diciembre de 1912 y febrero-mayo de 1913, contra Bulgaria, Grecia, Serbia y Montenegro, en torno a Macedonia, territorio bajo soberanía turca pero irrenunciable por distintas razones para los respectivos proyectos nacionales griego, búlgaro y serbio; en junio de 1913, en alianza ahora con rumanos, griegos y serbios, contra Bulgaria, por las nuevas diferencias que los acuerdos sobre Macedonia y Tracia en la guerra anterior provocaron entre los países de la región. Los resultados de todo ello para el Mediterráneo oriental fueron considerables: la emergencia de Italia como potencia en la zona tras la conquista de Libia y de varias islas del Dodecaneso (Rodas, Patmos…); el engrandecimiento, ya mencionado, de Grecia, con la anexión definitiva de Creta y de partes importantes de Macedonia y Tracia, anexiones que hicieron de Grecia el principal poder en el Egeo, sobre todo en razón de la integración del gran puerto de Salónica; la creación en 1913 de una mal definida

digitalia
www.digitalia.us

Albania; la humillación de Turquía, donde el 23 de enero de 1913, los Jóvenes Turcos dieron un nuevo golpe de estado que estableció un régimen militar ultranacionalista que durante la Primera Guerra Mundial alineó a Turquía al lado de Alemania y de los Poderes Centrales (a lo que cabría añadir las consecuencias específicas para los Balcanes: reforzamiento de Serbia y debilitación de Bulgaria, creciente temor de Austria-Hungría al papel de Serbia en la región, desconfianza de Austria-Hungría y Alemania hacia Rusia como potencia que avalaba el expansionismo serbio en los Balcanes).

digitalia
www.digitalia.us

Las solidaridades, Nicolás Salmerón y Alonso: el combate por la Democracia, la Nación y el Pueblo en los albores del siglo XX

Fernando Martínez López
Universidad de Almería

> ¿Qué es la solidaridad? La robusta afirmación de la voluntad de un pueblo que quiere recabar la plenitud de su soberanía usurpada por las viles artes de los Gobiernos y caciques que suplantan la voluntad nacional. Ese problema, antes social que político, se ha planteado con grande vitalidad en Cataluña. ¡Que tenga Cataluña el honor de resolverlo con redentora transcendencia para España entera!
>
> Nicolás Salmerón[1]

El divorcio existente entre la Nación y el Estado sólo podía resolverse con una amplia movilización política, salida de «las entrañas de la sociedad española», que llevara al Parlamento la verdadera expresión de la voluntad nacional. Así pensaba Nicolás Salmerón y Alonso en 1905 cuando, a los 68 años, emprendió la aventura de la Solidaridad. Para el líder de la Unión Republicana, uno de los principales definidores del ideario democrático español, la regeneración y modernización de España debía de partir del impulso ciudadano procedente de las regiones españolas. La fórmula de Solidaridad Catalana era el ejemplo a seguir. La amplia movilización de Cataluña en mayo de 1906 y el rotundo éxito de Solidaridad en las elecciones generales de 1907 le animaron a extender la experiencia por las regiones de España.

Su última apuesta política no fue sólo para Cataluña. La concepción organicista que tenía de la nación española, la España regional de herencia krausista que venía defen-

[1] Esta es la forma que tenía Salmerón de definir Solidaridad. Texto en el archivo familiar de Alhama de Almería.

digitalia
www.digitalia.us

diendo como vía intermedia entre el federalismo pactista de Pi, el nacionalismo centrífugo de catalanes y vascos y el centralismo liberal monárquico, le impulsaron a la construcción de solidaridades regionales para desde ellas dar forma a la Solidaridad Española. Por Andalucía, Valencia, Alicante, Galicia, Guipúzcoa y otras regiones y provincias españolas se sucedieron intentos solidarios al calor de un nuevo despertar regeneracionista, sustentado por decenas de diarios y semanarios atraídos por el impacto de Solidaridad Catalana. Tal iniciativa correspondió a los republicanos vinculados a Nicolás Salmerón y a un sector del federalismo a quienes se unieron los regionalistas y el sector del carlismo más vinculado a Vázquez de Mella que, desde otros proyectos distintos, coincidían en la idea de una España descentralizada como fórmula para resolver los problemas del país. La hostilidad de los partidos y periódicos del sistema, las resistencias republicanas al proyecto, la inexistencia de modernas fuerzas regionalistas consolidadas en otras regiones españolas y la heterogeneidad del movimiento solidario terminarían por frustrar la última tentativa de Salmerón para autentificar el sufragio, erradicar el caciquismo y modernizar España[2].

La vinculación de Salmerón con Cataluña

La trayectoria final de la vida política de Nicolás Salmerón estuvo unida a Cataluña. La intervención en la sesión del Congreso de Diputados el 29 de noviembre de 1905 tendiendo la mano a los parlamentarios catalanistas que se alzaban contra la supresión de garantías constitucionales, o la presencia de Salmerón en las Fiestas de la Solidaridad en la plaza de Cataluña el 20 de mayo de 1906, son dos imágenes que han perdurado con nitidez para remarcar la estrecha vinculación del patriarca republicano con Cataluña en la primera década del siglo XX. La participación de Salmerón en Solidaridad ha llevado a menudo a una cierta distorsión de sus actitudes entre 1905 y 1907. Mientras que para los nacionalistas catalanes pasó a ser «nuestro Salmerón», para tratadistas del nacionalismo democrático español sigue siendo el hombre que «no tendrá reparos, al calor del proceso de gestación de la Solidaridad Catalana, en pronunciar palabras en el Congreso de los Diputados que evitan los catalanistas auténticos». La raíz de ello se encuentra en el hecho de que un político inequívocamente unido a un proyecto nacional-democrático español se sumase a un movimiento ciudadano de clara significación nacionalista catalana o a un fenómeno visto como atentatorio de la unidad nacional española[3].

En realidad, la vinculación de Salmerón con la política catalana es más antigua y más profunda de lo que estas dos imágenes dan a entender. El primer antecedente se encuentra en pleno Sexenio Democrático, cuando los republicanos de la conurbación

---

[2] Manuel Suárez Cortina, *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 271-299; Nicolás Salmerón y Alonso, *Discursos y escritos políticos*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2006, Prólogo y selección de Fernando Martínez López, págs. 47-51.

[3] La cita en Andrés de Blas Guerrero, *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid, Tecnos, 1991, pág. 45. Ángel Duarte reflexiona sobre la relación de Salmerón con Cataluña en «Del sufragio universal a la Solidaridad catalana: Salmerón y Cataluña (1890-1907)», Conferencia mecanografiada, Almería, 1992.

digitalia
www.digitalia.us

obrera de Barcelona, impactados por el discurso en defensa de la Asociación Internacional de Trabajadores, le eligieron diputado por el distrito de Gracia en octubre de 1872. Al optar en aquella ocasión por el escaño de Badajoz por donde venía siendo diputado, el punto de partida de la vinculación con Cataluña se sitúa a mediados de la década de los ochenta y primeros años de los noventa del siglo XIX, concretamente durante los meses que trascurren entre la aprobación del sufragio universal masculino y las elecciones parciales de abril de 1892 en el distrito de Gracia.

Salmerón lideraba en aquellos momentos el centro republicano con una clara apuesta por la democracia representativa, parlamentaria, la unidad «orgánica» de la nación, las reformas y los métodos pacíficos para alcanzar el poder. Situado entre unitarios y federales, impulsaba un proyecto nacional español en el que la autonomía de los municipios, las provincias y las regiones constituían elementos fundamentales de la futura organización de la República. Un proceso de construcción nacional que habría de consumarse en la Federación de España y Portugal con el fin de borrar «las barreras artificiales que la monarquía había levantado entre dos pueblos llamados a ser independientes y hermanos»[4].

Desde la vuelta del exilio parisino había decidido dar la batalla pacífica por la dignificación del sufragio y la consolidación de una ciudadanía capaz de impulsar el proceso de modernización y democratización de España. Ubicado entre el republicanismo de orden y el radicalismo democrático-popular, hizo de la participación política de los ciudadanos el eje central de su acción pública. «Alguien ha de hacer la política —decía el diario salmeroniano *La Justicia*—, mientras no la ha hecho el país, hiciéronla los cortesanos en la antecámara y los conspiradores en las cuadras de los cuarteles[5]». La fórmula consistía en llevar al pueblo a las urnas. Para Salmerón, la movilización electoral y el ejercicio del voto constituían la oportunidad de convertir al *pueblo* en ciudadanía y se presentaban como la única forma posible de relación entre la sociedad civil y el sistema de poder. Creía que el sufragio, ejercido conscientemente por los ciudadanos, se convertiría en el instrumento capaz de solucionar los problemas económicos, sociales y políticos del Estado. Esta apuesta de movilización de la sociedad civil necesitaba, sin embargo, vencer los mecanismos de fraude y control de la vida política, la desconfianza de buena parte del republicanismo en los procedimientos pacíficos y la fragmentación republicana.

El experimento cuajó en Barcelona a principios de la década de los noventa. La victoria electoral en el distrito de Gracia, conseguida en las elecciones parciales de abril de 1892 gracias a la movilización del tejido social republicano, la denuncia sistemática del fraude gubernamental, la atracción de las capas populares y la unidad republicana, puso de relieve que con esfuerzo se podía materializar la voluntad popular en las urnas. Además, se constató que la desmovilización radical del ciudadano que parecía ser la característica de la Restauración afectaba en realidad a la vida pública oficial, mientras que

---

[4] «Nuestros amigos en Barcelona», y «El meeting de Barcelona», *La Justicia*, 8 y 12 de enero de 1891. La idea de la España regional defendida por el krausoinstitucionismno en Manuel Suárez Cortina, «El krausismo, la república y la "España regional" en el siglo XIX», en Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004, págs. 161-198.

[5] «Viejos resabios», *La Justicia*, 19 de enero de 1891; Duarte, Ángel: *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida, Milenio, 1998, págs. 34-35.

digitalia
www.digitalia.us

por debajo de ella existía una intensa vida pública paralela, canalizada por los republicanos en el medio urbano. Desde entonces y con estas posiciones, Salmerón desempeñó un papel de primer orden en la política catalana[6].

La conexión de Salmerón con la Cataluña finisecular no estuvo condicionada exclusivamente por la búsqueda de una sociedad civil susceptible de convertirse en la base de una amplia movilización. En el camino se encontró con la emergencia de un fenómeno nuevo, aunque con sólidas raíces culturales y antropológicas: la formulación del moderno nacionalismo catalán. Entre 1898 y 1905, Cataluña avanza en la definición de un espacio político autónomo. La aparición del catalanismo político supuso la progresiva definición del sistema de partidos que operaba en las provincias catalanas, así como un avance significativo en la asunción —por la mayoría de los partidos con incidencia en el país—, de estrategias para la consecución de mecanismos de autogobierno político y administrativo. Un catalanismo que, como apunta Ángel Duarte, en el momento de su fundación era susceptible de varias lecturas. La primera podía contemplarse como un movimiento nacional encaminado a alcanzar atribuciones propias de una existencia nacional autónoma. En ella resultaría incomprensible la apuesta que Salmerón hizo en 1905 y no se encuadra en el pensamiento organicista que Salmerón tenía de la identidad de la nación española. Y aquella otra en la que, dado el contexto de la crisis de representatividad del Estado de la Restauración, el catalanismo del primer momento podría ser visto como un movimiento surgido en la región más emprendedora, menos dada a la resignación, con la finalidad de avanzar en la modernización de la vida política. Esta segunda lectura, tiene mayores visos de credibilidad por el origen mismo de Solidaridad Catalana, y conecta con las ideas que llevaron al ex presidente republicano a impulsarla[7].

Como se ha puesto de relieve en muy diversas ocasiones, el asalto perpetrado por miembros del Ejército a los periódicos catalanistas *Cu-Cut* y *La Veu de Catalunya,* en noviembre de 1905, tiene una estrecha vinculación con la aprobación de la Ley de Jurisdicciones y el nacimiento de Solidaridad Catalana[8]. A Nicolás Salmerón no le dolieron prendas en criticar con dureza a los catalanistas antes de brindarles el apoyo. La mera denominación de partido *catalanista* infería para él una grave ofensa no sólo al Estado sino a la vida de España, a la nación española. Según el ex presidente republicano, el fundamento de la peculiar representación política catalana debía arraigar en la condición del individuo o, si se quiere, en la condición territorial, pero dentro de la comunidad y de la continuidad de la vida nacional. «Sin ello, les decía a los catalanistas, sois una representación atávica, más que medioeval; sois un partido de índole feu-

---

[6] «Discurso pronunciado por D. Nicolás Salmerón en la villa de Gracia», «La jornada del triunfo», «La proclamación de Salmerón», *La Justicia*, 11 de febrero de 1891 y 20 y 22 de abril de 1892; «Salmerón à Barcelona», «La Resurrecció», *La Campana de Gracia*, 7 de febrero de 1891 y 16 de abril de 1892.

[7] «Del sufragio universal a la solidaridad catalana…», págs. 2-7.

[8] El alcance de todos aquellos procesos en los trabajos de Jesús Pabón, *Cambó*, Barcelona, Alpha, 1952 y 1969 (2 vols.); Joaquim de Camps i Arboix, *Història de la Solidaritat Catalana*, Barcelona, Destino, 1970; Joaquín Romero Maura, *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, Grijalbo, 1975; Octavio Ruiz-Manjón Cabeza, *El partido republicano radical (1908-1936)*, Madrid, Tebas, 1976; Joan B. Culla i Clarà, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923*), Barcelona, Curial, 1986; José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990; Ángel Duarte, *Història del republicanisme a Catalunya*, Lleida, Eumo Editorial, 2004.

digitalia
www.digitalia.us

dal que, en vez de engendrar la soberanía en la condición de la persona, tratáis de fijarla en la señal muda e inerte de la tierra».

Pese a ello, en la sesión del 29 de noviembre de 1905, les tendió la mano para apaciguar el enfrentamiento que se venía produciendo entre republicanos y catalanistas de Barcelona y afrontar conjuntamente la lucha contra la supresión de las garantías constitucionales, seriamente en peligro por la presión de los militares: «Si vosotros sois catalanes, si amáis Cataluña, […], yo, que no soy catalán, pero que tengo como el más alto honor el de haber recibido aquella representación y que creo que puedo servir a mi Patria, para evidenciar que la democracia catalana es fundamentalmente española, yo os digo: catalanistas ¿os ponéis de acuerdo conmigo para llevar la paz a Cataluña? ¿Queréis que vayamos juntos, del brazo, republicanos y catalanistas a Barcelona para decir: nuestras ideas difieren, nuestras opiniones pueden ir en sentidos divergentes; pero vamos a exponerlas, a sustentarlas en el santo y amoroso regazo de la madre común España?[9]». La aceptación de la propuesta por parte de Cambó abrió paso al entendimiento de Salmerón y el catalanismo. El vínculo y la concordia con los catalanistas, con quienes le diferenciaban ideas y aspiraciones políticas, tenía en último término la aspiración de llevar al Parlamento a los «genuinos representantes» de Cataluña[10].

La situación de Cataluña e incluso el movimiento de los «bizkaitarras» eran para Salmerón, a principios del siglo XX, la expresión de una disociación interna de los vínculos de la vida nacional, abonada por las prácticas y comportamientos del Estado. Los sentimientos de rebeldía generados en Cataluña se debían, tal como había ocurrido inicialmente en Cuba, a la actitud autoritaria de los funcionarios del Estado y, por tanto, creía que la solución al problema del regionalismo había de situarse en el campo de la política y no en el de la fuerza: «Apresuraos —decía al Gobierno en el mismo discurso de 29 de noviembre de 1905— a poner a todo esto remedio, apartándoos del viejo camino por el cual creéis que los vínculos de la Patria se retienen a la fuerza, cuando la fuerza lo que hace es romperlos». Lo que ocurría, ha señalado Santos Juliá, es que «la política de los partidos dinásticos respecto a las reivindicaciones catalanas fue tan sorda, la algarada de los militares asaltando *La Veu de Catalunya* y *Cu-Cut* fue tan provocadora, la cesión del poder civil ante los militares levantiscos fue tan vergonzosa, que todavía durante unos años la solidaridad de los catalanes pudo prevalecer sobre las diferencias de partido: Cataluña agredida exigía una respuesta unitaria[11]». Las «fiestas de la Solidaridad» o «fiestas del Homenaje», celebradas el 20 de mayo de 1906 una vez levantado el estado de excepción, fueron el inicio de la respuesta. Se congregaron miles de personas en Barcelona para recibir a los diputados y senadores opuestos a la Ley de Jurisdicciones en unas jornadas de movilización sin precedentes, calificadas por Joan Maragall como *l'alçament*. Los abrazos entre Salmerón, el regionalista Alberto Rusiñol y el carlista duque de Solferino sellaron públicamente el pacto de Solidaridad ante miles de manifestantes de todas las clases sociales.

---

[9] Discurso de Nicolás Salmerón en el Congreso de Diputados, sesión de 29 de noviembre de 1905. Recogido en Antonio Llopis y Pérez, *Historia política y parlamentaria de D. Nicolás Salmerón y Alonso*, Madrid, Imprenta de Ediciones España, 1915, págs. 563-564.

[10] J. Pabón, ob. cit., I, págs. 209-210.

[11] Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, págs. 132-133.

digitalia
www.digitalia.us

Para Salmerón, el panorama político español ponía de relieve un profundo divorcio entre el Estado y la Nación desde el *Desastre* colonial del 98. El español se sentía alejado de la vida pública, pocas eran las acciones bienhechoras que recibía el cuerpo social del Estado. El cuadro de la situación española estaba marcado por el hambre y la ignorancia. Es más, los españoles identificaban al Estado con un fisco brutal, una Administración opresora, corrompida e inepta, y con un cacicazgo que brindaba una imagen del poder hermanada con la explotación «miserable» de los pocos recursos que podrían llegar a nutrir a las capas populares y campesinas. La regeneración del país no podía venir desde dentro del sistema ni desde el «corrupto» poder central. Salmerón tampoco creía factible la vía revolucionaria. Su opción era claramente reformista y parlamentaria. El divorcio entre el Estado y la Nación sólo podría remediarse con una amplia movilización política, salida «desde las entrañas de la sociedad española», que llevara al Parlamento la verdadera expresión de la voluntad nacional. En la búsqueda de esa sociedad civil, el líder de la Unión Republicana se encontró con un nacionalismo catalán que empezaba a encarnar civismo y modernidad frente al autoritarismo de los funcionarios del Estado.

¿Qué vio Salmerón en Solidaridad Catalana? Especialmente la oportunidad de incorporar a la tarea de purificar el sufragio y luchar contra el caciquismo a un amplio abanico de fuerzas que iba desde los republicanos a nacionalistas catalanes y a carlistas. Solidaridad podría convertirse en una dinámica que, enlazando con su propuesta de 1892, fuera capaz de convertir a la las redes de sociabilidad popular, mesocrática e incluso burguesa, en una barrera eficaz frente al deslizamiento de la monarquía hacia actitudes antidemocráticas y de rechazo al creciente intervencionismo pretoriano. Más aún, dada la complejidad de los apoyos sociales que articuló desde el primer momento, la plataforma catalanista podía ser algo más que una mera respuesta defensiva y convertirse en un instrumento decisivo para la reforma de la Administración local y la extensión al conjunto de la ciudadanía de la oportunidad de participar en la elaboración de las políticas sociales. Solidaridad se constituiría, en suma, en la savia nueva que renovaría el Parlamento y en la primera expresión de la regeneración y modernización de la vida política española[12].

La alianza coyuntural con los carlistas, tan denostada por el republicanismo lerrouxista, no era una novedad. Pese a las profundas diferencias ideológicas, se había producido en los años del Sexenio Democrático y fueron múltiples los escarceos realizados entre republicanos y carlistas durante el exilio de la primera etapa de la Restauración. Además, el carlismo venía reivindicando la diversidad regional de España en la identificación de regionalismo y tradición. Para Salmerón, todos aquellos que estuvieran por la dignificación del sufragio, contra el caciquismo y la regeneración de España, eran susceptibles de participar en la alianza que tenía por objeto establecer un régimen democrático. En ella nadie abdicaba de sus ideales y organización. Posteriormente, una vez erradicado el caciquismo y rescatada por el pueblo su soberanía, cada partido lucharía por ganar el poder y conducir al país según sus principios y valores. El movimiento de Solidaridad Catalana en nada podía afectar a la independencia y personalidad de los diversos elementos que la componían, pues era una mera pero poderosa con-

---

[12] M. Suárez Cortina, *El gorro frigio…*, ob. cit., pág. 281; J. Álvarez Junco, *El emperador del paralelo…*, ob. cit., pág. 319; Fernando Martínez López, «Prólogo» a N. Salmerón y Alonso, *Discursos y escritos políticos…*, ob. cit., págs. 48-49.

digitalia
www.digitalia.us

certación de fuerzas contra el enemigo común de todas ellas. En cualquier caso, tal como señala Suárez Cortina, Salmerón pensó que la afirmación solidaria llevaba inherente una negativa al sistema y, dada la situación del país, conllevaba por ley evolutiva la afirmación republicana[13].

Por ello, su estrategia pasaba por apoyar decididamente el movimiento, no dejar reducida la alianza al rechazo de la ley de jurisdicciones, convertirla en plataforma electoral y situar al pueblo catalán en el referente del proceso de la regeneración española. El pacto de Solidaridad, sellado entre republicanos de la Unión, republicanos catalanistas, federales, catalanistas de la Lliga y carlistas, se concretó en el programa anticaciquil y anticentralista del Tívoli. El rotundo éxito de Solidaridad Catalana en las elecciones generales de 1907 —cuarenta escaños de los cuarenta y cuatro que correspondían a las provincias catalanas y todas las actas de senadores— puso de relieve que era posible poner freno al caciquismo y romper la hegemonía de los partidos del turno. El triunfo fue un aldabonazo en la vida política y parlamentaria. Un nuevo fulgor regeneracionista apareció en diversas regiones y provincias bajo la idea de que si se había conseguido vencer al caciquismo en Cataluña, la fórmula podía extenderse a otras regiones españolas para iniciar el proceso de modernización desde la periferia. Nicolás Salmerón, elegido jefe de la minoría solidaria en el Congreso de los Diputados, se convirtió en el principal impulsor de las Solidaridades por toda España, tarea en la que encontró el apoyo y colaboración de los regionalistas catalanes[14].

La Solidaridad española

«Solidaridad no tiene porvenir si limita su acción a Cataluña. Para que la Solidaridad sea fecunda, deben de extenderla, deben propagarla por toda España», decía Gumersindo de Azcárate a Alberto Aguilera. Salmerón concibió Solidaridad como algo más que un experimento exclusivo de Cataluña. Lo dijo en el Tibidabo en las fiestas de la Solidaridad en 1906 e hizo de ello su principal preocupación política en los dos años que le quedaron de vida: «Hemos de estimular a todas las regiones españolas, excitando su patriotismo para que todas contribuyan al redentor empeño […] Hemos de dotar a este gran poder, que nace de perfecta reflexión, de positiva sustancia para que la Solidaridad Catalana en breve plazo se convierta en solidaridad española». Después del éxito electoral de 1907, cuando era jefe de la minoría parlamentaria de Solidaridad Catalana, manifestaría en la Asamblea Republicana Nacional: «Es evidente que en Solidaridad Catalana hay algo que, si se cumpliera la transubstanciación de que hablé en el Tibidabo, España resurgiría. Si este movimiento se extendiera por España, tendría 360 diputados, de los cuales 160 serían republicanos[15]».

---

[13] «Rematxant el clau», «Moneda falsa», *La Campana de Gracia*, 7 de julio y 4 de agosto de 1906; asimismo M. Suárez Cortina, *El gorro frigio…*, ob. cit., pág. 281.

[14] Sobre las elecciones generales del 21 de abril de 1907 en Cataluña véase Isidro Molas, *Lliga Catalana. Un estudi d'Estasiologia*, Barcelona, Edicions 62, 1973, págs. 73-81: Borja de Riquer i Permanyer, «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques*, núm. 2 (1972), págs. 93-140; J. B. Culla i Clarà, ob. cit., págs. 171-183. Para el papel Solidaridad en la estrategia catalanista en la política española véase Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003, págs. 266 y sigs.

[15] Las citas recogidas respectivamente en «Solidaridad en el Parlamento. Opiniones de Azcárate»,

digitalia
www.digitalia.us

La idea de la extensión de la Solidaridad al resto de las regiones españolas era central en el pensamiento de los republicanos más afines a Salmerón y de los federales que se unieron con entusiasmo a la propuesta. Lo hemos visto en Azcárate, lo manifestaba Alfredo Calderón cuando escribía «toque a Cataluña, liberada de todo egoísmo, el honor y la gloria de redimir a España» o lo decían dirigentes federales regionales como el gallego Segundo Moreno Barcia: «Solidaridad debe encarnar y derramarse por toda la península». A ese criterio se sumaron, en julio de 1907, los jóvenes intelectuales madrileños vinculados al mundo de la Institución Libre de Enseñanza. Leopoldo Alas, Domingo Barnés, Alberto Jiménez Fraud, Manuel Ciges Aparicio, Manuel García Morente, Fernando del Río Urruti, Gregorio Martínez Sierra, Leopoldo Palacios o Federico de Onís, saludaron el movimiento de Solidaridad Catalana en su mensaje *A la juventud catalana*, como «la expresión más aguda y elevada de la voluntad nacional […], la fuerza ideal que ha producido como resultado inmediato la emancipación cívica de Cataluña, [cuya alma] tocaba derramarla en una expansión absolutamente necesaria para unos y otros, reintegrando a la Patria toda su personalidad[16]».

Con el apoyo a Solidaridad no rompían su concepción de la nación española. Krausistas e institucionistas defendían una idea de España, constituida en la historia por entidades diversas donde la aportación de las partes al conjunto no suponía su fragmentación. Todo lo contrario, la enriquecía con una suma de valores, historia, geografía y tradiciones que lejos de mutilar eran partidarios de fortalecer. Percibían España como un crisol común de gran diversidad de manifestaciones regionales donde lo particular y específico enriquecía y construía el todo, la nación. Solidaridad se situaba, por tanto, en la concepción de estado regional que tenía Salmerón, basado en la amplia autonomía de municipios, provincias y regiones[17].

Para llevar a cabo la extensión de la experiencia catalana al resto del país, Salmerón debía de contar con la Unión Republicana de la que era líder. Probablemente Salmerón no midió las repercusiones que su apoyo entusiástico a Solidaridad Catalana podría tener en el seno de la Unión Republicana. El diario republicano *El País* abrió una encuesta inmediatamente después de las «fiestas de la Solidaridad» entre personalidades radicales de Madrid y provincias sobre la conveniencia y riesgos de la alianza de los republicanos con los regionalistas y carlistas de Cataluña y su extensión a otras regio-

---

entrevista reproducida en *El Radical* de Almería, 3 de septiembre de 1907; «Las fiestas de la Solidaridad», *El Radical* de Almería, 22 de mayo de 1906, y «L'assamblea republicana», *La Campana de Gracia*, 29 de junio de 1907.

[16] «La solidaridad» de Alfredo Calderón, en *La Rioja*, 9 de mayo de 1907. El mensaje «A la juventud catalana» apareció en *La Publicidad*, 8 de julio de 1907, y fue reproducido en *El Radical* de Almería, 24 de julio de 1907. *La Campana de Gracia*, 13 de julio de 1907, comenta en «Batalladas» el apoyo de los jóvenes intelectuales madrileños a Solidaridad catalana. Los firmantes del mensaje fueron: Leopoldo Alas, Joaquín Álvarez Pastor, Miguel Álvarez Ródenas, Domingo Barnés, Francisco Bernis, catedrático, Luis del Cacho, Fernando Cano, M. Ciges Aparicio, Eduardo L. Chavarri, Enrique Díez Canedo, Antonio Fernández, Alberto Jiménez Fraud, Justo Gómez, Pedro González Blanco, Luis Gutiérrez, Ricardo León, Rafael Leyda, Gregorio Martínez Sierra, Manuel G. Morente, Martín Navarro, catedrático, Federico Oliver, Federico de Onís, Francisco Orueta, Ricardo Orueta, Leopoldo Palacios, catedrático, Marqués de Palomares, Matías Peñalva, Constancio B. de Quirós, Francisco L. Rivera, F. del Río Urruti, Valentín Sama, José María Sampere, Ramón María Tenreiro, Carlos de Torres Beleña, y Ángel Vegué.

[17] Véase M. Suárez Cortina, «El krausismo…», ob. cit., págs. 161-198.

digitalia
www.digitalia.us

nes. La opinión sobre el concepto de Solidaridad, vertida entre otros por Lerroux, Salmerón, Pedro Dorado Montero, Segundo Moreno Barcia, Álvaro de Albornoz, Miguel de Unamuno, Eduardo Benot, Emilio Junoy, José María Escuder, Julián Besteiro, Amadeo Hurtado, Eusebio Corominas o Rubén Landa, puso de relieve los diferentes puntos de vista existentes ante la cuestión de la Solidaridad, mostrando los opositores su preocupación por el pacto con catalanistas y especialmente con los carlistas. La extensión al resto de las regiones españolas se veía fundamental para los republicanos partidarios de Solidaridad, mientras que sus detractores se negaban explícitamente a pactar con los carlistas[18].

En realidad, tal como comentaba Melquíades Álvarez en el Congreso de los Diputados, la cuestión de la Solidaridad generó tres tendencias en el seno del republicanismo. De una parte estaban los que se identificaban con el pensamiento, la actitud y la conducta de los solidarios, especialmente los núcleos más moderados de la Unión Republicana y, sobre todo, los viejos y nuevos amigos de Salmerón. A su lado estaban los federales de dentro y fuera de la Unión Republicana para quienes la afirmación de la regionalidad constituía el triunfo de una de sus tesis históricas clásicas, la región como la entidad básica de la nación. Alejandro Lerroux y los que le seguían desde 1901 estaban radicalmente en contra, generándose un potente grupo antisolidario en Barcelona. Solidaridad se convirtió para ellos en un instrumento básico para enfrentarse a Salmerón y a su opción reformista parlamentaria. Lógicamente, los seguidores de Lerroux se opusieron, y a veces violentamente, a extender los acuerdos solidarios al resto de las regiones españolas. Había, por último, una tercera tendencia que, a juicio de Melquíades Álvarez, ni tenía hostilidades ni simpatía por Solidaridad. Constituía la mayoría de la Unión Republicana, aunque la entrada en la alianza del carlismo se hacía realmente indigerible para muchos republicanos. Como decía *El País*, «la solidaridad con federales y catalanistas, amantes de las libertades esenciales, las de conciencia y pensamiento, nos parece de perlas, la solidaridad con los carlistas, ni aun por disciplina la aceptaremos nunca»[19].

Con estos mimbres trató Salmerón de extender el movimiento solidario, a sabiendas de que no era una tarea fácil e iba a encontrar resistencias entre los propios republicanos. Durante la primera quincena de mayo de 1906 reunió en su domicilio a los dirigentes republicanos de las regiones históricas donde la cuestión autonómica podía ser canalizada contra el sistema para intentar exportar la experiencia catalana al resto de España. En las reuniones con Salmerón se aceptó impulsar, tal vez con la excepción de Álvaro de Albornoz, el espíritu de Solidaridad Catalana. Era difícil sustraerse a la gran movilización unitaria de Cataluña en mayo de 1906. Sin embargo, las reticencias a la alianza con «elementos extraños» —especialmente carlistas— aconsejaron a los republicanos promover, tal como señalaba el dirigente sevillano Montes Sierra, procesos solidarios o bien ligas regionalistas que unieran a todos los republicanos —federales y unitarios— con los elementos «sanos» de cada región, sociedades obreras, Cámaras de Comercio, y agrupaciones culturales que estuvieran dispuestas a potenciar la lucha anticaciquil y un regionalismo capaz de defender los intereses económicos y enviar a

---

[18] Las opiniones están recogidas en *El País* entre los días 26 de mayo y 27 de junio de 1906.

[19] Las opiniones de Melquíades Álvarez están recogidas en M. Suárez Cortina, *El gorro frigio…*, ob. cit., págs. 282-283. Véase asimismo «Los carlistas y la solidaridad», *El País*, 19 de septiembre de 1906.

digitalia
www.digitalia.us

las Cortes a los auténticos representantes de la región. Ya fuera con la fórmula catalana o la liga republicana, el objetivo era iniciar un movimiento que condujera a la configuración de Solidaridad Española[20].

De este modo, se puso en marcha la iniciativa de construir Solidaridades en diversas regiones de España como Valencia, Andalucía, Oviedo, y se iniciaron excursiones de propaganda por Vizcaya y Guipúzcoa con la participación de Rodrigo Soriano, Nicolás Salmerón García, y Moriones, en las que se llegaron a apuntar embriones solidarios[21]. Se dieron dos momentos en la gestación de Solidaridades. El primero se produjo durante 1906 y el segundo tuvo lugar tras el éxito de Solidaridad Catalana en las elecciones a diputados a Cortes de 1907. Numerosos periódicos españoles se identificaron o vieron con simpatía Solidaridad contribuyendo a alimentar el despertar regeneracionista-regional que se plasmó en los intentos solidarios de 1906 a 1908. Hubo ciudades y provincias, como Badajoz o Logroño, donde no se llegó a concretar orgánicamente el movimiento solidario pero se dieron muestras inequívocas de identificación a través de la prensa republicana y de intereses generales. Los republicanos de Badajoz, comandados por Rubén Landa, se mostraron partidarios de implantar Solidaridad en Extremadura y esperaron infructuosamente la llegada de una excursión propagandística de diputados encabezada por Salmerón, mientras que la dirección de la Unión Republicana de la Rioja afirmaba públicamente que estaba dispuesta a seguir a Salmerón donde quiera que les llevase, incluido el Aventino[22]. A título de referencia nos vamos a detener en el intento de Andalucía, inspirado en la fórmula de liga regional republicana, y en los de Valencia, Alicante y Galicia, insertos en un panorama más amplio siguiendo la fórmula catalana.

El fugaz intento andaluz

Tuvo su origen en una reunión de Salmerón con los diputados republicanos andaluces y los presidentes de las juntas provinciales republicanas de Almería, Cádiz, Córdoba, Jaén, Málaga y Sevilla, celebrada el 15 de mayo de 1906 en Madrid. En ella se decidió dar a Solidaridad andaluza un carácter eminentemente republicano, planteándose como objetivos el establecimiento de vínculos solidarios entre los republicanos andaluces, la discusión de los principales problemas de las provincias y la constitución «de una gran colectividad en Andalucía cuya influencia, cuyo poder incontrastable y cuyos beneficios se extendieran a las ocho provincias hermanas». Sin entrar en la inicial polémica que había suscitado Solidaridad Catalana entre los republicanos, pretendían seguir la obra regeneradora iniciada por Salmerón en Cataluña:

---

[20] «Regionalismo republicano», *El País*, 4 de julio de 1906; «Solidaridad republicana andaluza. El mitin de Sevilla», *El Radical* de Almería, 4 de julio de 1906.

[21] «La Setmana. Ullada política», *La Campana de Gracia*, 23 de junio de 1906.

[22] Baste recordar, a título de ejemplo, algunos de los periódicos solidarios: *La Publicidad* y la *Campana de Gracia* en Barcelona, *España Nueva* en Madrid, *El Radical* y *Diario Mercantil* en Valencia, *El Republicano* y *Heraldo de Alicante*, *El Radical* de Almería y *El Popular* de Málaga en Andalucía, *La Región Extremeña* en Badajoz, *Galicia Solidaria, A Nosa Terra, Solidaridad Gallega* en La Coruña. Véase *La Rioja*, 7 de mayo de 1907.

digitalia
www.digitalia.us

> Si a la voz de Cataluña las demás regiones despiertan que no sea Andalucía la última en secundar la magna obra allí realizada por el Sr. Salmerón. Al contrario trabajemos todos para que Andalucía, la primera en turno a ser conquistada por la República, coopere eficazmente al cumplimiento de los altos deberes de la regeneración de España[23].

Los dirigentes andaluces constataban a principios del siglo XX que el republicanismo duplicaba sus fuerzas en los principales núcleos de población y que gran parte de la masa obrera veía un principio de redención en sus programas y les votaba. Sin embargo, el partido republicano andaluz, a diferencia del republicanismo catalán, valenciano o aragonés, estaba excesivamente atomizado, no destacaba con personalidad propia, no había logrado crear «formidables empujes de opinión», ni tenía la suficiente representación en las instituciones locales, provinciales y parlamentarias que pudiera corresponder a la «importancia de las huestes republicanas y la grandeza de su historia». Por ello, Solidaridad andaluza nació con la aspiración de crear una poderosa organización republicana de las ocho provincias andaluzas que mantuviera en conexión permanente al republicanismo andaluz a través de la realización de frecuentes actos regionales. El primer paso lo dieron con un mitin, celebrado en el teatro Eslava de Sevilla el 1 de julio de 1906, donde sellaron el pacto convenido en Madrid y se dotaron de un organismo dirigente que denominaron Junta Regional Andaluza de Unión Republicana. Buscaban que Andalucía abandonara el servilismo y volviera a ser «cuna de libertad y asiento de rebeldía», tal como lo había sido durante los primeros setenta años del siglo XIX:

> ¿Necesitamos recordar que aquí entre nosotros, los oscurecidos andaluces de hoy, tuvieron su iniciación todos los hechos eminentes de la historia patria del siglo XIX? ¿Háse olvidado que fueron las Cortes reunidas en Cádiz las que instauraron el régimen constitucional y que fue asimismo el ejército libertador de Alcolea el que decidió la suerte de la Revolución de septiembre, abriéndose con ellas Cortes y cerrándose con la Revolución vencida el 3 de enero de 1874 el ciclo de los progresos políticos todos del país? Y cuenta que, además, de 1812 a 1868 apenas hubo en España alzamiento ni revuelta de ninguna clase en que los patriotas andaluces, siempre dispuestos al sacrificio y la lucha, no cumplieran su deber de buenos ciudadanos y de hombres amantes de la libertad primero, de la democracia después y de la República finalmente.

La lucha contra el caciquismo andaluz se convertía, del mismo modo que en otras regiones, en el principal objetivo político de Solidaridad. Más concretamente, tomaron por bandera la erradicación del cunerismo de Andalucía para que la representación política, elegida por el voto de la ciudadanía, fuese ostentada «sólo por los hijos de la región andaluza». Las intervenciones en el mitin, marcadas por la aspiración de impulsar el regionalismo andaluz, mostraron la preocupación por la cuestión agraria, espe-

---

[23] Manifiesto de la Junta Organizadora de la Liga Regional Andaluza de Unión Republicana, *El Radical*, 19 de junio de 1906. El texto completo en «Solidaridad andaluza», *El País*, 30 de junio de 1906. Véase el análisis de este intento regionalista republicano andaluz en Fernando Arcas Cubero, *El republicanismo malagueño durante la Restauración (1875-1923)*, Córdoba, Ayto. de Córdoba, 1985, págs. 264-272; asimismo en Antonio Barragán Moriana, «El republicanismo andaluz en el cambio de siglo: del 98 a la I Guerra Europea», en Manuel Morales Muñoz (ed.), *Republica y modernidad. El republicanismo en los umbrales del siglo XX*, Málaga, CEDMA, 2006, págs. 106-108.

digitalia
www.digitalia.us

cialmente por la situación de los campesinos. Entendían que el futuro de la región andaluza pasaba por resolver el problema social del campesinado y los oradores solidarios republicanos afirmaron la necesidad de expropiar los latifundios y repartir los terrenos entre la clase proletaria con el fin de que de los terrenos incultos se convirtieran en fructíferos para el trabajo. A la Junta Regional le encomendaron, además, todo tipo de gestiones parlamentarias que redundaran en beneficio material de la región[24].

El manifiesto de la Junta Regional andaluza, emitido unos días después del mitin, aclaraba el carácter de la Solidaridad en Andalucía: «La Liga o pacto regional que ayer sellamos en Sevilla se constituye por todas las fuerzas vivas y elementos sanos que, hallándose conformes o simpatizantes con el programa del gran partido español de Unión Republicana, deseen colaborar a la realización de sus fines. No tenemos otros programas ni aspiramos a sumar sino aquellos que marchen en la misma dirección, sin que por ello dejemos de admitir en nuestro seno a los hombres de buena voluntad que, procedentes de la masa neutra o de las clases obreras, quieran unir sus esfuerzos a los nuestros para reconquistar los derechos y libertades perdidos». Centraban definitivamente sus objetivos en la «cruzada contra el odiado oligarca y el infame cacique», el control de los Ayuntamientos, la potenciación de la autonomía de la región andaluza, la secularización de la enseñanza, la municipalización de los servicios al «tipo europeo», la protección legal a los obreros, especialmente al trabajo campesino, «haciendo que la riqueza muerta entre en circulación», el alivio de las cargas impositivas de los pequeños contribuyentes y la sustitución del impuesto de consumos «con arreglo a las circunstancias especiales de cada localidad[25]».

En el teatro Eslava de Sevilla no estuvieron presentes las Cámaras de Comercio, ni las Diputaciones, ni otro tipo de sociedades y parcialidades políticas, como lo habían estado en Elanchove (Vizcaya), en Cataluña o en Valencia. «La aparatosidad oficial y monárquica se ha inhibido egoísta y torpemente —decía *España Nueva*—. La bandera regional, prendida con las cintas autonómicas, ha sido depositada y custodiada en los Centros republicanos. La Sevilla de la Maestranza y la buena Prensa sigue en el siglo XVIII, con sus mantos y sus solideos[26]». El carácter estrictamente republicano con que nacía la Solidaridad andaluza fue saludado por el diario republicano madrileño *El País*, hostil a las alianzas con regionalistas y carlistas: «Los republicanos andaluces no se han ligado con elementos y partidos extraños, pero claro es que aceptarían alianzas con quienes quisieran cooperar a la extinción del caciquismo y a la liberación del cuerpo electoral. La fuerza republicana regional al luchar por Andalucía alguna vez se ha de encontrar, por afinidad de propósitos, ya con asociaciones obreras, ya con Cámaras de Comercio, sociedades económicas y literarias […]. El norte de la Liga Republicana Andaluza deben ser las asociaciones obreras pues los organismos burgueses están en Andalucía mimados casi todos ellos por el caciquismo, allí desenfadado y bandoleresco[27]».

---

[24] Salmerón envió un telegrama a los republicanos andaluces de Solidaridad en el que les decía: «Constituyan órgano sano, vigoroso, para cooperar acción redentora patria, exterminando caciquismo, imponiendo a poderes estado soberanía pueblo y afirmando solidaridad nacional robusta autonomía regiones», recogido en «Solidaridad republicana andaluza. El mitin de Sevilla», *El Radical*, 4 de julio de 1906.

[25] «Junta Regional Andaluza de Unión republicana», *El Radical*, 5 de julio de 1906.

[26] «La hora andaluza», *España Nueva*, 3 de julio de 1906.

[27] La cita en «Regionalismo republicano», 4 de julio de 1906.

digitalia
www.digitalia.us

La Solidaridad andaluza no siguió la fórmula catalana pero apenas pasó de las buenas intenciones. La diferencia fundamental entre ambos movimientos estribaba en que en Andalucía el intento de Solidaridad andaluza quedó estrictamente en una reunión de jefes republicanos de las provincias andaluzas que plasmaron el espíritu de la Junta Regional en algunas actuaciones parlamentarias en defensa de los intereses de Andalucía[28]. El siguiente encuentro regional, previsto en Málaga, no llegó a celebrarse. El dirigente malagueño Gómez Chaix, secretario de la Junta Regional Andaluza, terminó por distanciarse de los supuestos del regionalismo al creer que eran inaplicables para resolver los problemas de Andalucía. Fue, en realidad, la crisis de la Unión Republicana la que influyó de una manera decisiva en la desaparición de la Liga regional andaluza a principios de 1907. Montes Sierra, diputado republicano por Sevilla y presidente de Solidaridad republicana andaluza, señalaba en la Junta Nacional de Unión Republicana, en febrero de 1907, la profunda desconfianza que existía en toda España respecto a la Solidaridad Catalana y, en concreto, que «el partido de Unión Republicana de Sevilla era contrario a la Solidaridad y, por más que él se empeñaba en demostrar las ventajas de ese movimiento, no lograba convencer a nadie[29]». Montes Sierra se encontró especialmente con la hostilidad de las juventudes republicanas, encabezadas por Martínez Barrio que ya apuntaba su predilección por Lerroux. Tras el triunfo de Solidaridad Catalana en las elecciones de 1907 se intentó sin éxito reflotar la idea solidaria y fueron experiencias locales las que aparecieron en algunas poblaciones de la región como Jerez, Córdoba de la mano de los federales o más concretamente en Almería donde los seguidores de Salmerón, hegemónicos en el seno de la Unión Republicana, lograron crear un amplio clima solidario hasta principios de 1908[30].

Con menor recorrido y a la par que en Andalucía se impulsó un movimiento similar por parte del Círculo Republicano de Oviedo en julio de 1906. Tenía un carácter regional y autonomista y pretendía constituir una Federación que aglutinase a todos los republicanos, incluidos los federales ajenos a la Unión Republicana. La convocatoria buscaba articular a los republicanos de las zonas rurales y la ciudad para extender la idea republicana y dar respuesta desde los concejos y la región a los problemas de la ciudadanía y especialmente a los del campo. La presencia de Álvaro de Albornoz y de Ciriaco Balbín al frente de la convocatoria, claramente hostiles a la fórmula solidaria catalana, pone de relieve el carácter estrictamente republicano que se pretendió dar a la liga asturiana. Por lo que conocemos, la convocatoria apenas tuvo seguimiento y Asturias no se pudo sumar al intento regionalista-regeneracionista emprendido por Salmerón al calor de la Solidaridad Catalana[31].

---

[28] El diputado sevillano Montes Sierra y el almeriense José Jesús García hicieron una serie de peticiones y denuncias en el Congreso de los Diputados en nombre de la «colectividad andaluza» el 30 de octubre de 1906.

[29] «Junta Nacional de Unión Republicana. Acta de la sesión celebrada el 27 de febrero de 1907», *El Radical* de Almería, 12 de marzo de 1907.

[30] Sobre el intento de Córdoba véase Agustín Millares Cantero, «Los federales y Lerroux (1906-1914)», *Vegueta*, núm. 4 (1999), pág. 189. La solidaridad almeriense queda ampliamente recogida en *El Radical* de Almería durante el segundo semestre de 1907. Véase, asimismo, Martínez López, Fernando: «Del sufragio universal a la Solidaridad. Salmerón en la política republicana almeriense (1868-1908)», en *Nicolás Salmerón y Alonso (1837-1908). Semblanzas*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses/Unicaja, 2003, págs. 133-198.

[31] Las referencias al intento asturiano en «Movimiento de Solidaridad», *El Radical* de Almería, 7 de julio de 1906.

digitalia
www.digitalia.us

Las repercusiones del movimiento solidario catalán en el país valenciano fueron considerables y afectaron, según escribió Alfonso Cucó, al naciente valencianismo político. El intento de Solidaridad valenciana contó con el apoyo y simpatía de los republicanos de Rodrigo Soriano, los republicanos federales, los carlistas y la agrupación *Valencia Nova*, pero tuvo la oposición frontal de los blasquistas, acaudillados por Félix Azzati, director del diario republicano *El Pueblo*, hombre vinculado a Lerroux y dispuesto a boicotear cualquier tipo de Solidaridad[32].

José María Escuder, médico vinculado a Rodrigo Soriano, fue uno de los principales impulsores y definidores de las ideas solidarias en Valencia. Para el doctor Escuder, el movimiento de Solidaridad «evocado» por Salmerón en Cataluña era redentor para España. No creía, sin embargo, que la regeneración de España viniese sólo desde Cataluña y apostaba para que las demás regiones, imitando su ejemplo, recabaran su autonomía. Su discurso se insertaba en los parámetros de la España regional y Federación Ibérica defendidos por Salmerón: el cuerpo nacional —decía— no padecerá por la vitalidad de cada uno de sus órganos, sino todo lo contrario, la autonomía de todos acrecentará el vigor del Estado que, sintiéndose fuerte, podría proponer al pueblo portugués federarse en una gran potencia peninsular. Aunque los catalanes se habían anticipado en la puesta en marcha del movimiento solidario, Escuder consideraba que Valencia tenía condiciones para convertir Solidaridad en algo más fecundo y adaptable al resto de las regiones españolas, porque allí jamás había habido atisbo de separatismo literario, todos eran partidarios de la unidad nacional y no querían una autonomía en exclusiva sino para todos: «los brazos de Valencia están abiertos a todos los españoles». Pensaba que en esto podrían estar de acuerdo todos los republicanos valencianos. Incluso, pese a las diferencias que mantenían con los carlistas, creía que se podía hacer una alianza limitada y temporal con ellos porque ya no eran un partido absolutista y clerical, defendían la autonomía municipal y regional y algunos, como Juan Vázquez de Mella, se habían mostrado partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado[33].

Sin embargo, los enfrentamientos entre blasquistas y sorianistas, en guerra fratricida desde 1903, enturbiaron la puesta en marcha de Solidaridad. El anuncio de la visita del dirigente catalanista Alberto Rusiñol con diputados republicanos a Valencia, en junio de 1906, desató toda la amplia batería de argumentos que los blasquistas desplegaron contra Solidaridad. El punto de partida de la campaña antisolidaria lo constituyó la defensa de la exportación agrícola valenciana que, según argumentaban, había sido sacrificada por el arancel proteccionista votado por las Cortes bajo la presión de la burguesía industrial catalana y los catalanistas de la Lliga: «para que Cataluña viva o al menos para conseguir que se calle —escribía Azzati— se ha asesinado a los agricultores de toda España». Tal argumento, aireado por la campaña de *El Pueblo* y el diario *Las Provincias*, dio sus frutos en los pronunciamientos antisolidarios de la Diputación

---

[32] Alfons Cucó fue pionero en analizar Solidaridad valenciana como antecedente del valencianismo político. Véase Alfons Cucó, *El valencianismo político,1874-1939*, Barcelona, Ariel, 1977, págs. 39-65.

[33] La visión del doctor Escuder sobre Solidaridad en «Concepto de la Solidaridad Catalana», *El País*, 25 de mayo de 1906.

digitalia
www.digitalia.us

de Castellón o de la Federación Agrícola de Levante que en una circular, fechada el 21 de junio de 1907, decía: «la región levantina, y singularmente su actividad primordial que es la agraria, no puede sumarse al movimiento catalán íntegramente, porque ante todo debe ser aspiración nuestra el reconocimiento más absoluto e independiente de la personalidad agraria levantina[34]».

A los argumentos económicos se sumaron los políticos, los anticlericales y, sobre todo, la profunda enemistad con Rodrigo Soriano, principal valedor republicano de Solidaridad en Valencia. El egoísmo de Cataluña, el amor a la unidad de la patria, el catalanismo como un movimiento burgués y reaccionario, y la Solidaridad como un nuevo aspecto de las tentativas de los clericales fueron los elementos que, unidos a los ataques a Salmerón por no haber llevado a la Unión Republicana a la revolución e ir de la mano de Cambó y el duque de Solferino, constituyeron la base de las críticas que *El Pueblo* esgrimió contra Solidaridad. Paralelamente, la Junta Municipal Republicana de Valencia, controlada por los blasquistas, protestaba ante Salmerón porque elementos de la Unión Republicana de otra región prestaran su concurso a los catalanistas que iban a Valencia «consignados a Rodrigo Soriano, mortal enemigo de nuestra organización», para tratar de levantar en esa ciudad la bandera egoísta del regionalismo catalán, «perjudicial a todas luces a los sacratísimos intereses agrícolas de la región valenciana[35]».

Solidaridad tuvo importantes apoyos en la prensa valenciana. Los periódicos republicanos *El Mercantil Valenciano* y *El Radical* destacaron los logros que supondría la instauración de una Solidaridad valenciana a imagen de la catalana. Para *El Mercantil*, la Solidaridad Catalana estaba fuera de toda duda y desconfianza al ser impulsada y definida por Nicolás Salmerón. Además, bajo su criterio, no era industrial, ni perjudicaría los intereses agrarios valencianos, ni era reaccionaria, ni rompería la Unión Republicana, porque era una alianza eminentemente política, defendería la agricultura al ser Cataluña en su inmensa mayoría agrícola, se asentaba en el principio democrático de la autonomía y no perjudicaba a la Unión porque ésta marcaría el rumbo del movimiento solidario en toda España. El diario sorianista *El Radical*, erigido en defensor y portavoz de las ideas solidarias en el país valenciano, insistió repetidamente en que quienes combatían Solidaridad Catalana —blasquistas y lerrouxistas—, eran los que «siempre estuvieron entendidos con los gobiernos, los instrumentos de éstos». Tesis que compartía *El Mercantil Valenciano* cuando señalaba: «son muchos los republicanos inteligentes, que detrás de la campaña antisolidaria ven el interés de la Monarquía, de Moret, de Romanones, de Maura y de todos los que procuran la conservación del régimen que nos llevó al desastre[36]».

En medio de la polémica entre blasquistas y sorianistas, el éxito electoral de Solidaridad Catalana en las elecciones generales de abril de 1907, que también lo fue para Rodrigo Soriano en Valencia, animó a la sociedad *Valencia Nova* a convocar para el 29 de junio, aniversario de la abolición de los fueros, la primera Asamblea Regionalista Valenciana que tenía como acto destacado la visita de solidarios catalanes[37]. Estos pen-

---

[34] Vicente R. Alós Ferrando, *Félix Azzati*, Valencia, Diputación Provincial, 1997, pág. 95; A. Cucó, ob. cit., pág. 45.

[35] «Carta a Nicolás Salmerón», *El Pueblo* de Valencia, 9 de junio de 1906.

[36] Véase *El Mercantil Valenciano*, 11 de junio de 1906 y 10 de mayo de 1907. La citas en A. Cucó, ob. cit., pág. 43, y V. R. Alós, ob. cit., pág. 114.

[37] Sobre el triunfo de Rodrigo Soriano en Valencia en las elecciones de 1907, véase Rosa Ana Gutié-

digitalia
www.digitalia.us

saron fletar un barco —*El Brasileño*— para transportar a la numerosa expedición catalana que, ante las amenazas de los blasquistas y la actitud gubernativa, redujo el número de expedicionarios y viajó definitivamente en tren. El propio Azzati pidió a Salmerón en la Asamblea Nacional Republicana, celebrada en Madrid a finales de junio, que interpusiera su influencia entre los expedicionarios para evitar un día de luto a Valencia[38].

Al margen de la trifulca originada por los blasquistas para boicotear la Asamblea, ésta se celebró en el paraninfo de la universidad con la participación de sorianistas, republicanos federales, carlistas, y las sociedades valencianistas *Valencia Nova* y *Lo Rat Penat*. El llamamiento a la concordia y a olvidar los odios contra los carlistas, expresado por el doctor Escuder y exteriorizado en el abrazo al carlista Manuel Simó, tal como había hecho Salmerón con el duque de Solferino en Barcelona, selló la tregua entre ambos en aras a impulsar Solidaridad Valenciana. Para Escuder, lo que había ocurrido en las elecciones catalanas, enviando a sus auténticos representantes a las Cortes y suprimiendo el vergonzoso encasillado de exportación madrileña, significaba que «la España subyacente renace, reaparece y vive» y Valencia no se podía quedar al margen de las ansias de regeneración[39].

Entre las conclusiones de carácter político de la Asamblea Regionalista destacó el compromiso de «reconstituir la región valenciana» a través de un «pacto solidario» entre los diversos sectores valencianos que contemplara la autonomía de los municipios y las regiones, y tendiera a establecer lazos de fraternidad con las otras regiones hispánicas. Un pacto cuyo objetivo era defender los intereses agrarios, el fomento de las instituciones sindicales y el estudio de la industria y el comercio de la región. La Asamblea Regionalista, considerada también como uno de los puntos de partida del valencianismo político, hizo una declaración explícita de bilingüismo, reclamó el reconocimiento del derecho consuetudinario y contempló las relaciones entre Cataluña y el país valenciano con una cierta vaguedad e imprecisión, resultado de la herencia de la Renaixença y la campaña anticatalana realizada durante aquellos meses por el blasquismo y los periódicos de los partidos dinásticos. La puesta en funcionamiento del pacto solidario precisaba, sin embargo, el entendimiento entre carlistas y sorianistas. Rodrigo Soriano, pese a ser uno de los principales propagandistas de Solidaridad por las provincias españolas, se negó en redondo a llevar a cabo acciones políticas conjuntas que le mermaran su significación republicana radical. Ello disgustó profundamente al doctor Escuder, que terminó por salir del sorianismo y mostrar su deseo de formar un partido regionalista con la masa neutra[40].

Valencia Nova no desfalleció ante tanta confusión y convocó a todos los partidos valencianos para configurar las bases del pacto solidario. Tal como señala Alfons Cucó,

---

rrez Lloret, «Hegemonía conservadora y movilización republicana en la dinámica electoral del reinado de Alfonso XIII: las elecciones de 1907 en Valencia», *Pasado y Memoria*, núm. 2 (2003), págs. 178-186.

[38] «La Setmana. Ullada política», *La Campana de Gracia*, 6 de julio de 1907; «La verdad en marcha», *El Radical* de Almería, 3 de julio de 1907.

[39] En el acto participaron Faustino Barberá de *Valencia Nova*, Escuder, Cayetano Huguet, federal de Castellón, el carlista Manuel Simó, Luis Martí, el alicantino Pérez Pastor, Martínez Montañés, el sorianista Albiach, el barcelonés José Bordes, registrándose, además, la adhesión del vicario de Palma. Véase V. R. Alós, ob. cit., pág. 121. Las citas están recogidas de «Solidaridad Valenciana», artículo reproducido en *La Rioja*, 30 de abril de 1907.

[40] «Solidaridad Valenciana», *La Región Extremeña*, 26 de agosto de 1907.

digitalia
www.digitalia.us

éstas estuvieron redactadas a principios de 1908 pero no pasaron de ser un proyecto al oponerse Rodrigo Soriano a firmarlas. En realidad, éste no quería llevar Solidaridad valenciana al campo de la política ni modificar el estatus de las fuerzas políticas valencianas. Su regionalismo, calificado como práctico, viable y patriótico, no pretendía ir más allá de la defensa de intereses materiales de la región. Tras la defección de Soriano, la posibilidad de construir Solidaridad valenciana se vino prácticamente abajo. *Valencia Nova*, Escuder y los carlistas perduraron en sus intentos hasta el punto de configurar una candidatura para las elecciones parciales de diputados en 1908. Escuder terminó por salirse de la candidatura al comprobar la dispersión de los republicanos solidarios, quedando el carlista Manuel Simó como único candidato de una causa solidaria que cosechó un rotundo fracaso. La demagogia del blasquismo y el oportunismo sorianista habían cerrado el paso al proyecto solidario valenciano que acabó de precipitarse ante el hundimiento de Solidaridad Catalana[41].

El impulso mediático de Solidaridad Levantina

Al movimiento solidario regionalista se sumaron en Alicante los republicanos seguidores de Salmerón, los radicales de Rodrigo Soriano, los federales, un grupo de periodistas y algunos carlistas. Periódicos como *Heraldo de Alicante*, *Diario de Alicante*, *La Voz de Alicante*, *El Pueblo* y *El Republicano* llevaron a sus páginas las ideas y las controversias solidarias entre 1906 y 1908. El impacto de las fiestas de Solidaridad de mayo de 1906 y la victoria en las elecciones generales de 1907 marcaron los tiempos del intento de Solidaridad Levantina o Alicantina. «Vayan los emisarios de Cataluña a las regiones hermanas —escribía *El Republicano*— y ofrézcanles, con los brazos abiertos, la garantía de una necesaria alianza, de la cual han de beneficiarse los intereses nacionales. A los hombres recelosos y desconfiados encarguémosles la vigilancia, a los optimistas y convencidos la acción ejecutiva. Y, así, como todos fuimos españoles en 1808 contra la huestes napoleónicas, seamos hoy todos autonomistas frente a los secuaces del centralismo. El plan de campaña, ya lo trazarán los jefes con su Estado Mayor […] hay que acabar con el caciquismo[42]». Desde los primeros momentos, *El Republicano*, órgano de la Unión Republicana, salió al paso de las críticas hostiles a Solidaridad Catalana, especialmente las que insistían en el egoísmo de Cataluña y el deterioro de la economía de la región levantina en beneficio de Cataluña: «Es inútil cuanto se intente para desvirtuar el hecho magno de Solidaridad Catalana. Pretender presentarla como un peligro para las demás regiones, implica un maquiavelismo infantil […] La solidaridad catalana, vasco-navarra no atiende solamente a utilidades arancelarias. Es una bandera contra el burocratismo imperante […] Los pueblos importantes no quieren morir de una plétora de servilismo […] Cese, pues, la manía de crear antagonismos, de disociarse provincias, de lanzar unas contra otras[43]». Tras el éxito de Solidaridad en las elecciones de mayo de 1907, el *Heraldo de Alicante* insistió en la conveniencia de crear la solidaridad alicantina: «los que venimos desde hace mucho

[41] A. Cucó, ob. cit., págs. 48-65.
[42] «Trust regional», *El Republicano*, 4 de junio de 1906.
[43] «En el clavo», 28 de mayo de 1906

digitalia
www.digitalia.us

tiempo luchando por esa idea seguiremos aplaudiendo a los solidarios y difundiendo la necesidad de que se constituya el pueblo alicantino y provincia solidariamente[44]».

En realidad, la dirección de la Unión Republicana de Alicante fue partidaria de la Solidaridad hasta principios de 1908. Desde las páginas de *El Republicano* se dio a conocer la convocatoria de la Asamblea Regionalista Valenciana y Camilo Pérez Pastor, uno de los viejos dirigentes republicanos —había sido diputado por el distrito de Denia en 1873—, estuvo presente en ella. El pleito solidarios-antisolidarios, expresión puntual de las diferencias más profundas que padecía el republicanismo español, apareció también en Alicante hasta el punto de que el grupo seguidor de Lerroux fue amenazado de expulsión de la Unión Republicana a finales de mayo de 1907. La Junta Provincial Republicana, presidida por Manuel Bonmatí, y los representantes alicantinos en la Asamblea Nacional Republicana de junio de 1907 fueron incondicionales de Salmerón y estuvieron a favor de su comportamiento político[45]. No obstante, desde la renovación del Circulo Republicano de Alicante, a principios de 1908, se observa un progresivo distanciamiento de las ideas solidarias, reflejado en *El Republicano* a través de la publicación de las cartas de Hermenegildo Giner de los Ríos, dirigente del lerrouxismo barcelonés.

Fue a finales de agosto de 1907 cuando se inició la andadura de Solidaridad en Alicante. Se repartió una hoja, firmada por los republicanos Gregorio Vallejos Dols, Enrique López y Francisco Morell, convocando a una reunión en el Círculo de Unión Republicana para constituir la Solidaridad levantina. La nueva organización se proponía destruir el caciquismo, hacer imperar la soberanía del pueblo, «destruir las oligarquías», y coadyuvar a la regeneración de España. No querían dar lugar a equívocos, la convocatoria estaba bajo el grito de ¡Viva España! Apenas constituida la Comisión de Solidaridad, *Diario de Alicante* apuntaba que estaba condenada al fracaso porque los progresistas se oponían, los de Unión Republicana estaban divididos, el elemento «neutro» no parecía interesado por la novedad y sólo los federales la acogían con entusiasmo[46].

Los primeros meses de 1908 fueron de intensa actividad solidaria en Alicante. Se abrió un Círculo Republicano Autonomista, constituyeron una junta solidaria, lanzaron a la calle periódicos como *El Autonomista* y *Regeneración*, y llegaron a dotarse de un himno con letra del poeta local Salvador Sellés. El *Heraldo de Alicante*, dirigido por Juan Carrasco García, mantuvo encendida la llama solidaria durante estos años. El redactor Rafael March Calatayud y el mismo director aparecieron entre los veinticuatro firmantes del manifiesto *A nuestro pueblo* con el que se pretendía impulsar Solidaridad Alicantina[47]. El resto pertenecían a diversas profesiones —siete comerciantes, cuatro periodistas, tres industriales, dos dependientes, un abogado, un obrero, un ex diputado, un secretario de juzgado, un procurador de los tribunales— y fracciones políticas que

---

[44] Articulo de Gabriel de Medina, 7 de mayo de 1907.

[45] *El Republicano*, 23 de mayo de 1907. Los representantes de Alicante a la Asamblea Nacional de la Unión Republicana de junio de 1907, Camilo Pérez Pastor, Enrique López Torres y Martín Lázaro, aprobaron la conducta política de Salmerón.

[46] Francisco Moreno Sáez recoge el intento solidario alicantino en su obra *El movimiento obrero en Alicante (1890-1923)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante, 1983, págs. 1.926-1.929.

[47] Juan March Calatayud firmaba con el seudónimo de *Gabriel de Medina* y publicó un libro bajo el título *Solidaridad regionalista*, que sintetizaba el programa del movimiento solidario catalán y apostaba por su expansión a otras regiones españolas. *Heraldo de Alicante*, 7 de febrero de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

apoyaron el movimiento solidario. Entre ellos, los republicanos Gregorio Vallejos, Camilo Pérez Pastor, el carlista José Galán y Francisco Clement Campos, joven abogado alicantino afincado en Barcelona y verdadero impulsor del manifiesto.

Para los solidarios alicantinos el movimiento emprendido por Solidaridad Catalana era la obra patriótica más importante que había sucedido en España desde el *Desastre* del 98, se fundamentaba en la integración y el sentimiento regional y no tenía otro fin que dotar a la nación de la savia suficiente que hiciera posible su regeneración. Del mismo modo que Salmerón, veían en los catalanes la locomotora que «reclamaba con urgencia la formación de las diversas solidaridades regionales para hacer resurgir la Solidaridad española». Respecto a la situación de Alicante, el manifiesto criticaba el abandono de los pueblos alicantinos por parte de los gobiernos monárquicos, caracterizaba a los representantes políticos de «serviles y esclavos del amo que impuso su candidatura» y apuntaba los intereses y las necesidades de la capital y pueblos de la provincia cuya defensa asumiría la futura Solidaridad alicantina. A diferencia del carácter regional que pretendían tener otras Solidaridades, la de Alicante tomaba la expresión provincial ante la evidente imposibilidad de construir la Solidaridad de la región valenciana y el particularismo alicantino[48].

Si las expediciones de propagandistas catalanes desempeñaron un papel fundamental en los intentos de extender Solidaridad por España, las dos visitas realizadas por propagandistas a Alicante tuvieron una especial significación. La primera se produjo con motivo de la inauguración del Círculo Republicano Autonomista a primeros de enero de 1908, y la segunda para la celebración de un mitin solidario. En ambas fueron los republicanos los encargados de difundir las ideas en el marco de la Solidaridad española. Para la inauguración del Círculo Republicano se desplazó a Alicante el joven abogado Lluís Companys, destacado propagandista republicano de Solidaridad y futuro presidente de la Generalitat de Cataluña, y para el mitin solidario del 1 de marzo de 1908, al que la enfermedad impidió la asistencia de Salmerón, se trasladaron los diputados republicanos catalanes Eusebio Corominas, director de *La Publicidad*, y Laureano Miró, junto al escritor y periodista Lluís Tapia y el republicano valenciano Rodrigo Soriano.

Las excursiones de los solidarios a tierras alicantinas levantaron expectación e importantes reticencias. En menor medida que en Valencia, los antisolidarios desplegaron una batería de críticas contra Solidaridad Catalana y Salmerón con el objetivo de hacer fracasar la puesta en marcha de Solidaridad. Reproducían los mismos argumentos que los periódicos liberales madrileños del *trust de la prensa* y los lerrouxistas venían difundiendo en su campaña. Así, para los antisolidarios alicantinos, Solidaridad Catalana no se podía extender al resto de las regiones de España porque el «ideal catalanista era local, egoísta y catalán exclusivamente». La patria de todo catalán —decían—, es Cataluña y su nación es Cataluña, «son catalanes antes que españoles [mientras que] nosotros somos españoles antes que valencianos o alicantinos». Respecto a Salmerón afirmaban que, «lamentablemente equivocado» y confundiendo la verdadera significación del movimiento solidario, había trastornado la mente de algunos republicanos con su sueño de «transubstanciación al resto de España» de lo que

[48] «El mitin del domingo. "A nuestro pueblo"», *Heraldo de Alicante*, 26 de febrero de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

sólo era propio de Cataluña. La idea que pretendían extender entre los republicanos en los momentos de discusión de la ley de Administración Local de Maura y el pronunciamiento de los catalanistas solidarios de derecha por el voto corporativo, era la identificación de Solidaridad Catalana con Cambó, mientras que Salmerón, sin «masas ni simpatías en el pueblo soberano», estaba en un grave error, padecía una gran obsesión por restituir a España en su soberanía y se había echado equivocadamente en manos de los catalanistas.

No faltaba, de igual modo que en Valencia o Barcelona, la identificación de Solidaridad con el clericalismo, representado en tierras alicantinas por el diario católico *La Voz de Alicante*, animador coyuntural del intento solidario: «el regionalismo por el cual aboga Solidaridad, no es el regionalismo bien entendido, es otro clerical que de implantarse reaparecería en los pueblos la fatídica sombra de Torquemada[49]». De las reflexiones serenas pasaron a la acción e hicieron un llamamiento a abuchear a la expedición de los solidarios que llegó a Alicante para el mitin del día 1 de marzo de 1908.

Las expedicionarios catalanes pusieron el máximo interés en deshacer los equívocos de la campaña antisolidaria y en difundir que Cataluña quería salvarse del centralismo y de «una administración arcaica, inepta y corrupta» con todas las regiones españolas. Lluís Companys, con una cierta desesperación, escribía: «¿Cómo hemos de repetirlo para conseguir el derecho de ser creídos? Al pisar tierra alicantina me preguntaba yo: ¿Encontraré entre mis correligionarios prejuicios y antipatías injustas? […] ¡Es tan corriente el suponer un separatista en cada catalán! Y venía con el deseo de deciros y convenceros de que nosotros luchamos por el resurgimiento de la vida nacional, que somos españoles, muy españoles y muy orgullosos de haber nacido en Cataluña por ser Cataluña y por ser española». Para el futuro presidente de la Generalitat, Cataluña era la única región que patentizaba su amor patrio y vivía en acecho, haciendo de centinela, mientras las demás regiones hermanas dormían: «¡Pobre España, si no hubiera resurgido Cataluña, poniendo sus energías y su virilidad enfrente de las infamias gubernamentales!». Eusebio Corominas, Laureano Miró y Lluís Companys combatieron en Alicante el «egoísmo» que la prensa dinástica liberal y lerrouxista, «alimentada por el fondo de reptiles», atribuía a Cataluña, afirmando que «si los catalanes piden y se les concede es porque se preocupan de la cosa pública y saben exigir». Solidaridad era, en suma, para todos ellos una «esperanza halagüeña para el pueblo español» si todas las regiones de España lograban unirse en la Solidaridad española para destrozar el caciquismo y llevar al Parlamento el verdadero sentir del pueblo: «¡qué revolución tan moderna, tan admirable y tan esencialmente transformadora harían en nuestra desgraciada patria!», concluía Companys. Los sentimientos solidarios de aquellos diputados y propagandistas republicanos se expresaban públicamente con los gritos de ¡Visca Catalunya! y ¡Viva España![50].

Pese a que el mitin del 1 de marzo de 1908 no tuvo el arrope de público que se esperaba, los solidarios alicantinos pensaron extender el movimiento de Solidaridad a

---

[49] Véase «Batalladas», *La Campana de Gracia*, 7 de marzo de 1908. Las citas en «Cuartillas antisolidarias» y «El proceso solidario. Solidaridad Catalana no es el ideal nacional», *El Pueblo* de Alicante, 24 y 26 de febrero de 1908.

[50] Las citas en «Conferencia solidaria» y «Solidaridad española», *Heraldo de Alicante*, 2 y 25 de enero de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

otros pueblos de la provincia como Elche, Denia, Orihuela y Alcoy, encontrando un cierto apoyo entre los federales y algún monárquico de Orihuela, y grandes resistencias en Alcoy y Novelda, donde eran numerosos los seguidores de Lerroux. Sin embargo, la solidaridad alicantina no terminó de fraguar. Los católicos se sintieron agredidos en el mitin por las palabras de Rodrigo Soriano contra el clericalismo y pusieron como condiciones para seguir en el movimiento solidario que no se entrara en ideales y formas políticas de gobierno y se respetaran sus «veneradas creencias». Las reticencias de Rodrigo Soriano y sus seguidores alicantinos al pacto político con los carlistas, la hostilidad de una parte de los republicanos de la ciudad y la provincia, y los síntomas de resquebrajamiento que empezaba a dar Solidaridad Catalana en la primavera de 1908 pusieron de relieve que había pasado el momento de consolidar la Solidaridad levantina. Unos meses más tarde, el gran impulsor mediático de la idea solidaria, el *Heraldo de Alicante*, certificaba la muerte de Solidaridad tras la victoria de Lerroux en las elecciones parciales catalanas del 13 de diciembre de 1908: «los solidarios se han olvidado que la Solidaridad era en Cataluña un sentimiento, una aspiración, un *movimiento preconstituyente* […] y han procedido como si hubiera llegado el período constituyente, estableciendo diferencias prematuras que contenían gérmenes de muerte y disolución». El movimiento solidario se fue diluyendo en Alicante. El intento había dejado una cierta frustración regeneracionista pero también un poso regionalista que rebrotaría cuando a finales de la segunda década del siglo se volviera a hablar de Solidaridad[51].

El solidarismo agrario gallego

Galicia fue la región donde Solidaridad tuvo mayor implantación después de Cataluña. Allí se inició, según decía Salmerón, la «transubstanciación» de la Solidaridad Catalana para tener una importante presencia en el medio rural durante cerca de cinco años. De todas las Solidaridades, la gallega es la mejor conocida gracias a los trabajos de José Antonio Durán y Miguel Cabo Villaverde sobre agrarismo, José Ramón Barreiro sobre la historia contemporánea de Galicia o Justo Beramendi y José Nuñez Seijas sobre el nacionalismo gallego. Surgió en julio de 1907 y estuvo impulsada por republicanos, regionalistas y tradicionalistas. Centrada territorialmente en la provincia de La Coruña, su impronta quedó definida desde sus inicios por el semanario *Galicia solidaria*: «La Solidaridad Gallega se propone afirmar y hacer valer, por una más amplia descentralización, la personalidad de Galicia, conseguir y afirmar su legítima representación en todas las esferas del derecho y de la prosperidad de sus intereses, dentro de la unidad del Estado español». El punto de arranque lo constituyó un Manifiesto aparecido en septiembre de 1907, redactado por el abogado regionalista Rodrigo Sanz López, que contó con la firma de intelectuales, comerciantes y miembros de las profesiones liberales situados en la oposición a los partidos del turno canovista, a quienes, más tarde, cuando Solidaridad arraigó en el campo, se unieron clérigos y agricultores de fami-

[51] Véase «Los solidarios fracasan», *El Republicano*, 5 de marzo de 1908; «Mitin solidario», *El Pueblo*, 2 de marzo de 1908; «Solidaridad alicantina. Nuestra actitud», *La Voz de Alicante*, 4 de marzo de 1908; «La Muerte de la Solidaridad», *Heraldo de Alicante*, 17 de diciembre de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

lias acomodadas, configurando el entramado regeneracionista solidario que impactó en la vida societaria y política de Galicia durante unos años [52].

Al frente de Solidaridad Gallega estuvieron los republicanos coruñeses amigos de Salmerón y federales como Segundo Moreno Barcia, el médico Manuel Rodríguez Martínez o Santiago Casares Quiroga —el republicanismo pontevedrés estuvo más bien en las posiciones lerrouxistas—, los regionalistas coruñeses Manuel Lugris Freire, los hermanos Golpe, Manuel Murguía, Víctor Naviera, Rodrigo Sanz López y los carlistas de Juan Vázquez de Mella. Mientras que Solidaridad fue para los republicanos coruñeses una magnífica oportunidad para salir de las zonas urbanas y conectar con el campesinado, el apoyo del sector carlista de Vázquez de Mella y su influencia en distritos como el de Arzúa fue fundamental para la participación del clero y los católicos tradicionalistas en el intento solidario gallego. En realidad, los proyectos de los republicanos federalistas y regionalistas gallegos vinieron a coincidir en la crítica regeneracionista a la España de la Restauración y en los remedios para sus males que, en el caso gallego, se alimentaban del convencimiento de padecer una discriminación económica. La regeneración descentralizada que proponían conectaba con la propuesta de Salmerón de implantar Solidaridad por todas las regiones españolas, y en esa causa se encontraron con los tradicionalistas que, desde otro proyecto e identificando regionalismo con tradición, pensaban también que una España políticamente descentralizada —monarquía federativa y corporativa— era una de las condiciones para poner remedio a los problemas del país[53].

Los solidarios gallegos defendían un regionalismo templado, opuesto al centralismo y al separatismo, y una política común contra los partidos del turno a quienes responsabilizaban del atraso y la emigración de Galicia. Para ellos, ser buen español era «ser buen regional» y, por tanto, deseaban que las solidaridades regionales cundieran, despertaran, del mismo modo que lo había hecho Cataluña. La regeneración de España pasaba por un impulso decidido de regionalización en el que Solidaridad constituía «un núcleo regional del nacional esfuerzo regenerativo» y todos, desde los republicanos a los carlistas, podían sentirse «regionales solidarios». Los objetivos de Solidaridad gallega eran vencer a los caciques en las urnas y definir un programa de desarrollo regional. «La solidaridad en su primer empuje —dice el manifiesto— necesita de todos para derrotar al caciquismo en los comicios […]. Supuesto ya el descuaje del caciquismo queda todavía otra parte, la permanente, que la misión de Solidaridad regional puede y debe llenar, el estudio técnico y organizado […] del fomento de la región». Su referencia era Cataluña pero el interés de los gallegos era dar a Solidaridad una impronta propia que permitiera afrontar los principales problemas económico-sociales.

---

[52] José Antonio Durán, *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, págs. 165-238, y *Crónicas 1. Agitadores, poetas, caciques, bandoleros y reformadores en Galicia*, Madrid, Akal, 1974, págs. 261-276; Justo Beramendi González, *El nacionalismo gallego*, Madrid, Arcolibros, 1997, pág. 29; y «Proyectos gallegos para la articulación política de España», *Ayer*, núm. 35 (1999), págs. 147-169; Xosé Manuel Nuñez Seijas, *Emigrantes, caciques e indianos*, Vigo, Xerais, 1998; Xosé Ramón Barreiro Fernández, «Los grandes movimientos políticos: Gallegismo, Agrarismo y Movimiento Obrero», en *Historia Contemporánea de Galicia*, La Coruña, Ediciones Gamma, 1982, vol. II; Miguel Cabo Villaverde, *O agrarismo*, Vigo, A Nosa Terra, 1998, págs. 59-110.

[53] Véase J. Beramendi, «Proyectos gallegos…», ob. cit., págs. 155-158; M. Cabo Villaverde, ob. cit., pág. 62.

digitalia
www.digitalia.us

El Manifiesto apuntaba dos ejes fundamentales de la acción solidaria: construir ciudadanía a través de la función electoral, lo que suponía «cultivar el censo, predicar el voto y votar con seso», y el estudio y promoción del fomento regional para impulsar «la defensa de la labranza y ganadería» y poner freno al fenómeno migratorio. La intención de los firmantes del manifiesto era crear un amplísimo movimiento que se incrustara en aldeas y ciudades e implicara desde las Cámaras de Comercio, Agrícolas y Navieras hasta las sociedades obreras de resistencia, comunidades de propietarios, círculos católicos, periodistas, profesores y todo el entramado de los centros gallegos de América. En realidad, el manifiesto vino a dar forma por primera vez a un movimiento agrario-regionalista en la Galicia contemporánea[54].

La expedición de diputados de Cataluña, Navarra y Guipúzcoa en octubre de 1907 dio el impulso definitivo a Solidaridad Gallega. La participación en los mítines y banquetes de Betanzos y La Coruña de un Salmerón septuagenario, que aún sacaba fuerzas para extender la idea solidaria por España, y del máximo líder del tradicionalismo español Juan Vázquez de Mella, brindó la imagen de la unión coyuntural de la oposición a los partidos del turno que, por encima de las ideas partidarias, estaba a favor de la regeneración de la vida política española surgida desde las regiones. Ambos justificaron el entendimiento entre carlistas, regionalistas y republicanos. Vázquez de Mella lo hizo en Betanzos manifestando: «si estamos juntos es porque nos juntaron nuestros enemigos; ante la centralización en todos los órdenes y ante los abusos nos hemos rebelado porque somos hombres libres, y al mirar en nuestro entorno nos encontramos reunidos». Para Salmerón, la convivencia de todos los españoles en un régimen libre y justo, donde el derecho amparara a todos y no dejara excluido a nadie de la legalidad, justificaba la coexistencia de representaciones tan distintas como la de Mella y la suya. Los actos de Galicia, primeros en los que se utilizó el gallego, se encontraron con una campaña antisolidaria promovida por la prensa dinástica y los lerrouxistas que, afincados mayoritariamente en el ayuntamiento coruñés desde 1901, intentaron boicotear el mitin de La Coruña en señal de hostilidad a la alianza con los tradicionalistas. La experiencia del acto de La Coruña aconsejó a los solidarios gallegos a cerrar la propaganda en los núcleos urbanos y lanzarse a las zonas rurales para atraerse a los campesinos[55].

La implantación en las sociedades y sindicatos agrarios y el municipalismo fueron rasgos singulares de la Solidaridad Gallega, que se dotó de un esquema organizativo en cuya cúspide había un Directorio, presidido por Segundo Moreno Barcia e integrado por las fuerzas políticas que la apoyaban, creó comisiones de trabajo y propaganda, abrió centros y juntas en Betanzos y La Coruña, dispuso de equipos de abogados para asesoramiento de las sociedades campesinas y puso en la calle semanarios como *Galicia Solidaria, A Nosa Terra, Solidaridad Gallega* o el boletín informativo *Solidarismo*

---

[54] Las citas son de «Un manifiesto. La Solidaridad Gallega», reproducido por el periódico almeriense *El Radical*, 26 de septiembre de 1907.

[55] La expedición de diputados solidarios a Galicia estuvo integrada por los diputados republicanos catalanes Nicolás Salmerón, Felipe Rodés, el senador Odón de Buen, el regionalista catalán Ventosa Calvet, y los tradicionalistas Juan Vázquez de Mella y Manuel Senante, diputados por Pamplona y por Azpeitia respectivamente. Los periódicos solidarios españoles dieron gran importancia a los actos de Galicia y recogieron de la prensa gallega, especialmente de *El Noroeste,* las intervenciones de los propagandistas. Véase «La Solidaridad Gallega», *El Radical* de Almería, 10 y 11 de octubre de 1907; «La Solidaridad en Galicia», *La Región Extremeña*, 19 de octubre de 1907.

digitalia
www.digitalia.us

Gallego. Los mítines en las zonas rurales animando al campesinado a asociarse en Solidaridad para combatir a los caciques le posibilitaron crear y controlar numerosas asociaciones agrarias de todo el entramado societario. Aunque los propagandistas solidarios se atribuyeron unas 400 sociedades y cerca de 30.000 familias afiliadas en 1908 y las investigaciones recientes las rebajan a unas 162 asociaciones, la implantación de Solidaridad en el movimiento agrario gallego fue muy significativa y quedó visualizada en la presidencia de las Asambleas Agrarias de Monforte por parte de Rodrigo Sanz. También quedó explícita su heterogeneidad. Representantes del clero y católicos, republicanos y regionalistas se disputaron el control y dirección de las sociedades agrarias. La disparidad de las Solidaridades creadas bajo la fórmula catalana se podía observar *grosso modo* en Galicia en el carácter clericalista de la junta solidaria de Betanzos y la tendencia republicana de la de La Coruña[56].

A diferencia de la Solidaridad Catalana, que llenó de diputados el Parlamento, la gallega aspiró en primer término a conseguir concejales y jueces para dominar los municipios. La «mística del politicismo sin partido» de la Solidariad Gallega, apunta José Antonio Durán, se adaptaba muy bien a unas organizaciones agrarias que evitaban la afiliación a partidos pero estaban interesadas en controlar los Ayuntamientos porque en ellos se tomaban decisiones sobre caminos, consumos, impuestos y escuelas, objeto de la preocupación para sus afiliados. Según las referencias, los solidarios obtuvieron unos 258 concejales en La Coruña en las elecciones municipales de mayo y diciembre de 1909, venciendo en algunos municipios y obteniendo importantes minorías en otros. El mero hecho de la presentación de candidatos en aquellos pueblos donde nunca había habido lucha electoral ya suponía un éxito. Sin embargo, no lograron romper la barrera municipal. Fracasaron en sus intentos de asentarse en la Diputación de La Coruña cuando sólo consiguieron un acta de diputado para Joaquín Arias Sanjurjo quedando fuera de la Corporación provincial Juan Golpe y Santiago Casares Quiroga. Tampoco tuvieron éxito en las elecciones a diputados en Cortes al ser vencido Rodrigo Sanz en las elecciones de 1910 por el candidato conservador en el distrito de Pontedeume (La Coruña) [57].

En cualquiera de los casos, la irrupción de los solidarios en la vida política municipal despertó la animadversión de los caciques de los partidos del turno que, desde el poder, las principales cabeceras de los diarios gallegos y madrileños y los lerrouxistas pretendieron cortarles el vuelo intensificando la campaña con argumentos del egoísmo y separatismo de la Solidaridad Catalana, habituales en otras regiones españolas, o descalificando el intento gallego como una mera imitación catalana, promovido por unos dirigentes que pretendían convertirse en nuevos caciques. Argumentos que ya habían sido combatidos por Salmerón en el banquete de Betanzos cuando, entre otras cosas, manifestó que la prueba más evidente del amor, paz y concordia de la Solidaridad Catalana con otras regiones se había puesto de relieve con la elección de un «caudillo andaluz» para la jefatura parlamentaria de Solidaridad y el encargo de difundirla por toda España[58].

---

[56] El arraigo de Solidaridad Gallega entre las sociedades campesinas en J. A. Durán, *Agrarismo…*, ob. cit., págs. 193-197; M. Cabo Villaverde, ob. cit., págs. 64-76.

[57] J. A. Durán, *Agrarismo…*, ob. cit., págs. 185, 207-210.

[58] «Solidaridad Gallega», *El Radical* de Almería, 10 de octubre de 1907

digitalia
www.digitalia.us

La experiencia solidaria de Galicia fue la más duradera de toda España, permaneciendo en funcionamiento después de la ruptura de la Solidaridad Catalana. La heterogeneidad de las fuerzas que se daban cita en su seno fue, de igual modo que en otros intentos solidarios españoles, uno de los principales factores de su disolución en 1912. En este caso, las discrepancias entre tradicionalistas y republicanos o la pugna por el control de las sociedades agrarias por parte de tradicionalistas, republicanos y regionalistas provocó el desarraigo de las sociedades agrícolas de Solidaridad hasta el punto que en 1911 los solidarios hablaban de que tan sólo quedaban 85 de ellas en la organización. Los carlistas regionalistas de Vázquez de Mella se desvincularon de Solidaridad, antes incluso de su extinción, cuando comprobaron que perdieron posiciones en su seno y no podían controlarla. A todo ello se unieron las disputas internas del republicanismo y la desaparición física de dirigentes republicanos amigos de Salmerón y federalistas como Segundo Moreno Barcia que habían sido firmes bastiones de la idea solidaria. La celebración de la III Asamblea de Monforte en 1911 coincidió con el proceso de disolución del intento solidario gallego, que no logró romper la dinámica de los partidos del turno pero dejó en su haber un primer modelo específico de lucha agrario-regionalista, un testamento político agrario que sería recogido por el galleguismo, una puesta en valor de la lengua gallega como instrumento literario y de propaganda agraria, una consideración cívica de la política expresada en la dignificación del sufragio y, en suma, una experiencia, precedente de las Irmandades da Fala, en la que se forjaron futuros dirigentes como Santiago Casares Quiroga[59].

Una oportunidad perdida

Los intentos solidarios de Andalucía, Valencia, Alicante, Almería, Galicia, Guipúzcoa, ponen de relieve que la experiencia catalana de la Solidaridad sedujo de tal forma a Salmerón, regionalistas y algunos tradicionalistas que, impulsados por diferentes motivos, trataron de extenderla por las diferentes regiones y provincias españolas como paso previo la construcción de la Solidaridad Española. Diversos sectores mesocráticos regeneracionistas vieron en la fórmula catalana la posibilidad de reconstrucción de una nueva Unión Nacional, surgida en este caso desde el impulso de las regiones. Correspondió precisamente a los seguidores de Salmerón y algunos federales llevar el peso de la iniciativa de extensión de Solidaridad por las regiones españolas bajo la fórmula catalana o la estrictamente republicana. Las excursiones de propaganda estuvieron mayoritariamente nutridas por republicanos catalanes y por Rodrigo Soriano que viajó incansablemente por ciudades y provincias españolas. Los hombres de la Lliga Regionalista, salvo en el caso valenciano, desempeñaron un papel menor, de colaboración en una idea con la que estaban plenamente identificados[60].

---

[59] Véase J.A. Durán, *Agrarismo…*, ob. cit., págs. 230-238; M. Cabo Villaverde, ob. cit., págs. 65-66; Justo Beramendi, «Incidencia ideológica del neocarlismo y el socialcatolicismo en el regionalismo gallego terminal (1907-1916)», en AAVV, *Jubilatio. Homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a los profesores D. Manuel Lucas Álvarez y D. Ángel Rodríguez González*, Santiago, USC, 1987, pág. 430.

[60] Para la primera tentativa de promoción hispana de la idea catalanista de imperio véase E. Ucelay-Da Cal, ob. cit., págs. 437-440.

digitalia
www.digitalia.us

Salmerón constituyó el referente central de la expansión solidaria, entre otras cosas porque era visto como el valladar, la firme garantía de que el movimiento no derivaría por derroteros separatistas que nadie se había planteado. Su figura ya septuagenaria y deteriorada por la enfermedad seguía siendo reclamada allá donde había posibilidad de levantar el movimiento solidario. Creyó de tal manera en la fórmula catalana como el inicio de la regeneración de España que dedicó sus últimos esfuerzos vitales a Solidaridad, dejando incluso el liderazgo de la Unión Republicana para asumir la presidencia de la minoría solidaria del Congreso de los Diputados. Una decisión que extrañó a muchos pero fue entendida por otros, es el caso de Antonio Maura, como el gesto de preferir la representación de todo un pueblo a la de la un viejo partido[61].

La designación de Salmerón para presidir Solidaridad era el premio a toda su trayectoria política y la mejor manera de cubrir la Solidaridad Catalana de todo intento «malévolo» de invocar el separatismo. Su autoridad ofrecía sobradas garantías para arbitrar las diferencias que habrían de surgir entre hombres que tenían en común su oposición al sistema pero presentaban pensamientos diferenciados. El servicio prestado por Salmerón a la causa solidaria fue decisivo en el éxito inicial y en el intento de su expansión por las regiones españolas. Su enfermedad y muerte en 1908 sería uno de los factores que frustró la consolidación de las Solidaridades. Desde posiciones hostiles, el diario lerrouxista *El Progreso* lo afirmaba manifestando que «muerto Salmerón desaparecía el republicanismo solidario, que sólo había vivido a la sombra del prestigio del gran orador[62]».

El conflicto interno de los republicanos fue determinante en muchos casos para que fracasara o no terminara de arrancar la implantación de Solidaridades. Como es bien conocido, la apuesta de Salmerón por Solidaridad tuvo importantes repercusiones en el seno del republicanismo barcelonés y en el resto de la Unión Republicana. La dura ofensiva antisolidaria lanzada por Lerroux en Barcelona en el verano de 1906 y primeros meses de 1907, más la contestación del liderazgo de Salmerón por parte de sus seguidores en otras provincias españolas convirtieron, a simple vista, el movimiento solidario en la causa de la división del republicanismo catalán y español. Sin embargo, como asegura Ángel Duarte, el germen de la nueva división del republicanismo catalán se encontraba con anterioridad, desde el mismo momento en que en el seno de la sociedad catalana se explicitó una propuesta nacionalista, y, tal como señala Suárez Cortina, el intento de situar a Solidaridad como el problema básico de la Unión Republicana sería eludir el debate fundamental con el que se enfrentaron los republicanos a principios del siglo XX, que no era otro que la modernización del republicanismo como fuerza política[63].

En cualquiera de los casos, la contienda desatada entre solidarios-antisolidarios ponía de relieve la pugna por la jefatura del republicanismo y la existencia de dos modelos de partido y programas antagónicos e inevitablemente incompatibles. Salmerón se lo había dicho a Lerroux en la Asamblea Republicana Nacional: «Yo no excomulgo a nadie: me limito a decir que las ideas de S.S. son incompatibles con las mías,

---

[61] Véase J. de Camps i Arboix, ob. cit., págs. 103, 149.

[62] Recogido en *La Rioja*, 23 de septiembre de 1908.

[63] M. Suárez Cortina, *El gorro frigio*…, ob. cit., págs. 279-283; Á.Duarte, «Del sufragio…», ob. cit., pág. 13.

digitalia
www.digitalia.us

y seguramente con las de la Asamblea […] Solidaridad Catalana es obra del amor a las regiones y a España, para reintegrar la soberanía nacional, en tanto que S.S. con su conducta no sirve más que a los que imperan». Lo que no cabe duda, es que los debates sobre Solidaridad terminaron de dividir la Unión Republicana confirmando las tendencias radical y gubernamental existentes en su seno, y acabaron con la paciencia de Salmerón que renunció a su jefatura en la Asamblea Republicana Nacional de junio de 1907 para dedicarse por entero a la Solidaridad[64].

Los lerrouxistas y su prensa afín fueron junto a los grandes diarios liberales madrileños *El Imparcial, El Liberal y El Heraldo de Madrid*, el llamado *trust de la prensa*, los más enconados enemigos de Solidaridad. A los primeros correspondió la actividad militante y el boicot a los actos solidarios, y los segundos desplegaron todos los argumentos de la campaña antisolidaria que se centró en el egoísmo y separatismo de Cataluña y en los ataques a Salmerón por dar cobertura a un movimiento de nacionalistas y clericales. El consorcio de los periódicos madrileños, a la vez que arremetía contra Maura, actuó de auténtico ariete del españolismo liberal contra la emergencia catalanista. La campaña hizo mella en el gran público, contribuyó a la división republicana y sembró dudas entre los regeneracionistas españoles a la hora de incorporarse al movimiento solidario[65].

Las distintas posiciones en el seno de Solidaridad Catalana a la hora de afrontar la ley de Administración Local de Antonio Maura exteriorizaron sus debilidades. El voto corporativo, hábilmente propuesto por Maura, buscaba entre otras cosas el entendimiento con los regionalistas de la Lliga y en último termino el resquebrajamiento de Solidaridad. Pese a que los republicanos solidarios mostraron públicamente el respeto por la opción de la Lliga, su defensa del sufragio universal en el Congreso de los Diputados y en la campaña de mítines por diferentes ciudades españolas hizo aflorar las contradicciones existentes entre los componentes de Solidaridad y desanimó a muchos de ellos a seguir avanzando en la construcción de Solidaridades[66]. En ciudades como Almería, donde Solidaridad había logrado un amplio respaldo de las capas medias profesionales, la cuestión del voto corporativo malogró el desarrollo del movimiento solidario. En otras, como Alicante, enfrió el apoyo de la prensa. Sólo en Galicia se mantuvo la idea por unos años al haber arraigado en el societarismo agrario. La victoria de Lerroux en Barcelona en las elecciones parciales de diciembre de 1908 para cubrir las vacantes dejadas por Salmerón y otros diputados solidarios vino a ser un duro revés para Solidaridad Catalana y el acta de defunción de los intentos de establecer Solidaridades en las regiones españolas[67].

---

[64] Véase J. Álvarez Junco, ob. cit., págs. 324 y sigs.; J. B. Culla i Clarà, ob. cit., págs. 148 y sigs.; la cita en «Alrededor de l'Assamblea republicana», *La Campana de Gracia*, 6 de julio de 1907.

[65] Sobre *la prensa del trust* véase María del Carmen Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza, 1996, vol. III, págs. 73-80.

[66] «Lo que piensa Salmerón», *Heraldo de Alicante*, 11 y 21 de enero de 1908.

[67] Solidaridad catalana fue al copo de todos los escaños en las elecciones parciales del 13 de diciembre de 1908 del mismo modo que en 1907. No contaban con la alta abstención que se produjo en aquellas elecciones y el copo no se produjo, dando la oportunidad a que los lerrouxistas obtuviesen tres de los cuatro escaños en disputa. En realidad, obtuvieron más votos que los lerrouxistas, pero su distribución por todos los distritos les impidió obtener el éxito en el copo. La desaparición física de la figura de Salmerón restó voto republicano a la candidatura solidaria. Véase «¡Demá, á votar per Catalunya!, «Las conseqüencias del "copo"», *La Campana de Gracia*, 12 y 19 de diciembre de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

Los ánimos decayeron al observar que el referente catalán dejaba de tirar como locomotora y la muerte de Salmerón les había privado de la figura central del movimiento solidario. Tampoco llegó el éxito parlamentario al no conseguir el objetivo de derogar la ley de Jurisdicciones ni alguno de los puntos de su programa mínimo. Solidaridad Catalana, profundamente dividida entre derechas e izquierdas, se disolvió tras la Semana Trágica y las Solidaridades quedaron como una oportunidad perdida de haber regenerado España desde el impulso cívico de las regiones. La semilla regionalista dejada por Solidaridad sirvió para que unos años más tarde, en la segunda década del siglo XX, germinaran nuevas expresiones regionalistas y nacionalistas en diversas provincias y regiones españolas[68].

La última apuesta de Salmerón no fue ajena a su proyecto original ni a su concepción organicista de la identidad nacional española. Enlazaba con sus propuestas de quince años antes cuando luchaba por el escaño en el distrito de Gracia y pretendía transformar al pueblo en ciudadanía. Quizás no supo captar en la Solidaridad un movimiento impulsado por la Lliga Regionalista, más interesada en constituirse en elite dirigente del proceso de regeneración catalana y española que en llegar a una situación democrática que implicara que cualesquiera pudieran estar en disposición de incidir en el diseño de la política general. Con su «enérgico» esfuerzo en pro de Solidaridad Catalana pretendió «liberar a Cataluña, y mediante ella, liberar a España entera de un Estado que no correspondía a las aspiraciones nacionales y de unas instituciones de Poder que se basaban en la suplantación de la voluntad nacional». Fue consciente que la pretensión de regenerar España desde la movilización ciudadana regional era su último «servicio a la República y a la Patria». Por ello, cuando su último discurso en el Congreso de los Diputados, referido a los fundamentos y principios de la Solidaridad Catalana, era interrumpido desde los bancos liberales y conservadores con los «ofensivos» gritos de ¡Viva España!, no tuvo inconveniente en afirmar, con la convicción que siempre le caracterizó, que dejaba al juicio de la Historia la valoración que merecían esas exaltaciones patrióticas o el modesto trabajo que venía realizando para la regeneración de España[69].

---

[68] Véase J. de Camps i Arboix, ob. cit., págs. 221 y sigs.; Javier Moreno Luzón, «De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español ante la autonomía de Cataluña (1918-1919)», *Ayer*, núm. 63 (2006), páginas 119-151.

[69] Véase el discurso en N. Salmerón y Alonso, *Discursos y escritos políticos*…, ob. cit., págs. 251-274.

digitalia
www.digitalia.us

Los intelectuales en la política española del primer tercio del siglo XX*

Octavio Ruiz-Manjón
Universidad Complutense de Madrid

La presencia de los intelectuales en la vida política española se hace especialmente patente a partir de la crisis finisecular, que engloba la llamada «crisis del 98». Fue éste un momento de referencia, pero no el origen, de las fuertes demandas regeneracionistas que se habían hecho lugar común en los años finales del siglo XIX, y se reformularían durante la crisis política que se desarrolló desde comienzos del reinado de Alfonso XIII. En él tomaron parte muchos hombres de letras que arrastraban una profunda decepción con el mundo de valores de la Restauración canovista, así como otros jóvenes que parecían afrontar esta crisis con una cierta urgencia.

Liberados del estrecho y discutible marco que ofrecía la llamada generación del 98, que sólo parecía complacer a su forjador, Azorín, muchos de estos intelectuales se movían dentro del grupo de lo que Cacho Viu ha denominado la «generación finisecular[1]», un grupo que era expresión de las perplejidades que se generalizaron entre los intelectuales europeos en el tránsito del siglo XIX al XX. Se trataba, como ha explicado Pedro Cerezo, de un grupo en el que predominaron las actitudes pesimistas e irracionalistas fruto de la desconfianza hacia los logros del positivismo de años anteriores, que conducían, en el plano político, hacia actitudes de «voluntarismo anarquizante». Baroja lo había expresado de forma muy clara por los mismos días en que despuntaba el siglo XX:

---

* Una versión, ligeramente modificada, de este texto apareció publicada en el catálogo *Antonio Machado en Castilla y León,* Valladolid, Junta de Castilla y León, 2007, págs. 45-80, y ha sido incorporada a este volumen a ruegos de sus editoras.

[1] Vicente Cacho Viu, *Protagonistas de la historia con los que convivimos*, Madrid, Fomento de Bibliotecas, 1982, pág. 536.

digitalia
www.digitalia.us

> Hay en la generación actual, entre nosotros, un ansia inconsciente, un ideal sin forma, algo vago, indeterminado que solicita nuestra atención sin rumbo fijo. Sabemos que debemos hacer algo y no sabemos qué, sabemos que hay una luz, pero no sabemos dónde; tenemos la aspiración de concretar nuestros ideales para encontrar el elemento común que nos une a todos los rebeldes y no lo encontramos[2].

Los acontecimientos del noventa y ocho no serían, en ese sentido, especialmente significativos en la toma de conciencia de aquel grupo, en el que pesaba mucho más acusadamente la quiebra de un mundo de seguridades científicas que parecía periclitar por su propia incapacidad para dar sentido a las cuestiones últimas de la vida. El positivismo científico se reveló como una plataforma demasiado exigua como para sostener las certezas y seguridades que parecía haber esparcido en los años anteriores.

> El problema último de la generación del 98 no fue tanto el de España, sino el de la crisis de la modernidad […]. La conciencia de ambos problemas produjo no sólo un efecto de desorientación temática, sino, sobre todo, de inhibición, al no poder proponer convincentemente un programa de salvación nacional a la europea, a base de la ciencia y el progreso, tal como hará ya resueltamente la generación del 14[3].

La primacía intelectual de ese grupo correspondía, sin duda a Unamuno que, desde comienzos de la década de los noventa, había iniciado en Salamanca una cruzada de agitación de las conciencias[4] que le había llevado a un vitalismo cada vez más acusado y, en el plano político, a abrazar temporalmente la causa socialista. La publicación, en 1895, de sus ensayos *En torno al casticismo*, le proporcionó, con el desarrollo del concepto de la intrahistoria, una base de sustentación a su socialismo de carácter popular.

Otro gran referente del mundo intelectual de fin de siglo, dentro del ámbito de la cultura catalana, sería el poeta Joan Maragall que, en 1898, había publicado una *Oda a Espanya*, en la que quedaba clara la enorme distancia que separaba al nacionalismo catalán de la España tradicional. El «Adiós, España» de la última estrofa era la expresión, definitivamente desencantada de quien, en sus cartas particulares, hablaba abiertamente de cortar los lazos con una España que ya estaba muerta[5], a la vez que buscaba los caminos de otra España posible.

Unamuno y Maragall entraron en contacto epistolar en algún momento de 1900 y, hasta la muerte del poeta catalán en 1911, ambos escritores ejercieron de distantes espectadores de la realidad española e intercambiaron comentarios sobre la producción literaria de ambos. No se conocerían personalmente hasta el otoño de 1906, cuando el catedrático de la Universidad salmantina visitó la capital catalana y se entrevistaron largamente en la torre que el poeta catalán tenía en Sant Gervasi. De aquella visita queda-

---

[2] Pío Baroja, «Galdós vidente», *El País*, 31 de diciembre de 1901. Recogido en *Hojas sueltas*, Madrid, Caro Raggio, 1973, t. 2, pág. 105.

[3] Pedro Cerezo Galán, «El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14», en Pedro Laín Entralgo (coord.), *La edad de plata de la cultura española (1898-1936). I: Identidad, pensamiento y vida. Hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, tomo XXXIX, vol. 1, de la Historia de España Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover, pág. 221.

[4] Miguel de Unamuno, «La afición», *La Noche* de Madrid, 4 de febrero de 1912, recogido en *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, 1966-1971, t. 7, pág. 969.

[5] *Carta a Joaquim Freixas*, 15 de octubre 1898, en *Obres completes*, Barcelona, Selecta, 1970, t. 1, pág. 978.

digitalia
www.digitalia.us

ría el poema unamuniano sobre «La catedral de Barcelona» y una cierta decepción en el vasco por la actitud de los nacionalistas catalanes.

En lo que se podría denominar la generación finisecular española quedarían integrados una serie de escritores como Baroja, Valle-Inclán, Azorín, Maeztu y Machado que, a la altura de 1898, apenas contaban con una obra literaria consistente. En ese sentido convendría retrasar algo, tal vez hasta 1902, como ha sugerido Mainer en diferentes instancias, su caracterización como un grupo literario de una cierta entidad. En ese año Baroja publicó su *Camino de perfección*, mientras que Valle-Inclán publicaba la *Sonata de Otoño* y Azorín sacaba a la luz *La Voluntad*. Para los hermanos Machado fue el año de *Alma*, eco de la estancia de Manuel en París, y de la aparición de algunos poemas de Antonio en la *Revista Ibérica*, anteriores a la publicación de *Soledades* en los primeros días de 1903.

También formaban parte de ese grupo de la generación finisecular algunos músicos y artistas. En el caso de los pintores la figura más representativa del grupo es la de Ignacio Zuloaga que, desde su domicilio parisino, se convirtió en el verdadero introductor de la pintura española —El Greco, muy especialmente— en los ambientes intelectuales europeos. En 1905 viajaría con Rodin por España — Toledo y Córdoba—, siguiendo los pasos de Maurice Barrès (1895) y marcando una ruta que sería seguida, años después, por Rainer María Rilke (1912), un estricto coetáneo de Antonio Machado. Zuloaga significaba la búsqueda de una España más profunda lejos de las complacencias de Sorolla, que era el pintor reconocido en los momentos finales de siglo, o los experimentos modernistas de Santiago Rusiñol, señor de Cau Ferrat, desde mediados de los noventa.

Los hombres de la generación finisecular no fueron especialmente proclives al cultivo de la música que estuvo protagonizada en aquellos años por Isaac Albéniz que, en mayo de 1906, estrenaba en París el primer cuaderno de la *Suite Iberia*. Manuel de Falla que, por su fecha de nacimiento, podría ser adscrito al grupo generacional finisecular, era un músico de formación tardía y andaba todavía luchando por el estreno de *La vida breve*, que había sido premiado por la Academia de Bellas Artes en 1905, y no llegaría al público hasta 1913. A todos los efectos debe, por tanto, ser asimilado a la generación de 1914.

Otros miembros de la generación finisecular fueron aquellos que volcaron en la docencia y en la investigación sus proyectos de transformación de la sociedad española. Sería el caso de Julio Cejador, que fue profesor de griego de Ortega y tal vez facilitara a Pérez de Ayala datos de interés para la redacción de *AMDG*. También Rafael Altamira, que se trasladó a Madrid en 1886 y entró en contacto con Giner de los Ríos y el mundo de la Institución Libre de Enseñanza. A partir de 1897, como catedrático de la Universidad de Oviedo, se convirtió en una de las figuras más destacadas del grupo institucionista de la universidad asturiana. O, por completar este apresurado elenco de profesores de la generación finisecular, el salmantino Martín Domínguez Berruela, catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes de la Universidad de Granada, en donde animó las excursiones que dieron la ocasión para el encuentro de Antonio Machado y Federico García Lorca en Baeza en abril de 1917.

No hubo, sin embargo, ninguna movilización política detrás de aquel grupo generacional, por más que lo intentase Joaquín Costa. Sus campañas para movilizar a los intelectuales, en compañía de las clases productoras, después de los acontecimientos de 1898 se saldaron con un fracaso ya constatable a mediados de 1901 y las esperanzas de renovación del sistema parecían confinadas en los partidos del turno cuando se decidió precipitar el relevo dinástico.

digitalia
www.digitalia.us

En ese horizonte intelectual, el comienzo de un nuevo reinado tenía escasa significación y, de hecho, aquellos escritores dirigieron una displicente atención al joven monarca cuando Alfonso XIII inició su reinado el día 17 de mayo de 1902. Sólo Unamuno rompería ese frente de indiferencia con una alineación, relativamente temprana, frente a las inclinaciones militaristas del joven Rey.

Con todo, la aparición del nuevo monarca significaba la instalación en el trono de un adolescente — un «*teenager* del Desastre», en expresión de Cacho[6]— que coincidió con una profunda renovación del personal político español. Cánovas había sido asesinado en 1897 y Sagasta moriría en los primeros días de 1903. Emilio Castelar, el republicano que había facilitado la consolidación del régimen monárquico con sus actitudes posibilistas y con la renuncia a los métodos revolucionarios violentos, había fallecido también en mayo de 1899. Se imponía una renovación de los cuadros dirigentes de la vida política española y la tarea se reveló extraordinariamente complicada y terminaría por afectar a la propia estabilidad del sistema político.

En esas operaciones políticas quedaba poco espacio para los jóvenes que, como Antonio Machado, se movían entonces en la década de sus veinte años. Las cuestiones políticas eran asunto de una generación de señores mayores bien asentados en los partidos dinásticos y, por otra parte, no faltaban candidatos para ocupar los puestos de dirección que estaban en litigio.

Los jóvenes, en todo caso, contaban con el recurso de su pluma para hacerse presentes en el debate político. Era la época de oro de los intelectuales en el sentido de la participación de los escritores en el debate público y estaba en la mente de todos el «J'Accuse» de Zola a propósito del escándalo Dreyfus en Francia. La plataforma española, sin embargo, no sería suficientemente alta como para que la postura pudiera ser apreciada más allá de sus fronteras, y eso había provocado las quejas de Unamuno en unos versos escritos a finales de siglo:

> ¡España, mi España!
> perdón te demando
> por las veces que, ciego, en mi orgullo
> de ti he renegado.
> Yo quería, mi madre, que alzaras
> tu frente muy alta,
> para erguirme sobre ella y me vieran,
> me vieran de largo.

Los jóvenes escritores españoles, que apenas habían reaccionado en los momentos del desastre militar de 1898, se movilizaron por otros objetivos más precisos con el cambio de la centuria. Baroja ha dejado escrito que «si hubo algo como un grupo literario, que duró lo que un relámpago, y tuvo como acto de nacimiento con su fecha, fue el del estreno de *Electra»*, de Pérez Galdós, a finales de enero de 1901. Pío Baroja asis-

[6] Vicente Cacho Viu, *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

digitalia
www.digitalia.us

tió con Azorín al estreno y Ramiro de Maeztu, que estaba en el paraíso del teatro, dio el grito de «¡Abajo los jesuitas!» que desencadenó los enfrentamientos. Mes y medio después de aquellos hechos aparecería la revista *Electra*, en la que Antonio Machado publicó sus dos primeros poemas y, de alguna manera, demostró su solidaridad. Manuel Machado era el secretario de la nueva publicación que sólo duraría dos meses.

Los intelectuales españoles no encontrarían otra ocasión de manifestarse colectivamente hasta la primavera de 1905 cuando el intento, por parte de la prensa madrileña, de organizar un homenaje a José de Echegaray, que había recibido el premio Nobel del año anterior, fue contestado por un manifiesto de un grupo de escritores entre los que se contaban Azorín, Baroja, Rubén Darío, Jacinto Grau, Manuel y Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno y Ramón de Valle-Inclán.

Mucho más contenido político tendría otro pronunciamiento colectivo en el que alguno ha querido ver la primera manifestación de intelectuales en España. El motivo fue la constitución, el día 23 de junio de 1905, de un gobierno liberal presidido por Eugenio Montero Ríos, en lo que parecía una fórmula de compromiso para clarificar el liderazgo dentro del bando liberal. La fórmula, sin embargo, olía a cosa añeja y, para quienes esperaban verdaderas medidas de renovación en la vida política española, resultaba inadmisible que volviera a estar al frente de los destinos de la Monarquía el mismo que había firmado la humillante paz de París en 1898. La protesta iba encabeza por Benito Pérez Galdós, que parecía haber olvidado ya los malos ratos pasados con ocasión del estreno de *Electra*, y era seguido por una larga nómina que se reproduce íntegramente porque constituye el más completo elenco de los intelectuales que agitaban la vida cultural madrileña en los comienzos de siglo: Manuel Bueno, Francisco Grandmontagne, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Vicente Blasco Ibáñez, Nicanor Rodríguez de Celis, Ramiro de Maeztu, Pedro González Blanco, Azorín, Manuel Machado, José María Matheu, Federico Oliver, Enrique López Marín, José Nogales, Antonio Palomero, José Verdes Montenegro, Jaime Balmes, Alfredo Calderón, Luis París, Edmundo González Blanco, Silverio Lanza, Luis de la Cerda, José Betancort, Manuel Ciges Aparicio, Sixto Espinosa, Antonio Flores de Lemus, y Ramón del Valle Inclán[7]. No deja de ser sintomático que, una vez más, Antonio Machado se pusiera al margen de ese tipo de iniciativas que, según sabemos por D'Ors, pretendían fraguar en un «partido fiscalizador» de la acción de gobierno[8]. Para D'Ors resultaba palmario que los intelectuales madrileños y la opinión pública vivían en mundos distintos y el planteamiento de aquellos le parecía quimérico: «cap d'ells té, darrera seu, poble, energia humana disposta per a l'acció».

En la crisis del Estado liberal

Los peores augurios de quienes vaticinaban la profunda crisis del sistema liberal en España se empezarían a cumplir a finales de noviembre de aquel mismo año 1905 cuando un grupo de oficiales de la guarnición barcelonesa, molestos por los ataques y burlas que la prensa catalanista dirigía al Ejército, atacó las sedes del diario *La Veu de*

[7] *El Imparcial*, Madrid, 30 de junio de 1905.

[8] «Crónicas de Madrid. Intel.lectuals», *La Veu de Catalunya*, Barcelona, 4 de agosto de 1905.

digitalia
www.digitalia.us

Catalunya y de la revista *Cu-cut*. El Gobierno suspendió las garantías constitucionales en Cataluña, pero las protestas de los catalanistas y de las personas de talante liberal fueron desbordadas por las exigencias de los militares que, una vez convencidos del apoyo del Monarca, exigieron que los delitos contra el Ejército pasasen a la jurisdicción militar, y terminaron por forzar la dimisión del Gobierno a finales de aquel mismo mes. El Ejército volvía así, contra lo que había sido empeño director de Cánovas al diseñar el régimen de la Restauración, al primer plano de la vida política.

Precisamente por los mismos días en que se empezaba a dirimir el pleito entre militarismo y civilismo, como lo ha denominado Carlos Seco[9], se produjo una visita a Barcelona que pasó inadvertida para la gran mayoría. Francisco Giner de los Ríos, que había sido estudiante en Barcelona durante su años mozos y había visitado también la ciudad en las navidades de 1897, visitó de nuevo la capital catalana en lo que era una demostración de su «atención hacia el nacionalismo catalán». Fueron días de largas conversaciones con Joan Maragall, en las que Josep Pijoan actuó de intermediario.

> Maragall partirá siempre de su fe inquebrantable en Cataluña y en las posibilidades de regeneración hispánica latentes en su nacionalismo, como estímulo de choque y a la vez punto de partida para los demás pueblos peninsulares. Giner buscará el diálogo, atraído por el presentimiento de que ese nacionalismo podía ser otro posible germen de la moral pública, del ideal colectivo que la Institución pretendió suscitar en torno al cultivo de la ciencia y mediante la renovación pedagógica[10].

El resultado de aquella visita, evocado también en las glosas diarias de D'Ors en *La Veu*, quedaría por debajo de las expectativas que llegaron a abrigar los interlocutores catalanes, aunque se dejaron abiertas muchas líneas de comunicación entre el catalanismo político y el mundo madrileño de las Institución[11]. Son las mismas vías por las que circularon, en una u otra dirección, Josep Pijoan, Luis de Zulueta, Fernando de los Ríos y muchos otros.

Pero la atención de aquellos primeros meses estaba centrada en la Ley de Jurisdicciones que se apuntaba en el horizonte, y los intelectuales madrileños invitaron a Unamuno, que había escrito un resonante artículo en la revista *Nuestro tiempo* sobre el tema, para que diera una conferencia en Madrid. Más de un centenar de nombres figuraban en la lista publicada en la prensa el día 17 de febrero, y esta vez, junto a la firma de Azorín, que había promovido el escrito, aparecían la de Baroja y las Manuel y Antonio Machado, que intentaban impedir una injerencia militar que habría de dañar duramente a un sistema político que había intentado consolidar la primacía de lo civil. También firmaban Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Gumersindo de Azcárate, Melquíades Álvarez, Eugenio d'Ors, Alejandro Lerroux, Fernando de los Ríos y Josep Pijoan.

Unamuno hablaría en el Teatro de la Zarzuela a la semana siguiente de aquella invitación y Francisco Giner de los Ríos estuvo entre el público «colocado en un rincón,

---

[9] Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

[10] Vicente Cacho Viu, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, 1998, pág. 183.

[11] Joan Maragall, «El maestro y el padre», *Diario de Barcelona*, 9 de enero de 1906, recogido en *Obres Completes*, Barcelona, Selecta, 1981, t. 2, págs. 712-714.

digitalia
www.digitalia.us

apartado de todos, para oír a sus anchas en santa calma[12]». La ley, sin embargo, se aprobaría el 20 de marzo y, a partir de aquel momento, los militares no dejarían de acrecentar su presencia en la vida política española. Los políticos catalanes, mientras tanto, habían proclamado a comienzos de febrero una Solidaridad Catalana que significaba la creación de un amplio frente político, desde los nacionalistas a los carlistas, pasando por los republicanos, frente a los partidos dinásticos que sostenían el sistema.

Llegan los jóvenes

Había vuelto José Ortega y Gasset de Alemania a mediados de marzo con planes de transformación del país a los que pensaba sumar a Miguel de Unamuno. Una de las iniciativas que mejor reflejaban ese afán renovador fue su participación en la creación de la Sociedad Editorial de España —el *trust* de la prensa liberal— en el que apareció como responsable de «Los Lunes» de *El Imparcial*, lo que le convertía en el guardián de las llaves de una de las puertas literarias más apetecidas de la España de aquellos tiempos.

Fue también en la primavera de 1906 cuando algunos jóvenes, con el patrocinio de Francisco Giner de los Ríos, celebraron algunas reuniones en El Pardo para considerar las condiciones de su participación en la vida pública. En aquellas reuniones, a las que asistieron Leopoldo Palacios, Zulueta y, probablemente, Fernando de los Ríos, Vicente Cacho ha creído ver también la mano de Ortega, interesado en «poner en marcha una liga de intelectuales que acelerase la cansina marcha del liberalismo español[13]». Sin embargo, Josep Pijoan, que es el que nos ha trasladado información más detallada de aquellas reuniones que sitúa, creemos que erróneamente[14], en la primavera de 1908, no alude a Ortega en su testimonio.

Estamos, en cualquier caso, en un momento de comunicación intergeneracional en el que la figura de Ortega empieza a desempeñar un papel central, como se pondrá de manifiesto en el texto que prepara para la intervención de su padre, José Ortega y Munilla, como mantenedor de los Juegos Florales de Valladolid, que se celebraron a comienzos de octubre de aquel año 1906[15]. El discurso constituye un verdadero manifiesto generacional en el que se partía del recuerdo de la derrota de 1898. «Una derrota que, como una antorcha cayendo en una cueva, iluminó todos nuestros viejísimos errores», y dio paso a años «de desconfianza, de desorientación, de dispersión y de ciegos tanteos políticos». Era la tarea que tendría que afrontar una nueva generación que, «como no tiene otro sostén que ella misma, es compacta, firme, sana y sincera» y podría poner en pie un nuevo patriotismo de claras resonancias renanianas.

> Patria es algo íntimo que llevamos cada uno dentro, que anima todos nuestros pensamientos, quereres, dolores, y ensueños; la patria no es algo objetivo, algo que está fuera de nosotros; la patria está en nosotros, vayamos donde vayamos …

---

[12] José Martínez Ruiz (Azorín), «La conferencia de Unamuno», *ABC*, 26 de febrero de 1906.

[13] Vicente Cacho Viu, *El nacionalismo catalán como factor…*, ob. cit., pág. 208.

[14] «Nuestro Pijoan», en Josep Pijoan, *Mi Don Francisco Giner (1906-1910)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pág. 26.

[15] *Cartas de un joven español, 1891-1908*, Madrid, Ediciones El Arquero, 1991, págs. 747-776.

digitalia
www.digitalia.us

Ortega marcharía a Marburgo pocos días después.

El otro gran referente de la vida intelectual española —Miguel de Unamuno— había estado aquel verano en Málaga, en compañía de Ricardo de Orueta, Alberto Jiménez Fraud, Fernando de los Ríos, José Moreno Villa y Manuel García Morente, dictando unas conferencias que le llevarían también a Ronda. El 10 de octubre llegaría a Barcelona para participar en el Congreso de la Lengua Catalana y conocer de primera mano la realidad de aquella tierra en pleno apogeo de la Solidaridad Catalana.

Lo que vio no le gustó demasiado[16], aunque le sirvió para estrechar su amistad con Joan Maragall a quien dedicó el poema «La catedral de Barcelona». Luis de Zulueta, su otro corresponsal para asuntos catalanes, recibiría también noticias de aquel nuevo desencuentro del maestro salmantino con los ideales nacionalistas.

Una ventana a Europa

No pasarían muchos meses sin que se abriera en España una ventana que haría posible que se asomaran al escenario de la ciencia y la cultura europea las jóvenes generaciones de españoles. La creación, en enero de 1907, de la Junta para Ampliación de Estudios, por inspiración de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, estaba encaminada a facilitar que las nuevas generaciones pudieran ponerse en contacto con la cultura europea y a conseguir que se establecieran en España instituciones culturales de gran calidad. El presidente del nuevo organismo sería Santiago Ramón y Cajal, al que se le acababa de conceder el premio Nobel de Medicina y Fisiología. Los vicepresidentes serían Gumersindo de Azcárate y Leonardo Torres Quevedo, y en la Junta Directiva se integraron José Castillejo (Secretario), Sorolla, Santamaría de Paredes, Sanmartín, Calleja, Vincenti, Simarro, Bolívar, Menéndez Pidal, Casares, Álvarez Buylla, Rodríguez Carracido, Ribera y Fernández Azcarra. Sin embargo, la constitución del gobierno largo de Maura, a finales de aquel mismo mes de enero, retrasaría un par de años la entrada en pleno rendimiento de aquella iniciativa.

Ortega y Gasset, que volvió de Marburgo en el mes de septiembre, reanudó inmediatamente sus convocatorias generacionales a la acción política por las mismas fechas en que Antonio Machado iniciaba sus tareas docentes en el Instituto de Soria. Ortega publicó, por aquellas mismas fechas[17], un largo artículo en *El Imparcial* que constituye uno de sus más importantes pronunciamientos políticos. En él insistía en la necesidad del compromiso público de los intelectuales que, en un primer momento, tomaría el modelo del socialismo fabiano inglés[18], aunque la iniciativa no terminara de cuajar.

En febrero de 1908 Ortega optó de nuevo por la vía del periodismo y puso en la calle la revista *Faro*, desde la que siguió insistiendo en el papel de la pedagogía social,

---

[16] Miguel de Unamuno, «Barcelona», *La Nación* de Buenos Aires, 5 de diciembre de 1906, recogido en *Obras completas*, I, págs. 256-260.

[17] «Reforma del carácter, no reforma de costumbres», *El Imparcial*, 5 de octubre de 1907, recogido en *Obras Completas*, Madrid, Alianza, 1983, t. 10, págs. 17-21.

[18] Rafael Urbano, «La Fabian Society», *El Socialista*, 18 de diciembre de 1913, citado en Manuel Suárez Cortina, *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 117.

digitalia
www.digitalia.us

como instrumento de la renovación social, y en la revitalización del liberalismo claudicante a través de la inyección de la savia socialista[19]. El lema del momento, explicaría Ortega pocos días después, era «liberalismo socialista[20]». En esa misma idea insistía por entonces Ramiro de Maeztu que, desde Inglaterra, era testigo de excepción de las medidas reformistas de David Lloyd George. Maeztu publicaría, a finales de 1909[21], tres artículos con el título de «El liberalismo socialista», en los que afirmaba que «la idea liberal comprende a la socialista y la rebasa, porque la idea liberal es el todo y la idea socialista es sólo una parte, más que una parte, un camino». La fórmula no dejaría de circular, durante muchos años, entre aquellos jóvenes, hasta que algunos de ellos, como Besteiro o de los Ríos, se incorporaron directamente a las filas del socialismo.

Un trágico verano revolucionario

Estas propuestas de los jóvenes intelectuales carecían de toda efectividad en el plano político, fuera del sistema político existente y, por el momento, los intelectuales españoles no parecían decididos a dar el paso de la militancia partidista, ni dentro de los partidos ni en las opciones extrasistema que representaban los republicanos o los socialistas. Los primeros carecían de credibilidad política por su fracaso de 1873 y por la ineficacia de sus rivalidades intestinas; los socialistas, por su parte, parecían dominados por prejuicios de clase que les hacían muy poco receptivos a la presencia de intelectuales en sus filas. El distanciamiento de Unamuno, después de una fugaz militancia a mediados de los años noventa del siglo anterior, no dejaba de resultar paradigmático. Sólo en el nacionalismo catalán parecía darse un feliz entendimiento entre programa político y actividad intelectual, bajo la férrea mano de Enric Prat de la Riba que, desde abril de 1907, había sido elegido Presidente de la Diputación de Barcelona en la arrasadora onda de la Solidaridad Catalana. Desde allí favorecería la constitución del Institut d'Estudis Catalans y el desarrollo de una política cultural nacionalista en la que encontró el apoyo de Josep Pijoan.

Y sería precisamente en Barcelona donde se producirían unos acontecimientos que modificarían profundamente la situación social y política española. La ocasión la brindaría el estado de inquietud creado en la capital catalana por la llamada a filas de reservistas para ser llevados a Marruecos, en donde se habían producido unos ataques de las *kabilas* rifeñas a unos obreros que trabajaban cerca de Melilla. Los sucesos se iniciaron con una huelga pacífica —prevista para el lunes 26 de julio de 1909— en señal de protesta por la movilización de reservistas ordenada por el Gobierno. La huelga, sin embargo, se transformó en revuelta desde el primer día y escapó al control del comité organizador, entre los que se contaba un representante de Solidaridad Obrera, organización anarquista que había celebrado un Congreso Obrero de Cataluña entre el 6 y el 8 septiembre de 1908. Se convirtió entonces en un movimiento acéfalo en el que las

---

[19] José Ortega y Gasset, «La reforma liberal», *Faro*, núm. 1 (23 de febrero de 1908), recogido en *Obras Completas*, ob. cit., t. 10, págs. 31-38.

[20] José Ortega y Gasset, «La conservación de la cultura», *Faro*, núm. 3 (8 de marzo de 1908), recogido en *Obras Completas*, ob. cit., t. 10, págs. 39-46.

[21] Ramiro de Maeztu, «El liberalismo socialista», *Heraldo de Madrid*, 12, 13 y 15 de diciembre de 1909.

digitalia
www.digitalia.us

masas parecieron poner en práctica los objetivos tantas veces propuestos por la oratoria lerrouxista, ya que parece incontestable la estrecha relación existente entre los violentos motivos de la propaganda lerrouxista de los años anteriores, y el clima sentimental en el que se desenvolvieron los agitadores.

Los acontecimientos, como se sabe, afectaron profundamente a Antonio Machado, que acababa de casarse con Leonor Izquierdo y tuvo que alterar los planes de su viaje de novios, que tenía previsto iniciar en Barcelona. Mayores complicaciones, sin embargo, serían las derivadas de la represión de aquellos acontecimientos, que llevarían al fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia el 13 de octubre y la generación de un clima de protestas antiespañolas en toda Europa que provocaría una intensa polémica entre Azorín y Ortega, en la que terciaría Unamuno para indisponerse violentamente con Ortega.

En el plano estrictamente político el resultado sería un entendimiento de las izquierdas, que ya se había prefigurado en la lucha contra la ley del terrorismo que había propuesto Maura en 1908, y que ahora llevaría a una Conjunción Republicano-Socialista que se presentó en un mitin a comienzos de noviembre. Para entonces ya había caído el gobierno Maura y se había establecido una situación liberal —José Canalejas presidiría el gobierno a partir del febrero siguiente— en la que cuajarían los proyectos liberales que se habían truncado a comienzos de 1907. El primero de ellos sería el relanzamiento de la Junta para Ampliación de Estudios que pudo volver a sus proyectos de enviar becarios al extranjero.

También fue de la primavera de 1910 la creación del Centro de Estudios Históricos, inspirado en el Institut d'Estudis Catalans y orientado, como éste, a «promover las investigaciones científicas de nuestra historia patria en todas las esferas de la cultura». Al frente del nuevo Centro estaría el medievalista Eduardo Hinojosa.

También fue de entonces la creación de la Residencia de Estudiantes que trataba de ser un *College* universitario con completa autonomía. El historiador Ramón Menéndez Pidal fue situado en la presidencia del Patronato, del que también formaba parte, como vocal, José Ortega y Gasset, al que aún le faltaban unos meses para obtener la cátedra de Metafísica de la Universidad Central. El director —Presidente era su título— del nuevo centro era el malagueño Alberto Jiménez Fraud. La Residencia sería, a partir del otoño de ese mismo año, uno de los lugares de referencia de la vida cultural madrileña y Antonio Machado publicaría allí su *Poesías completas* en el verano de 1917.

La presencia política de estos intelectuales, en cualquier caso, seguía siendo irrelevante. José Ortega, después de cierre de *Faro* a finales de febrero de 1909, había intentado de nuevo la aventura editorial con la revista *Europa*, que salió en febrero de 1910 y sólo duró tres meses. Formaba parte de su proyecto de movilización de energías políticas que le llevó también a buscar la tribuna pública. El 12 de marzo accedió a la tribuna de la Sociedad *El Sitio*, uno de los santuarios del pensamiento liberal bilbaíno, para dar una conferencia que llevaba el significativo título de «La pedagogía social como programa político». Fue allí donde expuso su programa con una fórmula que ha quedado bien fijada en el recuerdo de cuantos se han preocupado por el problema de España:

> Regeneración es inseparable de europeización; por eso apenas se sintió la emoción reconstructiva, la angustia, la vergüenza y el anhelo, se pensó la idea europeizadora. Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución.

digitalia
www.digitalia.us

Antonio Machado estaba ya completamente dentro de la esfera de influencia de Ortega y, en julio de 1912, mientras estaba absorbido por los últimos días de la enfermedad de Leonor, le escribió unas cartas en las que le reconocía como líder intergeneracional en la España del momento: «No dude V. de su influencia sobre los que vienen ni tampoco de la retrospectiva sobre los que quedamos algo atrás[22]». En una segunda carta de aquel mismo mes[23], Machado se manifestaba radicalmente de acuerdo con las posiciones renanianas de Ortega:

> Muy sinceramente le digo a V. que me encanta eso de que la patria sea lo que se tiene que hacer. No lo hubiera yo nunca formulado de un modo tan sencillo y admirable; pero esa patria la he sentido muchas veces con todo mi corazón.

De ahí que se mostrara decidido a secundarle en sus propuestas: «esa patria que V. define bien pudiera unirnos a todos».

Un partido de intelectuales

A comienzos de abril de 1912 Melquíades Álvarez había puesto en marcha, con la colaboración de Gumersindo de Azcárate, el Partido Reformista. El nuevo partido significaba la adopción del procedimiento evolutivo, en vez del revolucionario, que preconizaba la Conjunción, para el triunfo del ideal republicano. La nueva formación propugnaba la secularización del Estado, la orientación socialista en la ordenación laboral, en el régimen de propiedad, y en materia fiscal. También se afirmaba la conveniencia del acceso del proletariado al Poder, la autonomía para Cataluña, y la conciliación entre las exigencias militares y el respeto a las normas democráticas.

El nuevo partido se embarcaría pronto en una línea posibilista, de aproximación a la Monarquía, a raíz del entendimiento entre Canalejas y el Rey, que se frustra con el asesinato de noviembre de 1912. Los reformistas, en cualquier caso, prosiguieron su aproximación a lo largo de 1913, y perfilaron un movimiento político que trataba de ser una versión española del *new liberalism* inglés con algunos matices, apenas desarrollados, del radicalismo a la francesa. De esta manera, el partido reformista se convertirá inicialmente en el cauce más adecuado, aunque no fuese el ideal, para canalizar la proyección política de muchos intelectuales y, entre ellos, los relacionados con el mundo de la Institución Libre de Enseñanza, y muchos de los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios, a los que encontraremos entre los cuadros del nuevo partido. También se incorporan al Partido Reformista personalidades literarias como José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala, y figuras que cobrarían importancia más adelante, como Manuel Azaña Díaz. Se trata de un claro antecedente de lo que, en vísperas de la caída de la monarquía, será la Agrupación al servicio de la República, en la que colaborará Antonio Machado.

---

[22] Carta de Antonio Machado, en Soria, a José Ortega y Gasset, 9 de julio de 1912, reproducida en *ABC*, Madrid, 18 de febrero de 1989.

[23] Carta de Antonio Machado, en Soria, a José Ortega y Gasset, 17 de julio de 1912, reproducida en *ABC*, Madrid, 18 de febrero de 1989.

digitalia
www.digitalia.us

El asesinato de Canalejas, en noviembre de aquel mismo 1912, pareció poner en peligro muchos de estos avances liberales y, desde luego, conmocionó el sistema político al saberse la retirada de Maura de la jefatura del partido conservador, indignado con la solución dada por el Rey a la crisis de gobierno.

Fue entonces cuando el nuevo presidente del Gobierno, Romanones, gestionó la visita a Palacio de algunos intelectuales republicanos caracterizados como Gumersindo de Azcárate, Manuel Bartolomé Cossío, Ramón y Cajal y José Castillejo. El primero presidía el Instituto de Reformas Sociales, mientras que Cossío y Ramón y Cajal —director del Museo Pedagógico y presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, respectivamente— representaban organismos alentados desde la Institución Libre de Enseñanza, y lo mismo significaba la presencia de Castillejo. Francisco Giner de los Ríos, sin embargo, se mantuvo al margen de la convocatoria, de la misma manera que tampoco se contó con Pablo Iglesias, el líder histórico del socialismo, ni con Miguel de Unamuno, que permanecía encastillado en su refugio salmantino.

No fue aquella, tampoco, una convocatoria dirigida a las nuevas generaciones y José Ortega, que andaba por entonces convocando a su propia generación «del 98» y pudo conocer los preparativos de aquellas entrevistas, invitó a sus coetáneos a realizar la experiencia monárquica a la vez que solicitaba de los socialistas que abandonasen su republicanismo a ultranza[24]. Sin embargo, debió de quedar decepcionado de que el Rey no le convocase a él ni a ninguno —¿qué otro mejor?— de su generación.

Ortega tendría que mantenerse en la línea de los pronunciamientos políticos individuales, que alcanzarían un momento cenital con la conferencia «Vieja y nueva política», pronunciada en el teatro de la Comedia de Madrid, el 23 de marzo de 1914 como presentación de la Liga de Educación Política Española, que había hecho público su manifiesto en octubre del año anterior. Antonio Machado, ya en Baeza, se había adherido a la Liga y, junto a él, se agrupaban lo que podríamos considerar el elenco de las generaciones intelectuales que se movían en la órbita de Ortega y Gasset. Manuel Azaña, Pablo de Azcárate, Ricardo Baeza, Constancio Bernaldo de Quirós, Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Ángel Galarza, Gabriel Gancedo, Manuel García Morente, Lorenzo Luzuriaga, Salvador de Madariaga, Ramiro de Maeztu, Federico de Onís, Leopoldo Palacios, el marqués de Palomares de Duero, Ramón Pérez de Ayala, Gustavo Pittaluga, Cipriano Rivas Cheriff, y Agustín Viñuales figuraban entre los firmantes de aquel manifiesto.

En la conferencia del teatro de la Comedia Ortega hizo un nuevo intento de buscar líneas de renovación en el sistema político español, especialmente necesarias después de las crisis de 1913 y del enfrentamiento de Maura con el Rey, que había suscitado un movimiento de simpatía en fuerzas hasta entonces marginales al sistema. Los intelectuales participaban así, a partir de 1913, de la actitud del recurso al Rey, como consecuencia de la falta de un sujeto histórico —por la ausencia de un verdadero partido liberal—, hasta llegar a la manifestación de una sospechosa proclividad hacia fórmulas autoritarias que impusieran la ciencia y la cultura por decreto —la «arbitrariedad de la inteligencia», postulará Unamuno abiertamente—, con peligro de la consolidación del sistema democrático. Ortega explicaba a un amigo, pocos días después, el sentido de su intervención:

---

[24] José Ortega y Gasset, «Sencillas reflexiones», *El Imparcial*, 10 de enero de 1913, recogido en *Obras Completas*, ob. cit., t. 10, págs. 214-225.

digitalia
www.digitalia.us

> En unión con un puñado de compatriotas de análogo espíritu, he roto con todas las clientelas políticas, periodísticas, etc. (…) queremos, con algún espacio, organizar nuevas masas sociales hasta ahora intactas por la política —los pueblos, los labriegos, los pequeños núcleos obreros— lugares de energía social todavía, afortunadamente, no envenenadas por los tópicos simplistas, atrozmente estériles de la política al uso. Con estas fuertes estructuras de opinión daremos la batalla a las otras masas inutilizadas para todo lo eficaz y verdaderamente libre[25].

En aquella conferencia haría también Ortega la formulación solemne de la imagen de «las dos Españas», tan común a la cultura europea[26] y a la misma tradición política española —desde Larra a Costa, pasando por Galdós— pero que sería el precedente inmediato de los conocidos versos de Machado. En los primeros días de junio de aquel mismo año Ortega sacaba a la luz su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, que inauguraba las ediciones de la Residencia. El libro continuaba la tarea de pedagogía social que había emprendido Ortega y, meses después, suscitaría un ensayo de Antonio Machado, que se publicaría en la revista madrileña *La Lectura*.

No se habían apagado del todo los ecos de las palabras de Ortega cuando el mundo intelectual español se vio sacudido por la noticia de la destitución de Miguel de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca, cargo que venía ocupando desde octubre de 1900. La medida desencadenó una oleada de protestas entre los intelectuales y constituyó, tal vez, una de las últimas preocupaciones de Francisco Giner de los Ríos que movió a todo su entorno en apoyo del catedrático salmantino.

El suicidio de Europa

Había, sin embargo, cuestiones de más interés en litigio ya que el asesinato del heredero de Austria, a finales de junio, desencadenó una serie de decisiones diplomáticas y militares que iban a desembocar en el abismo de la guerra en el que iba a perecer una Europa fuerte, rica y hermosa. «Si ahora —ha escrito Stefan Zweig[27]—, reflexionando con calma, nos preguntamos por qué Europa fue a la guerra en 1914, no hallaremos ni un solo fundamento razonable, ni un solo motivo».

Para los intelectuales españoles que se movían en los ambientes inspirados por la Institución Libre de Enseñanza, la guerra constituía una piedra de escándalo ya que se sentían desgarrados por el comportamiento de una Alemania cuya ciencia habían admirado siempre de forma rendida. Francisco Giner de los Ríos, que agotaba las últimas energías de su vida, se sentía angustiado por el desencadenamiento de la guerra[28] y

---

[25] Carta de José Ortega y Gasset a Ricardo Burguete, marzo de 1914, publicada en *Revista de Occidente*, núm. 108 (mayo de 1990)

[26] Vicente Cacho Viu, «La imagen de las dos Españas», *Revista de Occidente*, Madrid, núm. 60 (mayo de 1986), págs. 49-70.

[27] *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2001, pág. 254. Coincide con las conocidas tesis de A. J. P. Taylor.

[28] Cartas a José Castillejo de 13 y 25 de agosto de 1914. Recogidas en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir, 1913-1937*, Madrid, Castalia/Junta de Castilla-La Mancha/Fundación Cultural Olivar de Castillejo, 1999, págs. 172 y 177-178.

digitalia
www.digitalia.us

escribía a Ortega a finales de agosto «excitándole a una manifestación en los periódicos de agradecimiento a la ciencia y la cultura alemanas, de todos los que tenemos la obligación de declarar lo muchísimo que le debemos».

Sería, junto con la protesta por la destitución de Unamuno, una de las últimas batallas que Giner de los Ríos libraría en su vida ya que el 18 de febrero de 1915 moría en Madrid, rodeado del afecto de las personas de la Institución. En los últimos días de su vida había encontrado consuelo en la lectura de *Platero y yo*, la obra de Juan Ramón Jiménez que acababa de aparecer. «Llibre per a infants i per a infants grans. Una delicia», apuntaba d'Ors en una de sus glosas de aquellos primeros días de 1915. Antonio Machado, desde Baeza, publicó un texto en la revista local *Idea Nueva*, que contenía los mismos elementos de la conocida poesía que apareció el 26 de febrero en *España*, la nueva revista que Ortega acababa de sacar a finales del mes de enero, en un nuevo intento de aglutinar a los intelectuales españoles y que parece que sería subvencionada más adelante por la embajada inglesa[29].

La tensión entre aliadófilos y germanófilos había absorbido, definitivamente, a la opinión pública española y, en julio de aquel mismo 1915, fueron numerosos los intelectuales que estamparon su firma en el manifiesto de adhesión a las naciones aliadas que, tal vez por iniciativa de Ramón Pérez de Ayala, se publicó *España* y en *Iberia* a comienzos del mes de julio. En su primera versión recogía más de sesenta firmas entre las que se contaban algunos de los más conocidos profesores universitarios, artistas y escritores[30]. El manifiesto tendría continuidad con una Liga Antigermanófila que se constituiría en enero de 1917 y recibiría su refrendo en un banquete que se celebró a finales de ese mes en el hotel Palace, con ocasión del segundo aniversario de *España*, y en el mitin de las izquierdas que se celebró en la plaza de toros de Madrid el 27 de mayo de ese mismo año.

La tensión política se acentuaba por momentos y Ortega, que había vuelto en enero de su triunfal viaje a la Argentina y había acompañado a Nicolás María de Urgoiti en la operación empresarial de desembarco en el diario *El Imparcial*, publicó a mediados de junio su artículo «Bajo el arco en ruina» en el que censuraba las exigencias de las Juntas Militares de defensa y reclamaba Cortes constituyentes. Este resonante artículo marcó el final de sus colaboraciones con el viejo periódico familiar al provocar la protesta de los círculos monárquicos, que abortaron el acuerdo empresarial alcanzado en los días anteriores. Empezaba, para Ortega, un destierro periodístico que no acabaría hasta la aparición de *El Sol*, cinco meses más tarde.

En la descomposición del sistema

A finales de 1919, los empeños renovadores procedentes del mundo intelectual habían perdido definitivamente su vigor, en la misma medida en que el sistema político se adentraba en una situación de descomposición en la que cada vez aparecían más posibles las soluciones traumáticas. El desastre de Annual, que costó la vida de casi

[29] Santos Juliá, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pág. 82.

[30] Una relación detallada en Florencio Friera, *Ramón Pérez de Ayala, testigo de su tiempo*, Gijón, Fundación Alvargonzález, 1997, págs. 144-145.

digitalia
www.digitalia.us

diez mil soldados españoles, se dibujó en el horizonte como una amenaza para la supervivencia del sistema político de la Restauración, dadas las injerencias del Rey en los asuntos militares. Éste, mientras tanto, venía denunciando el sistema parlamentario desde el discurso de Córdoba de mayo de 1921 y la visita de Unamuno, en abril del año siguiente, resultó un gesto tardío y sin apenas relevancia.

El corte del nudo gordiano vendría de Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña que, en septiembre de 1923, reclamó el poder y estableció una dictadura guiada por un aliento restaurador, que fue acogida con alivio por los más diversos sectores del país, empezando por Ortega y los hombres que sacaban *El Sol*. Meses antes Ortega había abdicado de toda pretensión política en el número inicial de la *Revista de Occidente*, que aparecería en julio.

> De espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana.

Se sucedieron, a partir del golpe de estado de Primo de Rivera, seis años y cuatro meses de Dictadura que contemplarían una progresiva resistencia de diversos sectores de la sociedad española al gobierno dictatorial. El primer hecho destacado sería el destierro de Unamuno a la isla canaria de Fuerteventura, a la vez que era separado de su cátedra. La medida contra Unamuno tenía su origen en unos artículos, insultantes para la Monarquía, que había publicado en la prensa de Buenos Aires. La medida, que también se tomó contra Rodrigo Soriano, generaría protestas en los ambientes intelectuales y acentuaría la voluntad de lucha de algunos recalcitrantes, como Manuel Azaña que no había aceptado la debilidad del comportamiento de su jefe en el momento del golpe de Estado.

Manuel Azaña manifestaría su opción decidida por el cambio de régimen político con la publicación, a primeros de mayo de 1924, del folleto *Apelación a la República* en el que identificaba monarquía con absolutismo, para concluir que sólo sería posible en la República. La iniciativa, en todo caso, tuvo escaso seguimiento, como también lo tendría la publicación del manifiesto republicano del que nació el grupo de Acción Política que, a finales de diciembre de 1925, pasó a denominarse Acción Republicana. En ella figuraban Manuel Azaña, José Giral y Enrique Martí Jara.

El 11 de febrero de 1926, con ocasión del aniversario de la primera República española, se constituyó una Alianza Republicana en cuya dirección figuraban Manuel Azaña, Manuel Hilario Ayuso, Marcelino Domingo, Alejandro Lerroux, José Giral, Antonio Marsá Bragado y Enrique Martí Jara. También se publicó un manifiesto que apareció firmado por Leopoldo Alas, Adolfo Álvarez Buylla, Daniel Anguiano, Luis Bello, Vicente Blasco Ibáñez, Honorato de Castro, Luis Jiménez de Asúa, Teófilo Hernando, Fernando Lozano «Demófilo», Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Nakens, Juan Negrín, Eduardo Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Joaquín Pi y Arsuaga, Hipólito Rodríguez Pinilla, Nicolás Salmerón, Luis de Tapia y Miguel de Unamuno[31]. Empezaban ya a aparecer juntos los nombres de quienes, a la vuelta de cinco años, regirían los destinos del país.

---

[31] Octavio Ruiz-Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, 1976, págs. 129-133.

digitalia
www.digitalia.us

La oposición de profesores y alumnos de las universidades españolas se recrudecería en la primavera de 1929. El Real Decreto Ley de 19 de mayo de 1928, que pretendía dar validez a los estudios universitarios realizados en centros como Deusto, El Escorial o el que dirigían los jesuitas en la calle Areneros de Madrid, provocaron una huelga de estudiantes de la Universidad Central, que se inició el día 8 de marzo, y la agudización de un conflicto que pareció conmover las estructuras básicas del sistema político, que daba la impresión de tambalearse a la vez que crecía la opinión republicana en los ambientes intelectuales. El día 16 el Rey firmaba un Real Decreto por el que se cerraba la Universidad Central hasta primeros de octubre y se cesaba a las autoridades académicas, mientras que se nombraba a unos comisarios para que investigaran sobre lo sucedido. Las protestas se generalizaron en diversas universidades españolas y conocidos catedráticos como José Ortega y Gasset, Luis Jiménez de Asúa, Felipe Sánchez Román, Fernando de los Ríos y Alfonso García Valdecasas renunciarían a sus cátedras.

En esas circunstancias, la caída de Primo de Rivera, a finales de enero de 1930, puso sobre el tapete la viabilidad del régimen monárquico en España. La conspiración republicana ganó apoyos conforme pasaban los meses y los pronunciamientos republicanos de Niceto Alcalá-Zamora y José Sánchez Guerra dieron la medida de la magnitud del fenómeno de la oposición al régimen monárquico. En agosto de aquel año, una reunión de republicanos y catalanistas, con el añadido de algún socialista que acudía a título personal, permitió acuñar una fórmula de entendimiento en la que la cuestión de la autonomía catalana quedaba remitida a unas futuras Cortes constituyentes. El intento revolucionario de diciembre terminaría en un fracaso pero no aplacó el impulso.

El clima de creciente republicanismo que se desarrolló a partir de entonces alcanzó también a Ortega y Gasset, a Marañón y a Pérez de Ayala que prepararon el manifiesto de una Agrupación al Servicio de la República, que fue dado a conocer a primeros de febrero de 1931. El acto de presentación del nuevo grupo, que pretendía ser algo distinto de un partido político se celebró en el Teatro Juan Bravo de Segovia el día 14 de febrero, en un clima de gran expectación. Antonio Machado, que era catedrático de Instituto en aquella ciudad, haría entonces una breve intervención, para presentar a los tres impulsores del proyecto. En la paradoja de sus palabras se contenía, tal vez, su pronunciamiento político más claro en aquellos momentos.

> La revolución no consiste en volverse loco y lanzarse a levantar barricadas. Es algo menos violento pero mucho más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, sólo cabe saltar hacia el mañana y, para ello, se requiere el concurso de mentalidades creadoras porque, sin ellas, la revolución es una catástrofe. Saludemos a estos tres hombres como verdaderos revolucionarios, como los hombres del orden, de un orden nuevo[32].

Establecida la República la Agrupación se convertiría en un partido político y, como tal, concurrió a las elecciones de junio de 1931, de la que surgiría una relativamente nutrida representación de la Agrupación, que contó con el apoyo de la conjun-

---

[32] «El primer acto de la Agrupación al Servicio de la República», *El Sol*, 15 de febrero de 1931, citado en Margarita Márquez Padorno, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, págs. 100-101

digitalia
www.digitalia.us

ción republicano-socialista triunfante. La minoría, sin embargo, quedó marginada de la dirección de la vida política y su papel parlamentario fue disminuyendo con el paso de los meses.

A comienzos de diciembre Ortega y Gasset pronunciaría su conferencia «Rectificación de la República» que marcó definitivamente distancias con el nuevo régimen, aunque fue recibida con frialdad por muchas personas, empezando por Miguel de Unamuno, que asistió al acto. También fue escuchada por Fernando de los Ríos, que transmitió su desilusión a Manuel Azaña. Azorín se separaría de la Agrupación pocas semanas después, con una carta a Ortega en la que se despedía políticamente de él «con vivo sentimiento[33]». A finales de octubre de 1932, finalmente, la Agrupación hizo público un manifiesto en el que se disolvía «sin ruido ni enojos, dejando en libertad a sus hombres para retirarse de la lucha política o para reagruparse bajo nuevas banderas y hacia nuevos combates». Parecía el fin de una larga aventura protagonizada por los intelectuales españoles desde comienzos de siglo.

La República, en todo caso, seguiría su rumbo por otros derroteros, aunque, lamentablemente, éstos no resultarían demasiado felices.

[33] Magdalena Mora, «Las huellas de Azorín en el Archivo de José Ortega y Gasset. A propósito de unas cartas azorinianas», *Anales Azorinianos*, núm. 4 (1993), pág. 195.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración*

Luis Enrique Otero Carvajal
Universidad Complutense de Madrid

La construcción del Estado liberal en la España del siglo xix fue resultado de un pacto tácito o explícito, según las ocasiones, entre unas elites asentadas en Madrid y otras regionales y provinciales, fruto de una compleja relación entre tendencias y tentaciones centralistas y particularismos locales y regionales. Ni el sistema de transportes, la educación, la justicia o el funcionamiento administrativo lograron llevar a cabo en toda su extensión la vocación centralizadora del liberalismo decimonónico. Dada la frágil articulación de la sociedad civil a mediados del siglo xix, las elites políticas del moderantismo tendieron a sustituir a la sociedad civil por las redes de influencia, que encajaban a la perfección con las relaciones clientelares clásicas de la sociedad del Antiguo Régimen, configurando una primera infraestructura del tejido caciquil. Adquirieron así un notable protagonismo las redes locales y comarcales de poder y las relaciones

* Este texto ha sido posible por la concesión de cuatro proyectos de investigación: «De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000.» Ministerio de Ciencia y Tecnología. Plan Nacional de I + D + I (BHA2003-02543). Universidad Complutense de Madrid. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. «De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000.» Comunidad de Madrid. Plan Regional de I + D + I. Ref.: 06/HSE/0373/2004. Universidad Compulutense de Madrid. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. «La configuración de la esfera pública en la España contemporánea, 1868-1931. El papel de la ciudadanía.» Ministerio de Educación y Ciencia. Plan Nacional ed I + D + I. (HUM2004-06121-C02-01/HIST). Universidad Carlos III de Madrid. Investigador principal: Ángel Bahamonde Magro. Así como por las discusiones mantenidas en el Grupo de Investigación Complutense Historia de Madrid en la Edad Contemporánea, que bajo mi dirección está compuesto por Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rafael Simón Arce, Rubén Pallol Trigueros, Fernando Vicente Albarrán, Borja Carballo Barral y Nuria Rodríguez Martín.

digitalia
www.digitalia.us

sociales. A finales de siglo parte de estas fórmulas gestaron sus propios proyectos políticos, sustentados en realidades culturales diferenciadas, articulados alrededor de proyectos nacionalistas en competencia con el representado por el nacionalismo español[1].

Frente a la manifiesta vocación centralizadora del liberalismo decimonónico la realidad institucional del Estado liberal en construcción dejó en manos de las corporaciones municipales amplias zonas de la acción del Estado, particularmente todas aquellas relacionadas con la vida cotidiana, que tuvieron que solventar unas corporaciones locales desbordadas en sus obligaciones, más allá de los márgenes competenciales a ellas asignadas en el marco del Estado liberal, ante la ausencia de la acción y presencia gubernamental, fuera del imprescindible mantenimiento del orden público en sus dimensiones más políticas y militares[2].

Un Estado más reglamentista que centralista, pues la mencionada vocación centralizadora chocaba con su incapacidad financiera para trasladar el nuevo orden jurídico desde el papel de la *Gaceta* o del *Diario de Sesiones* de las Cortes a la realidad del ejercicio cotidiano del poder. Durante buena parte del siglo XIX quedaron amplias zonas del ejercicio del poder en manos de las corporaciones locales, por lo que gozaron de amplios márgenes de autonomía las redes locales y comarcales de poder y sociabilidad.

---

[1] Ángel Bahamonde y Jesús Martínez (coords.), *Historia de España. Siglo XIX,* Madrid, Cátedra, 1994; Ángel Bahamonde (coord.), *Historia de España. Siglo XX, 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000; Pere Anguera, Justo G. Beramendi y Carlos Forcadell, *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Centre de Lectura de Reus, 1994; Pere Anguera, *Els precedents del catalanisme: catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*, Barcelona, Empuries, 2000; José Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, Madrid, Taurus, 2003; Real Academia de la Historia, *España como nación*, Barcelona, Planeta, 2000; Juan Sisinio Pérez Garzón, *La gestión de la memoria*, Barcelona, Crítica, 2000; Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004; Borja de Riquer i Permanyer, «Nacionalismos y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), *La Historia Contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1996, págs. 73-93; Borja de Riquer i Permanyer, *Identitats contemporànies, Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 2000; Borja de Riquer i Permanyer, *Escolta Espanya: la cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2001; José Luis de la Granja, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 2002; Juan Pablo Fusi, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX,* Madrid, Taurus, 2003; M.ª Cruz Romeo e Ismael Saz Campos, «Construir Espanya al segle XIX», *Afers*, vol. XIX, núm. 48 (2004), págs. 261-382.; Antonio Morales Moya (ed.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

[2] Los ayuntamientos tenían durante el siglo XIX una amplísima gama de competencias políticas, administrativas, económicas y sociales. Desde el control y elaboración de la listas de contribuyentes y de los impuestos a la elaboración de los censos, el control de las quintas y de los procesos electorales, la enseñanza, la beneficencia y los abastecimientos, el control del pósito, la explotación de montes y bienes comunales, el control y adjudicación de las contratas de suministros, la aprobación de la inversiones en infraestructuras, el control de los guardias de consumos y de los impuestos de consumos, la delimitación de lindes y caminos públicos y privados, la contrata de trabajadores en obras públicas, la concesión de licencias y los aprovechamientos comunales, los ingresos en hospitales provinciales o municipales, la vigilancia de los mercados, cementerios, la confección de padrones de pobres y el reparto de trabajo en las coyunturas difíciles, el control de la justicia y la cárcel municipal y de los partidos judiciales… Concepción de Castro, *La revolución liberal y los municipios españoles: 1812-1868*, Madrid, Alianza, 1979; Pedro Carasa Soto (coord.), *Ayuntamiento, Estado y sociedad. Los poderes municipales en la España contemporánea*, Valladolid, Instituto de Historia «Simancas»/Ayuntamiento de Valladolid, 2000; Jesús Millán, «El trasfondo social de los poderes locales en el Estado centralista. Liberalismo y sociedad local en el país valenciano del siglo XIX», en P. Carasa Soto (coord.), *Ayuntamiento…*, ob. cit., págs. 199-218; Jesús Millán, «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, núm. 22 (Diciembre de 2000), págs. 97-110.

digitalia
www.digitalia.us

El proceso se vio facilitado por el ascenso económico y social de los principales representantes de los progresistas en los decenios centrales del siglo XIX, que se instalaron sólidamente entre los *notables*, su nuevo status social y su consolidada posición patrimonial en las ciudades les alejaban de las aventuras revolucionarias[3]. La edad y el patrimonio ayudaron a este acercamiento de los viejos adversarios, los intereses comunes de los *notables* y *acomodados* hicieron que, independientemente de la coloración política de los ayuntamientos, se impusiera la búsqueda de posibles espacios de entendimiento.

Los tradicionales enfrentamientos entre moderados y progresistas se atemperaron durante los años de gobierno de la Unión Liberal, en la que los dos bandos que durante medio siglo se habían enfrentado encontraron un *modus vivendi,* en el que se fusionaron los restos de los *viejos notables* de principios de siglo con los *acomodados* que habían visto prosperar su patrimonios al calor de las nuevas oportunidades ofrecidas por el nuevo régimen liberal, donde la desamortización y el protagonismo político adquirido como consecuencia del *aprendizaje de la política* desempeñaron un papel de primer orden, que permitió incorporar, en un contexto conflictivo, a nuevos sectores de los *pudientes* a la dirección y gestión de la vida municipal, reforzando aquellas oportunidades, al abrir las puertas para la realización de nuevos negocios. Dos factores que se complementaron y reforzaron mutuamente, ascenso económico y protagonismo político, en un matrimonio indisoluble, donde lo uno acompañó a lo otro[4].

Los *nuevos notables* terminaron por integrarse en esa *nueva elite local*, ocupando los espacios vacíos dejados por la *vieja elite local* de la sociedad del Antiguo Régimen, bien por su traslado a la capital en busca de nuevas oportunidades, bien por su agotamiento dada su incapacidad para adaptarse y prosperar en la nueva sociedad que estaba naciendo. Su ascenso económico y su protagonismo político se sellaron con su ascenso y reconocimiento social. El nuevo status alcanzado limó las asperezas entre unos y otros, los *intereses creados* redujeron las distancias que los habían separado. La nueva elite local encontró en los nuevos espacios de sociabilidad de la ciudad, como los casinos, un lugar de encuentro y convivencia, en el que los *distinguidos* podían alrededor de una taza de café o chocolate cerrar sus negocios, comentar los chismorreos que llegaban de la Corte o de la *buena sociedad* de las capitales de provincia, asombrarse por las novedades de la nueva era industrial, alimentar los dimes y diretes del transcurrir urbano, o alarmarse por los peligros de la degradación de las costumbres y el incremento de la peligrosidad social asociada a las *gentes del mal vivir* que poblaban las calles de unos núcleos urbanos en expansión.

La sosegada vida burguesa había terminado por encandilar a los *nuevos notables* de la ciudad. La consolidación del régimen liberal transformó la ardorosa defensa del *viejo orden* en la nostalgia por los *viejos tiempos perdidos,* alimentada por la memoria de los agravios y los rencores que de padres a hijos se transmitieron entre los miembros de las

---

[3] Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal, «La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882», en Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931*, Madrid, Alfoz/Comunidad Autónoma de Madrid/Universidad Complutense de Madrid, 1989, vol. I, págs. 523-594.

[4] Luis Enrique Otero Carvajal, Pablo Carmona Pascual y Gutmaro Gómez Bravo *La ciudad oculta: Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003.

digitalia
www.digitalia.us

principales familias que protagonizaron el largo enfrentamiento con el que se saldó el nacimiento de la nueva sociedad liberal. Pero ese rencor quedó reducido al espacio mucho menos belicoso de la *memoria*. Las diferentes percepciones sobre los acontecimientos pasados permanecieron vivas en el recuerdo de la ciudad, dando lugar en numerosas ocasiones a la construcción de distintas y conflictivas narrativas sobre el pasado, sobre las que se asentaron las distintas tradiciones políticas del liberalismo decimonónico.

La nueva ciudad burguesa se mecía en el lento transcurrir de la vida urbana, en la que las nuevas funciones de la ciudad, como centro político y económico, no inyectaron en muchas de ellas el suficiente dinamismo para cambiar el ritmo pausado del *mundo de los oficios* y del mundo agrario tradicional. Los nuevos empleados públicos que llegaron con la edificación del Estado liberal encontraron en ese calmado ambiente el ecosistema ideal para desarrollar sus carreras administrativas, más pendientes del escalafón que de la parada militar. Mientras, en aquellas otras ciudades donde el trepidante ritmo de la Modernidad, con las chimeneas y las sirenas de sus industrias marcando el ritmo de los nuevos tiempos, hacía estallar las viejas costuras de unos centros urbanos desbordados por el crecimiento de la multitud, sembrando de oportunidades, pero también de alarma, el confiado transcurrir de la vida urbana de los pudientes. Ese ritmo pausado no debe llevarnos a engaño, la sociedad urbana de mediados del siglo XIX se estaba transformando profundamente como consecuencia del establecimiento del régimen liberal, en sus dimensiones políticas, a través de la elección de representantes en los distintos niveles de la Administración y la consecuente apertura de nuevos cauces de participación política; sociales, con el crecimiento demográfico impulsado por los movimientos migratorios, y económicas, tanto por los cambios en la titularidad de la tierra, producto del proceso desamortizador, como por los mayores rendimientos agrícolas provocados por la optimización del potencial agrario de acuerdo con las características de los distintos ecosistemas agrarios del territorio peninsular, con unos suelos en muchas ocasiones de deficiente calidad[5]. Estos cambios sociales, económicos y políticos se produjeron en el conjunto de la trama urbana de la España decimonónica.

A mediados del siglo XIX comenzaba a emerger, todavía tímidamente, la voz de los *sin voz*, con la aparición de nuevas formaciones políticas de un mayor perfil popular, como los demócratas y los primeros círculos republicanos. La llegada de nuevas cohortes poblacionales, que desde mediados de siglo comenzaron a registrar los principales núcleos urbanos del país, fruto de los cambios asociados al desarrollo de la sociedad liberal alarmaron a los notables, al identificar a las nuevas masas urbanas con la peligrosidad social, dando lugar a una posición ambivalente cargada de ambigüedad entre el aprovechamiento de una mano de obra barata y el temor a su carácter conflictivo[6]. Indicios más que realidades consolidadas, pero que señalaban un tímido despertar de nuevas actitudes y comportamientos entre las hasta entonces sumisas clases bajas. Sim-

---

[5] Josep Pujol, Manuel González de Molina, Lourenzo Fernández Prieto y Ramón Garrabou, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2001; Pegerto Saavedra y Ramón Villares (eds.), *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, Crítica, 1991, 2 vols.; Ramón Garrabou (coord.), *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1992.

[6] Gutmaro Gómez Bravo, *Crimen y castigo. Cárceles, justicia y violencia en la España del siglo XIX*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2005; Gutmaro Gómez Bravo, *Los delitos y las penas. La ciudad judicial y penitenciaria. Alcalá de Henares 1800-1900*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2006.

digitalia
www.digitalia.us

ples indicios de que algo comenzaba a moverse y que introdujeron la inquietud entre los *pudientes* que empezaron a atisbar la presencia de un nuevo actor social. Las ciudades se estaban transformando al hilo del nuevo perfil que iban adquiriendo, conforme el Estado liberal iba avanzando en su definición y los cambios económicos y sociales se iban afianzando, contribuyendo a dinamizar, aunque fuera de una manera pausada, las economías urbanas y a remontar el estancamiento demográfico que muchas de ellas habían atravesado durante la primera mitad del siglo XIX[7].

La sociedad urbana en la España de la segunda mitad del siglo XIX

En 1868 estaba formada en buena medida, o en el peor de los casos en claras vías de formación, una sólida elite local que proyectó su influencia y su poder en el período inmediatamente posterior, durante la Restauración. Los *acomodados* convertidos, o en vías de conversión, en *notables* fueron los *poderosos* de la Restauración. Habían cambiado en buena medida los actores. También lo hicieron las circunstancias. En los lustros finales del siglo XIX una nueva realidad social empezó a emerger, los primeros atisbos de las organizaciones obreras empezaron a tomar cuerpo. Irrumpieron nuevos actores sociales. Nuevos temas empezaron a aparecer en la agenda de la sociedad urbana. La dinámica del conflicto y de la organización clasista comenzaba a emerger de forma soterrada, cuando no había hecho ya su irrupción en algunos de los núcleos urbanos más dinámicos, como Barcelona[8]. Sobre el lento transcurrir de los días y las noches de las ciudades de mediados de siglo apuntaban vientos de cambio. Pero no nos equivoquemos, la sociedad tradicional todavía tenía largo recorrido en buena parte de la geografía urbana peninsular.

Desde mediados del siglo XIX los profundos cambios que estaba experimentando la sociedad española, consecuencia del progresivo asentamiento de la sociedad y el Estado liberales, incrementaron la movilidad interior de la población hacia los núcleos urbanos. La intensificación de los procesos migratorios desde las zonas rurales hacia las ciudades desbordó la capacidad de absorción de los viejos cascos urbanos, dando lugar a la elaboración de ambiciosos planes de Ensanche, en paralelo a lo que estaba sucediendo en Europa. El plan Cerdá de 1857 para Barcelona y el plan Castro para Madrid en 1860 marcaron la senda por la que discurrieron las principales ciudades del país durante la segunda mitad del siglo XIX[9]. De la *ciudad soñada* por los urbanistas de aquella época a la *ciudad realizada* por las dinámicas urbanas, económicas, sociales y municipales puestas efectivamente en marcha medió un largo trecho, distancia marcada por los *intereses creados* de una *ocasión de oro* en la que realizar importantísimas

[7] Luis Enrique Otero Carvajal, «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», en VII Jornadas Investigación de Castilla-Mancha sobre Investigación en Archivos: *España entre Repúblicas*, *1868-1939*, Guadalajara, 15-18 noviembre, 2005 (en prensa).

[8] Genís Barnosell Jordà, *Orígens del sindicalisme català*, Vic, Eumo, 1999.

[9] Proyectos de Ensanche tuvieron, además de Barcelona y Madrid, San Sebastián, Pamplona y Valencia, Bilbao (1863), Vitoria (1865), Sabadell (1865), Gijón (1867), Alicante (1874), Alcoy (1874), Vilanova i la Geltrú (1876), Santander (1877), Málaga (1878), Vigo (1878), Tarrasa (1878), Mataró (1878), Zaragoza (1894), Avilés (1895), Cartagena (1895), Badalona (1895), León (1897), Tarragona (1899), Cádiz (1900), La Coruña (1910), Murcia (1920), Lérida (1921), Oviedo (1925), Sevilla (1930), Manresa (1933), Badajoz (1934) y Logroño (1935).

digitalia
www.digitalia.us

plusvalías, que contribuyeron decisivamente a consolidar los patrimonios y gestar las fortunas de unas burguesías de los negocios que se elevaron a la cúspide de la elite social, económica y política de la España de la Restauración, como han estudiado Ángel Bahamonde y Rafael Mas para Madrid[10], Isabel Tatjer para Barcelona, Luis Castells para San Sebastián[11], Javier Ugarte para Pamplona[12], Juan Luis Corbín y Francisco Taberner para Valencia[13].

En ese nuevo espacio urbano coincidieron sin solución de continuidad pervivencia y cambio, tradición y modernidad, en un juego complejo de interacciones en el que los distintos planos de la realidad social convivieron en una permanente relación en la que conflictividad y compromiso generaron un particular *modus vivendi* que fue más allá de la mera oposición dicotómica entre quietud y cambio, en una amalgama en la que comportamientos y prácticas difusas combinaron, en configuraciones específicas, elementos de dos universos aparentemente contradictorios, trabados por la promiscuidad de las relaciones sociales, articuladas sobre complejas redes de parentesco, familiaridad, amistad, negocios, disputas e intereses.

La familia desempeñó un papel de primer orden en las redes de solidaridad de los núcleos urbanos de la España de la segunda mitad del siglo XIX, tanto de los núcleos familiares ya instalados como en los recién llegados, fruto de los intensos procesos migratorios del campo a la ciudad. Las estructuras familiares y las redes de parentesco desempeñaron un papel de primer orden en el tejido de una tupida red de contactos y de protección para garantizar el status o el ascenso social: tíos que acogían a sobrinos, hijos que recogían a padres en la vejez y viudedad, hermanos que alojaban a hermanos más pequeños para introducirlos en la vida urbana y profesional… Otro tanto sucedía con las redes de parentesco y paisanaje en el proceso de la emigración del campo a la ciudad o de la pequeña localidad a la capital —del Estado o provincial—. El ya instalado en la ciudad, fuese hombre o mujer, servía de puente para sus parientes o paisanos a la hora de introducirlos en la desconocida vida urbana y en su complejo mundo laboral[14].

---

[10] Rafael Mas Hernández, *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1982; Rubén Pallol Trigueros, «Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 26 (2004), págs. 77-98; Fernando Vicente Albarrán, «El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1868-1880). El distrito de Arganzuela», Comunicación presentada a VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos: *España entre Repúblicas, 1868-1939*, 2005 (en prensa); Borja Carballo Barral, «El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1868-1880). El distrito de Salamanca», ibíd.

[11] Luis Castells, «La Bella Easo: 1864-1936», en Miguel Artola, *Historia de Donostia, San Sebastián*, San Sebastián, Nerea, 2000, págs. 283-386.

[12] Javier Ugarte Tellería, «Pamplona, toda ella un castillo, y más que una ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941», en Ángel García-Sanz Marcotegui (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004, páginas 165-260.

[13] Juan Luis Corbín Ferrer, *El Ensanche de la ciudad de Valencia de 1884*, Valencia, Colegio Oficial de Arquitectos Comunidad Valenciana, 1984; Juan Luis Corbín Ferrer, *El Ensanche noble de Valencia. Entre Colón y Gran Vía Marqués del Turia*, Valencia, Federico Doménech, 1996; Francisco Taberner, *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Valencia, Intitució Alfons el Magnànim, 1987.

[14] David S. Reher, *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza, 1996; Manuel González Portilla y Karmele Zárraga (eds.), *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades moder-*

digitalia
www.digitalia.us

En los núcleos urbanos la preponderancia de los dos modelos de familia —nuclear y extensa— que David Reher estableció para la Península debe ser matizada para la España urbana según las dimensiones de los núcleos urbanos y el grado de interacción que mantenían con sus hinterlands rurales más o menos próximos. Los cambios en el sistema de herencia en los núcleos urbanos, con la desaparición o progresiva pérdida de importancia de la propiedad agraria a favor de la creciente monetarización y de los bienes muebles, conforme aumentaba el carácter urbano de sus economías, favoreció en las ciudades de la zona septentrional el avance de la familia nuclear frente a la familia extensa y compleja preponderante en las zonas y núcleos rurales. Sin embargo, en las grandes ciudades, como en el caso de Madrid[15], la presencia de modelos de familias complejas, extensas y pseudoextensas se incrementó como consecuencia de la importancia de las redes de parentesco y paisanaje en los procesos migratorios a la hora de insertarse en la sociedad urbana, tanto para los de *arriba* como para los de *abajo*. La *solidaridad familiar* fue un colchón imprescindible para hacer frente a los avatares de la vida urbana, así como la figura del realquilado para los sectores más desfavorecidos. Altos precios de los alquileres y elevadas tasas de hacinamiento en los barrios y viviendas más populares fueron los dos términos de la ecuación sobre la que se fundamentó el crecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XIX.

Los ritmos temporales fueron diversos y acordes con las dimensiones y características espaciales en las que esta *gran transformación* tuvo lugar. Fue en los núcleos urbanos donde se tejieron las redes de solidaridad e interés que articularon los distintos espacios sociales, económicos, políticos y culturales de la España de la Restauración, como ha señalado acertadamente Pedro Carasa para Castilla León[16]. Las diferentes configuraciones económicas de la geografía peninsular, unidas a la manifiesta debilidad del Estado durante el siglo XIX, hicieron de los espacios locales y de sus entramados relacionales, en sus dimensiones comarcales, administrativas —partidos judiciales

---

nas, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996; Manuel González Portilla, Josetxo Urrutikoetxea Lizárraga y Karmele Zárraga (eds.), *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2003; Francisco Chacón Jiménez, *Historia social de la familia en España*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, 1990; Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (eds.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Antrophos, 1992; Rocío García Abad, *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005; Pilar Muñoz López, *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001; Fernando Mendiola Gonzalo, *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002; Nuria Benach, Mary Nash y Rosa Tello Robira (eds.), *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Barcelona, Bellaterra, 2005.

[15] Rubén Pallol Trigueros, *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una nueva ciudad*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2004. Fernando Vicente Albarrán, *Los albores de un nuevo Madrid: El distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2006. Borja Carballo Barral, *La zona Este del Ensanche —Salamanca y Retiro—, 1860-1878*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2007.

[16] Pedro Carasa Soto, «Castilla y León», en José Varela Ortega (dir.), *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, págs. 175-235; Pedro Carasa Soto (dir.), *Elites castellanas de la Restauración*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004, 2 vols.; Pedro Carasa Soto (dir.), *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.

digitalia
www.digitalia.us

y distritos electorales—, provinciales y regionales —aunque no necesariamente coincidentes con el actual mapa autonómico— el lugar por excelencia en el que se desarrolló el proceso histórico de formación de la sociedad y el Estado liberales a lo largo y ancho del siglo XIX, y en el que tuvieron lugar las transformaciones asociadas al nacimiento de la sociedad de masas durante el primer tercio del siglo XX, período en el que se registró una aceleración del tiempo histórico, articulando de una manera más eficaz las distintas realidades históricas de la geografía peninsular en el contexto regional y nacional, en sus dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales.

La Restauración fue la época que sirvió de gozne entre ambos procesos, coexistiendo en el espacio y el tiempo realidades de muy distinta naturaleza que en su cotidiana convivencia ejercieron y sufrieron múltiples interacciones, que explican simultáneamente la tendencia hacia la uniformización y reproducción de procesos similares en los ámbitos regional, nacional y europeo con la persistencia de dinámicas particulares a escala local y provincial. Quedaron así engarzadas en una específica realidad histórica las dimensiones europea, estatal, regional, comarcal y local en un complejo haz de relaciones, de múltiples direcciones —verticales, horizontales, transversales, generales y particulares— que definieron la España de la Restauración.

Durante el último tercio del siglo XIX las áreas bajo la influencia de Barcelona y Bilbao se convirtieron en los espacios por excelencia del desarrollo de la sociedad industrial, tanto en sus dimensiones económicas como sociales, políticas y culturales[17]; mientras Madrid se consolidaba como centro de servicios políticos, económicos y culturales, una ciudad más industriosa que industrial, en la que dominaba el mundo de los oficios y los empleados, dado su inexistente tejido industrial[18]. San Sebastián optó por especializarse como centro vacacional y de ocio en un momento en el que la moda de los baños comenzaba a extenderse entre las clases pudientes europeas, actuando de polo de atracción sobre la *buena sociedad* española[19]. En otras áreas del territorio peninsular los nuevos perfiles fueron dibujándose en función de la tradición histórica de la que procedían, de las nuevas realidades emergentes y de las nuevas oportunidades que surgieron como consecuencia de los cambios asociados al nacimiento y desarrollo de la sociedad liberal, en la que desempeñó un papel destacado el nuevo mapa de las comunicaciones

---

[17] Manuel Montero, *La California del hierro: las minas y la modernización económica y social de Vizcaya,* Bilbao, Beta III Milenio, 1995; José María Garmendia, Manuel González Portilla y Manuel Montero, *Ferrocarriles y desarrollo: red y mercados en el País Vasco (1856-1914)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996; Antonio Escudero, *Minería e industrialización de Vizcaya*, Barcelona, Crítica, 1998; Gabriele Ranzato, *La aventura de una ciudad industrial. Sabadell entre el antiguo régimen y la modernidad*, Barcelona, Península, 1987; AAVV, *Industria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994; Albert García Balañà, «La Fabricació de la fàbrica: treball i política a la Catalunya cotonera (1784-1884)», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, núm. 14 (2003), págs. 189-200; Albert García Balañà, *La fabricació de la fàbrica*, Barcelona, Publicacions Abadía Montserrat, 2004.

[18] Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz/Comunidad de Madrid, 1989, 2 vols.; Ángel Bahamonde Magro y Luis Enrique Otero Carvajal, «Madrid de territorio fronterizo a región metropolitana», en Juan Pablo Fusi (dir.), *España. Autonomías*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, págs. 519-615; Antonio Fernández García (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993; Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura, *Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Alianza, 1995; Virgilio Pinto Crespo (coord.), *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Madrid, Fundación Caja de Madrid/Lunwerg Editores, 2001.

[19] Luis Castells, «La Bella Easo…», ob. cit.

digitalia
www.digitalia.us

trazado con la construcción de las redes ferroviaria y telegráfica. Asturias con la expansión de la industria minera vio transformados su paisaje y paisanaje, donde convivieron la tradicional sociedad rural y la vetusta Oviedo, con las dinámicas cuencas mineras y su influjo en sus núcleos urbanos, en la propia Oviedo, pero también en Gijón, Mieres y Avilés[20]. En el litoral levantino a la agricultura de regadío se le unió una pujante burguesía mercantil, que encontró en los principales núcleos urbanos del país valenciano su hábitat natural para prosperar en los negocios, consolidar sus fortunas y ascender en la escala social y política, consolidando sus posiciones durante la Restauración[21]. En Castilla el carácter agrario de la región y los intereses harineros de los grandes propietarios, concentrados en torno al eje Valladolid-Palencia-Santander, compartió protagonismo con el mundo de los negocios, las finanzas y la industria durante la segunda mitad del siglo XIX, alrededor de las capitales de provincia que, al calor de las nuevas competencias y realidades económicas, sociales y políticas surgidas con la consolidación del Estado liberal, mostraron un destacado protagonismo regional durante la Restauración[22]. En Andalucía sucedió algo similar, su carácter marcadamente agrario no fue obstáculo para el creciente dinamismo e influencia de los principales núcleos urbanos, donde el comercio, las finanzas y la industria encontraron un espacio propicio para su desarrollo[23].

Las ciudades pequeñas eran las dominantes en la trama urbana de la España del último tercio del siglo XIX, con unos volúmenes de población situados entre los 5.000 y 15.000 habitantes, fuertemente vinculadas al marco agrario de su entorno inmediato, en el que desempeñaban importantes funciones políticas y administrativas, como cabeceras de amplios partidos judiciales y administrativos. Sobre ellas descansaba una economía urbana de marcado carácter terciario, como centro comercial y de servicios de su amplio hinterland rural, en la que se apoyaban los notables y una clase media compuesta por comerciantes, profesionales, religiosos, militares y empleados, con unos trabajadores vinculados a la economía agraria, al mundo de los oficios, del pequeño comercio y al servicio doméstico. El *peso de la tradición* y el lento transcurrir de la vida urbana todavía marcaban el ritmo diario de sus habitantes, aunque el crecimiento demográfico y las consecuentes alteraciones en su estructura social, el ferrocarril y el telégrafo ya señalaban con claridad los síntomas de la aceleración del tiempo y la ampliación de los espacios asociados con la irrupción de la Modernidad, que con la lle-

---

[20] Francisco Erice, *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1835-1885)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1995, 2 vols.

[21] Jesús Millán García-Varela, «Burgesia i canvi social a l'Espanya del segle XIX, 1843-1875», *Recerques: història, economia, cultura*, núm. 28 (1994), págs. 73-80; Jesús Millán García-Varela, «Poderes locales, conflictividad y cambio social en la España agraria: Del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa», *Noticiario de historia agraria: Boletín informativo del seminario de historia agraria*, año 3, núm. 6 (1993), páginas 25-36; Jesús Millán García-Varela, *El poder de la tierra: la sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo, 1830-1890*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1999; Manuel Martí, *Cossieros i anticossieros. Burguesia i poder local: Castelló de la Plana, 1875-1891*, Castellón de la Plana, Diputació de Castelló, 1985.

[22] Pedro Carasa Soto, «Castilla y León», ob. cit.

[23] Salvador Cruz Artacho, *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad social en Granada, 1890-1923*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1994; José Marchena Domínguez, *Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración (1876-1909). Economía, vida política y pensamiento de una ciudad en crisis*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

gada del nuevo siglo terminaría por alterar las coordenadas sociales, políticas y culturales del vetusto orden social tradicional, con la irrupción de nuevos actores sociales y políticos, de nuevos usos y costumbres, más deudores de la nueva sociedad de masas en gestación que de la vieja sociedad tradicional en retroceso[24].

Una realidad plural, articulada en espacios regionales en los que los principales núcleos urbanos —capitales de provincia, cabeceras de amplios partidos judiciales o nudos comunicacionales— fueron los principales protagonistas y difusores de los cambios económicos, sociales, políticos y culturales que recorrieron la geografía peninsular entre el Sexenio Democrático y la II República. Los perfiles de esta transformación presentan rasgos comunes y particulares, en función de las propias características de los distintos ecosistemas sociales en los que tuvieron lugar, ofreciendo dinámicas espacio-temporales específicas, en las que la conjugación del *peso de la tradición* y la irrupción de la Modernidad adquirió caracteres particulares que no pueden ser obviados. Dicho proceso no puede ser resuelto bajo el trazado grueso de una Cataluña y un País Vasco industriales y dinámicos, vanguardia de la irrupción de la Modernidad en España, y un centro y sur peninsulares atrasados y retardatarios, con una capital parasitaria y obsesionada por los sueños centralizadores de su elite política. La realidad fue más compleja y contradictoria, tanto en unas zonas como en otras, marcadas simultáneamente por el peso de la tradición y el impulso de una Modernidad que se abría camino de la mano de la revolución de las comunicaciones puesta en marcha con la construcción de las redes ferroviaria y telegráfica, que aceleraron el tiempo y redujeron las distancias espaciales, favoreciendo la articulación territorial de la Península a ritmos desiguales, dando lugar a una nueva jerarquización y reorganización de los espacios económicos, sociales y políticos alrededor de las estaciones ferroviarias y las estaciones telegráficas.

La revolución de las comunicaciones en la España de la Restauración

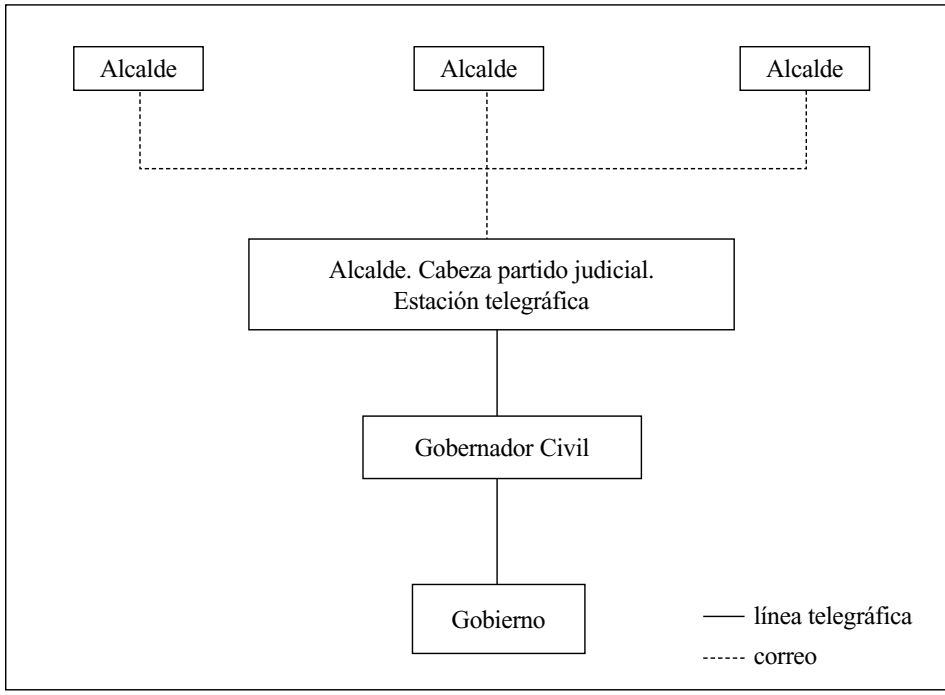
A la altura de 1863 la red telegráfica radial básica estaba en sus líneas esenciales realizada, las principales capitales y ciudades del país habían quedado enlazadas telegráficamente, con un centro nodal de comunicaciones situado en Madrid, capital del Estado; razones presupuestarias y de orden político explican su carácter radial. No es exagerado afirmar que la red telegráfica, junto con la red postal, fue uno de los principales instrumentos de afirmación del Estado liberal en España. Un sistema eficaz de comunicaciones, capaz de transmitir y recibir la información en cuestión de minutos, resultó imprescindible para hacer efectiva la *potestas* del Estado.

La comunicación del Gobierno con los Gobernadores Civiles, verdadera columna vertebral del poder político en la España del siglo XIX, y de éstos con los alcaldes, expresión más acabada de la presencia del Estado sobre el territorio, no hubiera resultado suficientemente eficiente sin la red telegráfica. En la etapa final del reinado de Isabel II y durante el Sexenio Democrático la utilización de las comunicaciones tele-

[24] L. E. Otero Carvajal, P. Carmona Pascual y G. Gómez Bravo, *La ciudad oculta…*, ob. cit.; Antonio Rivera Blanco, *La ciudad levítica, continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992; Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

digitalia
www.digitalia.us

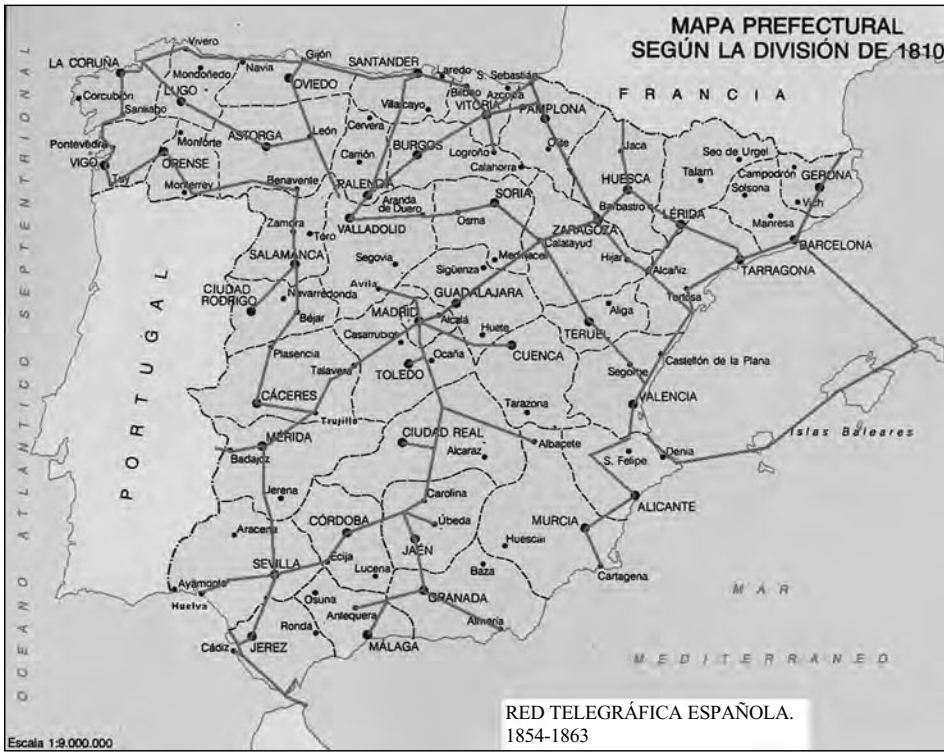
gráficas entre Gobierno-Gobernadores Civiles-Alcaldes fue intensificándose progresivamente. Se estableció una red comunicacional en la que se integró el telégrafo con el Correo, en la que desempeñaron un papel de primer orden los alcaldes de las poblaciones cabeza de partido judicial o de los principales núcleos donde existía una estación telegráfica; desde éstos últimos, mediante el Correo, se enlazaba con los alcaldes de las poblaciones de menor rango en un reducido lapso de tiempo. Se constituyó así una *red arborescente* en la que el Correo y el telégrafo formaron un binomio indisociable.



De esta forma fue anunciado el fin de la guerra carlista en 1876: «El Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia ha remitido el siguiente telegrama: Estella se ha rendido, en este último baluarte inexpugnable hasta el día donde el carlismo tenía concentrada toda su vida, sus fuerzas y sus esperanzas abatido ya ante las armas victoriosas de Alfonso doce ondea el lábaro Santo de la libertad y de la civilización. ¡Viva el Rey! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Nación pacificada y libre![25]».

[25] Archivo Municipal de Alcalá de Henares (AMAH), leg. 377/3.

digitalia
www.digitalia.us



Fuente: Elaboración propia.

Fue durante la Restauración cuando el telégrafo, unido al Correo, alcanzó una utilización más intensiva y generalizada por el Gobierno para mantener una fluida comunicación con las autoridades locales a través del papel capital desempeñado por los Gobernadores Civiles. De hecho el Estado de la Restauración sería difícilmente comprensible sin la red de telegrafía eléctrica. El funcionamiento del sistema electoral de la Restauración hubiera resultado inviable sin el telégrafo. Otro tanto sucedió a la hora de controlar el orden público, tanto en su vertiente preventiva como represiva. A lo largo de un mismo día las comunicaciones telegráficas entre Gobiernos Civiles y Alcaldes, en un contexto de crisis, podía llegar a ser bastante intensa, cruzándose en pocas horas numerosos telegramas para conocer en *tiempo real* la evolución de los acontecimientos. El 9 de agosto de 1893 el Gobernador Civil de la provincia de Zaragoza notificaba la sublevación del regimiento Numancia a todas las estaciones telegráficas de la línea férrea Madrid-Zaragoza-Alicante[26], el mismo día un nuevo telegrama informaba del

[26] «Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante. Despacho Telegráfico. Día 9 de agosto de 1893. Estación de entrada Zaragoza hora de salida 9,14 de la mañana. Estación de llegada Alcalá, hora de llegada del despacho 5,20 de la tarde. El Gobernador Civil de Zaragoza a los Alcaldes de las estaciones de ferrocarril. La sublevación del regimiento Numancia acantonados en Santo Domingo de la Calzada terminada para estas horas los jefes y oficiales del mismo regimiento que fue sacado por un teniente que se presentó con pretexto de un paseo militar salieron enseguida en su persecución recabando 80 caballos han salido otras fuerzas en su persecución. Los sublevados han llegado a Torrecilla de Cameros se encontraron que no podían

digitalia
www.digitalia.us

fracaso definitivo de la sublevación[27]. Ante la amenaza de escasez de pan en la capital por el estallido de una huelga de panaderos en 1895, con el consecuente riesgo de un *motín del pan*, el telégrafo demostró su importancia. El Gobernador Civil de Madrid se dirigió telegráficamente a todos los alcaldes de la provincia y al Gobernador Civil de Toledo[28] en solicitud de colaboración y anunciando la entrada libre del pan en cuanto el Alcalde de la capital lo aprobara. Horas después llegaba dicha confirmación[29]. En la tarde del mismo día un nuevo telegrama partía del Gobierno Civil a los alcaldes de la provincia anunciando que el pan podía entrar libre de impuestos[30]. La comunicación era bidireccional. En otras ocasiones eran los alcaldes los que se dirigían al Gobierno Civil, como en el caso del desbordamiento del río Henares en enero de 1897[31]. Los ejemplos podrían sucederse interminablemente; basten éstos para hacernos una cabal idea de la importancia del telégrafo para el efectivo funcionamiento del Estado de la Restauración.

La aparición del telégrafo eléctrico resultó igualmente esencial para el desarrollo del mundo periodístico de la segunda mitad del siglo XIX. Gracias al telégrafo surgieron las primeras grandes agencias de noticias, nacionales e internacionales. Tras unos primeros intentos fallidos, en España la primera agencia de noticias fue fundada por Nilo Fabra en 1865. El rápido incremento del volumen de noticias y la creciente demanda de un incipiente mercado periodístico le llevó a asociarse con las tres grandes agencias

---

seguir los caballos por su cansancio teniendo que sacrificar algunos en su vertiginosa tarea y han dejado más de la mitad de la fuerza que se quedaron siendo en estado físico y moral en completa dispersión. No hay más novedad. El telegrafista». AMAH, leg. 73/37.

[27] «Telegrama recibido. Expedido en Gobierno Civil. Fecha 9 de agosto de 1893. Gobernador a los Alcaldes de la provincia donde haya estación telegráfica. El teniente Cebrián Jefe de los rebeldes del regimiento de Numancia sublevados en Santo Domingo de la Calzada ha muerto a manos de aquéllos en el pueblo de Villanueva de Cameros quedando los sublevados en poder de su legítimo Coronel de caballería Sr. Rubalcaba pudiendo darse por terminada la sublevación». AMAH, leg. 73/37.

[28] «Telegrama. Para Alcalá de Henares de Madrid depositado el 10 del 7 a las 11 horas [1895]. A todos los pueblos de la provincia y Toledo. Gobernador a Gobernador y Alcaldes. Necesitándose que los pueblos suministren pan a esta Capital por haberse iniciado huelga de panaderos convendría que lo indicaran a los industriales de esa localidad a fin de que estén preparados para traerlo una vez que esta Alcaldía se otorgará su conducción libre de derechos y quizás la adquisición de todo lo que traigan cuyo acuerdo se lo comunicaré oportunamente». AMAH, leg. 95/2.

[29] «Telegrama. Para Alcalá de Henares de Madrid depositado el 10 [del 7 de 1895] a las 1,45 horas. El Gobernador a todos los Alcaldes de la Provincia (Alcalá). El Alcalde de Madrid ha declarado libre de derechos el pan que se introduzca por los fielatos debiendo comprobarse en ellos su procedencia por los sellos de fabricación». AMAH, leg. 95/2.

[30] «Telegrama. Para Alcalá de Henares de Madrid depositado el 10 del 7 [de 1895] a las 7. Gobernador a los Alcaldes de los pueblos de la Provincia. Pueden Vds. mandar el pan de que dispongan previniéndoles están libres de derechos y tendrán locales gratis para expenderlo». AMAH, leg. 95/2.

[31] «Telegrama. Alcalde de Alcalá a Gobernador Civil de Madrid. Iniciado descenso de aguas en el río Henares y continúa desde las cuatro y media. Muchas tierras de labor inundadas y algunas calles sin desgracias personales hasta la presente. Alcalá de Henares 8 de enero de 1897». AMAH, leg. 92/3. «Telegrama. Para Alcalá de Henares de Madrid depositado el 8 de enero de 1897. Gobernador a Alcalde. En vista del último telegrama de V. S. se suspende el envío de los auxilios que se habían preparado avise cualquier novedad. Respuesta: continúa el descenso aguas río Henares en este momento diez noche sin novedad», AMAH, leg. 92/3. «Telegrama. 9 de enero de 1897. Alcalde a Gobernador de Madrid. Río Henares decreció hasta llegar a su caja. Ha vuelto a crecer y sigue creciendo si bien no en proporciones alarmantes, pudo pasarse molino Colegio donde no ocurrió desgracia alguna», AMAH, leg. 92/3. «Telegrama. Alcalde de Alcalá a Gobernador. Río Henares volvió a su caja sin novedad. Alcalá de Henares 10 de enero de 1897». AMAH, leg. 92/3.

digitalia
www.digitalia.us

europeas *Havas, Reuter y Wolf*, a su vez asociadas con la norteamericana *Associated Press*. En 1870 la agencia de Nilo Fabra pasó a ser una filial de la *Havas*[32].

Sin el telégrafo eléctrico el nacimiento y consolidación del periodismo de información hubiera sido imposible. El nuevo sistema de comunicación, una vez tendidas las grandes redes nacionales y establecidas las correspondientes interconexiones entre ellas, a la vez que el tendido de los cables submarinos enlazaba telegráficamente los cinco continentes, amplió las posibilidades y los horizontes del periodismo de la época. La telegrafía eléctrica sentó las bases tecnológicas para el paso de la prensa de opinión a la prensa de noticias. Con el telégrafo eléctrico surgieron nuevos periódicos, cuyas páginas se llenaron de noticias procedentes de todo el mundo, servidas en cuestión de horas por las grandes agencias de noticias, con ello se ensancharon los horizontes del público lector, que podía tener conocimiento de lo acontecido a miles de kilómetros el día anterior; fue una auténtica revolución que cambió la percepción del tiempo y del espacio. Las distancias, al menos informativamente hablando, se redujeron a su mínima expresión, y los lectores de periódicos consumieron con avidez las noticias que les llegaban de lejanos y exóticos lugares, pudiendo seguir los avatares de los grandes aventureros, y alimentando la imaginación de la naciente opinión pública, algo que no pasó desapercibido a los Gobiernos de las potencias europeas, que vieron en ello un instrumento de primer orden para legitimar y ganar apoyo social para la aventura imperial en la que estaban embarcados. En España uno de los grandes periódicos de la época, *La Correspondencia de España*, no puede ser entendido sin la existencia del telégrafo eléctrico, como años más tarde sucedió con *El Imparcial*. Fue en esta segunda mitad del siglo XIX cuando nacieron los periódicos de información gestionados con criterios empresariales, donde información y opinión formaron un binomio indisociable para el nacimiento y consolidación de las grandes empresas periodísticas de finales del siglo XIX[33].

Otro tanto puede decirse del mundo de los negocios. Sin el telégrafo eléctrico el mundo de la Bolsa no hubiera conocido el espectacular desarrollo de la segunda mitad del siglo XIX. Con el tendido de los cables submarinos las principales plazas bursátiles del capitalismo del XIX —Londres, París, Nueva York y Berlín— quedaron enlazadas, haciendo posible la movilización de los enormes capitales puestos en juego por la industrialización y la expansión colonial. De hecho, fue la interconexión telegráfica de los distintos continentes uno de los factores determinantes de la era del imperialismo tal como tuvo lugar durante el último tercio del siglo XIX; la *economía-mundo* fue una realidad con la constitución de la red mundial de telegrafía eléctrica, al permitir una comunicación rápida y efectiva de los principales centros financieros y de las grandes empresas con los rincones más apartados del planeta en lapsos de tiempo impensables hasta entonces.

---

[32] Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las comunicaciones en la construcción del Estado…*, ob. cit.; Ángel Bahamonde Magro, Gaspar Martínez Lorente y Luis Enrique Otero Carvajal, *Las telecomunicaciones en España. Del telégrafo óptico a la sociedad de la información*, Salamanca, Ministerio de Ciencia y Tecnología/Secretaría de Estado de Telecomunicaciones y para la Sociedad de la Información, 2002.

[33] M.ª Dolores Sáiz y M.ª Cruz Seoane, *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza, 1996, 3 vols.; Juan Carlos Sánchez Illán, *Prensa y política en la España de la Restauración: Rafael Gasset y El Imparcial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

digitalia
www.digitalia.us

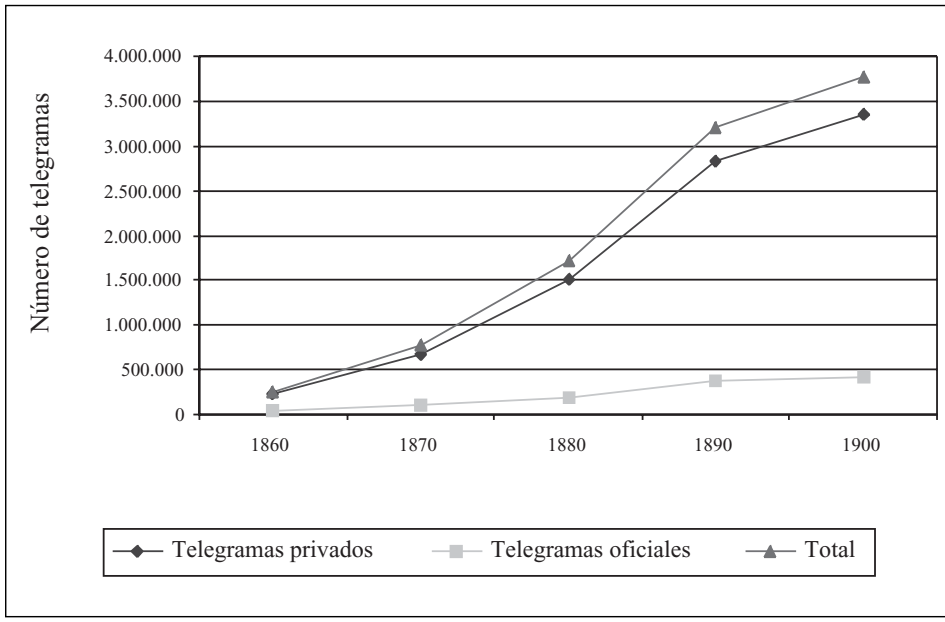
Entre 1860 y 1890 el proceso de socialización del telégrafo alcanzó en España su punto de inflexión. Sectores cada vez más amplios de la sociedad española accedieron al nuevo sistema de comunicaciones, merced al abaratamiento sostenido de las tarifas telegráficas. El Gobierno, el mundo de las finanzas y de los negocios, y la prensa fueron los sectores que protagonizaron la creciente utilización del telégrafo, para progresivamente ir expandiéndose a sectores más amplios de la sociedad, tal como revela el incremento del tráfico telegráfico.

CUADRO 1.—*Tráfico telegráfico, 1860-1900*

Año	1860	1870	1880	1890	1900
Interior					
Telegramas privados	227.421	667.057	1.517.901	2.829.246	3.356.019
Telegramas oficiales	32.488	108.805	196.111	373.659	423.370
Total	259.909	775.862	1.714.012	3.202.905	3.779.389
Internacional	1860	1870	1880	1890	1900
Telegramas expedidos	23.749	77.013	215.945	456.354	502.192
Telegramas recibidos	15.789	83.967	192.972	597.044	561.201
Telegramas en tránsito	7.908	53.626	79.500	97.618	114.250
Total	47.446	214.606	488.417	1.151.016	1.177.643

Fuente: Statistiques des communications télégraphiques de L'Union Télégraphique International, 1855-1936. Elaboración propia.

Tráfico telegráfico interior. España, 1860-1900



digitalia
www.digitalia.us

Entre 1860 y 1890 el tráfico telegráfico interior registró un incremento del 1.232 por ciento, al pasar de los 259.909 telegramas de 1860 a los 3.202.905 de 1890. El tráfico privado fue el que conoció un mayor crecimiento absoluto, al pasar de los 227.421 telegramas de 1860 a los 2.829.246 de 1890. Al finalizar el siglo, el telégrafo se había convertido en un instrumento imprescindible para el funcionamiento de la sociedad española, coincidiendo con la culminación de la construcción de la red radial de la telegrafía eléctrica.

La red de telegrafía eléctrica se había construido, conforme al proyecto de 1855, en forma de estrella con centro en Madrid. Esta estructura, que en principio parecía válida por cuanto respondía al espíritu centralizador de la sociedad liberal del siglo XIX y optimizaba las inversiones necesarias, en una situación de crónica escasez presupuestaria, se convirtió al iniciarse el siglo XX en un obstáculo para el desarrollo del sistema comunicacional si no era acompañada de otras redes poligonales o en forma de malla. La ausencia de redes periféricas imposibilitaba que ciudades cercanas tuvieran comunicación directa entre sí, obligando a la canalización del tráfico telegráfico a través del nudo central de la red situado en Madrid. El incremento del tráfico telegráfico a lo largo del último tercio del siglo XIX generaba cuellos de botella, que amenazaban con el estrangulamiento de la red telegráfica. El incremento de las comunicaciones telegráficas era en el primer tercio del siglo XX una realidad imparable. Garantizar la satisfacción de una demanda creciente y cada vez más compleja, con la aparición de nuevos servicios telegráficos, como el giro telegráfico, resultaba un requisito imprescindible para el desarrollo económico del país, a la vez que la sociedad encontraba en el telégrafo un instrumento con el que satisfacer antiguas y nuevas necesidades, provocadas por el incremento de la movilidad social y geográfica derivada del crecimiento económico y de los mayores niveles de complejidad de la naciente sociedad de masas del siglo XX.

Entre 1900 y 1936 se realizó un importante esfuerzo inversor que hizo posible que la red telegráfica radial del siglo XIX fuese ampliando su estructura para transformarse en una red de malla, que enlazó entre sí importantes ciudades de la periferia como Barcelona, Valencia, Sevilla y La Coruña sin necesidad de pasar por Madrid. Se daba así solución a los problemas de estrangulamiento que amenazaban con colapsar la red telegráfica española, fruto del incremento del tráfico telegráfico. Los datos son reveladores al respecto: de los 29.030 kilómetros que tenía la red telegráfica española en 1900 se pasó a los 53.381 kilómetros de 1935 (un crecimiento del 83,88 por ciento); un incremento de magnitudes similares se produjo en cuanto al número de oficinas telegráficas, que pasaron de las 1.491 de 1900 a las 2.680 de 1935 (un crecimiento del 94,63%)[34].

---

[34] Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las comunicaciones en la construcción del Estado…*, ob. cit.; Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *El Palacio de Comunicaciones. Un siglo de historia de Correos y Telégrafos,* Barcelona, Lunwerg/E.P.E. Correos y Telégrafos, 2000; Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las telecomunicaciones en España…*, ob. cit.

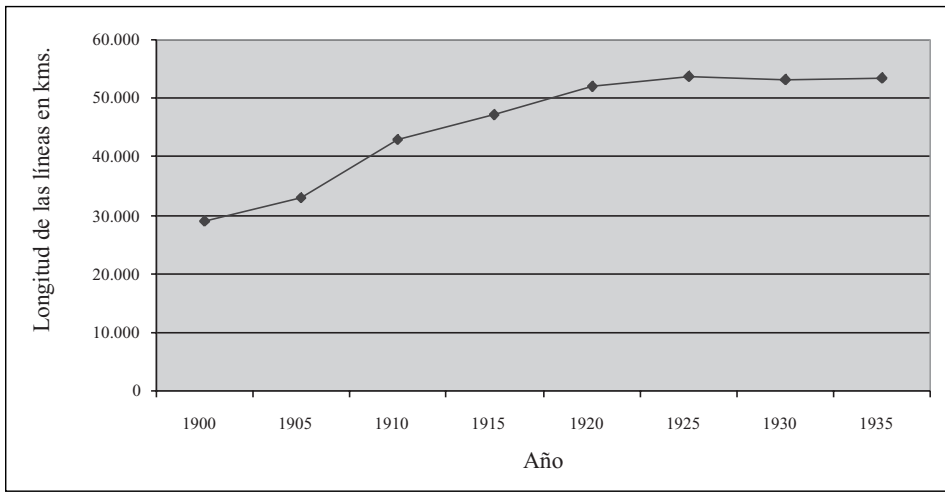
digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 2.—*Evolución de la red telegráfica española, 1900-1935*

Año	Longitud de las líneas en kms.	Número de oficinas
1900	29.030	1.491
1905	33.077	1.664
1910	42.934	1.902
1915	47.131	2.290
1920	51.934	2.808
1925	53.714	2.904
1930	53.135	2.902
1935	53.381	2.680

Fuente: Statistiques Télégraphiques Internationales de la Union Télégraphique International, 1900-1936. También Estadística Telegráfica, Dirección General de Correos y Telégrafos, 1900-1936. Elaboración propia.

Evolución de la red telegráfica española, 1900-1935



Igualmente, resulta significativo del desarrollo de la red telegráfica española la consideración del incremento en la capacidad de gestión del tráfico telegráfico a raíz del crecimiento de los kilómetros de cable tendido (por una misma línea podían discurrir varios cables telegráficos, con lo que la capacidad de gestión del volumen telegráfico aumentaba proporcionalmente al número de cables que recorrían una misma línea). En 1900, para los 29.030 kilómetros de líneas había tendidos 72.114 kilómetros de cables (también conocidos como kilómetros conductores), mientras que en 1935 a los 53.381 kilómetros de líneas le correspondían 147.787 kilómetros de cables conductores (un incremento del 104,94%).

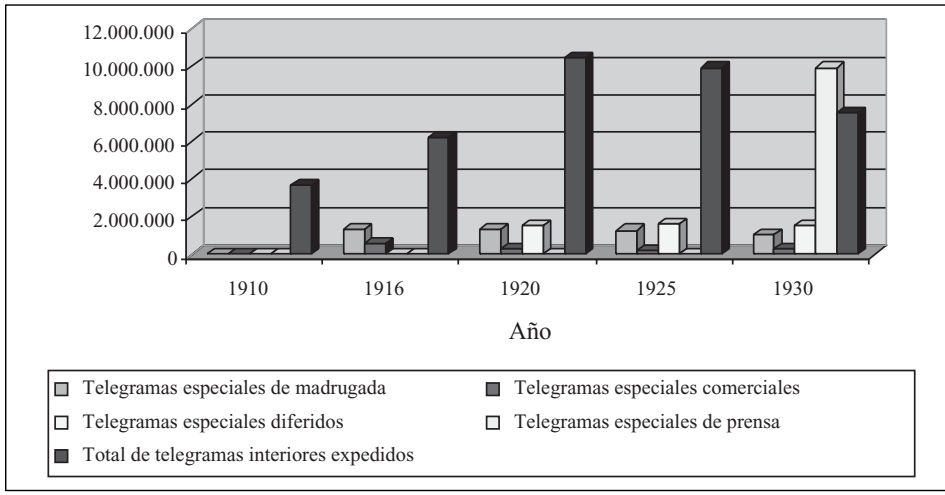
digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 3.—*Evolución del tráfico telegráfico en España, 1910-1930*

Año	1910	1916	1920	1925	1930
Telegramas especiales de madrugada		1.360.503	1.320.744	1.288.810	1.085.989
Telegramas especiales comerciales		601.318	296.194	230.525	286.403
Telegramas especiales diferidos			1.541.453	1.574.429	1.493.675
Telegramas especiales de prensa				33.370	9.960.124
Total de telegramas interiores expedidos	3.726.087	6.257.319	10.489.213	9.960.124	7.537.141

Fuente: Estadística de Telégrafos, Dirección General de Correos y Telégrafos, 1910-1930. Elaboración propia.

Evolución del tráfico telegráfico en España, 1910-1930



La Habana fue escenario del primer ensayo telefónico español, en octubre de 1877, seis meses después de la primera demostración de A. G. Bell. Al igual que había sucedido con el ferrocarril, Cuba se convirtió en la pionera de un nuevo sistema de comunicación, el teléfono, en el ámbito español. La importancia del comercio colonial y de la pujante sociedad que de él se derivaba no fue ajena a esta primera demostración[35]. En la Península, Barcelona fue la ciudad pionera de las pruebas telefónicas. En diciembre de 1877 se realizaron ensayos en la Escuela Industrial. El ejército unió telefónicamente los castillos de Montjuich y la Ciudadela, y el industrial Dalmau llevó a cabo la primera conferencia de larga distancia entre Barcelona y Girona. En Madrid las primeras experiencias tuvieron lugar en enero de 1878 y sus protagonistas fueron el Gobierno y la Corona, enlazando el antiguo casón de Telégrafos con el Ministerio de la Guerra y, posteriormente, los Palacios Reales de Madrid y Aranjuez.

[35] Ángel Bahamonde y José Cayuela, *Hacer las Américas: las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992.

digitalia
www.digitalia.us

Estas primeras iniciativas no fueron suficientes para que el teléfono se implantara en España. Una demanda débil, una iniciativa privada con escasos recursos y una política gubernamental cambiante en cuanto a la legislación telefónica lo impidieron. El marco legal del servicio telefónico osciló de manera continuada hasta 1924, fecha de la creación de la Compañía Telefónica Nacional de España —CTNE—, entre la opción estatal y la privada. La sucesión de normativas contradictorias dificultó el desarrollo de la red telefónica española durante sus primeros decenios de vida. Más allá de las diferencias de criterio político la realidad se impuso, la debilidad presupuestaria del Estado y la escasez de los capitales movilizados por la iniciativa privada hizo que convivieran redes públicas y privadas, dificultando la creación de una red telefónica integrada a escala nacional[36]. La cambiante normativa legal también contribuyó a ello, los gobiernos de la Restauración dieron lugar a una normativa plagada de contradicciones sobre la regulación del servicio telefónico. La situación desembocó en un auténtico caos, en el que se sucedían sin orden ni concierto reglamentaciones diversas, redes dispersas y desconectadas entre sí, compañías privadas y públicas, estas últimas de titularidad estatal, provincial, comarcal o local.

El Decreto de 1891 dividió la Península en cuatro zonas telefónicas, a efectos de la concesión y subasta de las redes interubanas, delimitadas por líneas imaginarias con centro en Madrid. Este ambicioso plan no se cumplió. Solamente la red del Nordeste a cargo de la *Compañía Peninsular de Teléfonos* se llevó a cabo, el resto quedó en simple proyecto. Si el Estado no tenía capacidad económica para desarrollar la red telefónica, el capital privado nacional tampoco se sintió incentivado para invertir en unas redes telefónicas que no se presentaban rentables en la mayor parte de España. El Decreto de 17 de septiembre de 1908, durante el gobierno Maura, autorizó la participación de los ayuntamientos en las subastas de las redes telefónicas urbanas con el derecho de tanteo sobre el mejor licitador. Al amparo de esta norma comenzaron a funcionar dos explotaciones consideradas modélicas: la concesión por 35 años a favor de la Diputación de Guipúzcoa y la otorgada al Ayuntamiento de San Sebastián[37]. En julio de 1909 la construcción de la red internacional Madrid-Zaragoza-San Sebastián-Irún, y en diciembre del mismo año la variante Zaragoza-Barcelona-Gerona-Port Bou unió la red telefónica española con la europea.

En cualquier caso, el servicio telefónico no consiguió salir de su renqueante trayec-

---

[36] España no fue un caso aislado en Europa sobre la elección del modelo público o privado para desarrollar la red telefónica, en Francia entre 1880 y 1930 se registró un largo debate sobre esta cuestión.

[37] Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las comunicaciones en la construcción del Estado…*, ob. cit.; Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las telecomunicaciones en España…*, ob. cit.; I. M. Echaide Lizasoáin, *Los veinte primeros años de la red telefónica de Guipúzcoa (1908-1928)*, San Sebastián, Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, 1954; M.ª Luisa Ibisate Elicegui, *La telefonía en Guipúzcoa: un modelo original*, San Sebastián, Fundación Kutxa, 1998; Josep Nieto i Trullàs, *Politiques de telecomunicacióa Espanya: els origens, l'estructuració i el desenvolupament del sistem telefònic (1877-1936)*, Tesis Doctoral, Barcelona, Deparment de Periodisme, Universitat Autónoma de Barcelona, 1995; Ángel Calvo Calvo, «El teléfono en España antes de Telefónica (1877-1924)», *Revista de Historia Industrial*, núm. 13 (1998), págs. 59-81; Horacio Capel Sáez, «Estado, administración municipal y empresa privada en la organización de las redes telefónicas en las ciudades españolas (1877-1923)», *Revista GeoCrítica*, núm. 100 (Diciembre de 1994), págs. 5-61. José Javier Millán Prades y M.ª Ángeles Velamazán Gimeno, «La implantación del teléfono en Zaragoza (1878-1928)», *Llull*, vol. XXVI (2003), págs. 631-662.

digitalia
www.digitalia.us

toria, la escasez de abonados incidía negativamente en la funcionalidad y utilidad del nuevo sistema de comunicación, actuando de causa y consecuencia de la debilidad de la demanda, por lo que los rendimientos económicos resultaban poco atractivos y el mantenimiento de las inversiones se tornaba oneroso tanto para la iniciativa pública como privada. El 28 de mayo de 1894 se creó la Compañía Peninsular de Teléfonos, domiciliada en Barcelona. Se constituyó así el más importante grupo telefónico a partir de los inversores que fundaron la Sociedad General de Teléfonos. En 1908 las redes de Barcelona y Madrid pasaron a manos de la Compañía Peninsular de Teléfonos —CPT—, que acaparaba el 48,03 por ciento del total de abonados de las compañías concesionarias existentes en 1909 —21.239, de los que 10.202 eran de la *CPT*—. Esta posición de liderazgo continuó afirmándose en los años posteriores. En 1920 el número de concesiones era de 94, de las que 35 estaban en manos de la Compañía Peninsular que, con 39.554 abonados de los 67.736 que tenían las compañías concesionarias, representaba el 58,39 por ciento del total. A considerable distancia se situaba la Mancomunidad de Cataluña, que inició su actividad telefónica en 1916. Incluso el Estado, a pesar de tener 149 redes telefónicas locales, con 7.952 abonados, quedaba lejos de los 39.554 de la Peninsular[38].

El interés por el incremento de la demanda influyó más que el progreso técnico en el continuo descenso de los precios telefónicos desde la primera reglamentación

CUADRO 4.—*Datos Estadísticos del Servicio Telefónico. 1885-1934*

Año	Centrales	Sucursales	Abonados
1885	3	(-)	464
1891	42	(-)	10.969
1895	52 *	(-)	11.235
1897	54 *	32	11.406
1900	61 *	26	12.851
1905	75 *	38	16.519
1910	(-)	(-)	(-) A
1915	(-)	(-)	39.621
1920	105 *	95	75.870

* sólo incluye las centrales de las compañías concesionarias y los centros telefónicos oficiales.

A.- No se conservan los datos de 1910, sirvan de estimación los de 1909: Centrales: 87; Sucursales: 48; abonados 21.239; ingresos de las empresas concesionarias: 4.105.123; ingresos del Estado: 1.124.887

Fuente: Estadísticas Oficiales Telegráficas y Telefónicas de España. 1897-1934. Dirección General de Correos y Telégrafos. Los datos de 1885 a 1895 inclusive proceden de la *Statistique des communications teléphoniques* de la Unión Telegráfica Internacional. Elaboración propia.

[38] Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las comunicaciones en la construcción del Estado…*, ob. cit. Á. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L. E. Otero Carvajal, *Las telecomunicaciones en España…*, ob. cit.

digitalia
www.digitalia.us

de 1882 hasta comienzos del nuevo siglo. A partir de 1900 los precios se estabilizaron, aunque se mantuvo la disparidad de las tarifas entre unas redes y otras. Esta estabilización de las tarifas se realizó a partir de unos precios prohibitivos para la mayoría de la sociedad española, sobre todo por lo elevado de la cuantía de la cuota de enganche. Además el caos telefónico existente entre 1882 y 1924, sólo fue resuelto en parte con la progresiva preponderancia de la Compañía Peninsular de Teléfonos. Factores que explican las dificultades que atravesó la introducción del servicio telefónico en España. En estas condiciones resultaba previsible la dificultad para la consolidación de la red telefónica española. Las empresas concesionarias, dada su fragmentación y escasa capitalización eran incapaces de impulsar una política tarifaria a la baja, a lo que no ayudaba la incertidumbre de la renovación de las concesiones del Estado y los reducidos plazos de las mismas, todo lo más veinte años. Ni siquiera la Compañía Peninsular de Teléfonos estaba en condiciones de ofrecer una reducción significativa de las tarifas que supusiera una ampliación potencial de la demanda telefónica vía reducción de los costes de la conexión. El Estado fue asimismo incapaz de financiar la construcción y expansión de la red telefónica nacional. Los costes de financiación necesarios eran de tal magnitud que escapaban a las posibilidades presupuestarias estatales.

La creación de la red telefónica nacional a la que aspiraba Francos Rodríguez estaba, no sin dificultades, en proceso de realización de la mano de la Compañía Peninsular de Teléfonos. En vísperas de la concesión del monopolio telefónico, a la recién creada Compañía Telefónica Nacional de España —CTNE— durante la dictadura del general Primo de Rivera, la red telefónica española estaba formada por toda una serie de redes telefónicas locales y comarcales —tanto públicas como privadas—, débilmente interconectadas a través de las redes interurbanas controladas por la Compañía Peninsular de Teléfonos.

En 1923 la red telefónica daba servicio a 90.449 abonados, distribuidos en 90 redes urbanas privadas, municipales, comarcales o provinciales, 33 de las cuales correspondían a la Compañía Peninsular de Teléfonos —con 63.592 abonados—; 147 redes explotadas por el Estado con 11.477 abonados y 7 redes oficiales; así como 7 redes urbanas incautadas por el Estado al caducar las correspondientes concesiones —la más importante era la red de Barcelona—, con 15.380 abonados. En ese momento el teléfono en España se encontraba débilmente implantado y sólo en los principales municipios del país. Además, la incertidumbre sobre la renovación de las concesiones hizo que las compañías concesionarias no renovaran o ampliaran sus instalaciones y equipos conforme se acercaba la fecha de caducidad de la concesión. La interconexión entre redes urbanas no era completa y numerosas localidades permanecían todavía aisladas. El teléfono estaba pues lejos de ser una alternativa eficiente y accesible para las comunicaciones a larga distancia, tanto nacionales como internacionales, labor en la que todavía y hasta los años sesenta del siglo XX continuaría desempeñando la telegrafía.

La transformación de la ciudad con la irrupción de la sociedad de masas

Durante el último tercio del siglo XIX el movimiento migratorio del campo hacia las ciudades se aceleró, duplicando la población de numerosas ciudades españolas. La atracción ejercida por los principales núcleos urbanos del país hizo que los Ensanches, puestos en marcha durante la segunda mitad del siglo XIX, resultaran insuficientes en

digitalia
www.digitalia.us

las capitales de las zonas más dinámicas, creciendo los nuevos extrarradios más allá de los límites de la trama urbana dibujada en los planes de Ensanche, anexionando de facto, cuando no de derecho, a los municipios colindantes, sin ningún tipo de planificación urbana, resultado de la combinación de la presión migratoria con el carácter disuasorio de unos precios del suelo y de la vivienda fuera del alcance de los sectores de rentas más bajas. Este crecimiento urbano se extendió y aceleró durante el primer tercio del siglo XX, consecuencia del cambio de modelo demográfico, que redujo las tasas de mortalidad, permitiendo crecimientos vegetativos de la población de signo positivo a la par que se mantenía el movimiento migratorio desde las zonas rurales a los núcleos urbanos[39]. Unas urbes que en las principales capitales de Europa se estaban transformando en grandes metrópolis, cuyo mayor reflejo encontró eco en la transformación de los espacios urbanos de Madrid y Barcelona[40].

Conforme se fueron complejizando las actividades de gestión del Estado y del sector privado aparecieron nuevos mercados laborales que exigieron una creciente cualificación de la mano de obra. A lo largo del primer tercio del siglo XX el mundo laboral de las ciudades se transformó radicalmente, como se puede observar por la información contenida en los padrones municipales. Surgieron nuevas profesiones —telegrafistas, telefonistas, mecanógrafas, taquígrafas, contables, administrativos, electricistas, fontaneros, …— que nutrieron y transformaron el mundo de los empleados de cuello blanco y de los especialistas, mientras disminuían considerablemente, hasta prácticamente su desaparición en el mundo urbano de los años treinta, profesiones que habían caracterizado el mundo laboral urbano del siglo XIX, como los aguadores, mozos de cuerda y jornaleros, esa difusa y confusa caracterización laboral que tanto servía para definir una actividad laboral como la forma más extendida de remuneración, el trabajo a jornal.

La caracterización de jornalero tanto podía referirse a la situación del inmigrante recién llegado que transitaba sin solución de continuidad desde el mundo de la mendicidad al trabajo en las obras públicas municipales, en la recogida de la cosecha o las faenas agrícolas en los campos circundantes de las ciudades, pasando por el empleo en la construcción, en las obras del ferrocarril o el trabajo femenino a domicilio, en una auténtica lucha por la vida situada siempre en los límites de la subsistencia, en la que

---

[39] Vicente Pérez Moreda y David-Sven Reher (eds), *Demografía histórica en España*, Madrid, El Arquero, 1988; David-Sven Reher, *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988; Massimo Livi Bacci (coord.), *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert/Diputación de Alicante, 1991; David-Sven Reher, M.ª Nieves Pombo y Beatriz Nogueras, *España a la luz del Censo de 1887*, Madrid, INE, 1993; Manuel González Portilla y Karmele Zárraga Sangroniz (eds.), *IV Congreso Asociación de Demografía Histórica*, Bilbao, UPV/EHU, 1995; D.-S. Reher, *La familia en España…*, ob. cit.; Fausto Dopico y David-Sven Reher, *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, Huesca, ADEH, 1998; Jordi Nadal, *Bautismos, desposorios y entierros. Estudios de historia demográfica*, Barcelona, Ariel, 1999.

[40] Luis Castells, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Manuel González Portilla, *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2001, 2 vols.; A. Escudero, *Minería…*, ob. cit.; M.ª del Mar Larraza, *Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*, Pamplona, Eunsa, 1997; Félix Luengo, *Crecimiento económico y cambio social. Guipúzcoa, 1917-1923*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990; Conxita Mir (ed.), *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauració (1875-1923)*, Lérida, Virgili & Pagès/Estudi General/IEI, 1989; AAVV,*Congrés Internacional d'Historia. Catalunya: la Restauració, 1875-1923*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992.

digitalia
www.digitalia.us

todos los miembros de la unidad familiar —hombres, mujeres y niños— estaban obligados a contribuir para sobrevivir; también era una expresión habitual para referir la forma de pago del trabajador cualificado del mundo de los oficios o del empleado. Una fórmula bastante habitual en la información contenida en los padrones de la segunda mitad del siglo XIX, pero que comienza a ser reemplazada desde finales del siglo XIX de manera progresiva por una cada vez más amplia y específica panoplia de profesiones, tanto masculinas como femeninas, hasta el punto de que el apelativo de jornalero se redujo significativamente a la altura de 1930 en el mundo laboral urbano[41].

En la sociedad urbana las esferas privadas y públicas fueron afirmándose conforme se alejaban de los parámetros de funcionamiento de la sociedad tradicional, tanto en su vertiente urbana —mundo de los oficios— como rural, con importantes repercusiones en el mundo laboral y el hogar. La progresiva separación del lugar de residencia y de trabajo incidió en la separación de los universos público y privado; a la vez que proliferaban multitud de discursos sobre el papel de la mujer como *ángel del hogar* de la familia nuclear. La realidad social de las familias en la sociedad urbana, sobre todo en las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, fue más compleja que la visión idealizada de la mujer como esposa, ama de casa y madre. El trabajo femenino continúo siendo una realidad bastante generalizada entre las clases menos pudientes de las ciudades españolas del siglo XIX, tanto en aquellas de menor dimensión, en las que la presencia de la economía agraria no era despreciable, y donde las economías domésticas implicaban al conjunto familiar en la estrategia de supervivencia, como en las de mayores dimensiones, donde predominaba la economía urbana, y en las que el trabajo a domicilio, el servicio doméstico, el trabajo manufacturero y fabril de las mujeres eran significativos, a pesar de su infravaloración en las estadísticas y registros oficiales. El trabajo femenino fue una realidad mucho más amplia en la sociedad urbana del siglo XIX de lo que podía parecer por los registros oficiales o los discursos dominantes. Por otra parte, la creciente complejidad de las actividades del Estado y la sociedad del primer tercio del siglo XX expandieron los mercados laborales a nuevos segmentos de mujeres, con la aparición o expansión de nuevos trabajos como secretarias, mecanógrafas, taquígrafas, maestras, telefonistas,… que ocuparon las nuevas generaciones de mujeres urbanas, cuyos estilos de vida y ansias de autonomía e independencia chocaban con los roles tradicionales asignados a la mujer burguesa como *ángel del hogar*[42].

---

[41] Las tesis en marcha sobre el Ensanche de Madrid entre 1860 y 1939 de Rubén Pallol Trigueros para el Ensanche Norte —distrito de Chamberí—, Borja Carballo para el Ensanche Este —distritos de Salamanca y Retiro— y Fernando Vicente Albarrán para el Ensanche Sur —distrito de Arganzuela— así lo ponen de manifiesto, mediante la comparación de la información sobre profesiones contenida en los padrones de 1860, 1880, 1905 y 1930. A una escala más reducida, pero no menos significativa, ocurre con ciudades de dimensiones medias como las de Alcalá de Henares —Luis Enrique Otero Carvajal, Gutmaro Gómez Bravo y Rafael Simón Arce—, Getafe —Nicolás Montero—, Guadalajara —Javier San Andrés — y Segovia —Rubén de la Fuente— para el mismo período 1860-1939, a través del tratamiento sistemático de la información contenida en los padrones de esos años.

[42] Guadalupe Gómez-Ferrer Morant (ed.), «Las relaciones de género», *Ayer*, núm. 17 (1995); Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, «Las limitaciones del liberalismo en España: El *ángel del hogar*» en Pablo Fernández Albaladejo y Margarita Ortega López (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. Tomo III. Política y Cultura*, Alianza, Madrid, 1995, págs. 515-532; P. Muñoz López, *Sangre, amor e interés*…, ob. cit.; Matilde Cuevas de la Cruz y Luis Enrique Otero Carvajal, «Prostitución y legislación en el siglo XIX. Aproximación a la consideración social de la prostituta», en M.ª del Carmen García-Nieto París

digitalia
www.digitalia.us

Frente a la aparente calma política y social del fin de siglo, el cuerpo social europeo estaba incubando nuevas fuerzas que en el primer tercio del siglo XX iban a cuestionar el viejo orden liberal. Los principios del liberalismo fueron empleados para socavar el orden político de los regímenes moderados que imperaban en el Viejo Continente por parte de un nuevo agente social, que irrumpía con creciente fuerza en el escenario político: las masas, movilizadas y organizadas en torno a nuevas corrientes ideológico-políticas: el socialismo marxista, el catolicismo social, el nacionalismo, el antisemitismo y, en España, el anarquismo. El desarrollo de los nuevos movimientos políticos de masas, donde los partidos y sindicatos socialistas desempeñaron un papel pionero, comenzaron a erosionar el monopolio del poder de los tradicionales *partidos de notables*, característicos del liberalismo decomonónico, conforme se fue generalizando el sufragio universal. La Gran Guerra y sus consecuencias actuaron como el catalizador que precipitó la *rebelión de las masas* a partir de 1917, acentuando los miedos de las *clases pudientes*, que trataron de articular tras de sí a una abigarrada masa de diversa procedencia social, conformada por sectores de las clases medias desencantadas de un orden político, social y económico sometido a un creciente proceso de oligarquización. Un sentimiento de temor e incertidumbre ante un futuro incierto que con la aceleración del tiempo ponía en cuestión una sociedad tradicional mitificada en el lento transcurrir del *orden burgués*, dando lugar a la configuración de una estructura psicosocial particular en la que se desenvolvió la rebelión antiliberal de una parte de la sociedad europea.

La polarización social y política fue el resultado de la confluencia de las estrategias políticas y del imaginario social de unas organizaciones obreras que veían en la superación o en la destrucción del capitalismo la única alternativa para mejorar la condición social de los trabajadores y construir una sociedad igualitaria; y de la actitud inmovilista de unas elites sociales y económicas que defendían intransigentemente el orden eco-

---

(coord.), *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, I, págs. 247-258; Enriqueta Camps, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995; Guadalupe Gómez-Ferrer y Gloria Nielfa (eds.), «Mujeres, hombres, historia», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* núm. 28 (2006), págs. 9-190; M.ª Dolores Ramos Palomo y M.ª Teresa Vera Balanza (eds.), *El trabajo de las mujeres: pasado y presente: I Congreso Internacional, celebrado en Málaga del 1 al 4 de diciembre de 1992*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 4 vols.; Carmen Sarasúa, *Criadas, nodrizas y amas: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994; Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carmen Alemany (comps.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona, Icaria, 1994; Pilar Pérez-Fuentes, *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, Bilbao, UPV-EHU, 1993; Pilar Pérez-Fuentes, *«Ganadores de Pan» y «Amas de Casa». Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004; Carmen Sarasúa y Lina Gálvez (eds.), *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo,* Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2003; Mercedes Arbaiza Villalonga, «La "cuestión social" como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)», *Historia Contemporánea*, núm. 21 (2000), págs. 395-458; Mercedes Arbaiza Villalonga, *Familia, trabajo y reproducción social: una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del antiguo régimen*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

nómico y social establecido, considerando que cualquier concesión a las demandas obreras abriría las puertas a la destrucción del orden burgués. Atrapados en esa lógica excluyente, el espacio para la negociación y el entendimiento quedó fuertemente restringido tras el triunfo de la revolución rusa. De un lado, las ilusiones se inflamaron, el triunfo bolchevique convirtió las esperanzas de un futuro nuevo en un presente posible, la revolución tantas veces soñada había triunfado. De otro, el *pánico rojo* se instaló en la conciencia burguesa, cualquier manifestación del poder obrero fue contemplada como la antesala de la revolución. En el desorden de la posguerra la polarización ideológica y política encontró su correlato en Europa en el ascenso y consolidación de los nacionalismos populistas, que tras el triunfo de la marcha de Roma de los *fasci de combattimento* arrojó en los brazos del fascismo a amplios sectores de una heterogénea constelación social en la que se entremezclaban jóvenes burgueses urbanos fascinados por la acción y la retórica de la revolución nacional, sectores del campesinado espantados por la movilización social de los jornaleros y la simbología revolucionaria que subvertía un orden social tradicional en vías de extinción, sectores urbanos vinculados al mundo de los oficios en franca retirada por la expansión de la industrialización, empleados temerosos de verse arrastrados a la *peyorativa* condición obrera rompiendo sus expectativas de formar parte de la sociedad burguesa y, en fin, miembros destacados de las elites sociales y económicas que vieron en el fascismo la única herramienta efectiva con la que levantar un dique frente a la aparentemente imparable *marea roja*.

El establecimiento del sufragio universal masculino, progresivamente ampliado con el reconocimiento del derecho de voto a las mujeres, trasformó radicalmente el sistema político. El viejo sistema liberal decimonónico, basado en la *política de los notables*, fue incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos y de articular políticamente a unas masas que habían irrumpido al primer plano del escenario social. Los nuevos partidos de masas en su doble vertiente obrera y nacional-populista ocuparon el centro de la escena política. Ambos factores estuvieron en la base de la crisis del viejo orden liberal. En ese contexto conflictivo las transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas alumbraron cambios sustantivos en un marco de inestabilidad en el que la polarización política tendió a ocultar las dimensiones y trascendencia de la nueva sociedad de masas que estaba emergiendo.

Sin embargo, un análisis más detenido de las transformaciones económicas, sociales y culturales que se estaban sucediendo con el nacimiento de la *era del maquinismo* amplían el escenario de la irrupción de la sociedad de masas. En efecto, tras la polarización ideológica y política que caracterizó al período de entreguerras, se sucedieron toda una serie de transformaciones en las cuales se apuntaban algunas de las líneas maestras que encontraron su máxima expresión tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial en las sociedades del bienestar y del ocio del capitalismo occidental.

La presión obrera empujó al alza los salarios y a la baja los horarios. La paulatina institucionalización de la jornada de ocho horas fue una conquista de este período, que para sorpresa de muchos empresarios no conllevó la destrucción del capitalismo sino su fortalecimiento con la creación de nuevos mercados, puesto que la disponibilidad de un tiempo libre acompañado de un incremento de los ingresos permitió superar a sectores cada vez más amplios de las sociedades urbanas los umbrales de subsistencia, e hizo que el tiempo de ocio fuese progresivamente ocupado por el universo del consumo.

Las diversiones populares encontraron nuevos espacios. La feria dejó progresivamente de ser el gran mercado anual, característico de las economías agrarias tradicio-

digitalia
www.digitalia.us

nales, para convertirse en las fiestas patronales de los distintos núcleos urbanos, la verbena caracterizó cada vez más a las ferias. La feria se nutrió de un heterogéneo universo en el que se daban la mano las atracciones tradicionales con la fascinación de las masas por lo excepcional y lo anormal; los números circenses convivían con la deformidad y la anormalidad, en muchas ocasiones fraudulenta pero no por ello menos fascinante. La feria fue uno de los medios por excelencia de la difusión de los deslumbrantes nuevos inventos: no podían faltar el fotógrafo, el cinematógrafo, las maravillas de la electricidad, o la comunicación a distancia del teléfono.

La llegada de la electricidad a las calles y a los hogares de las ciudades liberó a la sociedad urbana del *mundo de las tinieblas*. La oscuridad de la noche fue sustituida por el brillo tintineante de las bombillas y el tiempo de los humanos se amplió en la calle y en las casas. Los cambios tecnológicos, económicos y sociales comenzaron a transformar radicalmente la vida de los habitantes de las ciudades. Las calles comenzaron a llenarse de automóviles, comercios y centros de esparcimiento y ocio, como los cafés, los teatros, los cines o los pabellones deportivos. Se multiplicó la movilidad por los nuevos medios de transporte público, tranvías y metro, se iluminaron las principales avenidas, calles y viviendas con la extensión de las redes eléctricas, mientras los nuevos aparatos hacían más llevadera la vida en los hogares. Agua corriente, calefacción, bombillas, teléfonos, radios, máquinas de coser y todo un sin fin de nuevos productos comenzaron a llenar las residencias de los sectores urbanos acomodados.

El sector servicios, tanto público como privado, registró un notable crecimiento a lo largo del primer tercio del siglo XIX. La aparición de nuevas actividades y empleos hizo crecer el número de trabajadores en los núcleos urbanos. Otro tanto sucedió con la aparición de los nuevos comercios que poblaron con sus escaparates los centros de las ciudades y con los primeros grandes almacenes, como el *Madrid-París* inaugurado en 1923 en la Gran Vía madrileña[43], con notable retraso respecto de las grandes capitales europeas como Londres —*Harrod's Department Store*, *Selfridge's* o *Whiteley's*—, París —*Le Printemps*, *La Samaritaine*, *Le Bon Marché*, *Galeries Lafayette* o *Grand Magasins du Louvre*— Berlín —*Wertheim*— o Nueva York —*Macy's*, *Lord and Taylor*, *Arnold Constable and Co.*[44]—, o la propia Barcelona, mucho más dinámica comercial-

---

[43] Gloria Nielfa Cristóbal, *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

[44] Elaine S. Abelson, *When Ladies Go a-Thieving: Middle-Class Shoplifters in the Victorian Department Store*, Oxford and New York, Oxford University Press, 1989; Geoffrey Crossick y Serge Jaumain (eds.), *Cathedrals of Consumption. The European Department Store 1850-1939*, Aldershot, Ashgate, 1999; Tim Dale, *Harrod's: The Store and the Legend*, London, Pan Books, 1981; Solange Dumius (ed.), *Le Printemps, cent ans de jeunesse*, Paris, Groupe Printemps, 1965; Robert Hendrickson, *The Grand Emporiums: The Illustrated History of America's Great Department Stores*, Nueva York, Stein and Dag, 1979; Franz Hessel, *Promenades dans Berlin*, Grenoble, PUG, 1989; Ralph M. Hower, *History of Macy's of New York 1858-1919: Chapters in the Evolution of the Department Store*, Cambridge, Harvard University Press, 1964; William Lancaster, *The Department Store: A Social History*, Londres, Leicester University Press, 1995; Michael Barry Miller, *Au Bon Marché 1869-1920. Le Consommateur Apprivoisé*, Paris, Armand Colin, 1987; Joy L. Santik, *Timothy Eaton and the Rise of His Department Store*, Toronto, University of Toronto Press, 1990; Erika D. Rappaport, *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London's West End*, Princeton, Princeton University Press, 2000; Erika. D. Rappaport, «"The Halls of Temptation": Gender, Politics, and the Construction of the Department Store in Late Victorian London», *Journal of British Studies*, vol. XXXV, núm. 1 (January 1996), págs. 58-83; Lionel Richard (dir.), *Berlin 1919-1933. Gigantisme, crise*

digitalia
www.digitalia.us

mente, con la inauguración en 1878 de los grandes almacenes *El Siglo*, *Can Damians* en 1915 o, más tardíamente, los *Almacenes Jorba*, inaugurados en 1932[45]. La vida de las ciudades se estaba transformando a gran velocidad, una nueva sociedad urbana más dinámica y pujante hacía acto de presencia, cambiando pautas culturales, estilos de vida y costumbres. En los años veinte la irrupción de la Modernidad de la mano de la electricidad, el teléfono, el automóvil, el cinematógrafo, la prensa, la radio, el deporte, la moda y la publicidad era un hecho incontestable en las principales avenidas de la España urbana de la época.

A lo largo del primer tercio del siglo XX se asistió al nacimiento y los primeros pasos de la sociedad de consumo y ocio, de la mano de las innovaciones tecnológicas, el aumento de los ingresos, la reducción de la jornada laboral, la generalización del descanso dominical y la ampliación de los horarios para el ocio y el consumo. Los medios de comunicación de masas, la prensa, en primer lugar, la radiodifusión, posteriormente, la publicidad y los nuevos sistemas de comercialización y venta, unidos al abaratamiento de los precios de los productos, por la mejora de los sistemas de comunicaciones y la progresiva entrada de la producción en masa, facilitaron la irrupción de los nuevos productos y los cambios en los modos de vida, usos y costumbres de los habitantes de las ciudades. A ello coadyuvó el cine con su poder de fascinación y socialización de los nuevos estilos de vida y sistemas de valores[46]. El excursionismo, las vacaciones, el ocio nocturno y el deporte como práctica y espectáculo de masas se fueron extendiendo a sectores cada vez más amplios de la sociedad urbana[47]. El ritmo de vida de las ciudades se aceleró, las grandes avenidas se llenaron de paseantes, curiosos y consumidores atraídos por las luces de neón de los nuevos comercios y espectáculos,

---

sociales et avant-garde: l'incardination extrême de la modernité, Paris, Autrement, 1991; Charles d'Ydewalle, *Au Bon Marché: de la boutique au grand magasin*, París, Plon, 1965.

[45] Patricia Faciabén Lacorte, «Los grandes almacenes en Barcelona», *Scripta Nova*, vol. VII, núm. 140 (mayo de 2003).

[46] María Isabel Martín Requero, «Consumo y publicidad en la España del primer tercio de siglo», *Publifilia, Revista de Culturas Publicitarias*, núm. 6 (Junio de 2002); Jesús Bermejo Berros (coord.), *Publicidad y cambio social. Contribuciones históricas y perspectivas de futuro*, Sevilla, Comunicación Social, 2005; Nuria Rodríguez Martín, «Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936», en Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos: *España entre Repúblicas 1868-1939*, Guadalajara, 2005; Nuria Rodríguez Martín, «Ocio, consumo y publicidad en España. 1898-1920», en Congreso *Modernizar España (1898-1914)*, UCM, Departamento de Historia Contemporánea, 2006; Nuria Rodríguez Martín, «La imagen de mujer en la publicidad gráfica en España, 1898-1936», en Actas de las V Jornadas de Imagen, Cultura y Tecnología, Universidad Carlos III/Instituto de Cultura y Tecnología, Getafe, 3-5 de Julio de 2006 (en prensa). Rudi Laermans, «Aprendiendo a consumir: los primeros grandes almacenes y la formación de la moderna cultura del consumo (1860-1914)», *Revista de Occidente* núm. 162 (noviembre de 1994), págs. 121-144.

[47] Santiago de Pablo, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Bilbao, Papeles de Zabalanda, 1995; José María López Ruiz, *Aquel Madrid del cuplé*, Madrid, El Avapiés, 1988; Serge Salaün, *El Cuplé (1900-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990; Lorenzo Díaz, *La España alegre. Ocio y diversión en el siglo XX*, Madrid, Espasa Calpe, 1999; Jorge Uría, *Una historia social del ocio*. *Asturias 1898-1914*, Madrid, Unión, 1996; Alain Corbin, *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Flammarion, 1995; Peter Bailey, *Leisure and Class in Victorian England*, Londres Routledge and Kegan Paul, 1978; John Clarke y Chas Critcher, *The Devil Makes Work: Leisure in Capitalist Britain*, Urbana & Chicago, University of Illinois Press, 1985; John K. Walton y James Walein (eds.), *Leisure in Britain, 1780-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1983; Philip Aries y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1989; Michael R. Marrus, *The Emergence of Leisure*, Nueva York, 1976.

digitalia
www.digitalia.us

ávidos de las novedades que les ofrecía el gran escaparate en el que se habían convertido los centros de las grandes ciudades. Las grandes avenidas comerciales se poblaron de los fascinantes cartelones de los estrenos cinematográficos y las masas irrumpieron en tropel en las oscuras salas para contemplar las nuevas estrellas del firmamento del celuloide.

La publicidad fue, junto con el deporte, un buen indicador de los cambios sucedidos en la España urbana del primer tercio del siglo XX. De su reducida presencia en la prensa de principios de siglo, con una presentación tosca de una escasa gama de productos fundamentalmente vinculados a la farmacopea y las bebidas espirituosas, se pasó en menos de veinte años a una relevante presencia en la prensa de información, sus páginas se llenaron de anuncios de nuevos productos, mejoraron sus técnicas de venta y se depuraron los mensajes publicitarios; el universo del consumo tomo carta de naturaleza en periódicos y revistas. A través de la publicidad surgieron y se expandieron nuevos estilos de vida, nuevos sistemas de valores y se acuñaron nuevos modelos de comportamiento, desde la generalización de la higiene personal, ligada a la venta y promoción de toda una nueva y variada gama de productos —de las colonias y perfumes a la pasta de dientes—, hasta el establecimiento de nuevos cánones de belleza masculina y femenina. Un nuevo tipo de mujer hizo su aparición, joven, delgada, urbana, moderna, trabajadora, deportista,… En esos años quedaron codificados en la publicidad de la época buena parte de los cánones y modelos de belleza y comportamientos asociados con la Modernidad que han permanecido vigentes, sin grandes transformaciones significativas, en la sociedad de consumo de masas del siglo XX, proyectando su influencia hasta la sociedad actual[48].

Deporte y ocio. De una práctica aristocratizante a práctica y espectáculo de masas

La imitación del modo de vida inglés por algunos sectores aristocratizantes de la sociedad española, incluida la figura del monarca, y los avances del espíritu institucionista entre sectores de la burguesía ilustrada de la España de los primeros lustros del siglo XX hicieron que el deporte se convirtiera en una actividad distinguida[49]. La aparición en 1903 de una revista como *Gran Vida*, de nombre altamente representativo, fue una expresión de este nuevo espíritu moderno. En sus primeros años de existencia sus páginas eran cubiertas por las noticias de la práctica deportiva de los sectores *chic* de la buena sociedad: la esgrima, la hípica, las carreras de automóviles, la caza o el excursionismo eran los deportes estrella. Era todavía una actividad elitista, aristocratizante[50].

---

[48] N. Rodríguez Martín, «Hábitos de consumo…», ob. cit.; «La imagen de mujer en la publicidad…, ob. cit.

[49] William J. Baker, «The Making of a Working-Class Football Culture in Victorian England», *Journal of Social History*, vol. XIII, núm. 2 (1979), págs. 241-251; Tony Mason, *Sport in Britain: A Social History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Norbert Elias y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, FCE, 1992; Alfred Wahl, «Le football, un nouveau territoire de l'historien», *Vigtième siècle*, núm. 26 (abril-junio de 1990); «Sport & propagande, XIX^{e}-XX^{e} siècle», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 88 (2002).

[50] Luis Enrique Otero Carvajal, «Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas. La socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX», *Cuadernos de*

digitalia
www.digitalia.us

El crecimiento económico del primer tercio del siglo xx; los avances de las organizaciones obreras y su creciente implantación en los principales centros urbanos del país, ratificada por la irrupción del PSOE en el Parlamento; la difusión del espíritu institucionista entre sectores destacados de las clases medias urbanas ilustradas, la prensa y determinados círculos reformistas de la clase política de la Restauración, favorecieron un rápido avance de la modernización económica y social del país en mayor medida que de su sistema político, atravesado por las dificultades asociadas a la crisis del sistema de partidos canovista y el difícil encaje de la expresión política de la naciente democracia de masas. En este complejo entramado, la práctica y la afición por el deporte fue difundiéndose a través de la escala social española, desde las restringidas elites de principios de siglo a las clases medias urbanas y, posteriormente, al mundo del trabajo, de la mano de la implantación de la jornada laboral de ocho horas y la elevación de los ingresos de los trabajadores.

El tiempo libre disponible amplió su abanico social y la paulatina superación de los umbrales de subsistencia de amplios sectores de las sociedades urbanas favorecieron la aparición de nuevas prácticas sociales y focos de interés para la ocupación de un tiempo de ocio recién conquistado[51]. El deporte fue una de las expresiones más significativas de esta transformación; desde comienzos de siglo y en sólo unos lustros el proceso de socialización del mismo avanzó de manera sostenida e imparable.

Con su popularización la oferta deportiva registró sustanciales modificaciones, los deportes aristocratizantes como la esgrima o la hípica fueron cediendo protagonismo a otras prácticas menos elitistas, como el ciclismo, las carreras todavía denominadas con el apelativo inglés de *cross*, el boxeo, la democratización del excursionismo y, de manera particular, el *football*. Los equipos proliferaron y las competiciones locales y regionales fueron institucionalizándose, con la creación de federaciones regionales, hasta desembocar en la creación del campeonato nacional y la organización de la Copa de España. Entre 1895 y 1928 se produjo la institucionalización del deporte con la creación de las Federaciones; en 1895 se creó la Confederación Gimnástica Española, embrión de la posterior Federación Española de Gimnasia; en 1900 la Federación de Tiro Nacional inició su andadura; en 1904 lo hizo la Federación Española de Clubs Náuticos; en 1907 la Federación Española de Tiro de Pichón; en 1909 la Asociación de Lawn-Tennis de España; en 1913 la Real Federación Española de Fútbol; en 1918 la Confederación Española de Atletismo y la Federación Española de Remo; en 1920 la Federación Española de Natación; en 1923 la Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada; el 11 de enero de 1924 se constituyó el Comité Olímpico Español; en 1927 lo hizo la Federación Española de Ajedrez y en 1928 la Federación Española de Billar y la Federación Española de Esgrima.

Los años veinte fueron el escenario de la eclosión del deporte en España. La prensa no fue ajena a esta nueva realidad y desde una inicial ignorancia comenzó progresi-

---

Historia Contemporánea, núm. 25 (2003), págs. 169-198; Ángel Bahamonde, *El Real Madrid en la Historia de España*, Madrid, Taurus, 2002.

[51] J. Uría, *Una historia…*, ob. cit.; Pilar Folguera, *Vida cotidiana en Madrid. El primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987; Antonio Albuera Guinaldos, *Vida cotidiana en Málaga a fines del siglo XIX*, Málaga, Ágora, 1998; Norman J. G. Pounds, *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1999.

digitalia
www.digitalia.us

vamente a dedicar espacio en sus páginas a informar de los eventos deportivos, hasta el punto de llegar a incorporarla como una sección más en su información diaria, con la aparición de periodistas especializados en la crónica deportiva. *ABC, El Liberal* y *El Sol* fueron ejemplos de un proceso común y compartido por toda la prensa diaria de la época[52].

En la segunda mitad de los años veinte el fútbol se constituyó sin lugar a dudas en el deporte rey, el número de equipos se multiplicó, los estadios de los principales equipos de llenaron de espectadores y sus instalaciones fueron rápidamente desbordadas. Sus principales figuras se convirtieron en los nuevos ídolos populares compitiendo con las recién aparecidas estrellas del celuloide, o las más tradicionales del mundo del toreo y las cupletistas. Los grandes equipos de fútbol se embarcaron en la construcción de nuevos y grandes estadios para acoger a las masas que ya empezaban a acudir en tropel a los campos de fútbol, éstos se cerraron y el incremento de los ingresos por la venta de localidades, junto con la creciente competencia entre los equipos empujaron hacia la profesionalización del deporte, con el fin de retener o contratar a las nuevas estrellas sociales. El deporte adquiría una nueva dimensión acorde con los nuevos tiempos de la sociedad de masas emergente: su carácter de espectáculo de masas, cuya más acabada expresión estuvo representada por el fútbol, seguido a distancia por el boxeo, el ciclismo[53], las carreras, el frontón o las carreras de galgos.

De esta forma el deporte, en su doble dimensión de práctica y de espectáculo de masas, se expandió como una mancha de aceite en la sociedad urbana española de la época. El fútbol fue el ejemplo paradigmático de esta transformación. Su expansión se inició en las principales ciudades protagonistas del crecimiento económico del primer tercio del siglo xx. Clubs como el Athlétic de Bilbao, la Real Sociedad de San Sebastián, el Arenas de Getxo o el Irún fueron pioneros en la difusión del balompié y la cantera vasca de jugadores fue la más potente del primer tercio del siglo xx. Les siguió Cataluña con el Barcelona F.C. y el Español, donde surgieron figuras míticas como el portero Zamora y Samitier; en dicha senda le siguió Madrid, con el Madrid F. C., la Gimnástica y el Atlético de Aviación[54]. Pronto se incorporaron a la pasión futbolística otras ciudades y regiones de España, como Valencia y Andalucía.

El deporte, y en especial el fútbol, también fue una práctica que se fue extendiendo entre las filas de los jóvenes trabajadores. En los años veinte fueron constituyéndose clubs y equipos de barrios, oficios y empresas. Algunos de ellos alcanzaron un notable nivel deportivo, como el de la Ferroviaria en Madrid, cuyo campo en las proximidades de la estación de ferrocarril de Delicias se llenaba con la afición procedente de los trabajadores del ferrocarril y del populoso barrio de Arganzuela, zona de expansión indus-

---

[52] Á. Bahamonde, *El Real Madrid…*, ob. cit., págs. 48-49. L. E. Otero Carvajal, «Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas…», ob. cit., págs. 169-198.

[53] El ciclismo se convirtió en esos años en un deporte popular, cuyos avatares eran seguidos por la prensa de la época, sobre todo la ronda francesa. El *Tour* ya se había convertido en un gran acontecimiento deportivo cuyas vicisitudes eran seguidas por los periódicos españoles, incluida la prensa socialista. También su práctica se popularizó y el Partido Socialista no permaneció ajeno a tal acontecimiento. En 1930 funcionaba el *Grupo ciclista de propaganda* de carácter socialista: «Se pone en conocimiento de todos los camaradas que forman este Grupo que la excursión a Fuenlabrada suspendida por el mal tiempo se ejecutará mañana domingo…». *El Socialista*, sábado 3 de mayo de 1930.

[54] Á. Bahamonde, *El Real Madrid…*, ob. cit., pág. 43.

digitalia
www.digitalia.us

trial y residencia trabajadora del Madrid del primer tercio del siglo XX[55]. En 1930 escribía Joaquín Soto:

> … antes los jugadores habían de conformarse con un terreno cualquiera. Los campos eran solares o descampados con medianas […] Recordamos los descampados y solares que hoy ocupan las calles de Gaztambide, Fernando el Católico y otras de Argüelles y Vallermoso [en Madrid]. Lo mismo se aprovechan estos terrenos para partidos de fútbol, […] que en la instrucción de reclutas, que eran teatro de las encarnizadas pedreas que sosteníamos los rapaces del barrio […] Luego, a lo mejor, sucedía que en pleno partido, un carro, con una larga reata de mulas, atravesaba el campo, o bien el público invadía éste para ver mejor o más cómodamente, o bien para exteriorizar su disgusto o entusiasmo […] Hoy, ya es otra cosa […] La Pradera del Corregidor se convierte todos los domingos y fiestas de guardar en un extenso campo de fútbol. En la playa de San Sebastián y en los arenales de la bahía santanderina […] se celebran infinidad de partidos[56].

La *Edad de Plata* de la Ciencia en España

La Universidad española del siglo XIX se había caracterizado por la precariedad de medios, la escasa renovación de sus estudios —muchos de ellos anquilosados en las viejas estructuras y contenidos de la época de la Contrarreforma—, así como la alergia, cuando no abierta oposición, a las corrientes racionalistas y a las nuevas corrientes científicas y de pensamiento.

Al iniciarse el siglo XX la ciencia española, salvo en el campo de las ciencias biomédicas, se encontraba en un marcado estado de postración. La sempiterna escasez de recursos públicos, el escaso desarrollo económico del país y el anquilosamiento de las estructuras universitarias hacían prácticamente inviable la investigación científica. Las excepciones que existieron, y de las cuales Cajal fue la figura más descollante, fueron posibles merced a una férrea voluntad, capaz de sobreimponerse a la penuria de medios, habilitando laboratorios privados en los que desarrollar las investigaciones. Una situación insostenible a finales del siglo XIX. Sin instituciones científicas bien dotadas de laboratorios, aparatos y personal difícilmente se podía estar no ya en la vanguardia de la Ciencia sino tan siquiera al día de los nuevos derroteros que ésta tomaba. La época de los gabinetes privados hacía decenios que había pasado a la historia.

En España apenas se había salido de esa situación. Todavía se vivía de las rentas de la Ilustración. Instituciones científicas fundadas en aquella lejana época llevaban una renqueante vida debido a las estrecheces económicas en las que se veían obligadas a desenvolverse, caso del Museo de Ciencias Naturales o del Jardín Botánico de Madrid por citar dos de las más emblemáticas; otras acababan de nacer, como la Estación Marítima de Zoología y Botánica Experimental de Santander, fundada en 1886. Blas Cabrera en su discurso de ingreso en la Academia Española, el 26 de enero de 1936, definía la situación desoladora de la ciencia española al comienzo de la centuria: «Para ofrecer

---

[55] L. E. Otero Carvajal, «Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas…», ob. cit.

[56] Joaquín Soto Barrera, *Historia del fútbol en España*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930, págs. 22-23.

digitalia
www.digitalia.us

una imagen eficiente del pasado y del presente de la Física española yo traigo a la memoria de aquellos de entre vosotros que lo conocieron el barracón levantado en el patio del viejo convento de la Trinidad, sede del Ministerio de Fomento, donde se alojaba el único laboratorio de Física de que disponía la Universidad central. Mi generación fue la última que disfrutó de aquel humilde cobertizo[57]».

La conjunción de diversos factores hizo posible que con el nacimiento del nuevo siglo la letárgica situación de la Ciencia en España encontrara algunos senderos esperanzadores, que terminaron por cristalizar en la creación de la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* —JAE—. La crisis de 1898 y sus repercusiones internas manifestadas en lo que ha dado en llamarse el espíritu del 98[58] sobre la decadencia de España, la notable influencia entre los círculos ilustrados del cambio de siglo de la Institución Libre de Enseñanza[59], a la que pertenecían, colaboraban o se sentían a ella vinculados buena parte de los científicos más relevantes de la España del momento, y el discurso regeneracionista de amplios sectores de la política y la sociedad españolas de aquellos años hicieron que del discurso sobre los *males de la patria* derivara una mayor atención de los poderes públicos hacia las cuestiones de la instrucción pública y el calamitoso estado de la Ciencia en España. Una primera respuesta concreta fue la creación en 1900 del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y, por lo que respecta a la Ciencia, la fundación en 1907 de la JAE, que marcó sin duda un antes y un después en la historia de la Ciencia española.

La JAE fue creada por un Real Decreto el 11 de enero de 1907. Su presidente fue Santiago Ramón y Cajal hasta su muerte. Desde un principio la JAE tuvo que lidiar con la animadversión del conservadurismo español, tanto desde el Gobierno como desde la Universidad, que veían en ella un instrumento para poner en práctica el ideario de la Institución Libre de Enseñanza en la universidad española.

Con una estructura burocrático-administrativa bastante sencilla, la JAE fue capaz de optimizar unos recursos económicos escasos. Dos fueron los ámbitos en los que la acción de la JAE resultó fundamental. El primero de ellos, el impulso y gestión de las estancias en el extranjero de los profesores y jóvenes científicos españoles, con el fin de completar su formación académica y científica, a través de una política de pensiones —el equivalente a las becas actuales— que permitieron la toma de contacto con las líneas de investigación puntera de la ciencia internacional y, a la vez, establecer contacto con las instituciones científicas extranjeras. Hasta tal punto fue importante la política de pensiones que la JAE llegó a ser conocida como *Junta de Pensiones*. A lo largo de su vida la JAE recibió más de 9.000 solicitudes de pensiones, de las que se concedieron alrededor de 2.000[60]. El otro gran cometido de la Junta fue la creación de insti-

---

[57] Blas Cabrera, *Revolución de los conceptos físicos y lenguaje*, Madrid, 1936, citado en José Manuel Sánchez Ron, «Las ciencias físico-matemáticas en la España del siglo XIX», en José María López Piñero (ed.), «La ciencia en la España del siglo XIX», *Ayer*, núm. 7 (1992), pág. 70.

[58] Vicente Cacho Viu, *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; Juan Pablo Fusi y Antonio Niño, *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; José G. Cayuela Fernández (coord.), *Un siglo de España: centenario 1898-1998*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1998.

[59] Antonio Jiménez Landi, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, 4 vols.; Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Rialp, 1962.

[60] Francisco Javier Laporta San Miguel, Javier Solana, Alfonso Ruiz Miguel y Virgilio Zapatero, *La*

digitalia
www.digitalia.us

tuciones científicas que permitieran dar continuidad a la formación adquirida en el extranjero por los pensionados y rentabilizar la misma mediante la fundación de Institutos de Investigación que hicieran realidad el despegue de la Ciencia en España, uno de los principales fines para los que fue concebida. Dos fueron las grandes instituciones creadas por la JAE: el Centro de Estudios Históricos y el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales.

El Centro de Estudios Históricos —CEH— agrupó en su seno las hoy denominadas Ciencias Sociales y Humanidades, mediante la creación de distintas secciones. Entre ellas destacaron la sección de Filología, dirigida por Menéndez Pidal, las relacionadas con la Historia, a cargo sucesivamente de Eduardo de Hinojosa, Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz —responsable desde 1924 de la sección de Historia del Derecho—, Américo Castro y Pedro Bosch Gimpera, y en estudios árabes, Miguel Asín Palacios. La filología española alcanzó a través de la actividad del CEH un relevante nivel. Los trabajos publicados en la *Revista de Filología Española* y en los *Anejos de la Revista de Filología Española,* en especial los estudios sobre la época medieval, alcanzaron resonancia internacional, dando lugar alrededor de la figura de Menéndez Pidal a una competente escuela filológica. En el caso de la historiografía los planteamientos del CEH estuvieron articulados por la incorporación del historicismo alemán, dominante en el panorama historiográfico continental, y del positivismo francés o escuela metódica francesa. También Altamira comenzó a introducir la historiografía anglosajona y a llamar la atención sobre la importancia de la Sociología como disciplina necesaria para el análisis historiográfico[61].

Al Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales quedaron incorporadas algunas de las instituciones científicas más relevantes de la frágil estructura científica de la época, como el Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Museo de Antropología, el Jardín Botánico de Madrid, la Estación Biológica de Santander y el Laboratorio de Investigaciones Biológicas dirigido por Ramón y Cajal, posteriormente convertido en Instituto Cajal. A lo largo de sus años de actividad la JAE creó, dependientes del Instituto Nacional de Ciencias, el Laboratorio de Investigaciones Físicas, la Estación Alpina de Biología de Guadarrama, la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, el Laboratorio y Seminario Matemático, la Misión Biológica de Galicia y los laboratorios de Química, Fisiología, Anatomía Microscópica, Histología, Bacteriología y Serología de la Residencia de Estudiantes. Asimismo la JAE impulsó la Asociación de Laboratorios, en la que destacó la colaboración con el Laboratorio de Automática dirigido por Leonardo Torres Quevedo.

En el campo de las ciencias biomédicas, la figura de Ramón y Cajal fue el aglutinante de toda una generación de científicos que alrededor del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, por él dirigido, y los laboratorios creados por la JAE en la Residencia de Estudiantes, consolidaron la base científica precedente y abrieron el camino de

---

Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones científicas (1907-1936), Trabajo inédito financiado por la Fundación Juan March, 1980; José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1989, 2 vols., págs. 31-38.

[61] José María Lopez Sánchez, «Reinterpretar la cultura española: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 26 (2004), págs. 143-160; *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936.* Madrid, Marcial Pons, 2006.

digitalia
www.digitalia.us

toda una serie de programas de investigación entre los que descollaron la neurología, la histología y la fisiología, con especial atención al estudio del sistema nervioso. Cajal era uno de los grandes científicos internacionales del primer tercio del siglo xx, y su prestigio hizo que la revista *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas —Travaux du Laboratoire de Recherches Biologiques—* fuese referencia obligada en la ciencia internacional. La formación adquirida en el extranjero por los pensionados encontró continuidad en las líneas de investigación abiertas en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas y en los laboratorios de la Residencia de Estudiantes. La figura de Cajal atrajo a numerosos científicos extranjeros a trabajar en el Laboratorio o a colaborar en el mismo a través de cursos y conferencias. Ramón y Cajal estuvo acompañado de científicos de primera fila como Nicolás Achúcarro, histólogo y neurólogo, que tras su regreso a España desde los EE.UU., organizó y dirigió, hasta su prematura muerte en 1918, el Laboratorio de Histopatología del Sistema Nervioso en 1912, que posteriormente se incorporó como una Sección al Instituto de Investigaciones Biológicas. Por él pasaron, entre otros, Pío del Río Hortega —quien tras la muerte de Achúcarro fue nombrado su director hasta 1920, fecha en la que pasó a ser jefe del Laboratorio de Histología Normal y Patológica de la Residencia de Estudiantes—, Felipe Jiménez de Asúa y Gonzalo Rodríguez Lafora —quien en 1916 ocupó la dirección del recién creado Laboratorio de Fisiología y Anatomía de los Centros Nerviosos—. En 1916 se creó el Laboratorio de Fisiología, bajo la dirección de Juan Negrín, en el que iniciaron su actividad científica, entre otros, Severo Ochoa, Francisco Grande Covián o José María García-Valdecasas.

No menos importante fue la acción del Museo Nacional de Ciencias Naturales[62], dirigido desde 1901 por Ignacio Bolívar Urrutia, catedrático de Zoología de Articulados de la Universidad Central. El 12 de mayo de 1912, el Museo se trasladó desde sus precarias instalaciones situadas en los bajos del Palacio de Museos y Bibliotecas al Palacio de la Industria y las Artes, su actual ubicación. Bolívar fue la gran figura de la biología española del primer tercio del siglo xx; vocal de la Junta desde su fundación pasó a presidirla desde 1935 tras la muerte de Cajal. Bajo su dirección el Museo de Ciencias Naturales abandonó su lánguida existencia decimonónica y, en estrecha colaboración con la JAE, relanzó los estudios biológicos en España. Entomólogo de prestigio internacional, participó junto con Augusto González Linares en la creación de la Estación de Biología Marítima de Santander, fundada el 14 de mayo de 1886, y en 1906 del Laboratorio de Biología de Palma de Mallorca, y de la Estación alpina de Biología de Guadarrama en 1910. Fue asimismo director del Jardín Botánico entre 1921 y 1930, impulsando su renovación y modernización; y favoreció la creación en 1914 del Instituto Español de Oceanografía, al que fueron adscritos los Laboratorios de Biología Marina, bajo la dirección de Odón de Buen. Durante su gestión se relanzaron las investigaciones y trabajos de Zoología, Geología y Botánica, y se impulsó la reanudación de las publicaciones científicas del Museo con la publicación desde 1912 de los *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales*, compuestos de tres series dedicadas a Zoología, Botánica y Geología, además de las series de zoología *Genera Mammalium* y *Fauna Ibérica*, y la revista de entomología *Eos*.

---

[62] Agustín Barreiro, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1771-1935*, Aranjuez, Ediciones Doce Calles-CSIC, 1992.

digitalia
www.digitalia.us

En el campo de la Física y la Química la actividad de la JAE fue esencial para el desarrollo de ambas disciplinas en España, con la creación del Laboratorio de Investigaciones Físicas, dirigido por Blas Cabrera, transformado posteriormente en el Instituto Nacional de Física y Química. Tras la Gran Guerra, los viajes de físicos y químicos españoles, como Enrique Moles, Miguel Ángel Catalán, Arturo Duperier y Julio Palacios permitieron estrechar los contactos con algunos de los centros más importantes de la Física mundial.

La situación de la Física y la Química españolas cambió radicalmente por medio de la acción impulsada desde la JAE. No sólo se formó una selecta, aunque reducida, nómina de científicos españoles que estaban al corriente de las nuevas corrientes y teorías científicas de la Física del siglo XX, y se establecieron y estrecharon las relaciones científicas con los centros de investigación internacional punteros, también la Física española se incorporó a la ciencia internacional a través de sus propias aportaciones. Por primera vez había investigación, de alcance internacional, de la ciencia española en el campo de las ciencias físico-químicas. El apoyo económico de la Fundación Rockefeller para la creación del bien dotado Instituto Nacional de Física y Química, inaugurado el 6 de febrero de 1932, permitía pensar en la consolidación de una institución de investigación de nivel internacional.

En este breve repaso sobre la ciencia en España durante el primer tercio del siglo XX no podemos dejar de hacer mención al Institut d'Estudis Catalans[63], fundado en junio de 1907 bajo el impulso de Enric Prat de la Riba desde la presidencia de la Diputación de Barcelona, en coincidencia con la creación de la JAE. En un ambiente de reivindicación catalanista se celebró en 1902 el Primer Congreso Universitario Catalán, que reclamó mayores márgenes de autonomía para hacer realidad una universidad catalana frente al marcado carácter centralista de la Universidad española derivado del Plan Moyano de 1857[64]. El Institut d'Estudis Catalans nació inicialmente con una clara vocación de articular e impulsar los estudios sobre Arte, Literatura e Historia, en plena concordancia con los presupuestos del catalanismo cultural y político. Pronto amplió su campo de actividades, ambicionando transformarse en la gran institución defensora de la cultura catalana e impulsora de la investigación científica en Cataluña. Para ello se creó en 1911 la Secció de Ciències del Institut, que publicó la revista *Arxius del Institut de Ciència*, y la Secció de Filologia.

En aquellos años existía en Barcelona otra relevante institución científica con la que el Institut mantuvo estrechas relaciones: el Laboratorio Microbiológico Municipal. Fundado en 1886-1887, estuvo dirigido por el médico y bacteriólogo Jaume Ferrán i Clua —cuyas investigaciones dieron como resultado una polémica vacuna contra el cólera—, hasta su sustitución en 1905 por Ramón Turró. Las estrechas relaciones entre Turró y August Pi i Sunyer, catedrático de Fisiología en la Universidad de Sevilla e impulsor de la Sección de Ciencias del Institut, del que ambos formaron parte, junto

---

[63] Antoni Roca Rossell, «Ciencia y sociedad en la época de la Mancomunitat de Catalunya (1914-1923)», en José Manuel Sánchez Ron (ed.), *Ciencia y sociedad en España: de la Ilustración a la Guerra Civil*, Madrid, El Arquero/CSIC, 1988, págs. 223-252.

[64] Mariano Peset y José Luis Peset, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus, 1974; José Luis Peset, Santiago Garma y Juan Sisinio Pérez Garzón, *Ciencias y enseñanzas en la revolución burguesa*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

digitalia
www.digitalia.us

con Eugeni d'Ors y Esteban Terradas entre otros, favorecieron la colaboración entre ambas instituciones. En 1912 Turró y Pi i Sunyer fundaron, como filial del Institut, la Societat de Biologia de Barcelona, que editó la revista *Traballs de la Societat de Biologia*. Un año después, en 1913, la Sección de Ciencias apoyó la propuesta de Eduard Fontserè, director de la Sección Meteorológica y Sísmica del Observatorio Fabra, de crear la Estación Aerológica de Barcelona.

La constitución en 1914 de la Mancomunitat de Catalunya representó, hasta su disolución por la dictadura de Primo de Rivera en 1925, un importante apoyo para la Ciencia en Cataluña, a través del respaldo financiero al Institut d'Estudis Catalans y al Institut d'Electricitat i Mecànica Aplicades. A instancias de Pi i Sunyer, catedrático de Fisiología de la Universidad de Barcelona desde 1916, se financió la creación en 1920 del Institut de Fisiología. En 1934 el Institut d'Estudis Catalans y la Universidad Autónoma de Barcelona fundaron el Seminari d'Estudis Físics-Matemàtics, que a partir de 1935 se denominó Centre d'Estudis Matemàtics. Las relaciones del Institut d'Estudis Catalans con la JAE fueron bastante estrechas, favorecidas por las vinculaciones de Pi i Sunyer, Terradas o el propio Turró con la JAE, facilitando la concesión de pensiones a universitarios catalanes y a miembros del Institut.

Tras cerca de un decenio de vida la JAE estaba transformando con sus actividades, tanto por la política de pensiones como por las instituciones científicas creadas bajo su amparo —Centro de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, Asociación de Laboratorios y Residencia de Estudiantes—, el precario panorama de la Ciencia española. Los científicos más destacados de la España de la época estaban vinculados a la JAE y eran, a su vez, catedráticos de Universidad, la mayoría de ellos en la Universidad Central. Su labor docente e investigadora comenzaba a dar sus frutos. Alrededor de ellos fue forjándose una nueva generación de jóvenes investigadores con una sólida formación, obtenida de sus estancias en el extranjero —gracias a la política de pensiones— y de su incorporación a los grupos de investigación e instituciones científicas amparadas por la JAE, merced a lo cual comenzaron a ocupar puestos académicos en la Universidad, algunos de ellos como catedráticos, otros como auxiliares y ayudantes con un prometedor futuro.

Cuando en 1936 estalló la guerra civil, la ciencia española, merced a la labor de la Junta para Ampliación de Estudios, había asistido a una auténtica *edad de plata*. Los resultados de las pensiones, la creación de instituciones de investigación y el establecimiento de estrechas relaciones con instituciones y científicos extranjeros habían sido sus principales logros. Centros de investigación como el Instituto Cajal, el Instituto Nacional de Física y Química, el Centro de Estudios Históricos, el Museo de Ciencias Naturales o algunos de los laboratorios de la JAE, a pesar de la precariedad de medios con los que se habían visto obligados a desenvolverse, constituían instituciones científicas que estaban en condiciones de figurar en el panorama de la ciencia internacional. Si a ellos añadimos el Institut d'Estudis Catalans, con sus laboratorios de Bacteriología y Fisiología, podemos afirmar sin caer en exageraciones que España estaba en condiciones de establecer por vez primera en su época contemporánea un verdadero sistema de ciencia, compuesto todavía por una reducida nómina de científicos, algunos de ellos con renombre y alcance internacional, donde Ramón y Cajal había comenzado a dejar de ser la excepción que confirmaba la regla. Además, los científicos consagrados como Santiago Ramón y Cajal, Ramón Menéndez Pidal, Ignacio Bolívar, Pío del Río Hortega, Enrique Moles Ormella, Claudio Sánchez-Albornoz o Juan Negrín por citar algu-

digitalia
www.digitalia.us

nos de los más destacados, habían creado escuela y jóvenes científicos como Severo Ochoa, Grande Covián, Cándido Bolívar o Nicolás Cabrera Sánchez auguraban la continuidad de la labor iniciada por la JAE[65].

Aquellos jóvenes universitarios pensionados por la JAE se habían convertido en los años veinte y treinta en los científicos más destacados de la ciencia española del primer tercio del siglo xx. Incorporados a las cátedras universitarias mantuvieron su vinculación con los Centros, Institutos y laboratorios impulsados por la JAE. A través de ellos, la trayectoria de ambas instituciones quedó estrechamente entrelazada, favoreciendo el proceso de renovación de la enseñanza y la investigación universitarias.

Cambio e identidades sociales en la España urbana del primer tercio del siglo xx

El ritmo de los cambios fue desigual entre las grandes ciudades y las poblaciones de dimensiones más reducidas, pero aun en estas últimas esta transformación también estaba alterando el tranquilo transcurrir de la vida urbana de España durante el primer tercio del siglo xx. Un proceso que se aceleró en los años veinte y en la II República. Una nueva era estaba naciendo, con todas sus promesas e incertidumbres, despertando simultáneamente esperanzas y temores. En ella convivieron contradictoriamente el *mundo de ayer* con un porvenir que ya se hacía presente.

Transformación que alcanzó al conjunto de la trama urbana española, incluidas las pequeñas ciudades que en la II República cobraron un dinamismo hasta entonces tímidamente apuntado. Con la irrupción en las corporaciones locales de los partidos republicanos y socialista, con la presencia de los sindicatos obreros en el mundo del trabajo, tanto rural como urbano, las coordenadas del sistema político se transformaron profundamente en el ámbito urbano, consolidando un proceso que había arrancado con los inicios del nuevo siglo, donde las viejas prácticas del caciquismo comenzaron a ser crecientemente inoperantes. Un cambio que también afectó a los viejos partidos del turno, que entraron en una grave crisis durante la etapa final de la Restauración. Las nuevas formas de organización y práctica políticas dieron lugar a una profunda renovación de los viejos partidos de notables. Los avances en el proceso de socialización de la política y la utilización de los nuevos medios de comunicación de masas, con la creación de nuevas cabeceras de prensa asociadas a las distintas familias políticas en las que se disgregaron los partidos del turno, unidos a la pervivencia, pero también reorganización, de las viejas prácticas caciquiles y de patronazgo, permitieron extender la influencia de las viejas redes de poder social y político durante el primer tercio del siglo xx; bien es cierto que con crecientes dificultades ante las nuevas formas de acción política características de la sociedad de masas y el empuje de las nuevas organizaciones sociales y políticas a ellas asociadas, tanto en sus versiones reformistas como obreras y conservadoras.

No sólo cambiaron las coordenadas del sistema político. También el lento transcurrir de la vida urbana de las ciudades medias se aceleró, trastocando las viejas jerarquías

---

[65] Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la Ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006; Jaume Claret Miranda, *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.

digitalia
www.digitalia.us

sociales, con la aparición de nuevos sujetos, conforme las clases laboriosas se fueron transformando en clases trabajadoras, con la irrupción de las organizaciones obreras y patronales. También la economía urbana se dinamizó, con nuevas oportunidades de negocio, de la mano de la intensificación de los intercambios, la ampliación de los mercados o los nuevos sectores y funciones de una sociedad cada vez más compleja, en la que las obras públicas desempeñaron un papel de primer orden, con la creación de nuevas infraestructuras, urbanización de las calles, expansión de las redes de alcantarillado y agua, alumbrado público —primero por petróleo y gas, más tarde por energía eléctrica— y la progresiva extensión de las redes telefónicas y eléctrica a un número creciente de hogares. A pesar de todo, las ciudades de dimensiones medias eran, mayoritariamente, más industriosas que industriales, y los cambios económicos y sociales evidentes en las calles y plazas convivían con las viejas realidades de una economía y una sociedad tradicional que se resistía a desaparecer. Todavía el peso del mundo rural y de la vieja ciudad de los oficios y del comercio tradicional marcaba la impronta de sus perfiles urbanos y de las representaciones y percepciones sociales de amplios segmentos de la sociedad del primer tercio del siglo xx. El tañer de las campanas convivía, eso sí, cada vez más conflictivamente, con la sirena de las manufacturas. Los carros y carruajes comenzaban a ser avasallados por los automóviles y camiones. Las cofradías y procesiones compartían cada vez más el espacio urbano con las casas del pueblo y las manifestaciones. Se celebraba el Corpus pero también el 1.º de mayo[66].

En consecuencia, las respuestas sociales estuvieron cargadas de ambivalencia en todos los segmentos de la sociedad, lo nuevo convivía con lo viejo, la fascinación con el miedo. Tradición y modernidad se conjugaron en una ecuación desequilibrada y desequilibradora, en función de las distintas percepciones y actitudes ante un mundo en rápida transformación económica, social, política y cultural, que se distribuyeron heterogéneamente entre los distintos grupos y clases sociales, dando lugar a respuestas complejas en las que podían estar simultáneamente presentes, y en combinaciones

---

[66] Joan Anton Carbonell, *Molins de Rei: vida social i política (1868-1936)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991; X. Fernández Prieto, M. Núñez Seixas, A. Arteaga Rego y X. Balboa (coords.), *Poder local, elites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago, Universidade de Santiago, 1997; Carmen Frías Corredor y Miriam Trisán Casals, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987; Conxita Mir, *Lleida (1890-1936): caciquismo polític i lluita electoral*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1985; M.ª Antonia Peña Guerrero, *Clientelismo político y poderes periféricos durante la Restauración. Huelva (1874-1923)*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998; María Teresa Pérez Picazo, *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia (1875-1902)*, Murcia, Institución Alfonso X el Sabio, 1979; Joan Puigbert, *La Girona de la Restauració. Girona, 1874-1923*, Girona, Diputació de Girona-Ayuntament de Girona, 1995; A. Rivera Blanco, *La ciudad levítica…*, ob. cit.; Pedro Rújula López, *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Zaragoza, GEMA, 1997; Francisco Javier Salmerón Giménez, *El caciquismo en la zona norte de Murcia (1891-1910): bases sociales del poder local en los distritos electorales de Cieza, Yecla y Mula*, Murcia, Universidad de Murcia, 1999, ed. en CD-Rom; Rafael Zurita Aldeguer, *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante, 1875-1898*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996; J. Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga …*, ob. cit.; J. Romero Maura, *La rosa de fuego…*, ob. cit. José Luis Oyón Bañales (coord.), *Urbanismo, ciudad, historia. II.— Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Manresa, Angle, 1998; Juan José Gallardo Romero y Jose Luis Oyón Bañales, *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Barcelona, Carena, 2005; Francisco Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo: acción colectiva y organización obrera, Madrid, 1901-1923,* Madrid, Cinca, 2006.

digitalia
www.digitalia.us

diversas, tradición y modernidad, temor y esperanza, según la experiencia individual y social de las personas y su inserción socioespacial. Se conjugaron sentimientos y lealtades contradictorios de variada procedencia —social, cultural, espacial— de pertenencia e identidad. Por ello resultan excesivamente reduccionistas aquellas reconstrucciones históricas que, desde planteamientos dicotómicos, plantean la comprensión de la dinámica histórica en términos de oposiciones binarias entre tradición versus modernidad, reacción versus revolución, estructuradas a partir de las elaboraciones más depuradas de los distintos discursos sociales en disputa[67].

Las tradiciones políticas, su permanencia o irrupción, deben ser contempladas tanto en sus dimensiones temporales como espaciales. La persistencia de las tradiciones republicanas en ciudades de dimensiones medias o en determinados barrios de las ciudades, normalmente los pertenecientes a los viejos centros históricos donde prendieron con fuerza desde el Sexenio democrático, frente a otros de más reciente construcción, en los que la presencia de población recién llegada era más notable. La progresiva implantación y la desigual distribución de la presencia socialista, anarquista o del catolicismo social en los núcleos urbanos tiene que ser contemplada además de por las tradiciones laborales y sociales precedentes, por la tradición y cualificación del oficio, por el momento de llegada de los primeros militantes obreros, pero también por el espacio urbano donde encontraron un ecosistema propicio para prender y expandirse, puesto que en el proceso de arraigo y expansión de las nuevas organizaciones obreras se observan diferencias espaciales que deben ser explicadas, para la cabal comprensión de las nuevas dinámicas sociales y políticas asociadas al nacimiento de la sociedad de masas. Los procesos de socialización de la política no pueden quedar disociados de los ecosistemas sociales en los que éstos tuvieron lugar, a la hora de explicar la persistencia de determinadas tradiciones políticas como el republicanismo o la irrupción de las nuevas ideologías del fin de siglo, pero también de las resistencias y ritmos desiguales en su implantación.

Igualmente, en la construcción de las identidades y en las respuestas personales y sociales las clasificaciones dicotómicas conducen a reduccionismos que con su simplificación ocultan más que ilustran la compleja realidad social. Una persona podía estar simultáneamente afiliada al partido socialista y a una cofradía religiosa, ser pendenciero en el barrio y sumiso en el trabajo, moderno en lo público y tradicional en lo privado, radical en lo político y conservador en lo social, manifestando una u otra dimensión de su personalidad individual o social en función de la coyuntura o del espacio de socialización en el que se encontrara. En una persona o grupo social podían convivir simultáneamente distintas sociabilidades en función del ecosistema social en el que se desenvolviera: trabajo, barrio u hogar. La sociabilidad de los obreros no era la misma en el trabajo, en la taberna o en el hogar, como bien sabían los primeros socialistas, con Pablo Iglesias a la cabeza; ni la del burgués en el despacho, en el casino, en el burdel, en la iglesia o en la casa; ni la de las mujeres en la orilla del río cuando se reunían para lavar, en la iglesia, en el patio de vecindad o en el hogar; ni la de la señora en el salón, en el paseo, en la compra o en la casa. En tiempos de estabilidad social las distintas facetas

---

[67] Luis Enrique Otero Carvajal, «La reducción de escala y la narratividad histórica», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2007), págs. 245-264; «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», ob. cit.

digitalia
www.digitalia.us

conformadoras de la personalidad individual y social podían convivir en aparente armonía. Sin embargo, en coyunturas de crisis una u otra dimensión podía cobrar un protagonismo desmesurado, en función de la percepción del riesgo y el peligro o de la esperanza y la ilusión. Quien podía ser exaltado en una coyuntura podía ser conservador en otra.

Por otra parte, la tendencia hacia la uniformidad, característica de la Modernidad, a través de sus valores universalistas, basados en la razón ilustrada, y la revolución de las comunicaciones, con su dilatación del espacio y aceleración del tiempo, convivían, en una ecuación variable, con la tendencia hacia la particularidad, en la que la tradición y las dimensiones espaciotemporales locales gozaban de un importante peso. Ambos sistemas de referencia se conjugaban en diferentes escalas de intensidad en función de las distintas dimensiones de los espacios urbanos, configurando diferentes ritmos de evolución histórica, según los distintos barrios de las grandes urbes del primer tercio del siglo xx, los ecosistemas económicos y sociales donde se integraran los núcleos urbanos, industriales o agrarios, la naturaleza y funcionalidad de los perfiles dominantes de las ciudades o sus distintos barrios, o sus dimensiones espaciales. En las grandes urbes los avances de la uniformidad resultaban más notables que en las ciudades de menor tamaño y carácter más tradicional, tanto en las percepciones y representaciones espaciotemporales y sociales de sus habitantes como en los estilos de vida y costumbres, y en los procesos de socialización y sociabilidad. Los ritmos fueron distintos y sus resultados desiguales, pero en el conjunto de la trama urbana española del primer tercio del siglo xx los avances de la Modernidad fueron por delante en la transformación de los modos y estilos de vida de los ciudadanos que en el anquilosado sistema político de la Restauración. La realidad social, económica y cultural de la España urbana se estaba transformando más rápidamente de lo que sus propios protagonistas podían intuir y el sistema político de la Restauración estaba dispuesto a aceptar.

Si el sistema político de la Restauración daba claras muestras de su incapacidad de adaptarse a las transformaciones de la sociedad de masas, no sucedía lo mismo respecto de los cambios que se estaban produciendo en las calles de las principales ciudades del país, con Madrid y Barcelona como las dos abanderadas de una Modernidad cada vez más cosmopolita, expresada en la irrupción de las vanguardias artísticas entre las nuevas generaciones urbanas que miraban más a Europa y Nueva York que al Cid y a Isabel la Católica. La generación del 27 fue con García Lorca, Buñuel y Dalí la expresión más acabada de los senderos por los que la España urbana se deslizaba para espanto de los sectores tradicionalistas y católicos, alérgicos a la Modernidad en todas y cada de sus expresiones.

digitalia
www.digitalia.us

Nuevas formas y espacios de sociabilidad al filo del siglo XX

Elena Maza Zorrilla
Universidad de Valladolid

Las reglas del juego

El asociacionismo constituye un excelente prisma para observar la articulación de la sociedad civil en la relación no siempre fluida con los poderes públicos. El diálogo que ambos entablan en la España de la Restauración se halla sembrado de desencuentros, por cuanto es preciso conocer las normas que rigen la partida.

Como es sabido, el arraigo de una legislación favorable al reconocimiento asociativo no resulta fácil en la España contemporánea. La Constitución de 1869 sitúa, por primera vez, el derecho de asociación entre los fundamentales del ser humano («derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana que no sean contrarios a la moral pública[1]»). Tras el Sexenio Democrático, el texto constitucional canovista asume el juego asociativo con una gran desconfianza, de manera lacónica, descafeinada («derecho a asociarse para los fines de la vida humana»), y deja su desarrollo al arbitrio de una ley orgánica que sintomáticamente tardará once años en llegar.

En la práctica, el funcionamiento asociativo en estos primeros tanteos de la Restauración se circunscribe a las vertientes consideradas inofensivas: recreo, instrucción,

[1] Por *Circular del 23 de noviembre de 1871*, se reitera la legítima presión de las sociedades obreras en la defensa de sus intereses ya que, a efectos penales, sólo vulnera la moral pública el hecho calificado de «delito o falta» en el vigente *Código de 1870*. El golpe de Pavía supone un cambio radical al ser prohibidas todas las asociaciones que atenten «contra la propiedad, la familia y demás bases sociales», ordenándose la disolución de cuantas «de palabra u obra conspire(n) contra la seguridad pública, contra los altos y sagrados intereses de la patria, contra la integridad del territorio español y contra el poder constituido» *(Decretos del 10 de enero y 18 de julio de 1874).*

digitalia
www.digitalia.us

beneficencia, caridad, previsión, socorros mutuos, cooperación, confesionalidad, amén del juego político limitado a los partidos dinásticos[2]. La coartada de la moral pública y el interés general resulta eficaz para ahuyentar actitudes molestas, caso del anarquismo, declarado «contrario» a dicha moral y recurrentemente perseguido[3].

Desde las postrimerías del XIX el panorama cambia merced a una serie de disposiciones sagastinas, que podemos calificar de hitos históricos. Me refiero a la acalorada discusión entre conservadores (Fernández Villaverde, Marqués de Vadillo), republicanos (Labra, Azcárate), y liberales (Sánchez Pastor, Moret, Garijo y Lara, Santa María)[4], que se salda con la aprobación de la Ley del 30 de junio de 1887, rectora de la disciplina de las asociaciones de forma directa o supletoria hasta el franquismo[5]. A esta Ley de Asociaciones[6] cabe sumar la del 26 de junio de 1890, que implica el reconocimiento jurídico del sufragio universal masculino[7]. Ambas normas, junto a la Ley de Imprenta de 1883, la del Jurado y la delimitación de la libertad de expresión y reunión, independientemente de desviaciones futuras, introducen a los españoles por derroteros de madurez y responsabilidad[8].

¿Por qué estas aperturas? Las cesiones en el ámbito asociativo persiguen, entre otros objetivos, calmar los ánimos y articular una infraestructura colaboracionista en la resolución de problemas socioeconómicos (previsión, cooperativas, mutualidades), políticos (convivencia de los partidos dinásticos y una oposición no maximalista), y culturales (alfabetización, instrucción popular). Esta sutil complicidad diseñada desde arriba se acompaña de un salto cualitativo en la acción social del Estado, que pasa de la

---

[2] Nominalmente se reconoce a las clases trabajadoras «aptas para el amplio ejercicio del derecho de asociación, y dignas del apoyo del Estado y de la cooperación de las clases que representan al capital». El relevo liberal de 1881 propicia un interesante proyecto de ley de asociaciones defendido por Venancio González, ministro de Gobernación, precedente de la normativa posterior.

[3] «La Asociación fundada en la anarquía y el colectivismo con el propósito de emprender y sostener la lucha del trabajo contra el capital, y de los trabajadores contra la burguesía, es contraria a la moral pública, pues contradice la autoridad y la propiedad industrial», «Sentencia del Tribunal Supremo de Justicia emitida el 28 de enero de 1884», en Antonio Martín Valverde y cols., *La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987, pág. 179.

[4] Véase Manuel R. Alarcón Caracuel, *El derecho de asociación obrera en España (1839-1900)*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975, págs. 462-469.

[5] Se trata de una disposición procedimental basada en el sistema preventivo de autorización administrativa, regulador de los cauces que debe seguir la autoridad para disciplinar las asociaciones y éstas para su constitución y funcionamiento. Además de superar la interinidad al uso, liberaliza el ejercicio asociativo dejando fuera de su jurisdicción el lucro y la ganancia, las sociedades civiles o mercantiles, las religiosas católicas y las sometidas a leyes especiales. La obsesión de sus redactores por el orden público explica las numerosas prerrogativas reservadas para la administración (registro especial en los Gobiernos civiles, certificación acreditativa, interrupciones, suspensión con confirmación y garantía judicial), amén de un rosario de obligaciones que deben asumir los socios fundadores y directivos (Reglamentos, acta de constitución, libros de cuentas, juntas y afiliados, cargos, informes, modificaciones).

[6] «Ley de 30 de junio de 1887. Asociaciones», en A. Martín Valverde y cols., *La legislación social*…, ob. cit., págs. 173-175.

[7] Véase Javier Tusell (ed.), «El sufragio universal», *Ayer*, núm. 3 (1991); y Carlos Dardé, «Significado político e ideológico de la Ley de Sufragio Universal de 1890», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, núm. 10-11 (1993-1994), págs. 67-82.

[8] Véase Ángeles Barrio, «El derecho de asociación en la crisis de fin de siglo. España e Italia», en Silvana Casmirri (ed.), *Intorno al 1898. Italia e Spagna nella crisi di fine secolo*, Milán, Franco Angeli, 2001, págs. 137-157.

digitalia
www.digitalia.us

acostumbrada tutela a la intervención[9]. El poder público decide mediar en el conflicto por la vía reformista y la institucionalización de la acción social[10]. De esta forma, la denominada «cuestión social», conflicto emergente entre el mundo del capital y el del trabajo, se convierte en el principal ariete de la apuesta reformista

Este importante giro del Estado tutelar al intervencionista, materializado en el primer tercio del siglo XX, parte de la regulación de unas condiciones mínimas, tarea encargada a la Comisión e Instituto de Reformas Sociales[11]. De ahí deriva al régimen de libertad subsidiada, bajo los auspicios del Instituto Nacional de Previsión, y a los seguros sociales obligatorios inscritos en la órbita del Ministerio de Trabajo[12]. De la lentitud del recorrido da prueba que, al advenimiento de la Segunda República, el retiro obrero seguía siendo el único seguro obligatorio aplicado en España, notoriamente rezagada en estas cuestiones respecto a sus vecinos europeos.

En el agotamiento del modelo restaurador de integración armónica comparten culpa ambos partidos gubernamentales. La táctica del aplazamiento y la excusa del «intervencionismo científico» salpican por igual a liberales y conservadores. La arritmia legal y la escasa predisposición de los agentes sociales ante las nuevas expectativas (rechazo obrero e inobservancia patronal), constituyen factores determinantes del aludido fracaso.

En suma, arrancar el timón asociativo en plena crisis finisecular quizá no sea el mejor despegue para un viaje lastrado por una inestabilidad política, incapaz de consensuar una forma sólida de gobierno y de Estado. El acompasamiento del anquilosado sistema político al proceso de transformación social fraguado en las primeras décadas de la nueva centuria va a resultar muy problemático.

---

[9] Véase Manuel Carlos Palomeque López, «La intervención normativa del Estado en la "cuestión social" en la España del siglo XIX», en Mariano Esteban de Vega (ed.), «Pobreza, beneficencia y política social», *Ayer*, núm. 25 (1997), págs. 103-126; y María Dolores de la Calle, «Sobre los orígenes del Estado social en España», ibíd., págs. 127-150.

[10] Véase Ana M. Guillén, *El origen del Estado de Bienestar en España (1876-1923): El papel de las ideas en la elaboración de políticas públicas*, Madrid, Estudios Working Papers, 1990. Para una visión supranacional, Gerhard A. Ritter, *El Estado social, su origen y desarrollo en una comparación internacional*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991; Peter Baldwin, *La política de solidaridad social. Bases sociales del Estado de bienestar europeo, 1875-1975*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992; y Francis Démier, *Histoire des politiques sociales. Europe, XIX^e-XX^e siècles*, París, Seuil, 1996.

[11] AAVV, *El reformismo social en España. La Comisión de Reformas Sociales*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Cajas de Ahorro de Córdoba, 1987; María Dolores de la Calle Velasco, *La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989; Juan Ignacio Palacio Morena, *La institucionalización de la reforma social en España, 1883-1924: La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988; y *La construcción del Estado social en el centenario del Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Consejo Económico y Social, 2004.

[12] Véase Feliciano Montero García, *Orígenes y antecedentes de la previsión social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988; Josefina Cuesta Bustillo, *Hacia los seguros sociales obligatorios. La crisis de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988; y Mercedes Samaniego Boneu, *La unificación de los seguros sociales a debate. La Segunda República*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988, vols. I, II y III de *Los Seguros Sociales en la España del Siglo XX,* coord. por María Dolores Gómez Molleda.

digitalia
www.digitalia.us

La percepción de que Estado y sociedad durante el reinado alfonsino siguen caminos distintos, mientras el primero manifiesta su ineficacia y cansancio, la sociedad experimenta hondas mutaciones, aparece en cualificados testigos del momento[13]. Ortega habla en 1914 de una España vieja, la política, la oficial, y una España joven, la real, la social. También Azaña explica la crisis de 1917 como resultado de un conflicto entre la modernización socioeconómica y la persistencia de un orden político obsoleto. Un peso «muerto, caduco y corrupto» en palabras de Azorín. Todos ellos coinciden en la necesidad de un giro profundo en la vida política, en el paso de un régimen oligárquico a la democracia y la incorporación de las masas a la vida pública. El problema estriba en averiguar la manera de consumarlo.

Desde el punto de vista ideológico, al menos hasta la crisis de 1917, se detecta la paradoja de una clase dirigente convencida de la necesidad de proteger al trabajador (primeras leyes laborales) y, al mismo tiempo, protegerse de la amenaza que supone su unión en asociaciones, a las que reprime cuanto puede[14]. Resulta por tanto difícil medir la participación social desde una óptica de clase (capital/trabajo, patronal/obrera), expresiva de los cambios socioculturales. Con todo, el nuevo siglo dibuja el momento en que las masas comienzan a asomar activamente a la vida laboral y política en forma de organizaciones sindicales y partidos de clase.

¿Cómo utilizan los españoles el (re)conquistado derecho de asociación? Las fuentes disponibles condicionan la respuesta a la vez que marcan los cortes cronológicos y su obligada crítica. Al tratarse de una documentación emanada de organismos oficiales se perciben desviaciones intencionadas, errores involuntarios e inexactitudes defensivas que aconsejan acentuar las precauciones.

El Instituto de Reformas Sociales elabora estadísticas asociativas en 1904 y 1916, con cifras sobre el contingente de asociados y su reparto interno en el primer recuento, y con datos sobre entidades patronales y mixtas, además de las obreras, en el balance posterior. El soporte documental son los libros de registro de los Gobiernos civiles, desde donde remiten a Madrid los listados provinciales. Ambas fuentes optan por una diferenciación tipológica según un criterio sociológico (obreras en 1904; patronales y mixtas añadidas en 1916), o en función de su objetivo específico (ahorro, cooperación y previsión).

El carácter pionero de la averiguación de 1904 («esta Estadística de la Asociación obrera es la primera de su clase»), paga el precio de la inexperiencia, la falta de colaboración (responde al interrogatorio el 64 por 100 del total censado), y las reticencias que la indagación suscita («cuando se haya difundido… que no pueden producir sino ventajas esta clase de investigaciones»)[15]. Sus propios redactores son conscientes de los

---

[13] Melchor Fernández Almagro, «Nota preliminar» a *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1933.

[14] Véase Antonio Montoya Melgar, *Ideología y lenguaje en las leyes laborales de España (1873-1978)*, Madrid, Civitas, 1992, págs. 30 y sigs.

[15] Instituto de Reformas Sociales (IRS), *Estadística de la asociación obrera en 1.º de noviembre*

digitalia
www.digitalia.us

riesgos que entraña dicha tentativa[16]. Según cálculos provisionales del Instituto, las 5.609 asociaciones cuantificadas prueban una tendencia creciente del asociacionismo y un ritmo igualmente alcista de la afiliación, sin perder de vista la debilidad de partida[17].

Además de la curva ascendente interesan sus alteraciones internas. En primer lugar, la decantación de la clase obrera hacia opciones reivindicativas y de cuño sindical contempladas en la normativa vigente (1.147 sociedades de resistencia de las 1.867 catalogadas como obreras y la mitad de los asociados detrás). La reivindicación «inexistente» en la España decimonónica consolida en estos años su papel hegemónico dentro del entramado asociativo obrero. Así lo acredita su indiscutible liderazgo del mundo del trabajo y el hecho de duplicar, con holgura, el techo alcanzado por las demás opciones.

El nuevo siglo parece también el momento esperado para alzar la voz los habituados al silencio. Es el caso, dentro de la España del interior, de algunos obreros vallisoletanos, palentinos, zamoranos y leoneses, que despiertan de su letargo al descubrir las ventajas de la solidaridad reivindicativa. Como puso de relieve Thompson, la relación solidaria constituye la entraña de la génesis del mundo proletario[18]. Una relación no sólo articulada mediante formas modernas de compromiso social, sino también a través de hábitos compartidos identificadores de su condición[19]. Los sucesos ocurridos en el verano de 1904 en Tierra de Campos, insertos en una dinámica de conflicto inusual en Castilla, desbaratan esquemas y fuerzan a adoptar medidas preventivas. La *Información agraria* recopilada por el Instituto de Reformas Sociales contiene expresivos datos sobre estos acontecimientos y la mentalidad de sus protagonistas, propietarios y segadores[20].

Para los trabajadores castellanos, la vía asociativa en pro de mejoras laborales —sociedades de resistencia— confirma la efectividad de su unión y que la mejor defensa es un buen ataque («la libre iniciativa de los obreros para acordar la asociación como medio de realizar mejoras»). El ejemplo de Palencia resulta interesante por su incipiente rebeldía en una zona tradicionalmente desmovilizada. De su adormecida estampa contemporánea daba cuenta la *Información oral y escrita* elaborada en los años ochenta por la Comisión de Reformas Sociales, que reconocía la endeblez asociativa de la provincia y la conveniencia de alterar este perfil: «en España sucederá lo que ha sucedido en todas las naciones cultas del mundo: que los obreros, amparados por la libertad, podrán con

---

de 1904, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1907; y *Estadística de las instituciones de ahorro, cooperación y previsión en 1.º de noviembre de 1904*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1908.

[16] «Acaso esta proporción lograda la primera vez que se intentaba un censo parcial de las personas colectivas, no es pequeña, si se consideran las dificultades que han encontrado los censos de las personas individuales y la importante ocultación que, al parecer, existe en ellos», IRS: *Estadística de la asociación obrera*…, ob. cit., pág. 7.

[17] Un total de 3.108 asociaciones según el boceto nacional de 1887. Véase «Resumen de las Sociedades de todas clases existentes en España en el día 1.º de enero de 1887, con expresión de su objeto según los datos oficiales facilitados a esta Dirección General», Archivo Histórico Nacional (AHN), Sección Gobernación, Leg. 575.

[18] Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977, vol. II, págs. 326 y sigs.

[19] Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000.

[20] Véase Instituto de Reformas Sociales, *Miseria y conciencia del campesinado castellano. Memoria acerca de la información agraria de ambas Castillas*, Madrid, Narcea, 1977, introducción, notas y comentario de textos por Julio Aróstegui Sánchez.

digitalia
www.digitalia.us

sus propios recursos, sin pedir nada a nadie, atender a su subsistencia económica, lograr habitaciones decentes, instruirse y socorrerse en sus necesidades[21]».

Así parecen intentarlo. Desde principios de la centuria despuntan en la capital palentina sociedades de resistencia dentro del mundo de los oficios y el proletariado urbano, con el sector de la construcción a la cabeza (247 obreros tras el Gremio de Albañiles y Peones frente a una decena de militantes en la Agrupación Socialista; véase el cuadro núm. 1)[22]. La chispa reivindicativa en pro de mejoras laborales encuentra temprano eco en la zona minera de Barruelo de Santullán, donde los afiliados a La Unión se convertirán en referente de lucha obrera y sindicalismo de clase[23].

El secular monopolio confesional y mutualista sobre el medio rural queda roto en este crítico año al surgir en Boadilla de Rioseco y Villada, principales focos de disturbios, asociaciones de resistencia coordinadoras del movimiento reivindicativo agrario. En el caso de Villada, con el mayor índice de violencia de la provincia[24], la combativa Sociedad de Agricultores tendrá que competir con la Sociedad Católica Agrícola, Industrial y Obrera de Socorros Mutuos promovida por los patronos para contrarrestar el avance del obrerismo organizado[25]. Apenas son pequeñas brechas dentro de una provincia domesticada, pero significativas de que algo se resquebraja en la España profunda.

---

[21] Comisión de Reformas Sociales, *Información oral y escrita, practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883*, Madrid, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1893, tomo V, páginas 490-578 («Palencia»). Edición facsímil en Santiago Castillo (ed.), *Reformas Sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, 5 vols. Para mayor información, María Blanca Herrero Puyuelo, *La Comisión de Reformas Sociales en Palencia (1884-1903)*, Palencia, Ayuntamiento de Palencia, 1990.

[22] Véase Elena Maza Zorrilla, «Sociabilidad formal en Palencia: 1887-1923», en *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1996, tomo III, págs. 425-444; y «Previsión social en Palencia: el retiro obrero, 1925-1930», en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1990, tomo III, vol. II, págs. 687-724.

[23] Del surgimiento de esta sociedad de resistencia y su trayectoria histórica se ha ocupado Jesús María Palomares, «El asociacionismo minero en el primer tercio del siglo XX. El sindicalismo minero de Barruelo (1900-1936)», *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»*, núm. 63 (1992), págs. 435-493. También consta el funcionamiento, desde los inicios de la Restauración, de una «Caja de Socorros de las Minas» para los empleados y obreros de Barruelo y Orbó. Los 900 socios alcanzados en 1904, sus recursos económicos, prestaciones y peculiar régimen interno, corroboran su atipicidad respecto a las frágiles mutualidades coetáneas.

[24] Telegramas enviados al Ministerio desde el Gobierno civil, entre el 30 de junio y el 2 de julio de 1904, atestiguan cómo se declaran en huelga los obreros del campo, de forma pacífica en Boadilla de Rioseco, y más tensa en Villada: «los obreros, reunidos en grandes grupos por caminos, impiden salir a trabajar a los que quieren hacerlo… Esto produjo alteración orden, con caracteres alarmantes… Según telegrafía Delegado Villada, por mutuas concesiones entre patronos y obreros, ha quedado satisfactoriamente solucionada la huelga de éstos». Estos hechos constituyen novedosos ejemplos en la Palencia rural de organización societaria, independientemente del triunfalismo oficial: «día 2, reunión de patronos y obreros, presidida por el Delegado del Gobernador, en la que después de amplia y razonada discusión, se acordó regular el contrato de trabajo agrícola en la forma siguiente: *segadores a destajo*: por cada carga de tierra (una hectárea) de cebada, 32 pesetas y 8 cuartillas de vino; por la de trigo, 24 pesetas y la misma cantidad de vino; por la de avena, precios convencionales según costumbre; *segadores mantenidos*: por cada carga de tierra, 17 pesetas, olla corespondiente con arreglo a los usos y 4 cuartillas de vino a los hombres, 3 a las mujeres y 3 a los apañiles; *veraneros*: libre contratación como todos; *los agosteros* de primera o conductores de carros, 130 pesetas y un carro de paja; de segunda o *aponedores*, 110 pesetas y también un carro de paja; las *pitanzas* no se impodrán, sino que será voluntario en los labradores darlas o no». Véase Instituto de Rerformas Sociales, *Memoria acerca de la información agraria en ambas Castillas encomendada a este Centro por Real Orden de 25 de junio de 1904, redactada por Adolfo Álvarez Buylla y González Alegre*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1904, págs. 45-49 y 186-187.

[25] Los Reglamentos de ambas sociedades agrícolas, la confesional bajo protección de San Isidro, domi-

digitalia
www.digitalia.us

Valladolid adquiere en esta dinámica de tensión especial protagonismo en municipios como Medina de Rioseco, Villalón y la Unión, ejes de un malestar que se extiende por toda la comarca cerealista de Tierra de Campos y que recuerda a los responsables públicos los graves incidentes de Andalucía y Extremadura del bienio anterior (véase el cuadro núm. 2). El asociacionismo obrero vallisoletano, decantado hacia la resistencia, que acapara el 72 por 100 de las asociaciones y más de la mitad de los afiliados, expresa su apuesta por la reivindicación frente a otras vías neutralizadas por los patronos[26]. La insistencia de los huelguistas en desmarcarse de rótulos políticos y poner el acento en su deterioro material[27], además de aplacar los temores de las autoridades, pretende dilucidar sus principales motivos de protesta. El entendimiento económico será por ahora su única exigencia, impermeables a estrategias revolucionarias de mayor calado[28].

Volvamos a la Estadística peninsular. Valorada en su dimensión histórica la reivindicación obrera, del panorama asociativo en 1904 asoman otros rasgos sobresalientes. Uno significativo: el tirón del mutualismo entre las clases populares que, lejos de eclipsarse, sigue escalando posiciones de manera llamativa y supone el 97,5 por 100 de la previsión. La importancia de esta práctica inmemorial en pleno siglo XX denuncia la pervivencia, pese al proclamado intervencionismo, de crónicas carencias que intentan paliarse desde abajo, desde la autodefensa y la solidaridad[29].

---

ciliada en la calle de la Estación desde su nacimiento en junio de 1904 y con 212 socios ordinarios y protectores, y la de resistencia, erigida en el mes de enero con un centenar de obreros detrás, aparecen transcritos íntegramente en IRS, *Memoria acerca de la información agraria*…, ob. cit., págs. 188-198.

[26] Sobre estas cuestiones, Elena Maza Zorrilla, «Pobreza, trabajo y sociabilidad (siglos XIX-XX)», en *Actas del Congreso Internacional «Valladolid. Historia de una ciudad»*, Valladolid, Ayuntamiento/Instituto de Historia Simancas, 1999, vol. III, págs. 859-888.

[27] «Ante todo, conviene recordar que la huelga se limita pura y simplemente a los obreros agrícolas (aún hay muchos que trabajan); que ha surgido sin intervención de agentes, como esos que dejan tras de sí un rastro de lágrimas y de penuria; que allí no es el socialismo ni el anarquismo la energía que mueve la huelga; que, en suma, se trata pura y simplemente del gran problema que a toda España conmueve. La crisis económica. Ha surgido la huelga cuando el estómago se ha vaciado sin esperanza de verse ahíto de nuevo. Ha surgido sin otro fin que buscar la solución del problema del hambre. En un largo invierno, cuando el trabajo en el campo se ha hecho imposible, el amo no ha podido emplear a sus jornaleros, éstos han arrastrado tres meses de penuria entre la carencia de salario y la carestía de la tienda y la tahona. Al fin ha hecho más todo ese aparato de la miseria que los mejores discursos de un Pablo Iglesias convencido y convincente. El sentido de la huelga está ahí: en el hambre». Véase IRS, *Memoria acerca de la información agraria*…, ob. cit., pág. 161. En la información del periódico *El Norte de Castilla* sobre los comienzos de esta huelga riosecana (día 22 de marzo de 1904), se recoge la anécdota de la devolución inmediata a la capital, en el célebre tren burra, de los anarquistas de La Progresiva, que habían acudido a la villa con intención de exponer sus ideas revolucionarias en un mitin. Algo parecido ocurre con los socialistas en Villalón y otros núcleos de Tierra de Campos. Ibíd., págs. 161-162 y pág. 24.

[28] Sirva de ejemplo el *Manifiesto de la Federación de Trabajadores de la comarca castellana*, fechado en Valladolid en 1904, días después de celebrar su Congreso (6 y 7 de mayo), en íntima conexión con el Centro Obrero de inspiración anarquista La Progresiva, mencionado en la nota anterior. Su incidencia, a corto plazo, en el desarrollo asociativo está clara para los dirigentes del Instituto de Reformas Sociales, recelosos de su objetivo revolucionario emancipador: «Aspiramos todos a la redención de la clase oprimida; a nuestra elevación moral por medio de la educación y la enseñanza; a nuestro mejoramiento material, humanizando las condiciones del trabajo; a nuestra dignificación, reivindicando los derechos de la personalidad humana, para establecer entre los hombres el imperio de la razón, la igualdad económica y la fraternidad universal». IRS, *Memoria acerca de la información agraria*…, ob. cit., págs. 20-21.

[29] Véase Elena Maza Zorrilla, «Mutualité et protection sociale en Espagne, 1887-1936», *Histoire et Sociétés. Revue européenne d'Histoire Sociale*, núm. 16 (2005), págs. 44-55. Sobre el contexto internacional, véase Michel Dreyfus y Bernard Gibaud (dirs.), *Mutualités de tous les pays. «Un passé riche d'avenir»*,

digitalia
www.digitalia.us

Las demás variantes asociativas de libre acceso escapan, en buena medida, a los gustos y el bolsillo de los españoles. Es el caso de la cooperación (274 ejemplos), la mayoría cooperativas de consumo, crédito o mixtas, con una presencia obrera muy reducida en número y ámbito geográfico. Peores resultados presentan las cajas de ahorro, tan gratas al discurso burgués como inasibles para las clases populares y con una mínima penetración en el mundo obrero (trece casos).

Pasado y futuro conforman, por tanto, la madeja asociativa en el arranque secular. Esta simbiosis de permanencias (mutualismo, armonía confesional), y cambios (contestación, movilización), trasluce una sociedad que despierta en la defensa de sus derechos, pero también revela el lastre de necesidades aún sin resolver[30].

Las estimaciones orientativas del Instituto de Reformas Sociales de 1904 adquieren nombre y apellidos en el recuento de 1916, cuya suma final —18.986 asociaciones— triplica en apenas una década la nómina anterior (véase los cuadros núm. 3 y núm. 4)[31]. La hipótesis de un ascenso paralelo de la afiliación, de la que existen testimonios indirectos, no puede ser verificada por falta de datos.

Se reafirman las líneas de atracción preferentes entre la ciudadanía: el sindicalismo dentro del mundo del trabajo (4.764 sindicatos obreros), y los socorros mutuos entre las clases populares (3.550 sociedades de previsión). La firmeza asociativa de las organizaciones patronales (6.596 experiencias), inmersas en este juego conscientes de su comunión de intereses y complicidad, junto a la pervivencia de opciones armónicas mixtas (548 ejemplos), contrarrestan el repunte obrero (7.070 asociaciones), nítidamente decantado hacia la vía sindical.

La constatación de nuevas metas no significa el eclipse de viejos asideros. El mutualismo sigue conservando el segundo puesto del escalafón obrero (967 asociaciones), si bien se halla cada vez más distante del lugar de honor, seguido de cerca por un cooperativismo en ascenso. Dentro del proletariado, la militancia política y las asociaciones de instrucción y recreo comparten cartel con las federaciones (119 ejemplos), cerrando la lista unas simbólicas referencias al ahorro, en su mayoría mutualidades escolares.

Mientras el mundo obrero profundiza en la reivindicación, el grueso de la sociedad española sigue aferrándose a los socorros mutuos, garantes de atención en momentos apurados. El hecho de que en 1916 la previsión absorba el 74,3 por 100 de las asociaciones de libre acceso, relegándose la cooperación y el ahorro a índices residuales, es un aviso de la precariedad circundante y la ausencia, a estas alturas, de una cobertura pública capaz de atemperar los contratiempos cotidianos.

En suma, todo apunta a que en estos primeros lustros del XX resistencia obrera, mutualismo popular y organización patronal conforman el trípode en que descansa la trama asociativa peninsular, muy diferente en fondo y forma al horizonte oficial decimonónico. La sociedad española removida en sus cimientos por problemas internos y exteriores empieza

---

París, Mutualité Française, 1995; y Marcel van der Linden (ed.), *Social security mutualism: the comparative history of mutual benefit societies*, Berna/Berlín/Nueva York, Peter Lang, 1996.

[30] Véase Jean Claude Vartel, *La Mutualité et les politiques sociales du XIX^e siècle à nos jours*, París, DESS Sorbonne, 1989; y Michel Radelet, *Mutualisme et syndicalisme. Ruptures et convergences de l'Ancien Régime à nos jours*, París, Presses Universitaires de France, 1991.

[31] Instituto de Reformas Sociales, *Estadística de asociaciones. Censo electoral de asociaciones profesionales para la renovación de la parte electiva del Instituto y de las Juntas de Reformas Sociales y relación de las instituciones de ahorro, cooperación y previsión en 30 de junio de 1916*, Madrid, Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1917.

digitalia
www.digitalia.us

a modificar sus parámetros habituales. Los síntomas de transformación patentes en el terreno de la sociabilidad formal, en sus nuevas fórmulas de enganche, conviven malamente con el inmovilismo que desprenden los que administran su tiempo de poder.

Y también derecho al ocio. Nuevos espacios y mercantilización de la cultura popular

Pese a encomiables esfuerzos de investigadores como Jorge Uría, uno de los que mejor conoce estas cuestiones[32], está claro que todavía sabemos más de trabajo que de ocio al bucear en las sociedades del pasado. De entrada, el derecho al ocio para el común de los mortales es una reivindicación contemporánea, versátil en matices y expresada generalmente en voz baja frente a otras aspiraciones. La búsqueda de un trabajo con cuyo salario se pueda llegar a fin de mes absorbe las energías y la imaginación de miles de españoles durante buena parte de su historia.

El significado primordial del ocio es lo excepcional. No se trata de no hacer nada sino de ocuparse en algo distinto a lo habitual que, por supuesto, se identifica con el trabajo. Mesonero Romanos afirma en sus *Escenas Matritenses* que «los hombres hacen las leyes» y las mujeres «forman las costumbres». Al margen del desequilibrado reparto y su consecuente carga ideológica, lo que nadie cuestiona en el Madrid de entonces es que ambos necesitan trabajar para poder vivir. La duración de las jornadas laborales, incluido el tiempo invertido en los desplazamientos urbanos, junto a la excepcionalidad del descanso, borran del calendario obrero el concepto de tiempo libre y su disfrute hasta fechas recientes.

La interrupción del trabajo favorece el entrelazado de vínculos sociales electivos ajenos al ámbito laboral, caldo de cultivo de una solidaridad de oficio o clase y no tanto lúdica, además de incubar un patrimonio simbólico y ayudar a desinhibir las conductas. La antropología social y cultural examina los engranajes de esta liturgia de signos externos indicadores de una identidad antropológica desencadenada a partir de mecanismos de reconocimiento y afirmación social[33]. Casi todo se ritualiza bajo una lógica, que asume como naturales e inevitables las divisiones impuestas desde el poder. Aunque los ritos estudiados por antropólogos y etnólogos no traduzcan variaciones externas significativas, con el paso del tiempo asoman nuevas formas de relación expresivas de los cambios culturales[34].

La gama de posibilidades de esparcimiento en la España decimonónica invade el territorio de la sociabilidad formal e informal, con innegables interferencias. La cons-

---

[32] Véase Jorge Uría, *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, Unión, 1996; «La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo 1999, págs. 103-144; «El camino hacia el ocio de masas. Las industrias culturales en España antes de 1914», en Luis A. Ribot García y Luigi de la Rosa (dirs.), *Trabajo y ocio en la Época Moderna*, Madrid, Actas, 2001, págs. 139-179; y «Cultura popular y actividades recreativas: La Restauración», en Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, págs. 77-107.

[33] Véase Javier Escalera, *Sociabilidad y asociacionismo: estudio de Antropología Social en el Aljarafe sevillano*, Sevilla, Diputación Provincial, 1990.

[34] Josepa Cucó, *Antropología urbana*, Barcelona, Ariel, 2004.

digitalia
www.digitalia.us

tatación de cruces proviene de miradas autóctonas y foráneas. Observadores extranjeros hablan del «interclasismo español» y la ruptura de barreras al comprobar cómo los grupos privilegiados sienten inclinación hacia rasgos antropológicos y hábitos culturales de carácter popular. La fascinación por lo diferente y lo prohibido no es nueva, al igual que la sociabilidad de imitación manifestada en ambos sentidos (mimetismo popular y burgués). El populismo de las elites, fundamentado en relaciones asimétricas, se traduce en actitudes paternalistas (caridad, beneficencia), castizas (toros, flamenco), y clientelares (apadrinamiento, mecenazgo) de probada huella peninsular.

La compartimentación didáctica, de cara al análisis histórico, entre un ocio burgués/popular, rural/urbano, masculino/femenino, se desvanece a medida que avanzamos en la contemporaneidad. Aún así, hasta la generalización del tiempo libre —a ser posible, con vacaciones pagadas por encima de la timidez semanal republicana—, la homogeneización y socialización de las costumbres, fenómenos consumados muy avanzado el siglo XX, funcionan unas prácticas de comportamiento lúdico-recreativo tipificadas por su carácter reglado o informalidad[35].

El espacio como continente de una red múltiple de relaciones sociales sirve de laboratorio para profundizar en los factores de atracción o rechazo y sus mutaciones. En el terreno informal se inscriben una serie de espacios de sociabilidad difusa, testigos de relaciones circunstanciales generadas por diferentes impulsos. Éstos pueden ser de ámbito vecinal (veladas, tertulias carentes de calendario fijo frecuentes en el medio rural y las sociedades preindustriales)[36], o bien contactos en torno a ciertos ejes viarios que invitan a la comunicación (calles, plazas, jardines, paseos). Puede tratarse de aficiones compartidas (bares, cafés, tabernas), de cauces y focos de diversión (salones, cosos, circos, teatros), o del reclamo suscitado por celebraciones periódicas de carácter festivo (ferias y fiestas patronales, efemérides, desfiles, carnavales). De esta fronda de opciones que ofrece la secularizada contemporaneidad, será la taberna el enclave más significativo de la presencia obrera. A este nivel, tanto en la diversión como en la lucha prevalecen categorías horizontales de afinidad.

Dentro de la sociabilidad formal de sello burgués resaltan entre las fórmulas decimonónicas más asentadas los Casinos, en palabras del sociólogo Bourdieu «campos del ejercicio público institucionalizado de la actividad intelectual[37]». Dicho rótulo resulta extensible a experiencias similares bautizadas con otro nombre (Círculo, Peña, Liceo, Ateneo), expresivos microcosmos de la diversidad local.

Se trata de un modelo asociativo elitista (altas cuotas y normas estrictas), un recinto de «ocio, negocio» y muchas cosas más incluida la política, como demostró Agulhon[38], en el que se satisfacen múltiples exigencias de comunicación social reflejadas en su fisonomía interna (salas de juegos, de lectura y conversación, de baile, biblioteca,

---

[35] Véase Elena Maza Zorrilla (coord.), *Sociabilidad en la España contemporánea: historiografía y problemas metodológicos*, Valladolid, Universidad/Instituto de Historia Simancas, 2002; y *Asociacionismo en la España contemporánea: vertientes y análisis interdisciplinar*, Valladolid, Universidad/Instituto de Historia Simancas, 2003.

[36] Determinados colectivos sociales nutren otro tipo de tertulias políticas, artísticas o literarias, con un componente romántico de afirmación y difusión de nuevos cánones frente a los gustos oficializados académicos.

[37] Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990; y *Cuestiones de sociología*, Madrid, Istmo, 2003.

[38] Véase Maurice Agulhon, *Le Cercle dans la France bourgeoise 1800-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, París, Armand Colin, 1977.

digitalia
www.digitalia.us

etc.). Políticos, profesionales y cuantos tienen algo que decir frecuentan estos emporios de sociabilidad lúdico-intelectual, espejos de la mentalidad dominante. Los Casinos en el ámbito de la sociabilidad reglamentada, y los bares/tabernas en el informal, condensan las fórmulas de esparcimiento más sentidas entre la burguesía y las clases trabajadoras en la España liberal.

Al filo del nuevo siglo se detectan cambios en el ocio al aflorar unos modelos propios de la sociedad de masas, que difieren de las formas tradicionales de la cultura popular. Poco a poco, ésta se va erosionando y emergen nuevos modos de consumo de bienes y servicios de ocio en creciente mercantilización abocados al surgimiento de industrias culturales.

El despliegue de nuevas formas de esparcimiento facilitará, a medio y largo plazo, la integración de los sectores populares. Las nuevas industrias culturales, por su naturaleza mercantil, tienden a superar las divisiones de clase y demás cortes conflictivos. Para su propio despegue requieren un mercado de masas, que posibilite altos niveles de producción, precios asequibles y sustanciosos beneficios. Esta misma lógica empresarial potencia un enfoque homogéneo de comunidad cultural frente a tentaciones localistas, con las posibilidades de control social que dicho planteamiento encierra.

En la implantación del ocio moderno el retraso español, por problemas de índole socioeconómica, resulta evidente. Las formas masivas requieren clientela, grupos consumidores cohesionados, una cierta capacidad económica para acceder a la diversión que exige abonar una entrada y, por supuesto, tiempo libre, incompatible con los bajos salarios y las jornadas laborales interminables. Los porcentajes de analfabetismo y las deficiencias educativas tampoco ayudan[39]. Estos factores, entre otros a que aludiré, explican las limitaciones participativas de los sectores populares en la nueva cultura del ocio, la pervivencia del modelo de consumo restringido y cómo su pleno asentamiento en la sociedad española no será realidad hasta después de 1914. Con todo, desde principios del XX se detectan señales que favorecen el proceso de transición, entre las que cabe citar la aprobación legal del descanso dominical y los cambios experimentados en los niveles de vida y consumo[40].

La comercialización del ocio e implantación de las industrias culturales afecta, de manera prioritaria, a dos espacios de sociabilidad informal del secular agrado de los españoles: los toros y el teatro, a los que luego se añaden los nuevos espectáculos de masas: el cine y el fútbol. Los *Anuarios Estadísticos* decimonónicos proporcionan temprana información sobre su papel y discurrir histórico[41]. En la España isabelina, la infraestructura ocupacional es más potente en el caso de los toros que en el teatro (más de medio millón de asientos en 1867 frente a 169.376 para los teatros), amén de que las plazas, edificios de referencia y afirmación urbana, despliegan a su alrededor toda una estrategia empresarial de inversión económica, publicidad y planificación de costes y beneficios (cartel, precios, localidades).

---

[39] Jean-François Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1993, págs. 303 y sigs.

[40] Véase Luis Enrique Alonso y Fernando Conde, *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 1994.

[41] Dichos *Anuarios*, editados por la Imprenta Nacional desde los años sesenta, enumeran, dentro de la «Estadística moral. Diversiones y espectáculos», las sociedades recreativas, entendiendo por tales «las aso-

digitalia
www.digitalia.us

La *Estadística Administrativa de la Contribución Industrial y de Comercio* permite observar, de manera indirecta, su situación al despuntar la centuria. Según dicha información, en 1900 cotizan en España 264 empresas de cosos taurinos, a las que hay que sumar 44 plazas no permanentes y casi seiscientas dedicadas a la lidia de novillos. No cabe duda que, en ese momento, esta modalidad lúdico-recreativa lidera una de las mayores cadenas de ocio mercantilizado a escala nacional. La insinuada tendencia a la baja de años sucesivos parece más bien fruto de la concentración empresarial —menos y mejores plazas—, que del desgaste o aumento de la competencia[42].

El teatro, junto a la fiesta de los toros, descuella entre las emergentes industrias culturales de calado popular. Su papel como escenario social, instrumento de comunicación y caja de resonancia de campañas y fenómenos de actualidad, se remonta a los años en que su precio excluía *de facto* a la mayor parte de los ciudadanos. La red que forman estos espacios figurativos del género literario más rentable, además de proporcionar distracción, desarrolla un organigrama productivo fortalecido por su implantación estable en provincias y su consolidada presencia en las principales capitales del reino, con Madrid y Barcelona presidiendo la lista.

A la altura de 1900 sabemos que cotizan 33 empresas de teatros estables, que otros 49 ofrecen funciones por tiempo inferior a ocho meses y 837 lo hacen por menos de un mes de representación[43]. En consecuencia, se hallan operativas en España casi un millar de empresas inmersas en un programa de remodelación interna y aumento de capacidad, con marcada tendencia alcista (el censo sube a 1.492 en el año 1914).

La crisis de la ópera y el teatro serio, que patentiza el lamentado cierre del Teatro Real en los años veinte[44], se contrarresta con el auge de espectáculos más baratos y populares cobijados bajo el término teatral: género chico, variedades, cuplé[45]. A esta multiforme oferta se incorpora el cine como un número más de las variedades —cortos de muy diversa temática—, en rápido ascenso a medida que cala su consumo y se construyen salas permanentes. Entre los nuevos espectáculos de masas asoma asimismo el fútbol, llamado a convertirse en el deporte nacional por excelencia.

Dentro del mundo obrero, a excepción de las debilidades futbolísticas y cinematográficas en ciernes, las cosas no son tan sencillas[46]. Las ofertas de ocio mercantilizado

---

ciaciones dramáticas, musicales, de baile, Círculos o Casinos y demás sociedades cuyo objeto es crear un punto de reunión para la lectura de periódicos, juegos permitidos, etc.». También proporcionan noticias sobre espacios informales de sociabilidad: «Teatros públicos y plazas de toros»; «Circos y juegos de pelota»; «Salas de billar, cafés y tabernas».

[42] Véase Adrian Shubert, *Death and Money in the Afternoom: A History of the Spanish Bullfight*, Nueva York, Oxford University Press, 1999. Existe traducción castellana: *A las cinco de la tarde: Una historia del toreo*, Madrid, Turner, 2002.

[43] Se refiere la fuente a «Empresas de teatros, entendiéndose como tales las que den funciones públicas de declamación, de canto, de espectáculos pantomímicos, coreográficos o de cualquiera otra clase». Véase Andrés Amorós, *Luces de Candilejas. Los espectáculos en España (1898-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

[44] Véase Eduardo González Calleja, *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza, 2005, págs. 272-293.

[45] Serge Salaün, *El Cuplé (1900-1930)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990; «Méritos, tapujos y vergüenzas de Talía. Los espectáculos en España hacia 1900», en Octavio Ruiz-Manjón Cabeza y Alicia Langa Laorga (eds.), *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, UCM/Biblioteca Nueva, 1999; Serge Salaün y Carlos Serrano, *1900 en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991; y Serge Salaün, Evelyne Ricci y Marie Salgues, *La escena española en la encrucijada (1890-1910)*, Madrid, Fundamentos, 2005.

[46] Tampoco en el campesinado, importante reserva de formas culturales tradicionales y persistencia de

digitalia
www.digitalia.us

suscitan recelos y un consciente rechazo desde argumentaciones económicas (precio de las entradas), e ideológicas (adocenamiento, manipulación). Las culturas vinculadas a organizaciones políticas y sindicales se resisten a la expansión de estas industrias y al monopolio cultural de las clases hegemónicas[47]. Centros Obreros y Casas del Pueblo, espacios antioligárquicos polivalentes, constituyen la alternativa anarquista y socialista al ocio lucrativo burgués. Diseñados como refugio intelectual, centros de formación y elevación moral, pretenden ofrecer a sus afiliados un conjunto de prestaciones materiales e intelectuales en contraposición al modelo alienante del recreo de pago[48]. Prueba de ello es el asentamiento nacional de una tupida malla de estas experiencias, en connivencia con otras similares (Ateneos libertarios).

Los obreros ajenos a la disciplina militante también se muestran reacios al ocio mercantilizado y prefieren, dentro de su estrecho margen de maniobra, sus propias y más baratas fórmulas recreativas que, en muchos casos, no exceden de un local mínimamente habilitado para bailes y declamaciones los días festivos. Las *Estadísticas* del Instituto de Reformas Sociales así parecen demostrarlo: en 1904 figuran 165 asociaciones obreras de recreo-instrucción, que se elevan a 335 en 1916[49]. Pese a ello, la diversión no constituye el punto fuerte del asociacionismo obrero, preocupado, como sabemos, por contingencias más apremiantes.

La lectura o difusión oral de libros y periódicos, las charlas y juegos de azar se combinan con actividades menos inocentes en algunos Ateneos obreros supuestamente apolíticos y, sin embargo, cómplices en la resistencia al ocio comercial y la expansión de las industrias culturales. Tampoco faltan ejemplos interclasistas de mecenazgo patronal perceptible en los apoyos financieros y la inclusión de una variada gama de próceres locales en la nómina de socios protectores.

La música y el deporte atraen desde siempre al colectivo obrero, que busca en las sociedades corales y el movimiento orfeonístico —Coros Clavé, Orfeón Donostiarra— una ocupación lúdica del tiempo libre y un cauce de expresión a sus aspiraciones[50]. Algo parecido ocurre con las asociaciones deportivas y otras prácticas informales (juegos de pelota, regatas, carreras), donde a la fuerza y la destreza se unen la superación y emoción competitivas. La irrupción del fútbol transformará esta variante deportiva, en principio minoritaria, en el fenómeno de masas extensible hasta nuestros días.

---

un orden más inmovilista. El ocio en el mundo agrario, desasistido de ofertas cualificadas de esparcimiento, se circunscribe prácticamente al descanso dominical y las fiestas religiosas. Cuestión aparte es su proceso secularizador contemporáneo, sus diferencias regionales e intentos de mercantilización de viejos festejos bajo el señuelo turístico del tipismo.

[47] Véase Ángeles Barrio, «Culturas obreras, 1880-1920», en J. Uría (ed.), *La cultura popular*…, ob. cit., págs. 109-129.

[48] Véase Jean-Louis Guereña, «Las Casas del Pueblo y la educación obrera a principios del siglo XX», *Hispania*, vol. LI/2, núm. 178 (1991) págs. 645-692; Francisco de Luis Martín, *Cincuenta años de cultura obrera en España*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1994; Francisco Luis Martín y Luis Arias González, *Las Casas del pueblo socialista en España (1900-1936): estudio social y arquitectónico*, Barcelona, Ariel, 1997.

[49] Véase el cuadro núm. 3.

[50] Véase Joaquina Labajo Valdés, *Aproximación al fenómeno orfeonístico en España (Valladolid, 1890-1923)*, Valladolid, Diputación Provincial, 1987; Jaume Carbonell, *Els origens de les associacions corals d'Espanya (ss. XIX-XX)*, Barcelona, Oikos-Tau, 1998; y Carmen de las Cuevas, *El Orfeón Donostiarra, 1897-1997: proyección social, cultural y educativa*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2000.

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 1.—*Asociaciones obreras en la provincia de Palencia. Año 1904*

Nº	Lugar	Nombre	Objetivo	Fundación	Socios ordinarios	Socios extraordinarios	Total socios
1	Palencia	Soc. Obreros en madera	Mejora condiciones	1900	45	-	45
2	Palencia	Agrupación Socialista	Política	1900	10	-	10
3	Palencia	Gremio albañiles y peones	Mejora condiciones	1901	247	-	247
4	Palencia	Soc. Canteros marmolistas	Mejora condiciones	1901	7	-	7
5	Palencia	Soc. Obreros agrícolas	Mejora condiciones	1901	17	-	17
6	Palencia	Soc. Obreros tipógrafos	Mejora condiciones	1901	50	-	50
7	Palencia	Soc. Obreros hierro y met.	Mejora condiciones	1902	51	-	51
8	Palencia	Soc. Obreros panaderos	Mejora condiciones	1903	20	-	20
9	Astudillo	Círculo Católico Obreros	Católica	1893	98	37	135
10	Barruelo	La Unión (obreros mineros)	Mejora condiciones	1900	170	-	170
11	Becerril de Campos	Círculo de Obreros	Instrucción-Recreo	1900	173	30	203
12	Boadilla de Rioseco	Soc. Obrera agricultores	Mejora condiciones	1904	98	-	98
13	Castromocho	Sociedad Benéfica	Socorros mutuos	1903	51	12	63
14	Cordobilla Real	La Protectora	Socorros mutuos	1902	20	-	20
15	Grijota	Soc. socorros mutuos Obreros	Socorros mutuos	1902	100	10	110
16	Herrera de Pisuerga	Soc. socorros mutuos Obreros	Socorros mutuos	1902	150	6	156
17	Osorno	Círculo Católico Obreros	Católica	1900	230	212	442
18	Piña de Campos	Purísima Concepción	Socorros mutuos	1904	53	5	58
19	Santoyo	Soc. Socorros Mutuos Obreros	Socorros mutuos	1902	141	8	149
20	Villacidaler	Soc. Catª Benéfica Obrera	Socorros mutuos	1904	50	14	64

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 1.—*Asociaciones obreras en la provincia de Palencia. Año 1904* (cont.)

Nº	Lugar	Nombre	Objetivo	Fundación	Socios ordinarios	Socios extraordinarios	Total socios
21	Villada	Sociedad de Agricultores	Mejora condiciones	1904	100	-	100
22	Villada	Soc. Catª agríc-ind. y obrera	Socorros mutuos	1904	154	58	212
23	Villahán Palenzuela	La Protectora	Socorros mutuos	1902	46	-	46
24	Villamartín de Campos	Soc. Obrera Socorros Mutuos	Socorros mutuos	1902	35	5	40
25	Villamediana	Soc. Socorros Mutuos Obreros	Socorros mutuos	1902	104	-	104
26	Villamuriel	Soc. Soc.Mut. Obreros S. José	Socorros mutuos	1897	170	10	180
27	Villarramiel	Unión Prosperativa	Socorros mutuos	1903	150	8	158
	TOTAL				2.540	415	2.955

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 2.—*Asociaciones obreras en la provincia de Valladolid. Año 1904*

Nº	Lugar	Nombre	Objetivo	Fundación	Socios ordinarios	Socios extraordinarios	Total socios
1	Valladolid	Asociación Católica	Católica	1869	1.017	169	1.086
2	Valladolid	Protectora de Cocheros	Resistencia	1890	60	22	82
3	Valladolid	Arte de Imprimir	Resistencia	1897	204	-	204
4	Valladolid	La Progresiva (Albañiles)	Resistencia	1897	325	-	325
5	Valladolid	Canteros y Marmolistas	Resistencia	1897	36	-	36
6	Valladolid	Obreros Panaderos	Resistencia	1897	100	-	100
7	Valladolid	La Unión (Obreros en madera)	Resistencia	1900	294	-	294
8	Valladolid	Obreros en hierro	Resistencia	1900	60	-	60
9	Valladolid	Obreros Alfareros	Resistencia	1901	20	-	20
10	Valladolid	Obreros Sastres	Resistencia	1901	55	-	55
11	Valladolid	Obreros agricultores	Resistencia	1902	116	-	116
12	Valladolid	Obreros de Carruajes	Resistencia	1902	24	-	24
13	Valladolid	La Piqueta (Obreros Albañiles)	Resistencia	1902	85	-	85
14	Valladolid	La Cerámica	Socorros mutuos	1896	116	-	116
15	Valladolid	Dependientes de Comercio	Socorros mutuos	1896	248	32	280
16	Valladolid	Almacenes generales Ferrocarril Norte	Socorros mutuos	1897	102	-	102
17	Valladolid	La Aurora (Camareros y Cocineros)	Socorros mutuos	1898	82	21	103
18	Valladolid	La Caridad	Socorros mutuos	1902	142	22	164
19	Valladolid	La Protectora (Confiteros y Pasteleros)	Socorros mutuos	1902	47	20	67
20	Valladolid	Orfeón Pinciano	Recreo	1892	86	31	117
21	Valladolid	El Pueblo Obrero	Instrucción	1903	111	4	115

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 2.—*Asociaciones obreras en la provincia de Valladolid. Año 1904* (cont.)

Nº	Lugar	Nombre	Objetivo	Fundación	Socios ordinarios	Socios extraordinarios	Total socios
22	Castrejón	Agricultores	Resistencia	1902	45	-	45
23	Esguevillas	Círculo Católico Obreros	Católica	1895	79	1	80
24	La Seca	Obrera Agrícola	Resistencia	1901	130	-	130
25	La Unión	Círculo Católico Patronos y Obreros	Católica	1904	64	56	120
26	La Unión	Obreros Agrícolas	Resistencia	1900	37	33	70
27	Matapozuelos	Obreros Agrícolas	Resistencia	1902	90	-	90
28	Mayorga	Círculo Católico Obreros	Católica	1904	259	109	368
29	Mayorga	Obreros Agricultores	Resistencia	1904	144	-	144
30	Medina Campo	La Unión (Obreros en madera)	Resistencia	1901	28	-	28
31	Medina Campo	La Unión (Obreros Albañiles)	Resistencia	1901	28	-	28
32	Medina Campo	Obreros industria textil	Resistencia	1901	34	-	34
33	Medina Campo	La Emancipación (Obreros Agricultores)	Resistencia	1902	168	-	168
34	Medina Rioseco	La Verdad	Resistencia	1904	41	-	41
35	Melgar Arriba	Sociedad Obrera	Resistencia	1904	20	-	20
36	Nava Rey	Sociedad Obrera	Resistencia	1901	306	-	306
37	Peñaflor	Sociedad Obrera	Resistencia	?	74	-	74
38	Pozaldez	Obrero-Agrícola	Resistencia	1902	40	-	40
39	Roales	Obrero Agrícola y Económica	Resistencia	1904	45	-	45
40	Rodilana	La Virtud (Obreros Agricultores)	Resistencia	1902	32	-	32
41	Rueda	Obrera Agrícola	Resistencia	1901	200	-	200
42	Rueda	Obreros Calzado y Oficios varios	Resistencia	1902	20	-	20

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 2.—*Asociaciones obreras en la provincia de Valladolid. Año 1904* (cont.)

Nº	Lugar	Nombre	Objetivo	Fundación	Socios ordinarios	Socios extraordinarios	Total socios
43	Rueda	Caritativa Socorros Obreros enfermos	Socorros mutuos	1873	166	-	166
44	S. Martín Valveni	Obreros Agrícolas	Resistencia	1904	13	-	13
45	S. Miguel	Obrera Agrícola y Económica	Resistencia	1904	100	-	100
46	Santervás	Asociación Obrera	Resistencia	1903	70	22	92
47	Serrada	Obreros Agrícolas	Resistencia	1903	41	-	41
48	Tordehumos	Sociedad de Obreros	Resistencia	1901	50	-	50
49	Valdunquillo	Asociación Obrera	Resistencia	1904	48	-	48
50	Villabáñez	Católica de Obreros	Católica	1904	164	-	164
51	Villabrágima	Asociación de Trabajadores	Resistencia	1901	60	13	73
52	Villalba Alcor	Obreros Agricultores	Resistencia	1904	54	-	54
53	Villanubla	La Unión Social	Resistencia	1904	72	-	72
54	Zaratán	La Caritativa	Socorros mutuos	1904	104	36	140
	TOTAL				605	59	6.647

Localización y tipología interna:

Capital: 21 sociedades y 3.551 socios. Provincia: 33 sociedades y 3.096 socios

Resistencia: 39 sociedades y 3.459 socios

Socorros mutuos: 8 sociedades y 1.138 socios

Católicas: 5 sociedades y 1.818 socios

Recreo-Instrucción: 2 sociedades y 232 socios

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 3.—*Asociaciones patronales, mixtas y obreras en España. Año 1916*

Nº	Provincia	Sociedades patronales	Sociedades mixtas	Sociedades obreras	Sindicatos	Cajas de Ahorro	Cooperativas	Socorros mutuos	Políticas	Recreo-Instrucción	Federaciones	TOTAL Asociaciones profesionales
1	Álava	21	4	54	42	-	2	5	3	1	1	79
2	Albacete	47	1	44	25	-	4	6	6	1	2	92
3	Alicante	161	22	335	226	2	20	57	15	7	8	518
4	Almería	42	3	44	37	-	2	3	-	1	1	89
5	Ávila	36	-	17	14	-	-	2	1	-	-	53
6	Badajoz	87	3	90	68	-	10	3	6	2	1	180
7	Baleares	93	57	148	106	1	8	20	6	5	2	298
8	Barcelona	434	40	677	493	-	63	90	3	17	11	1.151
9	Burgos	280	28	79	45	1	5	20	5	2	1	387
10	Cáceres	64	6	29	17	-	-	10	-	1	1	99
11	Cádiz	54	11	158	114	-	10	10	12	11	1	223
12	Canarias	70	5	33	26	-	2	2	-	2	1	108
13	Castellón	115	16	106	77	-	11	11	3	2	2	237
14	Ciudad Real	52	6	103	62	-	6	19	7	9	-	161
15	Córdoba	87	10	215	112	-	19	15	42	27	-	312
16	Coruña	195	5	278	232	3	3	21	5	9	5	478
17	Cuenca	60	4	40	7	-	2	23	3	5	-	104
18	Gerona	86	3	139	107	-	4	21	1	5	1	228
19	Granada	140	20	108	71	-	8	13	15	1	-	268
20	Guadalajara	70	1	24	16	-	-	4	1	2	1	95
21	Guipúzcoa	139	16	187	96	-	20	48	12	5	6	342

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 3.—*Asociaciones patronales, mixtas y obreras en España. Año 1916* (cont.)

Nº	Provincia	Sociedades patronales	Sociedades mixtas	Sociedades obreras	Sindicatos	Cajas de Ahorro	Cooperativas	Socorros mutuos	Políticas	Recreo-Instrucción	Federaciones	TOTAL Asociaciones profesionales
22	Huelva	37	5	87	37	-	21	10	6	12	1	129
23	Huesca	144	8	55	21	-	15	9	6	4	-	207
24	Jaén	38	4	92	68	1	3	2	11	5	2	134
25	León	156	6	80	54	-	6	9	8	2	1	242
26	Lérida	140	6	63	46	-	3	8	3	3	-	209
27	Logroño	207	16	87	79	-	1	4	1	1	1	310
28	Lugo	48	-	37	28	-	-	3	3	-	3	85
29	Madrid	233	25	366	276	3	18	54	8	4	3	624
30	Málaga	70	6	216	139	-	3	4	25	42	3	292
31	Murcia	180	12	259	160	2	18	58	5	12	4	451
32	Navarra	171	14	46	31	1	1	4	1	6	2	231
33	Orense	39	2	90	83	3	1	-	2	1	-	131
34	Oviedo	218	14	379	216	-	38	69	28	23	5	611
35	Palencia	108	9	70	40	1	2	21	4	2	-	187
36	Pontevedra	140	5	397	361	-	5	10	6	1	14	542
37	Salamanca	114	1	92	56	-	3	27	3	1	2	207
38	Santander	137	9	115	85	-	7	12	5	5	1	261
39	Segovia	91	2	28	12	-	1	13	1	-	1	121
40	Sevilla	105	10	259	150	-	47	33	11	17	1	374
41	Soria	82	2	10	4	1	-	4	-	1	-	94
42	Tarragona	298	22	188	123	-	14	14	7	25	5	508

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 3.—*Asociaciones patronales, mixtas y obreras en España. Año 1916* (cont.)

Nº	Provincia	Sociedades patronales	Sociedades mixtas	Sociedades obreras	Sindicatos	Cajas de Ahorro	Cooperativas	Socorros mutuos	Políticas	Recreo-Instrucción	Federaciones	TOTAL Asociaciones profesionales
43	Teruel	121	1	17	3	-	3	8	-	3	-	139
44	Toledo	62	7	76	59	-	1	10	4	2	-	145
45	Valencia	459	50	382	233	2	43	72	10	12	10	891
46	Valladolid	233	15	128	67	1	9	38	4	7	2	376
47	Vizcaya	206	14	388	240	1	24	53	41	18	11	608
48	Zamora	98	7	66	41	-	9	10	5	-	1	171
49	Zaragoza	328	15	89	59	-	12	5	1	11	1	432
	TOTAL	6.596	548	7.070	4.764	23	507	967	355	335	119	14.214

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 4.—*Asociaciones de Ahorro, Cooperación y Previsión en España. Año 1916*

Nº	Provincia	Ahorro	Cooperación	Previsión	Total asociaciones «no profesionales»	Total asociaciones profesionales y no profesionales
1	Álava	1	5	10	16	95
2	Albacete	2	7	10	19	111
3	Alicante	4	24	51	79	597
4	Almería	1	2	2	5	94
5	Ávila	11	3	13	27	80
6	Badajoz	7	15	35	57	237
7	Baleares	5	19	134	158	456
8	Barcelona	3	157	1.140	1.300	2.451
9	Burgos	2	5	25	32	419
10	Cáceres	23	4	47	74	173
11	Cádiz	8	11	24	43	266
12	Canarias	2	12	15	29	137
13	Castellón	5	14	56	75	312
14	Ciudad Real	3	14	55	72	233
15	Córdoba	1	23	14	38	350
16	Coruña	2	4	76	82	560
17	Cuenca	1	6	35	42	146
18	Gerona	1	39	288	328	556
19	Granada	3	9	14	26	294
20	Guadalajara	-	4	60	64	159
21	Guipúzcoa	2	10	68	80	422
22	Huelva	2	9	33	44	173
23	Huesca	3	11	57	71	278
24	Jaén	3	5	20	28	162

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 4.—*Asociaciones de Ahorro, Cooperación y Previsión en España. Año 1916* (cont.)

Nº	Provincia	Ahorro	Cooperación	Previsión	Total asociaciones «no profesionales»	Total asociaciones profesionales y no profesionales
25	León	6	-	19	25	267
26	Lérida	58	9	134	201	410
27	Logroño	10	2	13	25	335
28	Lugo	2	2	7	11	96
29	Madrid	36	11	28	75	699
30	Málaga	18	5	13	36	328
31	Murcia	5	21	54	80	531
32	Navarra	3	12	25	40	271
33	Orense	2	2	4	8	139
34	Oviedo	19	1	22	42	653
35	Palencia	1	5	41	47	234
36	Pontevedra	3	1	11	15	557
37	Salamanca	-	5	21	26	233
38	Santander	10	15	73	98	359
39	Segovia	22	4	4	30	151
40	Sevilla	45	26	30	101	475
41	Soria	2	7	7	16	110
42	Tarragona	-	23	217	240	748
43	Teruel	3	10	39	52	191
44	Toledo	8	3	55	66	211
45	Valencia	136	82	171	389	1280
46	Valladolid	4	5	43	52	428
47	Vizcaya	21	10	163	194	802
48	Zamora	2	11	23	36	207

digitalia
www.digitalia.us

CUADRO 4.—*Asociaciones de Ahorro, Cooperación y Previsión en España. Año 1916* (cont.)

Nº	Provincia	Ahorro	Cooperación	Previsión	Total asociaciones «no profesionales»	Total asociaciones profesionales y no profesionales
49	Zaragoza	15	12	51	78	510
	TOTAL	526	696	3550	4772	18986

digitalia
www.digitalia.us

España, Marruecos y las grandes potencias, 1898-1914

SEBASTIAN BALFOUR
London School of Economics and Political Science

Cualquier síntesis de las relaciones entre España y las grandes potencias en torno a la cuestión marroquí durante el período 1898-1914 tiene que abordar varios temas complejos, que van desde el contexto internacional de la redistribución colonial que desembocó en la Primera Guerra Mundial, hasta las contradicciones internas del modelo de colonialismo español. En este trabajo intentaré hacer un balance de las diferentes variables que llevaron a España a reinsertarse en la red de potencias europeas y a desempeñar un papel colonial en el norte de África con el acuerdo de dos de estas potencias.

La necesaria periodización de la historiografía a veces enmascara verdaderas continuidades. Esto es particularmente así en relación con 1898. Huelga decir que no cambiaron el sistema político, ni las elites, ni los intereses económicos. Pero la literatura reciente sostiene además que el *Desastre* tampoco marcó un cambio abrupto en la política exterior ni en la proyección colonial entre diversos sectores de la sociedad. Al contrario, mucho antes del 98, España había buscado consolidar su presencia en Marruecos y en el Golfo de Guinea ante la pérdida de competitividad en la América Latina postcolonial y en Asia del sureste[1]. Ya en 1848 había empezado a afianzar su influencia en Marruecos y en el Golfo, ampliando los territorios que controlaba, extendiendo las fronteras de Ceuta y Melilla, interviniendo en la aduana marroquí, consolidando los grupos de colonos españoles en los puertos marroquíes, y asegurando derechos de pesca cerca de las costas de Marruecos y Sahara. E independientemente del Estado, la sociedad comercial, civil y eclesiástica venía demostrando un gran interés en las poten-

[1] Josep Maria Fradera Barceló, «Prólogo. La formación de un espacio colonial repensada», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Bellaterra, 2002, págs. 9-12.

digitalia
www.digitalia.us

cialidades de Marruecos, sobre todo la burguesía catalana[2]. De modo que el período posterior al *Desastre* del 98 representó una intensificación más que un despertar del interés en la zona al otro lado del Mediterráneo.

En esta primera parte del trabajo, voy a concentrarme sobre todo en la difícil relación entre España y las potencias europeas en torno a la cuestión marroquí. No me limitaré al período de la Conferencia de Algeciras, sino que intentaré analizar todo el proceso que condujo al establecimiento de los dos Protectorados en Marruecos en 1912 —aunque jurídicamente se creó un único Protectorado, fue quedando *de facto* dividido en dos— y a la iniciación de la construcción de la administración cívica-militar española en la zona que cayó bajo su responsabilidad. Mi intención en esta parte del trabajo es esbozar una síntesis de las relaciones internacionales que llevaron a la efectiva partición de Marruecos.

Como bien se sabe, en el último cuarto del siglo XIX se había desatado un intenso proceso global de redistribución colonial en una nueva era de expansionismo, durante la que se estableció un nuevo sistema internacional multipolar. Uno de los puntos neurálgicos de este sistema era Marruecos, por su posición estratégica desde la que dominaba la entrada y salida del Mediterráneo. Por otra parte, Marruecos era el foco de una creciente rivalidad comercial entre las grandes potencias europeas. La competencia entre Francia y Gran Bretaña al inicio del proceso de redistribución, y entre Francia y Alemania unos años después, involucró a España forzosamente en la defensa de sus intereses en Marruecos y en el Sahara, por no hablar de la seguridad de las Canarias y los Baleares. De modo que no fue tanto la supuesta soledad diplomática e indefensión estratégica en las que se encontraba España al estallar la guerra hispano-americana en el 98 lo que la empujó a insertarse en el nuevo sistema multipolar (como escribí en 1999[3]), sino más bien el proceso de concurrencia entre las potencias en el norte de África, que aunque amenazaba los intereses españoles, prometía también posibles beneficios coloniales y comerciales si lograba explotar esta concurrencia.

Por una parte, la expansión francesa en el noroeste de África, resultado del acuerdo de redistribución de esferas de influencia entre Francia y Gran Bretaña en 1899[4], empezaba a representar una amenaza potencial no sólo para los intereses comerciales de Gran Bretaña y Alemania, sino también para la seguridad estratégica de aquélla. Gran Bretaña aceptaría con dificultad la penetración francesa hasta la orilla mediterránea de Marruecos por el riesgo que suponía para la seguridad de Gibraltar y el control del Estrecho, comienzo de la *calle mayor imperial*[5]. La debilidad post imperial de España dejaba abierta la posibilidad de un acuerdo entre España y Francia que podría dar acce-

---

[2] Eloy Martín Corrales, «El nacionalismo catalán y la expansión colonial española en Marruecos: de la guerra de África a la entrada en vigor del protectorado (1860-1912)», en E. Martín Corrales (ed.), *Marruecos…*, ob. cit., págs. 168-172.

[3] Sebastian Balfour, «España y las grandes potencias y los efectos del desastre de 1898», en Sebastian Balfour y Paul Preston (eds.), *España y las grandes potencias en el S. XX*, Barcelona, Crítica, 2002, págs. 1-16.

[4] George Peabody Gooch y Harold Temperley, *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914*, Londres, HMSO, 1927-1938, vol. 1: «The end of British Isolation», docs. 157-235, 132-193 (en adelante esta serie se citará como BD); Informe del 7 de abril 1899 del embajador español al Ministro de Estado, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Política, Africa, doc. no. 2285.

[5] Public Records Office, Foreign Office (en adelante PRO FO), 2066; BD, part 1, series F, vol. 2, doc. 57, pág. 60.

digitalia
www.digitalia.us

so a ésta al Estrecho, estrategia que ya contemplaban los políticos y militares franceses a comienzos del siglo[6]. Al contrario, Gran Bretaña esperaba instrumentalizar la fragilidad española para mermar la expansión potencial de Francia en el norte de Marruecos. De hecho, la política internacional británica se caracterizaba por la construcción de alianzas con potencias menores (como Italia y Portugal) para amortiguar la expansión territorial de las potencias rivales.

La oferta secreta por parte de Francia a España en 1902 de un acuerdo de reparto de esferas de influencia en Marruecos fue rehuída por ésta por temor a que Gran Bretaña rechazase una alianza franco-española en la que predominarían los intereses franceses sobre los británicos[7]. Como consecuencia de ello se estableció una relación triangular entre Gran Bretaña, Francia y España que desembocó en la *Entente Cordiale* y el tratado franco-británico de 1904, por el cual Francia se comprometió a conceder a España, en un acuerdo posterior, una zona de influencia en el norte de Marruecos que garantizara la presencia española en la costa frente a Gibraltar. En términos más pintorescos podríamos decir que se estableció un *ménage à trois* que, como muchos *menages,* no era una cohabitación entre iguales. Pero lo que más empujó al establecimiento de esa alianza triangular era el intruso, el huésped importuno, Alemania, que buscaba no sólo proteger sus intereses comerciales y beneficiarse del reparto de zonas de influencia en el norte de África, sino también obstaculizar cualquier acercamiento entre Francia y Gran Bretaña que pudiera coaccionar a la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia. Entre otras tácticas que podían debilitar este proceso de aproximación a tres, Alemania, según informes británicos, buscó separar a España de sus aliados[8]. La presión alemana tuvo como resultado la Conferencia de Algeciras.

La última fase de la incorporación de España como socio menor en la Entente Cordial en la cuestión marroquí se consumó mediante los acuerdos de Cartagena de 1907, que establecieron garantías mutuas por las cuales Francia, España y Gran Bretaña se comprometieron a proteger las islas españolas y los presidios de España en Marruecos y a mantener el *statu quo* en Gibraltar[9]. Sin embargo, a España le convenía la continua presión alemana sobre Francia, porque podía inhibir las ambiciones territoriales francesas en el norte de África. De modo que el acuerdo franco-alemán de 1909, que disminuyó transitoriamente sus recíprocas presiones en torno a Marruecos, no encajó con los intereses españoles porque permitió a Francia actuar con mayor libertad en la zona[10].

Merece subrayar que desde 1903 Francia se había erigido en protector de la unidad del imperio jerifiano. Bajo Lyautey y con el apoyo del *parti colonial* francés, Francia había practicado la estrategia de la mancha de aceite, penetración paulatina y clandestina de Marruecos para someter las rebeldías contra el orden del Majzén bajo el pretexto de afianzar la seguridad de los súbditos franceses. Era verdad, por otra parte, que

---

[6] Note sur la question marocaine, 15 de julio de 1902, *Documents Diplomatiques Français relatifs aux origins de la guerre de 1914*, Paris, Imprimerie Nationale, 1929-1954, deuxième série, vol. 2, doc. 33.

[7] BD, ibíd., doc. 103, pág. 101.

[8] BD, ibíd., vol. 3, págs. 110, 167, 396-397.

[9] BD, ibíd., vol. 7, págs. 9-35.

[10] BD, ibíd., doc. 45, págs. 87-88; Manuel González Hontoria, *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915, pág. 239.

digitalia
www.digitalia.us

el imperio experimentaba una progresiva desintegración como resultado de la penetración de las compañías mineras y agrícolas; el caso fue notable en la esfera de influencia española[11]. Esta disgregación se manifestó en los diferentes conflictos de 1909, de los cuales formó parte el desastre español del Barranco del Lobo. La impaciencia francesa con la «ineptitud española como colonizadora», como escribió su embajador en España[12], se tradujo en una mayor intervención francesa en la esfera española a través de sus agentes y una presión militar en las fronteras entre las dos esferas.

El quebranto progresivo del *statu quo* en Marruecos acordado en Algeciras se intensificó con la ocupación escalonada por parte de Francia de Fez, Mequinez y Rabat en 1911, lo que provocó la ocupación española de Larache y Alcazarquivir en el mismo año. La reacción de Alemania fue inmediata. Envió el crucero *Panther* a Agadir en julio de 1911, provocando una nueva crisis internacional. Esta crisis se resolvió, después de duras negociaciones franco-alemanas, con la concesión a Alemania de una enorme extensión de tierra en África Ecuatorial por parte de Francia a cambio de la cesión de Alemania de algunos territorios menos extensos también en África Central y la aquiescencia alemana a la hegemonía francesa en el norte de África. La pérdida de una zona tan extensa como el Camerún representaba para el imperio francés un sacrificio que España tenía que compensar, según los franceses, mediante la cesión de territorio en Marruecos. Para Francia, esta cesión se tenía que negociar en las futuras conversaciones para un reparto definitivo del imperio marroquí entre España y Francia. El plan de reparto se había mantenido confidencial entre el *ménage à trois* durante las negociaciones franco-alemanas por temor a que Alemania rompiera las conversaciones, insistiendo en el respeto a los acuerdos de la Conferencia de Algeciras como parte de cualquier pacto con Francia[13].

El estudio de las negociaciones posteriores entre Francia y España en 1912, con la mediación de Gran Bretaña, para la creación de un Protectorado y un nuevo reparto territorial entre las dos potencias, permite un análisis más a fondo de la relación triangular entre los tres países, seis años después de la Conferencia de Algeciras y ya en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Sobre todo ofrece la posibilidad de entender mejor el complejo papel de Gran Bretaña y las raíces de su política en el norte de África.

Las conversaciones formalmente bilaterales entre Francia y España, pero informalmente trilaterales con la mediación británica, duraron casi un año y se caracterizaron por frecuentes *impasses*. Tres asuntos en particular dominaron las negociaciones: la arquitectura del nuevo protectorado, la concesión de territorios por parte de España para compensar el sacrifico territorial de Francia en África ecuatorial, y la delineación de fronteras y el control de aduanas entre las zonas francesa y española. Francia insistió desde el inicio en que la unidad de imperio marroquí debía ser respetada, por lo que cualquier regulación desde la capital, Fez, controlada por los franceses, debía aplicarse a las dos zonas, con lo que la zona española se convertiría en un simple *subarriendo* del

---

[11] María Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, Biblioteca de Melilla, 2000.

[12] Citado en Andrée Bachoud, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, pág. 49.

[13] Informe confidencial del gabinete del primer ministro británico. PRO CAB 37/107/100, 10 de agosto de 1911.

digitalia
www.digitalia.us

protectorado francés. España, en cambio, reclamaba la creación de una autoridad marroquí en su zona, el Jalifa, que pudiera tomar decisiones en nombre del Sultán con el acuerdo de la administración española, dando al supuesto protectorado español un *status* legal. Los británicos apoyaron la reivindicación española, deseando como siempre instrumentalizar a España para reducir el poder de Francia, pero preocupados también por mantener buenas relaciones con ella[14].

En un intento de encontrar un compromiso, el ministro de exteriores británico Lord Grey sugirió que el reconocimiento del Jalifa pudiera compensarse con el control desde Fez de algunas competencias como la moneda, los aranceles, el correo y el telégrafo. Sin embargo, el ministro español encargado de la representación española en las negociaciones, García Prieto, se mostró receloso ante ese compromiso, temiendo un previo acuerdo secreto entre Francia y Gran Bretaña[15]. En febrero, bajo presión británica, los franceses aceptaron finalmente el establecimiento de un Jalifato en la zona española, pero se reservaron la negociación de las competencias ejercidas desde Fez para un período posterior[16].

En cuanto al tema de la compensación territorial por parte de España, aunque los franceses sabían que los británicos no aceptarían, en principio, cualquier cesión que no respetara los acuerdos de 1904[17], pidieron sin embargo la cesión de importantes áreas alrededor de Ifni, en Cabo de Agua, y al sur del Rif, en el valle del Uarga. Además, buscaron la rectificación de la frontera en el río Lucus, lo que significaría la separación de Alcazarquivir de Larache. Para reforzar estas reivindicaciones, mandaron tropas que penetraron en la zona española a través del río Lucus. Gran Bretaña estaba convencida de que lo que perseguía Francia en realidad era acaparar los territorios fértiles en la zona española y reducir a los españoles a la franja montañosa del Rif[18]. Pero era consciente también de las múltiples presiones bajo las que el gobierno francés tenía que actuar, sobre todo la de la coacción de los intereses militares y colonialistas en Francia. Por su parte, García Prieto recordó al Embajador británico que difícilmente el Rey y Canalejas cederían territorio a los franceses y caracterizó la actitud francesa como la de «una fuerte potencia que espera conformidad inmediata de una potencia débil[19]». Además, los británicos conocían de manera directa el problema que planteaba establecer fronteras allí donde unas mismas tribus quedarían a los dos lados de esa frontera, que cruzarían constantemente otras tribus nómadas[20].

Las negociaciones casi fracasaron en torno a la insistencia de Francia de controlar todo el valle del Uarga después de ceder en algunas reivindicaciones territoriales menores. Según el embajador británico, el valor del valle era más estratégico que agrícola. Gran Bretaña había propuesto un equilibrio de concesiones por el cual la zona queda-

---

[14] PRO FO 371/1399, Bunsen a Grey, 5 de enero 1912 (aunque este tipo de informes pocas veces explica los motivos ulteriores de los británicos).

[15] Ibíd.

[16] Numerosos documentos entre enero y febrero en ibíd.

[17] Sir Edward Grey en una conversación con el ministro francés Cambon el 30 de octubre de 1911. PRO CAB 37/108/138

[18] Correspondencia entre Grey y los embajadores británicos Bertie y Bunsen en febrero y marzo de 1912. PRO CAB 37/108/139

[19] Bunsen a Grey el 29 de marzo de 1912. PRO FO 371/1399.

[20] PRO FO 371/1399, passim.

digitalia
www.digitalia.us

ría dividida en dos. En vista del rechazo francés, se abstuvieron en adelante de intervenir en las negociaciones, demostrando, según Grey, «una inactividad magistral», haciéndose eco de la famosa frase del estadista del siglo XVIII, Sir Robert Walpole[21]. El problema para los británicos era que, aunque sus simpatías o mejor dicho sus intereses (ya que en el lenguaje diplomático amistad o simpatía eran sinónimo de utilidad o interés) les llevaran a apoyar la reivindicación española porque era más razonable y, al contrario de lo que pedían los franceses, era conforme al tratado de 1904, no querían que Francia les tachara de favorecer a los españoles ni que España cediera por amistad a los británicos. Cualquier resultado de su mediación les atribuiría «una responsabilidad incómoda[22]».

Se selló finalmente un acuerdo entre Francia y España a finales de octubre 1912. Acordaron la creación del Jalifato y la división del valle del Uarga en dos zonas. Quedaban por negociar los protocolos del nombramiento del Jalifa, las fronteras exactas de los que ya podían denominarse los dos Protectorados, y las cantidades de los derechos de aduana. La Convención o Tratado de Fez se firmó el 27 de noviembre de 1912[23]. El juicio de la diplomacia británica sobre las consecuencias del Tratado para España revela un entendimiento bastante ponderado:

> Con la ayuda de Inglaterra —escribe el Embajador británico en Madrid al ministro de asuntos exteriores Grey— las negociaciones han terminado con más o menos éxito. España, como Francia, posee su zona reconocida en Marruecos. Las nuevas responsabilidades que inevitablemente le han impuesto deben implicar una sangría continua de sus recursos. Que los beneficios correspondientes estén en proporción a los costes es más que dudoso. Queda por ver lo que el país puede hacer con sus nuevas oportunidades. Para bien o mal, fue obligado a embarcarse en esta nueva empresa y ningún gobierno español podría haberse sometido a la ignominia de tener la costa sureña de los estrechos de Gibraltar en manos de los franceses[24].

Tras estas palabras se pueden entrever las líneas maestras de la política británica en Marruecos. En vista del peligro cada vez más serio de Alemania, era trascendental para Gran Bretaña mantener su alianza con Francia. Pero tenía que hacerlo sin debilitar la seguridad de la base de Gibraltar y el control del Estrecho. Por eso utilizó a España como amortiguador entre Gibraltar y el expansionismo francés. «La ignominia» a la que se refiere el embajador representaría en realidad ignominia también para Gran Bretaña, ya que significaría el fracaso de toda su política en Marruecos. Por otra parte, era esencial asegurar que España se quedara al lado de la Entente para no dejarse seducir por Alemania, lo que podía significar una amenaza, no sólo para Francia, sino para Gibraltar, ya que podría dar a los alemanes acceso territorial a la base[25]. Por eso Gran Bretaña mantuvo la relación triangular, intentando equilibrar las reivindicaciones de los

---

[21] GDC a Grey, 24 de abril; y Grey, 17 de mayo. PRO FO371/1399

[22] GDC a Grey, 22 de abril. Ibíd.

[23] Para el texto véase el Apéndice de Servicio Histórico Militar, *Acción de España en África*, Madrid, Ministerio de la Guerra/Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, 1935-1941, vol. 3: El reparto de África: descubrimiento, colonización, conquista y convenios hasta la Paz de Versalles.

[24] Bunsen a Grey, noviembre de 1912. PRO FO 371/1400

[25] Bertie a Grey, 3 de noviembre de 1911. BD, vol. 7, pág. 603

digitalia
www.digitalia.us

otros dos países y absteniéndose de intervenir cuando el precio que podría pagar por su mediación era más alto que los beneficios de la inhibición, o «inactividad magistral». Todo un ejemplo de la teoría de la elección racional.

En la segunda parte de este trabajo, intentaré hacer una síntesis de las razones por las que España asumió el papel de *gendarme* de los intereses internacionales en Marruecos. El juicio británico sobre los costes que podría pagar España en la nueva fase de su expansión por Marruecos resultó ser bastante acertado. Sin embargo, los políticos de la Restauración sabían que el precio podría ser alto; se alistaron en la Entente con los ojos abiertos aunque hubo importantes diferencias de énfasis en la política marroquí de los conservadores y de los liberales. Por un lado, los conservadores buscaron inicialmente mantener el *statu quo* en Marruecos. Por otro lado, los liberales, conscientes del desamparo internacional del 98, desearon la integración española en el nuevo sistema de las relaciones internacionales, lo que implicaría nuevos compromisos para el mantenimiento del orden en la esfera de influencia española. Por eso, fue un gobierno liberal el que empezó a negociar con los franceses en secreto un nuevo papel en Marruecos en 1902, mientras que fue un gobierno conservador, sucesor del primero, quien se retiró de las negociaciones, aunque un factor importante en el fracaso de éstas fue una modificación introducida en el último momento por los franceses, que redujo el territorio que habían ofrecido a los españoles.

Sin embargo, los dos fueron conscientes de que la seguridad estratégica de España exigía su presencia en Marruecos. El embajador liberal en Francia, León y Castillo, afirmó que «Marruecos es para nosotros no sólo una cuestión de honor, sino una cuestión de frontera y de seguridad nacional[26]». Por su parte, Silvela, mucho más pesimista sobre las consecuencias de una mayor implicación en Marruecos, declaró poco después de la caída de su segundo gobierno conservador en 1902: «…debemos desterrar de entre nuestras preocupaciones la de que la situación de Marruecos […] sea beneficio y riqueza para nosotros, cuando, por el contrario, es motivo de pobreza, de esterilidad y de estancamiento para España, y lo aceptamos y lo debemos mantener tan sólo por evitar males mayores de orden político e internacional[27]».

Aún después del desastre español de 1909, los dos partidos seguían convencidos de la validez de su política internacional. Tanto Maura como Canalejas, en la correspondencia que intercambiaron en 1911, resaltaron la necesidad de mantener una presencia estratégica y defensiva en Marruecos dentro de la alianza anglo-francesa. En una carta a Canalejas, que era entonces jefe del gobierno, escribió Maura, «La coincidencia anglo-francesa en caso alguno dejaba opción a España, para quien no sería llevadero el desafecto confluente de ambas naciones. Como usted, sigo pensando que por otro derrotero habríamos tropezado con adversidades incomparablemente mayores…[28]». Por «otro derrotero», léanse sólo dos opciones, aislamiento o alineación con Alemania; evidentemente en el segundo caso España hubiera pagado posiblemente un precio altísimo en la

---

[26] Fernando León y Castillo, *Mis tiempos*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1921, vol. 2, pág. 126.

[27] Francisco Silvela, *Artículos, discursos, conferencias y cartas*, Madrid, Mateu Artes Gráficas, 1922-1923, vol. III, pág. 115.

[28] 13 de septiembre de 1911, en Gabriel Maura y Gamazo (Duque de Maura) y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII: evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ambos Mundos, 1948, pág. 193.

digitalia
www.digitalia.us

Guerra Mundial, mientras que en el primer caso, el precio, aunque también difícil de calcular, se hubiera caracterizado por un alto grado de inseguridad geopolítica.

Para comprender el compromiso español con la Entente, es importante entender que ningún otro país europeo había experimentado un nivel de inseguridad tan intenso a raíz del 98. La derrota de España en la guerra hispano-norteamericana reveló no sólo su falta de preparación militar para defender los restos dispersos de su imperio sino también su relativo aislamiento diplomático. Por eso la política exterior española en los primeros años del siglo veinte quedó condicionada sobre todo por el ansia de garantizar la defensa de la Península y sus islas en el nuevo y volátil contexto del imperialismo competitivo. Tradicionalmente se consideraba la posesión de la costa septentrional de Marruecos como estratégicamente necesaria para la defensa de España. Igualmente, la defensa de las Islas Canarias dependía de la seguridad de los territorios españoles en la costa del Sáhara. Así pues, la fuerza impulsora de la política exterior española a principios del siglo veinte fue la búsqueda de garantías externas; esto es, el compromiso español a desempeñar un nuevo papel en Marruecos tenía sus raíces no tanto en la inseguridad estratégica producida por el desastre de 1898, sino más bien en el expansionismo de las potencias europeas.

Claro está que hubo presiones domésticas para un mayor compromiso español en el norte de África. Marruecos ocupaba un espacio imaginario importante en la identidad española de capas sociales predominantemente urbanas. La memoria social de las campañas marroquíes del siglo XIX jugaba un papel importante en el impulso hacia Marruecos[29]. Podrían delinearse dos *lobbies*, el neocolonial por un lado, y el de lo que podríamos llamar el nacionalismo conservador; *lobbies* que eran en realidad reactualizaciones de los grupos de presión de la segunda mitad del siglo XIX. El primero distaba mucho de ser una versión española del *parti colonial* francés. No era un grupo de presión organizado, sino más bien un abanico de intereses que promovían la penetración del capitalismo español en África, sobre todo en Marruecos, donde se esperaba que el nuevo papel internacional de España creara enormes oportunidades económicas. El *lobby* abarcaba no sólo importantes intereses industriales, financieros y comerciales, sino intelectuales y políticos destacados como Joaquín Costa, el conde de Romanones y José Canalejas. Tenía su corriente progresista y neo-colonial para la que la penetración pacífica de los intereses económicos traería consigo los supuestos beneficios de la transferencia de la civilización occidental a un país atrasado. Al menos antes de 1909, se mantenía la ilusión de que la proyectada expansión respetaría la soberanía del Sultán y las tradiciones árabes consideradas progresivas. En resumen, era un programa positivista típico de finales del siglo XIX, caracterizado por una ambigua combinación de liberalismo ilustrado y darwinismo social[30].

El segundo *lobby* lo formaban dos corrientes diferentes. La primera era la tradicio-

---

[29] La literatura en este tema es amplia: por ejemplo Marie-Claude Lécuyer y Carlos Serrano, *La Guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne. Idéologies et colonialisme en Espagne, 1859-1904*, París, Presses Universitaires de France, 1976; José Álvarez Junco, «El nacionalismo español como mito movilizador», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, págs. 35-67.

[30] Véase por ejemplo «Exposición que la Real Sociedad Geográfica de Madrid eleva al Excm. Sr. Presidente del Congreso de Ministros», 30 de abril de 1904. Archivo Antonio Maura, Fondo Documental Mortera, Caja 4. Para una síntesis reciente de este neocolonialismo, destacando la importancia que tuvo en Catalunya, véase E. Martín Corrales (ed.), *Marruecos…*, ob. cit., págs. 189-207.

digitalia
www.digitalia.us

nalista de la Iglesia y los carlistas, para los cuales España tenía una misión evangélica en África. La segunda era la expresión del nacionalismo conservador cuya base era el ejército y cuyos proyectos iban desde oponerse al expansionismo francés en una zona de influencia tradicionalmente española, hasta la creación de un nuevo imperio en África que compensara la pérdida del imperio colonial en América.

Sin embargo, estos *lobbies* no tenían ni mucho menos la capacidad de presión política del *parti colonial* francés, al menos hasta 1909. En realidad, el sistema político de la Restauración demostraba un cierto grado de impermeabilidad ante los diversos grupos de presión de cualquier signo. Como se sabe, los dos partidos hegemónicos no eran partidos modernos que articulasen verdaderos intereses socio-económicos, sino facciones políticas que representaban, de modo imperfecto, a las oligarquías terratenientes y financieras, y cuyo poder emanaba del clientelismo. Puede argumentarse que los gobiernos gozaban de una cierta autonomía en la elaboración de la política exterior porque ésta afectaba intereses de limitado alcance en la política interior. De modo que la política marroquí de España respondía más a razones geoestratégicas de la política de Estado que a intereses coloniales. Con todo, la integración de España en la red de alianzas internacionales no se debió tanto a la instrumentalización española de las rivalidades entre Francia, Gran Bretaña y Alemania, como sostienen algunos historiadores[31], como al equilibrio de poder en el Mediterráneo y al valor geoestratégico de sus territorios y esferas de influencia en África, que empujaron a las grandes potencias a tratar de instrumentalizar a España.

A partir de 1909, sin embargo, el *lobby* militar colonial empezó a influir en la formulación de la política marroquí, apoyado por el Rey, para quien el ejército era fuente de autoridad. La nueva ola de expansionismo francés en Marruecos en 1911 intensificó la presión para la ocupación militar de la esfera de influencia española. Cuando finalmente se concertó la división de Marruecos en dos Protectorados en 1912, fue sobre todo el ejército quien asumió la tarea de administrar el territorio concedido a España. Al contrario de lo que sucedía en Francia o Gran Bretaña, España no tenía recursos para organizar la necesaria administración civil colonial en el territorio que le había sido adjudicado por las grandes potencias. En su lugar fue, en su mayor parte, el ejército quien controló el Protectorado. El proyecto neocolonial de la penetración pacífica en Marruecos, respetando la integridad de sus culturas, era ya papel mojado.

En definitiva, la búsqueda de la seguridad nacional en el nuevo contexto de intensificación del proceso de expansionismo colonial de las principales potencias europeas a comienzos del siglo xx, llevó a España a aceptar en el norte de Marruecos el papel de tapón entre potencias rivales y de policía de los intereses del capitalismo español e internacional. Pero los políticos españoles sobrestimaron la importancia estratégica y comercial (especialmente la de las minas) de la zona tanto como subestimaron los costos de mantener el orden público y los efectos negativos de una administración con recursos exiguos. La desintegración progresiva del orden en Marruecos llevaría a España a una guerra para la cual no estaba preparada. La campaña militar repercutiría en España al exacerbar las divisiones políticas generadas por la crisis interna, provocando la reaparición del ejército como principal fuerza política en el país.

---

[31] Por ejemplo, Enrique Rosas Ledesma, «Las "Declaraciones de Cartagena" (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 2 (1981), págs. 213-229.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

De ultramar a la frontera meridional. Iniciativas en busca de una garantía internacional para España, 1898-1907[1]

ROSARIO DE LA TORRE DEL RÍO
Universidad Complutense de Madrid

Aunque Marruecos viniese siendo un objetivo importante de la política española durante la segunda mitad del siglo XIX[2], no fue la principal preocupación cuando, consumada la derrota frente a Estados Unidos, los gobiernos españoles de turno intentaron limitar las consecuencias del *Desastre*. En ese primer momento, la política exterior española buscó, por encima de cualquier otra cosa, una posición internacional más sólida, que cerrase el *Desastre*, y que le permitiera *transitar*, sin tener para su defensa la fuerza militar necesaria, desde el forzado abandono de Ultramar a la concentración de riesgos e intereses en su frontera meridional. Ese *tránsito*, que se inició en medio de la crisis del 98, que concluyó con la firma de los Acuerdos Mediterráneos de 1907, y que sería el marco en el que España aceptase un determinado *compromiso marroquí*, es el objetivo de este trabajo que, en concreto, se propone estudiar las iniciativas españolas, británicas, francesas y alemanas que fueron articulando el proceso histórico en el que la España posnoventayocho encontró una posición internacional más sólida a través de una garantía internacional. No se trató, como a veces se afirma, de un *regreso a Europa*. La historia de Europa no se puede reducir al juego de las fuerzas continentales; exis-

[1] Las evidencias que me permiten desarrollar una buena parte de este trabajo se encuentran, minuciosamente documentadas, en trabajos que he publicado a lo largo de los últimos veinte años. Por esa razón, y por la extensión forzosamente limitada de este trabajo, no documento a pie de página cada una de esas evidencias y me limito a señalar las referencias de mis trabajos anteriormente publicados sobre cada cuestión. Sólo documento las evidencias no consideradas por mí con anterioridad. Para muchas cuestiones, como es lógico, utilizo la autoridad de trabajos anteriores a los míos, especialmente bien documentados y razonados que me han ayudado mucho.

[2] Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Bellaterra, 2002.

digitalia
www.digitalia.us

ten *las Europas de Ultramar*, por lo que no sería correcto considerar *no europea* la posición internacional de la España que se proyectó sobre los restos de su imperio ultramarino entre 1824 y 1898. Tampoco la posición internacional que alcance España entre 1898 y 1907 llevaría aparejados compromisos con los *problemas continentales*; España no dejaría de ser una *potencia flanqueante* que, tras la derrota frente a Estados Unidos, buscaría consolidar su posición en la región del estrecho de Gibraltar, desarrollando ese *modelo de política exterior nacional* perfilado por el profesor Jover no hace mucho en uno de sus estudios de historia de la política internacional contemporánea más brillantes[3].

La región del estrecho de Gibraltar en la crisis de 1898

Aunque el *Desastre* del 98 confiera unos perfiles muy particulares al problema de la búsqueda española de una garantía internacional para sus territorios no peninsulares, no era, ni mucho menos, un problema nuevo para la diplomacia española que, desde comienzos del siglo XIX, con sus esfuerzos para introducir el problema de la emancipación de los virreinatos americanos en la agenda del Congreso de Aquisgrán, buscó, con poca fortuna, apoyos internacionales para suplir su debilidad militar[4]. España no consiguió la garantía buscada pero, tras la Emancipación, conservó los restos de su Imperio gracias a la fortaleza del *statu quo*. A finales del siglo XIX, cuando aquel *statu quo* ya no exista y España vuelva a buscar con determinación el apoyo de las grandes potencias europeas —en este caso, para frenar a Estados Unidos— ya sería demasiado tarde[5].

El *Desastre* del 98 no resolvió el problema de la búsqueda de una garantía internacional para consolidar la posición de España, lo convirtió en algo más acuciante y dramático al desplazarlo desde el Caribe y el Pacífico a la zona del estrecho de Gibraltar. Conviene no perder de vista que la contundente derrota militar ante Estados Unidos puso de manifiesto ante la comunidad internacional que España no tenía capacidad para defender, no ya Cuba o Filipinas, sino Baleares, Canarias o Ceuta, territorios que en la coyuntura de redistribución colonial dominante, aparecieron tan codiciados por los más poderosos como los que, finalmente, la derrota obligó a entregar o vender[6].

El desplazamiento del conflicto ultramarino a la frontera meridional se produjo durante la crisis del 98 como consecuencia de la interferencia del conflicto cubano con

---

[3] José María Jover Zamora, «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII», en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, vol. I, t. XXXVIII de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora, págs. XXV-CLXIII. Teniendo en cuenta la aportación de Jover, la autora de este trabajo ha intentado seguir una línea que, aunque no se aparta de la interpretación del maestro, se integra en una investigación propia con el objeto de desarrollarla siguiendo el específico camino de la búsqueda de la garantía exterior. Los objetivos del profesor Jover en el trabajo citado fueron más amplios y profundos.

[4] Jerónimo Bécker y González, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX (Apuntes para una Historia diplomática)*, Madrid, Imprenta de Jaime Ratés, 1924, tomo 1.

[5] Rosario de la Torre del Río, «1895-1898: Inglaterra y la búsqueda de un compromiso internacional para frenar la intervención norteamericana en Cuba», *Hispania*, vol. LVII/2 (1987), págs. 515-549.

[6] José María Jover Zamora, «Gibraltar en la crisis internacional del 98» en *Política, diplomacia y humanismo popular: Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, págs. 431-488; y *1898: teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

digitalia
www.digitalia.us

un elemento fundamental del sistema internacional europeo de entonces, el agudo antagonismo colonial que desde hacía veinte años enfrentaba a Francia con Inglaterra y que culminaría, precisamente en 1898, con la crisis de Fachoda. El distinto comportamiento de Inglaterra y Francia durante la guerra hispano-norteamericana podía tener graves consecuencias en el equilibrio de influencias de esas dos grandes potencias sobre el gobierno de Madrid[7]. Mientras que Francia se mostró en todo momento amistosa y cooperadora con el gobierno español, Inglaterra, necesitada de la colaboración de Estados Unidos en Asia Oriental, protagonizó una neutralidad *malévola* que ese gobierno interpretó como evidencia de la existencia de una *alianza anglosajona* que podría actuar en el Estrecho si, como se temía, una flota norteamericana se desplazaba hasta allí para terminar de forzar la rendición española. El importante aumento de la influencia francesa sobre el gobierno español en los meses que anteceden a la crisis de Fachoda fue lo que llevó al gobierno británico a exigir la retirada de la artillería pesada que España había empezado a instalar en las sierras de la bahía de Algeciras, temiendo, no tanto un remoto ataque español, como el posible uso que Francia podría hacer de esas instalaciones militares.

El gobierno español, aconsejado por el francés, aceptó las durísimas condiciones del norteamericano a primeros de agosto; la flota estadounidense no atacó el territorio de la metrópoli. España, que no había contado con ningún apoyo efectivo durante la guerra, lo buscó decididamente cuando se dispuso a afrontar la difícil negociación con el gobierno de Washington. La iniciativa de Segismundo Moret para intentar combinar el deseo británico de impedir que el artillamiento de las sierras de la bahía de Algeciras anulase el valor de Gibraltar como base segura de la flota en tiempo de guerra, con el deseo español de conseguir por las Filipinas una importante suma económica, a la vez que reducía los límites del *Desastre* con una garantía inglesa para sus territorios de la región del Estrecho, no logró su más inmediato objetivo: la intervención, en su favor, del gobierno británico en la *trastienda* de la Conferencia de París; pero la tramitación de la iniciativa española, la formulación británica del borrador de tratado que le fue entregado a la reina María Cristina el 30 de octubre de 1898, y su rechazo posterior por el gobierno Sagasta, establecieron las líneas maestras por las que se moverían las relaciones anglo-españolas desde ese momento.

Retengamos lo fundamental. Inglaterra ofreció a España, el 30 de octubre de 1898, la garantía de su flota para la defensa de Baleares, Canarias y Ceuta. El gobierno de Sagasta, con el duque de Almodóvar del Río como ministro de Estado, renunció a ello valorando su coste en satelización: limitación de la soberanía española en la bahía de Algeciras, renuncia a cualquier veleidad pro francesa e inscripción en la órbita británica. Retengamos también que la diplomacia española —Emilio de Ojeda, sobre todo— fue capaz de comprender, en aquel momento, que la existencia de unos intereses espa-

---

[7] Rosario de la Torre del Río, *La neutralidad británica en la guerra hispano-norteamericana de 1898*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1983; ese trabajo fue corregido y aumentado en *Inglaterra y España en 1898*, Madrid, EUDEMA, 1988. Puede verse también: «La intervención norteamericana en la guerra de Cuba y Filipinas. La actitud europea y la diplomacia del conflicto» y «La negociación de la paz y el Tratado de París», en Manuel Espadas Burgos, (coord.), *La Época de la Restauración (1875-1902). El Estado, la Política, las Islas de Ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, vol. I, t. XXXVI de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora, págs. 791-808 y 827-845.

digitalia
www.digitalia.us

ñoles en el norte de Marruecos podía ser vista por Londres como un elemento tranquilizador ante una posible ruptura del *statu quo* marroquí que dejase el otro lado del Estrecho en condiciones de ser artillado por Francia.

Pero la propuesta de la diplomacia española a la británica de colaborar en Marruecos para fortalecer su *statu quo*[8] no podía ser más que una maniobra de apaciguamiento por parte de un gobierno —el liberal de Sagasta— que estaba a punto de dejar de serlo y que deseaba cerrar el contencioso de Gibraltar sin asumir compromisos. Francisco Silvela, que se hizo cargo de la Presidencia del Consejo y del Ministerio de Estado a comienzos de marzo de 1899, se replantearía a fondo las líneas de actuación emprendidas por los liberales para salir de la crisis. En lugar de desactivar los peligros que pudieran llegar de Inglaterra a través de un entendimiento con su gobierno para mantener el *statu quo* marroquí, Silvela prefirió dar seguridades concretas a Inglaterra sobre la intenciones españolas en la bahía de Algeciras y buscar en la Alianza Franco-Rusa la garantía internacional que entendió que España necesitaba. El 15 de marzo, en una Nota formal, el gobierno español renunció a fortificar las sierras de la bahía de Algeciras por amistad a Inglaterra, sin reconocer la existencia de ningún derecho británico que le obligase a hacerlo; en contrapartida, Silvela pidió al gobierno Salisbury una declaración formal de que no era su intención extender la soberanía británica en las inmediaciones de Gibraltar; Salisbury cumplió con la petición española el día 17. Muy poco después, en abril de 1899, Silvela se dirigió a Delcassé con una iniciativa ambiciosa: «En el primer rango de nuestros aliados naturales está Francia, a la que no separamos de Rusia. Nos gustaría unirlas a Alemania porque nos parece que una entente sobre tan amplias bases sería la más sólida garantía del mantenimiento de la paz, pues bastaría realmente para hacer fracasar las ambiciones inglesas sin necesidad de recurrir a un conflicto armado»; si la inclusión de Alemania en el bloque propuesto no era posible, Silvela se declaraba dispuesto a unirse, en cualquier caso, a Francia y Rusia: «Nosotros les pediríamos que nos garantizasen la integridad de nuestros territorios actuales, comprendiendo en ellos nuestras posesiones africanas, poniendo a cambio, a su servicio, si era necesario, las fuerzas militares de las que pudiésemos disponer[9]». Silvela buscaba la garantía exterior de la integridad de la monarquía española en la formación de un esquema de alianzas todavía posible: la combinación de Francia, Rusia y Alemania para contrarrestar la preponderancia naval británica. Los gobiernos de Rusia y Francia rechazaron amablemente la iniciativa española. Aunque la posibilidad de la formación de una *alianza continental antibritánica* siga teóricamente abierta hasta el fracaso del Tratado de Björkö de 1905, la transformación del sistema internacional no discurriría por el camino deseado por Silvela. Tras la crisis de Fachoda, y bajo el impulso de Delcassé, se abría la cuestión de Marruecos y se pondrían las bases del acercamiento franco-británico.

---

[8] Rosario de la Torre del Río, «La crisis de 1898 y el problema de la garantía exterior», *Hispania*, vol. XLVI (1986), págs. 115-164.

[9] Ibíd., págs. 161-162; una documentación más amplia y precisa del desarrollo de esa iniciativa española en Antonio Niño Rodríguez, «La superación del aislamiento español tras el Desastre 1898-1907», en Hipólito de la Torre y Juan Carlos Jiménez Redondo (eds.), *Portugal y España en la crisis de entresiglos (1890-1918)*, Mérida, UNED, 2000, págs. 203-259.

digitalia
www.digitalia.us

Con los ingleses instalados en Gibraltar desde 1704 y los franceses instalados en Argel desde 1830, los gobiernos españoles habían vigilado de cerca la evolución de Marruecos y habían considerado las ventajas de aprovechar su debilidad para proteger su flanco sur; sin embargo, los gobiernos españoles habían constatado, tanto en 1860 como en 1893 que, por más que la relación de fuerzas hispano-marroquí fuera favorable a España, las grandes potencias, dirigidas por Inglaterra y Francia, no tolerarían la acción unilateral del gobierno de Madrid. En Marruecos se cruzaban los intereses estratégicos de España con los intereses económicos y/o estratégicos de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, y mientras no se produjera algún acuerdo de reparto entre los más grandes, *la cuestión marroquí permanecería cerrada*. Conviene no perder de vista que el mantenimiento de *statu quo* en Marruecos había tenido mucho que ver con los veinte años de fuerte antagonismo colonial franco-británico, que la Alianza Franco-Rusa de 1893 había fortalecido el antagonismo de los dos aliados con Inglaterra y que en el otoño de 1898 franceses y británicos habían estado al borde de un conflicto armado por el control de valle alto del Nilo. No es extraño que la diplomacia española considerase que el enfrentamiento franco-británico era un rasgo perdurable del sistema internacional y que tardase en comprender el sentido de las transformaciones que se iniciaron precisamente en 1898.

La dinámica de cambio se puso en marcha en París. La Tercera República Francesa, tras su grave crisis de 1898 (Fachoda/Dreyfus), imprimió a su política exterior una particular determinación que encarnó su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Théophile Delcassé que, en diciembre de ese mismo año, se sinceraba con uno de sus más inmediatos colaboradores: «para Rusia, como para Francia, Inglaterra es un rival, un competidor cuyos procedimientos son a menudo muy desagradables, pero no es un enemigo y ciertamente no es el enemigo… ¡Ah mi querido Paléologue si Rusia, Inglaterra y Francia pudiesen convertirse en aliados frente a Alemania![10]». Delcassé llegaba al *Quai d'Orsay* dispuesto a buscar un triple alineamiento anglo-franco-ruso con un doble propósito: disponer de medios para resistir con éxito cualquier posible agresión de Alemania y disponer de una plataforma política con la que obtener ganancias sin el uso de la fuerza, en particular, en Marruecos[11].

También estaba cambiando la política británica. Durante le siglo XIX, Inglaterra, segura de su fuerza económica y naval, dueña del mayor imperio del mundo, se había podido permitir el lujo de no necesitar aliados permanentes; sin embargo, a finales del siglo XIX, la Alianza Franco-Rusa había unido a sus dos principales adversarios mientras se desencadenaba un nuevo y formidable imperialismo en medio de una no menos formidable carrera de armamentos navales; los británicos necesitaban apoyos permanentes. Aunque el principal condicionante de la política exterior británica de estos años se encuentre en la defensa de sus posiciones en Asia Oriental, los gobiernos de Londres

[10] Paul Jacques Victor Rolo, *Entente Cordiale. The origins and negotiation of Anglo-French Agreements of 8 April 1904*, Londres, Macmillan, 1969, pág. 81.

[11] Christopher Andrew, *Théoplile Delcassé and the making of the Entente Cordiale. A Reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905*, Londres, Macmillan, 1968.

digitalia
www.digitalia.us

vigilaban también con atención el Mediterráneo Occidental en general y Marruecos en particular. Pues bien, si durante el último cuarto de siglo, Marruecos, bajo la autoridad del sultán Muley Hassan (1873-1894), no había sufrido graves interferencias europeas, Londres entendía que sus dos vecinos más poderosos estaban dispuestos a interferir: España para controlar el otro lado del mar de Alborán, el entorno de Ceuta y Melilla y el *hinterland* de las Canarias, y Francia para extender la frontera de Argelia; cualquiera de esas dos interferencias afectaría a la seguridad del estrecho de Gibraltar. En 1894, la muerte del sultán Muley Hassan y la difícil sucesión de Abd al-Aziz en medio de una crisis generalizada, fue la señal que anunció el final del *statu quo*. Lord Salisbury primero y Lord Lansdowne después trataron de evitarlo mientras el *Foreign Office* empezaba a buscar aliados para sostener la envidiable posición alcanzada en Asia Oriental. El fracaso del acercamiento a Alemania, que Lansdowne patrocinó en 1900, la experiencia de la soledad internacional que Inglaterra padeció durante la guerra anglo-bóer (1899-1902) y la firma de la Alianza Anglo-Japonesa en 1902 fueron marcando el viraje de Londres[12].

En líneas generales, las iniciativas de Delcassé buscaron tres cosas: el fortalecimiento de la Alianza Franco-Rusa, la amistad de Inglaterra y la disociación de Italia de Triple Alianza. Como en el momento decisivo, en agosto de 1914, este fue el esquema que funcionó, podríamos tener la tentación de considerar que la política de Delcassé fue una hábil preparación de la *revancha*. No parece que fuera así. Delcassé realizó su política de manera progresiva, sin que las perspectivas finales aparecieran desde el inicio. Lo que realmente estuvo en el inicio de su ministerio fue su firme decisión de controlar Marruecos después de haber tenido que renunciar a Egipto; fue esta decisión —y no la *revancha*— lo que determinó la transformación del sistema internacional.

Pero Delcassé no empezó buscando un compromiso con Inglaterra. En contra de lo que opinaba Paul Cambon, el influyente Embajador francés en Londres, el Ministro de Exteriores francés estuvo convencido durante mucho tiempo de que Inglaterra se opondría ferozmente a sus planes sobre Marruecos y, como consecuencia de ello, decidió que era mejor forzar la situación colocando a los británicos ante el *fait accompli* de sendos acuerdos con Italia y España que respetasen los intereses británicos en torno a Gibraltar, Tánger y el libre comercio, pero que reconociesen a Francia, sin lugar a dudas, el privilegio de su preeminencia política en Marruecos. El acuerdo con Italia buscó mantenerla al margen de reparto de Marruecos. El acuerdo con España buscó satisfacer sus viejas ambiciones en Marruecos ofreciéndole una relativamente amplia zona de influencia que, por supuesto, protegiese los intereses británicos, pero que, sobre todo, al extenderse más allá de ellos, dejasen satisfecha a España hasta el punto de llevarla a reconocer formalmente la preeminencia francesa sobre Marruecos y —lo que era igualmente importante— a rechazar las previsibles maniobras alemanas contra el proyecto francés[13].

Delcassé desarrolló con éxito la primera parte del plan. Sobre la base de los acuerdos comerciales de 1898, se fueron levantando los acuerdos políticos de julio de 1902;

---

[12] George W. Monger, *The End of Isolation. British Foreign Policy, 1900-1907*, Londres, Thomas Nelson & Sons, 1963.

[13] Maurice Paléologue, *Un grand tournant de la politique mondiale (1904-1906)*, París, Plon, 1934, págs. 132-134. Se trata del diario político de un diplomático muy cercano a Delcassé que fue, en esos años, subdirector adjunto de Asuntos Políticos del *Quai d'Orsay*.

digitalia
www.digitalia.us

Italia pasaba a concentrar sus ambiciones en Tripolitania y Cirenaica con el beneplácito de Francia, que recibía garantías de la neutralidad italiana si desencadenaba una guerra en respuesta a una provocación alemana. Primera carambola; buscando despejar el camino hacia Marruecos, Delcassé desactivaba la Triple Alianza.

La segunda parte del plan llevó a Delcassé a negociar personalmente con Fernando León y Castillo, el Embajador español en París. El Ministro francés estaba seguro del éxito de su iniciativa; las relaciones hispano-francesas eran excelentes como consecuencia de la actitud de su antecesor durante la guerra hispano-norteamericana y el gobierno de Madrid seguía presidido por Francisco Silvela, un político que no había ocultado su ambición marroquí y que había buscado en abril de 1899 un compromiso con Francia. Para preparar el acuerdo sobre Marruecos, Delcassé favoreció primero, en 1900, la negociación sobre las viejas disputas fronterizas entre los territorios franceses de África y las colonias españolas de Río de Oro y Río Muni; el asunto era minúsculo, pero Delcassé lo entendió como el preludio de la negociación sobre Marruecos. Todo parecía marchar por el camino previsto tras los primeros intercambios de ideas sobre un reparto de esferas de influencia cuando la negociación franco-española se vio interrumpida por la caída del gobierno conservador español.

Delcassé dejó de negociar con Silvela para hacerlo —siempre a través de León y Castillo— con Práxedes Mateo Sagasta y con su ministro de Estado, el duque de Almodóvar del Río. Delcassé mantuvo su propuesta: una declaración pública en favor del mantenimiento del *statu quo* marroquí, un reparto secreto de Marruecos en dos zonas de influencia que se aplicaría sobre el terreno cuando el *statu quo* se rompiera, y un programa para una acción diplomática concertada[14]. Aunque el gobierno liberal español reclame —sin éxito— una zona de influencia mayor y garantías políticas más concretas, a finales de noviembre de 1902 estuvo dispuesto a firmar un compromiso que León y Castillo paralizó ante la exigencia francesa de última hora de rectificar la línea establecida previamente y que dejaba la región de Fez en la zona española[15]. La rectificación de Delcassé y la paralización de León y Castillo se producía en medio de una nueva crisis política en Madrid: los liberales de Sagasta dejaban el poder a los conservadores de Silvela. Delcassé respiró tranquilo; Silvela, que había comenzado la negociación, la culminaría de manera inmediata, aceptando la modificación introducida por los franceses en el último momento para dejar a salvo su control de la zona por la que pasaría el futuro ferrocarril que uniría Orán y Rabat, lógicamente por las cercanías de Fez. Pero las cosas no sucedieron así para enfado de Delcassé y satisfacción de Paul Cambon y de los militares franceses, que consideraba excesivas, peligrosas e innecesarias las compensaciones ofrecidas a España. Silvela tenía ahora —en diciembre de 1903, terminada la guerra anglo-bóer con el triunfo británico— una percepción distinta de los riesgos de la negociación con Francia y no firmó el acuerdo negociado por Sagasta, convencido de que Inglaterra no lo aceptaría nunca. Delcassé se vio obligado

---

[14] José María de Campoamor, *La actitud de España en la cuestión de Marruecos*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951.

[15] Francisco Manuel Pastor Garrigues, *España y la apertura de la cuestión marroquí (1897-1904)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Valencia, 2005. El autor documenta de manera conveniente la autorización a León y Castillo de la firma del acuerdo hispano-francés, en noviembre de 1902, por parte del Rey, Sagasta y Almodóvar del Río.

digitalia
www.digitalia.us

a modificar su estrategia y a buscar, a comienzos de 1903, un acuerdo con Londres mientras —enfadado— dejaba en suspenso su oferta a Madrid.

La negociación franco-británica y la definitiva oferta francesa a España

El temor del gobierno español, aunque comprensible, fue, en cierto sentido, relativamente injustificado. El temor era comprensible si pensamos en la pavorosa debilidad militar española, en lo que le decían los británicos y en la escasa concreción de las garantías francesas; sin embargo, un mejor conocimiento de la evolución de las relaciones franco-británicas podría haberlo disipado. En efecto, aunque Delcassé quisiese presentar a Londres el *fait accompli* de un Marruecos francés del que se había retirado Italia y en el que se habían acomodado los intereses de España, el Ministro francés fue siempre consciente de dos cosas: primero, de que debía respetar los intereses económicos y estratégicos británicos, segundo, de que debería compensar de alguna manera a Inglaterra. Pero sobre todo, Delcassé se había esforzado, tras la retirada de Fachoda, en mejorar las relaciones franco-británicas con el concurso apasionado de Paul Cambon desde la Embajada de Londres. El embajador Cambon, en estrecho contacto personal, primero con Salisbury, después con Lansdowne, desde su llegada a Londres a comienzos de 1899, había puesto encima de la mesa las múltiples cuestiones coloniales que habían venido separando a su gobierno del británico durante los últimos veinte años, con el evidente deseo de buscar soluciones relacionando unas con otras. En ese marco, Cambon introdujo —por su cuenta— la cuestión de Marruecos y, en la segunda parte de 1902, mientras su jefe negociaba con España, fue informando al gobierno británico de las intenciones francesas en los siguiente términos: «… en el hipotético caso de una liquidación general de Marruecos», Francia se reservaría la «influencia exclusiva» sobre la mayor parte del país, se neutralizaría Tánger y se entregaría a España una extensión de la costa mediterránea y de su *hinterland*. Aunque Lansdowne llevase cuatro años mostrándose reacio ante las incitaciones de Paul Cambon, la oferta francesa de negociar conjuntamente todas las cuestiones coloniales que interesaban a las dos partes estaba sobre la mesa[16].

No era pues, objetivamente, tan peligroso para España el acuerdo ofrecido por Francia en noviembre de 1902 aunque conviene tener muy en cuenta que Lansdowne no hizo nada para informar y tranquilizar a Silvela; como reconoció en carta a Lord Cromer, el muy influyente representante británico en Egipto el 8 de junio de 1903:

> … es cierto que nosotros hemos *detenido a España* desde el momento en que hemos desaconsejado la partición y asegurado al gobierno español nuestro deseo de evitarlo. El gobierno español es más susceptible en esta cuestión que cualquier otro, y el descubrimiento de que nos estamos lanzando a un acuerdo clandestino con Francia puede suponer un importante *shock* en sus sentimientos. Por lo que yo puedo saber, al gobierno francés no le disgusta la idea de reconocer intereses españoles en Marruecos en el entendimiento de que ese país es objeto de deseo por parte de Francia, España y Britania, y que otras potencias mantendrán sus manos fuera[17].

---

[16] G. W. Monger, ob. cit.

[17] Ibíd., pág. 128.

digitalia
www.digitalia.us

Es evidente que el gobierno Silvela no conoció todos los datos de la situación, que fue confundido por la firmeza y continuidad de las declaraciones británicas en favor del mantenimiento del *statu quo* marroquí y que, por lo tanto, no es extraño que valorase mal las expectativas que se abrían para un inmediato acercamiento franco-británico. Por ese desconocimiento, tras rechazar la oferta francesa sobre Marruecos, Silvela volvió a intentar, en junio de 1903, lo que no logró en abril de 1899: que Francia y Rusia garantizaran los territorios de la frontera meridional de la monarquía española. En esta ocasión Silvela precisó mucho más su propuesta y, a través de Jules Cambon, el nuevo Embajador de Francia en Madrid, muy apreciado por los medios políticos españoles por su destacado papel durante la primera fase de la negociación hispano-norteamericana, envió a Delcassé, el 5 de junio de 1903, el borrador del acuerdo que le proponía:

> Francia, Rusia y España, igualmente convencidas de que es de interés general asegurar la libertad de navegación en la cuenca occidental del Mediterráneo, y considerando que la condición necesaria para ello es el mantenimiento del *statu quo* territorial de las costas e islas situadas en esa región (pertenecientes a las potencias firmantes), declaran que verían con desagrado cualquier medida que lo dañase. En consecuencia, las potencias abajo firmantes se esforzarán en mantener este principio de común acuerdo (por los medios apropiados a las circunstancias). Francia, Rusia y España mantendrán su acuerdo en todas las cuestiones incluidas en la presente declaración por una duración de diez años. España entiende que, durante el mismo período de tiempo, no aceptará ningún compromiso con otra potencia excepto de acuerdo con Francia y Rusia[18].

Aunque Delcassé volviese a rechazar la pretensión de Silvela y, entendiendo que España había dejado pasar la gran oportunidad que le había brindado, se concentrase en la negociación con Inglaterra, pienso que los términos de la propuesta española debieron quedar grabados en el cerebro de Jules Cambon, pues volvería parcialmente a ellos en 1907.

La negociación franco-británica de 1903-1904 incluyó ocho cuestiones: Marruecos, Egipto, Newfoundland, Siam, Nuevas Hébridas, Nigeria, Zanzíbar y Madagascar, que fueron objeto de un formidable regateo que se resolvió por el sencillo procedimiento del trueque. En concreto, a cambio de un Egipto británico abierto a los intereses comerciales franceses, Londres aceptó sin mayores problemas un Marruecos francés abierto a los intereses comerciales británicos, siempre que ese Marruecos francés no afectara a la seguridad del Gibraltar británico; eso quería decir que Tánger y las costas más cercanas al Estrecho quedarían neutralizadas y que el vecino del sur del Gibraltar debería ser la débil España, no la fuerte Francia. El gobierno de Silvela quedó *fuera de juego* desde el momento en que Lansdowne aceptó la exigencia de Delcassé de que Francia monopolizase la negociación con España que, en cualquier caso, sería posterior al acuerdo franco-británico. Por más que los británicos fueran conscientes de que España había renunciado a la oferta francesa por temor a su reacción, y trasmitan a los españoles su deseo de que se reconozcan sus intereses, se impondría la posición que resume Paul Cambon en una de sus conversaciones con Lansdowne: «los españoles son un

---

[18] Ch. Andrew, ob. cit., págs. 217-218; una documentación más amplia y precisa del desarrollo de esta iniciativa española en A Niño Rodríguez, «La superación del aislamiento…», ob. cit., págs. 220-228.

digitalia
www.digitalia.us

pueblo que tiene dificultades para concretar, no saben cómo llegar a una conclusión, tienen un tipo de mentalidad que prefiere irrealizables pero ilimitadas esperanzas a tangibles pero limitadas realidades… ¿Debería depender nuestro acuerdo de sus sueños y no concluirlo entre nosotros en un tiempo limitado después de haber ido por delante?[19]». Paul Cambon quedó muy satisfecho ante el hecho de que Lansdowne no rechazase esa posibilidad. La negociación franco-británica concluyó el 8 de abril de 1904 con la firma por parte de los dos negociadores de un conjunto de acuerdos entre los que se encontraba la Declaración sobre Egipto y Marruecos y los cinco Artículos Secretos que figuraban como su Apéndice.

La firma de los acuerdos franco-británicos de 8 de abril de 1904 produjo una profunda impresión en España: primero fue el estupor y el silencio, después la prensa acusó de ineptitud a todos los políticos menos a Silvela, al que protegió su conocida francofilia. La Declaración afirmaba que el gobierno francés buscaría un entendimiento con el español sobre sus intereses en Marruecos y uno de los Artículos Secretos establecía una zona de influencia española en los territorios adyacentes a Ceuta y Melilla y en la región costera que se extendía desde Melilla hasta las alturas de la orilla derecha del río Sebu; pero quedaban muchas cosas que precisar; entre otras cosas, los plazos para llevar a la práctica el reparto acordado.

La negociación franco-española se reabrió el 19 de abril[20]. Para empezar, el gobierno español fue consciente de que ahora la posición de Francia era mucho más fuerte y que eso se traduciría en la reducción de la zona de influencia española, allí donde no había intereses británicos, es decir, en la valiosa región de Fez, por la que pasaba, no lo olvidemos, la línea estratégica que unía Orán, Oujda, Fez y Rabat. Por esa razón, León y Castillo aceptó pronto —el 21 de mayo— la zona de influencia que se le ofrecía con las tres limitaciones que imponía el respeto a los intereses británicos: la neutralización de la costa, la internacionalización de Tánger y la libertad de comercio. En los meses siguientes se discutió la forma que adoptaría el acuerdo; Delcassé quería que los términos del reparto permanecieran secretos, León y Castillo quería el reconocimiento público francés de la zona de influencia española. El 19 de junio el Embajador español aceptó mantener en secreto los detalles de la partición y concentró sus esfuerzos en la reclamación de la inmediata libertad de acción de España en su esfera de influencia; Delcassé lo rechazó afirmando que cualquier precipitación de España podría provocar un levantamiento marroquí; el Ministro francés quería que durante el primer período del acuerdo —período que fijó en un máximo de quince años, o menos si se colapsaba antes la autoridad del Sultán— España no pudiera hacer nada para afirmar su autoridad en su zona de influencia. Durante agosto y septiembre, Delcassé, que tenía problemas de salud, se marchó de vacaciones dando por terminadas las negociaciones y dejando claro a León y Castillo que esos eran los términos de la oferta francesa y que sólo esperaba la aceptación o el rechazo español que, en ningún caso, frenaría su política marroquí. Cuando Delcassé volvió a París a comienzos de octubre, León y Castillo le comunicó que estaba en disposición de firmar el acuerdo en los términos establecidos en julio con una pequeña modificación que Delcassé aceptó: en lugar de la prohibición

---

[19] Paul Cambon a Delcassé, 22 de noviembre de 1903, *Documents Diplomatiques Françaises*, ob. cit., deuxième série, vol. 4, doc. 98, págs. 129-131.

[20] Ch. Andrew, ob. cit., págs. 221-227.

digitalia
www.digitalia.us

absoluta de cualquier acción para establecer su autoridad en su esfera de influencia durante el primer período del acuerdo, el gobierno español prefería asumir el compromiso de no hacer nada en su zona de influencia durante el primer período «sin consultar primero a Francia». El acuerdo franco-español fue firmado por Delcassé y León y Castillo el 3 de octubre de 1904.

El gobierno español dudó mucho antes de aceptar la oferta francesa; podía haberla rechazado, pero eso habría significado una de estas dos cosas: o que renunciaba a una zona de influencia en el norte de Marruecos y aceptaba que Francia se colocase al otro lado del mar de Alborán; o que confiaba en alcanzar una zona de influencia más sustanciosa en Marruecos bajo la garantía de Alemania. El dilema se planteó con claridad desde el primer momento ya que el gobierno de Berlín, que había mostrado su desagrado por el acercamiento franco-británico, intentó frustrar el compromiso del gobierno de Madrid con Francia, ofreciendo su apoyo diplomático a cambio de bases navales en Fernando Poo y en la costa del futuro Marruecos español. Para el gobierno español fue muy importante la decidida posición de Inglaterra, que se involucró a fondo y que recomendó a España la firma del acuerdo. En aquella difícil coyuntura, el gobierno español prefirió la mayor seguridad de la participación modesta en un reparto de Marruecos patrocinado por Francia e Inglaterra que la *peligrosa ensoñación* ofrecida por Alemania.

El fracaso alemán en Madrid llevaría a la diplomacia francesa a fortalecer sus esperanzas de que su acuerdo colonial con Inglaterra terminase adquiriendo una dimensión política y sirviera también para frenar cualquier maniobra antifrancesa de Alemania. Las esperanzas francesas se cumplirían poco después, cuando el gobierno alemán, convencido de que el acercamiento franco-británico era incompatible con el mantenimiento de la Alianza Franco-Rusa, se aventure a desencadenar en 1905 una crisis marroquí que, para frustración alemana, tendría efectos contrarios a los buscados.

La crisis internacional de 1905[21]

Delcassé, que siempre quiso extender la influencia política francesa sobre Marruecos sin recurrir a la guerra, no utilizó, sin embargo, la diplomacia para obtener el consentimiento de Alemania.¿Realmente confió en que los reducidos intereses financieros e industriales alemanes en Marruecos garantizasen el *desinterés* de su gobierno? No parece razonable. Delcassé tenía que saber que no estaba respetando los usos diplomáticos de la época, que señalaban la *obligación* de ofrecer una negociación compensatoria a aquella potencia a la que se trataba de *imponer* una determinada solución. Si Delcassé no hizo con Alemania lo que hizo con Italia, España e Inglaterra fue porque quiso, de manera deliberada, someter a presión al gobierno de Berlín para que se manifestasen públicamente las nuevas relaciones de fuerza a través de la evidencia de la soledad internacional de Alemania.

---

[21] La crisis internacional de 1905 tiene una bibliografía muy amplia. Me han resultado especialmente útiles a la hora de sintetizar sus principales elementos: René Girault, *Diplomatie européenne et impérialismes, 1871-1914*, París, Masson, 1979; y John Albert White, *Transition to Global Rivalry. Alliance Diplomacy and the Quadruple Entente, 1895-1907*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Puede consultarse también Rosario de la Torre del Río, «La crisis internacional de 1905» en *La Conferencia de Algeciras de 1906, cien años después*, en prensa.

digitalia
www.digitalia.us

Por supuesto, el gobierno alemán no se conformó con la nueva situación internacional creada por los acuerdos de 1904 y, mientras el gobierno de París, pletórico por el éxito de la política de Delcassé, intensificaba su presión sobre Marruecos, el gobierno de Berlín se mantuvo a la espera de que la coyuntura le permitiera tomar la iniciativa. El cambio de la coyuntura vendría como consecuencia de la derrota rusa en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y la consiguiente revolución de 1905. De manera brusca, el peso del poder de Rusia en el sistema internacional quedó seriamente devaluado al conjugarse —en muy pocos meses— los efectos de la derrota militar y de la revolución social. Las profundas debilidades del Imperio Zarista aparecieron a la vista de todos: su ejército, moralmente alcanzado; su flota, destruida en una buena parte y gangrenada por la revolución; la política de expansión en Asia, puesta en cuestión por todos; la autoridad del Zar, símbolo del Orden, contestada; las finanzas públicas, al borde de la bancarrota; el cuerpo social, a punto de la disgregación; el futuro político del país, incierto.

Desde los primeros reveses rusos en Manchuria, el Káiser Guillermo II y la diplomacia alemana se pusieron en movimiento; su estrategia fue sencilla: ofrecer a Rusia la mayor ayuda posible en el marco de su proclamada neutralidad para dejar en evidencia el escaso apoyo del gobierno de París, que se había apresurado a proclamar su neutralidad para evitar la ruptura de la Entente con Inglaterra, aliada de Japón, que también había proclamado su neutralidad. Conviene no perder de vista que la guerra ruso-japonesa enfrentaba a dos Estados que eran aliados, el primero, de Francia, y el segundo de Inglaterra; si la guerra terminaba involucrando a los gobiernos de París o de Londres, se destruiría la Entente recién establecida entre ellos.

La crisis alcanzó su punto culminante a comienzos de 1905: el 2 de enero los japoneses conquistaron Port Arthur, el 22 de enero se desencadenó la revolución rusa con el *domingo sangriento* de San Petersburgo, y el 11 de marzo los rusos fueron derrotados en la batalla de Mukden. El poder internacional de Rusia se había hundido y los demás Grandes debían *echar bien las cuentas*. ¿Qué les convendría más? ¿Considerar momentánea la debilidad rusa y conservar el *statu quo* y el equilibrio internacional? ¿O considerar que, por muy momentánea que fuera, la debilidad rusa rompía el equilibrio y ofrecía una magnífica oportunidad para recolocarse al alza? El gobierno alemán, que había visto en las primeras derrotas rusas la oportunidad que esperaba para neutralizar los éxitos de la política francesa, consideró que debía aprovechar los acontecimientos de enero-marzo de 1905 y terminó de perfilar su maniobra.

La maniobra alemana, de *gran estilo*, realizada con habilidad por el canciller Bülow, intentó aprovechar la coyuntura internacional de marzo de 1905 y el aislamiento momentáneo de Rusia para empujar a Nicolás II hacia una *alianza continental* mientras obligaba a Francia, privada del apoyo del ejército ruso, a un acuerdo negociado con Alemania; todo ello a fin de demostrar la debilidad de la política de Delcassé en su intento de aislar a Alemania. Bülow hizo de Marruecos la *palanca* de esa maniobra; por esa razón, el Káiser desembarcó el 31 de marzo en Tánger. Aunque Guillermo II nunca *pronunciase* en la Legación de su país el discurso que Bülow entregó a la prensa, aquel texto desencadenó una grave crisis internacional: el Káiser, de manera pública y aparatosa, reclamaba respeto hacia *los derechos* alemanes en Marruecos y, de manera más concreta, reclamaba la aplicación a ese país de la política de *puerta abierta*, *sin anexiones ni monopolios*. El Sultán de Marruecos entendió que la iniciativa alemana podría frenar el expansionismo francés y, bajo la influencia de Berlín, saltó a la palestra el 1 de abril y propuso formalmente la reunión de una conferencia internacional

digitalia
www.digitalia.us

sobre Marruecos; Alemania, inmediatamente, se adhirió a la propuesta del Sultán. El 13 de abril Delcassé intentó conocer las intenciones alemanas, pero el embajador del *Reich* en París no le ofreció ninguna explicación; Berlín se limitaba a amenazar. La amenaza alemana rompería la unanimidad del gobierno francés.

Mientras Delcassé, seguro del apoyo británico, se mostró dispuesto a permanecer firme frente al *órdago* de Berlín y se concentró en intentar separar al Sultán de la iniciativa alemana, el presidente del Gobierno, Maurice Rouvier, consideró que la crisis podría desembocar en una guerra y prefirió buscar un acuerdo directo con Alemania saltando por encima de su Ministro de Asuntos Exteriores. Rouvier estableció contacto directo con el Embajador alemán y el 13 de mayo envió un mensaje a Berlín. En aquellas circunstancias, Bülow *pisó a fondo el acelerador* y el 30 de mayo exigió el cese del ministro francés. El 6 de junio, en Consejo de Ministros, el presidente Rouvier forzó la dimisión de Delcassé arguyendo que su política conducía inevitablemente a una guerra para la que Francia no estaba preparada. Berlín había conseguido uno de sus objetivos; quedaban otros.

Para empezar, quedaba pendiente la exigencia alemana de una conferencia internacional sobre Marruecos. Rouvier, que se hizo cargo de la cartera de Exteriores, aceptó la celebración de la conferencia a cambio de que Alemania aceptase negociar previamente su agenda. Pero Berlín seguía *jugando fuerte* y exigió a Francia la aceptación pública de la reunión antes de empezar a hablar de su contenido. Finalmente la cuestión se desatascó con la intervención del presidente norteamericano Theodore Roosevelt, que aconsejó a Francia que aceptase la conferencia y que pidió a Alemania que no abusase de la situación. Resuelto el escollo, se empezó a preparar la agenda del encuentro que finalmente se produciría en Algeciras, en enero de 1906.

Pero recordemos que para el gobierno de Berlín la crisis de Tánger sólo era la *palanca* para poner en marcha una maniobra política de mucho mayor alcance: lo que el Káiser y el canciller Bülow querían era deshacer el *sistema francés* y rehacer el *sistema bismarckiano* atrayendo de nuevo a Rusia; para lograrlo aprovecharon la debilidad de una Rusia derrotada por Japón, embarrancada en una revolución y con el aliado francés en serias dificultades. El camino elegido por la diplomacia alemana fue la cálida relación personal que existía entre el Káiser y el Zar. La circunstancia concreta la proporcionó el crucero que el Zar estaba realizando en julio de 1905 por aguas del golfo de Finlandia. La diplomacia alemana entendió que Nicolás II sería más influenciable si no tenía cerca a su Ministro de Exteriores y organizó una negociación directa entre los dos soberanos. En Björkö, el 25 de julio de 1905, en el mayor de los secretos, Guillermo obtuvo de Nicolás una *nota personal* por la que se comprometía a concluir un tratado de alianza defensiva germano-ruso, de aplicación exclusivamente en Europa, al que se intentaría asociar a Francia; el tratado entraría en vigor cuando Rusia concluyera la paz con Japón.

Sin duda, la diplomacia alemana intentaba aprovechar la fuerte hostilidad que desde antiguo sentía el Zar y una gran parte de los dirigentes rusos contra el Imperio Británico; por esa razón, el Tratado de Björkö estaba claramente dirigido contra Inglaterra, aunque limitase el compromiso a un enfrentamiento en Europa y no lo extendiera a Asia. Sin embargo, para Alemania, no se trataba tanto de buscar un compromiso contra los británicos, como de vaciar de contenido la construcción diplomática forjada por los franceses desde 1890. Conviene no perder de vista que, aunque el Tratado de Björkö no entrase en contradicción formal con la Alianza Franco-Rusa, ya que los dos tratados

digitalia
www.digitalia.us

establecían exclusivamente alianzas defensivas, si Rusia se comprometía con Alemania, difícilmente podría sostener a Francia contra Alemania. A partir de ahí, Francia se vería obligada a unirse a la *alianza continental* dirigida contra los británicos si no quería dejar morir su alianza con Rusia, con lo que debería renunciar a la Entente Cordial. El plan alemán era aparentemente muy resolutivo: si Francia lo aceptaba, la Entente Cordial con Inglaterra dejaba de existir, si Francia lo rechazaba, se rompía la Alianza Franco-Rusa. Bülow estaba tan convencido de su valor que, a cambio del Tratado de Björkö, estuvo dispuesto a renunciar a Marruecos. Pero Bülow no pareció tener en cuenta que su maniobra colocaba a los demás gobiernos ante graves disyuntivas que les obligarían a tomar decisiones que podrían resultar contraproducentes para los objetivos alemanes.

Empecemos por Francia, donde la decisión de Rouvier de forzar la dimisión de Delcassé podía significar un cambio en la política exterior de la República. Como la paz entre Rusia y Japón se firmó el 5 de septiembre y fue ratificada en octubre, el Tratado de Björkö entró en vigor ese mes y fue entonces cuando los dirigentes franceses tuvieron que decidir. Berlín, por su parte, intentó atraer al gobierno de París con una política apaciguadora durante la negociación de la agenda de la Conferencia de Algeciras y el 28 de septiembre aceptó dejar fuera de la futura negociación no sólo los conflictos de la frontera entre Argelia con Marruecos, sino también los acuerdos franco-británicos y franco-españoles de 1904. Pero no habrá cambio significativo en la política exterior francesa; aunque hubiese despedido a Delcassé, Rouvier consideraba que su *sistema* convenía a los intereses de la República si se manejaba con prudencia y realismo. El gobierno francés podía estar dispuesto a buscar un compromiso con Alemania sobre Marruecos, pero no podía olvidar ni Alsacia-Lorena ni las ventajas de la Entente Cordial. Comprometerse con Alemania y Rusia en una *alianza continental anti-británica* sería colocarse *detrás* de Alemania; convenía más a los intereses franceses aprovechar el antagonismo que empezaba a crecer entre Inglaterra y Alemania; el vacío dejado por la devaluación del poder ruso podía quedar compensado por el apoyo británico. Por lo tanto, convenía que Francia mantuviera los acuerdos diplomáticos existentes, sin dotarles de elementos agresivos, y evitase la desestabilización del equilibrio europeo que garantizaba Inglaterra. Rouvier rechazó con contundencia, desde octubre de 1905, que existiera la menor posibilidad de que Francia participara en una *alianza continental* contra Inglaterra junto a Alemania y Rusia. Previamente, Rouvier había decidido mantener y fortalecer la Alianza Franco-Rusa.

Veamos ahora lo que ocurre en el seno del gobierno ruso, que está haciendo frente, no lo olvidemos, a una crisis interna muy importante, en medio de una situación social muy deteriorada y con la finanzas públicas reducidas a cero. Pues bien, la decisión francesa de mantener la alianza con Rusia se dejó sentir en ese momento a través de su gran capacidad financiera, que puso al servicio del fortalecimiento del Zar: el gobierno Rouvier salvó a Rusia de la bancarrota mientras su gobierno terminaba violentamente con la oleada revolucionaria; a cambio de un empréstito de 1.250 millones de francos, Rusia debía respaldar de manera absoluta la política francesa sobre Marruecos. Para mayor seguridad, el empréstito no se haría efectivo hasta *después* de la Conferencia de Algeciras. El gobierno ruso no tenía otros recursos financieros externos y se sometió a la voluntad francesa. En ese marco, el compromiso *personal* del Zar con el Tratado de Björkö no significó gran cosa. El gobierno de Berlín comprendió pronto que su maniobra había fracasado y renunció a seguir presionando al Zar.

digitalia
www.digitalia.us

Finales de 1905 fue también *tiempo de decisiones* para Inglaterra. En diciembre, muy poco antes de que se reuniera la Conferencia de Algeciras, un nuevo equipo gubernamental, dirigido por el liberal Henry C. Campbell-Bannerman, con Edward Grey al frente del *Foreign Office*, relevó a los conservadores y unionistas. Pues bien, el nuevo equipo mostró de manera inmediata, y sin lugar a dudas, su firme compromiso con la Entente Cordial. De manera muy particular, Edward Grey y una buena parte del *Foreign Office*, convencidos de que el principal peligro para la posición británica en el mundo provenía de la nueva política de naval y comercial de Alemania, fueron firmes partidarios no sólo del fortalecimiento de la Entente, sino también de la búsqueda de un acercamiento a Rusia, el principal aliado de Francia[22].

España ante la crisis internacional de 1905

La maniobra diplomática alemana de 1905 colocó a los tres gobiernos españoles que se sucedieron en ese año (el conservador de Fernández Villaverde, de enero a junio; el liberal de Montero Ríos, de julio a noviembre, y el liberal de Moret, de noviembre a julio de 1906) en la posición de fortalecer o debilitar la opción política que implicaba el acuerdo colonial que había aceptado el gobierno Maura en octubre de 1904. El primer requerimiento concreto no llegó de París, primera visita de Estado de Alfonso XIII en mayo-junio de 1905, sino de Londres, segunda visita de Estado en junio de 1905, y tuvo que ver con Gibraltar y con la forma jurídica con la que España se había incorporado a la Entente. Recordemos que todo lo relativo al reconocimiento de los intereses españoles en Marruecos en el marco de la Entente Cordial franco-británica pasó exclusivamente por negociaciones entre los gobiernos francés y español. Pues bien, aunque Lansdowne aceptase expresamente la posición de Delcassé, no se sintió nunca cómodo con la situación creada. España se había comprometido con Francia a no ceder a otra potencia —Alemania— ningún punto de los territorios marroquíes incluidos en su nueva zona de influencia, pero España no se había comprometido, ni con Francia ni con Inglaterra, a no ceder a Alemania —o a Francia— cualquiera de los muchos puntos estratégicos que poseía en la región del estrecho de Gibraltar al margen de la nueva zona de influencia en Marruecos. El gobierno de Londres entendió desde el principio que la ausencia de ese compromiso por parte de España debilitaba la seguridad del Gibraltar británico en un momento en que el desarrollo de los grandes acorazados había planteado la necesidad de realizar importantes inversiones en su puerto para dotarle de diques secos, arsenales y defensas proporcionales a las dimensiones de las nuevas flotas[23].

Por esta razón, el 8 de junio de 1905, esto es, poco después de la explosiva visita del Káiser a Tánger (31 de marzo) y de la caída de Delcassé (6 de junio), durante la visita de Estado realizada por el Rey de España Alfonso XIII a Londres en busca de esposa, el marqués de Lansdowne, Secretario de Estado para el *Foreign Office* del gabinete conservador-unionista de Arthur Balfour, realizó una propuesta muy concreta de acuer-

---

[22] Paul M. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, Londres, The Ashfield Press, 1980; y G. W. Monger, ob. cit.

[23] Rosario de la Torre del Río, «Los acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907: una larga negociación en la estela del 98», en *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, núm. 1 (1988), págs. 81-104.

digitalia
www.digitalia.us

do anglo-español en una entrevista con Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, Ministro de Estado del gobierno conservador de Fernández Villaverde, que acompañaba al Rey en su viaje. En el curso de una conversación amistosa en la que hablaban de las intenciones alemanas en Marruecos, Lansdowne señaló a Villaurrutia las ventajas mutuas de un acuerdo anglo-español por el que se entendiese que España no cedería a una tercera potencia ninguno de sus puntos estratégicos en la región del Estrecho; el acuerdo podría incluir el apoyo inglés a España para el caso de que tuviese que enfrentarse a cualquier país para defender esas posiciones en la confianza de que, igualmente, se podría llegar a un acuerdo para favorecer la seguridad de Gibraltar frente a un hipotético ataque desde territorio español. Es decir, Inglaterra volvía a los planteamientos de 1898 y los ponía sobre la mesa en medio de la crisis de 1905.

Si bien Villaurrutia se mostró interesado en el proyecto, el gobierno de Villaverde tenía los días contados, por lo que la propuesta de Lansdowne debió esperar para poder seguir su curso. El 23 de junio se formó un gobierno liberal con Montero Ríos en la Presidencia y Sánchez Román en Estado; la renovación de la propuesta británica llegó a ellos a través de la Embajada británica en Madrid donde, desde 1904, se encontraba Arthur Nicolson, que en 1898 había coincidido con Emilio de Ojeda en Tánger, y que explicará la iniciativa británica al rey Alfonso y —autorizado por Lansdowne— al embajador francés Jules Cambon. Pasado el verano, Nicolson volvió a la carga hablando ahora con Segismundo Moret, a quien encontró absolutamente convencido de la necesidad de un acuerdo anglo-español que garantizara las posesiones insulares españolas y que Gibraltar no sería atacado desde tierra. La entrevista con el viejo líder liberal, que estaba a punto de volver a la Presidencia del Consejo de Ministros, provocó en el embajador británico el recuerdo del tratado que en 1898 ofreció el gobierno Sagasta, por iniciativa precisamente de Moret, considerando que aquella vieja propuesta revivía en el proyecto que ahora se planteaba. A pesar del entusiasmo desplegado por Nicolson, los últimos meses de 1905 no fueron propicios para desarrollar la negociación anglo-española: tanto en Londres como en Madrid, los dos gobiernos tenían los días contados. En noviembre se formaría en Madrid un nuevo gobierno liberal con Moret en la Presidencia y con el duque de Almodóvar del Río en Estado. En diciembre se formaría en Londres un gobierno liberal con Henry Campbell-Bannerman como primer ministro y Sir Edward Grey al frente del *Foreign Office*. El paréntesis impuesto por estos cambios daría ocasión a que se materializasen las presiones alemanas sobre España.

Y mientras el Káiser Guillermo intentaba —sin éxito— que la proyectada visita de Estado del rey Alfonso a Berlín coincidiera con la formidable revista militar del 2 de septiembre en recuerdo de la victoria de Sedán sobre los franceses[24], y Joseph von Radowitz, Embajador alemán en Madrid, desplegaba su mucha influencia sobre las elites políticas españolas y sobre la reina madre María Cristina, buscando apoyos para la Conferencia de Algeciras, Francia, bajo la mirada atenta de Inglaterra, negoció con el gobierno español un compromiso para asegurarse de que su comportamiento en la Conferencia no sería otro que el de mantener la más estrecha colaboración con la diplomacia francesa. La negociación del Embajador francés en Madrid con el gobierno liberal de Montero Ríos concluyó en San Sebastián, el 1 de septiembre, con un intercambio de Notas por el que Francia garantizaba la defensa de determinados intereses españoles en

[24] M. Paléologue, ob. cit., pág. 385.

digitalia
www.digitalia.us

la Conferencia que se preparaba y que tenían que ver con: la policía de los puertos, la vigilancia y represión del contrabando, la vigilancia marítima, los intereses económicos y financieros, la presencia de la peseta, y a la participación en el futuro Banco del Estado. A cambio de la defensa francesa de esos intereses, España se comprometió a marchar completamente de acuerdo con Francia en el curso de las deliberaciones de la conferencia proyectada[25]. El gobierno liberal de Segismundo Moret, con el duque de Almodóvar del Río al frente del Ministerio de Estado, responsable de la política española durante la reunión internacional, no haría otra cosa que reforzar los compromisos asumidos con Francia el 3 de octubre de 1904 y el 1 de septiembre de 1905.

Con la aceptación de la negociación propuesta por Inglaterra el 8 de junio y con la firma de las Notas intercambiadas con Francia el 1 de septiembre, España abordó la reunión de la Conferencia de Algeciras desde una posición firmemente comprometida con la Entente Cordial, tal y como se demostró en noviembre, durante la visita oficial del Rey de España a Berlín. Como contó Moret al Embajador francés en Madrid, durante la visita, el Káiser Guillermo II recordó al rey Alfonso XIII las estrechas relaciones que existieron entre el rey Alfonso XII y el Káiser Guillermo I, y le propuso reactivar el acuerdo *secreto y personal* establecido entonces entre los dos monarcas. Según Moret, el rey Alfonso contestó que el acuerdo negociado *personalmente* por su padre respondió a su la búsqueda de apoyos internacionales para la Monarquía recién restaurada, pero que ahora la situación internacional había cambiado completamente y que, en cualquier caso, él era un soberano constitucional que no podía asumir compromisos, secretos o públicos, sin el consentimiento previo de sus consejeros constitucionales. Moret aseguró al embajador francés que la respuesta del rey Alfonso había puesto fin a la iniciativa del Káiser y que su gobierno —cuando quedaba menos de un mes para el inicio de la Conferencia de Algeciras— estaba firmemente decidido a caminar en estrecha armonía con los gobiernos de París y Londres[26].

Realmente los españoles dieron muchas explicaciones a los franceses sobre la visita de Estado a Berlín. Paléologue recoge las siguiente confidencias y comentarios del rey Alfonso al embajador Jules Cambon:

> El emperador Guillermo me recordó un compromiso que mi padre asumió con su abuelo y que consistía en colocar 200.000 hombres en nuestra frontera para retener junto a los Pirineos a dos cuerpos de ejército franceses. Él hubiese deseado que yo asumiese el mismo compromiso. Le respondí que la situación era muy diferente de la que existía en 1883. Sin embargo, si estallaba una guerra entre Francia y Alemania, era probable que todas las potencias movilizaran, por temor a la generalización del conflicto. En ese caso, España hará lo mismo que los demás países. Pero, si usted nos ve concentrar 100.000 hombres en los Pirineos, no tiene nada que temer y puede desde este momento tranquilizar a su gobierno. Que no deje pues ninguna tropa de nuestro lado. Le doy mi palabra de honor, mi palabra de rey, de que ni un español atravesará la frontera[27].

---

[25] P. Cambon a Lansdowne, 6 de septiembre de 1905; Landsdowne a P. Cambon, 9 de septiembre de 1905; Lansdowne a Bertie, 14 de septiembre de 1905, en George Peabody Gooch y Harold Temperley, *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914*, Londres, HMSO, 1927-1938, vol. III: The Testing of the Entente 1904-6, docs. 176, 179 y 181, págs. 136-137, 138 y 139-140.

[26] Nicolson a Grey, 27 de diciembre de 1905, en Ibíd., doc. 208, pág. 167.

[27] Paléologue, ob. cit., págs. 420-421.

digitalia
www.digitalia.us

La Conferencia internacional sobre Marruecos, abierta el 17 de enero de 1906 en Algeciras, constituirá una nueva decepción para Alemania. Aunque el hecho de reunirse significase la afirmación del carácter internacional de la cuestión, se impusieron las tesis francesas sobre la dos principales cuestiones objeto de debate: el mantenimiento del orden en los puertos y el establecimiento de un Banco de Estado; Rusia, Inglaterra, España, Italia y Estados Unidos se negaron a secundar sus planteamientos que sólo sostuvo, con reticencias, Austria-Hungría[28]. El Acta Final de la Conferencia de Algeciras, de 7 de abril de 1906, consagró el éxito de Francia, la decisión británica de sostener la Entente Cordial y el firme compromiso de España con Francia e Inglaterra. El gobierno alemán fue absolutamente consciente de su fracaso y de su aislamiento.

Los Acuerdos Mediterráneos de 1907[29]

Aunque el resultado final de la crisis de 1905 favorezca el deseo de Edward Grey de retomar la propuesta de Lansdowne para garantizar el *statu quo* del Mediterráneo Occidental, la discontinuidad ministerial española seguiría siendo un serio inconveniente. A finales de julio cesó el gobierno Moret; la crisis del Partido Liberal agotó la situación política hasta el punto de registrar tres gobiernos distintos en la segunda parte del año 1906: López Domínguez a finales de julio, de nuevo Moret a finales de noviembre, y Vega Armijo a principios de diciembre. Finalmente, el 25 de enero de 1907, los liberales dieron paso a un gobierno más estable de Antonio Maura.

Aprovechando el elemento de continuidad que ofreció, en diciembre de 1906, el nombramiento de Villaurrutia como Embajador de España en Londres, el *Foreign Office* comenzó a preparar las bases del acuerdo propuesto año y medio atrás. Tomando como punto de partida las limitaciones del artículo VII de la Convención secreta franco-española de 3 de octubre de 1904, que no impedía a España ceder sus territorios de la región del Estrecho a una tercera potencia (Alemania) o a Francia, Londres tenía en cuenta tres cosas: que el proyecto para repartir Marruecos entre Francia y España se había consolidado, que Alemania no daría por cerrada la cuestión tras su fracaso en Algeciras, y que tanto España como Francia deseaban un acuerdo hispano-británico. Aunque Grey dudase a la hora de comprometer a Inglaterra con la firma de un tratado permanente, que debería aprobar el Parlamento, la posibilidad de fortalecer la seguridad de Gibraltar le decidió, e hizo suya la oferta de Lansdowne a Villaurrutia de garantizar los territorios españoles de la región del Estrecho.

Pero el *Foreign Office* no llegó a concretar su propuesta. La diplomacia francesa encarnada en Jules Cambon, se introdujo en la negociación y la precipitó presentando, el 7 de enero de 1907, un borrador de tratado que colocaba a la diplomacia británica en una posición incómoda, entre otras cosas porque Jules Cambon ofrecía al rey Alfonso y al ministro Pérez Caballero una garantía anglo-francesa para las posesiones españolas en el Mediterráneo y en el Atlántico sin nombrar siquiera a Gibraltar. La diplomacia británica quedaba descolocada; venía estudiando las bases de la propuesta en la con-

---

[28] André Tardieu, *La Conférence d'Algésiras. Histoire diplomatique de la crise marrocaine (15 Janvier-7 Avril 1906)*, París, Félix Alcan, 1908.

[29] Resumo mi trabajo ya citado sobre «Los acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907».

digitalia
www.digitalia.us

fianza de que el gobierno español deseaba un tratado bilateral y, de repente, se encontraba con que Jules Cambon, que iba a ser trasladado de la Embajada de Madrid a la de Berlín en el mes de febrero, forzaba la situación aprovechando la resistencia española a firmar algo que pudiese modificar el *status* jurídico de Gibraltar, con objeto no tanto de fortalecer las relaciones de España con la Entente, como de implicar a los británicos en un acuerdo formal con París para excluir definitivamente a Alemania del Mediterráneo Occidental. Grey entendió que un tratado como el propuesto por Jules Cambon sería considerado por Berlín como un estrechamiento de la red extendida sobre la política alemana, y que esto, evidentemente, tenía sus riesgos[30].

Mientras valoraba esos riesgos, Grey recibió una propuesta del Rey de España distinta de la que venía contemplando Maura que, de manera indirecta se había mostrado conforme con el planteamiento de Jules Cambon. La intervención de Alfonso XIII tuvo lugar, el 16 de marzo de 1907, en el marco de la audiencia concedida ese día al Embajador de Inglaterra con objeto de cerrar la preparación de la visita de Estado de los reyes británicos Eduardo y Alejandra. El Rey, después de alguna referencia al asunto esperado, aprovechó la ocasión para comunicar al Embajador británico sus proyectos para la reconstrucción del Ejército y de la Armada y sus opiniones a propósito del tipo de alianza que necesitaba España; y tras el esbozo de un ambicioso programa de reconstrucción militar que, sin duda, beneficiaría a alguno de los grandes fabricantes británicos de armamento, el Rey se mostró en desacuerdo con el proyecto de Jules Cambon y aseguró su preferencia por un tratado bilateral con Inglaterra por el que este país tuviera, en tiempo de guerra, libertad para usar los puertos y arsenales españoles a cambio del compromiso de defender las costas españolas de un ataque de cualquier otra potencia. Al margen de importantes consideraciones estratégicas, el gobierno británico valoró en las palabras del Rey lo que en ellas había de oposición al proyecto de Jules Cambon que, pocos días después, haría suyo formalmente el gobierno Maura.

Con todos los datos sobre la mesa, Grey, que en ningún caso quiso dar la impresión a Alemania de que estrechaba su cerco, decidió no aceptar ni la propuesta de Jules Cambon ni la de Alfonso XIII y limitarse a ofrecer a España un sencillo intercambio de Notas entre los dos gobiernos con el compromiso de no ceder sus territorios a ninguna otra Potencia; un acuerdo así podía ser eficaz, no entrañaría nuevas obligaciones para Inglaterra y Alemania no tendría razones para protestar. El *Foreign Office* redactó la Nota teniendo en cuenta sus conversaciones con el embajador Villaurrutia y, antes de presentársela formalmente al gobierno de Maura, comunicó a París su decisión de rechazar definitivamente la idea de un tratado tripartito. Londres decidió aprovechar la inmediata visita de Estado de Eduardo VII al puerto de Cartagena para culminar la negociación con Alfonso XIII y con el gobierno Maura.

La visita de Estado que el rey Eduardo VII de Inglaterra debía realizar a España en devolución de la efectuada a Londres, en junio de 1905, por el rey Alfonso XIII, no se celebró hasta abril de 1907. El deseo de que se realizase lo antes posible, deseo repetidamente expresado por el rey Alfonso y por el gobierno español de turno, tuvo en con-

---

[30] Keith A. Hamilton, «Great Britain, France, and the Origins of the Mediterranean Agreements of 16 May 1907», en Brian J. C. McKercher y David J. Moss (eds.), *Shadow and Substance in British Foreign Policy 1895-1939. Memorial Essays Honouring C.J. Lowe*, Edmonton, The University of Alberta Press, 1984, págs. 115-150.

digitalia
www.digitalia.us

tra el temor del gobierno británico a un atentado como el que, en mayo de 1906, sufrió la comitiva nupcial de Alfonso XIII y Victoria Eugenia. Los repetidos atentados anarquistas del año 1906 reafirmaron al gobierno Campbell-Bannerman en su decisión de no autorizar la visita del rey Eduardo a Madrid proponiendo, en su lugar, una *visita naval* en la que todos los actos se realizasen en los barcos anclados en el puerto elegido para facilitar el control de la seguridad de los reyes. Mientras que el entonces ministro de Estado, Pérez Caballero, objetó que una *visita naval* no podía ser considerada como una visita a la capital del Estado y se resistió a aceptar el planteamiento del gobierno británico, Alfonso XIII se mostró desde el primer momento muy satisfecho con la propuesta, valorando positivamente no sólo la inmediata realización de una visita que sería interpretada por la opinión pública nacional e internacional como la manifestación del apoyo británico a España, sino también las posibilidades propagandísticas de una visita naval. Convencidos de que los deseos del Rey prevalecerán sobre los del Ministro, los británicos dejaron pasar unos días, dando así tiempo a que cambiara el gobierno. Finalmente, el gobierno Maura aceptó la *visita naval* en el puerto de Cartagena como devolución de la visita de Alfonso a Londres.

Los actos oficiales de Cartagena comenzaron a primera hora de la mañana del lunes 8 de abril, con la llegada en tren de la comitiva española. Acompañaban al rey Alfonso su madre la reina María Cristina y su cuñado el infante Fernando de Baviera; la reina Victoria Eugenia, embarazada de su primer hijo, no viajó por consejo médico. El Gobierno estuvo representado por su presidente Antonio Maura y por los ministros de Estado Allendesalazar y de Marina almirante Ferrándiz, a los que se añadieron el embajador de España en Londres, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, y el embajador de Inglaterra en Madrid, Maurice de Bunsen. La comitiva oficial se instaló en buques anclados en el puerto. El rey Alfonso, a bordo del yate real *Giralda*, salió mar adentro, escoltado por los torpederos *Ordóñez* y *Acevedo*, al encuentro de sus huéspedes.

El rey Eduardo VII de Inglaterra llegó a aguas españolas a borde del yate real *Victoria & Albert* acompañado por su esposa la reina Alejandra, su hija la princesa Victoria, el subsecretario permanente del *Foreign Office* Charles Hardinge y el almirante Fisher, Primer Lord del Almirantazgo. Le esperaban en alta mar, frente al puerto de Cartagena, catorce buques de guerra de la flota británica del Mediterráneo, entre los que destacan seis acorazados, cinco cruceros grandes y el *Enchantress*, un yate del Almirantazgo. La llegada del escuadrón, con el *Victoria & Albert* y el *Giralda* a su frente, constituyó el comienzo de un gran espectáculo naval seguido puntualmente por la prensa española e internacional. Mientras los grandes buques de guerra británicos quedaban anclados más allá de la boca del puerto, el yate real británico fondeó en el interior, junto al yate real español. Cerca del *Giralda* se colocaron el crucero *Lepanto* y el cañonero *Temerario*; junto a la boca del puerto, a poniente, se situó el crucero *Infanta Isabel*, más allá, el *Princesa de Asturias*, el *Extremadura*, la *Numancia* y algún otro torpedero. Aunque no eran más que los tristes restos de la flota destruida en 1898, estaban allí, junto a los barcos británicos, testimoniando la voluntad política del Rey y de Maura de construir una escuadra lo antes posible.

Pues bien, en medio de aquellas ceremonias oficiales tuvo lugar la negociación pendiente. En la tarde del día 8, el subsecretario Hardinge y el embajador De Bunsen se entrevistaron a bordo del *Giralda* con el ministro Allendesalazar y el embajador Villaurrutia y les entregaron formalmente el texto de la Nota que proponían intercambiar. Durante la cena de gala abordo de la *Numancia*, Hardinge habló con el rey Alfon-

digitalia
www.digitalia.us

so y con el presidente Maura y les expuso el punto de vista británico. Por último, en la tarde del día 9 se reunieron, en el *Giralda*, Maura, Allendesalazar, Villaurrutia, Hardinge y De Bunsen. A lo largo de la reunión, el presidente español aceptó la fórmula británica y expresó su deseo de proceder también a un similar intercambio de Notas con el gobierno francés.

Concluida la negociación anglo-española, quedaba pendiente la aceptación de París. No se demoraría; aunque el gobierno francés siguiese lamentando el rechazo británico al tratado tripartito, no intentó mantener abierta la negociación por temor a que, mientras tanto, se produjera cualquier acción intempestiva de la diplomacia alemana sobre el gobierno de Madrid; para neutralizarlo, París se apresuró a concluir la negociación para colocar a los alemanes ante hechos consumados. Sólo quedaba perfilar la forma que tendrían las Comunicaciones entre Londres y París del respectivo intercambio de Notas con Madrid. Así, finalmente, para desconsuelo de los hermanos Cambon, el contenido de la comunicación Londres-París sería, en principio, el único compromiso con Francia que Grey aceptaría en el marco de su negociación con España.

El 16 de mayo de 1907, el gobierno conservador de Antonio Maura entregaba, a través de su embajador en Londres, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, y de su embajador en París, Fernando León y Castillo, dos Notas idénticas en las que mostraba su deseo de mantener el *statu quo* territorial y los derechos de España e Inglaterra —o de España y Francia— en el Mediterráneo y en la parte del Atlántico que baña las costas de Europa y de África. Por esta razón, el gobierno español ponía en conocimiento de las otras dos Partes su firme determinación de conservar intactos los derechos de la Corona española sobre sus posesiones insulares y marítimas situadas en dicha región, y su compromiso a ponerse en comunicación con Londres y París si algo viniese a modificar dicho *statu quo* territorial con objeto de concertar, si se juzgaba oportuno, las medidas a tomar en común. Durante la misma y simultánea visita de los embajadores españoles a los Ministerios de Asuntos Exteriores británico y francés, les fueron entregadas sendas Notas con un contenido idéntico a la que estaban entregando y en las que los gobiernos de Henry Campbell-Bannerman y de George Clemenceau expresaban los mismos deseos de mantener el *statu quo* y simétricos compromisos de ponerse en comunicación. El doble intercambio de Notas idénticas producido en Londres y París se completaba con el intercambio en Londres y en la misma fecha de dos *Comunicaciones verbales*, por supuesto, escritas; en la primera, Francia mostraba a Inglaterra su satisfacción por el acuerdo simultáneo de las dos potencias con España y se comprometía a concertarse con Londres si lo hacía con Madrid; en la segunda, Inglaterra tomaba nota de la comunicación francesa, mostraba su satisfacción por la identidad de objetivos que las tres Partes afirmaban, y se comprometía a ponerse en comunicación con París si tenía que hacerlo con Madrid.

Intercambiadas Notas y Comunicaciones el 16 de mayo, el secreto de su existencia y de su contenido duró realmente muy poco. Ante las primeras filtraciones, los tres gobiernos implicados decidieron realizar una comunicación simultánea a los gobiernos de Roma, Viena, Berlín y San Petersburgo, a los que entregaron una copia de la Nota el 15 de junio. Por las mismas fechas el asunto saltó a la prensa y dos días después los ministros de Asuntos Exteriores de los tres países informaron a sus respectivos Parlamentos. Allendesalazar adelantó la existencia de los Acuerdos en el Congreso y en el Senado a lo largo de la tarde del día 17 de junio; pocos días después, el 25 de junio, el Ministro de Estado daría lectura en el Congreso a los textos de las Notas intercambia-

digitalia
www.digitalia.us

das afirmando que en ellas se expresaban unos Acuerdos que definían la política exterior de España.

Sin duda tenía razón el Ministro de Estado, los Acuerdos Mediterráneos de 1907 anclaban más firmemente a España en la Entente Cordial y, con ello, definían con claridad la orientación general de su política exterior. Se trataba de una política defensiva y dependiente ya que España, a través del cruce de iniciativas que hemos estudiado, había encontrado finalmente una garantía internacional para mantener sin sobresaltos sus territorios en una región en la que el principal factor del mantenimiento del *statu quo* era la supremacía efectiva de los intereses franco-británicos. La política exterior española quedaba fortalecida frente a Alemania, pero quedaba también limitada frente a Francia e Inglaterra, ya que no serán posibles iniciativas españolas al margen —mucho menos en contra— de los intereses preponderantes de Londres y París[31]. Estas limitaciones, que pesarán sobre futuras ambiciones de los gobiernos españoles, no oscurecieron la satisfacción generalizada que acompañó a su firma; los españoles de 1907 eran demasiado conscientes de los riesgos que habían corrido en 1898 como para no aplaudir unánimemente el logro de unos Acuerdos que garantizaban su punto y final. Por otra parte, la *regeneración* incluía también la decisión de ponerle *siete llaves al sepulcro del Cid*, y una política exterior estrictamente defensiva pareció entonces a todos realista y conveniente.

La definitiva consolidación de la Entente

Aunque la reacción de la opinión pública alemana y del gobierno de Berlín ante la publicación de los Acuerdos Mediterráneos fuese una mezcla de irritación y desprecio hacia *un petit papier que no cambiaría el curso de la historia*, y no anunciase riesgos inmediatos, la diplomacia francesa siguió buscando un compromiso británico explícito de apoyo político para frenar a Alemania en Marruecos. La iniciativa pasó de Jules a Paul Cambon que, el 8 de junio, en el curso de una de sus periódicas visitas a Edward Grey, tras recordar cómo la agresividad alemana de 1905 transformó el apoyo diplomático prometido por Inglaterra a Francia en 1904 en «algo parecido a una alianza», preguntó si podía esperar algo similar en el caso de que Alemania volviese a presionar. Grey, que consideraba que cualquier intento alemán de *torpedear* la Entente afectaría muy negativamente a Inglaterra, no dudó en proporcionar al Embajador francés las seguridades verbales que le pedía[32]. Finalmente, el gran esfuerzo diplomático de los hermanos Cambon[33] para comprometer políticamente a Inglaterra en el enfrentamiento franco-alemán por Marruecos daba un nuevo fruto.

---

[31] Coincido plenamente con el significado general que dio a estos acuerdos Hipólito de la Torre Gómez en un trabajo anterior al mío: «El destino de la regeneración internacional de España (1898-1918)». *Proserpina*, núm. 1 (1985), monográfico sobre Relaciones Internacionales de España en el Siglo XX, págs. 9-22. Este autor ha profundizado en el estudio de la frustración posterior de la política exterior española ante esas limitaciones en *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal 1910-1919*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, y en *El imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Junta de Extremadura, 2002.

[32] K.A. Hamilton, ob. cit.

[33] Aunque se ocupe muy poco de los asuntos relativos a España en los años que estudiamos, puede seguirse la importante trayectoria de los hermanos Cambon en Laurent Villate, *La République des diplomates. Paul et Jules Cambon 1843-1935*, París, Science Infuse, 2002.

digitalia
www.digitalia.us

La diplomacia alemana, con su mezcla de brutalidad y declaraciones de amistad, incapaz de prever los acontecimientos y de anticipar las reacciones, produjo finalmente *un efecto rebote* con el que no contó, y en lugar de romper la Entente Cordial, la reforzó. En efecto, la Entente de 1904 tenía dos agujeros, uno menor y otro mayor. El problema menor lo constituía la debilidad española frente a las repetidas presiones alemanas; por esa debilidad podía colarse Alemania en el Mediterráneo Occidental. El problema mayor se encontraba en la contradicción entre la Alianza Franco-Rusa y la Entente Cordial como consecuencia del secular enfrentamiento de rusos y británicos en Asia Central. Pues bien, los dos problemas se resolvieron en 1907. El problema de España, con la firma de los Acuerdos Mediterráneos de 16 de mayo; el problema de Rusia, con la firma, el 31 de agosto, de un Convenio Anglo-Ruso, patrocinado por Francia, por el que Rusia se retiraba de Afganistán, que quedaba en la esfera británica, Inglaterra renunciaba a Tíbet, y Persia se dividía en dos zonas de influencia, una rusa al norte, otra inglesa al sur. Como la Entente de 1904, la de 1907 no contenía un compromiso de política general para el futuro; se limitaba a liquidar contenciosos coloniales. Sin embargo, como aquélla, la Entente de 1907 fortaleció la solidaridad entre los firmantes y fortaleció la nueva la bipolaridad del sistema internacional.

España, por su parte, alcanzaba, nueve años después del Desastre, la muy deseada garantía internacional y, con ella, una posición internacional relativamente sólida desde la que *transitar*, sin la fuerza militar necesaria, desde el forzado abandono de Ultramar a la concentración de riesgos e intereses en su frontera meridional. Sin duda el proceso se había visto facilitado por la concentración de todos los intereses estratégicos españoles en la zona del Estrecho, por la necesidad británica de asegurar Gibraltar, por la decisión francesa de asegurar su control de Marruecos, por la decisión alemana de destruir el sistema diplomático francés, por la decisión británica de impedir que Alemania trastocase un equilibrio internacional que le favorecía y por la posibilidad de que Alemania aprovechase la debilidad española. Sin duda, se trataba de una política defensiva y dependiente: España había encontrado finalmente una garantía internacional para mantener sin sobresaltos sus territorios en una región en la que el principal factor del mantenimiento del *statu quo* era la supremacía efectiva de los intereses franco-británicos. Aunque los Acuerdos limitasen y frustrasen ambiciones futuras, visto desde el Desastre, no era poco para España obtener garantías de que ni Inglaterra ni Francia deseaban modificar el *statu quo* de la región del Estrecho. Sin embargo, conviene no perder de vista que España había alcanzado una mayor seguridad internacional a costa de un *compromiso marroquí* que, aunque podía colmar —en parte— viejos ensueños y nuevos intereses, planteaba unas exigencias políticas y militares de difícil cumplimiento y de gravísimas consecuencias.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

La difícil entrada de los intelectuales europeos en la modernidad a partir de 1905

Christophe Charle
Université de Paris I – Panthéon Sorbonne

Introducción

Los intelectuales europeos le dieron mucha importancia a la entrada en el siglo xx, debido a la fascinación por las cifras redondas (inicio del siglo xx de la era cristiana) y, sobre todo, debido a la creencia, intacta en la opinión progresista, en el carácter acumulativo e ilimitado del progreso humano. No cabe duda de que los profetas de la decadencia, activos desde los años 1880, y los enemigos de la modernidad, virulentos desde los años 1890, siempre se hacen oír. Sin embargo, el campo de la modernidad parece haber recibido refuerzos inesperados de diferente tipo que permiten renovar el discurso tradicional sobre el progreso:

— Una serie de innovaciones técnicas de los años 1890-1900 relanzan las imágenes del avance de la humanidad en un momento en el que el discurso del progreso se nutría de una maquinaria que iba envejeciendo: al ferrocarril, símbolo de la abolición del espacio y del tiempo, se suman el automóvil y el avión, que abren nuevos horizontes de libertad, al igual que el teléfono o los cables transoceánicos[1].

— Se relanza la conquista de los últimos espacios desconocidos y más inhóspitos del mundo con las exploraciones polares o a la Amazonía[2].

[1] Recuérdese el entusiasmo que suscitó Blériot al cruzar el Canal de la Mancha, lo cual inspiró representaciones pictóricas a Delaunay sobre estos temas. Véase Christophe Studeny, *L'invention de la vitesse. France XVIIe-XXe siècle*, París, Gallimard, 1995.

[2] Véase Armelle Enders, «Positivisme et mythe de la frontière dans l'expediçao cientifica Roosevelt-Rondon au Mato Grosso et en Amazonie, 1913-1914», *Revue d'histoire d'outremer*, núm. 85 (1998), páginas 83-104 (on line: *http://nuevomundo.revues.org/document607.html)*

digitalia
www.digitalia.us

— La larga depresión que había alimentado el pesimismo de fin de siglo se ve remplazada por la expansión económica de la *Belle Époque* y el auge de nuevas economías no europeas (Estados Unidos, Japón), que cuestionan la hegemonía europea y plantean interrogantes sobre el futuro de Europa en un mundo globalizado en el que se acentúan las diferencias.

— Los sabios estudian materias desconocidas cuyas propiedades son sorprendentes: la radioactividad (descubrimiento de las propiedades radioactivas del radio por parte de Pierre y Marie Curie, y H. Becquerel en 1898) o la utilización de los rayos X (1895) para examinar el cuerpo humano.

— La llegada del cine, en 1895, hace también que el mundo se adentre en el inmenso continente desconocido de lo virtual y de la auténtica ilusión[3].

Todos estos hechos o eventos pueden emocionar al gran público, porque dichos acontecimientos o innovaciones se cuentan directamente en la prensa o los comentan los principales intelectuales.

Pero si observamos los tipos de modernidad más vanguardistas o sobre los cuales pueden no coincidir las apreciaciones de los contemporáneos en función de sus gustos u orientaciones políticas, el decenio anterior a la guerra también fue portador de rupturas espectaculares, que no se pueden leer simplemente a partir de pautas tomadas del antiguo pensamiento progresista del siglo XIX. De hecho, a partir de 1905 nacen movimientos pictóricos, musicales o teatrales con la intención de ir más allá de la primera modernidad: los movimientos de los *fauves*, de los cubistas, de los futuristas y del arte abstracto (Kandinsky, Kupka) en la pintura; los ballets rusos y la primera escuela de Viena en el campo de la música y de la coreografía; nuevas experimentaciones teatrales (E. Gordon Craig, A. Appia, V. Meyerhold, C. Stanilavski)[4].

A la primera modernidad de los años 1860-80, que había cuestionado los academicismos figurativos, el romanticismo musical y el teatro burgués, sucede una nueva modernidad, aún más radical, que se libera de la propia representación pictórica tradicional (cubismo, movimiento hacia la abstracción), de un canon musical con tres siglos de antigüedad (las primeras obras atonales son de 1908-1911), de la referencia al cuerpo humano y al espacio escénico convencional en el ámbito de la danza (Isadora Duncan, ballets rusos —1909—, *Sacre du printemps* —1913—[5]). El nuevo teatro revindica también cambios radicales en cuanto al escenario, los decorados, la iluminación, la

[3] Christophe Gauthier, Pascal Ory y Dimitri Vezyroglou (coords.), «Dossier: Pour une histoire cinématographique de la France», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. LI, núm. 4 (2004); Raymond Bellour, «La naissance du cinéma», en Liliana Brion-Guerry (dir.), *L'Année 1913. Les formes esthétiques de l'œuvre d'art à la veille de la première guerre mondiale*, París, Klincksieck, 1971, págs. 885-921.

[4] Jean-François Dusigne, *Le Théâtre d'art: aventure européenne du XXe siècle*, París, Ed. Théâtrales, 1997. Para un balance de las tendencias musicales, véase M. Guiomar, «Prémices, attentes et sacres. Les jeux et les conflits des tendances musicales et l'humanisme européen», en L. Brion-Guerry (dir.), *L'Année 1913*…, ob. cit., t. I, págs. 395-488; D. Jameux, «Le goût musical dans un centre de haute tradition: Vienne 1913», en ibíd., págs. 489-512; y E. Hurard, «Aperçu sur le goût musical à Paris en 1913», ibíd., págs. 513-526; Jane F. Fulcher, *French Cultural Politics and Music, From the Dreyfus Affair to the Great War*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

[5] Germaine Prudhommeau, «La chorégraphie de 1909 à 1914», en L. Brion-Guerry, *L'Année 1913*…, ob. cit., págs. 823-853.

digitalia
www.digitalia.us

relación con los espectadores[6]. De forma más discreta, es también el momento de la exploración del inconsciente por parte de Freud, que deja los procedimientos médicos positivistas por la interpretación de las palabras del paciente[7]. Algunos escritores todavía desconocidos elaboran aún en secreto nuevas formas novelescas, con los comienzos de *A la búsqueda del tiempo perdido* (*Por el camino de Swann* es de 1913), las novelas inéditas de Kafka, los conatos de Joyce. La contaminación de la literatura por parte de la ciencia se extiende por medio de la ciencia ficción, o la utopía, con varias novelas de anticipación que tienen una fuerte carga emocional: citaremos *Time Machine* (1895, traducción francesa de 1906), *The Invisible Man* (1897, traducción francesa de 1901), *The War of the Worlds* (1898, traducción francesa de 1900), *The First Men in the Moon* (1901, traducida ese mismo año) de H.G. Wells; los últimos *Evangiles* de Zola, *Travail* (1901) y *Vérité* (1903); las novelas sobre guerras futuras[8]; las películas de Méliès, que le imprimían la fuerza de la imagen a las novelas de Julio Verne (*Le premier voyage dans la lune*, 1902).

Estos elementos, tan rápidamente esbozados pese a su contradictoria abundancia, se pueden poner en perspectiva preguntándose sobre tres transformaciones específicas de estos años de la segunda modernidad:

1. ¿Qué grado de internacionalización de la vida intelectual propicia la circulación de los intelectuales y de las producciones intelectuales ligada a la aceleración de los procedimientos de transmisión o a la creciente movilidad de las elites?
2. ¿Se produce un cambio en la autopercepción de las identidades nacionales y de la jerarquía de los países dominantes en la nueva coyuntura globalizada, en la que Europa percibe confusamente la existencia de unas nuevas potencias amenazadoras?
3. ¿Cómo se percibe la guerra, cada vez más presente en la actualidad internacional —guerra de los bóers (1899-1902), guerra ruso-japonesa (1904-1905), crisis marroquí, guerras de los Balcanes—, en este debate intelectual internacional?

¿Internacionalización de la vida intelectual?

Una de las manifestaciones más importantes de la modernidad, a los ojos de los europeos, era la apertura cultural a un espacio cada vez más internacional, europeo, pero cada vez más mundial. Esta unificación cultural es mucho más profunda en los círculos burgueses o de vanguardia, ya que éstos siguen la misma actualidad literaria o artística gracias a las revistas y a la prensa que, en ciertas lenguas internacionales, tie-

---

[6] André Villiers, «La recherche d'un nouvel espace théâtral en 1913», en L. Brion-Guerry, *L'Année 1913…*, ob. cit., págs. 769-787; y Denis Bablet, «La plastique scénique», ibíd., págs. 789-815.

[7] *La interpretación de los sueños* se concluye el 4 de noviembre de 1899 pero se le pone intencionadamente la fecha posterior de 1900, por el efecto simbólico que tiene el número redondo de una nueva era. Véase Élizabeth Roudinesco, «Sigmund Freud. L'Interprétation des rêves», *Célébrations nationales*, 2000. En los años siguientes, Freud amplía el método a la interpretación de las obras *(El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen, Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci).*

[8] Véase Ignatius F. Clarke (ed.), *The Great War with Germany, 1890-1914. Fictions and Fantasies of the War-to-Come*, Liverpool, Liverpool University Press, 1997.

digitalia
www.digitalia.us

nen suscriptores en todas las capitales. De esta forma, Stefan Zweig, en *El mundo de ayer. Memorias de un europeo,* subraya que la joven generación burguesa austriaca estaba informada de las últimas corrientes de moda en París de forma casi instantánea, gracias a las revistas:

> En un buen café de Viena, no sólo podías encontrar todos los periódicos vieneses, sino los de todo el Imperio alemán, franceses, ingleses, italianos y estadounidenses, como también las revistas de arte y literatura más importantes de todo el mundo, el *Mercure de France* al igual que la *Neue Rundschau*, el *Studio* y el *Burlington Magazine*. De esta forma, nosotros sabíamos de primera mano todo lo que pasaba en el mundo; estábamos informados de todos los libros que se publicaban, de todas las representaciones, fuera donde fuese, y comparábamos, unas con otras, las críticas de todos los periódicos; puede que nada haya contribuido tanto a la movilidad intelectual y a la orientación internacional del austriaco como esta facilidad que tenía de orientarse por completo en el café sobre los acontecimientos mundiales, mientras discutía en su círculo de amigos[9].

Hay que tener cuidado con este discurso nostálgico, ya que está en parte adornado por la distancia temporal. De hecho, este texto lo escribió S. Zweig durante la Segunda Guerra Mundial, en un momento en que, entre el caos y el furor de una Europa presa de la barbarie nazi, esa Europa intelectual se aleja un poco más. Un análisis más objetivo, basado en indicadores bibliográficos o culturales, permite hacer un balance más matizado.

Circulaciones literarias

Si consideramos, por ejemplo, la presencia de la literatura extranjera en las grandes revistas culturales francesas, constatamos un cierto desfase, según el tipo de revista. Una revista más bien cercana a la vanguardia, como el *Mercure de France,* publica sin duda innumerables reseñas sobre las obras extranjeras, pero sólo pone a disposición de sus lectores un número limitado (44) de traducciones de obras originales, con gran ventaja para Inglaterra, país con el que tradicionalmente Francia ha mantenido siempre relaciones intelectuales intensas y que ostenta el mayor número de traducciones y de reseñas.

Las dos grandes revistas que llegan al gran público cultivado (la *Revue de Paris* y la *Revue des Deux Mondes*) están aún menos abiertas al extranjero, como es fácil imaginar, pero le dan la misma ventaja a la literatura inglesa, primando, en segundo lugar, una a Italia y la otra a Alemania. Así pues, vista desde Francia, la Europa literaria de principios del siglo XX sigue siendo la Europa de las Luces de las viejas naciones literarias, tras el breve interés que habían despertado las literaturas del norte o la rusa en los años 1880-90. Sin embargo, el debate literario de los años anteriores en Alemania, Inglaterra o Francia se había centrado sobre todo en las literaturas rusa o escandinava (Tolstoi, Dostoievski, más recientemente Gorki, en el teatro Ibsen y más tarde Strindberg)[10]. En cuanto a la literatura rusa, la importancia del movimiento traductorio de los años 1880 (debi-

---

[9] Stefan Zweig, *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2004, pág. 62.

[10] Véase Christophe Charle, *Paris fin de siècle*, París, Le Seuil, 1998; y Blaise Wilfert, *Paris, la France et le reste… Importations littéraires et nationalisme culturel en France, 1885-1930*, Tesis doctoral inédita dirigida por Christophe Charle, Université de Paris I, 2003.

digitalia
www.digitalia.us

Cuadro 1.—*Presencia de las literaturas europeas en el Mercure de France 1897-1904*

Literatura	Traducciones		Reseñas	
Alemana	2	4,5%	153	13,1%
Inglesa	24	54,5%	370	31,9%
Española	1 + 2		182	15,6%
Italiana	1		97	8,3%
Holandesa	5		74	6,3%
Polaca	0		39	3,3%
Portuguesa	0		84 (incluido Brasil)	7,2%
Rumana	0		1	
Escandinava	3		45	3,8%
Rusa	6		51	4,4%
Checa	0		64	5,5%
Total	44		1160	

Cuadro 2.—*Artículos sobre literaturas extranjeras y traducciones en la* Revue de Paris *y la* Revue des Deux Mondes

Literatura	*Revue de Paris*	%	*Revue des Deux Mondes*	%
Alemana	10	10,8	35	29,4
Inglesa	27	29,3	40	33,6
Española	3	3,2	3	2,5
Italiana	25	27,1	20	16,8
Holandesa	6	6,5	1	0,8
Polaca	0	-	-	-
Portuguesa	0	-	-	-
Rumana	0	-	2	1,6
Escandinava	6	-	6	5
Rusa	15	16,3	12	10,0
Checa	0	-	-	-
Total	92		119	

Fuente: Cuadro decenal 1894-1903 y cuadro analítico de los artículos 1901-1911.

do a la presencia de numerosos rusófonos en Francia, por la afluencia de estudiantes rusos a París) puede explicar que en una revista de vanguardia como el *Mercure de France* resulte menos necesaria una crónica de las obras originales o de las prepublicaciones. Las obras escandinavas se representaron en el Teatro Libre o en el Teatro de l'Oeuvre y un autor como Strindberg se tradujo a sí mismo para conquistar Francia. En cuanto a Italia, estuvo sobre todo representada por D'Annunzio o Matilde Serao, cuyas obras se pre-

digitalia
www.digitalia.us

publicaron en la *Revue des Deux Mondes* o en la *Revue de Paris,* más difundidas que el *Mercure de France*[11]. También en este caso la presencia asidua de los escritores o de los actores italianos en París y la importancia de las adaptaciones directas de las obras, por la similitud lingüística, hacen que el papel de intermediación de una reseña de las obras en su idioma original resulte menos determinante[12].

Este desfase muestra que incluso una revista de vanguardia prima los espacios cercanos, susceptibles de dar a los editores franceses ideas de traducciones que se puedan comercializar. No es ninguna casualidad que la editorial aneja al *Mercure de France* edite prioritariamente las mismas áreas geográficas, apoyándose así en la divulgación previa de la reputación de los autores a través de las columnas de la revista[13].

Por el contrario, el hecho de que el debate literario se centre en lo más exótico indica que ahora hay dos tipos de redes literarias entre Francia y Europa: las que participan en los intercambios tradicionales, establecidos en el siglo XVIII y asumidos por las revistas generalistas y las editoriales comerciales, y las que se derivan de relaciones más militantes estética o políticamente, asumidas por los propios autores, en función de debates literarios franco-franceses en los que se trata de naturalizar a escritores extranjeros para reforzar su postura y no sólo para hacer que prosperen corrientes comerciales (sobre todo novelescas) establecidas desde hace ya mucho tiempo.

La moda de Nietzsche, promovida por la vanguardia literaria, tanto en Francia como en Italia, contra el *establishment* filosófico e incluso contra su país de origen, Alemania, ilustra este fenómeno, tal como han demostrado Christopher E. Forth y Louis Pinto[14].

Se podría objetar que se trata de una particularidad francesa debida al estatuto privilegiado que tiene en Francia la literatura en la prensa y a la intensidad secular del debate entre generaciones y escuelas como forma de acceder a la notoriedad. De hecho, sin duda por primera vez en la historia literaria de los demás países, se producen luchas literarias en Inglaterra, en Europa central, en Italia, en Rusia, en Hungría, en España, en las que pueden encontrarse, en mayor o menor medida, los principios de oposición propios del campo francés, a veces con las mismas etiquetas o con etiquetas similares, y en las que las redes vinculadas a Francia de forma simbólica, efectiva o política, se basan en alianzas con las corrientes francesas por tener posturas homólogas[15]. En esa época se produce también un florecimiento de revistas literarias, artísticas, culturales y políticas, que, de un país a otro, tienen las mismas secciones y con-

---

[11] La *Revue de Paris* tradujo siete obras de D'Annunzio entre 1894 y 1903.

[12] Véase Renée Lelièvre, *Le théâtre dramatique Italien en France 1855-1940*, París, Armand Colin, 1959.

[13] Véase Marie-Françoise Quignard (dir.), *Le Mercure de France: cent un ans d'édition*, París, Bibliothèque Nationale de France, 1995, pág. 141.

[14] Christopher E. Forth, *Zarathustra in Paris. The Nietzsche Vogue in France, 1891-1918*, De Kalb, Northern Illinois University Press, 2001; Louis Pinto, *Les neveux de Zarathoustra*, París, Le Seuil, 1995.

[15] Mariella Colin (ed.), *Polémiques et dialogues, les échanges culturels entre la France et l'Italie de 1880 à 1918*, Caen, Centre de Publications de l'Université de Caen, 1988; François Livi, «Le "Saut vital". Le monde littéraire Italien à Paris 1900-1914», en André Kaspi y Antoine Marès (dirs.), *Le Paris des étrangers*, París, Imprimerie Nationale, 1989, págs. 312-327; Alison Hennegan, «Personalities and Principles: Aspects of Literature and Life in *Fin-de-Siècle* England», en Mikulas Teich y Roy Porter (eds.), *«Fin de siècle» and its Legacy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 170-215.

digitalia
www.digitalia.us

tribuyen a hacer circular la información entre intelectuales que ya no pueden seguir una producción europea pletórica[16].

Si examinamos la circulación de la cultura más amplia que representa el teatro, hallamos la misma estabilidad. El teatro francés (como en el siglo XVIII o en la primera mitad del siglo XIX) se sigue exportando a Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia, y también a los Estados Unidos, pero el porcentaje de obras extranjeras tiene más bien tendencia a menguar en los escenarios nacionales o se representa tan sólo en escenarios de vanguardia, en contra de las lógicas comerciales dominantes, que sólo hacen circular los géneros que gustan al público, como la opereta, la comedia musical o los géneros ligeros. De esta forma, en Londres, la parte correspondiente a las obras francesas en el conjunto de la producción pasa a ser de un 13,5 por 100 en los años 1890-92 a un 6,2 por 100 en los años 1910-12[17]. Francia, principal nación exportadora de obras de teatro, no está nada abierta a los teatros extranjeros, con excepción de escenarios frágiles como el Teatro Libre, el Teatro Antoine, el Teatro de l'Oeuvre, el Teatro de los Campos Elíseos o las temporadas especiales del Châtelet, en las que actúan los ballets rusos o compañías italianas. Las naciones más sometidas, al no contar con una producción suficiente, son las únicas que siguen manteniendo la influencia de obras llegadas del extranjero. El porcentaje de obras francesas en los escenarios de Viena sigue siendo estable, en torno a un 15-16 por 100, desde los años 1890[18]. Por el contrario, en los escenarios alemanes, la parte correspondiente al teatro extranjero ha disminuido, de un 18 por 100 del total a un 10 por 100 entre 1881-82 y 1911-12[19].

Si nos fijamos, en cambio, en el ámbito artístico y musical, en el que la lengua y la consideración del éxito de masas tienen un papel menos importante que en el campo literario o teatral, la internacionalización resulta más marcada. La Ópera de París, que, a partir de 1871 había estado durante mucho tiempo cerrada a las producciones extranjeras, recupera el retraso y pone en cartel muchas óperas llegadas del extranjero (Italia, Alemania y Rusia)[20]. De igual manera, las óperas francesas se representan frecuentemente en los escenarios de los demás países europeos: 10 compositores franceses de la época permanecen en cartel con regularidad tanto en Europa como en América[21].

---

[16] Véase los ejemplos de estas revistas que se analizan en el tomo II de L. Brion-Guerry (dir.), *L'Année 1913…*, ob. cit.

[17] Recuentos personales basados en J. P. Wearing, *The London Stage, 1890-1899. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press Metuchen, 1976; *The London Stage, 1900-1909. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press, Metuchen, 1981, 2 vols.; *The London Stage, 1910-19. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press Metuchen, Londres, 1982, 2 vols.

[18] De recuentos personales basados en el *Statistisches Jahrbuch der Stadt Wien.*

[19] Estadística basada en el *Almanach der Genossenschaft Deutscher Bühnen-Angehöriger*, Leipzig, Reissner, 1883; Kassel y Leipzig, Paul Voigt's Musikalien-Verlag, 1894, 1903, 1913.

[20] Frédérique Patureau, *Le Palais Garnier dans la société parisienne: 1875-1914*, Liège, Mardaga, 1991.

[21] Christophe Charle, «Opera in France, 1870-1900: between nationalism and foreign imports», en Victoria Johnson, Jane F. Fulcher y Thomas Ertman, *Opera and Society in Italy and France from Monteverdi to Bourdieu*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

digitalia
www.digitalia.us

Francia, y sobre todo París, tiene también una función de imantación de la juventud artística y ello de forma mucho más ecuménica que en lo tocante a las disciplinas académicas: las nacionalidades más presentes en la Escuela de Bellas Artes son, por ejemplo, la británica y la estadounidense. Esta hegemonía, establecida a finales del Segundo Imperio gracias a la reputación de la pintura académica francesa, luego del Salón y finalmente del mercado de arte parisino, prosigue incluso después del establecimiento de lo que Cynthia y Harrison White han dado en llamar el sistema comercial crítico, en detrimento de las instituciones oficiales[22]. Las vanguardias artísticas de principios del siglo xx atraen también a numerosos pintores extranjeros que van a París a probar suerte[23]. En estos ambientes cosmopolitas, que a veces logran darse a conocer primero fuera de París, es donde se pueden encontrar las vanguardias más radicales: los españoles Picasso, Juan Gris, Picabia, en cuanto al cubismo; Sonia Terk, futura esposa de Delaunay, y Chagall, de origen ruso; los italianos Modigliani (establecido en París desde 1906) y Soffici (que estuvo en París entre 1900 y 1907); el checo F. Kupka; el rumano C. Brancusi, que llegó a París en 1904; el búlgaro J. Pascin, que llegó al año siguiente, etc.

Encontramos ese mismo eclecticismo nacional en cuanto a la vanguardia abstracta alentada por rusos emigrados a Alemania, a la región de Munich, con el grupo del *Blaue Reiter* en torno a Kandinski y Franz Marc[24]. La apertura internacional no se limita únicamente a la vanguardia: el Salón de Otoño de 1912 acoge a un 44,1 por 100 de extranjeros, con los artistas rusos a la cabeza (un 10%), luego los estadounidenses (un 8,4%), los alemanes (un 4,4%), los suizos (un 4,3%) y los ingleses (un 4,1%). El Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes recibe un número algo menor de obras de origen extranjero (un 35,5%), al igual que la Sociedad de Artistas Franceses (un 21,1%), pero la internacionalización es muy superior a la de las universidades o a la de la vida literaria[25]. De hecho, a estas grandes exposiciones hay que sumar múltiples exposiciones más modestas en las que los marchantes presentan a los artistas extranjeros en las distintas capitales, fenómeno que se acelera a partir de 1905[26].

---

[22] Cynthia White y Harrison White, *La carrière des peintres au XIXe siècle: du système académique au marché des impressionnistes*, París, Flammarion, 1991.

[23] Véase Béatrice Prunel-Joyeux, *«Nul n'est prophète en son pays…» ou la logique avant-gardiste. L'internationalisation de la peinture des avant-gardes parisiennes, 1855-1914*, Tesis doctoral inédita dirigida por Christophe Charle, Université de Paris I, 2005, 3 vols., vol. 1, págs. 109-110.

[24] B. Prunel-Joyeux, ob. cit., vol. 2, pág. 609 y sigs.; J. Y. Bosseur, «L'Almanach du "Blaue Reiter"», en L. Brion-Guerry, *L'année 1913…*, ob. cit., t. II, págs. 959-966.

[25] *Annuaire statistique de la ville de Paris*, 1913, París, Masson, 1915, págs. 476-480.

[26] B. Prunel-Joyeux, ob. cit., vol. 3, págs. 887-890, con la geografía de las exposiciones de arte moderno y las curvas de crecimiento de los eventos.

digitalia
www.digitalia.us

Paradójicamente, estos procesos de apertura que marcan el paso en la cultura, en sentido amplio, se desarrollan de forma mucho más clara en la esfera universitaria y en la cultura científica de elite. Se puede demostrar partiendo, en primer lugar, del estudio de los flujos de estudiantes en Europa. En cuanto a este aspecto, Victor Karady ha puesto de relieve la nueva *peregrinatio academica* que se va afirmando en el territorio europeo a partir de 1880, período que yo he definido como el de la construcción de una «universidad invisible», con la renovación de los flujos de estudiantes entre el Este y el Oeste de Europa. Aunque, como es comprensible, el número de estudiantes era entonces muy inferior al de hoy en día, esta movilidad, en relación con el número total de estudiantes de aquella época, es importante: en 1890, V. Karady censa 8.800 estudiantes extranjeros en los principales países de Europa occidental (Austria, Bélgica, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y Suiza), y casi el triple en 1910: 23.500. Para establecer un orden de grandeza, diremos que en Gran Bretaña, en 1910, sólo había 26.000 estudiantes. Estos estudiantes migrantes se reparten de forma muy desigual entre los países de acogida y se concentran en tres países de la Europa continental: en 1910, el 31 por 100 estudian en Austria, el 24 por 100 en Francia y el 19 por 100 en Alemania. Si sumamos Austria y Alemania, el espacio germanófono se lleva la palma, pero Francia sacará ventaja tras la guerra de 1914, ya que en 1930 concentrará el 60 por 100 de los estudiantes extranjeros en Europa[27]. ¿De dónde proceden esos estudiantes? En 1910, las dos terceras partes proceden de Rusia y de Europa central y oriental. Pese a la creación de numerosas universidades en esa parte de Europa, las universidades occidentales siguen desempeñando un papel de fin de estudios o de iniciación a la investigación y a la cultura general para los estudiantes más ambiciosos o los que son víctimas de discriminaciones (judíos) en sus propios países de origen. Los intelectuales de alto nivel y las elites de esas nuevas naciones se forman en la Europa occidental.

Esta migración constituye, por consiguiente, uno de los canales de paso de la modernidad hacia la Europa menos desarrollada, ya que, a su regreso, estos licenciados asumen la modernización de sus países. Al conocer las lenguas dominantes, también pueden servir de intermediarios entre la cultura europea y la cultura de su propio país. Los estudiantes extranjeros tienden a concentrarse en las capitales de los países huéspedes y a aprovechar así la centralización de los recursos culturales, políticos y científicos, pese a que, como contrapartida negativa, en ciertos períodos, la visibilidad de los estudiantes extranjeros en determinados barrios suscita reacciones violentas de rechazo xenófobo. También se observan especializaciones en cuanto a las disciplinas: la esfera francófona atrae más a los/las estudiantes que eligen letras, la esfera germanófona a los/las matriculados/as en carreras técnicas y médicas, lo que, a largo plazo, contribuye a mantener las imágenes nacionales de ambos países: nación literaria/versus nación científica y técnica.

---

[27] Victor Karady, «Student Mobility and Western Universities: Patterns of Unequal Exchange in the European Academic Market, 1880-1939», en Christophe Charle, Jurgen Schriewer y Peter Wagner (eds.), *Transnational Intellectual Networks*, Frankfurt, Campus, 2004, págs. 361-399, especialmente los cuadros de las págs. 371, 369, 373.

digitalia
www.digitalia.us

Esta competencia para lograr la hegemonía intelectual mediante la construcción de redes de intercambio universitarias la volvemos a encontrar en las redes universitarias de las universidades de París y de Berlín. En los años 1890-1914, el cuerpo universitario parisino, muy poco abierto al mundo, si exceptuamos instituciones como el Collège de France o la Escuela de Lenguas Orientales, acepta el desafío de la hegemonía alemana, especialmente el de la Sorbona, mediante misiones sobre el terreno, el establecimiento de intercambios institucionalizados, sobre todo con los Estados Unidos o con países aliados, la costumbre de ir al extranjero una vez que se es profesor titular: congresos, enseñanza en el extranjero, fundación de instituciones. Este querer recuperar terreno se ve facilitado por la creación precoz, peculiaridad francesa que imitarán los demás países europeos, de centros de investigación y de formación superior en el extranjero, que se inauguran prioritariamente en naciones mediterráneas: desde la Escuela Francesa de Atenas, fundada en 1846, pero que se relanza en 1872, y la Escuela de Roma, fundada en 1873-74, hasta el Instituto de San Petersburgo, fundado poco antes de la guerra en 1911, pasando por las Escuelas Superiores de Argel (1879), el Instituto de Arqueología de El Cairo (1881), la Escuela Francesa de Extremo Oriente (1898), el Instituto Francés de Florencia (1908) y el Instituto de Altos Estudios Hispánicos (1909)[28].

Alemania, a su vez, creará otras instituciones similares que conocerán su momento de mayor auge antes de la guerra de 1914: en Atenas, Florencia y Roma. Italia está presente en Egipto[29], Inglaterra en Roma.

Las mismas rivalidades y la misma hegemonía relativa de la capital francesa, en materia de organización de congresos internacionales, se despliegan en la prolongación de fenómenos desencadenados durante las dos últimas décadas del siglo. Los años 1900 marcan una aceleración sobre un fondo de tensiones internacionales: de esta forma, Claude Tapia ha contabilizado 1.413 congresos entre 1815 y 1899, pero más del doble en el período de 1900-1914: 2.445[30]. En cuanto a la década de 1890-99, se pasa de una media anual de 66 congresos a 135 en la década siguiente y 230 entre 1910-1913[31]. Se produce, por lo tanto, un crecimiento exponencial. Esta internacionalización de la vida científica sigue estando, no obstante, muy polarizada por algunos grandes centros. Entre 1900 y 1913, París ha atraído 404 reuniones, Londres tan sólo 129, contra 151 de Bruselas, las demás capitales europeas se quedan muy atrás: 58 en Viena, 49 en Roma,

---

[28] Catherine Valenti, *L'École Française d'Athènes, 1846-1981*, Paris, Belin, 2006; *L'histoire et l'œuvre de l'École Française de Rome*, París, E. de Boccard, 1931; *1881-1909. L'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire*, Le Caire, Impr. de l'Institut Français, 1909; Pierre Singaravélou, *L'École Française d'Extrême-Orient ou l'institution des marges (1898-1956)*. *Essai d'histoire sociale et politique de la science coloniale*, París, L'Harmattan, 1999; Jean-Marc Delaunay, *Des palais en Espagne. L'Ecole des Hautes Études Hispaniques et la Casa de Velázquez au cœur des relations franco-espagnoles du XXè siècle (1898-1979),* Madrid, Casa de Velázquez, 1994; Isabelle Renard, *L'Institut Français de Florence (1900-1920)*, Roma, École Française de Rome, 2001.

[29] Véase Eric Gady, *Le pharaon, l'égyptologue et le diplomate. Les égyptologues français en Egypte, du voyage de Champollion à la crise de Suez (1828-1956)*, Tesis doctoral inédita dirigida por Jacques Frémenaux, Université de Paris IV, 2005.

[30] Claude Tapia, *Colloques et société*, París, Publications de la Sorbonne, 1980, pág. 41.

[31] Ibíd., pág. 46, según Union of International Associations, *Les congrès internationaux de 1681 à 1899*, Bruselas, 1960 y *Les congrès internationaux de 1900 à 1919*, Bruselas, 1964, pág. 4.

digitalia
www.digitalia.us

mientras que Berlín, Madrid, San Petersburgo, ni siquiera figuran entre las ocho ciudades que reciben más congresos. Así pues, París sigue siendo el centro por excelencia del intercambio internacional, pese al debilitamiento económico de Francia frente a las demás potencias europeas. En 1900, por ejemplo, contando a su favor con la Exposición Universal más concurrida y cosmopolita del siglo, se habían celebrado en París 203 congresos de los 232 de ese año[32]. Esta dialéctica, internacionalización de la ciencia/centralización a beneficio de determinadas partes de Europa/mantenimiento de rivalidades nacionales en cada una de estas reuniones, la subrayan todos los autores: la elección de las lenguas, los tiempos de palabra, la intensidad de la participación según los lugares elegidos, el dominio intelectual específico de tal o cual país en función del ámbito, de la alianza entre naciones grandes y pequeñas, todo es materia para el acercamiento o la fricción, a pesar de que la retórica del universalismo y del buen entendimiento entre sabios es aderezo abundante en los brindis iniciales o finales[33]. Sin embargo, F. Simiand, que entonces era aún un joven sociólogo discípulo de Durkheim, quiere ver en ello una de las herramientas de interconocimiento en los campos emergentes, en los que las estructuras de publicación son aún insuficientes para que puedan circular los resultados científicos: «Las sesiones de trabajo, ya sean sesiones generales o sesiones sectoriales, no lo son todo en un congreso; a menudo ni siquiera son el aspecto principal. El beneficio real, puede que el mayor de todos, son las conversaciones individuales, los conocimientos que se adquieren a través de ellas, el encuentro entre hombres ya unidos por sus investigaciones o sus preocupaciones[34]».

Es evidente que el trágico final que todos conocemos de este movimiento de internacionalización de la vida intelectual tiende a hacernos subestimar la realidad y la modernidad. La guerra de los sabios y de los escritores que acompaña en sus inicios al desencadenamiento de la guerra mundial, la violencia verbal que se intercambian a partir del verano de 1914 antiguos colegas, que algunos meses antes se carteaban o se reunían, han ocultado este internacionalismo intelectual en pleno auge[35]. Para completar este enfoque objetivista, hay que intentar medir ahora los efectos de estos intercambios en cuanto a la percepción del mundo que tenían los intelectuales a través de las imágenes nacionales recíprocas elaboradas por ellos mismos en la década de referencia.

---

[32] Ibíd., pág. 47.

[33] Véase Anne Rasmussen, *L'internationale scientifique (1890-1914)*, Tesis doctoral inédita, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1995.

[34] Citado por Anne Rasmussen, «Sciences et sociabilités; un "tout petit monde" au tournant du siècle», *Bulletin de la Société d'histoire moderne et contemporaine*, núm. 3-4 (1997), págs. 49-57.

[35] Martha Hanna, *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale*, París, La Découverte, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

El viraje de los siglos XIX y XX se ha visto marcado por una controversia internacional sobre la posición y el futuro de las diferentes partes de Europa[36]. La había suscitado el best-seller internacional del «sociólogo» leplaysiano Edmond Demolins, en un libro cuyo título plantea la tesis: *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?*[37]. Las ideas que defendía no tenían nada de especialmente original, incluso en Francia, donde, desde el siglo XVIII, siempre había existido una corriente anglófila, en la que se habían alternado primero Guizot y luego Taine. Pero la novedad residía más bien en la argumentación: ya no era a la libertad inglesa, a la superioridad industrial, al espíritu empresarial y aventurero a lo que se achacaba la superioridad anglosajona, sino a las estructuras familiares, a las estructuras educativas, e incluso a las calidades de la *raza*. Estas ideas se habían radicalizado entre los eugenistas o los social-darwinistas, con frecuencia germánicos y americanos. Contraponen los pueblos del norte, abocados a dominar el mundo, como demostraba la extensión de sus imperios coloniales, a los pueblos del sur, abocados a la decadencia, como demostraban, por otra parte, la derrota española frente a los Estados Unidos en 1898 y la derrota italiana en Adua, en Etiopía, en 1896.

Los intelectuales franceses no eran los únicos apasionados por este debate atizado ese mismo año por la rivalidad colonial franco-inglesa con el incidente de Fachoda[38]. Algunos autores italianos y españoles ratifican o rechazan esta imagen positiva de los pueblos del norte, con explicaciones a veces distintas de las de Demolins (cuestionan, por ejemplo, el tradicionalismo católico como factor de rechazo del progreso). Pero en Francia el debate divide incluso a los intelectuales que mejor conocen Inglaterra y plantean una imagen de ella decididamente más crítica, basándose en sus encuestas y sobre todo en la evolución en curso que se acelera como consecuencia de la guerra de los bóers y de la rivalidad anglo-alemana.

De hecho Demolins, pese a su éxito público e incluso pedagógico[39], lo que marca es más el final de una época que el principio de otra. Dos series de razones explican el cambio de imagen de Inglaterra entre los intelectuales franceses. Por un lado, la guerra de los bóers (1899-1902), el ascenso de los imperialismos, el acercamiento franco-

---

[36] Véase Christophe Charle, «Pour une histoire sociale comparée des débats intellectuels internationaux, l'exemple de la crise fin de siècle», en Marcelo Caruso y Heinz-Elmar Tenorth (Hg.), *Internationalisierung, Internationalisation, Semantik und Bildungssystem in vergleichende Perspektive*, Frankfurt, Peter Lang, 2002, págs. 167-184. Para una visión de conjunto de esta representación de los europeos, véase Hartmut Kaelble, *Europäer über Europa: die Entstehung des europäischen Selbstverständnisses im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt/Nueva York, Campus, 2001.

[37] Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?*, París, Didot, 1897, nueva ed., París, Anthropos, 1998.

[38] Christophe Prochasson, «Une crise anglaise de la pensée française; les intellectuels français face à l'Angleterre au temps de Fachoda et de la guerre des Boers», *Cahiers du Centre de Recherches Historiques*, núm. 31 (2003), págs. 79-92.

[39] Funda la École des Roches, en Normandía, donde se ponen en práctica los principios educativos de las *public schools* renovadas.

digitalia
www.digitalia.us

inglés (como conclusión de la *Entente Cordiale* de 1904), el empuje feminista, obrero y laborista muestran a los ojos de la opinión pública la amplitud de los cambios con respecto a las imágenes anteriores del país y a las fragilidades sociales internas de la antigua potencia dominante del siglo XIX. Los tópicos machaconamente repetidos desde Taine sobre la estabilidad del Reino Unido, el dominio aristocrático, la sumisión de las clases populares y la imbatibilidad del Imperio se ven en parte desmentidos por los hechos recientes que relata la prensa. Como subraya Élie Halévy, el balance de la guerra de los bóers ha sido duro para la población inglesa:

> Más de treinta mil ingleses encontraron la muerte; fue necesario enviar a aquellas tierras a más de trescientos mil hombres; el presupuesto de 1902 fue de ciento ochenta millones de libras, es decir, cuatro mil quinientos millones [de francos] [40].

La sociedad inglesa está también cada vez más dividida, como las demás naciones europeas. Al igual que Francia, la amenazan las huelgas, los disturbios sociales, los peligros externos (la cuestión de Irlanda) e internos (campaña a favor del sufragio de las mujeres)[41].

El segundo factor de evolución de las percepciones con respecto al vecino se debe a que sale a la palestra un grupo de especialistas, más universitarios, con largas estancias de estudios al otro lado del Canal de la Mancha para realizar sus trabajos, y no simplemente viajes rápidos como los ensayistas anteriores. Están situados más a la izquierda y quieren encontrar en el «modelo inglés» otros remedios distintos del rescate y la reforma de una clase directiva o de una burguesía francesa en busca de su legitimidad. Como respuesta, los anglófilos liberales han de cambiar su discurso para responder a sus oponentes, pero también para desmarcarse de los excesos del racismo antilatino de Demolins.

Esta inflexión se percibe, a partir de 1901, en los *Études anglaises* de André Chevrillon, sobrino de Taine. Evocando la guerra del Transvaal, Chevrillon intenta explicar a sus lectores franceses por qué el nacionalismo ha sido tan fuerte al otro lado del Canal de la Mancha. Mientras que la opinión francesa ha sido mayoritariamente favorable a los bóers, Chevrillon, sin pronunciarse sobre el fondo, trata de dar una explicación psicológica al jingoísmo británico. Mediante un proceder iconoclasta, intenta explicar el complejo de superioridad inglés utilizando una comparación transpuesta de la manera con que los propios franceses justifican a veces su deber de civilización[42]:

> Cada pueblo plantea axiomas de este tipo, dándole dignidad de principio a sus tendencias particulares y, puesto que sigue dichas tendencias, se proclama el primero de todos los pueblos. En Francia, tenemos fórmulas análogas: la soberanía de la Razón,

---

[40] Élie Halévy, *L'Angleterre et son empire*, París, Pages Libres, 1905, pág. 115.

[41] Véase R. Savary, «La détérioration physique du peuple anglais (A propos d'une enquête récente)», *Annales des sciences politiques* (1905), págs. 578-591. Pese a las estadísticas alarmantes sacadas de varias encuestas sociales inglesas, el autor termina de una forma optimista, conforme al credo anglófilo liberal. Para un análisis inglés, J. E. Barker, «The Economic decay of Great Britain», *Contemporary Review*, núm. 79 (1901), págs. 781-812.

[42] André Chevrillon, «L'opinion anglaise et la guerre du Transvaal», en *Etudes anglaises*, París, Hachette, 1901, fechado el 18 de febrero de 1900, págs. 276-77.

digitalia
www.digitalia.us

> los derechos abstractos del Hombre, la igualdad social de todos los ciudadanos. Hace ya tiempo que los ingleses han proyectado en lo absoluto de la moral los mandamientos de sus instintos organizadores, y que, por lo menos, una parte de su Ideal ha reproducido su amor y su sentido de la realidad concreta[43].
>
> [Inglaterra] se considera el pueblo guía, el que acaudilla el progreso humano, principal artífice, más aún, inventor de la civilización moderna, misionero de esa civilización. En la India, en Egipto, en Sudáfrica, predica esa civilización; allí por donde se extiende su mano, las vidas ganan en independencia, en seguridad, en prosperidad material. Todo país que caiga en otras manos le parece perdido o comprometido en cuanto a la civilización. Trabaja para la humanidad: esa es la función que le es propia y que le otorga derechos especiales[44].

Esta defensa minimalista retraducida al léxico político francés permite evitar pronunciarse sobre el fondo (la justicia o no de la causa inglesa frente a los bóers) y, por consiguiente, chocar con la opinión francesa dominante. Sugiere, en cambio, que el nacionalismo inglés, por su fuerza y la ausencia casi total de contestación interna (mientras que en Francia los nacionalistas «antidreyfus» y los «intelectuales» favorables a Dreyfus han estado enfrentándose durante más de dos años), bien podría servir de ejemplo a una Francia profundamente dividida por las secuelas del asunto Dreyfus.

La primera obra que desmonta la vulgata liberal y *a fortiori* las ideas preconcebidas social-darwinistas de Demolins la escribe Élie Halévy. Se debe al encargo de un pequeño editor militante, *Pages Libres*[45], animado por partidarios de Dreyfus con tendencias socialistas. Al término de una exposición intencionadamente objetivista de la política exterior británica a lo largo del siglo XIX, el autor saca unas conclusiones moderadas, pero critica tanto a los anglófobos favorables a los bóers como a los anglófilos liberales. Contra los primeros, que demonizan a Albión, enumera los intereses contradictorios que dividen a los partidos y a las elites británicas; la imposibilidad del imperialismo brutal, cuyos límites han puesto de relieve las dificultades de la guerra de los bóers, y asimismo la imposibilidad del liberalismo antiimperialista, tal como lo expresa Hobson en su célebre obra *Imperialism, a study*[46]. Niega el próximo declive de Inglaterra y de su imperio, que sus adversarios ya andan proclamando, pero hace hincapié en que el complejo de superioridad, que las tesis de Demolins pretenden fundamentar científicamente o que Chevrillon justifica intelectualmente, adolece de idéntica vanidad. Al igual que los demás, el Imperio Británico ha de adaptarse a la nueva evolución internacional y llevar a cabo con sus antiguos adversarios, demasiado numerosos, lo que el acercamiento a Francia ha ilustrado el año anterior. Élie Halévy se arriesga también a hacer un diagnóstico social que contradice las teorías de Demolins. La expansión exterior, la emigración hacia ultramar, el gusto por la conquista, lejos de ser expresión de la supe-

---

[43] Ibíd., pág. 298.

[44] Ibíd., pág. 302.

[45] La revista *Pages Libres* (3.000 suscriptores en 1906, con un público de lectores docentes y sindicalistas), animada por intelectuales favorables a Dreyfus con tendencias socialistas, entre otros el propio hermano de Élie, Daniel, se proponía una tarea educativa. También publicó una colección de obras de divulgación centradas en la historia y en la política exterior (Véase Sébastien Laurent, *Daniel Halévy. Du libéralisme au traditionalisme*, París, Grasset, 2001, págs. 150-151 y Élie Halévy, *Correspondance*, París, de Fallois, 1996, pág. 306).

[46] John A. Hobson, *Imperialism: A Study*, Londres, Nisbet, 1902.

digitalia
www.digitalia.us

rioridad británica, corren el riesgo, al igual que la introversión francesa, de abrir una era de degeneración para Inglaterra:

> Así pues, los ingleses, debido al crecimiento de su Imperio y al imperialismo en sí, tienden a convertirse en una nación compuesta no ya de industriales, de comerciantes y obreros, sino de capitalistas y administradores, no de hombres que trabajan, sino de hombres que, para vivir, se quedan con una parte del trabajo ajeno. Ahora bien ¿no es justamente a causa de esa ociosidad, a la que el propio ejercicio de las funciones de mando les condena, que las razas superiores degeneran y acaban por permitir que un día las razas inferiores se sacudan el yugo de un sometimiento prolongado?[47]

É. Halévy retoma aquí el esquema e incluso los términos de Demolins para invertir sus conclusiones, inspirándose en parte en las tesis defendidas por Hobson. Pero, tras este pasaje, en el que parece dejarse contaminar por la ideología ambiente, se recupera de inmediato y termina con una conclusión mucho más equilibrada; para él, tanto la superioridad del pueblo inglés como su decadencia no son ni naturales ni inevitables. Élie Halévy, filósofo que se nutre del pensamiento inglés y del pensamiento alemán, en trance de convertirse en historiador, recusa los esquemas naturalistas y darwinistas de sus antecesores: el futuro de Inglaterra, como el de las demás potencias, lo decidirán las luchas de las naciones y la competencia entre imperios, así como la capacidad de adaptación de los pueblos. Concluye con una profecía («el siglo veinte será el siglo de los imperios[48]») lo suficientemente vaga como para reconciliar las tesis contrapuestas.

Cuatro años más tarde, otro normaliano con tendencias socialistas, Paul Mantoux, se inscribe de forma aún más clara en este enfoque social y anticonformista con respecto a la vulgata liberal anterior. La nueva Inglaterra ya no encarna ni el milagro de la conservación, como afirma Taine, ni el genio de la adaptación, como afirma Boutmy, ni es, menos aún, el producto infalible de la selección de razas, como afirma Demolins. Se la retrata como un laboratorio de reformas, un hogar lleno de conflictos y contradicciones, puede que con una agitación más profunda que la Francia contemporánea. En todo caso, ejemplo de múltiples tentativas de adaptación, modelo, esta vez, del cambio, del que Francia haría bien en sacar ejemplos de progreso[49].

Los dos primeros capítulos, dedicados a la guerra de los bóers y al jingoismo, ven en ella patologías comparables al nacionalismo del asunto Dreyfus y no ese super-ego patriótico positivo del que hace gala Chevrillon en el extracto anteriormente citado. Lo que hay en toda Europa es una especie de *delirium tremens* basado en el desprecio de las demás naciones, reforzado por las teorías de las razas seudo-científicas que «le han dado un aire filosófico y moderno a los prejuicios más primitivos, más absurdos y más feroces». La población inglesa, casi siempre victoriosa y no sujeta al servicio militar,

---

47 Élie Halévy, *L'Angleterre…*, ob. cit., pág. 122.

48 Ibíd., pág. 123.

49 Tal como escribe el prologuista Gabriel Monod: «Los ingleses tienen el impuesto sobre la renta desde hace un siglo sin por ello haber creído jamás que era el inicio de la expoliación de los capitalistas. Han llevado a cabo toda una serie de pruebas de socialismo municipal, la más importante de las cuales nos describe M. Mantoux, en el propio Londres, sin creer por ello que tenían el colectivismo en la misma puerta». (Paul Mantoux, *A travers l'Angleterre contemporaine*, París, Alcan, 1909, pág. IX).

digitalia
www.digitalia.us

cultiva una falsa imagen positiva de la guerra, a diferencia de las naciones continentales que la han padecido colectivamente[50].

Mantoux, sin embargo, saca de la comparación entre nacionalismos enfrentados enseñanzas válidas para los demás países de Europa:

> La Inglaterra de 1895, pese a algunos síntomas alarmantes, estaba sana. Hoy en día sigue siendo[51] un cuerpo grande y robusto, pero devorado por una fiebre peligrosa, de la que no quiere curarse.
>
> Si estas reflexiones sólo se aplicaran a Inglaterra, nos invitarían ya a ponernos en guardia contra nosotros mismos. Pero, lamentablemente, pueden aplicarse a otros países —al nuestro, en primer lugar. Nuestros vecinos tienen una viga en el ojo: ¿estamos seguros de que en el nuestro hay tan sólo una paja? [52]

Esta visión crítica de la política exterior se equilibra ampliamente con los cuatro últimos capítulos que alaban las tentativas de reformas sociales a nivel municipal («El socialismo municipal en Londres, 1890-1900»), las reformas escolares y la creciente presión obrera. Esta última hace emerger una nueva fuerza en el Parlamento, el Partido Laborista, que logra poner en la brecha la política conservadora o las leyes contra los obreros votadas a principios de siglo. A través de este elogio del reformismo obrero y del nuevo liberalismo, que rompe con el no intervencionismo del siglo XIX, Mantoux traza, en negativo, el modelo contrario de democracia social negociada que sueña con convertir en el proyecto del socialismo francés, entonces de nuevo presa de profundas disensiones entre moderados y revolucionarios, entre Partido Socialista y CGT. Estos capítulos denuncian, de paso, los estereotipos anteriores:

> El individualismo británico ha sido objeto de innumerables disertaciones. Las personas a las que les ha resultado cómodo inventarse una Inglaterra teórica, para su propio uso y consumo, han hablado de ella de manera muy congruente. A menudo se han citado las *Unions* como uno de los ejemplos más notables de esa confianza en la asociación libre, de esa repugnancia por la intervención del Estado, que caracterizan al anglosajón ideal. Pero el individualismo más absoluto —que no es, ni por asomo, el de las *Trade Unions*— presupone, en el estado de nuestra sociedad, ciertas garantías de libertad, instituidas por ley[53].

¿Qué sentido hay que darle a la historia? ¿Guerra inevitable o guerra imposible?

El hecho de que los intelectuales franceses que simpatizaban con la izquierda refutaran las imágenes positivas de los pueblos anglosajones se inscribe en un debate europeo más amplio, que también se desarrolla en los años 1900: el del sentido de la historia cercana. La visión social-darwinista, imperialista o nacionalista que, pese a los

---

[50] P. Mantoux, *A travers l'Angleterre…*, ob. cit., págs. 21, 26, 32.
[51] En 1902 (nota de Mantoux).
[52] Ibíd., pág. 53.
[53] Ibíd., págs. 225-26.

digitalia
www.digitalia.us

esfuerzos de la social-democracia y de los intelectuales pacifistas, gana terreno incesantemente, no sólo en Inglaterra, sino en Alemania y en Italia, así como en Austria-Hungría y en Rusia, radica en un nuevo fatalismo de la guerra inevitable, e incluso en una valorización paradójica de ésta por parte de ciertos intelectuales. Así como la visión progresista del siglo XIX (véase Víctor Hugo) preveía el fin de las guerras y los Estados Unidos de Europa, cada vez más intelectuales son presa de un frenesí guerrero, y no sólo intelectuales conservadores. El manifiesto del futurismo publicado por Marinetti el 20 de febrero de 1909 en *Le Figaro* hace apología de la guerra, al mismo tiempo que de la velocidad y de la máquina, asimilándola, por lo tanto, a la modernidad y al futuro[54]. Lejos de ser originales al difundir estas ideas, los futuristas se limitan a ser simples ecos de múltiples escritos literarios y políticos italianos publicados a partir de 1900: los de Papini, D'Annunzio, Prezzolini, Corradini, Morasso, etc.[55] Todos ellos esperan de la guerra el renacer de su país, sumergido en las luchas políticas intestinas y en la impotencia del Estado para construir la nación, y un freno ante el empuje democrático y socialista, incluso una especie de sacrificio regenerador que pondrá fin a la decadencia italiana.

Esta visión utópica de una guerra salvadora, que viene a sustituir las utopías del siglo anterior, no es propia de los intelectuales italianos nacionalistas, pese a que su retórica es más exacerbada que en otros lugares. Ésta tuvo que esforzarse para movilizar a la opinión pública en 1911, cuando la toma de Trípoli, que suscitó un frenesí análogo al que había desencadenado doce años antes la guerra de los bóers en la opinión pública inglesa[56]. La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 también les sirve de argumento para demostrar que un pueblo que ha entrado recientemente en la civilización moderna, si tiene a su favor una unidad moral y espíritu de sacrificio, puede prevalecer sobre una gran potencia.

El mundo intelectual alemán retoma temáticas análogas, y en él se difunde, tanto entre el gran público, a través de las ligas pangermanistas o militaristas y de la prensa, como en revistas más confidenciales de vanguardia, la visión regeneradora de una guerra futura como liberación de un mundo materialista y burgués. Esto explica que ciertos sectores de la vanguardia expresionista, e incluso determinadas corrientes derechistas de la social-democracia, hayan podido compartir unas mismas creencias seleccionistas y racistas (contra los eslavos o los pueblos latinos decadentes) haciendo inevitable una guerra como ley de la especie, la del pueblo alemán en ascenso frente a las razas envilecidas. La moda de Nietzsche entre las vanguardias, algunos de cuyos textos acreditan esta ley de la lucha, y la difusión de ensayos de gran tirada con una orientación más política, como los de Riezler (*Die Erforderlichkeit des Unmöglichen*)[57], Bernhardi (*Unsere Zukunft*, 1912), E. Hasse (*Die Zukunft des deutschen Volkstums*, 1907) o H. Class (*Wenn ich der Kaiser wär'*, 1912), son otras tantas manifestaciones de ello[58]. Es oportuno recor-

---

[54] Véase Angelo d'Orsi, *I Chierici alla guerra. La seduzione bellica sugli intellettuali da Adua a Baghdad*, Turín, Bollati Boringhieri, 2005, pág. 18; Fanette Roche-Pezard, *L'aventure futuriste 1909-1916*, Roma, École Française de Rome, 1983.

[55] A. d'Orsi, ob. cit., págs. 78-104.

[56] Giulio Cianferotti, *Giuristi e mondo accademico di fronte all'impresa di Tripoli*, Milán, Dott. A. Giuffrè, 1984.

[57] Múnich, 1913.

[58] Sobre todo esto, véase Thomas Lindemann, *Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914*, París,

digitalia
www.digitalia.us

dar que la Liga Pangermanista que respalda estas tesis se recluta en gran medida en el *Bildungsbürgertum* y en los ambientes intelectuales protestantes y urbanos, esto es, clases sociales en pleno corazón de la modernidad[59].

Incluso los sectores intelectuales más en contacto con el mundo internacional, como son los universitarios, no están exentos de reflejos chovinistas, como he puesto de relieve en el estudio de la participación en los distintos congresos internacionales, en los que cada grupo nacional quiere dejar clara su ventaja, a menos que se abstenga cuando el congreso se celebra en el territorio de su principal «rival»[60].

Todos estos pequeños conflictos, así como esas guerras simbólicas, alimentan un clima de hostilidad y desconfianza, lo cual explica que, pese a la internacionalización de la vida intelectual, el desarme intelectual no esté en el orden del día de la nueva modernidad, por lo menos no más que el desarme puro y simple entre naciones. La instrumentalización del premio Nobel por parte de las corrientes nacionalistas de las grandes potencias, en contra de lo que quería su fundador, que era ponerlo al servicio del progreso y de la paz, es otra demostración de esta paradoja previa a 1914[61].

En las luchas literarias, las clasificaciones estéticas también quedan profundamente marcadas por el léxico nacional, incluso en los grupos que se dicen de vanguardia, como han demostrado detalladamente Blaise Wilfert y Béatrice Prunel-Joyeux en sus tesis. En un mundo intelectual en el que la competencia y la circulación van en aumento, marcar identidades y fronteras, incluso imaginarias, es un reflejo lógico. Todos los fenómenos de dominio cultural se reinterpretan a través de la visión política dominante del imperialismo, de la amenaza extranjera contra la identidad nacional, incluso en las naciones europeas dominantes: en Francia contra la ciencia alemana, en Alemania contra el arte moderno de origen francés comprado por coleccionistas locales (a menudo judíos) en detrimento de los pintores alemanes[62], en Italia contra el teatro francés que se considera invasor de los escenarios italianos, etc. Este clima de rivalidades, más fuerte incluso por el incremento de las circulaciones, especialmente en los ambientes más portadores de modernidad, prepara por consiguiente un clima más belicista que tranquilizador.

Estas tensiones explican la incapacidad de la mayoría de los intelectuales de resistir frente a la retórica que elogia los aspectos positivos de la guerra anteriormente evocada, y todo ello mucho antes de que se desencadenaran las hostilidades. En un mundo intelectual y artístico cada vez más competitivo, en el que la lucha de todos contra todos se ha convertido en el régimen normal con el triunfo de los mecanismos del mercado, tanto en la literatura como en la pintura y en las artes escénicas, con las rivalidades nacionales en los congresos y en las competiciones científicas, la retórica gue-

---

Economica, 2001, pág. 125; véase también Michel Korinmann, *Quand l'Allemagne pensait le monde: grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, Fayard, 1990.

[59] Michel Korinman, *«Deutschland über alles». Le pangermanisme 1890-1945*, París, Fayard, 1999 y Roger Chickering, *We Men Who Feel Most German. A Cultural Study of the Pan-German League 1886-1914*, Londres, Allen & Unwin, 1984.

[60] Christophe Charle, *La République des Universitaires (1870-1940)*, París, Fayard, 1994, págs. 384-393.

[61] Elizabeth Crawford, *La fondation des prix Nobel scientifiques 1901-1915*, París/Berlín, Belin, 1988, págs. 104-112.

[62] Peter Paret, *The Berlin secession: modernism and its enemies in imperial Germany*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1980.

digitalia
www.digitalia.us

rrera de la lucha pasa con gran facilidad del registro simbólico al registro nacional y político.

Sin embargo, en el mismo momento en que se hacían estos discursos, las guerras reales de aquellos años habrían debido alertar a esos hombres supuestamente preclaros sobre el verdadero aspecto que podría haber tenido una guerra general, que algunos inconscientes anhelan sin espanto: las cuantiosas pérdidas británicas, pese a la relación de fuerzas desigual con los bóers (a la que se refiere el texto susodicho de É. Halévy), los efectos devastadores de las nuevas armas y el largo asedio de Port Arthur en la guerra ruso-japonesa[63], la concatenación y los nuevos focos incontrolados de las guerras de los Balcanes, todo ello presagiaba los bloqueos, las ascensiones a los extremos y las masacres de una guerra más extensa preparada por las múltiples crisis anteriores a 1914.

De hecho, pese a las observaciones publicadas sobre las nuevas guerras, los expertos, más que cuestionarlas, refuerzan sus opciones *a priori*. Para ellos, la guerra futura será, ante todo, una guerra en la que la moral marcará el factor de diferenciación entre ejércitos con un mismo desarrollo técnico. Esta conclusión refuerza *a fortiori* el entusiasmo de los intelectuales, pues ven cómo se les asigna la misión fundamental de forjar o mantener esa moral entre la población. Quizás sea ésa la razón por la que muy pocos intelectuales rechazaron o presintieron el drama que estaba por llegar. Cuando lo hicieron, ni se les entendió ni se les escuchó, e incluso se les trató de Casandras, de soñadores o de traidores y cobardes. Todo ocurre como si la embriaguez retórica dominante del discurso de la guerra como futuro positivo impidiera toda percepción de las nuevas realidades, comprobables en los conflictos en curso, de lo que sería la guerra a gran escala. La obra más conocida a este respecto, *La gran ilusión*, del pacifista inglés Norman Angell, es como una demostración *a contrario* de esta ceguera voluntaria[64]. Para disuadir a sus contemporáneos de que cedan a las sirenas del tema de la guerra inevitable, Angell quiere demostrar que se trata de una gran ilusión, porque, en las condiciones actuales de las sociedades modernas, una guerra general paralizaría completamente a todos los beligerantes debido a la internacionalización de la vida económica, a la fragilidad de las sociedades industriales, cada vez más interdependientes y a la incapacidad de detener de forma duradera la vida económica contemporánea a causa de los intercambios comerciales. Los costes para el vencedor serían incomparablemente superiores a las supuestas ganancias, puesto que las conductas de rapiña colonial ya no son posibles en la Europa contemporánea. Ahora bien, estos argumentos, que pueden parecernos sensatos, se basaban, en el libro, en las guerras anteriores, y se han comprobado, porque conocemos los efectos que la guerra de 1914 tuvo sobre la vida económica y social. Suscitaron más de trescientos artículos de comentario crítico tan sólo en Inglaterra[65].

No obstante, este éxito escandaloso no convenció en absoluto a los belicistas de que entraran en razón, ni abrió los ojos de la opinión pública más ilustrada y de la mayoría

---

[63] Sobre este punto, véase Olivier Cosson, «Expériences de guerre et anticipation à la veille de la Première Guerre Mondiale. Les milieux militaires franco-britanniques et les conflits extérieurs», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. L, núm. 3 (2003), págs. 127-147.

[64] Norman Angell, *The Great Illusion*: *a study of the relation of military power in nations to their economic and social advantage*, Londres, Heinemann, 1912[3]. Se publicaron más de un millón de ejemplares de la obra, traducida a 25 lenguas (Martin Ceadel, «Sir (Ralph) Norman Angell», *Oxford Dictionary of National Bibliography*, *http://www.oxforddnb.com).*

[65] N. Angell, ob. cit., pág. 303-304.

digitalia
www.digitalia.us

de los intelectuales acerca de la nueva realidad de la guerra. La guerra, a partir del momento en que, entre 1860 y 1890, la nación se convierte en la religión dominante en Europa, se asimila a uno de los aspectos inevitables de la naturaleza humana (o de la *raza* superior) y de la modernidad (ya sea simbólica o demostración del poderío nacional). La pretensión de demostrar que una nueva guerra y la modernidad económica se habían vuelto incompatibles era algo que resultaba inasimilable para los contemporáneos de los años 1910.

Incluso los intelectuales socialistas que, sin embargo, debaten largo y tendido y se oponen a la escalada de los peligros, están muy divididos acerca del futuro y de la estrategia que se ha de adoptar frente a la guerra. De hecho, se encuentran entre su internacionalismo de principios y las condiciones específicas que les asignan las estructuras políticas y nacionales, en las que cada partido de la Segunda Internacional ha de afirmar su existencia, en una relación de fuerzas muy desigual. Los socialistas, que están en condiciones de oponerse a la guerra gracias a su organización y a su peso político (sobre todo el SPD alemán), corren el riesgo de pasar por la *quinta columna* de los Imperios donde el movimiento socialista, excesivamente débil, no podrá detener la máquina militar; ésa es la disimetría que enfrenta, por ejemplo, a Alemania y a Rusia.

La célebre obra de Jaurès, *L'Armée nouvelle* (1910), cuyo propósito es responder a la deriva militarista y belicista que impera en Francia, con el proyecto de prolongar el servicio militar hasta tres años, como respuesta a la presión alemana, también comporta análisis premonitorios[66]. Sin embargo, resulta debilitada por dos ideas preconcebidas que son perjudiciales para su propia causa: su propuesta de un ejército de ciudadanos a la suiza para liberar a la nación del militarismo cuartelero, imitado, según Jaurès, de Prusia, pero que ya no tiene sentido en una visión republicana y democrática del ejército, y su optimismo voluntarista acerca de la capacidad de atajar la espiral de los peligros crecientes mediante una opción nacional aislada en este sentido, en una Europa poblada de monarquías y de Imperios de los que no se puede esperar que sigan el ejemplo, aunque se ponga en práctica.

Conclusión

Este cuadro incompleto de la modernidad, vista o vivida por los intelectuales europeos de los años anteriores a 1914, responde a la imagen de ese decenio contradictorio. No es «hermosa», como la han calificado falazmente los supervivientes de la masacre, sino confusa e incierta: rompe con la representación de lo real, como su pintura moderna; con la armonía, como su música de vanguardia; resquebraja las certidumbres del sentido común, como la física de Einstein, la filosofía de Bergson[67] o el psicoanálisis de Freud; es móvil y abierta al mundo, como sus estudiantes y sus artistas, pero tam-

---

[66] Jean Jaurès, *L'Armée nouvelle*, Paris, Imprimerie nationale, 1992, n. ed. presentada por J. N. Jeanneney; véase también mi estudio más detallado, «La question de l'État de Jaurès à Léon Blum. Actes du colloque Jaurès et l'Etat», *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, núm. 150 (1998), págs. 44-57.

[67] La fortuna internacional de Bergson se produce en el Congreso Internacional de Filosofía de Bolonia, en 1911, donde presenta su comunicación sobre la intuición en la filosofía (E. Souriau, «1913: La conjoncture», en L. Brion-Guerry (dir.), *L'Année 1913*…, ob. cit., pág. 22.

digitalia
www.digitalia.us

bién presa de ataques de xenofobia, y de nacionalismo pusilánime y agresivo, como los periodistas, los artistas y los escritores más conocidos. La mayoría de los innovadores han sido mal recibidos o percibidos por sus contemporáneos; en este sentido, no hay mucha diferencia con la primera modernidad. Algunos espíritus perciben el final de los antiguos paradigmas, progresista y liberal, los crujidos de una socialdemocracia trabajada por el revisionismo y cuestionada por la extrema izquierda. Al tiempo que Europa se abre como nunca a los intercambios culturales y científicos, sus grandes potencias preparan las condiciones del Apocalipsis, cerrándose en una visión falsamente determinista de la guerra y del poderío imperial. Ahora bien, como hemos visto, la mayoría de los intelectuales se ha dejado ganar por esta visión. Ningún otro discurso intelectual salvo éste, dominante, de la modernidad de la guerra y de sus aspectos potencialmente positivos para que las distintas naciones puedan salir de sus puntos muertos, tiene realmente eco, lo que facilitará, una vez instaurada la crisis, la aceptación, más o menos resignada —incluida la de los antiguos oponentes— de la movilización general en el verano de 1914[68].

[68] Muy pocos miembros de las vanguardias, pese a haber sido rechazados por la sociedad de antes de la guerra, se negaron a colaborar en la movilización: Einstein, Picasso, Romain Rolland, una mies escasa.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

El protagonismo de los intelectuales en los proyectos de reforma educativa y modernización cultural

Antonio Niño
Universidad Complutense de Madrid

Los debates intelectuales de la coyuntura finisecular

No se puede entender la coyuntura intelectual de principios del siglo xx sin recordar hasta qué punto estuvo marcada por el mito de la «excepcionalidad», esa vaga creencia de que España, desde la edad moderna, había seguido un destino histórico distinto, si no opuesto, al de los países europeos más avanzados. Un destino, además, marcado por el fenómeno de la «decadencia» y del atraso respecto al resto de la Europa en progreso[1]. La utilización del concepto de decadencia como clave explicativa de la historia de España no era una nueva, pero nunca estuvo más vigente que entre los regeneracionistas de finales del siglo xix. El desastre de 1898, con su deshonrosa derrota y la pérdida de los últimos restos coloniales, tiñó de dramatismo ese mito y agudizó el sentimiento de distancia respecto a las grandes potencias europeas. La derrota parecía ser la consumación de un largo proceso que arrancaba con la pérdida del poder hegemónico en el siglo xvii, continuaba con la independencia de su imperio continental y se prolongaba en el atraso económico y la debilidad política del siglo que acababa.

Ese sentimiento generalizado de ser una nación con un destino histórico diferente y peculiar, distinto al de las principales naciones de Europa, producía dos reacciones esenciales muy dispares. La primera, muy bien representada por Marcelino Menéndez Pelayo, consistía en reivindicar esa «españolidad» que distinguía al país como nación y

[1] Véase Santos Juliá, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de razón práctica*, núm. 66 (octubre de 1996), págs. 10-21; y Gonzalo Pasamar Alzuria, «La configuración de la imagen de la "decadencia española" en los siglos XIX y XX (de la "historia filosófica" a la historiografía profesional)», *Manuscrits. Revista d'Historia Moderna*, núm. 11 (1993), págs. 183-214.

digitalia
www.digitalia.us

cultura excepcionales, cultivar su singularidad y disfrazar ese sentimiento de inferioridad que latía en el fondo con un exagerado orgullo y un tenaz nacionalismo. Esta postura, que Unamuno identificó con «el casticismo tradicional», achacaba la decadencia a la introducción de ideas y formas de pensamiento foráneas, es decir, a las innovaciones venidas del extranjero, y lo fiaba todo a la recuperación de la tradicional forma de ser de los españoles. En consecuencia, las tareas sentidas como más necesarias eran la defensa del pasado nacional frente a las ofensas de la leyenda negra y la preservación de las esencias patrias. Esta corriente conservadora se presentaba como el bando de la defensa de la patria frente a las innovaciones extranjerizantes, y no tenía naturalmente soluciones para incorporar los cambios y para adaptarse a la modernidad. Peor aún, pronto manifestó su tendencia a asociarse con un militarismo que pretendía «hacer patriotas a palos[2]». Esa apropiación militar del sentimiento patriótico, junto con el clericalismo, eran, según denunciaría persistentemente Unamuno, las señas castizas de un poder que se había basado históricamente en la alianza de la cruz y la espada.

La otra reacción era la de quienes opinaban que la postración internacional que sufría entonces España era la consecuencia de haberse desviado del camino de la modernidad cuando se interrumpió la comunicación intelectual con la Europa más avanzada. Para los intelectuales liberales y progresistas, la comparación con la Europa que representaban Francia, Inglaterra o Alemania era una fuente constante de frustración y humillaciones. La solución, por lo tanto, sólo podía consistir en restablecer esa comunicación para retomar la senda perdida de la modernidad, y superar así el retraso cultural, científico y técnico, con el propósito último de hacer de España un país «normal». La reforma de la cultura y de las instituciones sociales se concebía sólo con la intención de ponerlas en sintonía con las de los países más avanzados, algo que la derecha más intransigente intentaba evitar a toda costa por su riguroso rechazo de la modernidad y su nulo deseo de adaptarse a los cambios sociales.

Desde una perspectiva exterior, la mayoría de los publicistas y ensayistas extranjeros interpretaron la derrota española como el destino inevitable de un país arcaico, incapaz de dotarse de un sistema político estable, con un gobierno colonial obsoleto, sin sociedad civil, sin tradición científica ni desarrollo tecnológico y sin más articulación social que la regresiva Iglesia romana. Estas críticas las descalificaba Altamira con el argumento de que «el sentimiento de altivo desprecio en que se ha trocado para muchos aquel odio y envidia que nuestras proezas y excesos militares de otros tiempos produjeron en Europa, les crea, cuando menos, prejuicios que descarrían su observación de las cosas y de los hombres»[3]. En realidad, la «decadencia» española, como habían hecho algunos hispanistas anteriormente, se prestaba para ser utilizada como contraejemplo y recurso con el que espantar los males propios[4]. Estos comentarios, entre con-

---

[2] Expresión utilizada por Unamuno en carta de 2 de diciembre de 1905, citada por Octavio Ruiz-Manjón, «Notas sobre Miguel de Unamuno en la crisis del reinado de Alfonso XIII», en *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra II*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2005, pág. 280.

[3] Rafael Altamira, «Hispanólogos e hispanófilos», en *De historia y arte,* Madrid, Libr. Victoriano Suárez, 1898, pág. 218.

[4] La utilización que hizo el hispanismo norteamericano de la decadencia española para resaltar, por contraste, los propios valores nacionales, ha sido analizada por Richard L. Kagan, «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain» en Richard L. Kagan (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002, págs. 247-276.

digitalia
www.digitalia.us

miserativos y despectivos, proliferaron en las publicaciones extranjeras de entonces y, al añadirse al antecedente histórico de la leyenda negra, no hicieron sino profundizar entre la clase ilustrada española la doble humillación de ser «perdedores» además de «decadentes». Para la derecha más católica o tradicional, esas críticas inspiradas en el liberalismo anglosajón o en el darwinismo spenceriano no eran sino el correlato de las antiguas críticas del protestantismo a la Monarquía católica; al igual que aquél, los nuevos censores predicaban los valores individuales y cuestionaban el papel de la Iglesia católica como articuladora de la sociedad[5]. Con la derrota, por lo tanto, el casticismo tradicional encontró las condiciones para cultivar un tipo de nacionalismo reactivo, que insistía en la reafirmación de los valores propios como respuesta a las despectivas opiniones extranjeras. Paralelamente, en la medida en que las izquierdas españolas, desde los liberales a los obreristas, importaban las doctrinas y las críticas foráneas, se convertían para ellos en la «anti-España», en la heterodoxia que se oponía a la «verdadera» esencia de la nación hispana[6].

Este debate entre los partidarios de la «afirmación nacionalista» y los que se inclinaban por el «descontento crítico», que había comenzado con la famosa polémica sobre la ciencia española, se hizo más agudo tras los sucesos de ultramar. Los graves acontecimientos parecían dar la razón a los partidarios de las reformas. La elite española se puso entonces a reflexionar no sólo sobre las razones de esa «excepcionalidad» española, sino, más dramáticamente, sobre las causas del desastre nacional. La fecha de 1898 acabó resonando en la conciencia española como la fecha de 1870 en la francesa[7]. Toda la literatura regeneracionista de la coyuntura finisecular estaba inspirada por las mismas cuestiones: ¿qué es lo que impedía a los españoles ingresar en la modernidad política y económica? ¿Por qué no había una sociedad civil y una cultura cívica como en el resto de Europa? ¿Qué es lo que hacía que las gentes hispanas fueran tan refractarias a las costumbres propias del capitalismo y al desarrollo ordenado de las instituciones políticas? En casi todos los escritos regeneracionistas era común la convicción de que Europa era el modelo, y que en los países más desarrollados de Europa había que buscar el ejemplo y la inspiración de la vía a seguir. Joaquín Costa y el primer Unamuno fueron los mejores exponentes de esta reacción que ponía todas sus esperanzas en la «europeización», sin por ello renunciar al «espíritu nacional». Mejor dicho, la europeización era la condición, según lo formulara Unamuno, para descubrir y rescatar el verdadero espíritu nacional.

No fue casualidad que Costa le pusiera a su mensaje el título «Reconstitución y europeización de España». Para hacer de España un país moderno, «europeo», proponía reconstituir la nación, pero estudiando bien el país, sus tradiciones, su historia, su geografía y sus habitantes, antes de reformarlo. Al final de su aventura política, Costa definiría el objetivo de todos sus proyectos reformadores con una fórmula: había que

---

[5] La reacción más acabada desde ese sector fue el libro de Julián Juderías, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Barcelona, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914.

[6] Véase Enrique Ucelay-da Cal, «¿Cómo convertir a los perdedores en ganadores? Un ensayo sobre la proyección finisecular de identidades en los países menos industrializados», en *Los 98 ibéricos y el mar. Tomo II. La cultura en la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa '98, 1998, págs. 163-191.

[7] Véase el ya clásico ensayo de Vicente Cacho Viu, «Francia 1870-España 1898», en *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, págs. 77-115.

digitalia
www.digitalia.us

dar «luz al cerebro y sangre al corazón» de la nación hasta que «la tribu que ahora y desde hace siglos acampa en la Península se haya convertido en una nación moderna, que lleve con Francia e Inglaterra, con Alemania y los Estados Unidos, la voz de la civilización y el cetro de la humanidad»[8].

También Unamuno había señalado ese camino como la única forma de salir del atraso y de la ignorancia. La obra fundamental de la literatura finisecular: *En torno al casticismo*[9] es una defensa apasionada de la necesidad de apertura a Europa y un claro ataque a los sectores conservadores que defendían la ideología tradicional atribuyéndole el sentido de lo castizo o puro. Aquellos que exaltaban lo castizo subrayaban lo diferencial y excluyente, y se mostraban dispuestos a guardar las esencias patrias de toda contaminación extraña mediante lo que Unamuno llamaba un «proteccionismo inquisitorial». Está claro que el Unamuno de 1895 perseguía todo lo contrario: la apertura hacia fuera, sin renegar de lo propio, sin mimetismos, eligiendo y guardando sólo lo que fuera útil: «sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral. Con el aire de fuera regenero mi sangre, no respirando el que exhalo». El casticismo histórico, sostenía, es un arcaísmo que dice reaccionar contra «la invasión europea de nuestra patria», pero que en realidad entorpece el desarrollo porque se manifiesta como «una inquisición latente». Unamuno, por el contrario, no tenía nada que temer de los «ventarrones del ambiente europeo». Al concepto de casticismo como pureza oponía el humanismo, que representaba una actitud anticasticista en la medida en que era movimiento hacia lo universal. La cultura nacional, según Unamuno, siempre se había enriquecido por la asimilación de influencias extranjeras, porque una personalidad fuerte no se constituye cerrándose, sino abriéndose a las influencias de fuera.

Desde luego, el propio Unamuno representaba la más acabada expresión de la apertura hacia los horizontes europeos que él mismo predicaba. Era uno de los pocos intelectuales españoles que pudo conocer a los grandes poetas y pensadores en su idioma propio. Su pasión por las lenguas le permitía leer en seis idiomas, incluido el noruego. Una gran parte de su labor crítica consistió, precisamente, en combatir en España la imitación casi exclusiva de la literatura francesa heredada de su siglo, y más aún que en España, en las naciones americanas de lengua española[10]. Que la intelectualidad española hubiera sido invadida de forma exclusiva, en el siglo XIX, por la moda de las escuelas literarias y artísticas francesas, hasta el punto de adoptar sus programas y hasta sus palabras, le parecía una penosa limitación. Su europeísmo consecuente le llevó a denunciar la «aduana francesa» de nuestra cultura, causante de que la poca literatura inglesa, alemana, rusa, escandinava, etc. que se sabía en España, apenas fuera conocida más que por las traducciones francesas y por su eco en las revistas literarias parisinas. Efectivamente, la traducción al español de los principales autores europeos se

---

[8] Joaquín Costa, «Reconstitución y europeización de España. Mensaje y programa de la Cámara agrícola Aragón», en ídem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*, Madrid, 1981, págs. 8 y 9.

[9] En el primer semestre de 1895 comienza Unamuno la publicación en la revista *La España Moderna* de los artículos que luego reuniría en *En torno al casticismo*.

[10] Véase art. de Unamuno en *La Nación* de Buenos Aires, de 22 de marzo 1916.

digitalia
www.digitalia.us

había hecho a menudo desde la previa traducción francesa. La primera versión en español de la *Crítica de la razón pura* de Kant, por ejemplo, se hizo de una versión francesa, y lo mismo ocurrió con la *Lógica* de Hegel. El propio Menéndez Pelayo —que leía inglés, francés e italiano— se servía de traducciones francesas para acceder a las obras alemanas. Muchos de los krausistas españoles, que se decían «alemanizados», no podían leer obras en alemán y se inspiraban en krausistas belgas como Tiberghien. Eso ya no pasaría desde comienzos del siglo xx gracias, entre otros, al propio Unamuno, que no sólo leía a todos esos autores en su lengua original, sino que tradujo varias obras del alemán, entre ellas las de Ferdinand Wolf y Schopenhauer.

De aquellos debates finiseculares se deducía un proyecto de reforma que se basaba en dos pilares: la europeización, en primer lugar, entendiendo por tal la inspiración en modelos exteriores, y más concretamente, la apertura a las corrientes intelectuales modernas, en especial la asimilación de los métodos de análisis de las modernas ciencias sociales. Y la reconstrucción de la nación, entendida como la articulación de un nuevo patriotismo que movilizara al pueblo y le incitara a recuperar el control de su destino, hasta entonces en manos de la oligarquía. Por lo tanto, la regeneración de la cultura española había que buscarla fuera, y a la vez dentro, en lo intrahistórico, que era lo eterno frente a lo transitorio. La búsqueda de una identidad nacional nueva iba unida a la búsqueda de modelos exteriores, y ambas perspectivas eran complementarias pues sin la apertura no se podría revelar el auténtico espíritu colectivo nacional.

En lo sustancial, los jóvenes radicales del 98 se movieron en su crítica a la tradición castiza en los cauces que trazó Unamuno, aunque con menos matices. Denunciaron el dogmatismo católico con su educación represiva e inhibidora; el ordenancismo jurídico, leguleyo y formalista; la versión militarista del patriotismo, y la insensibilidad a la cuestión social, uno de los grandes problemas del fin de siglo. Sin embargo, como sabemos, los dos líderes intelectuales, Costa y Unamuno, se decepcionaron pronto ante la falta de una respuesta popular al desastre. En 1870 los franceses habían reaccionado a la derrota derribando el Segundo Imperio e instaurando una República. En 1898 el régimen de la Restauración salió políticamente indemne. Nada sustancial cambió en la organización social y política. Los intelectuales regeneracionistas perdieron entonces la esperanza en la iniciativa popular y algunos de ellos, decepcionados, terminaron declarando su desconfianza hacia el sistema parlamentario y hacia la misma democracia. Unamuno comenzó a criticar desde los primeros años del siglo xx la «beatería» democrática que erigía la opinión de las masas en canon absoluto de valor. Costa, por su parte, acabó apelando a la dictadura y a un cirujano de hierro.

Del regeneracionismo intersecular, finalmente, no salió un programa coherente de reformas que contara con suficiente apoyo social. Tampoco de los escritores críticos que se suelen agrupar con la denominación generación del 98. En su caso, la decepción que experimentaron ante la falta de reacción popular la convirtieron en una crisis intelectual y en una conversión al nihilismo. Los jóvenes radicales del 98 que querían suplantar la España tradicional por una España de nueva planta, con el pleno triunfo de la revolución burguesa, como demandaba Maeztu, en muy poco tiempo entraron en crisis y cambiaron de ideas, de ideales y de actitudes. Uno de los primeros efectos de este giro fue la relativización del compromiso político en aquellos que habían sido sus más ardientes valedores. Acentuaron entonces su tendencia a plantear el problema de

digitalia
www.digitalia.us

España más allá de la confrontación política y de las soluciones institucionales, situándose en un orden intrahistórico y cultural. Más que la revolución social y política, en sentido expreso, lo que ellos buscaron, al menos a partir del cambio de siglo, era una transformación integral del hombre. El idealismo estético o religioso, el voluntarismo o el culto de la personalidad creadora fueron algunas de las soluciones que encontraron los escritores del 98, pero ni Unamuno, ni Baroja, ni Azorín supieron proponer, a la larga, empresa colectiva alguna. Ni siquiera a través de un incipiente nacionalismo castellanizante[11].

Ésta fue, por otro lado, una reacción muy en sintonía con la coyuntura intelectual europea. Su decepción se sumó enseguida a la que venía de Europa, y por ello fueron europeizantes en la medida en que conectaron con el canon europeo del momento. Los aires pesimistas de la cultura europea, la crisis del positivismo, la «fatiga del racionalismo», en expresión unamuniana, la experimentaron por influencia de autores como Max Nordau, que mostraban la cara desengañada y escéptica de la Ilustración. Las influencias filosóficas de Nietzsche, Schopenhauer, Ibsen o d'Annunzio contribuyeron a reafirmar el abandono del positivismo y acentuaron su alejamiento de los objetivos y tareas del orden político.

También acabaron recusando los modelos de análisis racionalistas y cientifistas, como parte de su renuncia al positivismo que habían practicado en su juventud. Unamuno fue, de nuevo, el primero y el más radical en oponerse a la disciplina razonada de los métodos. A partir del cambio de siglo se dedicó a criticar las virtuosidades técnicas de los filólogos, el pedantismo de los eruditos, el tecnicismo de los pequeños hechos o el empirismo de la ciencia[12]. Frente a esos procedimientos, asociados con la tradición científica europea, defendió las ventajas de mantener el corazón ligero, el ojo abierto, presto a entusiasmarse, como era propio de los espíritus generosos, intuitivos, clarividentes, poetas en fin. Su grito de guerra acabó siendo: «¡Al diablo la técnica!» Como dijo un hispanista francés de la época: «el espectáculo de un Rector de Universidad desacreditando sistemáticamente las más sanas disciplinas de la actividad intelectual, no deja de ser característico de la moderna España[13]».

El caso de Unamuno fue otra vez ejemplar de la evolución de ese grupo hacia una creciente exaltación de lo nacional. En ensayos como «La vida es sueño» (noviembre de 1898), «Sobre la europeización. Arbitrariedades» (1906) y en libros como *Vida de don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico*, criticó a los regeneracionistas y a los que querían la europeización del país sin contar con su idiosincrasia. En estos escritos proponía a don Quijote como símbolo nacional y manifestaba su preferencia por los místicos españoles a cualquier autor o filósofo extranjero. De matizar la europeización diciendo que debería hacerse en todo caso «sin desespañolizar», pasó a rechazar el modelo cultu-

---

[11] Véase Pedro Cerezo Galán, «La doble crisis, ideológica e intelectual, del 98», en Octavio Ruiz-Manjón y Alicia Langa (eds.), *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, UCM/Biblioteca Nueva, 1999, págs. 603-623, así como el ensayo de Vicente Cacho Viu, «Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas», en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, págs. 221-236.

[12] Véase la polémica Unamuno-Pitollet en *Nuestro Tiempo*, julio de 1914, y el art. de Unamuno «La erudición y la crítica», en *La España Moderna*.

[13] Camille Pitollet en su crítica a la *Vida de D. Quijote y Sancho*, publicada en la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, y reproducida por el mismo autor en «De la légèreté française», *Les langues Modernes*, mars-avril, 1917, pág. 238.

digitalia
www.digitalia.us

ral europeo, que identificaba, precisamente, con el pensamiento racional y científico. No dejaba de ser paradójico que Unamuno, el intelectual más penetrado de cultura europea, hubiera manifestado una vocación europeísta tan poco consistente y duradera.

El resultado de esa evolución fue que el desestimiento político y el desengaño respecto a las posibilidades de reforma se hizo ya definitivo en algunos desde 1899. Se ha repetido muchas veces que fue otra generación, la llamada del 14, la del grupo liderado por Ortega y Azaña, la que construyó una nueva propuesta modernizadora, transformadora del país, que compaginaba un nivel aceptable de teorización y un proyecto político consistente. Que fue esa generación, la que se dio a conocer con la Liga de Educación Política, la que situaría de nuevo el debate en el terreno político y cedería el protagonismo a los universitarios y científicos. Y que fue ella también la que volvió a relacionar estrechamente la modernización de España con la europeización del país, entendiendo Europa, al modo del primer Unamuno, como sinónimo de ciencia, rigor y profesionalización[14].

No vamos a insistir aquí en la ya muy larga polémica sobre los perfiles de ambas generaciones y sus relaciones mutuas, ni volveremos a suscitar la pertinencia o no de usar el criterio generacional para delimitar grupos y coyunturas intelectuales. Sí queremos destacar, sin embargo, que algo importante ocurrió en el período que media entre el desencanto de la generación del 98, que en algunos se produce ese mismo año o inmediatamente después, y la irrupción pública de la generación del 14 —llamada precisamente así porque es ese año cuando se da a conocer con la creación de la Liga de Educación Política—. La tesis que vamos a mantener sostiene que durante esos años de comienzos del siglo xx que median entre el desestimiento de los primeros y la irrupción de los segundos, el único grupo intelectual que poseía un programa coherente de reformas, y el que inspiró las principales iniciativas que realmente se pusieron en marcha, por tímidas que fueran, era el colectivo de profesores relacionados con la Institución Libre de Enseñanza. Fue el grupo institucionista, heredero del krausismo, el que mantuvo en el período que estudiamos, de una manera más firme y coherente, un proyecto de reforma cultural basado inequívocamente en los modelos europeos de su tiempo. Fue, además, el eslabón que permitió la continuidad entre las dos generaciones citadas, la literaria del 98 y la más decididamente política del 14. No sólo sirvió para enlazar la tradición krausista con la del grupo de Ortega y Azaña, sino que supo incorporar a sus proyectos a otras personalidades científicas aisladas, pero de gran prestigio, como Ramón y Cajal, premio Nobel en 1906, o Ramón Menéndez Pidal. Al mismo tiempo, este grupo fue capaz de inspirar las primeras reformas adoptadas desde el Estado para modernizar la estructura educativa y científica del país, gracias a su capacidad de influencia sobre los poderes públicos. Es cierto que el impacto de casi todas esas medidas sólo se notó a medio plazo, precisamente desde la coyuntura bélica que comienza en 1914, y que es a partir de entonces cuando empieza a apreciarse la transformación cultural del país, pero las pequeñas reformas que lo hicieron posible se diseñaron y se pusieron en marcha justo en el período anterior a la guerra, y es allí donde hay que buscar, por lo tanto, las raíces de lo que se conoce habitualmente como la *edad de plata* de la cultura española.

---

[14] Conviene seguir, a este respecto, el análisis de las relaciones entre Unamuno y Ortega que realizó Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

digitalia
www.digitalia.us

Los hombres de la ILE mantuvieron estrechos vínculos con las dos generaciones y a las dos transmitieron algunos elementos esenciales de su programa. Con la generación del 14 coincidían en la dedicación profesional al mundo académico, en vez de a la literatura o la publicística. Compartían un mismo programa europeísta y creían en las empresas colectivas más que en la genialidad individual. También para ellos Europa equivalía a ciencia, rigor y competencia profesional. Tenían una misma forma de practicar la «pedagogía social desde arriba» y, sobre todo, mantenían la fe en las virtudes terapéuticas del desarrollo científico, una creencia que abandonaron pronto los hombres de la generación del 98. Algunas personalidades próximas a la Institución, como Fernando de los Ríos, José Castillejo o Américo Castro, se pueden considerar plenamente integrantes también de la generación del 14.

Con la generación del 98 compartieron, muchos de ellos, la experiencia del Desastre en plena edad madura, y por tanto una misma reacción crítica. El movimiento regeneracionista en su conjunto tuvo una fuerte impronta institucionista. Tanto Miguel de Unamuno, como Joaquín Costa, guardaban una estrecha relación con la Institución Libre de Enseñanza —más formal y expresa la de Costa, que llegó a ser profesor de la Institución, pero más entrañable la de Unamuno, como muestra su correspondencia con Giner—. Su crítica a la ideología tradicional castiza era coincidente con la que desarrolló la generación literaria de 1898. Algún institucionista destacado, como Rafael Altamira, se adentró en los estudios caracteriológicos o en la búsqueda de una psicología nacional, siguiendo el programa unamuniano y costista. Pero los institucionistas no compartieron con esa generación ni su inicial acercamiento a las ideologías revolucionarias: el anarquismo y el socialismo de la época; ni su posterior inhibición del compromiso político para refugiarse en la introspección interior o en la renovación puramente estética.

Los profesores institucionistas como Cossío, Altamira, Posada, Sela, Castillejo, agrupados bajo el liderazgo de Giner de los Ríos, participaron en la coyuntura intelectual finisecular desde una posición peculiar que se ha llamado «regeneracionismo de cátedra», una variante de ese movimiento con características propias, de las que interesa ahora destacar tres. En primer lugar, su gran escepticismo respecto a los procedimientos directamente políticos para reformar el país. Es verdad que un cierto desdén por la política venía de la generación krausista, que llegó a vivir la decepción de la revolución septembrina. A ellos les tocó vivir además la otra decepción, la del 98. Pero su escepticismo se apoyaba en la creencia de que los problemas nacionales eran tan profundos que exigían intervenir en los cimientos de la propia estructura social. Su peculiar forma de plantear el problema de España se situaba más allá de la mera confrontación política, pero también algo más acá del nivel intrahistórico y esencial en el que acabaron situándose algunos de la generación literaria del 98. Ellos confiaban en las soluciones de tipo tecnocrático, en aquellas medidas que pudieran modificar las estructuras profundas de la sociedad, no en las políticas que se referían exclusivamente al reparto del poder. Por la misma razón, su crítica al sistema de la Restauración se hizo siempre desde posiciones reformistas, no revolucionarias.

El segundo rasgo distintivo de su proyecto reformista fue que se inspiró de forma perseverante en el modelo europeo. Los hombres de este grupo no sólo fueron europeizantes, como la generación del 98, sino también unos europeístas convencidos. Admiraban la modernidad, la civilización, el desarrollo social que representaban los principales países de Europa, y allí buscaban la inspiración y el modelo para hacer sus

digitalia
www.digitalia.us

propuestas; adaptándolas, eso sí, a las condiciones de la cultura nacional, como aconsejaba Giner. No se dejaron arrastrar por el pesimismo ni por el nihilismo de moda en ciertos ambientes intelectuales europeos; al contrario, mantuvieron siempre su fe en el progreso y en las virtudes de la Razón. Continuaban así la tradición del positivismo cientifista, mezclado con la fuerte exigencia moral heredada del krausismo. Con razón se les puso la etiqueta de «krausopositivistas».

El tercer elemento que les caracterizó era su convicción de que la clave del problema nacional estaba en el lastimoso estado del sistema educativo español, y que por lo tanto había que conceder prioridad absoluta a la «política pedagógica», a las reformas de la educación nacional. Claro está que esta política exigía tiempo y no podía dar resultados a corto plazo, pero estaban convencidos de que era la única forma de abordar el problema estructural más importante que tenía entonces la sociedad española.

El ejemplo de la recuperación de otras naciones que también habían caído bruscamente —y pensaban en los Estados alemanes derrotados por Napoleón, en la Francia derrotada por Bismark, incluso en el Japón de 1868—, les hacía apuntar a la política educativa, especialmente a la reforma de la educación primaria, como la gran obra de «regeneración» que necesitaba el país.

> Véase pues, cómo la resolución de todos los problemas viene a condensarse en el perfeccionamiento de la enseñanza, en la «política pedagógica», que aún no ha sabido inscribir en su programa ningún partido español, pero que numerosas voces salidas de nuestra minoría intelectual piden sin descanso. ¡No sin profundo sentido señalaba en ella la raíz de toda grandeza Fichte, cuyas profecías tan grandiosamente ha realizado la Alemania moderna![15]

Los diagnósticos que habían realizado Fichte, en el caso alemán, o Renan en el caso francés, en situaciones que parecían similares a las que atravesaba entonces España, fueron apropiados casi literalmente por estos intelectuales. Ambos servían para reforzar sus propias conclusiones: el problema de la sociedad española era un problema de educación. Si se ponía remedio al retraso acumulado en ese aspecto fundamental, todos los demás problemas entrarían en vías de solución: la ausencia de una opinión pública eficaz, la desmovilización política del pueblo, la falta de reacción ante el dominio de la oligarquía y el caciquismo dominantes, el subdesarrollo económico y social, la carencia de un patriotismo verdadero; en fin, la ausencia de una verdadera nación política. Las recetas pedagógicas eran el remedio de todos estos males y la esperanza, por tanto, de la deseada reactivación de la vida nacional. Desde el punto de vista de la necesaria modernización de las instituciones educativas y de la vida cultural, el grupo institucionista era sin duda el que contaba con el proyecto de reforma más coherente, más sólido y con una estrategia de actuación bien definida.

Tan importante como contar con un diagnóstico y con un programa coherente resultó el hecho de actuar como un grupo muy cohesionado, por lo menos hasta la muerte

---

[15] Rafael Altamira, «El patriotismo y la Universidad», discurso de apertura del curso académico 1898-1899 pronunciado en la Universidad de Oviedo y publicado en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XXII, núm. 464 (Noviembre de 1898). El texto irá a formar parte, más adelante, del libro *La Psicología del pueblo español*, publicado por entregas en *La España Moderna* entre 1898 y 1899 y presentado como libro en 1902.

digitalia
www.digitalia.us

de su líder en 1917. Los institucionistas contaban con una larga tradición de luchas, entabladas ya por la generación krausista anterior, lo que daba una continuidad excepcional a su labor. El resto de los movimientos intelectuales de la época carecieron de esa cohesión interna y de la continuidad necesaria para ejercer una influencia perdurable.

Por último, de todos los movimientos críticos hacia el sistema y de todas las vertientes del regeneracionismo finisecular, fue el grupo institucionista el único que pudo influir en las decisiones políticas de los gobiernos de la época —aparte, claro está, del regeneracionismo conservador de personajes como Maura o Silvela, que intentaron su propia «revolución desde arriba» con muy escasos resultados—. Directamente unas veces, ocupando cargos de responsabilidad en el aparato administrativo, aunque fueran de carácter técnico; indirectamente otras, inspirando algunas de las medidas que adoptaron diversos dirigentes del partido liberal, los institucionistas fueron los verdaderos responsables de las pocas medidas de reforma efectivas que se arbitraron entonces, especialmente en las políticas educativa y social. Por todo ello, ese reducido grupo de institucionistas puede considerarse el verdadero protagonista del movimiento reformista durante esos tres lustros, el que estuvo detrás de los más importantes proyectos de reforma de la vida cultural del país.

El atraso de la educación nacional y la «política pedagógica» como remedio

No eran los únicos que compartían un diagnóstico muy crítico, cuando no catastrofista, sobre el estado de la educación pública española. También los observadores extranjeros bien informados coincidían en que el principal problema era la calamitosa situación escolar: «el país parece aplastado bajo el peso de la ignorancia secular, vive en un letargo cuidadosamente mantenido[16]», escribía en 1904 el hispanista Henri Mérimée, especializado en temas educativos. Los institucionistas eran conscientes del trabajo oscuro, lento y lleno de tanteos, a menudo inútiles, que hacía falta realizar para poner remedio a la situación. Pero sobre todo, fueron los únicos dispuestos a hacer los esfuerzos necesarios y con la continuidad requerida.

El sistema educativo estaba regido todavía por la Ley Moyano de 1857, que seguiría vigente muchos años más aún. Aquella ley establecía que la enseñanza primaria era obligatoria entre los 6 y los 9 años —a partir de 1909 se ampliaría hasta los 12 años—, y gratuita para los indigentes. Eso aseguraba, teóricamente, la escolarización universal de la población infantil. Incluso estaba prevista una multa de dos a seis reales para los padres que no llevaran sus hijos a la escuela. La realidad, sin embargo, era muy distinta a la que preveían las leyes. En 1901, según cifras del Ministerio de Instrucción Pública, los analfabetos sumaban todavía el 66 por 100 de la población. Según las estimaciones más indulgentes del censo de 1900, la cifra ascendía al 63,79 por 100 —71,51 por 100 de analfabetismo en el censo de 1887, y 59,39 en el de 1910[17]—. Con razón decía Adolfo

---

[16] Henri Merimée, «Revue de l'Etranger. Espagne», *Revue Pédagogique*, 2.º semestre (1904), pág. 289.

[17] Sin embargo, Mercedes Vilanova y Xavier Moreno, *Atlas de la evolución del analfabetismo en España, l887 a 1981*, Madrid, 1992, rebajan el porcentaje de analfabetos para 1900 al 59 por 100, por el descuento que hacen de los menores de diez años. La estimación es coincidente con la de Francisco Martín Zúñiga, *Origen, desarrollo y consuencias del analfabetismo en el primer tercio del siglo XX*, Málaga, Universidad de Málaga, 1992, págs. 25 y 26.

digitalia
www.digitalia.us

Posada que la existencia de cerca de doce millones de analfabetos, a pesar de que la enseñanza era obligatoria desde hacía más de cincuenta años, constituía una auténtica «losa de plomo» que frenaba el desarrollo y obstaculizaba el progreso[18].

La razón de este fracaso había que buscarla sin duda en las graves deficiencias del sistema escolar. Ejercían en España unos 24.000 maestros para 17 millones de habitantes, en la proporción de un maestro por cada 708,3 habitantes; en Estados Unidos, mientras tanto, eran 415.000 maestros para 76 millones, y la proporción era de uno por 183. No es de extrañar por lo tanto que sólo el 58,5 por 100 de la población de 6 a 12 años estuviera realmente escolarizada[19], y de esos niños no todos frecuentaban las escuelas regularmente, pues se calcula que la cuarta parte de los alumnos matriculados practicaban el absentismo. Según la *Estadística escolar de España en 1908*, preparada por el Ministerio de instrucción Pública, se contaba entonces con 24.861 escuelas públicas —2.150 más que en 1870—. Todavía faltaban 9.505 escuelas más para llegar a la cantidad exigida por la ley Moyano, que se basaba en el número total de habitantes para determinar la red de escuelas necesaria. Este déficit se paliaba sólo en parte por la existencia de 5.212 escuelas privadas —de las cuales 5.014 eran católicas, 91 protestantes y 107 laicas—. La enseñanza privada predominaba abrumadoramente en las ciudades, donde resultaba más rentable; en Madrid, por ejemplo, el 43,8 por 100 de los alumnos en edad escolar estaban escolarizados en centros privados, el 18,7 por 100 en escuelas públicas y el resto, simplemente, no estaba escolarizado[20].

Con una situación así, es fácil concluir que el Estado de la Restauración no había cumplido con la más elemental responsabilidad social, que no había intentado una nacionalización efectiva de las masas populares, y que en ello se separaba claramente de los modelos imperantes en las naciones más avanzadas. En 1901 se calculaba que Estados Unidos dedicaba a instrucción pública el 14 por 100 de su renta nacional; Alemania el 12 por 100; Inglaterra el 10; Francia el 8 y España el 1,2 por 100[21]. Por ello puede afirmar Borja de Riquer que las elites conservadoras españolas «no sólo no deseaban correr los riesgos políticos de generar una política de participación de los grupos subalternos, sino que tampoco estaban dispuestas a hacer el esfuerzo fiscal que implicaría el costear políticas generadoras de nuevos consensos, como sería extender eficazmente la enseñanza obligatoria como medio de socialización y de nacionalización[22]». Si el propio Estado renunciaba a utilizar el agente nacionalizador más importante de entonces: el sistema público de educación, era difícil que se generara en España un patriotismo popular consistente o una conciencia cívica generalizada.

Diversos escritores regeneracionistas habían destacado ya que ésta era una de las tareas pendientes del Estado, y habían contribuido así a poner de actualidad el tema del retraso cultural, científico y técnico. «Escuela y despensa», clamaba en 1899 Joaquín

---

[18] Adolfo Posada, *Política y enseñanza*, Madrid, Daniel Jorro Ed., 1904, pág. 6.

[19] Sobre la evolución de la educación desde esos años, véase Estíbaliz Ruiz de Azúa, «Un primer balance de la educación en España en el siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 22 (2000), páginas 159-182.

[20] Véase Estíbaliz Ruiz de Azúa, «Madrid en 1900: la capital del sistema educativo», *Arbor*, núm. 666 (junio de 2001), pág. 522.

[21] E. Ruiz de Azúa, «Un primer balance…», ob. cit. pág. 161.

[22] Borja de Riquer i Permanyer, «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas: propuestas para una discusión», *Ayer*, núm. 35 (1999), pág. 44.

digitalia
www.digitalia.us

Costa, mientras Macías Picabea publicaba el mismo año un balance desolador de la situación de la instrucción pública[23]. La educación se convirtió por un momento en la gran cuestión nacional. Durante el breve impulso reformista que siguió al Desastre, las cuestiones educativas fueron objeto de la atención de los principales líderes de opinión y de los responsables políticos, y eso favoreció que, en los primeros años del siglo xx, se tomaran por fin algunas medidas muy significativas.

La primera de ellas fue la creación en 1900 del Ministerio de Instrucción Pública, cuyas atribuciones las había desempañado hasta entonces una simple división del Ministerio de Fomento. El nuevo ministro ocuparía el puesto que dejaba en el Gobierno el desaparecido Ministro de Ultramar. Esa creación era el primer reconocimiento oficial de la importancia que a partir de entonces concedería el Estado a las cuestiones educativas. Con el nuevo ministerio se creaba el órgano, pero más importante era el hecho de que, al establecer un presupuesto independiente para la instrucción pública, se daba un primer paso hacia la asignación de partidas adecuadas a las necesidades urgentes de la educación nacional. Los primeros titulares: García Alix, el Conde de Romanones, Allendesalazar, no fueron particularmente competentes en materia pedagógica —eran hombres políticos y de partido—, pero desarrollaron una intensa actividad reformista, que algunos calificaron de excesiva por no corresponder siempre a las verdaderas necesidades de la situación.

Una de las iniciativas más importantes fue la que adoptó en enero de 1902 el Gobierno de Sagasta, a propuesta de Romanones como Ministro de Instrucción Pública, para que los maestros fueran pagados por el Estado, como el resto de los funcionarios, y no por las municipalidades como hasta entonces. El pago directo del Estado era una de las propuestas de Giner de los Ríos como remedio imprescindible para «emancipar la escuela y el maestro del caciquismo local[24]». La única manera de asegurar que los maestros cobraran con regularidad sus muy bajos emolumentos era transfiriendo esta competencia al Ministerio recién creado. Eso significaba que la financiación de la enseñanza primaria se incorporaba por fin al presupuesto general del Estado, y el capítulo de personal del nuevo ministerio pasaba así en un año de 1.354.568 a 21.394.732 pts. El de material, por su parte, aumentaba de 460.006 a 4.430.147 pts. El partido conservador se opuso, alegando que esta medida restaba autonomía a los ayuntamientos, pero era de dominio público que la desidia de muchas municipalidades provocaba continuos retrasos en la percepción de los sueldos de los maestros y una humillante situación de dependencia respecto a los caciques locales. Los ayuntamientos, a pesar de todo, continuaron detentando sus competencias sobre la construcción y mantenimiento de los locales escolares, que en su mayoría se hallaban en un estado lamentable:

> Lo que nota el francés en Madrid —decía Henri Mérimée—, es que no encuentra por ningún lado esos grupos escolares, imponentes y casi lujosos que se han multiplicado en nuestro país […] ¿dónde están las escuelas? No saltan a la vista porque están muy modestamente instaladas en un piso cualquiera de una casa cualquiera […] los niños están en la escalera en contacto con los otros inquilinos que, en casas de alquiler modesto, suelen ser poco recomendables. Así que ¿dónde podrán ir los niños a disfru-

[23] Ricardo Macías Picabea, *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*, Madrid, Victoriano Suárez, 1899.

[24] Francisco Giner de los Ríos, *El problema de la educación nacional y las clases productoras*, Madrid, 1900.

digitalia
www.digitalia.us

> tar del recreo? Es un hecho que, en España, casi ninguna escuela primaria posee un patio o, en su defecto, una habitación donde los niños puedan descansar su atención y refrescar su espíritu mediante el juego[25].

Para este observador, el espectáculo de estos pisos habilitados como escuelas, en cuyas alcobas vivía además el maestro con su familia, bajo la mirada de sus alumnos, resultaba «entristecedor». Por ello comprendía que muchos españoles consideraran que la asistencia de los niños a la escuela no sólo fuera poco necesaria, sino poco deseable. Por lo demás, en cada escuela solía haber una sola clase con un solo maestro, ayudado a veces por un auxiliar, para un grupo de alumnos que podía llegar a cien escolares, y de las más diversas edades. Georges Cirot, otro hispanista muy crítico con el sistema escolar español de su tiempo, se mostraba «espantado de ver, en habitaciones en las que las condiciones higiénicas serían deplorables para una familia de 8 ó 10 personas, amontonarse a veces 80, 90 e incluso 100 niños, que pasan seis horas al día inmóviles, sin aire, sin luz, sin nada de lo que es indispensable para vivir[26]». Poco a poco, sin embargo, iría mejorando la dotación que el propio Ministerio destinaba a construcciones escolares.

En 1903 se dio otro paso hacia la dignificación de la función del maestro al establecer su salario mínimo en 500 pesetas. Aún así, los sueldos continuaron siendo escandalosamente bajos pues las categorías inferiores de maestros cobraban menos que los porteros del ministerio o que cualquier trabajador manual. La consecuencia era que muchos completaban sus ingresos realizando otros trabajos después o durante el horario escolar. La escala retributiva era además muy dispar: aunque desde 1883 se había equiparado el sueldo de las maestras a los de sus compañeros, se mantenía sin embargo un enorme desnivel entre los maestros urbanos y rurales. La situación salarial sólo mejoró, y muy lentamente, a partir de 1911, cuando Rafael Altamira, otro institucionista, ocupó la nueva Dirección de Enseñanza Primaria, creada especialmente para él. Una de sus primeras medidas fue ligar el nivel salarial al puesto que la persona ocupara en el escalafón, y no a la categoría de la localidad donde estuviera la escuela.

La formación de los maestros también avanzó poco a poco: en 1901 se dotó la primera cátedra universitaria de pedagogía en España, cuyo primer titular fue el institucionista Bartolomé Cossío. El ministro Allendesalazar, por su parte, estableció en 1903 las primeras becas de viaje al extranjero para los profesores de las Escuelas Normales y para los alumnos del magisterio: una beca para un profesor y otra para una profesora por año, y otras dos para alumnos, uno de cada sexo, en rigurosa y precoz paridad. Se trataba, claro está, de una gota de agua en el mar, pero se trazaba la dirección a seguir. La Junta para Ampliación de Estudios extendería esta política concediendo pensiones a cientos de maestros y profesores para realizar visitas pedagógicas al extranjero. Estos primeros profesores salían en peregrinación por Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica, con el objetivo expreso de aprender los modernos métodos pedagógicos que se

---

[25] H. Merimée, «Revue de l'Etranger. Espagne», ob. cit., pág. 307.

[26] Georges Cirot, «La Réforme de l'Enseignement primaire en Espagne», *Revue Pédagogique*, t. 56 (enero-junio de 1910), pág. 263. Esta impresión del lamentable estado de las escuelas españolas, por otra parte, es completamente coincidente con la que transmite en propio ministro de Instrucción Pública, Amalio Gimeno, «Apertura del curso académico de 1906 a 1907. Discurso leído en la Universidad Central», citado por Jean-Louis Guereña, «Las instituciones culturales: políticas educativas», en Serge Salaün y Carlos Serrano, *1900 en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pág. 65.

digitalia
www.digitalia.us

practicaban en esos países. Por fin, en 1909 se creó la Escuela Superior de Magisterio, encargada de preparar a los profesores de las Escuelas Normales, donde se formaban a su vez los maestros. Todo ello contribuyó a crear, lentamente, un clima de renovación, de rigor y de autoexigencia entre los docentes españoles desconocido hasta entonces.

Otra reforma del ministro Romanones fue hacer pública y gratuita la entrada en los museos. En el mismo decreto —de 7 de septiembre de 1901— se establecía además la obligación de que los maestros visitaran los museos, en aquellas ciudades donde existieran, «dos veces al menos durante cada año escolar». Uno de los grandes defectos de la enseñanza española de la época, a todos los niveles, era su orientación exclusivamente libresca. Para cada curso había un libro de texto, y el trabajo del maestro consistía únicamente en hacérselo aprender al alumno lo más literalmente posible. En las escuelas, el maestro se limitaba normalmente a hacer cantar a coro, como una salmodia, los textos de lectura. «De ahí ese ruido extraño —decía un observador extranjero—, gangoso y obsesivo que todos los que han viajado a España se acuerdan de haber oído cerca de las escuelas[27]». Giner de los Ríos había criticado reiteradamente el método del psitacismo o del papagayo, que no se practicaba sólo en las escuelas primarias, sino en las Escuelas Normales y en la propia Universidad. Los institucionistas denostaban ese puro verbalismo sin ninguna eficacia formativa, donde lo único que se ejercitaba era la memoria, y la medida que obligaba a visitar los museos parecía inspirarse en sus métodos pedagógicos alternativos; aunque la forma de implantarla, por decreto, era la menos «institucionista» que pudiera imaginarse.

Por un decreto de 26 de agosto de 1902 se creó la inspección primaria, dotando al sistema de una capacidad de vigilancia sobre el personal docente de la que carecía hasta entonces. Y por otro decreto de 1 de julio de 1902 se pretendía que el sector privado, como el oficial, quedara sometido a la inspección de enseñanza. Ningún gobierno español había sido tan temerario como para atacar la formidable fortaleza de la enseñanza congregacionista, y el fracaso de aquella medida puso de relieve cual era el equilibrio real de fuerzas en esta materia. Los religiosos estaban entonces dispensados de poseer un título para dedicarse a la docencia, e incluso para dirigir los establecimientos, y no iban a permitir la inspección oficial de sus colegios. El intento de hacer que los inspectores oficiales entraran en los establecimientos religiosos desencadenó una verdadera tormenta; enseguida, un congreso reunido en Santiago de Compostela en julio de 1902 decidió enviar al Rey una diputación de prelados para protestar por la medida, al mismo tiempo que exigían a todos los candidatos a las Cortes la promesa de que defenderían la «libertad de enseñanza». Pocos meses después de decretarse la medida, un nuevo ministro anuló la reforma y las cosas quedaron como estaban. A principios de siglo había 3.115 congregaciones religiosas, con 50.933 miembros, de los que una parte importante se consagraban a la docencia. Esas cifras aseguraban el dominio de la enseñanza religiosa, especialmente acusado en las zonas urbanas y en el nivel secundario, donde se concentraba la clientela de las clases medias y altas, las más interesantes desde ese punto de vista.

Una medida no tan afortunada, del Conde de Romanones también, fue la creación de los Institutos Generales y Técnicos para concentrar en los mismos centros, además de la enseñanza secundaria, la formación de los maestros de enseñanza primaria, la

[27] Henri Merimée, «Revue de l'Etranger. Espagne», ob. cit., pág. 308.

digitalia
www.digitalia.us

enseñanzas profesionales agrícolas, industriales y de comercio, la enseñanza de bellas artes, de las artes industriales y la de adultos. Esta medida suponía la práctica desaparición de las Escuelas Normales Elementales, salvo las femeninas, salvadas por temor a los peligros de la coeducación. Los nuevos Institutos, centros de enseñanza única, acumulaban así tal mezcla de alumnos y de materias que difícilmente podían competir con la enseñanza privada congregacionista, absolutamente dominante en el nivel secundario. El Estado contaba con 59 institutos públicos en 1900, frente a 504 colegios privados. Todos juntos escolarizaban un total de 32.297 estudiantes de bachillerato —de los que sólo 44 eran alumnas—, cifra representativa por sí sola del nivel educativo del país. De ellos, 17.000 en la enseñanza privada, 9.289 en la oficial y 6.008 libres[28].

Estas fueron algunas de las principales medidas adoptadas en los ministerios de García Alix y Romanones, muy prolíficos en cuando a la publicación de decretos. La conjunción de esfuerzos de estos dos ministros, uno conservador y el otro liberal, pone de manifiesto que existía un cierto consenso a favor de que el Estado interviniera en el ámbito educativo. Lo que faltaba era un plan directriz y una estrategia a medio plazo que diera coherencia a todas estas medidas administrativas. Un hispanista residente en Madrid, profesor del *Institut Français*, juzgaba así los intentos de reorganización de la enseñanza primaria en España:

> Muchas palabras, agitación vana, eternas lamentaciones sobre la vergonzosa situación de la instrucción pública, decretos que enriquecen sin cesar la incomparable colección de documentos oficiales que posee España, tentativas irreflexivas de personas bien intencionadas, pero casi siempre incompetentes, y, como un acompañamiento monótono a todo ese ruido, la queja constante de los primeros interesados, maestros y profesores[29].

Sorprendía sobre todo a los observadores extranjeros la actividad del Conde de Romanones: «el Jules Ferry de España, si las intenciones dieran la medida de un hombre», como le calificaba Georges Cirot[30]. Se fiaba todo a los textos y a los reglamentos, como si éstos tuvieran la virtud mágica de hacer nacer algo de nada, mientras la dotación de recursos seguía siendo claramente insuficiente. El presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública en 1902 sólo representaba el 4,4 por 100 del total —aun después de haber incluido el sueldo de los maestros—, tres veces menos, por ejemplo, que el del Ministerio de Guerra.

Hubo otra avalancha de reformas en la educación primaria cuando fue nombrado Rafael Altamira, en 1911, al frente de la nueva Dirección de Enseñanza Primaria. Se

---

[28] Véase E. Ruiz de Azúa, «Madrid en 1900: la capital del sistema educativo», art. cit. pág. 525. Jean-Louis Guereña rebaja la cifra total a 28.000 alumnos, en «Las instituciones culturales, políticas educativas», ob. cit., pág. 66. La situación mejoró algo en el período considerado, pues en 1915 había un total de 43.471 alumnos de bachillerato (13.707 en la enseñanza oficial, 10.337 en la privada y 19.427 en la libre).

[29] Henri Merimée, «Revue de l'Etranger. Espagne», ob. cit., pág. 289. Del mismo autor: «Les réformes récentes de l'Enseignement primaire en Espagne», *Bulletin Hispanique*, t. 15 (1913), págs. 450-460, donde alaba las medidas tomadas por Rafael Altamira desde la Dirección de Enseñanza Primaria.

[30] Georges Cirot, «La Réforme de l'enseignement primaire en Espagne», ob. cit., pág. 253. Véase también Gaston Richard, «Problèmes de l'Espagne contemporaine», *Bulletin Hispanique*, vol. XIII (1911), páginas 360-370.

digitalia
www.digitalia.us

reorganizaron entonces los cursos de adultos a cargo del Estado, dirigidos sobre todo a las mujeres; se crearon las primeras colonias escolares; se diseñaron modelos de edificios escolares; se reforzó la inspección; se aumentaron algo más los sueldos de los maestros y, desde junio de 1910, se estableció la gratuidad de la enseñanza primaria pública para todos los alumnos y sin necesidad de exhibir certificados de pobreza. Todo ello gracias a un lento pero continuo aumento de los presupuestos escolares.

Pero todas estas reformas, tímidas la mayor parte de ellas, no podían solucionar verdaderamente los inmensos problemas que aquejaban al sistema escolar de entonces. Con esos pequeños remedios no se conseguía asegurar la escolarización de todos los niños, ni menos aún combatir eficazmente las altísimas tasas de analfabetismo. A pesar de la indignación de una elite de intelectuales descontentos, y por muchos nuevos reglamentos que dictaran unos pocos políticos bienintencionados, pesaba más la indiferencia de la población y la incuria de los ayuntamientos. En un libro dedicado a la educación nacional, Aniceto Sela, otro destacado institucionista, pasaba revista a todos los grupos que podrían hacerse intérpretes de estas necesidades sociales urgentes: maestros, padres de familia, políticos, redactores de los grandes periódicos… Le dolía encontrar a todos indiferentes o muy poco conmovidos y nada dispuestos a crear la agitación necesaria para que se tomara en serio la situación[31]. Las pequeñas mejoras introducidas paulatinamente y la creciente conciencia del problema no sirvieron para solucionarlo eficazmente. Hubo que esperar a la II República para que se arbitrara una política decidida y radical, acorde con la magnitud de la cuestión.

Algunas iniciativas particulares intentaban, por su parte, poner remedio al estado calamitoso de la enseñanza primaria, aunque fuera a nivel local. En las zonas rurales de Galicia y Asturias eran los emigrantes que habían hecho fortuna en América, o sus asociaciones en ultramar, los que suplían las carencias del Estado fundando y sosteniendo escuelas de niños. Otras iniciativas tenían un claro tinte clerical, o bien una orientación anticlerical. Un ejemplo del primer caso eran las escuelas fundadas por el padre Andrés Manjón a partir de 1888 en Granada y en otras partes de España, llamadas de Ave María, una iniciativa católica dirigida a los sectores más miserables que se basaba en la educación al aire libre, la coeducación de sexos, la importancia concedida a los ejercicios físicos y la práctica de trabajos manuales. Al mismo tiempo, y a partir de 1901, Francisco Ferrer desarrollaba en Cataluña el movimiento de la Escuela Moderna, impulsando una enseñanza laica, científica y racional, cuyo objetivo declarado era erradicar los prejuicios, sobre todo los religiosos, en la juventud. Que la cuestión pedagógica en España era entendida a menudo como una cuestión religiosa lo prueba el hecho de que en el congreso de enseñanza celebrado en Valencia en junio de 1909 —a iniciativa de la Junta reformista de Instrucción presidida por Ortega y Munilla—, liberales y clericales se reunían por separado y discutían aparte sus problemas; lo mismo que se hizo en otro congreso celebrado en Barcelona un año después por los maestros de las escuelas públicas de la ciudad.

La más influyente de las iniciativas privadas fue, sin duda, la Institución Libre de Enseñanza y el extraordinario experimento pedagógico que desarrollaba en Madrid. La ILE había sido fundada en 1876, con el propósito inicial de crear una Universidad libre donde pudieran enseñar los profesores apartados de las Universidades oficiales por no

[31] Aniceto Sela, *La educación nacional. Hechos e ideas*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910, pág. 74.

digitalia
www.digitalia.us

aceptar la ortodoxia dictada desde el Gobierno. El proyecto se proponía combatir la escolástica rancia de las cátedras públicas e incentivar en su lugar el libre debate y la investigación científica. Sus fundadores pretendían además formar hombres, en el amplio sentido de la palabra, y no sólo profesionales o funcionarios. El proyecto inicial, al fracasar el ensayo de crear una Universidad no oficial, derivó hacia un establecimiento de enseñanza primaria y secundaria donde se ensayaban los nuevos métodos pedagógicos importados de Alemania y de Inglaterra. La inspiración y dirección correspondía a Francisco Giner de los Ríos, que contó con el apoyo constante de benefactores discretos y supo rodearse de un brillante estado mayor dedicado a secundar la tarea del maestro[32]. Su sede, aprisionada literal y simbólicamente entre dos enormes conventos, se convirtió en una especie de hogar modesto pero extraordinariamente activo para todos aquellos partidarios de las reformas educativas. No fue la única iniciativa de modernización y de experimentación pedagógica de esos años, pero se distinguió por su continuidad, por la coherencia de su ideario, y por la influencia que ejerció a su alrededor.

Giner se mantenía al corriente del movimiento intelectual de Alemania, donde tenía relaciones y amigos. Las obras de los grandes pedagogos de ese país le eran familiares y a sus discípulos les repetía la máxima de que había que «educarse humanísticamente en Inglaterra, y como científico en Alemania[33]». Esta anglofilia y germanofilia la heredarían después muchos de sus discípulos. Su pedagogía reposaba esencialmente sobre la persona del profesor, que debía entregarse a su tarea como si fuera un auténtico apostolado. El método no era autoritario sino intuitivo: el maestro muestra y revela, «sustituye la abstracción por la realidad, la luz que emana de las cosas a la que viene únicamente de la palabra del maestro[34]». Los manuales estaban proscritos y sustituidos por la tarea de evocación y de demostración del maestro. El objetivo era formar ciudadanos imbuidos de valores y no solamente diplomados. Todo ello requería no sólo la entrega del profesor, sino también la participación del alumno, al que se intentaba desarrollar individualmente; para ello se daba una importancia extraordinaria a las bellas artes, los trabajos manuales, las excursiones, los juegos y el deporte.

La independencia del presupuesto público, la coeducación de los sexos, la neutralidad política y religiosa, la tolerancia y el talante liberal eran otras tantas novedades de la Institución[35]. Esa autonomía y ese talante conciliador les procuraba, según Lorin, «el respe-

---

[32] La figura de Giner logró cautivar no sólo a sus discípulos españoles, sino también a los profesores franceses que le conocieron y trataron, entre ellos Lorin y Ernest Mérimée; este último reconocía «la influencia profunda, que nunca se reconocerá suficientemente, ejercida a su alrededor por este maestro de la vida moral, por este consejero incorruptible, por este director de conciencia, cerca del cual tantos hombres ilustres venían para pedir un consejo, una luz, un aliento…», *Bulletin Hispanique*, vol. XIX (1917), pág. 99.

[33] A José Castillejo le aconsejaba: «No borre V. de sus planes: 1) ir a Inglaterra, con o sin inglés. Alemania es para el científico; Inglaterra para el hombre». Carta de 21 de octubre de 1903, en Daniel Castillejo (ed.), *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo.* vol. *I: Un puente hacia Europa, 1896-1909*, Madrid, Castalia, 1997, pág. 192.

[34] Francisco Giner de los Ríos, *Ensayos sobre educación*, Madrid, Ed. de La Lectura, 1917.

[35] Henri Lorin, profesor de la Facultad de Letras de Burdeos, visitó la Institución en 1910 y publicó un informe absolutamente admirativo de su labor: «Les nouvelles tendences en matière d'instruction publique en Espagne», *Bulletin Hispanique*, t. 12 (1910), págs. 207-223. Su única objeción se refería a las posibilidades de extender tal sistema a gran escala: «Pero siempre acabamos planteándonos la siguiente cuestión: ¡cuál no será la dificultad de encontrar en cantidad hombres suficientemente dedicados, suficientemente instruidos, de espíritu suficientemente libre, para extender a toda una nación el beneficio de esta 'cultura humana'!». pág. 214.

digitalia
www.digitalia.us

to unánime del que se benefician hoy día; su grupo es en España, en el presente y según reconocen hasta sus antiguos adversarios, la más alta autoridad moral en materia pedagógica[36]». Su labor pedagógica iba mucho más allá del grupo de 200 chicos que allí seguían sus estudios. En realidad, el ejemplo de los hombres de la ILE, su ascendiente moral y su autoridad intelectual fue mucho más decisivo que las instituciones que crearon. Su influencia se extendía a través de Congresos pedagógicos nacionales como los celebrados en 1882 y en 1892, donde se discutió acaloradamente la experiencia de la Institución. En su sede se organizaban conferencias a las que se invitaba a los intelectuales más ilustres de la época. Pero sobre todo, la Institución era un verdadero seminario pedagógico donde se formaban maestros. Una o dos veces por semana se reunían con su inspirador, lo que garantizaba la unidad de la obra, y cuando estos hombres se dispersaban por toda la península, mantenían el contacto con la Institución y extendían el mismo espíritu realista y reformador. En opinión de Giner, de nada servían los empeños reglamentistas, disciplinarios, ni la obsesión por la modificación de los planes de estudio, si no existía el mismo interés por formar a los educadores. En este punto su modelo era el de la III República francesa. Citaba al respecto la reforma Buisson, que llevó a las Escuelas Normales francesas profesorado altamente capacitado. Su propuesta era considerar «al magisterio primario como una profesión universitaria y a la Escuela Normal como un instituto de la Universidad, ya independiente, ya como sección especial de la Facultad de Filosofía».

Su Boletín mensual, su Sociedad de Antiguos Alumnos, la relación estrecha entre los maestros que pasaron y los que seguían ejerciendo allí, eran diversas maneras de propagar por todo el país las nuevas ideas sobre la educación. Toda esta labor no pasó desapercibida a los observadores extranjeros:

> Hay en España un grupo de hombres ardientes y generosos, que no se hacen ninguna ilusión sobre las insuficiencias de la enseñanza primaria actual y que trabajan con tanto coraje como talento para despertar la tradicional energía de la raza. Saben que sus opiniones no serán escuchadas durante mucho tiempo, pero poco a poco agrupan buenas voluntades y suscitan algunas tentativas —todavía tímidas— de reforma. De ellos depende el porvenir de la cultura nacional[37].

Los hombres de la Institución tuvieron el mérito de ser los primeros en definir un programa coherente de reformas en favor de la educación nacional, y de conseguir que poco a poco se aceptara por los sectores más diferentes. Hasta los jesuitas acabaron adoptando algunas de sus novedades pedagógicas, como los juegos escolares, las excursiones al aire libre, o las visitas a museos y monumentos. Estaban convencidos de que la receta que necesitaba el país era la terapia educativa, la extensión de los conocimientos que crearía las condiciones para que surgiera una opinión informada y un cuerpo social nacional. Ese era, para los institucionistas, el nudo de la cuestión social. Los problemas políticos sólo debían ser atendidos en la medida en que podían ser importantes para el impulso pedagógico imprescindible[38]. El acento, además, lo ponían en el

---

[36] H. Lorin, «Les nouvelles tendences…», ob. cit., pág. 214.

[37] H. Merimée, «Revue de l'Etranger. Espagne», ob. cit., pág. 290.

[38] Gloria Espigado Tocino, «La solución pedagógica del 'regeneracionismo' de cátedra», en Rafael Sánchez Mantero (ed.), *En torno al «98». España en el tránsito del siglo XIX al XX*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, vol. II, págs. 117-131.

digitalia
www.digitalia.us

problema de «escuela». La regeneración de la enseñanza, y por lo tanto de la vida nacional toda entera, debía hacerse sobre todo en la escuela primaria, más que en la corporación universitaria. La Universidad también era importante, pero sobre todo en la medida en que allí debía formarse la elite que diera el impulso a la transformación del país. Altamira lo expresaba claramente cuando sostenía que «La responsabilidad de los elementos intelectuales, con ser grande siempre, es mucho mayor y más grave en una nación atrasada y víctima de la abulia como la nuestra[39]».

La reforma imposible de la Universidad y la opción por la transformación del profesorado

La Universidad era otro ámbito de la educación nacional donde el atraso y las carencias resultaban también evidentes, y que fue igualmente objeto de varios proyectos de reforma. Se podría decir que la universidad española de principios del siglo XX había resuelto bien un problema, pero tenía pendientes todos los demás. El problema que ya estaba solucionado era el de las garantías a la libertad de cátedra, es decir, la necesaria independencia de los profesores de Universidad respecto al poder político. En las denominadas «cuestiones universitarias» —la primera entre 1865 y 1868, la segunda en 1875 y la tercera en 1884—, un grupo de profesores universitarios había defendido la libertad de cátedra frente a las imposiciones doctrinales del poder político y del dogma católico[40]. Aunque tuvieron que sufrir represalias, los profesores krausistas acabaron convirtiéndose en mártires de la libertad de la ciencia y consiguieron finalmente que se les reintegrara en sus cátedras. Desde entonces el profesorado universitario dejó de ser tratado como un cuerpo funcionario servil y la Universidad se convirtió en un espacio de libertad, de pensamiento y de discusión, que utilizaron algunos de los primeros intelectuales que actuaban con conciencia de tales como plataforma privilegiada para difundir sus ideas[41]. La Universidad les garantizaba un espacio independiente en el que defender su autonomía del poder político —como lo sería luego la prensa para otros intelectuales—. Allí convivían sin mayor problema católicos intransigentes con librepensadores notorios, y todos podían utilizar la tribuna pública que era la cátedra universitaria sin restricciones ideológicas.

Sin embargo, en todas las demás cuestiones, la universidad española se había quedado muy rezagada respecto a sus congéneres europeas[42]. La institución se regía todavía por la Ley Moyano de mediados del siglo XIX, y respondía, siguiendo el patrón fran-

---

[39] Rafael Altamira, discurso de apertura del curso académico 1898-1899 pronunciado en la Universidad de Oviedo y publicado en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XXII, 464 (noviembre de 1898), págs. 325-326.

[40] Véase Antonio Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid, Taurus, 1987, págs. 652-655.

[41] Sobre la aparición en España de la categoría social del intelectual, véase Santos Juliá, «Literatos sin pueblo: la aparición de los "intelectuales" en España», *Studia Histórica*, núm. 16 (1998), págs. 107-121; y Carlos Serrano, «El "nacimiento de los intelectuales": algunos planteamientos», *Ayer*, núm. 40 (2000), páginas 11-23.

[42] Véase José Luis Peset y cols., *Historia y actualidad de la universidad española*, Madrid, Fundación March, 1984, 6 vols.

digitalia
www.digitalia.us

cés, a un modelo de enseñanza superior centralizado, burocrático, orientado a la formación de profesionales y a la expedición de títulos oficiales, pero completamente alejado de la investigación científica. Había entonces unos 17.000 alumnos[43] matriculados, repartidos en diez universidades públicas. Casi la mitad eran alumnos libres —como en la enseñanza media—, lo que significa que no estaban nada interesados en la enseñanza que allí se impartía sino únicamente en conseguir los títulos oficiales. Desde 1910, gran novedad, se autorizaba el acceso de la mujer a las aulas universitarias.

La situación de la Universidad española de entonces era criticada tanto desde fuera como desde dentro[44]. De nuevo Henri Mérimée emitía un triste diagnóstico: existían profesores con talento y con sólida erudición, pero «su actividad se gasta aisladamente sin ser coordinada con sus colegas más inmediatos. Existen cátedras, en cuyas alturas se da una enseñanza a horas fijas; pero no existe una corporación armada para la labor en común, ni un sistema de enseñanza ni un aprendizaje científico, en una palabra, no existe Universidad[45]». Tampoco estaban satisfechos los propios universitarios. El catedrático de Salamanca Federico de Onís, por ejemplo, lanzaba una dura diatriba en la apertura del curso 1912-13[46] contra la institución denunciando la existencia de un auténtico divorcio entre la sociedad y la universidad española: se ignoraban, decía, si no se combatían. Onís retrataba una universidad languideciente, moribunda, en la que no faltaban personalidades ya entonces eminentes, como Unamuno, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, pero que constituían casos aislados y no representativos del estado de la corporación.

La Universidad española de entonces no era peor, ni mucho menos, que en el siglo XIX, pero su atraso se hacía evidente por comparación con lo que ocurría en otros países europeos. Federico de Onís, reflejando el sentir de su generación, renegaba de la Universidad que había conocido en su juventud y se quejaba amargamente por haber tenido que rehacer toda su educación al salir de la universidad española, obligado a «labrarse desesperadamente, entre la broza depositada sobre su espíritu, año tras año, en las aulas, un camino para salir a la luz de la cultura». La causa de todos los males, según este profesor, se situaba nada menos que en el siglo XVI, el momento en el que se había producido el cortocircuito en la circulación de las ideas con Europa. En aquel momento decisivo de la evolución intelectual de Europa, apuntaba, ni el humanismo ni el Renacimiento consiguieron penetrar en las gloriosas universidades de Salamanca o de Alcalá, y desde entonces, sostenía, la cultura española había perdido el compás. Afortunadamente, para resolver el problema se contaba con un remedio llegado de fuera: el brillante renacimiento universitario producido en la segunda mitad del siglo XIX en varios países de Europa y de América, que podía servir de estímulo y de modelo para las reformas que los españoles ilustrados reclamaban. La apertura al exterior y el internacionalismo universitario parecían las vías más adecuada para superar un aletar-

---

[43] Jean-Louis Guereña, «Las instituciones culturales, políticas educativas», ob. cit.

[44] Véase, por ejemplo, la descripción que hace Pío Baroja de la institución en «La vida de un estudiante en Madrid», primera parte de *El árbol de la ciencia*, Madrid, Renacimiento, 1911.

[45] Henri Merimée, «L'Université espagnole d'après un universitaire espagnol», *Revue International de l'Enseignement*, vol. LXVII (Enero-Junio de 1914).

[46] Federico de Onís y Sánchez, catedrático numerario de Lengua y Literatura Españolas, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1912-1913*, Oviedo, 1912, reeditado en *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1932.

digitalia
www.digitalia.us

gamiento de siglos[47]. El espíritu de los tiempos modernos, decía Federico de Onís, se expresa en la civilización europea, pero añadía, en un tropo muy unamuniano: para ser europeos no debemos dejar de ser españoles; al contrario, solamente entonces seremos real y verdaderamente europeos. Y para precisar la idea retomaba una imagen de Valera, quien recomendaba tener cuidado, al trasplantar entre nosotros el árbol de la ciencia, de no olvidar allí las raíces, pues el árbol, robusto y fecundo en su patria, se secaría enseguida si dejara de ser alimentado. Dicho de otro modo, no bastaba con implantar en España los métodos de cultura que han dado tan buenos resultados en otros sitios. Habría que adaptarlos a las condiciones del suelo peninsular, aclimatar no tanto una organización científica como el estado de espíritu y las costumbres que habían inspirado allí y habían hecho prosperar tal organización. La advertencia era clara: no se trataba de imitar modelos, sino de reabrir la fuente de energía creadora, advertidos por el ejemplo de los extranjeros, para rejuvenecer la patria «y hacer de España un país civilizado».

Antes que Federico de Onís, Giner de los Ríos también se había mostrado muy severo con la Universidad de su tiempo. Su concepción de la pedagogía chocaba frontalmente con la solemnidad doctoral imperante entonces. Él prefería la simplicidad y la ausencia completa de toda puesta en escena, frente a las disertaciones elocuentes con redondos períodos y los artificios sonoros de la vieja retórica. Tenía horror de pontificar desde la cátedra y en sus clases practicaba un método verdaderamente socrático: se acercaba a los alumnos, discutía con ellos, les sugería ideas y les conducía poco a poco al objetivo marcado desde el principio.

Los problemas concretos de la Universidad que habían sido denunciados por Giner de los Ríos[48] y sus discípulos componían una larga lista de cuestiones: además de la infranqueable barrera que se interponía entre el maestro y el discípulo, estaba la falta de dotaciones y el raquitismo de los presupuestos; la excesiva predilección por ramas profesionales como el Derecho o la Medicina, en detrimento de las disciplinas científicas; las multitudes anónimas que se amontonaban en los anfiteatros; el escaso intercambio con las corrientes de vanguardia de la ciencia del momento, y el deplorable sistema de reválidas y de exámenes, incomparable, decía Camille Pitollet, con «nuestra admirable Agrégation[49]».

Hubo en nuestro período varios intentos de afrontar todos estos problemas mediante reformas globales de la institución. La autonomía universitaria fue un *leitmotiv* del momento que movilizó a la propia corporación. En las dos asambleas de catedráticos que se celebraron en Valencia (1902) y Barcelona (1905) abundaron las críticas, los análisis y las propuestas de remedios al problema de la Universidad española, insistiendo sobre todo en la necesaria autonomía. Este objetivo inspiró también varias iniciativas legislativas, pero los sucesivos proyectos de ley de reorganización de las uni-

[47] Toda la labor de la llamada generación del 14 estuvo inspirada por ese anhelo. Para comprender la conciencia histórica que inspiraba a ese grupo intelectual y el mito de la desviación nacional respecto al modelo europeo, véase Antonio Niño, «La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX», *Arbor,* 669, CLXX (septiembre de 2001), págs. 95-126.

[48] Véase Francisco Giner de los Ríos, «La universidad española», en *Obras Completas*, Madrid, 1916, II, págs. 1-149.

[49] Camille Pitollet, «La Réforme Scolaire en Espagne», *Revue de l'enseignement de langues vivantes*, 1912, pág. 359.

digitalia
www.digitalia.us

versidades no lograron superar el trámite parlamentario. La Universidad siguió siendo un centro burocrático dependiente del Gobierno central, por lo menos hasta 1919 cuando, por decreto y no por ley, se concedió a las universidades una autonomía formal que, además, estuvo vigente únicamente tres años. Sólo algunas novedades menores se introdujeron en la enseñanza superior: modificación de planes de estudio, fomento de la enseñanza práctica en las disciplinas científicas y los primeros programas de pensiones o becas para la realización de estudios en el extranjero. Pero en general, y salvo ligeras variaciones, el marco universitario: profesorado, material, presupuestos e investigación, permaneció básicamente igual. Finalmente, ni las iniciativas legislativas ni la acción corporativa de las diez universidades dieron sus frutos. Después de toda esa agitación la Universidad siguió con sus arcaicas estructuras en las décadas siguientes. Mientras tanto, en Europa, el impulso hacia la modernización continuaba imparable y gran número de universidades europeas se beneficiaban de un aumento constante y significativo de los presupuestos, del profesorado, de la mejora de sus edificios e instalaciones, además de una autonomía que agilizaba su gestión y facilitaba su adaptación a los cambios sociales. La brecha, en consecuencia, continuó ensanchándose.

Una vez más, en España tuvo que ser la iniciativa privada la que mostrara la ruta de la renovación. Diversas instituciones intentaban suplir las carencias de la universidad oficial. Así, el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid creó nuevas secciones y organizó cursos que casi desempeñaron las funciones de una Universidad libre. El Ateneo, sociedad ya antigua y lugar de sociabilidad por excelencia de la elite político-cultural[50], se había instalado en su nuevo edificio en 1884 y estaba adquiriendo un sorprendente vigor. Llegó a tener por entonces su propia Extensión Universitaria, a imagen de la de Oviedo. Había otras iniciativas, como una heroica Asociación para la Enseñanza de la Mujer, creada en 1870, que abrieron escuelas preparatorias de maestras.

Pero de nuevo, también en este terreno, fue la influencia de la ILE, a través de sus amigos y colaboradores, la que inspiró los intentos de reforma más sólidos y duraderos. Este grupo fue el responsable de pequeños cambios, de iniciativas concretas y de algunos nuevos organismos que se pusieron en marcha en esos años y que, a la larga, serían el auténtico motor de la renovación científica en España. Destacaremos tres de ellos. En primer lugar el Museo Pedagógico, una de las principales plataformas de actuación del grupo, dirigido desde 1882 por el principal colaborador de Giner, Manuel Cossío. Allí se ponía un especial cuidado en informarse de todo lo que pasaba en el extranjero sobre su dominio, y se organizaban misiones de estudio a los países de Europa para visitar sus instituciones educativas. Su biblioteca, por otro lado, reunía todas las novedades que se publicaban sobre enseñanza y pedagogía.

En segundo lugar la *extensión universitaria* organizada en la Universidad de Oviedo siguiendo el modelo inglés de Toynbee Hall, con sus cursos públicos para las clases populares y ciclos de conferencias para los obreros. Con esta iniciativa, un grupo de antiguos alumnos o colaboradores de Giner de los Ríos[51] trataba de cumplir con lo

---

[50] Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, 1985; y Rafael María de Labra, *El Ateneo*, Madrid, 1906.

[51] Véase Henri Lorin, «L'Université d'Oviedo et l'enseignement populaire», *Annales du Musée Social*, Agosto de 1909.

digitalia
www.digitalia.us

que ellos consideran que era la misión social de la universidad. El ideal universitario de los institucionistas incluía una responsabilidad social que desbordaba sus funciones estrictamente académicas. La extensión universitaria era la manera de cumplir con esta responsabilidad, de forma consecuente con su convicción de que la instrucción era el punto de partida de la elevación de la clase obrera y, por extensión, de la regeneración del país.

Por último, hay que referirse a la creación, en 1907, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), inspirada en sus orígenes por el propio Giner de los Ríos, y entre cuyos miembros iniciales figuraban destacados institucionistas como Ignacio Bolívar, Gumersindo de Azcárate, el Doctor Luis Simarro, y sobre todo José Castillejo, estrecho colaborador de Giner, secretario y verdadero *factotum* de la Junta. Una vez más apelamos al testimonio de un contemporáneo extranjero: Henri Lorin, quien llamaba la atención, ya en 1910, sobre estas iniciativas: «estimamos que hay aquí, en germen, un conjunto de instituciones llamadas a transformar profundamente España, en treinta o cuarenta años[52]». Bajo la apariencia de una sociedad indiferente e inmóvil, veía en estas innovaciones «un espíritu sanamente democrático, rasgos del antiguo carácter hispánico, individualista e igualitario, aunque lo haya disimulado más que transformado la centralización de la monarquía moderna». Efectivamente, no se equivocaba al indicar que el ejemplo de los hombres de la ILE, su ascendiente moral y su autoridad intelectual serían mucho más decisivos que las instituciones que se crearon. La estrategia institucionista consistía no tanto en transformar las instituciones como los hombres que trabajaban en ellas y, sobre todo, concentrar los esfuerzos en una preparación conveniente de los que eran la esperanza de futuro, los jóvenes. En ese sentido, la prioridad concedida a «formar hombres que formen hombres» resultó a la larga muy productiva. Esta prioridad tenía a menudo lecturas muy elitistas, como la que hacía Rafael Altamira:

> La regeneración si ha de venir (y yo creo firmemente en ella) ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre, la eduque. No nos dejemos ilusionar por la esperanza en lo que vagamente suele llamarse «pueblo», «fondo social», etc. En un país donde hay cerca de 12 millones de personas que carecen de toda instrucción y en donde, como todos sabemos de experiencia propia, hay que descontar en rigor más de la mitad de los restantes, por las deficiencias de nuestra enseñanza primaria, única que alcanza la mayoría, ¿qué esfuerzos se pueden pedir razonablemente a la masa social, en pro de cuestiones que ni comprende, ni le interesan, ni puede resolver por *sí*, aunque nada de esto proceda de culpa propia?[53]

El ideal universitario de Giner de los Ríos incluía, como hemos dicho, el cultivo de la ciencia —por los efectos terapéuticos que se le suponían a la propagación de los conocimientos científicos—, la formación integral de los alumnos y la difusión de la cultura entre todas las clases sociales. Junto a ello, otra de las misiones principales de la Universidad era la formación pedagógica de los futuros encargados de la educación nacional. La preocupación de Giner por los métodos pedagógicos y por la preparación

[52] H. Lorin, «Les nouvelles tendences…», ob. cit., pág. 222.
[53] Rafael Altamira, «El patriotismo y la Universidad», ob. cit. pág. 325.

digitalia
www.digitalia.us

del profesorado la aplicó también a sus ideas sobre la transformación de la Universidad, de manera que situó el eje de las reformas en la formación de los futuros profesores. Con la misma lógica, Giner insistía en la necesidad de reformar completamente el doctorado, donde se preparaba a los futuros docentes universitarios, para convertirlo en una verdadera escuela profesoral superior. El doctorado, por entonces, no servía más que como condición para preparar la oposición a una cátedra universitaria, o como adorno en la tarjeta de visita. Carecía de trascendencia científica, como denunciaba un hispano francés: «Hoy día, en una Facultad cualquiera de una Universidad española, la preparación al doctorado no es más que un deporte frívolo, que no sirve para desarrollar las cualidades de investigación personal, directa, fecunda[54]». Giner aspiraba a organizar el doctorado en seminarios en los que se hiciera investigación[55], y donde se pudiera, al mismo tiempo, desarrollar su ideal de convertir la cátedra en una especie de taller en el que el maestro fuera un guía para sus discípulos, y éstos constituyeran una especie de familia unida por un vínculo moral, íntimo[56].

En este clima de descontento con la situación existente y de ideales pedagógicos institucionistas tuvo su origen la JAE, la institución creada en esos años que tuvo más trascendencia posterior. Concretamente, dos propuestas de los hombres de la ILE, planteadas en plena fiebre regeneracionista, sirvieron para diseñar el nuevo organismo. La primera fue la propuesta de reforma del doctorado presentada por Francisco Giner en 1902, que consistía en crear lo que llamó una «escuela de altos estudios», inspirada directamente en la *Ecole Pratique des Hautes Etudes* francesa:

> La salvación, especialmente en lo que toca al valor científico de la enseñanza, está en repetir —hay que insistir en ello— el admirable experimento de Duruy al crear la Escuela práctica des Hautes Etudes, sólo que muy en pequeño […] Aquí sólo podría intentarse, y no sin riesgo de fracaso, la organización de algunos institutos esporádicos, independientes de toda reglamentación y subordinación al sistema general establecido (que sólo por su medio podrá rehacerse un día): centros exclusivamente destinados al doble fin de la investigación científica y la preparación de los futuros profesores para ponerlos lo más rápidamente posible en condiciones de ir a formarse con provecho en otros pueblos más afortunados[57].

En la sección «Revista de revistas» del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* se prestaba por entonces una especial atención a los artículos publicados en la *Revue Internationale de l'Enseignement*, el órgano de expresión de los intelectuales reformistas franceses. El éxito de la reforma universitaria francesa se debía a la autonomía concedida a las Universidades, pero también a que se había otorgado prioridad a la creación de laboratorios y seminarios, tanto de química o de física como de historia y de filología, considerados desde entonces la parte esencial de la enseñanza superior. Al mismo tiempo, el crecimiento de las becas y los viajes de estudio al extranjero habían

---

[54] C. Pitollet, «La Réforme scolaire en Espagne», ob. cit., pág. 360.

[55] Luis Alfredo Baratas, «La influencia francesa en el proyecto de reforma universitaria español de principios del siglo XX: una analogía incompleta», *Hispania*, vol. LV/2, núm. 190 (1995), págs. 645-672.

[56] Francisco Giner de los Ríos, *Ensayos sobre educación*, Madrid, Ed. de La Lectura, 1917, pág. 24.

[57] Citado por Luis Alfredo Baratas, «La influencia francesa en el proyecto de reforma universitaria español…», ob. cit., pág. 648.

digitalia
www.digitalia.us

creado un nuevo cuerpo profesoral dedicado en exclusiva a la formación y a la investigación. Esta idea, inspirada en el modelo francés, de que había que concentrar los esfuerzos en la etapa de formación científica y pedagógica de los futuros profesores universitarios, resultaba, por otro lado, muy coherente con los postulados pedagógicos del grupo institucionista.

La otra propuesta que influyó directamente en la creación y la orientación de la JAE consistía en desarrollar el intercambio universitario para poner en contacto las universidades españolas con las más avanzadas del momento. El intercambio, entendido como la organización sistemática de la visita de profesores extranjeros y la salida de estudiantes y profesores españoles a universidades de otros países[58], lo puso en marcha primero el núcleo institucionista de la Universidad de Oviedo. Posteriormente el Ministerio de Instrucción Pública instauró medidas similares, aunque al principio de forma muy tímida. Desde 1900 y 1901 se establecieron, en diferentes decretos, bolsas de viaje al extranjero para diversas categorías de estudiantes y profesores[59]. El servicio se fue extendiendo de tal modo que cuando se creó la JAE (por decreto de 11 enero de 1907), se presentó simplemente como el organismo técnico encargado de trazar el programa de misiones de estudio en España y en el extranjero, así como el responsable de distribuir las becas a los interesados. Casi subrepticiamante, se le confió también la administración de un fondo destinado a financiar investigaciones científicas, dotado de una partida propia en los presupuestos del Estado. De forma complementaria se encargó además de conceder delegaciones a profesores españoles para asistir a congresos en el extranjero, organizar el envío de lectores o repetidores de español en los liceos y las escuelas normales de Francia, y otras variadas funciones[60].

Con un origen tan modesto se creó una institución que sería decisiva para el desarrollo científico del país. Comenzó ayudando a los investigadores aislados, dotándoles de medios y de un ambiente favorable: una de sus primeras actuaciones fue la de proporcionar locales adecuados, en el llamado Palacio de Industria, al laboratorio de mecánica del ingeniero Torres Quevedo. También ayudó a instalarse a los laboratorios de Ignacio Bolívar. En 1910 se fundaba el Centro de Estudios Históricos, que sería decisivo en la renovación de los estudios filológicos, históricos y humanísticos. Aunque en principio sólo pretendía contribuir así a extender una cultura científica sólida y corregir las rutinas burocráticas, este peculiar organismo fue, con el tiempo, el único capaz de generar un movimiento de reforma profunda de la educación superior y de la investigación en España. El fracaso de los proyectos legislativos universitarios contrasta, por lo tanto, con el gran desarrollo que adquirió una institución surgida al margen de la

---

[58] Rafael Altamira, «El patriotismo y la Universidad», ob. cit.

[59] Uno de los primeros jóvenes en disfrutar de esas becas en el extranjero fue José Ortega y Gasset, que estudió en Leipzig de abril a noviembre de 1905, y en Berlín hasta marzo de 1906; en octubre volvió a viajar a Marburgo, donde permaneció hasta agosto de 1907. Durante su estancia escribió una serie de seis artículos en *El Imparcial*, entre el 16 de enero y el 20 de febrero de 1906, bajo el título «La Universidad alemana y la Universidad española», en los que explicaba su impecable organización y la ponía como ejemplo.

[60] La bibliografía sobre la JAE es tan abundante que no puede ser citada aquí. Sólo señalaremos las dos principales obras de referencia: Fernando Laporta, Alfonso Ruiz Miguel, Javier Solana y Virgilio Zapatero (eds.), «Los orígenes culturales de la Junta para la Ampliación de Estudios», *Arbor*, núm. 493-499 (1987); y José Manuel Sánchez Ron (ed.), *1907-1987. La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, 2 vols.

digitalia
www.digitalia.us

Universidad pero con la clara intención de provocar su renovación. Al desarrollar su tarea era inevitable que surgieran recelos y envidias, porque mientras los centros patrocinados por la JAE destacaban por su vitalidad y el dinamismo, las universidades siguieron llevando una vida lánguida y mortecina. Por otro lado, tan grande fue la vinculación de los principales gestores de la JAE con la Institución Libre de Enseñanza y el papel de inspirador en la sombra que jugó Giner de los Ríos, que, durante mucho tiempo, se mantuvo el equívoco de considerar la JAE una criatura de la propia ILE, aunque formalmente no se tratara más que de un organismo técnico dentro del Ministerio de Instrucción Pública.

La actuación más llamativa de la Junta fue, sin embargo la concesión de pensiones para la ampliación de estudios en el extranjero. En 1908, su primer año de actuación, ya concedió 40 misiones, la mayoría con destino a Alemania. Tres años más tarde, en 1911, 65 pensionados marchaban a Alemania, 91 a Francia, 43 a Italia, 36 a Bélgica y 23 a Inglaterra. Estas cifras muestran ya una tendencia que se mantendría constante hasta el final de la institución: su preferencia por Alemania y Francia como destinos elegidos para formar a los jóvenes investigadores. La erudición parecía en la época un descubrimiento alemán, mientras que Francia mantenía el prestigio de haber sido la patria de la razón. Al sistema de enseñanza superior alemán se le atribuían entonces diversas ventajas: la colaboración de los maestros con los alumnos en los seminarios, donde se aprendía a trabajar científicamente; la libertad absoluta de los estudiantes y de los profesores liberados de la preparación de exámenes de Estado; la concurrencia útil entre el profesor titular y el *privatdocent*, etc. En ciertas disciplinas, como los estudios históricos, era evidente el desplazamiento de la hegemonía en beneficio de Alemania[61]. El modelo universitario francés, por su parte, seguía siendo el más próximo al español, con la ventaja de haber experimentado recientemente una renovación espectacular en beneficio de su calidad científica. Simultáneamente, mantenía el atractivo de las cualidades típicamente francesas: la simplicidad, la elegancia y la belleza de estilo de su producción académica. Giner, personalmente, era un entusiasta del modelo inglés, del que destaca «el cultivo de la energía y la iniciativa personal, de la acción, de la individualidad, de la salud y el vigor físicos, del arte, de la vida rural, de la sinceridad, del respeto a la mujer, de la pureza de costumbres, de la subordinación del entendimiento a la vida…».

Las salidas al extranjero, en realidad, no habían sido infrecuentes entre los académicos españoles del siglo XIX. Los principales científicos y eruditos participaban tradicionalmente en esa República de las Letras que funcionaba como un territorio cultural internacional y que incluía, entre otras cosas, la visita a las grandes bibliotecas y museos de Europa. Pero se trataba, hasta entonces, de viajes de estudio para ampliar conocimientos o para consultar fondos raros. La novedad de las pensiones concedidas por la JAE consistía en que se daban a jóvenes recién licenciados, y para completar su formación asistiendo a cursos y seminarios durante largos períodos de tiempo: uno o dos años normalmente. Este modelo de formación, aunque no suponía la desaparición de los anteriores viajes de estudio, permitía conocer con mucha mayor profundidad las

[61] María José Solanas, «La formación de los historiadores españoles en universidades europeas (1900-1936)», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coords.), *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses/UNED, 2005, págs. 297-320.

digitalia
www.digitalia.us

corrientes intelectuales y las escuelas de pensamiento extranjeras. A su vuelta, estos pensionados gozaban de una ventaja cierta a la hora de opositar a los puestos y a las cátedras universitarias, y fueron, de forma natural, copando paulatinamente los escalafones del profesorado, lo que multiplicaba el impacto de estas experiencias internacionales sobre el sistema universitario español. Esa resultó, a largo plazo, la medida más eficaz para renovar, paulatinamente, las viejas prácticas del profesorado universitario, y sus resultados se manifestaron en el extraordinario renacimiento científico que conoció el país en las décadas de 1920 y 1930. El éxito del experimento, sobre todo en su política de formación en el extranjero del nuevo personal universitario y de creación de nuevos centros de investigación, quedó sin embargo empañado por dos limitaciones importantes: su centralismo, que reducía su influencia prácticamente al área madrileña, y su desarrollo totalmente al margen de la propia institución universitaria. Este último aspecto, sobre todo, diferencia la trayectoria de la Junta respecto a su inspiradora, la *Ecole Pratique* francesa.

El centralismo del experimento quedó en parte paliado por la creación en Barcelona, simultáneamente a la organización de la JAE, de otro centro de investigación científica: el Instituto de Estudios Catalanes, patrocinado por la Diputación de Barcelona e inspirado por Prat de la Riba[62]. En junio de 1907 abría la sección arqueológica. En 1911 y 1912 se crearon otras dos secciones: la de Ciencias y la de Filología, y en mayo de 1914 inauguraba su nuevo local, al mismo tiempo que se abría la Biblioteca de Cataluña. El Instituto tuvo desde sus orígenes su Anuario —dedicado a los estudios históricos y filológicos, arte primitivo, edad media catalana, viejas instituciones jurídicas y políticas, pasado reciente, etc.—, participó en congresos y exposiciones, colaboró con revistas extranjeras, y llegó a adquir reconocimiento internacional. Esta institución, como su hermana madrileña, también enviaba investigadores al extranjero. La perfecta sintonía entre ambas quedó manifiesta en un arriesgado proyecto de colaboración: la creación en 1911 de la Escuela Española de Arqueología e Historia de Roma[63], a imitación de las escuelas de arqueología que los grandes países europeos mantenían desde hacía tiempo en esa capital. El intento resultó sólo a medias porque quien fuera el verdadero organizador de la Escuela y la personalidad que mejor podía servir de enlace entre las dos instituciones, Pijoan, acabó al poco tiepo desertando emigrando a Norteamérica por un asunto sentimental.

El proyecto de reforma del grupo de intelectuales «institucionistas»

Todas estas iniciativas hay que ponerlas en el haber de ese pequeño grupo de institucionistas, herederos del krausismo decimonónico. Los krausistas habían sido los primeros en polemizar con los modelos tradicionales de la cultura española, inspirados hasta entonces en la neoescolástica. La conocida «polémica sobre la ciencia española»,

---

[62] Albert Balcells y Enric Pujol, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans, 1907-1942*, Barcelona, Afer, 2002.

[63] Manuel Espadas Burgos, *La Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Un Guadiana junto al Tíber*, Madrid, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

digitalia
www.digitalia.us

iniciada en 1876, había servido ya entonces para abrir nuevos horizontes a la cultura universitaria española. A la altura de principios del siglo XX, este movimiento había perdido gran parte de su inicial idealismo filosófico, y también muchos de sus ímpetus militantes y políticos. Se había convertido en un movimiento reformista muy apegado a un ideario pedagógico y cientifista, cuando no directamente positivista —krausopositivista, lo han denominado algunos autores—, sostenido sobre todo por la ILE. También habían cambiado los contenidos del debate político entre los intelectuales. Los temas políticos preferidos de la generación de Azcárate, Pi y Margall y Castelar eran el sufragio universal, la soberanía popular y los derechos del hombre. Costa — igual que otros regeneracionistas y los escritores de la generación del 98— se dedicó a criticar duramente el carácter abstracto, universalista y retórico de las propuestas políticas de la generación anterior. En vez de atender los verdaderos intereses del pueblo y buscar soluciones a problemas concretos, disertaban, decían, sobre «la soberanía política y las formas de gobierno», temas por los que ya nadie se interesaba[64]. Francisco Giner de los Ríos, el representante más genuino de este regeneracionismo de cátedra que representaban los institucionistas, también mostró claramente su escepticismo ante la política: «obsérvese —decía— cómo asistimos, hasta en España, a los comienzos de un movimiento que, desengañado de la eficacia de la acción político-legislativa, tan realmente limitada en el fondo, aunque tan pomposa y ruidosa en la superficie, va poniéndolo todo más y más cada día en la educación, que ya se comprende no dice sólo la escuela y sus grados». Estas frases corresponden a una publicación suya de 1900, *El problema de la educación nacional y las clases productoras*, donde ofrecía su punto de vista sobre la cuestión estrella del momento, contrastando sus opiniones con las resoluciones educativas adoptadas por la Asamblea de Productores en su reunión de 1899 en Zaragoza.

Los principios krausistas que sí continuaron cultivando Giner de los Ríos y sus seguidores se basaban en una firme convicción de que un progreso ilimitado guiaba la historia y que tanto el hombre individual como la Humanidad en su conjunto eran perfectibles; de ahí su optimismo racionalista y su colaboración activa para impulsar las reformas desde las instituciones. La principal de ellas debía ser la renovación pedagógica y la educación popular, lo que consideraban el auténtico nudo gordiano de los problemas de España. No eran los únicos que pensaban así, pero fueron los que más apasionadamente se dedicaron a su resolución práctica. Contribuir activamente a la mejora de la educación popular era para ellos sobre todo un deber moral, pero también una prioridad estratégica: un pueblo culto era la condición necesaria para que hubiera una opinión pública formada, base a su vez del *self-government* que constituía su ideal político, una sociedad directora de sí misma. Incluso creían que el problema social en sí mismo era sobre todo un problema de educación de la opinión. Aniceto Sela, por ejemplo, sostenía que la ignorancia y las malas pasiones, no contenidas por el freno de la educación, eran las que desencadenaban los odios sociales, provocaban los motines y llevaban a los obreros a saltarse las instancias del gobierno. Si se le dejaba al pueblo hacer él mismo su educación, la haría de forma parcial y egoísta, y se volvería contra las clases pudientes si no hacían nada para remediar la situación[65].

---

[64] Véase Miguel de Unamuno, «El individualismo español», *La España Moderna*, vol. XV, núm. 171 (Marzo de 1903), págs. 35-49.

[65] Aniceto Sela, *La educación nacional. Hechos e ideas*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910, pág. 322.

digitalia
www.digitalia.us

Ahora bien, pronto comprobaron que el empeño de educar todo un pueblo desde sus niveles elementales era una tarea ingente, y que con el voluntarismo de un grupo de profesores comprometidos no se podía ir muy lejos en esa tarea. De esa constatación surgió su convicción de que había que utilizar los instrumentos del Estado para emprender las reformas a gran escala. Como personalidades ligadas a la Institución Libre de Enseñanza y ajenas al poder oligárquico con el que habían mantenido el pleito de la llamada «segunda cuestión universitaria», no podían aspirar, de forma inmediata, a detentar puestos de responsabilidad política, pero poco a poco fueron colocando a varios de sus discípulos y seguidores en puestos de responsabilidad en el aparato administrativo, puestos «técnicos» desde los que orientaron eficazmente la política educativa del Estado. Altamira lo intentó desde la Dirección General de Primera Enseñanza, solucionando algunas de las principales carencias de la instrucción pública en España; Cossío desde el Museo Pedagógico; Posada y Buylla desde el Instituto de Reformas Sociales; y Castillejo desde la que sería la gran criatura de este colectivo: la JAE. Este grupo, a pesar de su reducido tamaño, ejerció una influencia extraordinaria por medios indirectos: formando a una elite directora, que alcanzaría más tarde las máximas responsabilidades políticas, e influyendo en la función pública por la amistad personal establecida con antiguos discípulos y colaboradores.

Los institucionistas de Madrid —Giner, Azcárate, Labra, Cossío—, tanto como los de Oviedo —Altamira, Posada, Sela, Buylla— eran además un grupo de profesores universitarios con un alto nivel científico. Estaban en permanente contacto con el desarrollo científico europeo y sirvieron de transmisores de muchas de sus corrientes y escuelas mediante una labor sistemática de traducción. Habían salido a Europa a conocer los modelos posibles[66] y era, sin duda, el núcleo más dinámico de la universidad española de la época. Se consagraron especialmente al desarrollo de las ciencias sociales —la ciencia política, el derecho, los métodos positivistas en historia, la pedagogía…—, y fueron los primeros en cultivar la sociología en España. Por todo ello, a comienzos del siglo XX formaban un grupo[67] con una gran influencia en el ámbito cultural y con un proyecto perfectamente definido. Tenían una preferencia marcada por expresarse en las pocas revistas científicas de la época: La *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, la *Revista de Ciencias Sociales y Jurídicas*, y su órgano de expresión, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*… pero participaron también en revistas con pretensiones de llegar a públicos más amplios, como *La Lectura* y *La España Moderna*[68], y mantenían además una presencia constante en la prensa periódica.

No experimentaron la «fatiga del racionalismo», expresión unamuniana muy elocuente del cansancio de una cultura intelectualista que invadió a los del 98. Mantuvieron

---

[66] Adolfo Posada recuerda en sus *Fragmentos de mis Memorias*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1940, pág. 229-232, el viaje que emprendieron juntos Adolfo Alvarez Buylla y él mismo, acompañando a Giner de los Ríos.

[67] Los componentes de este grupo tuvieron conciencia de su identidad como tal, al contrario de lo que ocurrió con los integrantes de la Generación del 98, cuya denominación fue creada por Ortega y difundida después por Azorín.

[68] Sobre las pretensiones y la realidad de esta ambiciosa revista, véase Raquel Asún, «El europeísmo de "La España Moderna"», en José Luis García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985, págs. 469-487. Sobre las limitaciones de este tipo de empresas editoriales en España, baste comparar la tirada de esta revista, 500 ejemplares, con los 50.000 de la *Revue des Deux Mondes*, la revista a la que pretendía emular.

digitalia
www.digitalia.us

su fe ilustrada en la ciencia, su confianza en la razón y su opción por los métodos positivistas. Siguieron creyendo que el progreso de la ciencia y la creciente difusión de sus conocimientos conducían a una sociedad más racional, y por tanto más justa. De ahí su optimismo racionalista y su colaboración activa para impulsar las reformas desde las instituciones. Se propusieron estudiar los problemas de la sociedad española con los instrumentos de la ciencia, sin el patetismo ni el subjetivismo de los noventayochistas. Asimilaron con entusiasmo los avances científicos de otros países, aunque intentaron, en consonancia con las premisas unamunianas, adaptarlos a las peculiaridades nacionales para no perder con ello las señas de identidad de un sistema nacional de educación.

Otra aportación hay que señalar en su haber: el grupo institucionista fue el que más empeño puso y el que más hizo por desarrollar las relaciones culturales con Hispanoamérica, entendidas como una empresa donde se abría un horizonte de expansión para la cultura española, al mismo tiempo que servía de estímulo para su regeneración. El grupo institucionista de Oviedo fue el primero en poner en marcha el intercambio cultural con Hispanoamérica. Los viajes de Altamira en 1909[69] y de Posada un año después fueron la punta de lanza de un movimiento que seguirían muchos más cuando la JAE desarrollara los intercambios sistemáticos con algunas de las Universidades Latinoamericanas: con la Universidad de La Plata, creada en 1905, con la de Buenos Aires…[70]. Aquellas eran naciones jóvenes —pensaba Altamira— que perseguían el progreso y que podían encontrar en nuestro país el papel tutelar de una nación superior con la que existía identidad de carácter y lengua. América empezó a ser sentida como tierra de promisión para la expansión de la cultura española. Si la clase política había decidido que la compensación a la pérdida del imperio americano era la empresa de Marruecos, estos intelectuales liberales defendieron que la alternativa era la conquista «espiritual» de Hispanoamérica. De ahí nació la idea de la misión cultural hispana y del panhispanismo, que luego tendría lecturas muy variadas. Para ellos se trataba de rescatar el legado español en aquel continente, de revalorizar la imagen de España entre la opinión ilustrada, de fortalecer los vínculos entre las naciones que compartían una misma lengua, y de propagar los principios del liberalismo reformista que encarnaba su ideal político para tener aliados que actuaran conjuntamente y en beneficio mutuo.

Por último, estos profesores de tradición krausista y ligados estrechamente a la ILE, reunían muchas de las características del nuevo tipo de intelectual que se imponía en las primeras décadas del siglo: identificado más por su cualificación profesional que por la brillantez de su literatura; habituados a visitar los establecimientos universitarios europeos, cuando no formados en ellos; apoyados en una base institucional que les permitía no depender exclusivamente del mundo editorial y de la prensa, y de fuertes convicciones liberales en el sentido más profundo del término[71]. Actuaron como verdaderos

---

[69] Véase el libro de Rafael Altamira narrando su experiencia, *Mi viaje a América*, Madrid, G. López del Horno, 1911; y el de Adolfo Posada, *En América. Una campaña: relaciones científicas con América, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*, Madrid, Librería de F. Beltrán, 1911.

[70] Eduardo Zimmerman, «La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino», en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El grupo de Oviedo*, Madrid, Talasa, 2000, pág. 66.

[71] Sobre la transformación del intelectual a comienzos del siglo xx, véase Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, especialmente el cap. 4: «Penetrar, educar y conducir a la masa: la intelectualidad como minoría selecta».

digitalia
www.digitalia.us

intelectuales porque no dejaron de apelar a la opinión pública para influir en el debate político desde una posición independiente, como profesionales del campo cultural. El grupo de Oviedo —Posada, Buylla, Altamira, Sela y Clarín, éste último con más o menos continuidad— participó en casi todas las manifestaciones públicas de los primeros grupos de intelectuales españoles que actuaron colectivamente como tales[72]. Fueron, al mismo tiempo, los que más perseveraron en la función crítica que habían asumido los nuevos inelectuales, siempre desde posiciones liberales.

La participación en la escena pública de estos intelectuales tenía que ver con la convicción de que su elevada formación intelectual les concedía autoridad en los asuntos públicos, pero también con la conciencia de que la clase política que dirigía el país era una oligarquía incompetente, que pastoreaba un pueblo incapaz de ayudarse a sí mismo, falto de educación. Todo ello explicaba la inexistencia de una verdadera opinión pública que orientara y fiscalizara la actuación del Gobierno. El diagnóstico, como se ve, no difería mucho del que realizaron muchos otros regeneracionistas, incluido el más destacado de ellos, Joaquín Costa. Ese enorme vacío era el que se sentía obligado a llenar el nuevo intelectual[73]. En el caso de los institucionistas, con un compromiso moral más acentuado, ejerciendo una propaganda incesante como si se tratara de un apostolado laico, predicando a todas las clases sociales su mensaje redentor, apelando al compromiso y a la buena voluntad de todos los hombres con la suficiente preparación. Fueron, también en eso, el eslabón que aseguró la continuidad entre la tradición krausista y decimonónica del profesor político, y las nuevas formas de intervención de los intelectuales en el espacio público que inauguraron los miembros de las generaciones del 98 y del 14. La brillantez de esos dos colectivos intelectuales ha eclipsado tradicionalmente la labor del grupo institucionista, pero, como hemos visto, su papel resultó fundamental en los proyectos de ferorma y en la modernizacióncultural durante los tres primeros lustros del siglo XX.

[72] Gonzalo Capellán de Miguel, «Intelectuales, universidad y opinión pública. El grupo de Oviedo», *Historia y Política*, núm. 8 (2002), págs. 9-37.

[73] Juan Marichal, *El intelectual y la política*, Madrid, Residencia de Estudiantes/CSIC, 1990.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Maeztu y Ortega: dos intelectuales ante la crisis de la Restauración

Pedro Carlos González Cuevas
UNED

Introducción

El *Desastre* de 1898 supuso un auténtico aldabonazo nacional, sobre todo a nivel de las elites intelectuales y políticas. Los valores en que hasta entonces descansaba el concepto de patria española y la legitimidad del régimen político de la Restauración se hundieron; y no se veía claro su futuro. Lo que favoreció la emergencia de los nacionalismos periféricos catalán y vasco. El 98 generaría, además, una crisis de carácter intelectual. Lo que luego se llamaría *espíritu del 98* significó una reacción de inconformismo, de rebeldía, de inquietud por parte de las elites intelectuales emergentes, con respecto al sistema de la Restauración; y que envolvió la búsqueda de una tradición sustentadora de un nuevo nacionalismo español[1]. Esta apelación fue igualmente tributaria del enrarecido momento filosófico y literario finisecular, teñido de vitalismo, decadentismo e irracionalismo[2]; lo que explica el voluntarismo de que se encuentra impregnado el conjunto de las obras y de las tesis de los escritores noventayochistas, como Miguel de Unamuno, Pío Baroja, José Martínez Ruiz —Azorín— o Ramiro de Maeztu. Los máximos representantes del *espíritu* noventayochista fueron Maeztu y Unamuno. No puede haber duda de que el primero fue inferior, a nivel especulativo y estilístico, al segundo. Además, a diferencia de éste, no dispuso de una cátedra ni de formación

[1] Véase Pedro Laín Entralgo, *La Generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1975; Gonzalo Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*, Madrid, Rialp, 1961; José Luis Abellán, *Sociología del 98*, Barcelona, Península, 1973; Vicente Cacho Viu, *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

[2] Véase H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Aguilar, Madrid, 1972.

digitalia
www.digitalia.us

académica. No obstante, puede decirse que Maeztu superó al rector salmantino en tenacidad y, sobre todo, como analista político. Unamuno fue, sin duda, un gran poeta, un infatigable agitador intelectual y un espectáculo humano fabuloso; pero, como hombre público, resultó ser, ante todo, por emplear el término acuñado por Carl Schmitt, un «ocasionalista», un «romántico», para quien los acontecimientos políticos eran tan sólo «ocasiones» para la exhibición de su hipertrofiado «yo»[3].

La figura de José Ortega y Gasset resulta inseparable del *espíritu* noventayochista. El punto de partida de la obra orteguiana fue la crítica a la Restauración canovista y el patriotismo crítico; su ideal último, la europeización. Pero el filósofo madrileño intentó completar el esquema intelectual de la generación del *Desastre* con una concepción sistematizada de la sociedad y del Estado. En ese sentido, la relación de Ortega con Ramiro de Maeztu resultó especialmente importante. Esta relación no fue homogénea en el tiempo y pasó por diversas fases. En un primer momento, existió una clara influencia de Maeztu en la formación intelectual del madrileño. Posteriormente, Ortega consiguió emanciparse de esa tutela, para convertirse en líder espiritual de las nuevas hornadas intelectuales. Un liderazgo que el propio Maeztu no tuvo inconveniente en aceptar. Pero, a partir sobre todo del estallido de la Gran Guerra y la posterior crisis del Estado liberal de Derecho, se produjo un claro distanciamiento entre ambos. Y es que Ortega fue sensible y consciente de la quiebra del liberalismo político; pero nunca renunció de manera explícita a la tradición liberal; mientras que Maeztu acabó convirtiéndose en el adalid de la España tradicional y en heraldo de la teología política y del régimen autoritario.

En esta evolución, incidieron igualmente factores de carácter subjetivo y objetivo. Y es que entre ambos existieron importantes diferencias de temperamento, lo mismo que de extracción social. Maeztu procedía de una burguesía venida a menos; y, en consecuencia, tuvo que vivir, en su juventud, como un proletario; mientras que Ortega era miembro de una burguesía culta y socialmente estable. El primero se formó a sí mismo y el segundo fue un producto típico de la Universidad y de los sectores cultos de la alta sociedad madrileña. Maeztu conoció la miseria y Ortega, no. La juventud del vitoriano fue desordenada y aventurera; mientras que la del madrileño resultó tranquila y disciplinada. No obstante, su ruda experiencia vital sirvió a Maeztu para tener un conocimiento más ajustado y realista de las situaciones sociales y políticas; mientras que Ortega estuvo mucho menos dotado que su amigo a la hora de analizarlas, aunque disfrutó indudablemente de una formación intelectual más sólida. Incluso la apariencia física contribuía a diferenciarles. Ortega era un hombre de baja estatura; alto, Maeztu. La abundante cabellera del vasco contrastaba con la incipiente calvicie del madrileño. Los ojos de Ortega eran de color castaño; los de Maeztu, azul grisáceo. Ambos poseían, en cambio, una voz potente, bien atiplada, atractiva. El talante de Maeztu era vehemente y, al mismo tiempo, modesto; el de Ortega, aunque egocéntrico, más razonador y cauto. El madrileño fue un excelente prosista; mientras que el estilo del vasco, aunque correcto, adolece de una seca y grave severidad. A Maeztu le preocuparon los temas económicos, las clases sociales, el factor religioso como espuela o rémora para la cristalización de una ética productiva; mientras que Ortega se mantuvo alejado del pensamiento económico; y su desinterés hacia la religión y su incidencia social fue evidente. Escri-

[3] Carl Schmitt, *Romanticismo político*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2001.

digitalia
www.digitalia.us

tor cosmopolita, Maeztu fue uno de los pocos intelectuales españoles que analizó y tomó en serio a Estados Unidos como superpotencia emergente, tras la Gran Guerra, y auténtico contrapunto ideológico y económico de la Unión Soviética. Ortega centró su interés, en cambio, en la unidad de Europa; y, en buena medida, desdeñó a Norteamérica. Finalmente, el diagnóstico pesimista del vasco sobre la inviabilidad del liberalismo en la sociedad española, lo mismo que sus denuncias del peligro revolucionario, se mostraron bastante próximas a la realidad. El proyecto orteguiano era, sin duda, la promesa de un futuro mejor; pero, a lo largo de la etapa republicana, demostró más que nada su debilidad social y política.

Aprendizaje e influencia noventayochista

Vitoriano de 1874, Ramiro de Maeztu y Whitney se convirtió, tras los avatares que le supusieron la ruina familiar y su accidentada trayectoria vital por tierras de Francia, Cuba y Bilbao, y su posterior instalación en Madrid, en uno de los más afamados periodistas españoles[4]. Anonadado por la derrota española ante Estados Unidos, su ideal era, por entonces, según la expresión que llegó a hacerse emblemática, la construcción de «otra España[5]». Las adversas circunstancias en que hubo de desenvolverse su juventud, le abocaron a una formación de autodidacta y de aluvión, que convirtió su producción ideológica en un acervo de perspectivas filosóficas y doctrinales muy diversas. Sus ídolos intelectuales eran, en aquellos momentos, los representantes del vitalismo, del darwinismo social y del decadentismo —Schopenhauer, Huxley, Kidd, Wells, D'Annunzio, Nietzsche, Sudermann, Novicow, Ibsen, Malthus, Stirner, Spencer—, a los que habría que añadir Marx y Costa[6]. Lo que salió, básicamente, de tal amalgama ideológica fue un proyecto de modernización social. Sus reflexiones se centraron en una acusada nostalgia del desarrollo capitalista y en el análisis de los factores limitativos del mismo. Aspiraba a convertirse, según sus propias palabras, en «hacedor de los hombres que hagan dinero». El elitismo intelectual fue una de las constantes de su pensamiento político. El intelectual era el agente por excelencia del cambio social. Íntimamente ligado a ello, se encontraba la misión de activar la conciencia nacional, mediante la doble función de preservar y legitimar su futuro, dando respuesta a las necesidades de la sociedad de la que la nación depende. En el fondo, el intelectual venía a ser igualmente el creador de la nación, «un ideal agrupador de regiones antagónicas y de clases en pugna, un ideal que extrae su fuerza del mutuo instinto de conservación[7]».

Aquí entraba la influencia nietzscheana, cuya impronta nunca le abandonó del todo. La explotación de vitalidad que implicaba el superhombre nietzscheano era lo que necesitaba una sociedad como la española. En él se conjugaban «el hombre idea» y «el hombre voluntad», capaz de conducir a la sociedad a «una vida más grande, más

---

[4] Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

[5] Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, edic. orig. de 1897.

[6] Ibíd., págs. 210 y sigs.; carta abierta al *Faro de Vigo*, 10 de agosto de 1902. Inserta en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 291 (1974), págs. 525 y sigs.

[7] «La moral que muere y la que nace», *Revista Nueva,* 5 de junio de 1899; «Ideal nuevo», *El Progreso*, 6 de febrero de 1898; «Solidaridad española», *Las Noticias*, 29 de septiembre de 1899.

digitalia
www.digitalia.us

noble, más intensa». En Maeztu, el ideal de revolución industrial se expresa y tiene su sujeto en el superhombre; es una labor suprahumana, fáustica. El escritor vasco depositaba su esperanza en la capacidad transformadora de heroicos capitanes de industria, en individualidades «sensatas» y «enérgicas», que impulsaran, sin trabas, el desarrollo económico de la nación[8]. Complemento de su nietzscheanismo era el darwinismo social. Herbert Spencer era, para el vitoriano, «el verdadero creador de la ciencia social moderna[9]». La sociedad era concebida por Maeztu como una parte perfectamente homogénea de las leyes cósmicas de la naturaleza; y la desigualdad y la concurrencia como hechos naturales. Las relaciones sociales eran relaciones de competencia, de lucha entre individuos y clases. El desarrollo de las sociedades consistía en la elevación del grado de sociabilidad. El máximo de cohesión social era la nación, concebida como una sociedad natural que engarza en su seno tanto a individuos como a clases sociales. En el joven Maeztu, la nación no se define como una solidaridad adscriptiva, sino como algo que es preciso realizar en y mediante un proyecto de transcender su propia situación atrasada en el esfuerzo de desarrollo económico y modernización. La nación es un proceso, «un niño próximo a nacer, cuyos primeros vagidos se perciben en esa íntima agitación que deja estupefactas a nuestras clases directoras gastadas, decadentes, próximas a morir». Así pues, el patriotismo esclarecido debía ser crítico, es decir, dirigido hacia la sociedad nacional por el camino del progreso social; y no a la glorificación del pasado. A ese respecto, Maeztu veía en la obra de Costa «la posibilidad de un patriotismo popular, de un patriotismo en que se fundan las ideas de patria y pueblo, un patriotismo que se proponga fundamentalmente la educación y el bienestar del pueblo[10]».

En ese sentido, se mostraba muy crítico con el régimen de la Restauración, un sistema político «burocrático-teocrático-militar[11]». Y con el catolicismo, ya que el proceso de modernización era inseparable de la secularización de las conciencias. El papel de la Iglesia Católica en el aparato educativo era negativo, porque impedía la cristalización de una mentalidad burguesa en el seno de las clases dirigentes. La educación católica era incapaz de crear «hombres de voluntad e inventiva». Además, el catolicismo español era tan «ácido» que sólo servía para «llenar de bilis el estómago»; y, en consecuencia, era incapaz de garantizar la cohesión social. Esta crítica se extendía a sus portavoces intelectuales, como Menéndez Pelayo, a quien no dudó en calificar de «triste coleccionador de muertas naderías[12]».

Los nacionalismos periféricos catalán y vasco eran otras de las grandes amenazas para el proceso de modernización y para la consolidación de España como nación. La base social del bizkaitarrismo se reclutaba al margen de las clases sociales progresivas,

---

[8] «Estudio sobre Sudermann», *La España Moderna* núm. 113 (mayo de 1898), págs. 15-16; R. de Maeztu, *Hacia…*, ob. cit., págs. 152 y sigs.; «Los libros y los hombres», *Electra*, núm. 1, 16 de marzo de 1901.

[9] «El wagnerismo en la política», *El Imparcial*, 1 de octubre de 1901.

[10] «Críticas. Paradojas», *España,* 14 de marzo de 1904; «Ante las fiestas del Quijote», *Alma Española,* 13 de diciembre de 1903; «Las dos nietas», *España,* 17 de septiembre de 1904; Maeztu, Ramiro de: *Debemos a Costa*, Zaragoza, 1911, págs. 45 ss.

[11] R. de Maeztu, *Hacia…*, ob. cit., págs. 105 y sigs.

[12] «El dinero frente a la Iglesia», *Vida Nueva*, 26 de marzo de 1899; «Bilbao íntimo. Sigue el conflicto», *Alma Española*, 8 de noviembre de 1903; «La actualidad. Un día echado a los perros», *Juventud*, 15 de marzo de 1902.

digitalia
www.digitalia.us

alta burguesía y proletariado industrial. Sus tesis centrales —raza, lengua, localismo y ruralismo— carecían de virtualidad histórica. Y es que la construcción de una sociedad moderna y del mercado nacional exigían la asunción de un centro lingüístico, capaz de asumir plenamente la función unificadora, eliminando en lo posible la diversidad de idiomas y dialectos; lo mismo que la urbanización y la mezcla de etnias. El catalanismo le parecía «menos instintivo y violento»; era una «mixtura de agua y fuego, de corderos y lobos, de trovas y aranceles, tan inconsistente al análisis como incomprensible al corazón». Además, su proyecto político resultaba regresivo, precapitalista, en su inspiración gremial, e incompatible, por tanto, con los intereses de la burguesía industrial que decía defender[13]. La misión de vascos y catalanes, y sobre todo las de sus burguesías industriales, no era la construcción de unas naciones alternativas a la española, sino la colonización de la subdesarrollada Meseta castellana, «un doble negocio de importancia suprema para el litoral[14]».

Muy crítico se mostraba igualmente Maeztu con el socialismo español, al que acusaba de exclusividad clasista, al negarse a establecer alianzas con otros partidos de izquierda y liberales. Pablo Iglesias predicaba «la lucha de clases a palo seco» y defendía un marxismo dogmático, carente de contenido positivo; lo que culminaba en unas actitudes abiertamente antiintelectuales. Los dirigentes socialistas no parecían ser conscientes de la necesidad de tener «espíritus superiores que critiquen magistralmente el sistema social». De ese desprecio nacía la simplicidad y el esquematismo de los análisis sociales nacido de la pluma de sus militantes[15].

La solución al problema español vendría, para Maeztu, no sólo del desarrollo económico capitalista, sino de una profunda reforma intelectual y moral. En primer lugar, de un nuevo sistema educativo, cuyo objetivo fuese la racionalización de la sociedad, basado, por tanto, en saberes empíricos, ciencias positivas, sociología y geografía. Igualmente era indispensable promover y estimular entre la población los deportes: equitación, gimnasia, esgrima o tiro al blanco, lo que fomentaría el «culto al valor». Los intelectuales y artistas deberían elaborar imágenes y mitos configuradores del nuevo espíritu nacional español. Y, de la misma forma, pedía la colaboración del Ejército, a quien correspondía socializar a la población en «ese espíritu nacional que tanto contribuye al resurgimiento de la ciencia, de las letras, la industria y las demás actividades de la ciencia moderna». Por aquel entonces, Maeztu se autodefinía ya como «militarista convencido[16]».

Uno de los grandes éxitos del joven Maeztu fue su ingreso en la redacción de *El Imparcial,* donde intimó con su director, José Ortega Munilla. Poco después, en junio de 1902, Maeztu tuvo oportunidad de conocer al hijo de éste, José Ortega y Gasset,

---

[13] R. de Maeztu, *Hacia…*, ob. cit., págs. 105 y sigs.; «El libro del mes», *La Lectura*, núm. 30 (junio de 1903); «Solidaridad española», *Las Noticias*, 29 de septiembre de 1899; «El fin del regionalismo», *El Imparcial*, 14 de septiembre de 1901; «La crisis del catalanismo», *España*, 28 de abril de 1904.

[14] R. de Maeztu, *Hacia…*, ob. cit., págs. 105 y sigs.

[15] «Nuestra burguesía», *España*, 12 de marzo de 1904; «El socialismo bilbaíno», *Germinal*, 16 de julio de 1897; «Pablo Iglesias», *España*, 28 de marzo de 1904.

[16] «La educación intelectual», *La Correspondencia de España*, 18 de marzo de 1901; «Las pedreas de mi barrio», *La Correspondencia de España*, 13 de marzo de 1901; «La Universidad», *El Nuevo País*, 15 de octubre de 1898; «Deber social del Ejército», *El Imparcial*, 13 de febrero de 1902; «Patria y Ejército», *El Imparcial*, 22 de octubre de 1904.

digitalia
www.digitalia.us

cuando daba un ciclo de conferencias en Vigo, sobre la visión social-darwinista de las ciencias sociales, patrocinado por el Ministerio de Instrucción Pública, en la Escuela Superior de Artes Industriales, de la que era director Ramón Gasset. Madrileño de 1883, Ortega era nueve años más joven que Maeztu. Este encuentro fue importante para ambos. En una carta a su padre, Ortega señaló que las conferencias del vasco habían alentado su interés por el estudio y la ciencia[17]. Educado por los jesuitas, Ortega se había licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid aquel mismo año; y pronto comenzó a colaborar en la prensa madrileña[18]. La influencia de Maeztu fue reconocida por el propio Ortega, cuando recordó, a la altura de 1908, «los tiempos, no muy lejanos, en que, unidos por estrecha amistad, íbamos a lo largo de estas torvas calles madrileñas como un hermano mayor y un hermano menor, entretejiendo nuestros puros y ardientes ensueños de acción ideal[19]». Años más tarde, Maeztu decribió al joven Ortega como «un elegante señorito y un aplicado estudiante», «un muchacho muy correcto, muy juicioso, muy hijo de familia, nada bohemio, muy aplicado, que toma en serio su latín y sus clásicos y sus libros de texto[20]». Su admiración y amistad fueron, a lo largo de varios años, muy fuertes. En una carta a Miguel de Unamuno, Ortega hacía referencia a Maeztu como un «hombre de buena fe» y «honradez anímica»; «el hombre más bueno, más de primer movimiento, más sincero, más niño, en fin, con menos retroideas de cuantos andan con una pluma en las manos[21]». Dos años más tarde, el joven pensador se autodefinió, en una misiva a su novia, como uno de los españoles más inteligentes, al lado de Unamuno y Maeztu, frente «al rebaño de los literatos, políticos, altos empleados, señoritos aficionados, etc., etc.[22]».

Y es que la ulterior distinción orteguiana entre la España «vital» y la España «oficial», lo mismo que su elitismo intelectual, el ideal europeizador y modernizador, la secularización, la crítica al exclusivismo clasista del socialismo español, el patriotismo crítico, se encuentran claramente influidos por los planteamientos anteriores del joven Maeztu. No obstante, como tendremos oportunidad de ver, el permanente reproche de Ortega a Maeztu fue su autodidactismo y asistematismo. Siempre inquieto y con clara vocación de liderazgo intelectual, el madrileño siguió su formación universitaria en Alemania, primero en Leipzig y luego en Berlín y Marburgo. Su maestro más reconocido fue Hermann Cohen, cuya reinterpretación de la filosofía kantiana tenía una clara dimensión política, y llevaba a una forma de socialismo liberal, evolutivo[23].

Por su parte, Maeztu abandonó igualmente España, para trabajar como corresponsal de varios periódicos en Londres. El ambiente político e intelectual británico contri-

---

[17] Carta de 9 de agosto de 1902. Inserta en José Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español*, Madrid, Revista de Occidente, 1991, pág. 90.

[18] La mejor biografía de Ortega es la de Javier Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

[19] José Ortega y Gasset, «¿Hombres o ideas?», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1983, tomo I, pág. 439, edic. orig. de 1908.

[20] «Los dos Ortegas», *La Prensa,* 31 de diciembre de 1916.

[21] Carta de 1904. Inserta en José Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno, *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Madrid, Revista de Occidente, 1987, págs. 55 y sigs.

[22] Noviembre de 1906. Inserta en Ortega y Gasset, José: *Cartas de un joven español*, Madrid, Revista de Occidente, 1991, págs. 483 y sigs.

[23] Véase Nelson Orringer, *Cohen*, Madrid, Orto, 2000, págs. 30-32; *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979.

digitalia
www.digitalia.us

buyó a moderar los ímpetus voluntaristas y nietzscheanos característicos de su pensamiento. Allí se sintió influido por el nuevo liberalismo de Hobhouse y de los esposos Webb, por el modernismo religioso de Von Hügel y Tyrrell y por la *Fabian Society*. No en vano, Ortega comentó, en una larga polémica con el vasco, ese cambio de actitud: «La vida grata en Londres ha hecho de usted un hombre de afecciones eclécticas y mediadoras[24]».

Emancipación y jefatura espiritual

Tras su estancia en Alemania, Ortega era ya un joven seguro de sí mismo, decidido, inteligente, con una madurez intelectual precoz. Un joven que se atrevía a dialogar y discutir de tú a tú con las figuras consagradas de la intelectualidad española, como Unamuno y Menéndez Pelayo. Desde el principio, tuvo una clara vocación de liderazgo intelectual. El joven filósofo aspiraba a una renovación del liberalismo español, al que juzgaba hegemonizado por el conservadurismo. En el fondo, el liberalismo era, a su juicio, el «sistema de la revolución», frente al conservadurismo, que tan sólo representaba un instinto[25]. Como Maeztu, celebró a Costa y se mostró muy crítico con Menéndez Pelayo, acusándole de falta de perspectiva filosófica. Tampoco estaba ausente de sus escritos la impronta nietzscheana. El aristocratismo intelectual y político, el vitalismo, la moral de distinción como norma de vida social, la crítica a la decadencia, fueron constantes de su pensamiento, inseparables de las lecturas de Nietzsche[26].

En junio de 1908 se enzarzó en una polémica con Maeztu sobre la primacía de las ideas o del líder en las luchas políticas. Maeztu señalaba que, lejos de ser excluyentes, ambas perspectivas podían armonizarse. Y acusó a Ortega de excesivo culto a la idea, que corría el riego de caer en un intelectualismo contemplativo, negador de cualquier tipo de acción concreta[27]. En su respuesta, Ortega le acusó de hacerle decir y pensar «cosas tan ineptas[28]». A Maeztu le preocupaba la tendencia a un exceso de sistematización, opuesta a una visión evolutiva y pragmática de las ideas, porque el valor de los sistemas radicaba en su capacidad de estimular el pensamiento y la inteligencia; pero todos eran arbitrarios y evolucionaban según las circunstancias, lo que extinguía «la sed de finalidad definitiva[29]». En una carta, recomendaba al filósofo «despojarse todo lo posible del énfasis germánico» y «hacer un esfuerzo para ser más amable y sencillo[30]». Ortega respondió a su amigo, acusándole de autodidactismo y asistematismo, porque su proyecto intelectual lo que buscaba era superar el anárquico espíritu noventayochista, enfático en sus críticas y parco en soluciones. Y es que la falta de un sistema intelectual

---

[24] J. Ortega y Gasset, «¿Hombres o ideas?», ob. cit., págs. 440 y sigs.

[25] «La reforma liberal», *Faro*, núm. 1, 23 de marzo de 1908.

[26] «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, 20 de febrero de 1911; Ortega y Gasset, José: *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 2005, edic. orig. de 1914, págs. 45 y sigs.; «La ciencia romántica», *El Imparcial*, 4 de junio de 1906. Véase también Sobejano, Gonzalo: *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.

[27] «Hombres, ideas, obras», *Nuevo Mundo*, 18 de junio de 1908.

[28] J. Ortega y Gasset, «¿Hombres o ideas?», ob. cit., págs. 429 y sigs.

[29] «Hombres, ideas, desarrollo», *Nuevo Mundo*, 25 de julio de 1908.

[30] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 2 de julio de 1908.

digitalia
www.digitalia.us

había conducido a la «disgregación» de la sociedad española y a la debilidad del liberalismo español[31]. En una nueva respuesta, el vasco afirmó la prioridad del «acto de fe», del que surgiría la transformación de la sociedad española[32]. Ortega respondió que era la ciencia el cimiento del proyecto modernizador; y sólo a través de ella podría producirse «el perfeccionamiento físico de la vida» y el «adiestramiento espiritual de los individuos[33]». Hasta aquí llegó la polémica. En una misiva, Maeztu se dio por vencido, reconociendo que el auténtico sentido de la europeización era la creación de cultura, «descubrir el medio». Pero la carta fue algo más que una mera rendición; era toda una autodefensa de su trayectoria intelectual frente a las aceradas críticas de su interlocutor. Y es que los hombres del 98 habían aportado a las nuevas generaciones la crítica de los nacionalismos periféricos, al orden establecido tanto a nivel político como social, estético y moral; habían dejado «un papel en blanco», en el que los jóvenes podrían escribir. Y frente a los reproches de autodidactismo, Maeztu señalaba humildemente sus intentos de superarlo: «Leo con toda la posible fuerza de atención, después de mi trabajo, libros de fundamento. Subrayo, tomo notas, busco en ellas a menudo la interpretación de la noticia del día que me interesa[34]».

Desde entonces, Ortega y Maeztu estuvieron unidos en el proyecto de modernización. No obstante, es preciso señalar las diferencias. El modelo de Maeztu era el nuevo liberalismo británico; mientras que Ortega miraba hacia Alemania; su proyecto político se decía deudor no sólo de Cohen, sino de Ferdinand de Lassalle.

Los graves sucesos de la *Semana Trágica* de Barcelona[35], contribuyeron a poner de relieve los conflictos subyacentes en la sociedad española. La represión subsiguiente, y sobre todo el fusilamiento del pedagogo anarquista Francisco Ferrer Guardia, provocó una clamorosa ofensiva contra el gobierno presidido por Antonio Maura, tanto en el interior como en el exterior. En Inglaterra, se organizaron numerosos actos de protesta, sobre todo en Londres, de los que Maeztu dio cuenta tanto en la prensa como en su correspondencia con Ortega. En una carta a éste último, señalaba que un mitin pro Ferrer en Trafalgar Square había sido, después de una manifestación en contra del Zar, «el más concurrido que se ha celebrado en esta plaza desde hace veinte años[36]». El *Daily News y* el *Manchester Guardian* habían sido los diarios ingleses que más se habían distinguido en sus campañas a favor del pedagogo anarquista, y significativamente eran, lo que alarmaba al vasco, los periódicos «más prestigiosos del liberalismo británico[37]». Maeztu recibió, en una carta a Ortega, la caída del líder conservador como el despertar de «una pesadilla insoportable[38]». Poco después, abandonó su colaboración en *La Correspondencia de España*, para «organizar las izquierdas de la sociedad española». La misión de los intelectuales era, en aquellos momentos, articular un proyecto

---

[31] «Algunas notas», *Faro*, 9 de agosto de 1908.

[32] «Brumas y sol», *Nuevo Mundo*, 3 de septiembre de 1908.

[33] «Sobre la apología de la inexactitud», *Faro*, 20 de septiembre de 1908.

[34] Archivo Fundación Ortega y Gasset, septiembre de 1908.

[35] Véase Joan Connelly Ullman, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel, 1972.

[36] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 18 de octubre de 1909.

[37] «Los sucesos en el extranjero. Ecos de Londres», *La Correspondencia de España*, 21 de octubre de 1909; «La crisis española juzgada en Inglaterra», *La Correspondencia de España*, 27 de octubre de 1909.

[38] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 18 de octubre de 1909.

digitalia
www.digitalia.us

reformista, «que hace inevitable las necesidades de las multitudes y la progresiva expresión de las ideas en las mentes humanas[39]». Como diría en una carta al empresario Nicolás María de Urgoiti, era necesario un «partido liberal radical». «Claro está —continuaba— que lo que ha de dar los esplendores que aún sean posibles a España será inmediatamente la cultura y, con ella, la mejor explotación de nuestras riquezas. Pero lo primero tiene que ser —como lo ha sido en el resto de Europa— la agitación liberal. Sin esa previa agitación […] no habrá más que guerras y locuras feroces. Hay que hacer liberalismo para evitar la revolución. El motor de la cultura y del progreso material en todos los países es el liberalismo[40]».

A diferencia de Maeztu y Ortega, Azorín y Unamuno se negaron a sumarse a las campañas a favor de Ferrer Guardia. En el caso del primero, su actitud apenas sorprendió, dada su militancia conservadora; más díficil de comprender fue la postura del catedrático salmantino, quien se negó sistemáticamente a firmar cualquier tipo de manifiesto contra la actuación del gobierno presidido por Antonio Maura; y no dudó en calificar a Ferrer con los más duros epítetos: «oscuro», «de inteligencia mediocre», «fanático», etc. En una carta a su amigo Jiménez Ilundain afirmó que «se fusiló con perfecta justicia al mamarracho de Ferrer, mezcla de loco, tonto y criminal, cobarde, aquel monomaníaco con delirios de grandeza y erostratismo[41]». No quedó ahí la cosa. Azorín publicó un artículo en *ABC*, donde atacaba a buena parte de la *intelligentsia* europea por sus críticas a Maura; y en el que calificaba de «farsantes» a Haeckel, Maeterlinck y Anatole France[42]. Unamuno envió una carta al alicantino, en la que le daba su apoyo, y que luego fue publicada en la prensa. Se trataba de una diatriba contra los europeístas, a los que calificaba de «papanatas»; y afirmaba: «Dicen que no tenemos espíritu científico. ¡Si tenemos otro! Inventen ellos y lo sabremos luego y lo aplicaremos. Acaso esto es más señor». Al final, añadía: «Si fuera posible que un pueblo dé Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste». Poco después, en unos artículos para la revista *The Englishwomen*, Unamuno insistió en que «el transcendentalismo de los españoles nos incapacita para la ciencia, el arte y la moralidad[43]». El ocasionalismo unamuniano se encontraba en plena ebullición. Ortega le calificó de «energúmeno español[44]». Desde Londres, Maeztu acusó a Unamuno de exhibicionismo e irresponsabilidad: «¿Sabe lo que dice? Y si lo sabe, ¿no es un dolor?». A su juicio, el rector salmantino seguía siendo el egotista de siempre, un inconsciente que parecía incapaz de comprender la nueva circunstancia política, en la que ya no se podía perder un minuto más de cara a la elaboración de un claro y definitivo proyecto de vertebración nacional: «Cada momento es importante, cada pensamiento es valioso, cada escrito es definitivo. Y en esta noción de responsabilidad histórica encontramos una fuente de energía con que estudiar, perfeccionarnos y moralizarnos». El atraso español no era consecuencia de un hipotético carácter nacional, como Unamuno pretendía, sino de unas circunstancias históricas

---

[39] «Ramiro de Maeztu», *La Correspondencia de España*, 10 de diciembre de 1909; «La Revolución Francesa», *Nuevo Mundo*, 19 de septiembre de 1909.

[40] Archivo Nicolás María de Urgoiti, Caja 77, 13 de diciembre de 1909.

[41] Citado en Jesús Pabón, *Cambó*, Alpha, Barcelona, 1952, tomo I, págs. 337-338.

[42] «Colección de farsantes», *ABC*, 12 de septiembre de 1909.

[43] Véase Emilio Salcedo, *Vida de Don Miguel*, Salamanca, Anthena Ediciones, 1998, págs. 170 y 172.

[44] «Unamuno y Europa», *El Imparcial*, 27 de septiembre de 1909.

digitalia
www.digitalia.us

muy concretas —Reconquista, colonización de América, etc.—, que obstaculizaron la dedicación de los españoles a tareas especulativas[45].

Luego, Maeztu inició su colaboración en el *Heraldo de Madrid,* en cuyas páginas divulgó su alternativa «liberal socialista». Liberalismo y socialismo, lejos de ser antitéticos, resultaban complementarios. El socialismo significaba el fundamento económico que haría posible la realización de las promesas liberales, mediante lo cual «la mayoría de los hombres puedan ser más libres[46]».

Por su parte, Ortega intentó aproximarse al Partido Socialista; y pronunció una serie de conferencias, en las que criticó al gobierno Maura y al régimen de la Restauración, acusando a la clase política de «analfabetismo moral». El problema fundamental era el de la educación de la «masa-pueblo» en la «conciencia de la libertad», para lo que era necesaria la articulación de una nueva elite intelectual. Se autodefinió como «socialista», aunque no marxista, por su rechazo de la lucha de clases. Abogó por la creación de un nuevo «poder espiritual», frente al clericalismo, a través de la «escuela única» y laica. Animó a los socialistas a convertirse, a través de ese proyecto, en «el partido europeizador de España». No obstante, estimaba que todo ello era inseparable de la construcción de un nuevo nacionalismo español. A ese respecto, criticó el internacionalismo socialista y la ausencia de intelectuales en el partido: «Proletaria es la organización y proletarias así mismo las ideas». Y es que el internacionalismo era contrario a los intereses del proletariado español, porque los partidos socialistas tenían que ser «tanto más nacionales cuanto menos construidas estén sus respectivas naciones[47]».

Ortega intentó acercarse igualmente al Partido Radical de Lerroux, e incluso, en una carta a Maeztu, se mostró partidario de la república. El vasco le disuadió de ello, porque consideraba al líder radical un político corrupto, cuyas dotes políticas se debían únicamente a «sus apetitos de Calibán». Además, consideraba que las reformas podrían realizarse, como en Inglaterra, en el marco de la Monarquía constitucional[48]. Y es que el republicanismo encarnaba, a su juicio, tres tipos de pereza: la intelectual, porque era más fácil suponer que mandaba el rey y no una oligarquía que disfrutaba de mayor fuerza que el Trono; la práctica, porque era más cómodo pensar que la caótica situación española no podía superarse si no era mediante la revolución, en vez de «meterse a examinar la serie ordenada de arreglos posibles»; y la moral, «porque hay quienes saben estas cosas y no las dicen por temor a que se les acuse de haberse vendido a la Monarquía». La única necesidad auténtica que experimentaba la sociedad española era, no el cambio de forma de gobierno, sino la constitución del nuevo partido liberal. Porque tampoco Canalejas podía llevar a cabo las reformas necesarias, ya que «no podía hacer otra cosas sino fingir que hace algo, porque no tiene poder para

---

[45] «Europa y los europeístas», *Nuevo Mundo*, 21 de octubre de 1909. «¿De o en?», *Nuevo Mundo,* 2-XII-1909. «Teoría y práctica», *Nuevo Mundo,* 21-I-1910.

[46] «El liberalismo socialista», *Heraldo de Madrid*, 12 de diciembre de 1909; «Primero política», *Heraldo de Madrid*, 9 de febrero de 1910.

[47] José Ortega y Gasset, «Los problemas nacionales y la juventud», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1983, t. X, págs. 105 y sigs., conferencia original de 1909; «La ciencia y la religión como problemas politicos», en ibíd., conf. orig. de 1910; «La pedagogía social como proyecto político» (1910), en Ibíd., conf. orig. de 1910.

[48] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 14-VII-1910, 25-VII-1910.

digitalia
www.digitalia.us

más». «Quien manda no es él, ni Don Alfonso, sino lo que representan las 40 señoras que fueron a verle el otro día[49]».

Al menos en un primer momento, los planteamientos «liberal-socialistas» tuvieron una acogida favorable en algunos medios intelectuales y políticos. Ortega intentó constituir una sociedad fabiana, que no llegó a cuajar[50]. Incluso fueron bien recibidos en un sector del liberalismo dinástico, el dirigido por José Canalejas, y que tuvo como adalid a su amigo Melchor Almagro Sanmartín. Tanto Canalejas como Almagro hicieron mención, a semejanza de Ortega y Maeztu, a un «nuevo liberalismo», monárquico y adversario del capitalismo manchesteriano, cuyo ideal era «la instauración definitiva de un régimen político que, sin destruir arbitraria y violentamente, el sedimento de la Historia, estimule la marcha de la sociedad hacia los ideales supremos de la justicia[51]». Y comenzó a editarse en Madrid, bajo la dirección de Manuel Bueno, en diciembre de 1909, el diario *La Mañana*, que llevaba como subtítulo «periódico liberal-socialista». Este efímero diario, que tan sólo duró cuatro meses, sirvió para reunir una amalgama de colaboradores de muy diversa procedencia ideológica y política: Pablo Iglesias, Mariano García Cortés, Gabriel Alomar, Luis Bello, Luis Morote, Gregorio Martínez Sierra, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistain, etc.

El propio Maeztu intentó formar con sus compañeros londinenses —Luis Olariaga, Luis Araquistáin y José Pla—, según decía a Ortega, «si no una Compañía de Jesús, al menos una Compañía de Don Quijote», en la que vibrara «la idea y la conciencia liberal». «Todos están estudiando con alguna seriedad, se están formando y se preparan no para poseer esa curiosa cultura informativa de la Institución, sino para obrar, para ser útiles, eficaces, como dice Vd. [52]».

En noviembre de 1910, Ortega consiguió la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid; lo que Maeztu consideró un acontecimiento de singular importancia de cara al desarrollo de una genuina filosofía española, a la altura de los tiempos. El significado del triunfo orteguiano consistía en que, desde entonces, no podría ser doctor en filosofía «ningún español que no haya estudiado antes a Kant». De esa forma, recaía sobre las espaldas de Ortega «la responsabilidad inmensa de dar los primeros pasos para ir sacando a nuestras clases intelectuales del aislamiento que las reduce a la impotencia y entrega consecuentemente los destinos del país a una oligarquía empírica y beocia[53]».

En octubre, el vasco había regresado a España, para dar un ciclo de conferencias en Bilbao, Madrid y Barcelona. La primera se celebró en la sociedad liberal *El Sitio*, sobre el tema *La libertad y sus enemigos*, donde puede percibirse la influencia del neokantismo y del idealismo de Benedetto Croce. En ella, reiteró la importancia para los liberales reformistas, de organizar una elite de orientación, «una aristocracia verdaderamente aristocrática», para la elaboración de su alternativa política[54]. En Madrid, la conferencia, titulada *La revolución y los intelectuales*, se celebró en el Ateneo. Y allí Maeztu recibió el homenaje del conjunto de la intelectualidad liberal. En su disertación, el vasco reiteró su idea de que, a partir de los sucesos de la *Semana Trágica*, existían dos alternativas en

---

[49] Archivo Fundación Ortega y Gasset, s/f.

[50] J. Zamora Bonilla, *Ortega…*, ob. cit., pág. 138.

[51] Almagro Sanmartín, Melchor: *El nuevo liberalismo*, Madrid, 1910, págs. 5, 21, 24-26.

[52] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 25 de julio de 1910.

[53] «Impresiones de España. La cátedra de Metafísica», *Heraldo de Madrid*, 19 de noviembre de 1910.

[54] Ramiro de Maeztu, *La libertad y sus enemigos*, Bilbao, Sociedad *El Sitio*, 1910, págs. 9 y sigs.

digitalia
www.digitalia.us

la sociedad española: reforma o revolución. La primera, planteada por un reducido grupo de intelectuales; la segunda, por un pueblo desorganizado y, al mismo tiempo, radicalizado. El proyecto reformista estaba todavía por elaborar, para lo que seguía siendo necesaria la creación de una elite. La alternativa era el «liberal-socialismo», en cuyo horizonte ideológico se percibía la influencia neokantiana; era «kantismo, conciencia de la conciencia, sumisión a la ley, rebasamiento del yo individual, en la conciencia del yo transcendental, identificación del yo transcendental con el yo del prójimo[55]».

La conferencia tuvo una gran repercusión en la prensa madrileña. Dado el éxito, se convocó un homenaje a Maeztu el 11 de diciembre, en el restaurante *La Parisiana*, al que asistieron ciento cincuenta personas. A lo largo de su disertación, Maeztu recordó «su amistad personal con Ortega y Gasset, llamándole maestro y afirmando que sus consejos le fueron de utilidad inolvidable para el descubrimiento de su personalidad y de toda su labor en pro de la cultura[56]». Menos complaciente se mostraba en privado Miguel de Unamuno, que, en una carta a su amigo Pedro Jiménez Ilundain, decía pasar por una crisis de europeísmo como reacción a las campañas de Ortega y Maeztu: «Yo soy cada vez más irreductiblemente español y más antieuropeo. Ahora padecemos aquí un granífero de pedantes que no dejan a Kant de la boca, con Maeztu a la cabeza[57]». Y en otra misiva a Pedro Múgica estimaba que «Orteguilla y Maeztu merecían ser combatidos». «Yo lo hago —reconocía—, pero por modo indirecto. Me he propuesto no citar para nada al Maeztu, que se ha hecho un pedante insoportable[58]».

En marzo de 1911, Maeztu se trasladó a Barcelona, en cuyo Teatro Principal pronunció otra conferencia, *Obreros e intelectuales*, en la que criticó al marxismo e hizo hincapié en los objetivos concretos perseguidos por la alternativa reformista: nacionalización de los servicios públicos, salario mínimo, subida de los impuestos sobre las grandes fortunas, expansión de la instrucción pública y creación de una elite de técnicos y burócratas, encargados de dirigir el Estado intervencionista[59].

Poco después, Maeztu inició un viaje a la Universidad de Marburgo, gracias a una beca de la Junta de Ampliación de Estudios que le consiguió Ortega, para mejorar su formación filosófica. Allí coincidió con Ortega y García Morente. Maeztu consideraba a Cohen como «el más profundo de los pensadores de la Alemania actual»; e incluso tuvo oportunidad de asistir al homenaje que le fue tributado por la Universidad, al cumplir setenta años[60]. En Marburgo, el vasco estudió a Kant, Cohen y Hartmann. Y encontró en sus planteamientos una serie de supuestos capaces de superar y refutar el materialismo y el relativismo. A partir del planteamiento kantiano del carácter *a priori* de las categorías formales de razón, Maeztu dedujo la existencia de un espíritu supratemporal y suprahistórico; lo que dio nuevo impulso a sus ideas religiosas, cada vez más presentes en sus escritos, a través de la influencia de los modernistas británicos[61].

---

[55] Ramiro de Maeztu, *La revolución y los intelectuales*, Madrid, 1910.

[56] *La Correspondencia de España*, 12 de diciembre de 1910; *El Imparcial*, 12 de diciembre de 1910.

[57] Carta de 26 de enero de 1911. Inserta en Unamuno, Miguel de: *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pág. 368.

[58] Cartas de 21 de junio de 1911 y 4 de julio de 1911. Insertas en Miguel de Unamuno, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, Santiago de Chile, Zig-zag, 1965, págs. 351-354.

[59] Ramiro de Maeztu, *Obreros e intelectuales*, Barcelona, 1911.

[60] «El cumpleaños de un filósofo», *Heraldo de Madrid,* 11 de julio de 1912.

[61] Ramiro de Maeztu, «Autobiografía», en *Obra*, Madrid, Editora Nacional, 1974, págs. 174 y sigs.

digitalia
www.digitalia.us

La alternativa reformista quedó en agua de borrajas. Ortega acabó rompiendo con los socialistas, a cuya dirección no gustaron sus ideas elitistas y nacionalistas. El madrileño fue invitado a disertar sobre Lassalle en la Escuela Nueva, donde reiteró sus planteamientos nacionalistas. *El Socialista* los criticó; y la conferencia, a pesar de estar anunciada su publicación por la Biblioteca Socialista de la Escuela Nueva, no fue impresa. Lo que marcó su ruptura con el socialismo[62].

No obstante, Maeztu recibió positivamente la aparición del Partido Reformista, de Gumersindo de Azcárate y Melquíades Álvarez, cuyo objetivo era agrupar a los republicanos moderados y participar en la política dinástica, apoyando al Partido Liberal, si éste aceptaba una serie de principios básicos: reforma constitucional, democratización del Senado y libertad de cultos[63]. Maeztu no había simpatizado siempre con Álvarez; y en su correspondencia con Ortega no dudaba en calificarle de «tontaina». «La única explicación de Don Melquíades es que, cuando joven, padeció bajo el poder de Pidal y la infamia de la pobreza. El hombre quiere ahora desquitarse, pero esto no le disculpa[64]». Ahora, el político asturiano había mostrado que era capaz de unir «el calor de Costa por los problemas objetivos», con «la habilidad psicológica de Romanones para el trato de gentes», convirtiéndose en un «instrumento formidable en la política española durante los años que corremos». A ese respecto, creía que el proyecto modernizador de Ortega podía servirle de programa político. Sin embargo, Alvárez no tardó en decepcionarle. Los dirigentes reformistas habían hecho, sin duda, un gran servicio a la vida pública, al defender el principio de accidentalidad de las formas de gobierno; pero parecían incapaces de formular un programa coherente y lúcido. El líder reformista se había limitado a pedir la secularización de los cementerios, el matrimonio civil y la enseñanza neutra. Y la mayoría de aquellas demandas apenas decían nada al conjunto de la población, salvo la última, pero ésta no supo formularse adecuadamente, como hubiera sido incidir en los temas de la escuela única y en la construcción de una moral cívica. Claro es que la culpa de aquellas ausencias no recaía únicamente en los políticos, sino en los intelectuales, que eran los encargados de elaborar auténticos proyectos reformistas: «Hagamos, pues, intelectuales. Satúrense de ideas el ambiente español. Los programas se nos darán por añadidura[65]».

Maeztu no tardó en desengañarse del proyecto «liberal-socialista», al entrar en contacto con los intelectuales «guildistas» de *The New Age*, con Thomas Edward Hulme, Hilaire Belloc y otros pensadores conservadores. A partir de tales influencias, llegó a la conclusión de que el «liberalismo socialista», de llevarse a la práctica, degeneraría en una burocracia despótica, que progresivamente iría invadiendo las funciones de la sociedad civil; lo que vendría a demostrar que su ideal colectivista y burocrático no sólo no era liberal, «sino que tampoco era democrático[66]».

Cuando murió Menéndez Pelayo, el vasco se mostró mucho más comedido que en los acres comentarios que le dedicó en su juventud. El polígrafo santanderino había

---

[62] Javier Zamora Bonilla, *Ortega…*, ob. cit., págs. 137 y sigs.

[63] Véase Maximiano García Venero, *Melquíades Alvárez. Historia de un liberal*, Madrid, Giner, 1974; Suárez Cortina, Manuel: *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

[64] Archivo Fundación Ortega y Gasset, septiembre de 1908.

[65] «Don Melquíades», *Nuevo Mundo,* 15 de julio de 1912; «El mito nacional», *Nuevo Mundo,* 19 de junio de 1913.

[66] «Colectivismo», *Nuevo Mundo,* 25 de junio de 1914.

digitalia
www.digitalia.us

encarnado las tres virtudes esenciales del intelectual, «la fidelidad o patriotismo, la veracidad y la fortaleza». En consecuencia, con su obra el conservadurismo se había convertido en «virtud razonada[67]».

Ortega centró su nueva posición político-intelectual en el liberalismo. Fruto de sus nuevos proyectos fue la Liga de Educación Política —muy relacionada con el Partido Reformista—, una iniciativa cuyo objetivo era «fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas». Juzgaba que el porvenir de la nación se encontraba ligado «al avance del liberalismo». Muy crítico se mostraba de nuevo con el liberalismo oficial, al que deseaba «una muerte feliz»; y acusaba al conservadurismo de defender «valores falsos y arcaicos». No obstante, descalificaba igualmente al republicanismo, cuya ideología era tan sólo un «venerable dogma[68]».

No tardó Maeztu en dar su adhesión a la Liga. En una carta, consideraba que el proyecto estaba «realmente bien». Coincidía con el filósofo en «lo de intentar formar un centro de información política, de cultura política»; pero el resto le parecía «impreciso», porque la declaración principal sobre el liberalismo «puede suscribirla un conservador». «El fin, el liberalismo, la autonomía; el medio, la autoridad, diría un conservador consciente». En definitiva, el vasco veía en el programa orteguiano «lo mismo el germen de un futuro conservatismo que el de un futuro liberalismo y por eso no veo bien su congruencia con el reformismo[69]».

La presentación de la Liga tuvo lugar el 23 de marzo de 1914, en el Teatro de la Comedia, con la célebre conferencia *Vieja y nueva política*, una pieza magistral de retórica política. Ortega distinguió entre la España «oficial» y la España «vital»; caracterizó al sistema de la Restauración como un «panorama de fantasmas», donde existía un partido liberal «domesticado». Defendió la Monarquía, aunque «sin lealismo», porque por encima de las formas de gobierno se encontraban «la justicia y España[70]».

La Liga de Educación Política careció de trascendencia práctica. Pero aquel mismo año Ortega publicó su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, que iba precedido de una encendida dedicatoria al vasco: «A Ramiro de Maeztu. Con gesto fraternal».

Distanciamiento

Mientras tanto, estallaba la Gran Guerra, cuyas consecuencias iban a poner en cuestión las bases sociales y políticas de la sociedad liberal. La contienda puso a Ortega en una difícil tesitura. De un lado, su liberalismo; de otro, su admiración por la cultura alemana. Fue acusado indistintamente de aliadófilo y germanófilo. La opción de Maeztu siempre estuvo clara; en todo momento militó en favor de Inglaterra y sus aliados. Y nunca dudó de la derrota final de los Imperios Centrales. Así se lo dijo a Ortega en una carta: «Inglaterra ha estado dormida en estos años, pero empieza a despertar. Y, no lo dude, acabará por ganar la guerra[71]».

---

[67] «El gran don Marcelino», *Nuevo Mundo,* 6 de junio de 1912.

[68] José Ortega y Gasset, «Proyecto de la Liga de Educación Política Española», en *Vieja y nueva política*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, edic. orig. de 1914, págs. 180 y sigs.

[69] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 22 y 23 de octubre de 1913.

[70] J. Ortega y Gasset, *Vieja y nueva…*, ob. cit., págs. 235 y sigs.

[71] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 21 de abril de 1915.

digitalia
www.digitalia.us

Ambos firmaron el manifiesto de adhesión a los aliados, redactado por Ramón Pérez de Ayala y publicado en julio de 1915, donde se identificaba la causa de Francia e Inglaterra con «los ideales de justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses de la nación[72]».

Pero ni Ortega ni Maeztu eran pacifistas. El madrileño criticó el pacifismo, al que acusó de partir de una «concepción estática y, por lo tanto, falsa de la historia». Todas las teorías pacifistas eran «falsas, abstraídas, utópicas». La fuerza puesta al servicio de los intereses materiales no explicaba nada con relación a la guerra, porque ésta era «un motor biológico y un impulso espiritual que son altos valores de la humanidad». «El ansia de dominio, la voluntad de que lo superior organice y rija a lo inferior constituyen dos soberanos impulsos morales[73]».

Enviado varias veces al frente como corresponsal, Maeztu se sintió extasiado por el espectáculo de la guerra: «El cañoneo enciende la sangre. Se vive como un redoble permanente. Se recupera el sentido de la aventura. Las historias dejan de ser historias. Se es uno mismo Historia. Y aunque no se vea nada desde nuestro agujero, se siente uno mismo centro de la Historia[74]». A la larga, los resultados del conflicto serían positivos, porque la convivencia en las trincheras de miembros de las distintas clases sociales contribuiría a establecer vínculos entre ellas, facilitando su cooperación[75]. Pero Maeztu legitimaba igualmente su posición aliadófila en razones de orden religioso. Alemania era la representante de la «herejía germánica», producto de la Reforma protestante y de su doctrina de la justificación por la fe, frente a la doctrina católica de la justificación por las obras y el pecado original. Dados sus supuestos subjetivistas, el luteranismo había liberado al Estado de cualquier sujeción, convirtiéndolo en un fin en sí mismo; lo que explicaba la crueldad de los alemanes a lo largo del conflicto[76].

El 20 de enero de 1915 salió a la luz el primer número de la revista *España*, cuyo director era Ortega. La colaboración de Maeztu fue exigua; lo que significó un cierto alejamiento de las posiciones orteguianas. De hecho, ambos tuvieron un choque por la no publicación de un artículo del vasco. Además, Maeztu expresó, en una carta, sus reticencias hacia «parte de su compañía en *España».* «Para ser del todo franco me temía que su diplomacia le hiciera a Ud. sacrificar sus amigos a los que no lo son». Y, en otra misiva, diría significativamente: «Me felicito mucho del éxito de *España* y quisiera que no resultara también *puramente espectacular*[77]».

Con motivo del primer viaje de Ortega a Buenos Aires, Maeztu publicó en el diario bonaerense *La Prensa,* una semblanza del filósofo, en la que resultaba perceptible una cierta ambivalencia valorativa en sus juicios sobre su figura y sus ideas. Ortega era «cacique y caudillo»; su estilo, «más hermoso que exacto, más grandilocuente que pre-

---

[72] «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas», *España*, núm. 24, 9 de julio de 1915.

[73] José Ortega y Gasset, «El genio de la guerra y la guerra alemana», en *El Espectador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, tomo II, edic. orig. de 1916, págs. 108 y sigs.

[74] Ramiro de Maeztu, *Inglaterra en armas. Una visita al frente*, Londres, Darling & Sar, 1916, págs. 11 y sigs.

[75] «Guerra y solidaridad», *España*, núm. 20, 11 de junio de 1915.

[76] Ramiro de Maeztu, «Introducción», en Arnold Toynbee, *El terrorismo alemán en Bélgica*, Londres, Hayman, Christy & Lily, 1917, págs. 25 y 37.

[77] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 27 de mayo de 1915 y 27 de mayo 1915.

digitalia
www.digitalia.us

ciso, más enfático que transparente»; era «más sabio que intelectual, y un gran profesor que educa más que enseña[78]».

Maeztu comentó con Ortega su nuevo interés por el socialismo *guildista* o gremial, sobre el que pretendía teorizar: «No está aún pensado. Hay que inventarlo. Pero dice y a bien de suponer que no es estatista; es socialista[79]». A la influencia *guildista* se sumó la doctrina del derecho objetivo, de León Duguit; el *bien objetivo* de G.E. Moore; la lógica del ente ideal, de Edmund Husserl; y el reconocimiento de la transcendencia política del pecado original, sostenida por su amigo Thomas Edward Hulme, crítico del romanticismo y del humanismo, como frutos del relativismo. De todas esas lecturas y bajo la impresión del desarrollo de la contienda, Maeztu publicó, en 1916, su obra *Authority, liberty and function in the light of the war*, tres años más tarde traducida al español con el título de *La crisis del humanismo*. Su punto de partida era la dramática situación que atravesaban las sociedades europeas, cuya raíz era el subjetivismo característico de la modernidad. Este subjetivismo, que degeneraba en relativismo, tenía su origen en el humanismo renacentista, que había hipertrofiado el yo individual; lo que llevó a los dos errores característicos de la modernidad: el liberalismo y el socialismo. El primero tenía por base el individualismo atomista; mientras que el segundo lo tenía en el Estado. Frente a ello, Maeztu propugnaba la superación del relativismo, mediante el retorno al principio de la «objetividad de las cosas», es decir, a los valores eternos, tales como la Verdad, la Justicia, el Amor y el Poder, cuya unidad es Dios. Desde esta perspectiva, el hombre no se encuentra en el mundo para seguir su personal arbitrio, sino para servir a esos valores objetivos. Sobre la base de esta moral objetiva, era posible edificar una teoría objetiva de la sociedad. Maeztu se sirve, para ello, de las aportaciones de Duguit, en cuanto éste negaba la noción de derecho subjetivo individual y admitía los derechos objetivos, nacidos de la «función» que cada uno ejerce en el conjunto social. La organización de la sociedad en torno al principio de «función» conducía a una estructura gremial. El conflicto entre autoridad y libertad, individuo y sociedad era superado con la restauración de los gremios, que serviría tanto a la corrección del individualismo como de la burocracia despótica de los socialistas y estatistas[80]. Con ello, el escritor vasco rompió abiertamente con el liberalismo. Maeztu fue muy consciente de la crisis en que se debatía, desde la Gran Guerra, el Estado liberal, y que iba a implicar la creación de nuevos marcos institucionales de distribución del poder que llevarían a un desplazamiento en favor de las fuerzas organizadas de la economía y de la sociedad en detrimento de un parlamentarismo cada vez más debilitado.

No sabemos lo que Ortega opinó sobre la obra de Maeztu. Sin embargo, *El Sol*, diario inspirado en buena medida por las ideas del filósofo, publicó una acerada crítica del institucionista Francisco Rivera Pastor, en la que reprochaba a Maeztu su abandono del liberalismo. A su entender, el contenido de *La crisis del humanismo* equivalía al «ruralismo, a los arcaicos latifundios patriarcalistas, a la concepción pseudoaristocrática de una decadente república platónica[81]».

---

[78] «Los dos Ortegas», *La Prensa,* 31 de diciembre de 1916.

[79] Archivo Fundación Ortega y Gasset, 21 de abril de 1915 y 27 de mayo de 1915. A ese respecto, el historiador Raymond G. Gettell destacó posteriomente la labor de Maeztu como teórico del «guildismo» (Véase Raymond G. Gettell, *Historia de las ideas políticas*, Barcelona, Labor, 1937², tomo II, pág. 351).

[80] Ramiro de Maeztu, *La crisis del humanismo*, Barcelona, Minerva, 1919.

[81] «El pecado original y la democracia», *El Sol*, 17 de enero de 1920.

digitalia
www.digitalia.us

No obstante, desde noviembre de 1920, Maeztu se embarcó en la empresa orteguiana de *El Sol*, en cuyas páginas reiteró su diagnóstico sobre la crisis del liberalismo, ahora radicalizada por la victoria de la revolución bolchevique en Rusia. En ese sentido, el principal peligro al que se enfrentaba la sociedad española era la revolución social: «Vivir en Rusia es estar en una cárcel bajo el látigo de los comités, con mucho frío, mucha hambre y epidemias». Su desilusión ante los ideales europeístas y liberales era ya explícita; Europa había caído y se estaba asistiendo a «la crisis de los ideales del siglo XIX». Por ello, era necesario buscar, al margen del liberalismo, «un ideal original», nacido de la tradición española. El retorno a una moral objetiva y religiosa marcaba el camino a seguir. Sólo la religión podía alimentar una moral altruista y superar el relativismo dominante en las sociedades modernas: «En la creencia religiosa encuentra el hombre, para su sacrificio, la sanción que la razón le niega[82]». Maeztu contemplaba, en ese contexto, al Ejército como único dique existente en España frente a la subversión social y los nacionalismos. El vasco comparaba entonces al intelectual con el soldado; uno y otro eran figuras incompletas. El intelectual ignoraba el valor físico; el militar la virtualidad de la inteligencia. Por ello, abogaba por sintetizar ambas perspectivas: inteligencia y valor. La misión del Ejército era convertirse en «escuela de valor»; incluso juzgaba necesario extender a todas las profesiones «el rigor militar[83]».

Ortega condenó igualmente la revolución rusa, consecuencia, a su juicio, de la trayectoria histórica de un país ajeno a la tradición europea. La dictadura del proletariado era incompatible con la libertad individual; y, en consecuencia, resultaba vital oponerse a la «rusificación de Europa». Y propuso un cambio «ordenado» del régimen político: reforma de la Constitución, libertad de conciencia, política social e instauración de un «Parlamento industrial», etc. En un principio, rechazó la posibilidad de una dictadura; pero poco después vino a decir que no había otra solución que un gobierno presidido por militares[84]. En su obra *España invertebrada*, Ortega ofreció su diagnóstico sobre la situación española. Sus conclusiones eran muy pesimistas. España no había sido nunca una nación pujante, porque, dada la debilidad de su feudalismo, jamás dispuso de minorías dirigentes capaces de llevar a cabo una auténtica política de integración. Además, el pueblo español padecía de «aristofobia»; odiaba a las minorías selectas. Las instituciones tradicionales, Monarquía, Iglesia y Ejército, lo mismo que el resto de las elites sociales y políticas, carecían de la necesaria ejemplaridad. La única solución eficaz era remontar el proceso de desintegración mediante un proyecto de vida en común sustentado por las elites intelectuales y políticas alternativas[85]. Tampoco concordaban filosóficamente Ortega y Maeztu. En *El tema de nuestro tiempo,* el filósofo madrileño propuso, lejos ya del neokantismo, sustituir la razón pura y el idealismo, para poner la

---

[82] «El fin de un mito», *El Sol*, 23 de abril de 1921; «La revolución rusa», *El Sol*, 19 de abril de 1921; «El héroe del día», *El Sol*, 8 de diciembre de 1921; «En busca de orientación. La tragedia de Inglaterra ante el porvenir», *Hermes*, núm. 73, junio de 1921, pág. 10 y sigs.; «La fuerza del derecho», *Hermes*, núm. 79, enero de 1922, págs. 15 y 18.

[83] «El héroe muerto», *El Sol,* 6 de junio de 1922; «El capitán Troncoso», *El Sol*, 9 de mayo de 1922.

[84] «Un parlamento industrial», *El Sol*, 1 de abril de 1919; «La situación actual de España», *El Sol*, 25de noviembre de 1919; «La situación político-militar», *El Sol*, 20 de febrero de 1920; «Dictadura es sinónimo de anarquía», *El Sol*, 19 de marzo de 1919.

[85] José Ortega y Gasset, *España invertebrada*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1981, edic. orig. de 1922, págs. 27 y sigs.

digitalia
www.digitalia.us

razón al servicio de la vida. La razón vital o histórica fue el centro de su pensamiento; lo que conducía a una perspectiva historicista y a un acusado relativismo ético[86]; todo lo cual contrastaba con las posiciones teológicas y objetivistas del vasco.

No es extraño que el filósofo retirara su elogiosa dedicatoria en las sucesivas ediciones de sus *Meditaciones del Quijote*; y que no contara con su colaboración para su *Revista de Occidente*, que había fundado en julio de 1923.

Sin embargo, ambos recibieron positivamente el pronunciamiento acaudillado por el general Primo de Rivera. Para Ortega, el movimiento militar había conseguido «por entero» congeniar con la opinión pública; su misión era acabar con la «vieja política[87]». Maeztu justificó el golpe por la invertebración social y política que padecía la sociedad española. El Ejército encarnaba «la unidad nacional»; y, como Ortega, juzgaba preciso acabar con el «régimen de corrupción electoral y con el sistema oligárquico que necesitaba corromper la nación y el Estado para sostenerse[88]».

El vasco desarrolló una campaña periodística en favor de un modelo humanístico de enseñanza media, basado en las lenguas clásicas, la historia, las matemática y la religión, cuyo objetivo era la forja de minorías selectas[89]. No convenció mucho a Ortega su «cruzada» en pro de las humanidades; pero consideraba positiva su campaña para plantear el problema educativo. El filósofo se mostraría partidario, como Maeztu, de fundar una Liga Contra la Incultura[90].

Ortega era consciente de la crisis del parlamento; pero no se mostró partidario de su abolición, sino de «inventar uno nuevo», dispensándole de intervenir en «las menudencias de la existencia diaria» y en los asuntos locales. Igualmente, había que «seleccionar el personal del Parlamento», cortando su comunicación con el pequeño distrito y dando representación a las regiones; lo que contribuiría a «desaldeanizar» el sistema político[91].

Los intereses de Maeztu iban ya por otro camino, apostando por el desarrollo económico en el marco de un régimen autoritario y confesional. No otro era el mensaje de su obra *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, un estudio de las tres figuras literarias, donde Don Quijote aparecía como representante del Amor; Don Juan, del Poder; y la Celestina, del Saber, es decir, de los atributos divinos. A partir de ahí, Maeztu buscaba una época histórica en que la nación española hubiese encontrado la síntesis de tales atributos; y fijó su atención en el Siglo de Oro, un ejemplo a seguir para el pueblo español y sus elites dirigentes. El Siglo de Oro reflejó «una voluntad de ideas y de creencias que sobreponen la realidad a la evidencia de los sentidos y al natural discurso». Su principal defecto había sido el «menosprecio de las cosas temporales». La superación de esa anomalía venía de la síntesis entre el ideal mundano y el ultramundano, es decir, la armonización del catolicismo y el liberalismo económico[92]. Desde tal perspectiva, iba

---

[86] José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Tecnos, 2003, edic. orig. de 1923.

[87] «Sobre la vieja política», *El Sol*, 27 de noviembre de 1923.

[88] «El Ejército en España. El peligro de balcanización», *La Prensa*, 4 de noviembre de 1923; «El régimen caído», *El Sol*, 23 de noviembre de 1923; «La suspensión de las Cortes», *El Sol*, 2 de octubre de 1923.

[89] «La segunda enseñanza», *El Sol*, 27 de noviembre de 1923; «Cuesta arriba», *El Sol*, 4 de diciembre de 1923; «Latín y geometría», *El Sol*, 15 de diciembre de 1923.

[90] «El Parlamento: cómo se puede tener mejores parlamentarios», *El Sol*, 26 de junio de 1924.

[91] «El Parlamento: cómo dignificar su función», *El Sol,* 12 de julio de 1924. «El Parlamento: cómo se puede tener mejores parlamentarios», *El Sol,* 19 de julio de 1924.

[92] Ramiro de Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Madrid, Espasa Calpe, 1926, págs. 120 y sigs.

digitalia
www.digitalia.us

a desarrollar sus ideas sobre el «sentido reverencial del dinero». Invitado por un colegio norteamericano, viajó a Estados Unidos, nación a la que admiraba desde su juventud. Tras la Gran Guerra, la nación norteamericana se había convertido, a su juicio, en la única potencia mundial capaz de contrarrestar el influjo del comunismo. La razón de su poderío y de su prosperidad económica se encontraba en la moral puritana, como demostraba el ejemplo arquetípico de Henry Ford. Al contrario que en el mundo anglosajón, en la sociedad española dominaba una mentalidad precapitalista, producto de la influencia del catolicismo tradicional, que contemplaba la actividad económica como una simple previsión de las necesidades naturales. Era necesario, pues, lograr un cambio en los contenidos de la mentalidad económica de la burguesía española; lo que sólo resultaba viable dando una base de referencia religiosa a la actividad mercantil, cuyo fundamento fuese, no el puritanismo, sino un catolicismo depurado de sentimientos anticapitalistas. Algo que denominó «sentido reverencial del dinero» y «sacramental del trabajo», síntesis de la fe religiosa característica de la España de los Austrias y del ideal ilustrado de la España del Conde de Peñaflorida, es decir, «una Económica de Amigos del País animada por el aliento religioso[93]».

A comienzos de 1927, Maeztu abandonó *El Sol*; comenzó a colaborar en *La Nación*, órgano periodístico de la Dictadura; y se afilió a la Unión Patriótica. En las páginas de ese diario, desarrolló una campaña en favor de una nueva Constitución, «sin caciques ni demagogos», «donde estuviesen proscritos los partidos políticos[94]». Designado miembro de la Sección Primera de la Asamblea Nacional Consultiva, Maeztu defendió la modificación de «las condiciones de sufragio, sustituyendo el universal por otro, y negándolo a los indiferentes[95]».

Sin embargo, su presencia en la Sección Primera fue efímera. A finales de año, era nombrado Embajador en la República Argentina, donde entró en contacto con sectores nacionalistas y con el Padre Zacarías Vizcarra, acuñador del término *Hispanidad*. El episodio más doloroso de su etapa como embajador debió ser, sin duda, su encuentro y enfrentamiento con Ortega, que había sido invitado por la Asociación de Amigos del Arte para dar un ciclo de conferencias en Buenos Aires. Según informó a Primo de Rivera: «En atención a su gran talento salí a recibirle cuando vino. Después dijo él —creo que ya está arrepentido— que, aunque no se proponía hablar mal del gobierno español, valía más que nos alejáramos, debido a mi actitud de personalísima adhesión a Usted[96]».

La ruptura definitiva de Ortega con la Dictadura tuvo lugar alrededor de 1928, cuando Primo de Rivera no le permitió publicar un artículo en *El Sol*. Además, criticó el proyecto de Estatuto Universitario del ministro Eduardo Callejo, que autorizaba a los agustinos y jesuitas a impartir títulos académicos. E incluso dimitió de su cátedra en protesta por la represión a cargo del régimen de los estudiantes contrarios a tales medidas. Cuando se produjo la caída de Primo de Rivera, su valoración de su régimen fue completamente negativa. El Dictador había sido el «*enfant terrible*» del antiguo régi-

---

[93] Ramiro de Maeztu, «El sentido reverencial del dinero», en *Obra*, Madrid, Editora Nacional, 1974, edic. orig. de 1925-1926, págs. 771 y sigs.

[94] «La reforma de la Constitución», *El Mundo,* 8 de diciembre de 1927; «Ni caciques ni demagogos», *La Nación*, 12 de mayo de 1927; «El brazo popular», *La Nación*, 2 de junio de 1927.

[95] Archivo del Congreso de Diputados, Asamblea Nacional Consultiva, Proyecto de Constitución, Legajo 667, Sesión 10, 16 de diciembre de 1927.

[96] Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Legajo 1302, 13 de noviembre de 1928.

digitalia
www.digitalia.us

men[97]. Y es que seguía siendo un liberal. En su obra *La rebelión de las masas*, criticó el fascismo y el bolchevismo, como movimientos políticos propios del hombre-masa. Se mostró partidario de la unidad europea, como respuesta al desafío comunista; y, pese a sus críticas a la masificación de las sociedades contemporáneas, consideraba la democracia liberal como «la más alta voluntad de convivencia[98]».

Caída la Dictadura, Maeztu dimitió de su cargo y regresó a España de inmediato. Sus posiciones eran diametralmente opuestas. Ortega apostó por la República. Su célebre artículo «El error Berenguer» fue un golpe maestro contra una Monarquía que pasaba por una de sus peores crisis. A su entender, la Restauración había dado de sí cuanto podía; y la única solución venía de la mano del nuevo régimen republicano[99]. Poco después, junto a Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, fundó la Agrupación al Servicio de la República[100]. Por su parte, Maeztu se afilió a la Unión Monárquica Nacional, que agrupaba a los primorriveristas. Y sostuvo, en artículos y conferencias, que la auténtica «constitución» de la sociedad española era la «Monarquía militar»; y es que hasta que la nación española no se dotara de una conciencia nacional unitaria, basada en el catolicismo, el Ejército, unido a la Monarquía, seguiría siendo la única institución consistente, de la que dependían el aparato político y la estructura social[101].

Epílogo de muerte y desilusión

Tras el 14 de abril, Maeztu estimó que la República equivalía a la revolución y a la disolución de la sociedad, porque «sin unidad de mando, que es lo que llamo Monarquía militar, no es concebible, en muchos años, la unidad española[102]».

Diputado por León, Ortega era mucho más optimista, en principio; pero no tardó en distanciarse del régimen que tanto había contribuido a instaurar. En sus discursos parlamentarios, se mostró partidario de un «Estado fuerte», de una «economía organizada» y de una «democracia poco parlamentaria y charladora». Abogó por la separación de la Iglesia y el Estado; pero criticó el anticlericalismo de las izquierdas. Notable fue su discurso sobre el Estatuto de Cataluña, en el que acusó al nacionalismo catalán de «particularismo» y de «señerismo». Se negó a ceder a las instituciones autonómicas la enseñanza y el orden judicial. Contrario, además, a la política seguida por el gobierno republicano-socialista, pidió la «rectificación de la República» y la organización de un partido de «dimensión enorme». Finalmente desilusionado y aislado, abandonó la vida política activa, disolviendo la Agrupación al Servicio de la República[103].

---

[97] «Organización de la decencia nacional», *El Sol*, 5 de febrero de 1930.

[98] José Ortega Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, Madrid, 1981, págs. 77 y sigs.; edic. orig. de 1930.

[99] «El error Berenguer», *El Sol*, 15 de noviembre de 1930.

[100] Véase Margarita Márquez Padorno, *La Agrupación al Servicio de la República*, Madrid, El Arquero/Biblioteca Nueva, 2003.

[101] «La constitución de España», *Ahora*, 12 de marzo de 1931.

[102] «La República en España. La impresión de un monárquico», *La Prensa*, 8 de mayo de 1931; «La caída de Don Alfonso», *Criterio,* 23 de mayo de 1931; «La necesidad de la Monarquía militar», *Criterio*, 21 de abril de 1931.

[103] José Ortega y Gasset, *Rectificación de la República*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, edic. orig. de 1931, págs. 57 y sigs.

digitalia
www.digitalia.us

Mientras tanto, Maeztu fundó, junto a Eugenio Vegas y el marqués de Quintanar, la revista y sociedad de pensamiento monárquico *Acción Española*, cuyo proyecto político, heredero de Balmes, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo, perseguía la instauración de una Monarquía tradicional, confesional y corporativa, mediante un golpe de Estado militar[104]. Significativamente, el historiador católico Jesús Pabón se refirió a este grupo como «Agrupación al Servicio de la Monarquía[105]». En las páginas de la revista monárquica, la figura de Ortega salió muy mal parada, como representante de la heterodoxia política, cultural y religiosa[106]. De hecho, *Defensa de la Hispanidad* fue, en gran medida, la réplica de Maeztu a las tesis defendidas por Ortega en *España invertebrada*. Frente a la interpretación orteguiana de que España nunca tuvo en su historia una etapa ascendente, Maeztu sostuvo que la nación española creó en el siglo XVI, con el descubrimiento de América, la historia universal; y que la Iglesia católica, lejos de ser una institución particularista, fue la auténtica vertebradora de la unidad nacional[107].

Al estallar la guerra civil, el filósofo madrileño, acosado por los revolucionarios, consiguió exiliarse en Francia; algo que no pudo hacer Maeztu, quien fue asesinado por los republicanos, en noviembre de 1936. Ortega no hizo ningún comentario sobre la muerte de su antiguo amigo. Triste fin para una larga y dificil relación.

---

[104] Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.

[105] Jesús Pabón, *Palabras en la oposición*, Sevilla, 1935, págs. 210-211.

[106] Véase Pedro Carlos González Cuevas, «Ortega y Gasset ante las derechas españolas», *Revista de Estudios Políticos* núm. 133 (2006), págs. 59-116.

[107] Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Fax, 1934.

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

BIBLIOGRAFÍA

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

1881-1909. L'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire, Le Caire, Impr. de l'Institut Français, 1909.
AAVV, *Congrés Internacional d'Historia. Catalunya: la Restauració, 1875-1923*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992.
— *Industria i ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.
— «Sport & propagande, XIX[e]-XX[e] siècle», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 88 (2002).
— *El reformismo social en España. La Comisión de Reformas Sociales*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Cajas de Ahorro de Córdoba, 1987.
Abellán, José Luis, *Sociología del 98*, Barcelona, Península, 1973.
Abelson, Elaine S., *When Ladies Go a-Thieving: Middle-Class Shoplifters in the Victorian Department Store*, Oxford and Nueva York, Oxford University Press, 1989.
Agulhon, Maurice, *Le Cercle dans la France bourgeoise 1800-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, París, Armand Colin, 1977.
Alarcón Caracuel, Manuel R., *El derecho de asociación obrera en España (1839-1900)*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975.
Alvuera Guinaldos, Antonio, *Vida cotidiana en Málaga a fines del siglo XIX*, Málaga, Ágora, 1998.
Almagro Sanmartín, Melchor, *El nuevo liberalismo*, Madrid, 1910.
Alonso, Luis Enrique y Conde, Fernando, *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 1994.
Alós Ferrando, Vicente R., *Félix Azzati*, Valencia, Diputación Provincial, 1997.
Altamira, Rafael, «Discurso de apertura del curso académico 1898-1899, pronunciado en la Universidad de Oviedo», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XXII, núm. 464 (Noviembre de 1898).
— «El patriotismo y la Universidad», discurso de apertura del curso académico 1898-1899 pronunciado en la Universidad de Oviedo», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XXII, núm. 464 (Noviembre de 1898).
— *Mi viaje a América*, Madrid, G. López del Horno, 1911.
Álvarez Junco, José, «El nacionalismo español como mito movilizador» en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997.

digitalia
www.digitalia.us

ÁLVAREZ JUNCO, José, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.
— *Mater dolorosa*, Madrid, Taurus, 2003.
AMORÓS, Andrés, *Luces de Candilejas. Los espectáculos en España (1898-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
ANREW, Christopher, *Théoplile Delcassé and the making of the Entente Cordiale. A Reappraisal of French Foreign Policy 1898-1905*, Londres, Macmillan, 1968.
ANGELL, Norman, *The Great Illusion*: *a study of the relation of military power in nations to their economic and social advantage*, Londres, Heinemann, 1912.
ANGUERA, Pere, *Els precedents del catalanisme: catalanitat i anticentralisme: 1808-1868*, Barcelona, Empuries, 2000.
ANGUERA, Pere; BERAMENDI, Justo G. y FORCADELL, Carlos, *Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Centre de Lectura de Reus, 1994.
ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes, *Familia, trabajo y reproducción social: una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del antiguo régimen*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.
— «La "cuestión social" como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)», *Historia Contemporánea*, núm. 21 (2000), págs. 395-458.
ARCAS CUBERO, Fernando, *El republicanismo malagueño durante la Restauración (1875-1923)*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1985.
ARIES, Philip y DUBY, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1989.
ASÚN, Raquel, «El europeísmo de "La España Moderna"», en José Luis García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985, págs. 469-487.
BACHOUD, Andrée, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel, *El Real Madrid en la Historia de España*, Madrid, Taurus, 2002.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel (coord.), *Historia de España. Siglo XX, 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2000.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931*, Madrid, Alfoz/Comunidad Autónoma de Madrid/Universidad Complutense de Madrid, 1989, 2 vols.
— *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz/Comunidad de Madrid, 1989, 2 vols.
— «Madrid de territorio fronterizo a región metropolitana», en Juan Pablo Fusi (dir.), *España. Autonomías*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, págs. 519-615.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel; MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Madrid, Secretaría General de Comunicaciones, 1993.
— *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Barcelona, Lunwerg/E.P.E. Correos y Telégrafos, 1998.
— *Las telecomunicaciones en España. Del telégrafo óptico a la sociedad de la información*, Salamanca, Ministerio de Ciencia y Tecnología/Secretaría de Estado de Telecomunicaciones y para la Sociedad de la Información, 2002.
— *El Palacio de Comunicaciones. Un siglo de historia de Correos y Telégrafos,* Barcelona, Lunwerg/E.P.E. Correos y Telégrafos, 2000.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel y CAYUELA FERNÁNDEZ, José G., *Hacer las Américas: las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992.
BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús (coords.), *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1994.
BAILEY, Peter, *Leisure and Class in Victorian England*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

digitalia
www.digitalia.us

BAKER, William J., «The Making of a Working-Class Football Culture in Victorian England», *Journal of Social History*, vol. XIII, núm. 2 (1979), págs. 241-251.
BALCELLS, Albert y PUJOL, Enric, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans, 1907-1942*, Barcelona, Afers, 2002.
BALDWIN, Peter, *La política de solidaridad social. Bases sociales del Estado de bienestar europeo, 1875-1975*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
BARATAS, Luis Alfredo, «La influencia francesa en el proyecto de reforma universitaria español de principios del siglo XX: una analogía incompleta», *Hispania*, vol. LV/2, núm. 190 (1995), págs. 645-672.
BARKER, J. E., «The Economic decay of Great Britain», *Contemporary Review*, núm. 79 (1901), págs. 781-812.
BARNOSELL JORDÀ, Genís, *Orígens del sindicalisme català*, Vic, Eumo, 1999.
BAROJA, Pío, *El árbol de la ciencia*, Madrid, Renacimiento, 1911.
— *Hojas sueltas*, Madrid, Caro Raggio, 1973.
BARRAGÁN MORIANA, Antonio, «El republicanismo andaluz en el cambio de siglo: del 98 a la I Guerra Europea», en Manuel Morales Muñoz (ed.), *Republica y modernidad. El republicanismo en los umbrales del siglo XX*, Málaga, CEDMA, 2006.
BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón, «Los grandes movimientos políticos: Gallegismo, Agrarismo y Movimiento Obrero», en *Historia Contemporánea de Galicia*, La Coruña, Ediciones Gamma, 1982, vol. II.
BARREIRO, Agustín, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1771-1935*, Aranjuez, Ediciones Doce Calles/CSIC, 1992.
BARRIO, Ángeles, «Culturas obreras, 1880-1920», en Uría, Jorge (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, págs. 109-129.
— «El derecho de asociación en la crisis de fin de siglo. España e Italia», en Silvana (ed.), *Intorno al 1898. Italia e Spagna nella crisi di fine secolo*, Milán, Franco Angeli, 2001, págs. 137-157.
BÉCKER Y GONZÁLEZ, Jerónimo, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX (Apuntes para una Historia diplomática)*, Madrid, Imprenta de Jaime Ratés, 1924.
BENACH, Nuria; NASH, Mary y TELLO ROBIRA, Rosa (eds.), *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Barcelona, Bellaterra, 2005.
BERAMENDI, Justo, «Incidencia ideológica del neocarlismo y el socialcatolicismo en el regionalismo gallego terminal (1907-1916)», en AAVV, *Jubilatio. Homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a los profesores D. Manuel Lucas Álvarez y D. Ángel Rodríguez González*, Santiago, Universidad de Santiago de Compostela, 1987.
— «Proyectos gallegos para la articulación política de España», *Ayer*, núm. 35 (1999), págs. 147-169.
— *El nacionalismo gallego*, Madrid, Arco libros, 1997.
BERMEJO BERROS, Jesús (coord.), *Publicidad y cambio social. Contribuciones históricas y perspectivas de futuro*, Sevilla, Comunicación Social, 2005.
BLAS GUERRERO, Andrés de, *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid, Tecnos, 1991.
BORDERÍAS, Cristina; CARRASCO, Cristina y ALEMANY, Carmen (comps.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona, Icaria, 1994.
BOTREL, Jean-François, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1993.
BOURDIEU, Pierre, *Cuestiones de sociología*, Madrid, Istmo, 2003.
— *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.
BRION-GUERRY, Liliana (dir.), *L'Année 1913. Les formes esthétiques de l'œuvre d'art à la veille de la première guerre mondiale*, París, Klincksieck, 1971.
CABO VILLAVERDE, Miguel, *O agrarismo*, Vigo, A Nosa Terra, 1998.

digitalia
www.digitalia.us

CACHO VIU, Vicente, «La imagen de las dos Españas», *Revista de Occidente*, Madrid, núm. 60 (mayo de 1986), págs. 49-70.
— *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, 1998.
— *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Rialp, 1962.
— *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
— *Protagonistas de la historia con los que convivimos*, Madrid, Fomento de Bibliotecas, 1982.
— *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
CALLE VELSACO, María Dolores de la, «Sobre los orígenes del Estado social en España», en Mariano Esteban de Vega (ed.), «Pobreza, beneficencia y política social», *Ayer*, núm. 25 (1997), págs. 127-150.
— *La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
CALVO CALVO, Ángel, «El teléfono en España antes de Telefónica (1877-1924)», *Revista de Historia Industrial*, núm. 13 (1998), págs. 59-81.
CAMPOAMOR, José María de, *La actitud de España en la cuestión de Marruecos*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951.
CAMPS I ARBOIX, Joaquim de, *Història de la Solidaritat Catalana*, Barcelona, Destino, 1970.
CAMPS, Enriqueta, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995.
CAPEL SÁEZ, Horacio, «Estado, administración municipal y empresa privada en la organización de las redes telefónicas en las ciudades españolas (1877-1923)», *Revista GeoCrítica*, núm. 100 (Diciembre de 1994), págs. 5-61.
CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo, «Intelectuales, universidad y opinión pública. El grupo de Oviedo», *Historia y Política*, núm. 8 (2002), págs. 9-37.
CARASA SOTO, Pedro, «Castilla y León» en José Varela Ortega (dir.), *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pág. 180.
CARASA SOTO, Pedro (coord.), *Ayuntamiento, Estado y sociedad. Los poderes municipales en la España contemporánea*, Valladolid, Instituto de Historia Simancas/Ayuntamiento de Valladolid, 2000.
CARASA SOTO, Pedro (dir.), *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.
— *Elites castellanas de la Restauración*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2004, 2 vols.
CARBONELL, Jaume, *Els orígens de les associacions corals d'Espanya (ss. XIX-XX)*, Barcelona, Oikos-Tau, 1998.
CARBONELL, Joan Anton, *Molins de Rei: vida social i política (1868-1936)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991.
CASTELLS, Luis, «La Bella Easo: 1864-1936», en ARTOLA, Miguel: *Historia de Donostia, San Sebastián*, San Sebastián, Nerea, 2000, págs. 283-386.
— *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
CASTILLEJO, Daniel (ed.), *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo*. vol. *I: Un puente hacia Europa, 1896-1909*, Madrid, Castalia, 1997.
— *Epistolario de José Castillejo*. vol. *III. Fatalidad y porvenir, 1913-1937*, Madrid, Castalia, 1999.
CASTRO, Concepción de, *La revolución liberal y los municipios españoles: 1812-1868*, Madrid, Alianza, 1979.
CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.), *Un siglo de España: centenario 1898-1998*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1998.

digitalia
www.digitalia.us

CEREZO GALÁN, Pedro, «El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14», en Pedro Laín Entralgo (coord.), *La edad de plata de la cultura española (1898-1936). I: Identidad, pensamiento y vida. Hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, tomo XXXIX, vol. 1, de la Historia de España Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover.

CEREZO GALÁN, Pedro, «La doble crisis, ideológica e intelectual, del 98», en Octavio Ruiz-Manjón y Alicia Langa (eds.), *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, UCM/Biblioteca Nueva, 1999, págs. 603-623.

CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, *Historia social de la familia en España*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert/Diputación de Alicante, 1990.

CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco y HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (eds.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Antrophos, 1992.

CHARLE, Christophe, «La question de l'État de Jaurès à Léon Blum. Actes du colloque Jaurès et l'Etat», *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, núm. 150 (1998), pág. 44-57.

— «Opera in France, 1870-1900: between nationalism and foreign imports», en Victoria Johnson, Jane F. Fulcher y Thomas Ertman, *Opera and Society in Italy and France from Monteverdi to Bourdieu*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

— «Pour une histoire sociale comparée des débats intellectuels internationaux, l'exemple de la crise fin de siècle», en Marcelo Caruso y Heinz-Elmar Tenorth (Hg.), *Internationalisierung, Internationalisation, Semantik und Bildungssystem in vergleichende Perspektive*, Frankfurt/Main, Peter Lang, 2002, págs. 167-184.

— *La République des Universitaires (1870-1940)*, París, Fayard, 1994.

— *Paris fin de siècle*, París, Le Seuil, 1998.

CHREVILLON, André, *Etudes anglaises*, París, Hachette, 1901.

CHICKERING, Roger, *We Men Who Feel Most German. A Cultural Study of the Pan-German League 1886-1914*, Londres, Allen & Unwin, 1984.

CIANFEROTTI, Giulio, *Giuristi e mondo accademico di fronte all'impresa di Tripoli*, Milano, Dott. A. Giuffrè, 1984.

CIROT, Georges, «La Réforme de l'Enseignement primaire en Espagne», *Revue Pédagogique*, t. 56 (Enero-Junio de 1910).

CLARET MIRANDA, Jaume, *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.

CLARKE, Ignatius F. (ed.), *The Great War with Germany, 1890-1914. Fictions and Fantasies of the War-to-Come*, Liverpool, Liverpool University Press, 1997.

CLARKE, John y CRITCHER, Chas, *The Devil Makes Work: Leisure in Capitalist Britain*, Urbana & Chicago, University of Illinois Press, 1985.

COLIN, Mariella (ed.), *Polémiques et dialogues, les échanges culturels entre la France et l'Italie de 1880 à 1918*, Caen, Centre de Publications de l'Université de Caen, 1988.

COMISIÓN DE REFORMAS SOCIALES, *Información oral y escrita, practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883*, Madrid, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1893.

CORBÍN FERRER, Juan Luis, *El Ensanche de la ciudad de Valencia de 1884*, Valencia, Colegio Oficial de Arquitectos Comunidad Valenciana, 1984.

— *El Ensanche noble de Valencia. Entre Colón y Gran Vía Marqués del Turia*, Valencia, Federico Doménech, 1996.

CORBIN, Alain, *L'avènement des loisirs, 1850-1960*, París, Flammarion, 1995.

COSSON, Olivier, «Expériences de guerre et anticipation à la veille de la Première Guerre Mondiale. Les milieux militaires franco-britanniques et les conflits extérieurs», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. L, núm. 3 (2003), págs. 127-147.

COSTA, Joaquín, «Reconstitución y europeización de España. Mensaje y programa de la Cámara agrícola Aragón», en *Joaquín Costa, Reconstitución y europeización de España y otros escritos*, Madrid, 1981.

digitalia
www.digitalia.us

CRAWFORD, Elizabeth, *La fondation des prix Nobel scientifiques 1901-1915*, París/Berlin, 1988.
CROSSICK, Geoffrey y JAUMAIN, Serge (eds.), *Cathedrals of Consumption. The European Department Store 1850-1939*, Aldershot, Ashgate, 1999.
CRUZ ARTACHO, Salvador, *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad social en Granada, 1890-1923*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1994.
CUCÓ, Alfons, *El valencianismo político, 1874-1939*, Barcelona, Ariel, 1977.
CUCÓ, Josepa, *Antropología urbana*, Barcelona, Ariel, 2004.
CUESTA BUSTILLO, Josefina, *Los seguros sociales en la España del S. XX: Hacia los seguros sociales obligatorios. La crisis de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988, vol. II de Los Seguros Sociales en la España del Siglo XX, coord. por María Dolores Gómez Molleda.
CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, «Prostitución y legislación en el siglo XIX. Aproximación a la consideración social de la prostituta», en M.ª del Carmen García-Nieto París (coord.), *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, I, págs. 247-258.
CUEVAS, Carmen de las, *El Orfeón Donostiarra, 1897-1997: proyección social, cultural y educativa*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2000.
CULLA I CLARÀ, Joan B., *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923*), Barcelona, Curial, 1986.
D'ORSI, Angelo, *I Chierici alla guerra. La seduzione bellica sugli intellettuali da Adua a Baghdad*, Torino, Bollati Boringhieri, 2005.
DALE, Tim, *Harrod's: The Store and the Legend*, Londres, Pan Books, 1981.
DARDÉ, Carlos, «Significado político e ideológico de la Ley de Sufragio Universal de 1890», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, núm. 10-11 (1993-1994), págs. 67-82.
DELAUNAY, Jean-Marc, *Des palais en Espagne. L'Ecole des Hautes Études Hispaniques et la Casa de Velázquez au cœur des relations franco-espagnoles du XXè siècle (1898-1979),* Madrid, Casa de Velázquez, 1994.
DÉMIER, Francis, *Histoire des politiques sociales. Europe, XIX^e^-XX^e^ siècles*, París, Seuil, 1996.
DEMOLINS, Edmond, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?*, París, Anthropos, 1998.
DÍAZ, Lorenzo, *La España alegre. Ocio y diversión en el siglo XX*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.
Documents Diplomatiques Français relatifs aux origins de la guerre de 1914, París, Imprimerie Nationale, 1929-1954.
DOPICO, Fausto y REHER, David-Sven, *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, Huesca, ADEH, 1998.
DREYFUS, Michel y GIBAUD, Bernard (dirs.), *Mutualités de tous les pays. «Un passé riche d'avenir»*, París, Mutualité Française, 1995.
DUARTE, Ángel, *Història del republicanisme a Catalunya*, Lleida, Eumo editorial, 2004.
— *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida, Editorial Milenio, 1998.
DUMUIS, Solange (ed.), *Le Printemps, cent ans de jeunesse*, París, Groupe Printemps, 1965.
DURÁN, José Antonio, *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
— *Crónicas 1. Agitadores, poetas, caciques, bandoleros y reformadores en Galicia*, Madrid, Akal, 1974.
DUSIGNE, Jean-François, *Le Théâtre d'art: aventure européenne du XXe siècle*, París, Ed. Théâtrales, 1997.
ECHAIDE LIZASOÁIN, I. M., *Los veinte primeros años de la red telefónica de Guipúzcoa (1908-1928)*, San Sebastián, Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, 1954.
ELIAS, Norbert y DUNNING, Eric, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, FCE, 1992.

digitalia
www.digitalia.us

ENDERS, Armelle, «Positivisme et mythe de la frontière dans l'expediçao cientifica Roosevelt-Rondon au Mato Grosso et en Amazonie, 1913-1914», *Revue d'histoire d'outremer*, núm. 85 (1998), págs. 83-104.

ERICE, Francisco, *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1835-1885)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1995, 2 vols.

ESCALERA, Javier, *Sociabilidad y asociacionismo: estudio de Antropología Social en el Aljarafe sevillano*, Sevilla, Diputación Provincial, 1990.

ESCUDERO, Antonio, *Minería e industrialización de Vizcaya*, Barcelona, Crítica, 1998.

ESPADAS BURGOS, Manuel, *La Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Un Guadiana junto al Tíber*, Madrid, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

ESPIGADO TOCINO, Gloria, «La solución pedagógica del "regeneracionismo" de cátedra», en Rafael Sánchez Mantero (ed.), *En torno al «98». España en el tránsito del siglo XIX al XX*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, vol. II, págs. 117-131.

FACIABÉN LACORTE, Patricia, «Los grandes almacenes en Barcelona», *Scripta Nova*, vol. VII, núm. 140 (Mayo de 2003).

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1933.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *Ortega y el 98*, Madrid, Rialp, 1961.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993.

FERNÁNDEZ PRIETO, X.; NÚÑEZ SEIJAS, X. M.; ARTEAGA REGO, A. y BALBOA, X. (coords.), *Poder local, elites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago, Universidade de Santiago, 1997.

FOLGUERA, Pilar, *Vida cotidiana en Madrid. El primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987.

FORTH, Christopher E., *Zarathustra in Paris. The Nietzsche Vogue in France, 1891-1918*, De Kalb, Northern Illinois University Press, 2001.

FRÍAS CORREDOR, Carmen y TRISÁN CASALS, Miriam, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987.

FRIERA, Florencio, *Ramón Pérez de Ayala, testigo de su tiempo*, Gijón, Fundación Alvargonzález, 1997.

FULCHER, Jane F., *French Cultural Politics and Music. From the Dreyfus Affair to the Great War*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

FUSI, Juan Pablo, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2003.

FUSI, Juan Pablo y NIÑO, Antonio, *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

GADY, Eric, *Le pharaon, l'égyptologue et le diplomate. Les égyptologues français en Egypte, du voyage de Champollion à la crise de Suez (1828-1956),* Tesis doctoral inédita, Université de Paris IV, 2005.

GALLARDO ROMERO, Juan José y OYÓN BAÑALES, José Luis, *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Barcelona, Carena, 2005.

GARCÍA ABAD, Rocío, *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2005.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert, «La Fabricació de la fàbrica: treball i política a la Catalunya cotonera (1784-1884)», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, núm. 14 (2003), págs. 189-200.

— *La fabricació de la fàbrica*, Barcelona, Publicacions Abadía Montserrat, 2004.

GARCÍA VENERO, Maximiano, *Melquíades Alvárez. Historia de un liberal*, Madrid, Giner, 1974.

GARMENDIA, José María; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y MONTERO, Manuel, *Ferrocarriles y desarrollo: red y mercados en el País Vasco (1856-1914)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

GARRABOU, Ramón (coord.), *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1992.
GAUTHIER, Christophe; ORY, Pascal y VEZYROGLOU, Dimitri (coords.), «Dossier: Pour une histoire cinématographique de la France», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. LI, núm. 4 (2004).
GETTELL, Raymond G., *Historia de las ideas políticas*, Barcelona, Labor, 1937[2].
GINER DE LOS RÍOS, Francisco, *El problema de la educación nacional y las clases productoras*, Madrid, 1900.
— «La universidad española», en *Obras Completas*, Madrid, 1916, II, págs. 1-149.
— *Ensayos sobre educación*, Madrid, Ed. de La Lectura, 1917.
GIRAULT, René, *Diplomatie européenne et impérialismes, 1871-1914*, París, Masson, 1979.
GÓMEZ BRAVO, Gutmaro, *Crimen y castigo. Cárceles, justicia y violencia en la España del siglo XIX*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2005.
— *Los delitos y las penas. La ciudad judicial y penitenciaria. Alcalá de Henares 1800-1900*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2006.
GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: «Las limitaciones del liberalismo en España: El *ángel del hogar*», en Pablo Fernández Albaladejo y Margarita Ortega López (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. Tomo III. Política y Cultura*, Madrid, Alianza, 1995, págs. 515-532.
GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.), «Las relaciones de género», *Ayer*, núm. 17 (1995).
GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y NIELFA, Gloria (eds.), «Mujeres, hombres, historia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 28 (2006), págs. 9-190.
GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza, 2005.
GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, «Ortega y Gasset ante las derechas españolas», *Revista de Estudios Políticos* núm. 133 (2006), págs. 59-116.
— *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.
— *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
GONZÁLEZ HONTORIA, Manuel, *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.
GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel, *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2001, 2 vols.
GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel; URRUTIKOETXEA LIZÁRRAGA, Josetxo y ZÁRRAGA, Karmele (eds.), *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2003.
GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.), *IV Congreso Asociación de Demografía Histórica*, Bilbao, UPV/EHU, 1995.
— *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.
GOOCH, George Peabody y TEMPERLEY, Harold, *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914*, Londres, HMSO, 1927-1938.
GRANJA, José Luis de la, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 2002.
GUEREÑA, Jean-Louis, «Las Casas del Pueblo y la educación obrera a principios del siglo XX», *Hispania*, vol. LI/2, núm. 178 (1991) págs. 645-692.
— «Las instituciones culturales: políticas educativas», en Serge Salaün y Carlos Serrano, *1900 en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana: «Hegemonía conservadora y movilización republicana en la dinámica electoral del reinado de Alfonso XIII: las elecciones de 1907 en Valencia», *Pasado y Memoria*, núm. 2 (2003), págs. 178-186.
HALÉVY, Élie, *Correspondance*, París, de Fallois, 1996.

digitalia
www.digitalia.us

HALÉVY, Élie, *L'Angleterre et son empire*, París, Pages Libres, 1905.
HAMILTON, Keith A., «Great Britain, France, and the Origins of the Mediterranean Agreements of 16 May 1907», en Brian J. C. McKercher y David J. Moss (eds.), *Shadow and Substance in British Foreign Policy 1895-1939. Memorial Essays Honouring C.J. Lowe*, Edmonton, The University of Alberta Press, 1984, págs. 115-150.
HANNA, Martha, *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.
HENDRICKSON, Robert, *The Grand Emporiums: The Illustrated History of America's Great Department Stores*, Nueva York, Stein and Dag, 1979.
HENNEGAN, Alison, «Personalities and Principles: Aspects of Literature and Life in *Fin-de-Siècle* England», en Mikulas Teich y Roy Porter (eds.), «*Fin de siècle» and its Legacy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 170-215.
HERRERO PUYUELO, María Blanca, *La Comisión de Reformas Sociales en Palencia (1884-1903)*, Palencia, Ayuntamiento de Palencia, 1990.
HESSEL, Franz, *Promenades dans Berlin*, Grenoble, PUG, 1989.
HOBSON, John A., *Imperialism: A Study*, Londres, Nisbet, 1902.
HOWER, Ralph M., *History of Macy's of New York 1858-1919: Chapters in the Evolution of the Department Store*, Cambridge, Harvard University Press, 1964.
HUGHES, H. Stuart, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.
IBISATE ELICEGUI, M.ª Luisa, *La telefonía en Guipúzcoa: un modelo original*, San Sebastián, Fundación Kutxa, 1998.
INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES, *Estadística de asociaciones. Censo electoral de asociaciones profesionales para la renovación de la parte electiva del Instituto y de las Juntas de Reformas Sociales y relación de las instituciones de ahorro, cooperación y previsión en 30 de junio de 1916*, Madrid, Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1917.
— *Estadística de la asociación obrera en 1.º de noviembre de 1904*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1907.
— *Estadística de las instituciones de ahorro, cooperación y previsión en 1.º de noviembre de 1904*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1908.
— *Memoria acerca de la información agraria en ambas Castillas encomendada a este Centro por Real Orden de 25 de junio de 1904, redactada por Adolfo Álvarez Buylla y González Alegre*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1904.
— *Miseria y conciencia del campesinado castellano. Memoria acerca de la información agraria de ambas Castillas*, Madrid, Narcea, 1977, introducción, notas y comentario de textos por Julio Aróstegui Sánchez.
JAURÈS, Jean, *L'Armée nouvelle*, París, Imprimerie nationale, 1992, n. ed. presentada por J. N. Jeanneney.
JIMÉNEZ LANDI, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, 4 vols.
JOVER ZAMORA, José María, «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII», en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, tomo XXXVIII, vol. I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover, págs. XXV-CLXIII.
— «Gibraltar en la crisis internacional del 98» en *Política, diplomacia y humanismo popular: Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976.
— *1898: teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.
JUDERÍAS, Julián, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Barcelona, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914.

digitalia
www.digitalia.us

JULIÁ, Santos, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de razón práctica*, núm. 66 (Octubre de 1996), pp, 10-21.
— «Literatos sin pueblo: la aparición de los "intelectuales" en España», *Studia Histórica*, núm. 16 (1998), págs. 107-121.
— *Historias de las dos Españas,* Madrid, Taurus, 2004.
— *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997.
JULIÁ, Santos; RINGROSE, David y SEGURA, Cristina, *Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Alianza, 1995.
KAELBLE, Hartmut, *Europäer über Europa: die Entstehung des europäischen Selbstverständnisses im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt/Nueva York, Campus, 2001.
KAGAN, Richard L., «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain» en Richard L. Kagan (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana & Chicago, University of Illinois Press, 2002, págs. 247-276.
KARADY, Victor, «Student Mobility and Western Universities: Patterns of Unequal Exchange in the European Academic Market, 1880-1939», en Christophe Charle, Jurgen Schriewer y Peter Wagner (eds.), *Transnational Intellectual Networks*, Frankfurt, Campus, 2004, páginas 361-399.
KENNEDY, Paul M., *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, Londres, The Ashfield Press, 1980.
KORINMAN, Michel, *«Deutschland über alles». Le pangermanisme 1890-1945*, París, Fayard, 1999.
— *Quand l'Allemagne pensait le monde: grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, Fayard, 1990.
LABAJO VALDÉS, Joaquina, *Aproximación al fenómeno orfeonístico en España (Valladolid, 1890-1923)*, Valladolid, Diputación Provincial, 1987.
LABRA, Rafael María de, *El Ateneo*, Madrid, 1906.
LAERMANS, Rudi, «Aprendiendo a consumir: los primeros grandes almacenes y la formación de la moderna cultura del consumo (1860-1914)», *Revista de Occidente* núm. 162 (noviembre de 1994), págs. 121-144.
LAÍN ENTRALGO, Pedro, *La Generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
LANCASTER, William, *The Department Store: A Social History*, Londres, Leicester University Press, 1995.
LAPORTA, Fernando; RUIZ MIGUEL, Alfonso; SOLANA, Javier y ZAPATERO, Virgilio (eds.), «Los orígenes culturales de la Junta para la Ampliación de Estudios», *Arbor*, núm. 493-499 (1987).
LARRAZA, M.ª del Mar, *Aprendiendo a ser ciudadanos. Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*, Pamplona, Eunsa, 1997.
LAURENT, Sébastien, *Daniel Halévy. Du libéralisme au traditionalisme*, París, Grasset, 2001.
LÉCUYER, Marie-Claude y SERRANO, Carlos, *La Guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne. Idéologies et colonialisme en Espagne, 1859-1904*, París, Presses Universitaires de France, 1976.
LELIÈVRE, Renée, *Le théâtre dramatique Italien en France 1855-1940*, París, Armand Colin, 1959.
LEÓN Y CASTILLO, Fernando, *Mis tiempos*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1921.
L'histoire et l'œuvre de l'École Française de Rome, París, E. de Boccard, 1931.
LINDEMANN, Thomas, *Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914*, París, Economica, 2001.
LIVI BACCI, Massimo (coord.), *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert/Diputación de Alicante, 1991.
LIVI, François, «Le "Saut vital". Le monde littéraire Italien à Paris 1900-1914», en André Kaspi y Antoine Marès (dirs.), *Le Paris des étrangers*, París, Imprimerie Nationale, 1989, pág. 312-327.

digitalia
www.digitalia.us

LLOPIS Y PÉREZ, Antonio, *Historia política y parlamentaria de D. Nicolás Salmerón y Alonso*, Madrid, Imprenta de Ediciones España, 1915.
LÓPEZ RUIZ, José María, *Aquel Madrid del cuplé*, Madrid, El Avapiés, 1988.
LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936,* Madrid, Marcial Pons, 2006.
LORIN, Henri, «L'Université d'Oviedo et l'enseignement populaire», *Annales du Musée Social*, agosto de 1909.
— «Les nouvelles tendences en matière d'instruction publique en Espagne», *Bulletin Hispanique*, t. 12 (1910), págs. 207-223.
LUENGO, Félix, *Crecimiento económico y cambio social. Guipúzcoa, 1917-1923*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990.
LUIS MARTÍN, Francisco de, *Cincuenta años de cultura obrera en España*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1994.
LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis, *Las Casas del pueblo socialista en España (1900-1936): estudio social y arquitectónico*, Barcelona, Ariel, 1997.
MACÍAS PICABEA, Ricardo, *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*, Madrid, Victoriano Suárez, 1899.
MADARIAGA, María Rosa de, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, Biblioteca de Melilla, 2000.
MAEZTU, Ramiro de, «Autobiografía», en *Obra*, Madrid, Editora Nacional, 1974.
— «El sentido reverencial del dinero», en *Obra*, Madrid, Editora Nacional, 1974, edic. orig. de 1925-1926.
— «Introducción», en Arnold Toynbee, *El terrorismo alemán en Bélgica*, Londres, Hayman, Christy & Lily, 1917.
— *Debemos a Costa*, Zaragoza, 1911.
— *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Fax, 1934.
— *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Madrid, Espasa Calpe, 1926.
— *Hacia otra España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, edic. orig. de 1897.
— *Inglaterra en armas. Una visita al frente*, Londres, Darling & Sar, 1916.
— *La crisis del humanismo*, Barcelona, Minerva, 1919.
— *La libertad y sus enemigos*, Bilbao, Sociedad *El Sitio*, 1910.
— *La revolución y los intelectuales*, Madrid, 1910.
MANTOUX, Paul, *A travers l'Angleterre contemporaine*, París, Alcan, 1909.
MARAGALL, Joan, «El maestro y el padre», *Diario de Barcelona*, 9 de enero de 1906, en *Obres Completes*, Barcelona, Selecta, 1981, t. 2, págs. 712-714.
MARCHENA DOMÍNGUEZ, José, *Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración (1876-1909). Economía, vida política y pensamiento de una ciudad en crisis*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.
MARICHAL, Juan, *El intelectual y la política*, Madrid, Residencia de Estudiantes/CSIC, 1990.
MÁRQUEZ PADORNO, Margarita, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
MARRUS, Michael R., *The Emergence of Leisure*, Nueva York, 1976.
MARTÍN CORRALES, Eloy (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Bellaterra, 2002.
MARTÍN REQUERO, María Isabel, «Consumo y publicidad en la España del primer tercio de siglo», *Publifilia, Revista de Culturas Publicitarias*, núm. 6 (junio de 2002).
MARTÍN VALVERDE, Antonio y cols., *La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987.
MARTÍN ZÚÑIGA, Francisco, *Origen, desarrollo y consuencias del analfabetismo en el primer tercio del siglo XX*, Málaga, Universidad de Málaga, 1992.
MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando, «Del sufragio universal a la Solidaridad. Salmerón en la política

digitalia
www.digitalia.us

republicana almeriense (1868-1908)», en *Nicolás Salmerón y Alonso (1837-1908). Semblanzas*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses/Unicaja, 2003, págs. 133-198.
MAS HERNÁNDEZ, Rafael, *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1982.
MASON, Tony, *Sport in Britain: A Social History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
MAURA Y GAMAZO, Gabriel (Duque de Maura) y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Por qué cayó Alfonso XIII: evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ambos Mundos, 1948.
MAZA ZORRILLA, Elena, «Mutualité et protection sociale en Espagne, 1887-1936», *Histoire et Sociétés. Revue européenne d'Histoire Sociale*, núm. 16 (2005), págs. 44-55.
— «Pobreza, trabajo y sociabilidad (siglos XIX-XX)», en *Actas del Congreso Internacional «Valladolid. Historia de una ciudad»*, Valladolid, Ayuntamiento/Instituto de Historia Simancas, 1999, vol. III, págs. 859-888.
— «Previsión social en Palencia: el retiro obrero, 1925-1930», en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1990, t. III, vol. II, págs. 687-724.
— «Sociabilidad formal en Palencia: 1887-1923», en *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1996, t. III, págs. 425-444.
MAZA ZORRILLA, Elena (coord.), *Asociacionismo en la España contemporánea: vertientes y análisis interdisciplinar*, Valladolid, Universidad/Instituto de Historia Simancas, 2003.
— *Sociabilidad en la España contemporánea: historiografía y problemas metodológicos*, Valladolid, Universidad/Instituto de Historia Simancas, 2002.
MENDIOLA GONZALO, Fernando, *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.
MÉRIMÉE, Henri, «L'Université espagnole d'après un universitaire espagnol», *Revue International de l'Enseignement*, vol. LXVII (enero-junio de 1914).
— «Revue de l'Etranger. Espagne», *Revue Pédagogique*, 2.º semestre (1904).
— «Les réformes récentes de l'Enseignement primaire en Espagne», *Bulletin Hispanique*, t. 15 (1913), págs. 450-460.
MILLÁN GARCÍA-VARELA, Jesús, «Burgesia i canvi social a l'Espanya del segle XIX, 1843-1875», *Recerques: història, economia, cultura*, núm. 28 (1994).
— «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, núm. 22 (diciembre de 2000), págs. 97-110.
— «Poderes locales, conflictividad y cambio social en la España agraria: Del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa», *Noticiario de historia agraria: Boletín informativo del seminario de historia agraria*, año 3, núm. 6 (1993), págs. 25-36.
— *El poder de la tierra: la sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo, 1830-1890*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999.
MILLÁN PRADES, José Javier y VELAMAZÁN GIMENO, M.ª Ángeles, «La implantación del teléfono en Zaragoza (1878-1928)», *Llull*, vol. XXVI (2003), págs. 631-662.
MILLARES CANTERO, Agustín, «Los federales y Lerroux (1906-1914), *Vegueta*, núm. 4 (1999), págs. 87-110.
MILLER, Michael Barry, *Au Bon Marché 1869-1920. Le Consommateur Apprivoisé*, París, Armand Colin, 1987.
MIR, Conxita, *Lleida (1890-1936): caciquismo político i lluita electoral*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1985.
MIR, Conxita (ed.), *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauració (1875-1923)*, Lérida, Virgili & Pagès/Estudi General/IEI, 1989.
MOLAS, Isidro, *Lliga Catalana. Un estudi d'Estasiología*, Barcelona, Ediciones 62, 1973.
MONGER, George W., *The End of Isolation. British Foreign Policy, 1900-1907*, Londres, Thomas Nelson & Sons, 1963.

digitalia
www.digitalia.us

MONTERO GARCÍA, Feliciano, *Orígenes y antecedentes de la previsión social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988, vol. I de Los Seguros Sociales en la España del Siglo XX, coord. por María Dolores Gómez Molleda.

MONTERO, Manuel, *La California del hierro: las minas y la modernización económica y social de Vizcaya,* Bilbao, Beta III Milenio, 1995.

MONTOYA MELGAR, Antonio, *Ideología y lenguaje en las leyes laborales de España (1873-1978)*, Madrid, Civitas, 1992.

MORA, Magdalena, «Las huellas de Azorín en el Archivo de José Ortega y Gasset. A propósito de unas cartas azorinianas», *Anales Azorinianos*, núm. 4 (1993).

MORALES MOYA, Antonio (ed.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

MORENO LUZÓN, Javier, «De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español ante la autonomía de Cataluña (1918-1919)», *Ayer*, núm. 63 (2006), págs. 119-151.

MORENO SÁEZ, Francisco, *El movimiento obrero en Alicante (1890-1923)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante, 1983.

MUÑOZ LÓPEZ, Pilar, *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

NADAL, Jordi, *Bautismos, desposorios y entierros. Estudios de historia demográfica*, Barcelona, Ariel, 1999.

NIELFA CRISTÓBAL, Gloria, *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

NIETO I TRULLÀS, Josep, *Politiques de telecomunicacióa Espanya: els origens, l'estructuració i el desenvolupament del sistem telefònic (1877-1936)*, Tesis Doctoral, Barcelona, Deparment de Periodisme, Universitat Autónoma de Barcelona, 1995.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, «La superación del aislamiento español tras el Desastre, 1898-1907» en Hipólito de la Torre y Juan Carlos Jiménez Redondo (eds.), *Portugal y España en la crisis de entresiglos (1890-1918)*, Mérida, UNED, 2000, págs. 203-259.

NUÑEZ SEIJAS, Xosé Manuel, *Emigrantes, caciques e indianos*, Vigo, Xerais, 1998.

ONÍS Y SÁNCHEZ, Federico de, *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1932.

ORRINGER, Nelson, *Cohen*, Madrid, Orto, 2000.

— *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979.

ORTEGA GASSET, José, «¿Hombres o ideas?», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. I, pág. 439, edic. orig. de 1908.

— «El genio de la guerra y la guerra alemana», en *El Espectador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, t. II, edic. orig. de 1916.

— «La ciencia y la religión como problemas politicos», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. X, págs. 105 y sigs., conferencia original de 1910.

— «La conservación de la cultura» (1908) en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, t. X, págs. 39-46.

— «La pedagogía social como proyecto político», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. X, págs. 105 y sigs., conferencia original de 1910.

— «La reforma liberal», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. X, págs. 31-38, edic. orig. de 1908.

— «Los problemas nacionales y la juventud», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. X, págs. 105 y sigs., conferencia original de 1909.

— «Proyecto de la Liga de Educación Política Española», en *Vieja y nueva política*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, edic. orig. de 1914.

— «Reforma del carácter, no reforma de costumbres» en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. 10, págs. 17-21, edic. orig. de 1907.

digitalia
www.digitalia.us

ORTEGA GASSET, José, «Sencillas reflexiones», en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, t. 10, págs. 214-225, edic. orig. de 1913.
— *Cartas de un joven español*, Madrid, Revista de Occidente, 1991.
— *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Tecnos, 2003, edic. orig. de 1923.
— *España invertebrada*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza editorial, 1981, edic. orig. de 1922.
— *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 2005, edic. orig. de 1914.
— *Rectificación de la República*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, edic. orig. de 1931.
— *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, Madrid, 1981.
ORTEGA GASSET, José y UNAMUNO, Miguel de, *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Madrid, Revista de Occidente, 1987.
OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, «La reducción de escala y la narratividad histórica», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2007), págs. 245-264.
— «Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas. La socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 25 (2003), págs. 169-198.
OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (dir.), *La destrucción de la Ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.
OTERO CARVAJAL, Luis Enrique; CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro, *La ciudad oculta: Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003.
OYÓN BAÑALES, José Luis (coord.), *Urbanismo, ciudad, historia. II.— Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Manresa, Angle, 1998.
PABLO, Santiago de, *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Bilbao, Papeles de Zabalanda, 1995.
PABÓN, Jesús, *Cambó*, Barcelona, Alpha, 1952 y 1969, 2 vóls.
— *Palabras en la oposición*, Sevilla, 1935.
PALACIO MORENA, Juan Ignacio, *La construcción del Estado social en el centenario del Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Consejo Económico y Social, 2004.
— *La institucionalización de la reforma social en España,1883-1924: La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988
PALÉOLOGUE, Maurice, *Un grand tournant de la politique mondiale (1904-1906)*, París, Plon, 1934.
PALLOL TRIGUEROS, Rubén, «Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 26 (2004), págs. 77-98.
PALOMARES, Jesús María, «El asociacionismo minero en el primer tercio del siglo XX. El sindicalismo minero de Barruelo (1900-1936)», *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»*, núm. 63 (1992), págs. 435-493.
PALOMEQUE LÓPEZ, Manuel Carlos, «La intervención normativa del Estado en la "cuestión social" en la España del siglo XIX», en Mariano Esteban de Vega (ed.), «Pobreza, beneficencia y política social», *Ayer*, núm. 25 (1997), págs. 103-126.
PARET, Peter, *The Berlin secession: modernism and its enemies in imperial Germany*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 1980.
PASAMAR ALZURIA, Gonzalo, «La configuración de la imagen de la "decadencia española" en los siglos XIX y XX (de la "historia filosófica" a la historiografía profesional)», *Manuscrits. Revista d'Historia Moderna*, núm. 11 (1993), págs. 183-214.
PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel, *España y la apertura de la cuestión marroquí (1897-1904)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Valencia, 2005.
PATUREAU, Frédérique, *Le Palais Garnier dans la société parisienne: 1875-1914*, Liège, Mardaga, 1991.
PEÑA GUERRERO, M.ª Antonia, *Clientelismo político y poderes periféricos durante la Restauración. Huelva (1874-1923)*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998.

digitalia
www.digitalia.us

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *La gestión de la memoria*, Barcelona, Crítica, 2000.
PÉREZ MOREDA, Vicente y REHER, David-Sven (eds.), *Demografía histórica en España*, Madrid, El Arquero, 1988.
PÉREZ PICAZO, María Teresa, *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia (1875-1902)*, Murcia, Institución Alfonso X el Sabio, 1979.
PÉREZ-FUENTES, Pilar, *«Ganadores de Pan» y «Amas de Casa». Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004.
— *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, Bilbao, UPV-EHU, 1993.
PESET, José Luis y cols., *Historia y actualidad de la universidad española*, Madrid, Fundación March, 1984, 6 vols.
PESET, José Luis; GARMA, Santiago y PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *Ciencias y enseñanzas en la revolución burguesa*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
PESET, Mariano y PESET, José Luis, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus, 1974.
PIJOAN, Josep, *Mi Don Francisco Giner (1906-1910)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
PINTO CRESPO, Virgilio (coord.), *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Madrid, Fundación Caja de Madrid/Lunwerg Editores, 2001.
PINTO, Louis, *Les neveux de Zarathoustra*, París, Le Seuil, 1995.
PITOLLET, Camille, «De la légèreté française», *Les langues Modernes*, mars-avril, 1917.
— «La Réforme Scolaire en Espagne», *Revue de l'enseignement de langues vivantes*, 1912.
POSADA, Adolfo, *En América. Una campaña: relaciones científicas con América, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay*, Madrid, Librería de F. Beltrán, 1911.
— *Fragmentos de mis Memorias*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1940.
— *Política y enseñanza*, Madrid, Daniel Jorro Ed., 1904.
POUNDS, Norman J. G., *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1999.
PROCHASSON, Christophe, «Une crise anglaise de la pensée française; les intellectuels français face à l'Angleterre au temps de Fachoda et de la guerre des Boers», *Cahiers du Centre de Recherches Historiques*, núm. 31 (2003), págs. 79-92.
PROCHASSON, Christophe y RASMUSSEN, Anne, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale*, París, La Découverte, 1996.
PRUNEL-JOYEUX, Béatrice, *«Nul n'est prophète en son pays…» ou la logique avant-gardiste. L'internationalisation de la peinture des avant-gardes parisiennes, 1855-1914*, Tesis doctoral inédita, Université de Paris I, 2005, 3 vols.
PUIGBERT, Joan, *La Girona de la Restauració. Girona, 1874-1923*, Girona, Diputació de Girona/ Ayuntament de Girona, 1995.
PUJOL, Josep; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel; FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo y GARRABOU, Ramón, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2001.
QUIGNARD, Marie-Françoise (dir.), *Le Mercure de France: cent un ans d'édition,* París, Bibliothèque Nationale de France, 1995.
RADELET, Michel, *Mutualisme et syndicalisme. Ruptures et convergences de l'Ancien Régime à nos jours*, París, Presses Universitaires de France, 1991.
RAMOS PALOMO, M.ª Dolores y VERA BALANZA, M.ª Teresa (eds.), *El trabajo de las mujeres: pasado y presente: I Congreso Internacional, celebrado en Málaga del 1 al 4 de diciembre de 1992*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 4 vols.
RANZATO, Gabriele, *La aventura de una ciudad industrial. Sabadell entre el antiguo régimen y la modernidad*, Barcelona, Península, 1987.
RAPPAPORT, Erika D., *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London's West End*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

digitalia
www.digitalia.us

RAPPAPORT, Erika D., «"The Halls of Temptation": Gender, Politics, and the Construction of the Department Store in Late Victorian London», *Journal of British Studies*, vol. XXXV, núm. 1 (enero de 1996), págs. 58-83.
RASMUSSEN, Anne, «Sciences et sociabilités; un "tout petit monde" au tournant du siècle», *Bulletin de la Société d'histoire moderne et contemporaine*, núm. 3-4 (1997), págs. 49-57.
— *L'internationale scientifique (1890-1914)*, Tesis doctoral inédita, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1995.
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *España como nación*, Barcelona, Planeta, 2000.
REHER, David-Sven, *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988.
— *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza, 1996.
REHER, David-Sven; POMBO, M.ª Nieves y NOGUERAS, Beatriz, *España a la luz del Censo de 1887*, Madrid, INE, 1993.
RENARD, Isabelle, *L'Institut Français de Florence (1900-1920)*, Roma, École Française de Rome, 2001.
RICHARD, Gaston, «Problèmes de l'Espagne contemporaine», *Bulletin Hispanique*, vol. XIII (1911), págs. 360-370.
RIQUER I PERMANYER, Borja de, «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas: propuestas para una discusión», *Ayer*, núm. 35 (1999).
— «Nacionalismos y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX», en Antonio Morales Moya y Mariano Estaban de Vega (eds.), *La Historia Contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1996, págs. 73-93.
— *Escolta Espanya: la cuestión catalana en la época liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
— *Identitats contemporànies, Catalunya i Espanya*, Vic, Eumo, 2000.
— «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques*, núm. 2 (1972), págs. 93-140.
RITTER, Gerhard A., *El Estado social, su origen y desarrollo en una comparación internacional*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991.
RIVERA BLANCO, Antonio, *La ciudad levítica, continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992.
ROCA ROSSELL, Antoni, «Ciencia y sociedad en la época de la Mancomunitat de Catalunya (1914-1923)», en José Manuel Sánchez Ron (ed.), *Ciencia y sociedad en España: de la Ilustración a la Guerra Civil*, Madrid, El Arquero/CSIC, 1988, págs. 223-252.
ROCHE-PEZARD, Fanette, *L'aventure futuriste 1909-1916*, Rome, École Française de Rome, 1983.
ROLO, Paul Jacques Victor, *Entente Cordiale. The origins and negotiation of Anglo-French Agreements of 8 April 1904*, Londres, Macmillan, 1969.
ROMERO, M.ª Cruz y SAZ CAMPOS, Ismael, «Construir Espanya al segle XIX», *Afers*, vol. XIX, núm. 48 (2004), págs. 261-382.
ROMERO MAURA, Joaquín, *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
ROSAS LEDESMA, Enrique, «Las "Declaraciones de Cartagena" (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 2 (1981), págs. 213-229.
ROUDINESCO, Élizabeth, «Sigmund Freud. L'Interprétation des rêves», *Célébrations nationales* (2000).
RUIZ DE AZÚA MARTÍNEZ DE EZQUERECOCHA, Estíbaliz, «Madrid en 1900: la capital del sistema educativo», *Arbor*, núm. 666 (Junio de 2001).
— «Un primer balance de la educación en España en el siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 22 (2000), págs. 159-182.
RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio, *El partido republicano radical (1908-1936)*, Madrid, Tebas, 1976.

digitalia
www.digitalia.us

Ruiz-Manjón Cabeza, Octavio, «Notas sobre Miguel de Unamuno en la crisis del reinado de Alfonso XIII», en *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra II*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2005.
Rújula López, Pedro, *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Zaragoza, GEMA, 1997.
Saavedra, Pegerto y Villares, Ramón (eds.), *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, Crítica, 1991, 2 vols.
Sáiz, M.ª Dolores y Seoane, M.ª Cruz, *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza, 1996, 3 vols.
Salaün, Serge, «Méritos, tapujos y vergüenzas de Talía. Los espectáculos en España hacia 1900», en Octavio Ruiz-Manjón Cabeza y Alicia Langa Laorga (eds.), *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, UCH/Biblioteca Nueva, 1999.
— *El Cuplé (1900-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
Salaün, Serge y Serrano, Carlos, *1900 en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
Salaün, Serge; Ricci, Evelyne y Salgues, Marie, *La escena española en la encrucijada (1890-1910)*, Madrid, Fundamentos, 2005.
Salcedo, Emilio, *Vida de Don Miguel*, Salamanca, Anthena Ediciones, 1998.
Salmerón Giménez, Francisco Javier, *El caciquismo en la zona norte de Murcia (1891-1910): bases sociales del poder local en los distritos electorales de Cieza, Yecla y Mula*, Murcia, Universidad de Murcia, 1999.
Salmerón y Alonso, Nicolás, *Discursos y escritos políticos*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2006, prólogo y selección de Fernando Martínez López.
Samaniego Boneu, Mercedes, *La unificación de los seguros sociales a debate. La Segunda República*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social/Universidad de Salamanca, 1988, vol. III de Los Seguros Sociales en la España del Siglo XX, coord. por María Dolores Gómez Molleda.
Sánchez Illán, Juan Carlos, *Prensa y política en la España de la Restauración: Rafael Gasset y El Imparcial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
Sánchez Pérez, Francisco, *La protesta de un pueblo: acción colectiva y organización obrera, Madrid, 1901-1923,* Madrid, Cinca, 2006.
Sánchez Ron, José Manuel (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 1989, 2 vols.
Sánchez Ron, José Manuel, «Las ciencias físico-matemáticas en la España del siglo XIX», en José Manuel López Piñero (ed.), «La ciencia en la España del siglo XIX», *Ayer*, núm. 7 (1992).
Santink, Joy L., *Timothy Eaton and the Rise of His Department Store*, Toronto, University of Toronto Press, 1990.
Sarasúa, Carmen, *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
Sarasúa, Carmen y Gálvez, Lina (eds.), *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo,* Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2003.
Schmitt, Carl, *Romanticismo político*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2001.
Seco Serrano, Carlos, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.
Sela, Aniceto, *La educación nacional. Hechos e ideas*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910.
Seoane, María del Carmen y Sáiz, María Dolores, *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, vol. III.
Serrano, Carlos, «El "nacimiento de los intelectuales": algunos planteamientos», *Ayer*, núm. 40 (2000), págs. 11-23.
Servicio Histórico Militar, *Acción de España en África*, Madrid, Ministerio de la Guerra/ Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, 1935-1941.
Shubert, Adrian, *A las cinco de la tarde: Una historia del toreo*, Madrid, Turner, 2002.

digitalia
www.digitalia.us

SHUBERT, Adrian, *Death and Money in the Afternoom: A History of the Spanish Bullfight*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.
SILVELA, Francisco, *Artículos, discursos, conferencias y cartas*, Madrid, Mateu Artes Gráficas, 1922-1923.
SINGARAVÉLOU, Pierre, *L'École Française d'Extrême-Orient ou l'institution des marges (1898-1956). Essai d'histoire sociale et politique de la science coloniale*, París, L'Harmattan, 1999.
SOBEJANO, Gonzalo, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.
SOLANAS, María José, «La formación de los historiadores españoles en universidades europeas (1900-1936)», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coords.), *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses/UNED, 2005, págs. 297-320.
SOTO BARRERA, Joaquín, *Historia del fútbol en España*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.
STUDENY, Christophe, *L'invention de la vitesse. France XVIIe-XXe siècle*, París, Gallimard, 1995.
SUÁREZ CORTINA, Manuel, «El krausismo, la república y la "España regional" en el siglo XIX», en Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*, Castelló, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2004.
— *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
— *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
TABERNER, Francisco, *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Valencia, Intitució Alfons el Magnànim, 1987.
TAPIA, Claude, *Colloques et société*, París, Publications de la Sorbonne, 1980.
TARDIEU, André, *La Conférence d'Algésiras. Histoire diplomatique de la crise marrocaine (15 Janvier-7 Avril 1906)*, París, Félix Alcan, 1908[2].
THOMPSON, Edward P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000.
— *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977.
TORRE DEL RÍO, Rosario de la, «1895-1898: Inglaterra y la búsqueda de un compromiso internacional para frenar la intervención norteamericana en Cuba», *Hispania*, vol. LVII/2, núm. 196 (1997), págs. 515-549.
— «La crisis de 1898 y el problema de la garantía exterior», *Hispania*, vol. XLVI/1, núm. 162 (1986), págs. 115-164.
— «La intervención norteamericana en la guerra de Cuba y Filipinas. La actitud europea y la diplomacia del conflicto», en Manuel Espadas Burgos (coord.), *La Época de la Restauración (1875-1902). El Estado, la Política, las Islas de Ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, tomo XXXVI, vol. I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover, págs. 791-808
— «La negociación de la paz y el Tratado de París», en Manuel Espadas Burgos (coord.), *La Época de la Restauración (1875-1902). El Estado, la Política, las Islas de Ultramar*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, tomo XXXVI, vol. I de la Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover, págs. 827-845.
— «Los acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907: una larga negociación en la estela del 98», *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, núm. 1 (1988), págs. 81-104.
— *Inglaterra y España en 1898*, Madrid, EUDEMA, 1988.
— *La neutralidad británica en la guerra hispano-norteamericana de 1898*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1983.
TORRE GÓMEZ, Hipólito de la, «El destino de la regeneración internacional de España (1898-1918)», *Proserpina*, núm. 1 (1985), monográfico sobre Relaciones Internacionales de España en el Siglo XX, págs. 9-22.

digitalia
www.digitalia.us

TORRE GÓMEZ, Hipólito de la, *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal 1910-1919*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
— *El imperio del Rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Junta de Extremadura, 2002.
TUSELL, Javier (ed.), «El sufragio universal», *Ayer*, núm. 3 (1991).
UCELAY-DA CAL, Enric, *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003.
— «¿Cómo convertir a los perdedores en ganadores? Un ensayo sobre la proyección finisecular de identidades en los países menos industrializados», en *Los 98 ibéricos y el mar. Tomo II. La cultura en la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa '98, 1998, páginas 163-191.
UGARTE TELLERÍA, Javier, «*Pamplona, toda ella un castillo, y más que una ciudad, ciudadela.* Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941», en Ángel García-Sanz Marcotegui (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004, págs. 165-260.
— *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
UNAMUNO, Miguel de, «Barcelona», en *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1966-1971, t. I, págs. 256-260, edic. orig. de 1906.
— «El individualismo español», *La España Moderna*, vol. XV, núm. 171 (marzo de 1903), págs. 35-49.
— «La afición», en *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, 1966-1971, t. 7, pág. 969, edic. oig. de 1912.
— *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, Santiago de Chile, Zig-zag, 1965.
— *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.
URÍA, Jorge, «Cultura popular y actividades recreativas: La Restauración», en Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, págs. 77-107.
— «El camino hacia el ocio de masas. Las industrias culturales en España antes de 1914», en Luis A. Ribot García y Luigi de la Rosa (dirs.), *Trabajo y ocio en la Época Moderna*, Madrid, Actas, 2001, págs. 139-179.
— «La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo 1999, págs. 103-144.
— *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, Unión, 1996.
VALENTI, Catherine, *L'École Française d'Athènes, 1846-1981*, Tesis doctoral inédita, Université de Provence, 1999.
VAN DER LINDEN, Marcel (ed.), *Social security mutualism: the comparative history of mutual benefit societies*, Berna/Berlín/Nueva York, Peter Lang, 1996.
VARTEL, Jean Claude, *La Mutualité et les politiques sociales du XIX^e siècle à nos jours*, París, DESS Sorbonne, 1989.
VILANOVA, Mercedes y MORENO, Xavier, *Atlas de la evolución del analfabetismo en España, 1887 a 1981*, Madrid, 1992.
VILLACORTA BAÑOS, Francisco, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, 1985.
VILLATE, Laurent, *La République des diplomates. Paul et Jules Cambon 1843-1935*, París, Science Infuse, 2002.
WAHL, Alfred, «Le football, un nouveau territoire de l'historien», *Vingtième siècle*, núm. 26 (abril-junio de 1990).
WALTON, John K. y WALKIN, James (eds.), *Leisure in Britain, 1780-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1983.
WEARING, J. P., *The London Stage, 1890-1899. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press Metuchen, 1976, 2 vols.

digitalia
www.digitalia.us

WEARING, J. P., *The London Stage, 1900-1909. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press, Metuchen, 1981, 2 vols.
— *The London Stage, 1910-19. A Calendar of Plays and Players*, Londres, The Scarecrow Press Metuchen, Londres, 1982, 2 vols.
WHITE, Cynthia y WHITE, Harrison, *La carrière des peintres au XIXe siècle: du système académique au marché des impressionnistes*, París, Flammarion, 1991.
WHITE, John Albert, *Transition to Global Rivalry. Alliance Diplomacy and the Quadruple Entente, 1895-1907*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
WILFERT, Blaise, *Paris, la France et le reste… Importations littéraires et nationalisme culturel en France, 1885-1930*, Tesis doctoral inédita, Université de París I, 2003.
YDEWALLE, Charles d', *Au Bon Marché: de la boutique au grand magasin*, París, Plon, 1965.
ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.
ZIMMERMAN, Eduardo, «La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino», en Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España. El grupo de Oviedo*, Madrid, Talasa, 2000.
ZURITA ALDEGUER, Rafael, *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante, 1875-1898*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996.
ZWEIG, Stefan, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2001.
— *Le monde d'hier*, *souvenirs d'un Européen*, París, Belfond, 1982.

digitalia
www.digitalia.us

ÍNDICE ONOMÁSTICO

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Abd al-Hafid, 20.
Abd al-Aziz, 20.
Abdulhamid II, 20.
Achúcarro, Nicolás, 112.
Aguilera, Alberto, 39.
Aizpurúa, José Manuel, 26.
Alas, Leopoldo (Clarín), 40, 40n, 75, 229.
Alba, Santiago, 28.
Albéniz, Isaac, 63.
Alberti, Rafael, 24.
Albiach, 48n.
Albornoz, Álvaro de, 41, 45.
Alcalá Zamora, Niceto, 76.
Alejandra (reina de Inglaterra), 171-172.
Alfonso XII, 169.
Alfonso XIII, 14, 20, 24, 26, 28-29, 48n, 61, 64, 71-72, 75-76, 122n, 147, 149n, 151, 154n, 159, 167-172, 174n, 200n, 212, 240, 250n, 259-261, 264, 269-271.
Allendesalazar, Manuel, 172, 173, 210-211.
Almagro Sanmartín, Melchor, 241, 241n, 253.
Almodóvar del Río, duque de, 155, 159n, 168-169.
Alomar, Gabriel, 241.
Altamira, Rafael, 63, 111, 200, 200n, 206, 207n, 211, 213, 213n, 217, 217n, 221, 221n, 223n, 227-228, 228n, 229, 263, 272.
Álvarez, Melquiades, 28, 41, 41n, 66, 71, 243, 243n, 259.
Álvarez Buylla, Adolfo, 68, 75, 124, 227, 227n, 261.
Álvarez Pastor, Joaquín, 40n.
Álvarez Ródenas, Miguel, 40n.
Anasagasti, Teodoro de, 26.
Angell, Norman, 195, 195n, 254.
Anguiano, Daniel, 75.
Annunzio, Gabriele d', 81, 182n, 193, 204, 233.
Appia, Adolphe, 178.
Arana, Sabino, 27.
Araquistain, Luis, 241.
Arboleya, Maximiliano, 25.
Arias Sanjurjo, Joaquín, 56.
Arteta, Aurelio de, 26.
Asín Palacios, Miguel, 111.
Ayuso, Manuel Hilario, 75.
Azaña, Manuel, 13, 24, 27, 71-72, 75, 77, 122, 205.
Azcárate, Gumersindo de, 39, 39n, 40, 66, 68, 71, 120, 221, 226, 243.
Azcárate, Pablo de, 72, 227.
Azorín (Martínez Ruiz, José), 13, 24, 26-27, 61, 63, 65-66, 67n, 70, 77, 77n, 122, 204 227n, 231, 239, 265.
Azzati, Félix, 46, 47n, 48, 253.

Bacarisse, Salvador, 24.
Baeza, Ricardo, 63, 72, 74.
Balbín, Ciriaco, 45.
Balfour, Arthur, 167.
Balmes, Jaime, 65, 251.
Barberá, Faustino, 48n.
Barnés, Domingo, 40, 40n.
Baroja, Pío, 24, 26-27, 61, 62n, 63-66, 204, 218, 218n, 231, 255.
Barrès, Maurice, 63.
Becquerel, Henri, 178.
Bello, Luis, 75, 241.
Belloc, Hilaire, 243.
Benot, Eduardo, 41.
Berenguer, Dámaso, 250, 250n.
Bergamín, José, 24.
Bergson, Henri, 196, 196n.
Bernaldo de Quirós, Constancio, 40n, 72.

digitalia
www.digitalia.us

Bernhardi, Friedrich von, 193.
Bernis, Francisco, 40n.
Bertie, sir Francis, 147n, 148n, 169n.
Besteiro, Julián, 41, 69.
Betancort, José, 65.
Blasco Ibáñez, Vicente, 26, 65, 75.
Blériot, Louis, 177n.
Blum, Léon, 196n, 257.
Bolívar, Cándido, 115.
Bolívar Urrutia, Ignacio, 112.
Bonmatí, Manuel, 50.
Bordes, José, 48n.
Bores, Francisco, 24.
Bosch Gimpera, Pedro, 111.
Boutmy, Émile, 191.
Brancusi, Constantin, 184.
Brossa, Joan, 26.
Buen, Odón de, 55n, 112.
Bueno, Manuel, 65, 241.
Buisson, Fernand, 216.
Bülow, Bernard von, 164-166.
Bunsen, Maurice de, 147n, 148n, 172-173.
Buñuel, Luis, 24, 118.
Burguete, Ricardo, 73n.
Byron, lord, 22.

Cabrera, Blas, 109, 110n, 113.
Cabrera Sánchez, Nicolás, 115.
Cacho, Luis del, 40n.
Calderón, Alfredo, 40, 40n, 65.
Calleja, Julián, 68.
Callejo, Eduardo, 249.
Cambó, Francesc, 239, 239n, 266.
Cambon, Jules, 147n, 161, 168-171, 173-174, 174n, 271.
Cambon, Paul, 147n, 158-162, 162n, 169n, 173-174, 174n.
Campbell-Bannerman, Henry, 167-168, 172-173.
Canalejas, José, 71-72, 147, 149-150, 240-241.
Cano, Fernando, 40n.
Cánovas del Castillo, Antonio, 12, 20, 23, 28, 64, 66.
Carnot, M.F. Sadi, 20.
Carrasco García, Juan, 50.
Casares, Julio, 68.
Casares Quiroga, Santiago, 54, 56-57.
Casas, Ramón, 26.
Castelar, Emilio, 64, 226.
Castillejo, José, 68, 72, 74, 74n, 206, 215n, 221, 227, 256.
Castro, Américo, 111, 206.
Castro, Honorato de, 75.
Catalán, Miguel Ángel, 113.
Cejador, Julio, 63.
Cerda, Luis de, 65.
Cernuda, Luis, 24.
Chagall, Marc, 184.
Chateaubriand, René de, 22.
Chavarri, Eduardo L., 40n.
Chevrillon, André, 189, 189n, 190-191.
Chirico, Giorgio de, 22.
Churchill, Winston, 31.
Ciges Aparicio, Manuel, 40, 40n, 65.
Cirot, Georges, 211, 211n, 213, 213n, 257.
Clarín (VÉASE ALAS, LEOPOLDO), .
Class, Heinrich, 193.
Clemenceau, Georges, 21, 173.
Clement Campos, Francisco, 51.
Cohen, Hermann, 236, 236n, 238, 242, 265.
Combes, Émile, 21.
Companys, Lluis, 51-52.
Corominas, Eusebio, 41, 51-52.
Corradini, Enrico, 193.
Cossío, Manuel Bartolomé, 24, 72, 206, 211, 220 227.
Costa, Joaquín, 23, 27-28, 63, 73, 150, 201, 202n, 203, 206, 210, 226, 229, 233-234, 234n, 237, 243, 257, 263.
Coubert, Gustave, 22.
Craig, E. Gordon, 178.
Cromer, lord, 160.
Curie, Marie, 178.
Curie, Pierre, 178.
Curtius, Ernst Robert, 24.

Dalí, Salvador, 24, 118.
Dato, Eduardo, 25.
Delaunay, Robert, 177n, 184.
Delcassé, Téophile, 156-167, 254.
Demolins, Edmond, 188, 188n, 190-191, 258.
Diego, Gerardo, 24.
Díez Canedo, Enrique, 40n, 72.
Domenech i Montaner, Lluis, 24.
Domingo, Marcelino, 75.
Domínguez Berruela, Martín, 63.
Donoso Cortés, Juan, 251.
Dorado Montero, Pedro, 41.
Dostoievski, Fiodor, 180.
Dreyfus, Alfred, 20-21, 64, 157, 178n, 190, 190n, 191, 259.
Duguit, Léon, 246.
Duncan, Isadora, 178.
Duperier, Arturo, 113.
Durkheim, Émile, 187.

Echegaray, José de, 65.
Eduardo VII, 171-172.
Einstein, Albert, 196, 197n.
Escuder, José María, 41, 46, 46n, 48, 48n, 49.
Espinosa, Sixto, 65.

Falla, Manuel de, 24, 26, 63.
Fernández, Antonio, 40n.
Fernández Almagro, Melchor, 122n, 149n, 259, 264.

digitalia
www.digitalia.us

Fernández Azcarra, Victoriano, 68.
Fernández Villaverde, Raimundo, 29, 120, 167-168.
Fernando de Baviera, 172.
Ferrán i Clua, Jaume, 113.
Ferrándiz, José, 172.
Ferrer Guardiá, Francisco, 70, 214, 238-239.
Ferry, Jules, 213.
Fichte, Johann Gottlieb, 207.
Fisher, lord John, 30, 172.
Flores de Lemus, Antonio, 65.
France, Anatole, 239.
Francos Rodríguez, José, 99.
Freud, Sigmund, 179, 179n, 196, 268.

Gafo Muñiz, José, 25.
Galán, José, 51.
Galarza, Ángel, 72.
Gancedo, Gabriel, 72.
García, José Jesús, 45n.
García Alix, Antonio, 210, 213.
García Cortés, Mariano, 241.
García Lorca, Federico, 24, 63, 118.
García Morente, Manuel, 40, 68, 72, 242.
García Prieto, Manuel, 147.
García Valdecasas, Alfonso, 76, 112.
Garijo y Lara, Antonio, 120.
Gasset, Ramón, 236.
Gaudí, Antonio, 24.
Gerard, Pedro, 25.
Gerhard, Roberto, 24.
Giner de los Ríos, Francisco, 63, 66-67, 72-74, 206, 210, 210n, 212, 215, 219, 219n, 220-222, 224, 226-227, 260.
Giner de los Ríos, Hermenegildo, 50.
Giolitti, Giovanni, 21-22.
Giral, José, 75.
Goethe, Johann Wolfgang, 22.
Golpe, Juan, 54, 56.
Gómez Chaix, Pedro, 45.
Gómez, Justo, 40n.
González, Venancio, 120n.
González Blanco, Edmundo, 40n, 65.
González Blanco, Pedro, 65.
González Hontoria, Manuel, 145n, 260.
González Linares, Augusto, 112.
Gorki, Maxim, 180.
Grande Covián, Francisco, 112, 115.
Grandmontagne, Francisco, 65.
Grau, Jacinto, 65.
Grey, Lord Edward, 147, 147n, 148, 148n, 167-171, 173-174.
Gris, Juan, 184.
Guillén, Jorge, 24.
Guillermo I, 169.
Guillermo II, 31, 164, 168-169.
Guisasola, cardenal, 25.
Guizot, François, 188.
Gutiérrez Solana, José, 27.
Gutiérrez, Luis, 40n.

Haeckel, Ernst, 239.
Halévy, Daniel, 190n, 262.
Halévy, Élie, 189-191, 195, 260-261.
Halffter, Ernesto, 24.
Halffter, Rodoldo, 24.
Hardinge, Charles, 172-173.
Hartmann, Nicolai, 242.
Hassan, Muley, 158.
Hasse, Ernst, 193.
Hegel, Georg W. F., 203.
Hemingway, Ernest, 22, 24.
Hernando, Teófilo, 75.
Hinojosa, Eduardo, 70, 111.
Hobhouse, Arthur, 237.
Hobson, John A., 190, 190n, 191, 261.
Hügel, Friedrich von, 237.
Hugo, Victor, 193.
Hugué, Manuel, 26.
Huguet, Cayetano, 48n.
Hulme, Thomas Edward, 243, 246.
Humberto I, 20.
Hurtado, Amadeo, 41.
Husserl, Edmund, 246.
Huxley, Aldous, 233.

Ibsen, Henrik, 180, 204, 233.
Iglesias, Pablo, 72, 117, 125, 131n, 235, 235n, 241.
Iturrino González, Francisco, 26.
Izquierdo, Leonor, 70-71.

James, Henry, 22.
Jaurès, Jean, 196, 257, 261.
Jiménez, Juan Ramón, 74.
Jiménez de Asúa, Luis, 75-76.
Jiménez Fraud, Alberto, 40, 40n, 68, 70.
Jorge I, 20.
Joyce, James, 179.
Junoy, Emilio, 41.

Kafka, Franz, 179.
Kandinski, Vasili, 178, 184.
Kant, Immanuel, 203, 236, 241242, 247.
Kamil, Mustafá, 30.
Kidd, Benjamin, 233.
Kupka, Frantisek, 178, 184.

Labra, Rafael María de, 120, 220n, 227, 262.
Lamartine, Alphonse de, 22.
Landa, Rubén, 41-42.
Landsdowne, marqués de, 169n.
Lanza, Silverio, 65.
Larra, Mariano José de, 73.
Lassalle, Ferdinand, 238, 243.
Lauaxeta (pseudónimo de Esteban Urkiaga), 26.

digitalia
www.digitalia.us

Lekuona, Antonio, 26.
León y Castillo, Fernando, 149, 149n, 159, 159n, 162, 173, 262.
León, Ricardo, 40n.
Lerroux, Alejandro, 28, 36n, 38, 41, 45-47, 50-56, 58-59, 59n, 66- 70, 75, 240, 254, 258, 264.
Leyda, Rafael, 40n.
Lizardi, Xavier, 26.
Llaneza, Manuel, 25.
Llimona, Joseph, 26.
Lloyd George, David, 69.
López Domínguez, José, 28, 170.
López Marín, Enrique, 65.
López Torres, Enrique, 50n.
Lorin, Henri, 215, 215n, 216, 216n, 220n, 221, 221n, 263.
Lozano, Fernando («Demófilo»), 75.
Lugris Freire, Manuel, 54.
Luzuriaga, Lorenzo, 72.
Lyautey, Louis Hubert, 145.

Machado, Antonio, 24, 27, 61n, 63-66, 68, 70-76.
Machado, Manuel, 63, 65.
Macías Picabea, Ricardo, 210, 210, 263.
Madariaga, Salvador de, 24, 72.
Maeterlinck, Maurice, 239.
Maeztu, Ramiro de, 9, 15-16, 26-27, 63, 65, 69, 69n, 72, 203, 231-251, 260, 263.
Maillol, Aristide, 22.
Manjón, Andrés, 214.
Mann, Thomas, 22.
Mantoux, Paul, 191, 191n, 192, 192n, 263.
Maragall, Joan, 26, 37, 62, 66, 66n, 68, 263.
Marañón, Gregorio, 24, 26-27, 75-76, 250.
Marc, Franz, 184.
March Calatayud, Juan, 50n.
March Calatayud, Rafael, 50.
María Cristina de Habsburgo, 155, 168, 172.
Marinetti, Filippo T., 193.
Marsá Bragado, Antonio, 75.
Martí, Luis, 48n.
Martí Jara, Enrique, 75.
Martín Lázaro, Rafael, 50n.
Martínez Barrio, Diego, 45.
Martínez Montañés, 48n.
Martínez Ruiz, José (VÉASE AZORÍN).
Martínez Sierra, Gregorio, 40, 40n, 241.
Marx, Karl, 233.
Matheu, José María, 65.
Matisse, Henri, 22.
Maura, Antonio, 12, 25, 29, 36n, 47, 52 58-59, 68, 70, 72, 97, 116n, 149, 149n, 150, 167, 170-173, 208, 238-240.
Meabe, Tomás, 26.
Menéndez Pelayo, Marcelino, 199, 203, 234, 237, 243, 251.
Menéndez Pidal, Ramón, 68, 70, 111, 114, 205, 218.
Mérimée, Henri, 213n, 216n, 218, 218n, 264.
Mesonero Romanos, Ramón, 127.
Meyerhold, Vsevolod, 178.
Miró, Laureano, 51-52.
Modigliani, Amadeo, 184.
Moles Ormella, Enrique, 113-114.
Montero Ríos, Eugenio, 28, 65, 167-168.
Montes Sierra, José, 41, 45.
Montherlant, Henri, 24.
Moore, George E., 246.
Morasso, Mario, 193.
Morell, Francisco, 50.
Moreno Barcia, Segundo, 40-41, 54-55, 57.
Moreno Villa, José, 24, 68.
Moret, Segismundo, 28, 47, 120, 158, 167-170.
Moriones, 42.
Morote, Luis, 241.
Moyano, Claudio, 113, 208-209, 217.
Murguía, Manuel, 54.

Nakens, José, 75.
Navarro Flores, Martín, 40n.
Naviera, Víctor, 54.
Negrín, Juan, 75, 112, 114.
Nicolás II, 164-165.
Nicolson, Arthur, 168, 169n.
Nietzsche, Friedrich, 182, 182n, 193, 204, 233-234, 237, 237n, 259, 270.
Nogales, José, 65.
Nordau, Max, 204.
Novicow, Jacques, 233.

Ochoa, Severo, 112, 115.
Ojeda, Emilio de, 155, 168.
Olariaga, Luis, 241.
Oliver, Federico, 40n, 65.
Olivetti, Camillo, 21.
Onís y Sánchez, Federico de, 218n, 265.
Orixe (pseudónimo de Nicolás de Ormaechea Pellejero), 26.
Ors, Eugeni d', 26, 65-66, 74, 114.
Ortega y Gasset, Eduardo, 75.
Ortega y Gasset, José, 9, 13, 16, 21, 24, 27-28, 63, 67-77, 122, 205, 205n, 218, 223n, 227, 231-251, 256, 260, 265-266, 272.
Ortega y Munilla, José, 67, 214.
Orueta, Francisco, 40n.
Orueta, Ricardo de, 40n, 68.

Palacios, Julio, 113.
Palacios, Leopoldo, 40, 40n, 67, 72.
Palencia, Benjamín, 24.
Paléologue, Maurice, 157, 158n, 168-169, 169n, 266.
Palomares, marqués, 40n, 72.
Palomero, Antonio, 65.
Papini, Giovanni, 193.

digitalia
www.digitalia.us

Paraíso, Basilio, 28.
Pardo Bazán, Emilia, 66.
París, Luis, 65.
Pascin, Jules, 184.
Pavía, Manuel, 119n.
Pellizza di Volpedo, Giuseppe, 21.
Peñalva, Matías, 40n.
Pérez de Ayala, Ramón, 24, 27, 63, 65, 71-72, 74, 74n, 75-76, 241, 245, 250, 259.
Pérez Caballero, Juan, 170, 172.
Pérez Galdós, Benito, 62, 64-66, 73.
Pérez Pastor, Camilo, 48n, 50, 50n, 51.
Pi i Arsuaga, Joaquín, 75.
Pi i Margall, Francisco, 226.
Pi i Sunyer, Ausgut, 113-114.
Picasso, Pablo Ruiz, 22, 26, 184, 197n.
Pijoan, Josep, 66-67, 67n, 69, 225, 267.
Pirelli, Giovanni Battista, 21.
Pitollet, Camille, 204n, 219, 219n, 222n, 267.
Pittaluga, Gustavo, 72.
Pla, Josep, 241.
Posada, Adolfo, 206, 209, 209n, 227, 227n, 228, 228n, 229, 267, 272.
Prat de la Riba, Enric, 69, 113, 225.
Prezzolini, Giuseppe, 193.
Primo de Rivera, Miguel, 23, 75-76, 99, 114, 130n, 248-249, 260.
Proust, Marcel, 23.
Puig i Cadafalch, Josep, 24.

Quintanar, marqués de, 251.

Ramírez de Villaurrutia, Wenceslao, 168, 170-173.
Ramón y Cajal, Santiago, 29, 68, 72, 110-112, 114, 205.
Regoyos, Darío de, 26.
Renan, Ernest, 207.
Ribera y Tarragó, Julián, 68.
Richard, Gaston, 213n, 268.
Riezler, Kurt, 193.
Rilke, Rainer María, 63.
Río Hortega, Pío del, 112, 114.
Ríos Urruti, Fernando de los, 66-68, 76-77, 206.
Rivas Cheriff, Cipriano, 72.
Rivera Pastor, Francisco, 246.
Rivera, Francisco L., 40n.
Rodés, Felipe, 55n.
Rodin, Auguste, 63.
Rodríguez Carracido, José, 68.
Rodríguez Lafora, Gonzalo, 112.
Rodríguez Martínez, Manuel, 54.
Rodríguez Pinilla, Hipólito, 75.
Rolland, Romain, 197n.
Romanones, conde de, 47, 72, 150, 210, 212-213, 243.
Roosevelt, Theodore, 165.
Rouvier, Maurice, 165-166.
Rubén Darío, 65.
Rusiñol, Alberto, 37, 46.
Rusiñol, Santiago, 26, 63.
Ruskin, John, 22.

Sagasta, Práxedes Mateo, 28, 64, 155-156, 159, 159n, 168, 210.
Salaverría, José María, 26.
Salinas, Pedro, 24.
Salisbury, lord, 21, 156, 158, 160.
Salmerón y Alonso, Nicolás, 9, 12-13, 30-60, 75, 110n, 263-264, 269.
Salmerón García, Nicolás (hijo de Salmerón), 42.
Sama, Valentín, 40n.
Sampere, José María, 40n.
Sánchez, Alberto, 24.
Sánchez Albornoz, Claudio, 111, 114.
Sánchez Guerra, José, 76.
Sánchez Pastor, 120.
Sánchez Román, Felipe, 76, 168.
Santa María, 120.
Santamaría de Paredes, V., 68.
Sanmartín, 68.
Sanz López, Rodrigo, 53-54.
Schopenhauer, Arthur, 203-204, 233.
Sela, Aniceto, 206, 214, 214n, 226, 226n, 227, 229, 269.
Senante, Manuel, 55n.
Serao, Mathilde, 181.
Sert, Josep M.ª, 26.
Silvela, Francisco, 28-29, 149, 149n, 156, 159-162, 208, 270.
Simarro, Luis, 66, 221.
Simó, Manuel, 48-49.
Soffici, Ardengo, 184.
Solferino, duque, 37, 47-48.
Soriano, Rodrigo, 42, 46-49, 51, 53, 57, 75.
Sorolla, Joaquín, 26, 63, 68.
Spencer, Herbert, 201, 233-234.
Stendhal, Henri Beyle, 22.
Stirner, Max, 233.
Strindberg, August, 180.
Sudermann, Hermann, 233-234.

Taft, William Howard, 26.
Taine, Hyppolyte, 188-189, 191.
Tapia, Luis de, 75.
Tellaeche, Julián de, 26.
Tenreiro, Ramón María, 40n.
Terk, Sonia (Delaunay), 184.
Terradas, Esteban, 114.
Tiberghien, Guillaume, 203.
Tolstoi, Alexis, 180.
Torres Beleña, Carlos de, 40n.
Torres Quevedo, Leonardo, 66, 111, 223.
Turner, Charles Edward, 22.
Turró, Ramón, 113-114.
Tyrrell, Georges, 237.

digitalia
www.digitalia.us

Ucelay, José María, 24, 26.
Unamuno, Miguel de, 24, 26-27, 41, 62, 62n, 64-70, 72-75, 77, 200-206, 218, 226n, 231-232, 236, 236n, 237, 239, 239n, 242, 242n, 266, 269, 271.
Urgoiti, Nicolás María, 74, 239, 239n.

Vadillo, marqués de, 120.
Valera, Juan, 219.
Valle-Inclán, Ramón M.ª, 27, 63, 65.
Vallejos Dols, Gregorio, 50-51.
Vázquez de Mella, Juan, 34, 46, 54-55, 57.
Vega-Armijo, marqués de, 28.
Vegas Latapié, Eugenio, 251.
Vegué, Ángel, 40n.
Venizelos, Elefterios, 22.
Ventosa Calvet, Joan, 55n.
Verdes Montenegro, José, 65.
Verne, Jules, 179.
Víctor Manuel III, 20.
Victoria Eugenia de Battemberg, 30, 172.
Vincenti, 68.
Viñuales, Agustín, 72.
Vizcarra, Zacarías, 249.

Waldeck-Rousseau, 21.
Webb, Beatrice, 237.
Webb, Sidney, 237.
Wells, Herbert George, 179, 233.
Wolf, Ferdinand, 203.

Zaghlul, Saad, 30.
Zola, Émile, 64, 179.
Zuazo, Secundino, 26.
Zubiaurre, Valentín y Ramón, 26.
Zuloaga, Ignacio, 24, 26-27, 63.
Zulueta, Luis de, 66-68.
Zweig, Stefan, 73, 180, 180n, 272.

digitalia
www.digitalia.us

COLECCIÓN HISTORIA BIBLIOTECA NUEVA

digitalia
www.digitalia.us

This page intentionally left blank

digitalia
www.digitalia.us

Últimos títulos publicados

Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931), Francisco Alía Miranda.

Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII, Joaquín Álvarez Barrientos.

Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30, Jaume Aurell y Pablo Pérez López (Eds.).

«Paz y fueros». El Conde de Villafuertes. Guipúzcoa entre la Constitución de Cádiz y el Convenio de Vergara (1813-1839), Arturo Cajal Valero.

La España armónica. El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto, Gonzalo Capellán de Miguel.

El mal del siglo: el conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del XIX, Pedro Cerezo Galán.

De campesinos a electores, Francisco Cobo Romero.

La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900, Carlos Dardé.

Memoria de la Segunda República. Mito y Realidad, Ángeles Egido (Eds.).

La frontera democrática del liberalismo: Segismundo Moret (1838-1913), Carlos Ferrera Cuesta.

La revolución gloriosa, un ensayo de regeneración nacional (1868-1874) (Antología de textos), Gregorio de la Fuente y Rafael Serrano García.

Historia de la Segunda República española (1931-1936), Julio Gil Pecharromán.

La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt, Pedro Carlos González Cuevas.

Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso, Fernando González de Canales.

El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.), Fernando González de Canales, L. Serrano Pichardo y J. Llompart.

Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX, José Luis de la Granja y Santiago de Pablo (Coords.).

La época dorada de América. Pensamiento, Política, Mentalidades, Mario Hernández Sánchez-Barba.

Luis Bagaría: Entre arte y política, Emilio Marcos Villalón.

Orígenes culturales de la sociedad liberal (España, siglo XIX), Jesús A. Martínez Martín (Ed.).

De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas, Abdón Mateos.

Civilización y barbarie. Los asuntos de Indias y el pensamiento político moderno (1492-1560), Natsuko Matsumori.

Tierra sin paz. Guerra Civil, cine y propaganda en el País Vasco, Santiago de Pablo.

Cuba ante la Guerra Civil española. La acción diplomática de Ramón Estalella, Antonio M. Moral Roncal.

Hacer la Historia del siglo XX, René Rémond, Javier Tusell, Benoît Pellistrandi y Susana Sueiro.

digitalia
www.digitalia.us

Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923, Antonio Rivera Blanco.

La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales, Coro Rubio Pobes.

La internacional católica. Paz romana en la política europea de posguerra, Glicerio Sánchez Recio (Coord.).

En el nombre del oficio. El trabajador especializado entre el gremio y la resistencia, Vicent Sanz Rozalén y José A. Piqueras.

¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo, Álvaro Soto Carmona.

Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos, desde 1945 hasta 1963, Fernando Termis Soto.

La Corona en la historia de España, Javier Tusell, Ángeles Lario y Florentino Portero.

Fascismo y franquismo. Cara a cara. Una perspectiva histórica, Javier Tusell, Giuliana Di Febo, Emilio Gentile (Eds.) y Susana Sueiro (Coord.).

La cultura popular en la España contemporánea, Jorge Uría (Ed.).

Cuba: de colonia a república, Martín Rodrigo Alharilla.

La sombra del pasado, Manuel Suárez Cortina.

El ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874), Antonio Checa Godoy.

La reforma agraria y los orígenes de la Guerra Civil. Cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940), Sergio Riesco Roche.

La construcción de Europa. De las «guerras civiles» a la «unificación», Salvador Forner (Ed.).

¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo, Rosario Ruiz Franco.

¿Monarquía y República en la España contemporánea, Ángeles Lario (Ed.).

Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914), Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez (Eds.).

digitalia
www.digitalia.us